

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
ORTEGA Y GASSET
(Programa de Doctorado en América Latina Contemporánea)



TESIS DOCTORAL

**Los marcos de referencia políticos del
Movimiento Al Socialismo boliviano (1995-2005)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

David Miguel Rodrigues Gomes

DIRECTORA

Esther del Campo García

Madrid, 2017



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID



FUNDACIÓN
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
ORTEGA Y GASSET

PROGRAMA DE DOCTORADO EN AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA

Tesis Doctoral

LOS MARCOS DE REFERENCIA POLÍTICOS DEL MOVIMIENTO AL SOCIALISMO BOLIVIANO (1995-2005)

Presentada por:

DAVID MIGUEL RODRIGUES GOMES

Directora:

DRA. ESTHER DEL CAMPO GARCÍA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Madrid, 2015

Agradecimientos

La presente investigación no podría haber llegado a buen puerto sin la colaboración de varias personas e instituciones. Disculpándome de antemano por inevitables olvidos, quiero expresar mi gratitud:

A Esther del Campo García, por su paciencia, buenos consejos y optimismo.

A la Fundação para a Ciência e a Tecnologia portuguesa, por el apoyo financiero.

A Juan de la Cruz Villca; al personal de Radio Soberanía, en Chipiriri, y a su director, Walter Cassia Solano, en particular; a Juan Carlos Rocha, de Unitel; al equipo de la productora Chajra Runaj Masis, en Cochabamba.

A Jaime Choque, por los contactos y por el pato.

A Manuel Melo y a Diana, por los servicios lingüísticos.

A Antonio Calvo, lejos pero nunca lejano.

A Violaine.



Índice general

Agradecimientos.....	3
Índice de siglas y abreviaturas.....	7
<i>Abstract in English / Resumen en inglés</i>.....	9
Resumen en español.....	13
Introducción	17
1 – Los instrumentos teóricos: análisis de marcos y el caso boliviano	28
1.1 – Marcos de referencia y procesos de enmarcamiento.....	30
1.1.1 – Los marcos de referencia: esquemas mentales de organización de lo percibido.....	30
1.1.2 – De marcos cognitivos individuales a marcos dialógicos de la acción colectiva	37
1.1.3 – Marcos como variable dependiente o independiente.....	44
1.1.4 – El enmarcamiento y el alineamiento de marcos: interpretar para actuar.....	50
1.1.5 – La sociología de la acción colectiva: de la ideología a las identidades, de la estructura a la cultura	53
1.2 – Objeto y conceptos fundamentales de la teoría de los marcos	57
1.2.1 – Estado de la cuestión	57
1.2.2 – Los actores sociales como agentes enmarcadores: el alineamiento de marcos	65
1.2.3 – Funciones de los marcos y su resonancia	72
1.2.4 – Marcos maestros	78
1.2.5 – Conclusión.....	81
1.3 – El análisis de marcos en la sociología política: planteamientos, desafíos y límites.....	85
1.3.1 – “El cambio de marco es cambio social”: los marcos en la sociología política.....	86
1.3.2 – Marcos de referencia e ideologías: procesos y contenidos.....	91
1.3.3 – Identificación y funciones de los marcos políticos.....	95
1.3.4 – Nuevas aportaciones críticas al análisis de marcos	100
1.3.4.1 – Arenas públicas y la circulación de significados	100
1.3.4.2 – Emociones y racionalidad en el enmarcamiento político	103
1.3.4.3 – La narrativa como técnica enmarcadora	104
1.3.5 – Teorías alternativas de la acción colectiva: un diálogo necesario	105
1.4 – Conclusión: el análisis de marcos políticos en Bolivia	108
2 – Bolivia y el MAS a finales del siglo XX: la importancia del contexto	112
2.1 – El contexto político-institucional y electoral	115
2.1.1 – Referentes históricos de las relaciones entre Estado y sociedad	115
2.1.2 – El sistema político y sus normas institucionales	120
2.1.3 – El sistema partidario	123
2.1.4 – Reformas electorales y descentralización.....	128
2.2 – El contexto socioeconómico y cultural	135
2.2.1 – Tierra, recursos naturales y neoliberalismo	135
2.2.2 – El elemento indígena: marginación estructural, reconocimiento constitucional y participación política	138
2.3 – Los primeros años del MAS: la organización interna	144
2.4 – Los primeros años del MAS: primicias ideológicas.....	151

2.5 – Los resultados electorales del MAS: de 1995 a 2002	154
2.6 – Los resultados electorales del MAS: de 2002 a 2005	164
2.7 – Conclusión: el ascenso del MAS, entre oportunidades ajenas y méritos propios	170
3 – 2000-2005: cronología y tipología de los conflictos sociales	174
3.1 – Años 90: nuevos actores, nuevas (y viejas) demandas.....	175
3.2 – Abril de 2000 - octubre de 2003: auge de la “política salvaje”	180
3.3 – Octubre de 2003 - diciembre de 2005: el MAS como canal de institucionalización	193
3.4 – Conclusión: de la heterogeneidad social al proyecto de Estado.....	201
4 – Metodología	208
4.1 – El factor indígena: de esencia a posibilidad empíricamente verificable	209
4.2 – Los componentes descriptivo y performativo de los marcos políticos	211
4.3 – Emisores y receptores del discurso del MAS.....	213
4.4 – Recolección y tipología del corpus documental.....	215
4.5 – Tratamiento de los datos y elaboración de los marcos políticos	221
4.5.1 – Clasificación de los fragmentos textuales	222
4.5.2 – Del texto a los marcos políticos.....	229
5 – Los marcos políticos del discurso del MAS (1995-2005)	237
5.1 – 1995 - 2000: el ingreso de los sindicatos a la arena política	238
5.1.1 – De la creación de la ASP a la escisión cocalera.....	239
5.1.2 – El instrumento político en el Congreso	256
5.1.3 – Los congresos fundadores del MAS-IPSP.....	276
5.1.4 – Los marcos políticos del MAS: primeras configuraciones.....	287
5.2 – 2000 - 2002.....	308
5.2.1 – La dimensión político-institucional	311
5.2.2 – Política de alianzas	317
5.2.3 – Antagonistas	331
5.2.4 – Medios de comunicación	336
5.2.5 – Entre sindicalismo y acción política.....	338
5.2.6 – Economía y soberanía, instituciones y etnicidad.....	341
5.2.7 – Trayecto paralelo de las organizaciones sindicales	345
5.3 – La campaña de 2002.....	350
5.4 – Continuidad y cambio entre 1999 y 2002	374
5.5 – La campaña de 2005.....	383
Conclusiones	409
Fuentes	422
Bibliografía	423
Anexo de imágenes	447

Índice de siglas y abreviaturas

ADN: Acción Democrática Nacionalista

ALCA: Acuerdo de Libre Comercio de las Américas

ASP: Asamblea por la Soberanía de los Pueblos

BID: Banco Interamericano de Desarrollo

CIDOB: Confederación Indígena del Oriente Boliviano, más tarde Confederación Indígena del Oriente y Amazonía de Bolivia

COB: Central Obrera Boliviana

CONAMAQ: Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu

CONDEPA: Conciencia de Patria

COR: Central Obrera Regional

CSUTCB: Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia

DP: Declaración de Principios Ideológicos

FEJUVE: Federación de Juntas Vecinales

FMI: Fondo Monetario Internacional

FSUTCC: Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba

IPSP: Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos

IU: Izquierda Unida

JR: *El Jugete Rabioso*

LR: *La Razón*

LPP: Ley de Participación Popular

LT: *Los Tiempos*

MAS: Movimiento Al Socialismo

MBL: Movimiento Bolivia Libre

MIP: Movimiento Indígena Pachakuti

MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria

MNR: Movimiento Nacionalista Revolucionario

MRTKL: Movimiento Revolucionario Tupak Katari de Liberación

MST: Movimiento Sin Tierra

NFR: Nueva Fuerza Republicana

PODEMOS: Poder Democrático Social

RCD: Redactor del Congreso de Diputados

RS: *Radio Soberanía*

TSE: Tribunal Supremo Electoral

UCS: Unidad Cívica Solidaridad

UPEA: Universidad Pública de El Alto

YPFB: Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos

Abstract / Resumen en inglés

The Political Frames of the Bolivian Movimiento Al Socialismo (1995-2005)

This thesis is the first systematic study of a significant portion of the textual production of the Bolivian Movement for Socialism (MAS) between its foundation in 1995 and its victory in the 2005 general elections.

In its journey towards electoral majority MAS carried out an intense signifying work on the Bolivian reality. The characteristics of that rhetoric —or, more precisely, its effort to semantically reinterpret the social and political context— make up the core of this doctoral research. Analyzing the representation system of the organization that would eventually become the governing party and hegemonic formation in Bolivia is a fundamental path to understand the change in Bolivian society during the rise of MAS and shed light on the reasons for its success.

To this end we employ a discourse analysis technique developed in the last decades within the sociology of social movements and collective action: frame analysis. In recent years this method has yielded breakthroughs in political sciences and sociology, the fields at the intersection of which the scope of this work falls into.

Frames are cognitive frameworks integrated in the rhetoric of political actors. They organize the experience and offer the public an interpretation of reality that functions as a guideline to their actions. By expressing their opinion on social events, parties not only convey their ideological substrate but also attempt to persuade the electorate. This effort of proposing collectively suggestive meanings is what “framing” is about.

Up until now, the most widely circulated hypothesis explaining the victorious journey of the peasant political instrument has been centered on its ability to assemble the demands of different protest sectors —within a mobilization cycle stretching out from the Cochabamba Water War in 2000 to the December 2005 general elections— and to translate them into an institutional setting. To many researchers this ability is tightly connected to the idea of the refounding of the Bolivian State proposed by MAS and inspired by an indigenous nationalism of inclusive nature. This phenomenon, the ethnification of politics, has been almost unanimously pointed out by the academic and political world as one of the reasons behind the success of MAS.

We do not deny the native-Bolivian contribution to the conception of an alternative model of State, nor do we deny the potential behind the politicization of ethnic cleavages. Nonetheless, we do believe

that both the centrality of this message and the circumstances of its conception deserve a more exact assessment. We therefore set out to reformule the view that MAS grew as an *essentially* indigenous party, made up of individuals federated behind their own ethnic backgrounds, with an ideology inspired by Andean-Amazonian cultures and a message centered on meeting the historical demands of ethnically discriminated majorities. In short, our hypothesis is that political ethnification was not integrated—or more specifically, framed—into the rhetoric of the MAS until late and mainly due to circumstantial reasons. Even then it remained in the shadow of a class-based economic perspective, which constituted the main vector of the understanding of Bolivian reality proposed by the MAS.

Our hypothesis regarding the overestimate of the ethnic-cultural role in the development of the MAS concerns another aspect: the one around the symbolical value of the coca leaf. Within the dominant view, centered on the revaluation of the ethnical background as the main reason for the success of the peasant political instrument, coca leaf has been presented as one of the main drives for the growing indigenous identity of the MAS and its expansion to the rest of society. However, a preliminary analysis of our research data suggested, on the one hand, that the ethnification of coca was a relatively small phenomenon inside MAS' rhetoric and, on the other hand, that the symbolic potential of the coca leaf was itself eclipsed by other more mobilizing and evocative concepts.

Finally, a third point concerning electoral sociology will adress the consequences of MAS' framing efforts to the development of the collective identities within the Bolivian society, and its electoral impact. More precisely, we will verify the hypothesis according to which the national sovereignty frame, based on the recovery of natural resources and the rejection of international impositions, was most persuasive to the more disadvantaged classes, in their great majority rural and self-identifying as indigenous. And we will verify whether, paradoxically, the ethnic dimension that was gradually incorporated into the political discourse of the MAS and its idea about the national community was mostly useful in convincing the urban middle-class electorate, and periurban sectors connected to market economy, of the importance of a deep cultural change in institutional practices.

This research is organized in five chapters after which we will present our main conclusions. In the first chapter we lay out the theoretical basis of frame analysis. Founded in the 70's and 80's within the sociology of social movements and collective action, this variation of discourse analysis has since been frequently applied in the scopes of political sociology and political communication.

The second chapter is devoted to the cultural and sociopolitical contextualization of the period in question. The objective of this chapter is, on the one hand, to identify the elements available to the MAS for its framing efforts, especially those that either had or would acquire significant political or symbolical meaning. On the other hand, we will review the political oportunities that arised in the 1990's and how MAS was able to use them as a stepping stone into the institucional stage. The growing presence of the party in formal politics was a platform of incomparable importance for the

broadcasting of its political frames.

The third chapter is specifically focused on the six-year period from the beginning of 2000 until the general elections of December 2005. In this section we will describe in detail the milestones of the mobilization cycle, the nature and intensity of the participation of the MAS and its multiple components, and how the events of this turbulent period facilitated —or, in certain cases, conditioned— the reinterpretation effort carried out by the political movement in the voice of its leaders and militants.

Chapter four has the task of presenting the main methodological questions faced by this research. The first concerns the supposed indigenous identity of MAS, and why we reject the idea of ethnicity as an inherent element of its identity or an unavoidable dimension of its discourse. We will then ponder the implications of analyzing frames as either dependent or independent variables, and attempt to demonstrate the compatibility of both approaches. A third question concerns the identification of who speaks in MAS' name, i.e., who are its legitimate spokespeople. In the fourth and fifth sections of chapter four we present the details behind the gathering of documental data and its distinct types, followed by the description of the preliminary data analysis and subsequent organization under the methodology of frame analysis.

In the fifth chapter, we conduct frame analysis itself, divided into four sections. The first covers the first five years of the peasant political instrument, from its foundation in the beginning of 1995 to the end of the Water War in April of 2000. The second section covers the MAS discourse from mid-2000 up to the general elections of June 2002. The third section focuses precisely on the electoral campaign for those elections. Finally, in the fourth section we present a diachronic comparison by moving forward to the December 2005 general elections.

After analyzing the empirical data and characterizing the political frames of the MAS and its framing mechanisms, our main conclusion is that the class-based economic frame is the most influential one, and that all others frames are subordinated to its assumptions about social and political Bolivian reality. We therefore demonstrate that Evo Morales and his companions did not incur in the politicization of ethnical cleavages on a broad scale.

Concerning the coca leaf, careful analysis of the data shows that up until 2005 there is no evidence of a significant change in its semantic value towards an ethnic meaning. Moreover, it seems that in their interventions addressing the national public the leaders of the MAS made a deliberate effort to steer away from their initial issue, the coca leaf production, in which they felt less comfortable than in the sovereignty or economic subjects.

Nonetheless, the undeniable entry of ethnicity into politics and into the national-popular identity promoted by MAS contributed to the formulation of a post-nationalism of inclusive nature. This replaced the national republican fiction, refuted by social inequalities, and offered the indigenous

baseline as a common shelter-identity.

The conclusions obtained from documental data offer a new standpoint about the relationship between, one, the electoral success of MAS and its surprising progress among urban spheres, and two, the gradual introduction of an indigenous component in its social, economic, and institutional planning. We therefore maintain that the relative ethnification of the MAS' discourse provided a way around suspicions of a hypothetical class-based clash, feared by wealthy urban sectors and rural immigrants established in and around the main cities.

As such, while representing the voice of protesting groups in the institutional sphere and bridging social organizations on the streets, MAS was able to potentiate through its discourse a new hegemonic paradigm as an alternative to the disputed democratic neoliberalism.

Resumen en español

Los marcos de referencia políticos del Movimiento Al Socialismo boliviano (1995-2005)

La presente tesis es el primer estudio sistemático de una cantidad sustancial de la producción textual del Movimiento Al Socialismo Boliviano (MAS) entre su fundación en 1995 y su victoria en las elecciones generales de 2005.

En su viaje hacia el triunfo electoral y el poder político, el MAS desarrolló un intenso trabajo de significación de la realidad del país. Las características de esa estrategia discursiva –o, más exactamente, de su esfuerzo de resignificación semántica sobre el contexto social y político– conforman el núcleo central de la presente investigación doctoral. Analizar el sistema de representaciones de la organización que se convirtió en partido de gobierno y formación hegemónica en Bolivia constituye un camino fundamental para entender los cambios en la sociedad boliviana a lo largo del período de ascenso del MAS y esclarecer las razones de su éxito.

Para tal fin, decidimos adoptar una técnica de análisis de discurso que nació y se desarrolló durante las últimas décadas en la sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva: el análisis de marcos de referencia. En años más recientes, dicho método se ha ido abriendo paso en los campos de la ciencia y la sociología políticas, en el cruce de las cuales se sitúa el presente trabajo.

Los marcos de referencia son esquemas cognitivos integrados en el discurso de los actores políticos. Su función es organizar la experiencia y proponer al público una interpretación de la realidad y una línea de conducta a seguir. Al opinar sobre los hechos sociales, los partidos no sólo expresan su sustrato ideológico, sino que también llevan a cabo un esfuerzo de persuasión dirigido al electorado. A este esfuerzo de proponer significados colectivamente sugerentes corresponde el verbo “enmarcar”.

En la actualidad, la hipótesis más extendida para explicar el recorrido victorioso del instrumento político campesino se basa en su capacidad para articular las demandas de distintos sectores contestatarios, en el ámbito de un ciclo de movilización que se prolonga desde la Guerra del Agua de Cochabamba, en 2000, hasta las elecciones de diciembre de 2005, y trasponerlas al escenario institucional. Para muchos investigadores, este rasgo se vincula de manera directa con la idea de refundación del Estado boliviano propuesta por el MAS e inspirada por un nacionalismo indígena de naturaleza inclusiva. Este fenómeno, la etnificación de la política, ha sido casi unánimemente señalado por el mundo académico y político como uno de los subyacentes detrás del éxito del

movimiento político.

No pretendemos negar la existencia de un aporte indianista en la concepción de un modelo alternativo de Estado, ni tampoco negar el potencial de la politización de las fracturas étnicas. Pero sí creemos que hay que medir de una forma más exacta la centralidad de ese mensaje y las circunstancias de su gestación. Por consiguiente, planteamos la necesidad de reformular la idea según la cual el MAS se desarrolló como un partido *esencialmente* indígena, formado por individuos federados en torno a su pertenencia étnica, dotado de una ideología inspirada en las culturas andino-amazónicas y un mensaje centrado en la satisfacción de los reclamos históricos de las mayorías discriminadas por motivos étnicos. En pocas palabras, nuestra hipótesis consiste en que la etnificación de la política no parece haber sido integrada en el discurso del MAS –más exactamente, enmarcada– hasta tarde y por motivos principalmente coyunturales y que, aun así, quedó siempre en la sombra de una perspectiva económica de tipo clasista, principal vector de la comprensión de la realidad del país propuesta por el MAS.

Nuestra hipótesis acerca de la sobrevaloración del componente étnico-cultural en el desarrollo del MAS atañe a otro aspecto: el valor simbólico de la hoja de coca. Dentro de la lógica predominante centrada en la revalorización de la pertenencia étnica como explicación para el ascenso del instrumento político campesino, la hoja de coca ha sido presentada como uno de los principales vehículos para la indianización de la identidad del MAS y su expansión hacia el resto de la sociedad. Un análisis preliminar de los datos sugiere, por el contrario, que la etnificación de la coca constituyó un fenómeno relativamente marginal en el discurso del MAS y que el propio potencial simbólico de la hoja de coca fue eclipsado por otros conceptos más movilizadores y evocadores.

Por último, el tercer punto, más cercano a la sociología electoral, versará sobre las consecuencias del enmarcamiento del MAS en el desarrollo de las identidades colectivas de la ciudadanía boliviana y sus consecuencias en términos electorales. Más concretamente, verificaremos la hipótesis de que la narrativa nacional soberanista, basada en la recuperación de los recursos naturales y el rechazo a los dictámenes extranjeros, logró sus mayores niveles de persuasión entre las capas más desfavorecidas, en su aplastante mayoría rurales y autoidentificadas como indígenas. Y constataremos si, paradójicamente, la dimensión étnica poco a poco incorporada al discurso político del MAS y a su idea de nación sirvió sobre todo para persuadir a los electores de clase media urbanos, o a sectores periurbanos incorporados al mercado, de la necesidad de un cambio cultural profundo en las prácticas institucionales.

La investigación se organiza en cinco capítulos, tras los cuales presentaremos nuestras principales conclusiones. En el primero de esos capítulos se expondrán las bases teóricas del análisis de marcos. Fundada en los años 70 y 80 en torno a la sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva, esta variación del análisis de discurso ha sido desde entonces aplicada en el ámbito de la

sociología política y de la comunicación política.

El segundo capítulo estará dedicado a la contextualización sociopolítica y cultural del período en cuestión en el ámbito más amplio de la historia boliviana. Por un lado, su objetivo consiste en identificar los elementos a disposición del MAS para sus tareas de enmarcamiento, en especial aquellos que habían adquirido o iban a adquirir una carga política y/o simbólica significativa. Por otra parte, realizaremos un repaso de las oportunidades políticas que fueron surgiendo a partir de los años 90 y de la forma en que el MAS supo aprovecharlas para poner pie en el escenario institucional. La creciente presencia del partido en la política formal representó una tribuna incomparable para la divulgación de sus marcos de referencia.

Por su parte, el tercer capítulo se centrará en el sexenio que va de comienzos del año 2000 hasta los comicios de diciembre de 2005. En esta sección, describiremos al pormenor los principales hitos del ciclo de movilización, la naturaleza y la intensidad de la participación del MAS y de las organizaciones que lo componían y de qué forma los acontecimientos de este período convulso posibilitaron –o, en ciertos casos, condicionaron– el trabajo de significación llevado a cabo por el instrumento político, en la voz de sus dirigentes y militantes.

En el capítulo 4 se presentarán las principales cuestiones metodológicas que debimos enfrentar en la elaboración de la presente investigación. La primera de ellas es la supuesta identidad indígena del Movimiento Al Socialismo y por qué rechazamos considerar la etnicidad como un elemento intrínseco de su naturaleza o como una dimensión inevitable de su discurso. Luego, reflexionaremos sobre las implicaciones de privilegiar los marcos de referencia políticos como variables dependientes o independientes, e intentaremos demostrar la compatibilidad de ambos acercamientos. Una tercera cuestión consiste en determinar quién habla en nombre del MAS, esto es, quiénes son sus representantes legítimos en términos discursivos. En el cuarto y quinto apartados del capítulo 4 se presentarán las circunstancias de la recolección del material documental y su distinta tipología, seguidos por las tareas de tratamiento preliminares y su posterior organización bajo la forma de marcos políticos.

En el quinto capítulo, el más extenso, tiene lugar el análisis de marcos propiamente dicho, dividido en cuatro períodos. El primero trata de los primeros cinco años de vida del instrumento político campesino, desde su fundación a comienzos de 1995 hasta el desenlace de la Guerra del Agua, en abril del año 2000. El segundo bloque acompaña el trayecto discursivo del MAS de mediados de 2000 hasta vísperas de las elecciones generales de junio de 2002. A su vez, el tercer apartado se concentra en la campaña electoral para esa cita electoral. Por último, la cuarta sección permite una comparación diacrónica avanzando hasta la campaña para los comicios de diciembre de 2005.

Tras analizar el material empírico y delinear los rasgos centrales de los marcos de referencia políticos del MAS y de sus dispositivos de enmarcamiento, nuestra principal conclusión es la primacía

del marco económico-clasista y la subordinación de los restantes marcos a su lógica interpretativa de la realidad social y política boliviana. Defendemos, por lo tanto, que Evo Morales y sus compañeros de ruta no incurrieron en una politización de los clivajes étnicos a gran escala.

Con respecto a la hoja de coca, un análisis atento del corpus documental demuestra que, hasta 2005, no hay señales de un cambio significativo en la carga semántica de la hoja de coca hacia un contenido étnico. Es más: parecería que, en sus intervenciones destinadas al público nacional, los dirigentes del instrumento político hicieron un esfuerzo deliberado por alejarse de su temática inicial, en la cual se sentían menos cómodos que en el terreno soberanista o económico.

No obstante, la innegable entrada de lo étnico en la política y en la identidad nacional-popular promovida por el MAS contribuyó a la formulación de un posnacionalismo de base incluyente, que reemplazaba la ficción nacional republicana desmentida cotidianamente por las desigualdades sociales y ofrecía la referencia indígena como posible identidad refugio común.

Por último, las conclusiones obtenidas a partir del material documental nos permiten presentar un punto de vista novedoso para explicar la relación entre, por un lado, el éxito electoral del MAS y su sorprendente progreso en las esferas urbanas y, por otro, la gradual introducción de un componente indígena en sus planteamientos sociales, económicos e institucionales. Consideramos pues que la relativa etnificación del discurso del MAS posibilitó contornar el recelo de un hipotético enfrentamiento de clases temido por los sectores urbanos acaudalados e aquellos inmigrantes rurales establecidos dentro y en torno a las grandes ciudades.

De esta forma, el MAS, al tiempo que representaba la voz de los grupos contestatarios en el seno de las instituciones y establecía puentes entre las organizaciones sociales en las calles, fue capaz de potenciar a través de su discurso un paradigma hegemónico alternativo al cuestionado neoliberalismo democrático.

Introducción

En la vida social, los ciudadanos compartimos un mismo diccionario donde buscamos, con cada nuevo debate, el inestable significado de cada término. Pero, en ese diccionario común, cada uno de nosotros selecciona (a veces de manera inconsciente) su propia acepción. La lucha política es también una lucha por instalar en la opinión pública la acepción que más nos conviene y convertirla en mayoritaria. En otras palabras, lo semántico es político.

Al final de una intervención en un seminario llamado “Hacia la unidad del movimiento indígena-originario-campesino”, realizado en La Paz en septiembre de 2001, Evo Morales, entonces diputado y líder del principal sindicato cocalero del país, contestó de la siguiente forma a una pregunta del público acerca de cómo responder a la expoliación de los recursos naturales y a la represión del ejército contra los grupos contestatarios:

“Inicialmente pensé que el Parlamento iba a dar una solución, y me he dado cuenta de que no es ninguna solución. Para nosotros, también del Trópico de Cochabamba, no solamente de Evo Morales, nuestra primera prioridad es apuntar a refundar el país, pero ¿qué pasa si el pueblo no responde?”¹

La cuestión que el actual presidente planteaba es propia de cualquier dirigente político con ambiciones renovadoras. En el caso de un régimen democrático con elecciones libres, ¿cómo convencer al electorado de que uno tiene razón? Obviamente, no basta con tenerla: hay que desarrollar una estrategia que demuestre ante el público las ventajas de las alternativas propuestas, exponiendo simultáneamente las deficiencias del sistema vigente y las contradicciones de los adversarios. Ese plan puede basarse en la simple exposición de las reformas, pero también en episodios de movilización, alianzas con otros partidos y organizaciones sociales u obstrucción parlamentaria, por ejemplo. Sin embargo, ninguna estrategia persuasiva puede considerarse completa sin incluir una dimensión discursiva. La ampliación del campo de posibilidades políticas debe estar acompañada por una deconstrucción del entramado de significados compartidos que sostiene, para bien o para mal, el orden establecido. Las famosas consignas “Otro mundo es posible” y “No hay alternativa” constituyen así dos caras de la misma moneda: los significados con que pensamos el mundo limitan o ensanchan el abanico de lo políticamente concebible.

Proporcionemos un ejemplo reciente y mediático, el caso de la formación española Podemos.

¹ CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA: “Compilación del panel: 'Hacia la unidad del movimiento indígena-originario-campesino'”, La Paz, CIDMA, septiembre de 2001, pág. 19

Voluntaria o inadvertidamente, sus responsables han restringido la utilización en sus intervenciones públicas del término “pueblo”, de reconocida inspiración latinoamericana y cargado en Europa de ciertas connotaciones peyorativas. En su lugar, se extendió el empleo de la palabra “gente”, mucho más neutra y por lo tanto pasible de ser inculcada con un significado propicio al mensaje político de Podemos. Si “pueblo” alude inmediatamente al denostado concepto de populismo, “gente” remite más bien a un difuso sentimiento de fraternidad entre las clases inferiores o “los de abajo”, otra expresión común en el vocabulario del líder de movimiento, Pablo Iglesias². En los concurridos foros del debate público, la misma propuesta recibirá interpretaciones distintas en función de la denominación elegida para el pretendido beneficiario. Análogamente, la suerte de un proyecto político de largo recorrido depende en buena medida de la capacidad de sus promotores para formular un sujeto colectivo con una identidad compartida, en nombre del cual acometer el cambio.

Al decir que un sujeto político se “formula”, estamos asumiendo la premisa según la cual el discurso ejerce un papel constitutivo de la realidad, y no meramente descriptivo. Dicha perspectiva implica que el alcance de un actor político, sea una organización social o un partido, depende en buena medida de su capacidad para explicar la realidad con un lenguaje perceptible y coherente, persuadiendo así el público de la pertinencia de sus acciones y propuestas. Aquel que logre imponer la supremacía de sus términos y significados adquiere la considerable ventaja de poder desarrollar el debate público en campo propio. Por consiguiente, lejos de constituir un accesorio circunstancial, las estrategias discursivas de un partido o movimiento son un indispensable factor explicativo de su éxito o intrascendencia sociopolítica a corto y largo plazo. Como señala Ernesto Laclau, en una obra a la que regresaremos más adelante:

“Lejos de ser un parásito de la ideología, la retórica sería de hecho la anatomía del mundo ideológico (...) Desde este punto de vista, la distinción entre un movimiento y su ideología no sólo es imposible, sino también irrelevante: lo que importa es la determinación de las secuencias discursivas a través de las cuales un movimiento o una fuerza social lleva a cabo su acción política global.”³

Por otro lado, es sabido que las vicisitudes de la progresión de un movimiento social o político ofrecen un panorama acerca de cómo funciona la sociedad, de sus relaciones con el Estado y de los cambios que esa sociedad experimenta⁴. Por lo tanto, las características de la vertiente discursiva requerida por todo proyecto de cambio político no sólo nos informan sobre el contenido de la visión

² IGLESIAS, Pablo: “¿Quiénes son los de abajo?”, publicado en el blog “Otra vuelta de tuerka” del periódico *Público*, 8 de julio de 2013, accedido a 6 de febrero de 2014, disponible en <http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/291/quienes-son-los-de-abajo/>

³ LACLAU, Ernesto: *La raison populiste*, Paris, Seuil, 2008, pág.26

⁴ MEYER, David y KRETSCHMER, Kelsy: “Social Movements”, en BRYANT, Clifton y PECK, Dennis (eds.), *21st Century Sociology: A Reference Handbook*, Thousand Oaks, SAGE Publications, 2007, pág.541

del mundo y de la identidad de su autor, sino que nos proporcionan importantes indicios acerca de la evolución global de la sociedad, sus expectativas, recelos y prioridades, incluyendo aspectos menos visibles que se sitúan en el subtexto del debate público. Si, como recordaba el medievalista Jacques Le Goff en una reflexión de validez intemporal, “hay que buscar el sentido de una sociedad en su sistema de representaciones y en el lugar que este sistema ocupa en las estructuras sociales y en la 'realidad'”⁵, las propiedades específicas de una estrategia discursiva exitosa nos procuran una provechosa puerta de entrada para la caracterización de las corrientes más profundas de la sociedad en cuestión.

Descendiendo al caso boliviano, han sido varios los autores que, en los últimos años y bajo varias denominaciones, han señalado la emergencia de aquello que podríamos llamar “un nuevo sistema de representaciones”. Por ejemplo, el sociólogo Luis Tapia describió el surgimiento de un nuevo sentido común basándose en el concepto gramsciano de hegemonía⁶; Jorge Komadina y Céline Geffroy, a su vez, diagnosticaron una transformación del campo de significaciones de la sociedad⁷; mientras que el sociólogo y actual vicepresidente Álvaro García Linera proclamó el fin de un horizonte psicológico de subalternidad entre las capas indígenas y campesinas de la población boliviana⁸.

Estos fenómenos fueron acompañados, en el ámbito político, por un proceso de creciente centralidad del Movimiento Al Socialismo – Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP), un partido fundado en 1995 por iniciativa de varios sindicatos campesinos, entre los cuales destacaban los productores de hoja de coca del Trópico de Cochabamba. En los diez años que siguieron a su creación, el MAS pasó de un estatuto de partido regional y rural a principal formación nacional. Finalmente, en diciembre de 2005, su candidato Evo Morales ganó por mayoría absoluta las elecciones presidenciales, alcanzado así la jefatura del Estado. Desde entonces, el MAS no ha perdido ningún sufragio nacional y sus rivales tampoco han podido articular una alternativa consistente.

En su viaje hacia el triunfo electoral y el poder político, el MAS desarrolló un intenso trabajo de significación de la realidad del país: adoptó y rechazó calificativos, moldeando dúctiles identidades; vinculó conceptos hasta entonces desconectados, proponiendo nuevas interpretaciones que conllevaban la formulación de nuevas políticas; insufló vida a viejos términos, reinventando algunos y recuperando otros. Las características de esa estrategia discursiva –o, más exactamente, de su

⁵ LE GOFF, Jacques: “Entretien avec Claude Mettra”, en HUIZINGA, Johan: *L'automne du Moyen Âge*, Paris, Payot & Rivages, 2002, pp.14-15

⁶ TAPIA, Luis: “La reforma del sentido común en la dominación neoliberal y en la constitución de nuevos bloques históricos nacional-populares”, en CECEÑA, Ana Esther (coord.), *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, Buenos Aires, CLACSO, 2008, pp.101-113

⁷ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline: *El poder del movimiento político. Estrategia, tramas organizativas e identidad del MAS en Cochabamba (1999-2005)*, La Paz, CESU-UMSS, 2007, pág.144

⁸ SVAMPA, Maristella y STEFANONI, Pablo: “Entrevista a Álvaro García Linera: ‘Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas’”, *OSAL*, n°22, septiembre 2007, pp.143-164

esfuerzo de resignificación semántica sobre el contexto social y político— conforman el núcleo central de la presente investigación doctoral.

Esta trayectoria ascendente del partido de Evo Morales ha sido objeto de estudio de varios especialistas, incluso desde antes de que llegara al poder. Los científicos sociales han empleado múltiples enfoques para explicar dicho recorrido, desde los acercamientos de tipo institucionalista hasta los centrados en las redes organizativas, la estrategia interna o la dinámica del sistema de partidos. Regresaremos posteriormente a estos estudios de manera más detallada. Por ahora, nos limitaremos a compartir la observación de Ramón Máiz sobre el hecho de que, en estos modelos explicativos, “existe una dimensión ausente que, de ser introducida, complementaría en buena medida el nexo entre estructura de oportunidad política, capacidad de movilización de recursos y estrategia partidaria”⁹. El autor se refiere, por supuesto, al discurso político. Consideramos que emprender el análisis del sistema de representaciones de la organización que se convirtió en partido de gobierno y formación hegemónica en Bolivia constituye un camino fundamental para entender los cambios en la sociedad boliviana a lo largo del período de ascenso del MAS y esclarecer las razones de su éxito.

La pregunta que se impone inmediatamente atañe al método más indicado para bucear en las estrategias discursivas del MAS y penetrar así en los entresijos de su filosofía política. A este respecto, decidimos adoptar una técnica de análisis de discurso que nació y se desarrolló durante las últimas décadas en la sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva: el análisis de marcos de referencia, o *frame analysis* en su versión inglesa. Se trata además de un método que, poco a poco, se ha ido abriendo paso en los campos de la ciencia y la sociología políticas, en el cruce de las cuales se sitúa el presente trabajo.

En resumen, los marcos de referencia son los esquemas cognitivos integrados en el discurso de un actor político que tienen como función organizar la experiencia y orientar la acción, a nivel interno y externo, proponiendo al público una interpretación de la realidad y una línea de conducta a seguir. Al opinar sobre los hechos sociales, los partidos no sólo expresan su sustrato ideológico, sino que también llevan a cabo un esfuerzo de persuasión dirigido al electorado. A este esfuerzo de proponer significados colectivamente sugerentes corresponde el verbo “enmarcar”. Enfrentados a marcos rivales en una arena pública donde los discursos se entrecruzan, los marcos de referencia vencedores son aquellos que logran extender sus principios interpretativos al público más amplio, aunque siempre bajo procesos de negociación de significados. En la práctica discursiva, esto se traduce concretamente en luchas semánticas entre vocablos, metáforas, referencias históricas y modelos narrativos. Hay combates que se resuelven rápidamente, otros que perduran durante décadas. Pero todos tienen

⁹ MÁIZ, Ramón: “Indianismo y nacionalismo en Bolivia: estructura de oportunidad política, movilización y discurso”, *Revista SAAP*, vol.3, n°1, 2007, pág.14

consecuencias políticas¹⁰.

Además de su capacidad para dilucidar los cambios en los sistemas de significaciones de un movimiento político y, por ende, de la sociedad en que este se mueve, el análisis de marcos se nos presentó como un método idóneo para penetrar en los entresijos del desarrollo identitario interno que acompañó el crecimiento del MAS y para descifrar la caracterización del sujeto político en nombre del cual se propuso un proyecto de transformación social de gran envergadura.

Acreditamos, por lo tanto, que la exploración del discurso del MAS a través del análisis de marcos nos proporcionará datos que arrojarán una nueva luz sobre las circunstancias de su ascenso y las concomitantes transformaciones de la sociedad boliviana. En la actualidad, la hipótesis más extendida para explicar el recorrido victorioso del instrumento político campesino se basa en su capacidad para articular las demandas de distintos sectores contestatarios, en el ámbito de un ciclo de movilización que se prolonga desde la Guerra del Agua de Cochabamba, en 2000, hasta las elecciones de diciembre de 2005, y trasponerlas al escenario institucional. Ese talento aglutinador precisó, ciertamente, de una labor organizativa imprescindible para gestionar las distintas corrientes y los reclamos de un movimiento social que fue incorporando en su seno a cada vez más entidades. Sin embargo, la correspondiente evolución de la estructura interna del partido no forma parte de nuestras prioridades inmediatas.

Compartimos además la opinión de Sven Harten quien, en su completo estudio sobre el MAS, afirma que esa capacidad articuladora no se explica tanto por la participación física del partido en los conflictos sociales como por “el papel que su *discurso* desempeñó en permitir que un movimiento social fragmentado se uniera bajo demandas comunes y alrededor de una nueva identidad común del 'pueblo' como víctima del *statu quo*.”¹¹ Esto significa que la emergencia de una identidad popular de nuevo cuño y la fusión de las múltiples demandas bajo un pliego común fueron, en gran medida, el resultado de la estrategia discursiva puesta en práctica por los dirigentes del partido.

Sin embargo, son precisamente las características de dicha identidad y las líneas maestras de su proyecto unificador lo que, creemos, necesita ser descrito con mayor precisión, fundamentada en un examen minucioso del material discursivo emitido por el MAS durante su período opositor. Estas interrogaciones empezaron a gestarse en el transcurso de un trabajo realizado en 2007, en el ámbito del Programa de Doctorado que aquí concluye. Entonces, verificamos la existencia de un cierto

¹⁰ Un ejemplo claro es el descrito por Jacques Derrida. Este señalaba que, durante el conflicto por la independencia de Argelia, los franceses se referían a él de manera eufemística como los “acontecimientos”, enmarcando las acciones de terrorismo de Estado (torturas, asesinatos, etc.) como una simple operación de policía y de seguridad nacional y tildando a los independentistas de “terroristas”. En los años 90, una revisión de la Historia oficial en el Parlamento francés convirtió los “acontecimientos” en la “Guerra de Argelia”, una denominación reclamada por los antiguos combatientes pero que seguía sin reconocer el carácter asimétrico de la represión armada. Cf. DERRIDA, Jacques: “Qu'est-ce que le terrorisme?”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2004

¹¹ HARTEN, Sven: *The Rise of Evo Morales and the MAS*, Londres, Zed Books, 2011, pág.107, cursiva original

desfase entre la historia oficial, propagada por los dirigentes del partido, sus militantes y la mayoría de los investigadores, y la postura retórica que el MAS realmente había adoptado en el agitado período que va de su fundación en 1995 al ascenso de Evo Morales a la presidencia.

De acuerdo con esta interpretación, el afán de refundación del Estado boliviano inspirado por un nacionalismo indígena de cariz inclusivo, punto neurálgico del gobierno del MAS, había adquirido relevancia retrospectiva. Esto es, nos percatamos de que quizá el ímpetu y la popularidad del llamado “proceso de cambio” –puesto en marcha por el MAS a partir de 2005– habían amplificado la verdadera dimensión de la etnificación de la política, fenómeno casi unánimemente señalado por el mundo académico y político como uno de los subyacentes detrás del éxito del movimiento político¹². Asimismo, que este énfasis en los valores culturales andinos no había ocupado un lugar central en las prioridades del movimiento cocalero durante la mayor parte del período en la oposición. Es cierto que en 2008 Evo Morales proclamó sobre los bolivianos: “Todos somos originarios”¹³. Pero la cuestión es determinar desde cuándo.

En efecto, confiamos en que los datos documentales recogidos permitirán corroborar la pertinencia de esa suposición. No pretendemos negar la existencia de un aporte indianista en la concepción de un modelo alternativo de Estado y de una identidad nacional alejada de los principios de mestizaje heredados de la República. Pero sí creemos que hay que medir de una forma más exacta la centralidad de ese mensaje y las circunstancias de su gestación. No se trata, tampoco, de negar el potencial de la politización de las fracturas étnicas, sino de determinar su verdadero peso respecto a otras formas de enmarcar la realidad sociopolítica del país.

Por consiguiente, planteamos la necesidad de reformular la idea según la cual el MAS se desarrolló como un partido *esencialmente* indígena, formado por individuos federados en torno a su pertenencia étnica, dotado de una ideología inspirada en las culturas andino-amazónicas y un mensaje centrado en la satisfacción de los reclamos históricos de las mayorías discriminadas por motivos étnicos¹⁴. En pocas palabras, nuestra hipótesis consiste en que la etnificación de la política no parece haber sido integrada en el discurso del MAS –más exactamente, enmarcada– hasta tarde y por motivos principalmente coyunturales y que, aun así, quedó siempre en la sombra de una perspectiva económica de tipo clasista, principal vector de la comprensión de la realidad del país propuesta por

¹² Resumida así por García Linera: “(...) hoy se puede decir que la concepción del mundo de corte emancipativo más importante e influyente en la actual vida política del país es el indianismo y es el núcleo discursivo y organizativo de lo que hoy podemos denominar la ‘nueva izquierda’”, in GARCÍA LINERA, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias. Indianismo y Marxismo”, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* n°3, Buenos Aires, CLACSO, diciembre 2007, pág.9

¹³ Discurso de Evo Morales en Foro Permanente para las Cuestiones Indígenas de la ONU, 21 de abril de 2008, disponible en <http://www.presidencia.gob.bo/discursos1.php?cod=13> (accedido a 28 de abril de 2010)

¹⁴ Visión muy extendida, como ejemplifican Ramón Máiz, cuando afirma que la razón de ser inicial del MAS consistió en “las demandas de los pueblos y naciones indígenas originarias” (MÁIZ, Ramón, *op.cit.*, pág.45) y Sven Harten, al afirmar que “en el caso del MAS, el agravio de largo plazo fue la exclusión de los pueblos indígenas” (HARTEN, Sven, *op.cit.*, pág.93).

el instrumento político campesino. Creemos además que el giro cultural según el cual las poblaciones indígenas pasaron rápidamente de una representación fundada en organizaciones de tipo clasista a otras de base identitaria no fue tan pronunciado en el caso boliviano como algunos investigadores han podido defender.

Un segundo aspecto subsidiario del anterior sobre el cual intentaremos comprobar nuestras suposiciones acerca de la sobrevaloración del componente étnico-cultural atañe al valor simbólico de la hoja de coca. Dentro de la lógica predominante centrada en la revalorización de la pertenencia étnica como explicación para el ascenso del instrumento político campesino, la hoja de coca ha sido presentada como uno de los principales vehículos para la indianización de la identidad del MAS y su expansión hacia el resto de la sociedad. En 2003, en uno de los primeros estudios sobre el movimiento político campesino, Stefanoni sostenía que “el significante *coca* –asociado por los gobiernos boliviano y estadounidense con narcotráfico y cocaína– fue progresivamente resignificado como 'hoja milenaria heredada de nuestros antepasados' y, fundamentalmente, 'defensa de la dignidad nacional’”¹⁵. A una conclusión semejante llegaron Komadina y Geffroy, para quienes “la coca es una suerte de constelación simbólica” y “el mito fundacional del MAS”¹⁶.

El material documental aquí presentado permitirá aclarar de manera más exacta el verdadero peso de la simbología de la hoja de coca en el trayecto del MAS hacia la conquista del poder. Un análisis preliminar de los datos sugiere, por el contrario, que la etnificación de la coca constituyó un fenómeno relativamente marginal en el discurso del MAS y que el propio potencial simbólico de la hoja de coca fue eclipsado por otros conceptos más movilizadores y evocadores.

Como veremos, ni los programas políticos del MAS ni su discurso sobre el terreno –tanto dentro como fuera de las regiones cocaleras– presentaban habitualmente la coca como un símbolo de la cosmovisión indígena. Además, pese a su presencia regular en el discurso del MAS, hasta muy tarde la cuestión de su producción fue encarada como un problema agrario y económico, transformándose después poco a poco en una cuestión social relacionada con la globalización económica y la situación periférica de Bolivia en el capitalismo mundial. La denuncia de presiones foráneas de Estados Unidos sobre los programas estatales de erradicación de la hoja de coca sí adquirió especial relevancia a lo largo del período en cuestión, pero dentro de la lógica antiimperialista adoptada por el instrumento campesino. El principal problema era la injerencia externa, no las características particulares de la planta cultivada.

Por último, el tercer punto, más cercano a la sociología electoral, versará sobre las consecuencias del enmarcamiento del MAS en el desarrollo de las identidades colectivas de la ciudadanía boliviana

¹⁵ STEFANONI, Pablo: *El nacionalismo indígena como identidad política: la emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)*, Buenos Aires, CLACSO, 2003, pág.21

¹⁶ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pp.124 y 126

y sus consecuencias en términos electorales. Así, planteamos la posibilidad de que los dos ejes fundamentales del proyecto de identidad nacional desarrollada por el partido de Evo Morales hacia el final del período en cuestión –el soberanismo antiimperialista y la indigeneidad sin fronteras precisas– hayan ocasionado efectos distintos sobre distintos sectores del electorado. Más concretamente, verificaremos la hipótesis de que la narrativa nacional soberanista, basada en la recuperación de los recursos naturales y el rechazo a los dictámenes extranjeros, logró sus mayores niveles de persuasión entre las capas más desfavorecidas, en su aplastante mayoría rurales y autoidentificadas como indígenas. Y constataremos si, paradójicamente, la dimensión étnica poco a poco incorporada al discurso político del MAS y a su idea de nación sirvió sobre todo para persuadir a los electores de clase media urbanos, o a sectores periurbanos incorporados al mercado, de la necesidad de un cambio cultural profundo en las prácticas institucionales.

En lo que respecta al corpus documental que sustentará sus aportaciones, la presente tesis constituye el primer estudio sistemático de una muestra relevante de la producción textual del MAS en su período de oposición política, entre su fundación en 1995 bajo la denominación Asamblea por la Soberanía de los Pueblos y su victoria en los comicios presidenciales y legislativos de 2005. Adoptamos una definición amplia del concepto de texto, puesto que incluimos documentos escritos oficiales del partido, declaraciones a la prensa de sus dirigentes o militantes, entrevistas y artículos de opinión, pero también escenografías, pancartas y fotografías, además de intervenciones públicas o semipúblicas de Evo Morales y sus allegados. Además, localizamos fuentes secundarias, como películas documentales de la época en cuestión, que nos han proporcionado algún material primario. Abordaremos con más detalle la cuestión de las fuentes y su tratamiento en el capítulo siguiente y, principalmente, en la sección metodológica.

La investigación se organiza en cinco capítulos, tras los cuales presentaremos nuestras principales conclusiones. En el primero de esos capítulos se expondrán las bases teóricas del análisis de marcos. Fundada en los años 70 y 80 en torno a la sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva, esta variación del análisis de discurso ha sido desde entonces aplicada en el ámbito de la sociología política y de la comunicación política. A lo largo de esta sección, integraremos varias referencias al caso boliviano, con la intención de preparar exploraciones futuras y de demostrar la pertinencia de dicho planteamiento teórico para el análisis del discurso del Movimiento Al Socialismo.

El segundo capítulo estará dedicado a la contextualización sociopolítica y cultural del período en cuestión en el ámbito más amplio de la historia boliviana. Por un lado, su objetivo consiste en identificar los elementos a disposición del MAS para sus tareas de enmarcamiento, en especial aquellos que habían adquirido o iban a adquirir una carga política y/o simbólica significativa. Estos elementos, que ora remontaban al panorama histórico nacional ora provenían del contexto

contemporáneo reciente, constituyeron el telón de fondo de sus opciones discursivas. Como vimos, la teoría de los marcos de referencia parte de la premisa de que el lenguaje de los actores colectivos tiene la capacidad de influir políticamente en la percepción y la cognición de los individuos. Pero, al mismo tiempo, hay que tener en consideración que el contexto cultural condiciona el potencial persuasivo del lenguaje al determinar qué conceptos, ideas o propuestas son socialmente aceptables, recomendables o intolerables. Los discursos con resonancia cultural abren una puerta hacia el debate público legítimo.

De forma paralela, en el mismo capítulo, realizaremos un repaso de las oportunidades políticas que fueron surgiendo a partir de los años 90 y de la forma en que el MAS supo aprovecharlas para poner pie en el escenario institucional. La creciente presencia del partido en la política formal representó una tribuna incomparable para la divulgación de sus marcos de referencia. También dentro del ámbito del análisis de marcos, subrayaremos también que el aprovechamiento de una coyuntura política favorable necesita que la organización la perciba como tal. Como resumen Gamson y Meyer, “las oportunidades abren la vía para la acción política, pero los propios movimientos también conciben oportunidades”¹⁷.

Por su parte, el tercer capítulo se centrará en el sexenio de gran contestación social que va de comienzos del año 2000 hasta los comicios de diciembre de 2005, período en el que el partido campesino logró convertirse en el vehículo para la representación institucional de un conjunto de actores marcado por una fuerte heterogeneidad social e idear un proyecto común de Estado. En esta sección, describiremos al pormenor los principales hitos del ciclo de movilización, la naturaleza y la intensidad de la participación del MAS y de las organizaciones que lo componían y de qué forma los acontecimientos de este período convulso posibilitaron –o, en ciertos casos, condicionaron– el trabajo de significación llevado a cabo por el instrumento político, en la voz de sus dirigentes y militantes.

En el capítulo 4 se presentarán las principales cuestiones metodológicas que debimos enfrentar en la elaboración de la presente investigación. La primera de ellas es la supuesta identidad indígena del Movimiento Al Socialismo y por qué rechazamos considerar la etnicidad como un elemento intrínseco de su naturaleza o como una dimensión inevitable de su discurso, prefiriendo tomarla como una mera posibilidad que requiere comprobación documental. Luego, reflexionaremos sobre las implicaciones de privilegiar los marcos de referencia políticos como variables dependientes o independientes, e intentaremos demostrar la compatibilidad de ambos acercamientos. Una tercera cuestión consiste en determinar quién habla en nombre del MAS, esto es, quiénes son sus representantes legítimos en términos discursivos. ¿Los dirigentes del partido, sus parlamentarios, los

¹⁷ GAMSON, William y MEYER, David: “Framing Political Opportunity”, en McADAM, Doug; McCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág.276

dirigentes sindicales o Evo Morales, que era todo lo anterior? Para responder a esta pregunta no debemos olvidar que el peso relativo de cada corriente partidaria se fue modificando a lo largo de los años. En el cuarto y quinto apartados del capítulo 4 se presentarán las circunstancias de la recolección del material documental y su distinta tipología, seguidos por las tareas de tratamiento preliminares y su posterior organización bajo la forma de marcos políticos. En esta última labor, destacaron tres principios. Por un lado, no asumir la preexistencia de ningún marco determinado, por más obvio que *a priori* pareciese. Por otro, evitar una concepción demasiado instrumental del enmarcamiento, debido al carácter contingente e incluso a veces involuntario de todo trabajo de significación. Por fin, remitirnos siempre que posible a los elementos contextuales que afectan a los marcos.

En el quinto capítulo, el más extenso, tiene lugar el análisis de marcos propiamente dicho, dividido en cuatro períodos. El primero trata de los primeros cinco años de vida del instrumento político campesino, desde su fundación a comienzos de 1995 hasta el desenlace de la Guerra del Agua, en abril del año 2000. El segundo bloque acompaña el trayecto discursivo del MAS de mediados de 2000 hasta vísperas de las elecciones generales de junio de 2002. A su vez, el tercer apartado se concentra en la campaña electoral para esa cita electoral. Por último, la cuarta sección permite una comparación diacrónica avanzando hasta la campaña para los comicios de diciembre de 2005.

1 – Los instrumentos teóricos: análisis de marcos y el caso boliviano

San Francisco, California, otoño de 1966. En el parque de Panhandle, una distribución de comida bautizaba un nuevo concepto revolucionario: la *free food*. Jugando semánticamente con la palabra *free*, que en inglés significa libre y gratis, un grupo de la contracultura de los sesenta, los *Diggers*, organizaba grandes almuerzos colectivos abiertos a cualquiera que trajera una cuchara y un plato. El lugar elegido fue una zona del parque contigua a una calle frecuentada, por donde pasaban muchos peatones y coches de gente que iba a su trabajo. El acontecimiento, que se repitió a diario durante varios meses, era anunciado con el siguiente eslogan anticonsumista y antimonetarista: “Es gratis porque es vuestro”¹⁸.

En el césped, entre la muchedumbre conformada por jóvenes que se servía en el parque y los transeúntes en la calle, los *Diggers* habían instalado un marco de madera rectangular de cuatro metros de altura, pintado de naranja. Todos los participantes en el almuerzo debían atravesarlo antes de comer. Para aquellos que pasaban simplemente por la acera, lo que se veía a través del marco era esto: un cuadro vivo de una infinidad de jóvenes comiendo gratuitamente...y libremente. Para los miembros del grupo, se trataba de promover un *free frame of reference*, “un nuevo marco para ver la realidad”, un marco de referencia libre y emancipado. Los que pasaban a través de él eran invitados a transformar su propia visión del mundo, los que observaban desde lejos intuían la posibilidad de una alternativa. Al mismo tiempo, desde ambas posiciones flotaban varias preguntas: ¿De qué lado está el exterior o el interior? ¿Quién está dentro y quién está fuera de él? ¿Quién define su forma y su alcance? ¿Qué elementos del cuadro resaltan y cuáles se desvanecen debido a las propiedades del marco?

En ese primer día, uno de los miembros del grupo, el futuro actor Peter Coyote, llegó con retraso al parque. Alguien se acercó a él y le puso al cuello un pequeño marco amarillo, una réplica del grande naranja, y le dijo: “Mira a través de este marco. Observa la realidad a tu alrededor y crea tu propio marco de referencia del mundo que te rodea”. En la relación entre el marco naranja y el amarillo, uno puede plantearse una nueva serie de cuestiones: ¿los marcos implican un impulso interpretativo individual o colectivo? ¿O un esfuerzo individual y colectivo? ¿Para qué sirve mirar de otra forma la realidad que nos rodea? ¿Cómo llega e impregna al individuo y al grupo una forma alternativa de descifrar lo exterior? Quizá la pregunta más sustancial: ¿cómo se pasa de la concepción del mundo a la acción sobre el mundo?

¹⁸ GAILLARD, Alice: *Les Diggers. Révolution et contre-culture à San Francisco (1966-1968)*, Paris, L’Échappée, 2009, pp.53-81

1.1 – Marcos de referencia y procesos de enmarcamiento

1.1.1 – Los marcos de referencia: esquemas mentales de organización de lo percibido

Sucintamente: los marcos de referencia funcionan como atajos interpretativos.

Póngase el lector en la piel de un ciudadano boliviano en el año 2001. De sexo masculino, de unos 50 años, que nació, vive y trabaja en La Paz. Terminó sus estudios secundarios. En las décadas de los 50 y 60, su abuelo fue un funcionario subalterno del Ministerio de Obras Públicas durante los gobiernos del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). Es director de un supermercado en el barrio de Calacoto, en la rica Zona Sur de la ciudad, y gana 750 euros al mes, un buen sueldo. Tiene a su cargo tres decenas de empleados y una complicada logística de aprovisionamiento. Se considera urbano y mestizo, a pesar de que su abuela materna venía de Ilabaya, un pueblo aymara aislado en norte del La Paz, y era de tez oscura. Aprendió aymara con su abuela y lo entiende, pero no lo habla. En las elecciones de 1997 votó al candidato del MNR y no le gusta el presidente Hugo Banzer, que considera un represor reconvertido a la democracia por ambición de poder.

En julio de 2001, los campesinos paceños, convocados por la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), liderada por Filipe Quispe, el Mallku, bloquean varias carreteras esenciales para el abastecimiento de la mayor ciudad del país, reivindicando más y mejores servicios públicos para sus comunidades y el cumplimiento de un acuerdo firmado con el gobierno un año antes. Nuestro ciudadano compra, por el precio de dos almuerzos en un mercado, el diario *La Razón* y, mientras desayuna, lee la noticia sobre los bloqueos.

Imagínese ahora a otra ciudadana ficticia. Tiene casi 30 años, vive la mayor parte del año en El Alto, ciudad poblada por migrantes rurales pegada a La Paz, pero nació en un pueblo del departamento de Oruro, cerca del yacimiento de litio de San Cristóbal. Ahí pasa dos o tres meses del año, cuidando a su madre y pastoreando camélidos. El resto del tiempo vende entradas en el Estadio Hernando Siles, en el barrio paceño de Miraflores. Como por desgracia no hay partidos de fútbol todos los días, gana 35 euros al mes. Pero así le queda tiempo para cuidar a sus cuatro hijos. Sabe leer y escribir en castellano, pero en casa habla en quechua con sus hijos y marido. En 1997 no votó porque sigue inscrita en Oruro y estaba en El Alto en el momento del voto. Aun así tenía una preferencia por Conciencia de Patria (CONDEPA) y su fundador, el periodista aymara Carlos Palenque, muerto poco antes de las elecciones. Este mediodía, antes de trabajar en las taquillas del estadio, ve en el telediario de Unitel la noticia sobre los bloqueos.

Al recibir la noticia, ambos poseerán sólo una pequeña parte de los datos sobre los acontecimientos, y ni ellos ni la mayor parte de los ciudadanos, incluso los políticamente más interesados, pueden darse al lujo –por razones prácticas– de recolectar todos los detalles y matices que les permitirían opinar sobre los hechos con total conocimiento de causa. En su comprensión parcial del acontecimiento, varios factores se entrecruzan. Desde luego, el medio de comunicación por donde les llega la información, sus opciones editoriales de selección y tratamiento de los hechos: en el periódico, se describe el día de un camionero bloqueado entre las piedras mientras la fruta que transporta se echa a perder. En la página al lado, se entrevista al ministro del Interior. En la televisión, uno puede ver las pancartas de los manifestantes exigiendo una vía pavimentada hasta su localidad y electricidad sin cortes para todas las casas. En la imagen siguiente, se observan los duros enfrentamientos entre los militares y los vecinos, mientras que el periodista menciona el recuento de los heridos de los últimos días: dos militares y cinco populares.

Otro elemento que influye en la percepción de los acontecimientos de los dos ciudadanos es la situación política del momento. La salud de Hugo Banzer es una incógnita: el viejo general renunciará a su mandato dentro de pocas semanas. Jorge Quiroga, el vicepresidente, empieza a tomar las riendas del poder. En algunos sectores se sospecha que el Gobierno podrá reducir la represión y mostrarse más abierto a las demandas sociales. Además, en 2002 habrá elecciones y el partido de Banzer y Quiroga desea recuperar su prestigio en el año que queda hasta el voto. Nuestro director de supermercado, levantando la mirada del periódico, se acuerda también de las circunstancias de la Guerra del Agua del año anterior, en Cochabamba. La victoria del movimiento social popular en contra de un servicio privado de distribución de agua le había parecido positiva. Sin embargo, la pérdida de control de una gran ciudad por las autoridades le hacía suspirar por un gobierno fuerte y respetado. Convicción reforzada por el relato de un empleado de su empresa en Cochabamba, que le había detallado los estragos en la fachada del establecimiento y el coste de los días de cierre. Los campesinos, intuye el cincuentón paceño, se aprovechan de la debilidad provisional de la cadena de mando del Gobierno para presionar a las autoridades, que no tardarán en ceder.

La orureña, por su parte, recuerda que el año anterior los mismos campesinos habían llegado a un acuerdo con el Ministerio para la construcción de una nueva carretera, una promesa no cumplida. La ciudadana también recuerda los acontecimientos de Cochabamba, pero sobre todo la solidaridad que hubo entre sectores sociales, entre ellos la propia CSUTCB. Para la taquillera, la participación en las protestas cochabambinas le da al sindicato agrario más legitimidad a la hora de reivindicar demandas locales. Sí, era cierto que no entendía bien las quejas de los manifestantes con base en su condición de aymaras: para ella, los campesinos quechuas de su región natal no estaban en mejor situación, por lo que creía excesivas las amenazas de formación de un ejército aymara. Pero era sensible a la discriminación étnica, sentimiento que se reforzaba al ver las fotos de los ministros, todos blancos y

muchos de ellos ricos, y los casos de corrupción, de los que casi siempre salían impunes.

De la misma forma que con el contexto político, también ambos ciudadanos reaccionan a las condiciones culturales de ese período histórico, condiciones que pueden ser más o menos constantes o coyunturales. Uno de sus rasgos es la cultura política, i.e., las representaciones compartidas de lo que es un buen modelo de sociedad o de ciudadanía¹⁹. Que sean compartidas no significa que no puedan ser interpretadas y aplicadas a la realidad de manera distinta por dos miembros de una misma comunidad. Por eso no es difícil imaginar dos respuestas diferentes por parte de nuestros dos ciudadanos: el paceño se aferra a la noción de régimen democrático representativo para repudiar las acciones bloqueadoras. Para él, la victoria en las elecciones le daba al Presidente y su gobierno autoridad y legitimidad para distribuir los recursos e imponer la ley por la fuerza si hacía falta. Mientras que para la vecina de El Alto, la democracia va más allá de una elección, especialmente cuando los puestos públicos seguían ocupados por personas en su mayoría incompetentes. Para ella, la democracia, valor consensual en Bolivia aunque impreciso, implicaba que la población pudiera expresarse y solicitar más medios al Estado sin ser reprimida.

Sin saberlo, estos dos ciudadanos ficticios manejan conceptos como democracia electoral y democracia de baja intensidad, que coexistían en la cultura política del país en ese momento: “si hay voto, hay democracia”, resumía el primero; “sin expresión popular libre, no hay democracia”, sostenía la segunda. Los primeros años del siglo XXI fueron años de evolución entre la predominancia de la primera noción y su sustitución por la segunda fórmula.

Esos cambios en la cultura política de la sociedad tuvieron consecuencias sobre las formas de movilización colectiva percibidas como aceptables. Si en los años 80 prevalecía todavía una práctica de la contestación social basada en huelgas y manifestaciones urbanas, los años 90 vieron abrirse un abanico de tácticas nuevas. Marchas, bloqueos, cercos y huelgas de hambre se convirtieron en las principales armas de la protesta, en manos de colectivos que asumían la vanguardia de la oposición al gobierno y, en ciertos aspectos, al conjunto del sistema político-institucional: campesinos del Altiplano, cocaleros, juntas de vecinos y organizaciones indígenas del Oriente. La eficacia mediática y de convocatoria de este repertorio de acciones contribuyó a su multiplicación en el panorama social del país. Además, en una perspectiva histórica, los bloqueos y los cercos remitían a las formas de lucha de las poblaciones indígenas en el período colonial y republicano.

Por eso, no es de extrañar que el paceño mestizo, que estudió historia en el instituto, se sienta impresionado cada vez que un bloqueo campesino afecta a La Paz. Además, aunque critique al gobierno por no desobstruir la carretera, no considera criminales las acciones de los campesinos; al fin y al cabo, si bloquear fuera crimen, las cárceles nacionales no tendrían lugar para tanto preso.

¹⁹ LICHTERMAN, Paul y CEFAI, Daniel: “The Idea of Political Culture”, en GOODIN, Robert y TILLY, Charles (eds.), *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pág.399

Respecto a la vendedora de entradas, no sólo creció oyendo hablar de bloqueos y marchas, sino que ya participó en una, en Oruro, a sus 20 años. Allí, su tío obrero textil le explicó que la policía no tenía el derecho de arrestarlos, porque sus reivindicaciones eran legítimas, tenían la Historia de su lado, y le habló de Tupak Amaru y de la explotación colonial de la mano de obra indígena, sin distinción de etnias. Esta marcha de poca monta no tuvo resultados prácticos, pero su recuerdo emergía a cada acción colectiva de protesta y ayudaba a justificarla.

Tal vez tan importantes como los elementos antes descritos (o aún más que ellos), las experiencias personales y el impacto en la vida cotidiana de cada uno condicionan la forma en que percibimos los acontecimientos y les atribuimos sentido. Como director de un supermercado con una clientela adinerada y exigente, el hombre se preocupa por el aprovisionamiento de su establecimiento. Cuando las verduras empiezan a escasear por culpa del bloqueo, el comerciante se siente directamente afectado por la protesta. Las demandas de los campesinos pasan a un segundo plano y su condición de víctima destaca por encima de las demás: deja de ser parte del público del enfrentamiento y accede al campo de los antagonistas de los manifestantes. Por otro lado, su sobrino cumple su servicio militar en la región del conflicto y puede ser llamado a intervenir a cualquier momento. Por último, nunca ha podido dejar de asociar la agitación social en cualquiera de sus formas con el período de hiperinflación del gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP) entre 1983 y 1985, que a punto estuvo de provocar la quiebra del supermercado y dejarlo sin empleo.

La perspectiva de la madre de cuatro hijos es bien distinta. Se ha hecho adulta con la democracia electoral como telón de fondo: pobreza, corrupción y clientelismo son palabras que riman con política, gobierno y partidos. Es escéptica al escuchar al vicepresidente afirmando que la solución pasa por el diálogo, puesto que los dirigentes parecen sordos a las necesidades del pueblo. Además de su propia experiencia como marchista, viaja todos los años centenares de kilómetros por carreteras de tierra y entiende la importancia de una vía asfaltada para la actividad económica de los campesinos. Al haber obtenido hace poco agua potable y electricidad a través de la junta vecinal de su barrio alteño, es sensible a la demanda de mejores servicios públicos, aún más cuando sus hijos enferman y tiene que esperar horas hasta que los atiendan en el centro de salud más cercano. Y en lo que se refiere a su trabajo, con o sin bloqueos el fútbol va a seguir jugándose.

Más allá de la experiencia personal, también la ideología de cada uno influye en la recepción de los acontecimientos. Nuestra concepción de una organización social ideal y las creencias, los valores y las normas subyacentes a esa teoría pueden ser más o menos elaboradas y flexibles. Incluso pueden entrar en contradicción con algunas de nuestras opiniones u opciones de vida. Pero ese sustrato ideológico acaba por encaminar o condicionar el sentido que le damos a los hechos que llegan a

nuestro conocimiento²⁰.

Una vez más la comparación entre los dos ciudadanos ilustra esta situación: el hombre, educado en una familia con filiaciones partidarias y con instrucción secundaria, se considera centrista, tal vez para conciliar la memoria revolucionaria del MNR y su práctica gubernamental más reciente. Sus lecturas de juventud sobre la teoría de la dependencia y el golpe contra Salvador Allende fundaron en su mente un rincón ideológico antiimperialista. Sin embargo, considera a Estados Unidos como un amigo de Bolivia con el cual conviene mantener buenas relaciones, así como preservar su apoyo en la lucha contra el narcotráfico. La preferencia por la economía de mercado le hizo apoyar la capitalización de las empresas públicas de Sánchez de Losada, mientras que los años de adolescencia en un colegio religioso le inculcaron un recelo instintivo del colectivismo comunista. Considera los bonos públicos como un mal asistencialista necesario para evitar el hambre generalizada, pero cree que el desarrollo vendrá de los empresarios amparados por la inversión extranjera y por políticas fiscales propicias a la iniciativa privada. A su forma de ver, los bloqueos merman precisamente esa inversión y esa iniciativa. Mientras tanto, las declaraciones de un dirigente campesino, que reclamaba la nacionalización de la red eléctrica, no sólo le sonaron como propaganda izquierdista sino que podía afectar sus ahorros salidos de la capitalización, haciendo coincidir aquí ideología e intereses personales.

Su conciudadana no comparte su creencia en la economía de mercado, al menos no en su forma boliviana. Su formación ideológica se hizo menos en la escuela que en el mercado de trabajo, ya que empezó a trabajar bastante joven. Para ella, capitalismo equivale a explotación laboral y a despidos sin justificación. En la fábrica de pilas donde trabajó antes del Hernando Siles, acudía a las reuniones del sindicato con algunos veteranos de la Central Obrera Boliviana (COB). Estos le explicaron algunas medidas de la Revolución de 1952, las consecuencias del decreto 21060 que instituyó la libre contratación y las pérdidas para el Estado y los ciudadanos derivadas de las privatizaciones de los años 90. De vez en cuando ve a Hugo Chávez en los telediarios: su voluntarismo la impresiona, sus promesas de hospitales y escuelas para todos contrastan con los recortes sociales recurrentes aplicados por los presidentes bolivianos. Como trabajó una temporada en Argentina, pudo darse cuenta del contraste que existe con su país en lo que respecta a la red de carreteras. La protesta popular hace vibrar a varias de estas cuerdas ideológicas y convierte las reivindicaciones locales de los campesinos en una metáfora del combate al sistema económico y social capitalista –o neoliberal, como se escucha cada vez más a menudo– en vigor en Bolivia.

Finalmente, hay otro elemento que influirá no sólo en la manera en que nuestros dos ciudadanos aprehenderán los bloqueos, sino también en sus eventuales acciones para apoyar u oponerse a los

²⁰ OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: "What a Good Idea! Frames and Ideologies in Social Movement Research", *Mobilization*, vol.5, nº1, 2000, pp.37-54

manifestantes. Se trata de las emociones desencadenadas por los acontecimientos, muchas veces olvidadas por los investigadores a la hora de medir las causas y motivaciones de la acción individual o colectiva. Si durante mucho tiempo la racionalidad y las emociones fueron vistas como incompatibles, lo cierto es que, como afirma James Jasper, “en la mayoría de los casos, el pensar y el sentir están inextricablemente entrelazados.”²¹ Las emociones influyen decisivamente en nuestras decisiones: la aprensión por su negocio y por su empleo impulsa al director del supermercado a criticar el bloqueo y sus consecuencias; el respeto por la autoridad, a desaprobando la ocupación de la vía pública; el miedo por su sobrino, a condenar el carácter belicoso de la protesta. Este último factor acaba por ser la gota emocional que desborda el vaso de la movilización: esta tarde, al salir del trabajo, nuestro pacheño irá, junto con otros colegas comerciantes, a protestar ante la Superintendencia de Transportes contra la escasez de suministros. La suma de los elementos anteriores –medios de comunicación, contexto político, condiciones culturales coyunturales y estructurales, experiencia e intereses personales, ideología y emociones– forma una cadena de argumentos y contraargumentos cognitivos y afectivos que nos motiva hacia la acción o nos remite a la inercia.

En cambio, el bloqueo provoca en la vendedora de entradas otro tipo de reacciones emocionales. Primero, algo de nostalgia por su propia marcha, años atrás. Su cercanía a las reivindicaciones de los campesinos la hace más solidaria y el llamado de los líderes sindicales a la unión de los sectores populares refuerza su sentimiento de lealtad entre clases desfavorecidas. Con las imágenes de los heridos en las ambulancias se despierta una rabia hacia las élites, a las que responsabiliza por la violencia del ejército. No obstante, todas las formas que se le ocurren para prestar auxilio a los campesinos tienen un coste muy alto: mandarles dinero es imposible, pues no lo tiene; comida, logísticamente complicado y para desplazarse hasta el bloqueo no perdería sólo un día de trabajo, tampoco tendría con quién dejar a sus hijos por la noche. Al final del reportaje de Unitel el periodista recuerda que ya es la cuarta protesta de esos campesinos en el último año. Una mezcla de procrastinación y resignación se instala en ella, y decide ir a su trabajo sin pensar más en este tema. De todas formas, habrá más oportunidades en el futuro. A fin de cuentas, tampoco se siente tan cercana a los campesinos aymaras como para decidirse a perturbar su día a día. En su posición personal limítrofe entre el campo de los protagonistas de la acción colectiva –los campesinos– y la audiencia, acaba por quedarse del lado de esta última.

En un plano individual, la frontera entre movilización e inacción es muy fina y contingente. Al recibir la información sobre los hechos, ambos ciudadanos la procesaron a través de las múltiples dimensiones que expusimos antes. Esas variables interaccionan y se sintetizan en una idea central, que guía la interpretación de los hechos, proponiendo un significado y subrayando lo que está o no

²¹ JASPER, James: “Motivation and Emotion”, en GOODIN, Robert y TILLY, Charles (eds.), *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pág.160

en juego, y que se impondrá en acontecimientos similares futuros. Esa idea organizadora es un marco: sus fronteras son más o menos fluidas, su longevidad más o menos precaria y, sin embargo, es su existencia lo que nos permite encajar nueva información y nos facilita la asimilación de los acontecimientos a nuestro alrededor. Un marco de referencia es el espacio cognitivo y afectivo constituido por nuestras convicciones, creencias y sentimientos que, condicionado por los contextos culturales y políticos, promueve una determinada interpretación de los hechos en detrimento de otras posibles. Por lo tanto, “atajo interpretativo” nos parece una definición concisa en su forma y abarcadora en su alcance de lo que es un marco de referencia individual.

El primero en formular una definición para este tipo de marcos fue el sociólogo canadiense Erving Goffman, que dio pie a una serie de trabajos posteriores que avanzarían en la comprensión de las características y funciones de los marcos y los aplicarían a la acción colectiva. En su libro fundador sobre el tema²², Goffman explica que su obra trata de cómo los individuos intentan, delante de una situación dada, contestar a la pregunta: “¿Qué es lo que está pasando aquí?”²³. En este sentido, emplea el término “marco de referencia” para referirse a los esquemas cognitivos básicos que permiten a los individuos “situar, percibir, identificar y etiquetar” acontecimientos en su experiencia del mundo, convirtiendo “en algo que tiene sentido lo que de otra manera sería un aspecto sin sentido de la escena”²⁴ de la vida cotidiana. Para el sociólogo norteamericano, los marcos individuales son elementos culturales relativamente estables, compartidos por un grupo social y que guían la percepción y la representación de las situaciones que llegan hasta el sujeto.

Sin embargo, en la definición de Goffman, su condición de esquemas culturalmente enraizados para la ubicación de situaciones cotidianas los torna tácitos e inconscientes. Esto dificulta su identificación y reduce su alcance sociológico, impidiendo que puedan ser vistos como motores individuales de interpretación de las condiciones sociales y políticas. Esta idea puede concretarse en un ejemplo: la joven taquillera no emplearía los marcos de referencia conceptualizados por Goffman para evaluar sus afinidades con los campesinos, sino que al ver las imágenes del bloqueo se activaría en ella el marco “bloqueo”, existente dentro del repertorio cultural de su grupo social y de sus interacciones cotidianas. Identificar un bloqueo y sus implicaciones básicas como tal puede ser un primer paso hacia la reflexión sobre las razones de la protesta, pero está muy lejos de ser una iniciativa activa de un agente crítico. El propio Goffman, en la introducción de *Frame Analysis*, admitía ese límite a sus planteamientos: “Este libro trata sobre la organización de la experiencia (...) pero no trata de la organización de la sociedad.”²⁵ O sea, se aborda la pregunta: “¿Qué está pasando aquí?”, pero

²² GOFFMAN, Erving: *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, CIS, 2006

²³ *Ib.*, pág.8

²⁴ *Ib.*, pág.24

²⁵ *Ib.*, pág.14

no la cuestión: “¿Qué podemos hacer para cambiarlo?”.

1.1.2 – De marcos cognitivos individuales a marcos dialógicos de la acción colectiva

Ese es el salto cualitativo que la teoría de los marcos daría en los años 80, de la mano pionera de David Snow, Robert Benford y William Gamson, entre otros. De la experiencia individual a la intervención colectiva, de la relativa impotencia de la unidad aislada a las potencialidades políticas del grupo organizado: los marcos de la experiencia se convierten en marcos de la acción colectiva (MAC). Lo que no implica que las condiciones empíricas de recepción de la experiencia pierdan relevancia, sino que la percepción se convierte en la primera etapa de un proceso que incluye otros dos momentos: la interpretación y la acción, ahora ya a nivel grupal. Organizar la experiencia y orientar la acción a nivel individual y colectivo, he ahí la función de los marcos de la acción colectiva. La definición de Snow quizá es la más completa: para él, un MAC es “el conjunto de creencias y de significaciones orientados hacia la acción que inspiran y legitiman las actividades y las campañas de los sectores organizacionales de un movimiento social.”²⁶

Sin embargo, como señala Cefaï²⁷, tanto la organización de la experiencia como la orientación de la acción no nacen *ex nihilo* ni son inmutables, sino que emergen y evolucionan en el transcurso de negociaciones permanentes entre los actores sociales y sus respectivas producciones simbólicas. En los hechos, esto significa que una persona, una organización cívica, una agrupación política o un medio de comunicación conciben y lanzan sus mensajes a la arena pública empleando un determinado marco de referencia. Este marco depende de un proceso continuo de percepción del mensaje de los demás actores, de síntesis y de producción de nuevos significados. Este ciclo volverá a empezar siempre que un actor resuelva participar nuevamente en la escena discursiva. Volveremos a estos conceptos más adelante, pero por ahora podemos resumir esta idea en las palabras de Gamson, que sostiene que los marcos de acción colectiva “no son sólo meras sumas de actitudes y percepciones individuales, sino que también constituyen el resultado de significaciones compartidas y negociadas.”²⁸ En consecuencia, la acción de enmarcar consiste en proponer significados colectivamente sugerentes²⁹.

En definitiva, y sintetizando las distintas definiciones propuestas, los MAC son las creencias y

²⁶ SNOW, David: “Analyses de cadres et mouvements sociaux”, en CEFAL, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pág.28

²⁷ CEFAL, Daniel: “Les cadres de l'action collective. Définitions et problèmes”, en CEFAL, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.51-97

²⁸ GAMSON, William: *Talking Politics*, Cambridge, New York, CUP, 1992, pág.111

²⁹ SNOW, David: “Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields”, en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pág.384

significaciones implícitas en los mensajes emitidos por una organización social, dentro de una arena semántica competitiva, que promueven interpretaciones compartidas de la realidad buscando facilitar la acción colectiva de sus adherentes y simpatizantes. Su carácter dialógico se explica por el papel que desempeñan los movimientos, como emisores, y los espectadores, como receptores, así como por la negociación recíproca y permanente.

Subrayamos el hecho de que los marcos que trataremos son formulados por el movimiento social (en el sentido de organización colectiva con objetivos sociopolíticos) y no por sus componentes individuales. Aunque en sus intercambios personales los individuos divulgan y modifican los marcos colectivos, resulta demasiado ambicioso bajar a la escala microsocia, por una cuestión de volumen de información, pero sobre todo considerando que la identificación del trabajo de significación³⁰ de los actores individuales resulta complicada conforme crece la distancia cronológica con los hechos y mensajes en causa. Esa misión de recolección de datos debe ser realizada sobre el terreno y en directo, esto es, en el momento mismo de los intercambios entre los individuos o, como mucho, inmediatamente después.

He aquí la razón por la cual nos basamos en los registros colectivos y decidimos de manera consciente desechar la posibilidad de realizar las llamadas “casi experiencias” o encuestas de grupo con personas que participaron en las actividades del MAS entre 1995 y 2005. Los documentos de época nos proporcionan una fotografía más fiable de esa década que la memoria de los actores, cuya evolución psicológica e ideológica prosiguió después de esa fecha y por lo tanto podría sesgar los resultados. Aun así, nos serviremos de forma ocasional de testimonios individuales como ejemplo y para corroborar la dimensión colectiva. Además, tampoco excluimos un futuro trabajo con una muestra de militantes masistas sobre la influencia de los MAC en las tomas de posición individuales, inspirado por el valioso estudio de William Gamson, *Talking Politics*. Sus hallazgos serían complementarios a los de la presente tesis.

Teniendo en cuenta que edificaremos el estudio sobre estos fundamentos teóricos y metodológicos, ilustremos nuestros planteamientos recurriendo a los dos personajes que caracterizamos antes y a los participantes en el bloqueo campesino mencionado. Volveremos a ellos con regularidad en este capítulo preparatorio, ya que creemos que uno de los principales defectos del análisis de marcos ha consistido en la separación demasiado pronunciada entre textos de elaboración teórica y los estudios empíricos.

Dejamos al director de supermercado en la manifestación de los comerciantes y a la taquillera limitándose a un apoyo moral a los bloqueadores. Antes, habíamos enumerado los factores que intervinieron en la constitución de sendos marcos interpretativos individuales y, en consecuencia, en

³⁰ Al no pretender adentrarnos en el intrincado mundo de la lingüística estructuralista, definamos modestamente “significación” como el proceso de formación o transformación de los significados.

la toma de sus respectivas decisiones. Ahora cabe fijarnos en la forma en que los actores colectivos que intervienen en el episodio de protesta conformaron su marco particular y buscaron transmitirlo al público: la acción o inacción de los individuos pasa por el encuentro (o desencuentro) entre el mensaje enviado por los actores y sus propias expectativas y creencias previas, o sea, el marco colectivo filtrado por el marco individual.

En el caso del bloqueo campesino, existen diversos actores implicados: algunos con participación directa, como los propios manifestantes, la policía o las autoridades, representadas por el ministro. Otros de manera indirecta, como los sindicatos obreros, que expresan su solidaridad con los compañeros del campo; la organización patronal de los camioneros o industriales; y los medios de comunicación, que mientras transmiten los mensajes de los protagonistas también se acercan al acontecimiento a partir de su propio marco mediático.

En sus apariciones públicas, todos estos grupos intentan promover una representación común del episodio e integrarla en un panorama más amplio. Para los sectores contestatarios, se trata de crear y compartir un marco que legitime las protestas, coincida con los conocimientos empíricos de la audiencia y ponga en tela de juicio situaciones naturalizadas por la práctica social o la cultura política. Veamos, en nuestro ejemplo, qué procedimientos utiliza el movimiento campesino para activar distintos marcos y, de esta forma, fomentar un vínculo con el máximo público posible.

Imaginemos al dirigente sindical, con un megáfono en la mano, hablando al micrófono de Unitel. Detrás de él se han colocado dos de sus compañeros con hematomas causados por los enfrentamientos con la policía. Entre ambos sujetan un cartel: “El pueblo se hace oír”. El sindicalista subraya el carácter pacífico de la protesta y exhorta a los demás sectores populares a que apoyen las demandas de su colectivo. Recuerda que, en la reunión con el ministro responsable, este volvió a hacer promesas incumplidas en el pasado y pronunció extraoficialmente palabras vejatorias sobre los aymaras.

En una situación de este tipo, destaquemos que una de las principales funciones de los marcos de referencia es definir y nombrar lo que es o no es un problema público, esto es, identificar los hechos sociales que exigen una respuesta negociada de la colectividad y de sus autoridades. La delimitación de los contornos de los problemas públicos se configura en la intersección de una perspectiva histórica de largo plazo (que exige una labor previa de hermenéutica histórica por parte de los actores movilizadas) y las correlaciones de fuerza en los conflictos contemporáneos. En resumen, la definición de los problemas sociales es el resultado de una *praxis* colectiva contextualizada históricamente³¹. Esta identificación o redefinición de los problemas públicos a través del enmarcamiento será una de las dimensiones abordadas en nuestro estudio de los MAC del

³¹ BENFORD, Robert y HUNT, Scott: “Cadrages en conflit. Mouvements sociaux et problèmes sociaux”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l’action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.163-194

Movimiento al Socialismo.

Regresemos ahora a los sindicalistas y a su discurso, en el sentido amplio de signos comunicativos lingüísticos o visuales. Intentemos integrar el mensaje de sus palabras y gestos en marcos de referencia provisionales (puesto que unos marcos duraderos, sólidos y comprensibles sólo se construyen a largo plazo y en etapas progresivas), basados en lo que conocemos de la realidad boliviana de aquella época.

Primero, su énfasis en el carácter pacífico del bloqueo contrasta con las heridas en los cuerpos de los hombres que sujetan la pancarta y remite al marco de opresión del poder político y a su sordera respecto a las demandas populares. La consigna de la pancarta y el megáfono, incluso el tono de voz perentorio del dirigente, apuntan hacia el marco de la soberanía popular. Variando del campo de la filosofía política al más prosaico “la voz de los que no tienen voz”, este marco busca crear una identificación del público con los manifestantes, presentándose como sus portavoces ante un Estado distante.

Por fin, imaginemos la hipótesis de que el representante sindical terminara por expresarse ante el micrófono del periodista en aymara. Lo quisiera o no, estaría empleando un nuevo marco: la identificación étnica. Sus consecuencias podrían no ser totalmente positivas: recordemos cómo la joven taquillera de Oruro no veía con buenos ojos la etnificación del combate sindical. Pero lo cierto es que despertaría toda una serie de interrogantes en la mente de los oyentes, cuestionamientos tácitos sobre los cuales serían analizadas las circunstancias del bloqueo. Cuestiones como la relación entre violencia estatal y el origen étnico de las víctimas; el aymara como idioma de la resistencia o, incluso, al referirse al Kollasuyo incaico o empleando términos como “q’ara” (blanco, despectivamente), el alcance histórico de la imposición cultural por parte de las élites occidentalizadas.

Estos tres marcos, aunque se vinculen entre sí, responden a tres dimensiones distintas: agresividad contra pacifismo, soberanía popular frente a sordera gubernamental, valores autóctonos ante racismo blanco. Lo táctico, lo político y lo cultural se combinan para crear un telón de fondo interpretativo que sostiene y refuerza el texto del mensaje. Al establecer esta serie de marcos, los activistas buscan crear un puente entre su discurso público y la experiencia empírica de los espectadores. De esta forma, aunque no estén seguros de que el significado de su mensaje será comprendido y adoptado por todo el público, se consiguen crear las condiciones para que activistas y espectadores compartan las referencias y los subentendidos respecto de un tema dado³².

En este sentido, para el éxito de un proceso de enmarcamiento es muy importante enmarcar desde los hechos o imágenes disponibles ante todos y no a partir de significados que los activistas creen que son compartidos y evidentes para todos, pero que no lo son necesariamente. En el caso de los

³² GAMSON, William: “Constructing Social Protest”, en JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert, *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp.85-88

sindicalistas del bloqueo, los tres marcos respetaban esta regla, basándose en imágenes y referencias generalizadas en la sociedad en los años previos a 2001: la violencia estatal, la expansión cultural y mediática de los idiomas originarios y de los reclamos identitarios o las revueltas populares, por ejemplo. Así, la solidez y eficacia de estos marcos corresponden a su capacidad para integrar simultáneamente elementos de orden empírico, que remiten a la experiencia personal de la mayoría de los espectadores, y otros de orden cultural, relativos a tópicos discursivos que circulan en la arena pública.

Por las razones que acabamos de enumerar, parecería que la audiencia de este discurso –la masa mayoritaria de los todavía no convencidos y no movilizados– no podría sino rendirse a la solidez de los marcos empleados y unirse a los campesinos en una marcha imparable hacia el cambio social. Sin embargo, lógicamente, esto no es así. Como vimos en el apartado anterior, en el plano individual múltiples factores frenan la movilización o la adhesión política. Asimismo, en los tres marcos que expusimos antes podríamos señalar componentes desmovilizadores endógenos, al menos para una parte de los espectadores. Indiquemos esos elementos que hipotéticamente socavan su función primordial, a saber, inspirar una reflexión –una emoción o ambos– que implique la posibilidad de un cambio y la necesidad de acción colectiva.

Insistir de una forma demasiado gráfica en la capacidad coercitiva de las autoridades puede, por ejemplo, crear un público receloso por su integridad física. O infundirle la convicción de que la movilización está condenada al fracaso por el poder represor del gobierno. Del mismo modo, adoptar la imagen de defensor de la soberanía popular de todo el país mientras se reivindica la especificidad étnica puede incompatibilizar ambos marcos y disminuir su impacto conjunto. Esto es, aunque el componente de injusticia se encuentre bien definido en el triple árbol de marcos de los bloqueadores, estos sienten dificultades en afirmar el sentimiento de agencia³³ –el hecho de creer que la acción colectiva sirve para algo– y de identidad, el “nosotros” sin el cual una movilización no logrará ser exitosa.

En otro ámbito, las triquiñuelas asociadas al activismo sindical pueden dañar la empatía indispensable entre los organizadores de la movilización y los potenciales adherentes. Uno puede aceptar el mensaje pero rechazar al mensajero y sus métodos, lo cual nos vuelve a recordar el peso de las emociones en la sociología de la acción colectiva. Lo mismo sucede en la sociología política, como veremos más adelante.

Finalmente, otro de los problemas que los marcos de los sindicalistas tienen que afrontar consiste en las estrategias dilatorias o de minimización adoptadas por los adversarios, en este caso las autoridades, echando mano de maniobras de contraenmarcamiento. El gobierno puede intentar

³³ El término “agency”, corriente en las ciencias sociales anglosajonas, sigue sin tener una traducción consensual al castellano. Optamos por explicitar el significado del concepto y utilizar el equivalente directo “agencia”.

redireccionar las quejas hacia causas externas (la globalización, el sistema capitalista internacional, los precios de las materias primas) o motivos internos, como la oposición parlamentaria o los efectos negativos de los propios bloqueos, un argumento común en el escenario boliviano de esa época. Señalar a una causa vaga –luego irresoluble– o a un adversario político permite canalizar el sentimiento de injusticia hacia otras personas o instituciones y reducir la percepción de agencia de los manifestantes.

Tras lo observado, podemos sacar algunas conclusiones. La primera tiene que ver con la relación entre marcos de referencia individuales y marcos de la acción colectiva. Los marcos de referencia son, ante todo, estructuras cognitivas individuales que orientan la interpretación de la experiencia de cada individuo. También es cierto que, siguiendo esta lógica, los marcos de la acción colectiva sólo tienen realidad externa: no pertenecen a nadie, no existen más que en su forma comunicacional, son lo que dicen. Pero precisamente por este motivo, por ser un hecho social, los MAC se predisponen a la observación empírica. Un marco de acción colectiva adquiere forma propia y un contenido distinto de la suma de los marcos de referencia individuales y asume su rol movilizador cuando un número crítico de personas lo comparte³⁴. Puede, además, acabar por reemplazar o sobreponerse a los marcos individuales de los miembros del grupo sin ser una copia cabal de ninguno de ellos.

A través del ejemplo de los dos personajes del apartado anterior, podríamos suponer que sería la empleada del estadio la que terminaría el día enronqueciendo en la calle, y no el comerciante paceño. Pero acabó por ser él el que salió a manifestarse en la plaza pública, copiando la forma de protesta que reprochaba a los campesinos. Lo que supone que el marco individual previo, aunque influya en la conducta final de cada uno de los espectadores, no es el único factor determinante a la hora de pasar a la acción. El marco individual es un punto de partida para la reflexión y potencial movilización, pero a cada nuevo acontecimiento es cuestionado y a veces modificado por los marcos de los actores implicados. Del mismo modo, destacamos hasta qué punto los resultados de los marcos de la acción colectiva de una organización son también imprevisibles, ya que hay que tener en cuenta no sólo los propios efectos contradictorios de los marcos, sino también la superposición de factores contextuales públicos o privados y la respuesta de los actores rivales.

En segundo lugar, subrayamos el papel de los marcos de acción colectiva en la transformación de los agravios cotidianos que cada individuo siente e interpreta en problemas públicos de implicación colectiva. Al socializar las experiencias, los MAC incitan a la toma de posiciones comunes y a la percepción de una posibilidad de cambio³⁵. Además, calificar tal o cual hecho como problema público conlleva una recuperación por la comunidad de ciudadanos de la iniciativa política cedida a las

³⁴ OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: “What a Good Idea!...”, *op.cit.*, pág.40

³⁵ CEFAÏ, Daniel: “Présentation”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l’action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pág.17

entidades estatales. En la *polis* democrática contemporánea, el enmarcamiento de los actores sociales puede transformar lo que aparenta ser una simple decisión administrativa en una controversia con amplio debate social. En el caso del bloqueo, aunque el Gobierno sólo aplique la ley desalojando a los sindicalistas para desobstruir la carretera, acabará siendo acusado de violento y tiránico. En un enfrentamiento político y moral –y los marcos son herramientas discursivas con fines políticos y morales– lo puramente administrativo deja de existir.

El tercer punto concierne a la importancia de considerar los marcos de la acción colectiva como doblemente cambiantes. Por un lado, la teoría de los marcos debe privilegiar la relación entre el emisor y el receptor. O, en otras palabras, fijarse en el trabajo de significación de los emisores y receptores. Por otra parte, también el objeto –el marco considerado en sí propio– debe ser visto como una entidad autónoma que se transforma con el tiempo. Esta transformación implica la necesidad de una adaptación constante de los marcos a una nueva realidad sobre el terreno.

Así, el enmarcamiento es continuo y los MAC son constantemente articulados en el transcurso de los intercambios (conversaciones, comunicados, entrevistas, octavillas, debates, desfiles, etc.) dentro de un terreno discursivo común, formado por el contexto cultural y político. Estos contextos no determinan el contenido de los MAC, sino su forma, campo de batalla y presentación pública. En esta misma línea, el estudio de los marcos colectivos no puede limitarse al estudio aislado de un sólo movimiento social, por lo que hay que examinar la constitución de arenas públicas y los intercambios entre los actores que las componen.

En cuarto lugar, recordemos que lograr un equilibrio entre los marcos empleados por una organización social no es una tarea sencilla. Como veremos enseguida, supone una elevada sensibilidad de los miembros del movimiento a cada intervención, contexto e interlocutor, para afinar según la situación el alcance de cada uno de los marcos. Al menos en teoría, uno no echa mano de los MAC como una batería de artillería, sino más bien con sutileza y precisión.

Finalmente, nos parece útil detenernos en las dos metáforas que suelen utilizarse para describir los marcos de acción colectiva: la imagen del marco de fotografía y la del armazón de un edificio. Ambas son complementarias. La primera, de uso más extendido, es muy útil en el caso del enmarcamiento mediático. Por otro lado, también permite comprender de forma más intuitiva la función primordial del enmarcamiento, la selección u omisión de determinados elementos discursivos y la propuesta interpretativa que su transmisión conlleva. En este primer sentido, lo que importa es definir lo que es relevante y lo que debe ser ignorado, lo que se queda en la fotografía y lo que se deja de lado³⁶.

La segunda la encontramos en un sintético artículo de Polletta y Kai Ho: “El término 'marco' nos recuerda que la persuasión funciona tanto a través de su capacidad de delimitar y enfatizar aspectos

³⁶ FLOOD, Christopher: “Framing and Ideology: a Theoretical Reconsideration”, comunicación presentada en la 67ª Conferencia Anual de la Midwest Political Science Association, Chicago, 2 a 5 de abril de 2009, pp.4-5.

importantes de la realidad, (...) como de presentar un punto de vista convincente. Al concebir los marcos como el almacén de un edificio más que como el perímetro de una foto, el concepto también señala las lógicas más profundas que estructuran las disputas políticas.”³⁷ Seleccionar los elementos para luego organizarlos de manera congruente, he aquí la doble función de los marcos de referencia.

1.1.3 – Marcos como variable dependiente o independiente

Hasta aquí hemos caracterizado de forma preliminar los marcos de la acción colectiva. En pocas palabras, los hemos definido como atajos interpretativos. O, según Gamson, como “una idea central y organizadora que sirve para dar sentido a acontecimientos relevantes y sugerir lo que está en juego.”³⁸ En este sentido, funcionan como telones de fondo de las percepciones y opiniones individuales y colectivas. Se nos plantea una doble cuestión: importa, por un lado, saber de qué tejido está hecho el telón y, por otro, hasta qué punto afecta a lo que se desarrolla en el escenario social y lo que nosotros, como espectadores, aprehendemos.

La principal tarea –y la principal dificultad– de la teoría de los marcos de referencia consiste no sólo en identificar los marcos, su distribución e impacto en la comprensión de la realidad, sino también en cómo describir su propio origen y su evolución continua. Como subrayan Johnston y Oliver:

“(...) la teoría de los marcos abarca, por un lado, las estructuras cognitivas (...) donde se fraguan nuestras decisiones sobre cómo actuar y qué decir; y, por otro, los procesos interactivos de conversación, persuasión, discusión, contestación, influencia interpersonal, de sutiles posturas retóricas o *marketing* asumido que modifican –que, de hecho, modifican continuamente– los contenidos de los marcos interpretativos.”³⁹

Por lo tanto, los marcos son a la vez estructuras y procesos cognitivos, estáticos y dinámicos respectivamente. Tan importante como los MAC y su descripción son los procesos de negociación que los crean, afectan y modifican. Existen dos dimensiones paralelas en el análisis de marcos: los marcos pueden ser abordados como variable independiente y como variable dependiente. En otras palabras, como verbo (“enmarcar”) y como sustantivo (“el marco”).

En el caso de un acercamiento a los marcos de acción colectiva como variable independiente, el investigador se centrará en las consecuencias e implicaciones de los MAC sobre las diferentes

³⁷ POLLETTA, Francesca y HO, Kai: “Frames and Their Consequences”, en GOODIN, Robert y TILLY, Charles, *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pág.188

³⁸ GAMSON, William: “News as Framing: Comments on Graber”, *American Behavioral Scientist*, 33 (1989), pág.157

³⁹ OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: “What a Good Idea!...”, *op.cit.*, pág.42

actividades de los movimientos sociales que los emplean, como el reclutamiento, la movilización, las identidades grupales, la relación con otras organizaciones o los resultados obtenidos. En esta dimensión, percibir los MAC como algo finito y estático es metodológicamente imprescindible, ya que no hacerlo sería como observar el paisaje empírico desde un mirador teórico en perpetuo movimiento. Además, abordar cada marco como un fotograma de las orientaciones cognitivas de cada grupo o individuo en un determinado momento abre camino a las fructuosas comparaciones entre marcos en el tiempo y en el espacio. Como recuerda Hank Johnston, la evaluación y descripción de los MAC para futura comparación diacrónica “requiere el artificio metodológico de paralizar la negociación y emergencia continuas de los marcos de acción colectiva”⁴⁰. Se trata de una perspectiva estructuralista, puesto que privilegia el examen de las funciones de los marcos. El investigador puede centrarse en la acción, el enmarcamiento, dando por sentado el marco como objeto finito, al menos temporalmente.

A su vez, la opción de estudiar los marcos como variable dependiente destaca su carácter dinámico e interactivo, esto es, las condiciones de formación y desarrollo de los MAC. Se privilegia el análisis del proceso de construcción de significados, más que del resultado final. En este acercamiento de tipo constructivista, se pone el acento en los factores que influyen en la constitución y evolución de los marcos, como los episodios de movilización, las convenciones institucionales (qué se puede hacer, dónde y en qué circunstancias), los espacios libres en el discurso público (un marco similar puede ya estar siendo empleado por movimientos rivales), las oportunidades políticas (un mismo marco puede fracasar o triunfar conforme, por ejemplo, el grado de solidez del sistema de partidos), las redes organizativas (relacionadas con la capacidad de difundir, reforzar y adaptar el marco), así como los formatos narrativos disponibles y aquellos elegidos por el movimiento⁴¹.

Los primeros años del análisis de marcos estuvieron casi monopolizados por la perspectiva estructural-organizacional. Desde este punto de vista, además de estáticos, los MAC eran considerados como algo semejante a una herramienta, propiedad de los dirigentes de las organizaciones, un recurso que podía ser manejado bajo una óptica utilitarista. En los últimos años, la perspectiva constructivista ha ganado terreno, los marcos pasaron a ser considerados evolutivos y su carácter utilitario se volvió mucho más problemático.

Esta doble posibilidad de acercamiento al análisis de marcos corresponde a dos tipos de funciones distintas de los MAC, que no deben confundirse so pena de embrollo epistemológico. Nos referimos al hecho de que los marcos son, como hemos visto, esquemas interpretativos internos de la

⁴⁰ JOHNSTON, Hank: “Verification and Proof in Frame and Discourse Analysis”, en KLANDERMANS, Bert y STAGGENBORG, Suzanne (eds.), *Methods of Social Movements*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002, pág.66

⁴¹ POLLETTA, Francesca: *It was like a fever: storytelling in protest and politics*, Chicago, University of Chicago Press, 2006

organización y sus miembros, que determinan sus opciones estratégicas, pero funcionan también como dispositivos de persuasión hacia el exterior. En otras palabras, desempeñan un rol organizacional hacia dentro y argumentativo hacia fuera, en ambos casos con propósitos movilizadores. En ese sentido, “los marcos son estratégicos y al mismo tiempo definen los términos de la acción estratégica.”⁴² Son estratégicos para el mensaje que se quiere transmitir a los demás actores y, simultáneamente, constituyen la plataforma cognitiva que moldea el entendimiento que el movimiento tiene sobre las circunstancias y la necesidad de actuar.

El caso de los episodios de movilización es un ejemplo perfecto de la fluidez necesaria de las fronteras entre una visión estructuralista e interpretativista. En efecto, los MAC influyen sobre las formas y contenidos de las operaciones de terreno del movimiento pero, simultáneamente, las acciones colectivas constituyen un campo de intercambio y reconfiguración de esos mismos marcos. Si es cierto que durante un episodio de protesta los activistas se establecen como los creadores y emisores de un discurso enmarcado que busca presentar el tema en cuestión en términos que les sean favorables, no es menos cierto que las circunstancias del episodio conducirán a una reformulación en el transcurso de la acción o *a posteriori* del marco, que muy probablemente no será el mismo antes y después del acto colectivo.

Al referirnos a las circunstancias del episodio de protesta, hablamos de factores muy concretos, como las conversaciones y demostraciones de solidaridad entre activistas, la adhesión o indiferencia momentánea de los espectadores, el nivel de agresividad de las fuerzas del orden, la respuesta de las autoridades o de grupos opositores, o factores tan impredecibles como el clima⁴³. Aquí se comprueba lo que hemos defendido antes: que los marcos son sujeto y objeto de la acción colectiva.

Con fines aclaratorios, recuperemos ahora los dos ejemplos a que hemos decidido seguir, el individual –personificado en la boletera y el jefe de supermercado– y el colectivo del sindicato campesino aymara. En el apartado anterior enumeramos las estrategias enmarcadoras que los manifestantes emplearon para justificar el bloqueo y amparar sus argumentos, su esfuerzo para establecer y propagar una nueva jerarquía de valores que legitime la protesta⁴⁴. Abordamos los tres marcos contenidos en su discurso verbal y comportamientos siguiendo una línea más descriptiva y más estática, pero que permite una caracterización más atenta de sus componentes y sus efectos. Podríamos, no obstante, haber optado por un enfoque más constructivista, centrado en los factores que forjaron los tres marcos de la acción colectiva y que influyeron, positiva o negativamente, en su

⁴² POLLETTA, Francesca y HO, Kai: “Frames and Their Consequences”, *op.cit.*, pág.188

⁴³ Pongamos el caso de un movimiento ecologista, sorprendido por una tempestad de nieve en medio de una manifestación sobre el calentamiento global. Sería como mínimo poco eficaz emplear el marco de los “efectos visibles” o del “aumento exponencial de catástrofes naturales” sobre los cuales había quizá previsto apoyar su argumentación.

⁴⁴ Esta es la definición –parcial, diríamos– que se propone del enmarcamiento en SNIDERMAN, Paul; BRODY, Richard y TETLOCK, Philip: *Reasoning and Choice. Explorations in Political Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pág.52

desarrollo.

Uno de esos factores sería, por ejemplo, la cultura política boliviana en esas fechas. Cualquier marco busca conectarse con imágenes aceptadas en la cultura política dominante. Una cultura política –tanto la de las élites como la más popular– en la cual las movilizaciones populares son vistas como una demostración de vitalidad democrática (frente a la esclerosis partidista) facilita la instalación del marco de la soberanía popular. Sin embargo, ciertos incidentes en el transcurso del episodio de bloqueo podrían contrarrestar los efectos positivos de una cultura política favorable y obligar a modificar o silenciar el marco: circunstancias como riñas públicas entre los manifestantes por la visibilidad mediática o la denuncia por las autoridades de una financiación extranjera de la organización sindical, incluso algo tan simple como una reacción negativa de los vecinos de una barriada pobre de La Paz, sin harina por culpa del bloqueo. ¿Pueden pretender representar al pueblo aquellos que le molestan? Lo más indicado, en ese caso, sería atenuar de manera provisional este marco y reforzar a los demás.

Un contexto político circunstancialmente adverso también podría conllevar un retroceso del enmarcamiento de los bloqueadores. Con relación al marco del pacifismo, por oposición a la represión gubernamental, imagínese que la Iglesia Católica invitara al gobierno y a los dirigentes aymaras a una reunión sobre diálogo social, considerada a la salida por la Iglesia como “bastante satisfactoria”. Tal circunstancia disminuiría la tensión –al menos mediáticamente– y, por lo tanto, quitaría fuerza a una denuncia de los abusos militares.

Tampoco tendría mucho sentido insistir en el pacifismo de los campesinos si el gobierno o los medios de comunicación difundieran imágenes de militares golpeados durante los enfrentamientos. Los dirigentes de los campesinos decidirían, en consecuencia, que la capacidad movilizadora y argumentativa de la perspectiva se había agotado. Otros manifestantes, sin embargo, creerían que habría que aprovechar la debilidad de las autoridades e insistir con discursos y símbolos en torno al marco del pacifismo. Observamos así hasta qué punto la discusión en el seno del movimiento acerca de cómo proceder hacia el exterior se encuentra a su vez subordinada a –o al menos en franco diálogo con– los propios marcos internos de la organización. Estos, a su vez, no salen indemnes de las nuevas circunstancias sobre el terreno.

Con relación al último marco al que hemos aludido, centrado en los valores autóctonos frente a la discriminación de las élites blancas, su eficacia puede depender de otros criterios. Por ejemplo, a comienzos del nuevo siglo no existía un partido político importante que funcionase como portavoz de los sectores indígenas, laguna que abría una puerta discursiva a quienes pudiesen aprovecharla. Esto fue intentado por los sindicatos y, paralelamente, por el MAS. Como es notorio, la percepción de las oportunidades políticas influye en las opciones de enmarcamiento de los movimientos sociales.

Otro factor que los manifestantes no podían desestimar se refiere a los formatos discursivos a

través de los cuales planteaban el marco cultural en cuestión. Por su firme vínculo con la versión de la historia boliviana propalada por los movimientos indígenas, el marco de la opresión étnica se predispone a ser transmitido en un formato narrativo. En esta historia sobre la Historia, las movilizaciones de 2001 son anunciadas como parte de un dichoso, aunque arduo, desenlace de un combate secular.

Por último, examinemos las implicaciones de la elección entre un enfoque estructuralista y un acercamiento constructivista. En general, por la dificultad de prever la magnitud futura de una movilización, los sociólogos que deciden estudiar la actividad pasada de un movimiento topan con marcos ya consolidados. Las distintas fases previas del proceso de enmarcamiento ya han transcurrido, y el obligatorio debate interno y las negociaciones discursivas externas no suelen dejar muchas huellas. Por este motivo, habitualmente es más cómodo examinar los MAC y sus funciones que indagar sobre los procesos que los constituyen. A pesar de la reciente insistencia teórica sobre la importancia de la construcción y negociación, pocos son los estudios empíricos que hayan puesto en práctica esos preceptos.

En nuestro caso, sucede algo similar: a través del material disponible es posible acompañar las distintas etapas de afirmación, adaptación y consolidación de los marcos de acción colectiva ligados al MAS, pero la inmediatez de las negociaciones internas nos permite sólo intuir los contornos de los procesos que conducen a esos cambios. Aun así, también encontramos huellas de estos procesos en el constante juego público de significaciones en el MAS o entre el MAS y los movimientos sociales aliados, las organizaciones rivales y las instituciones gubernamentales. Esas huellas serán incluidas en el transcurso del estudio.

Por lo tanto, intentar reproducir tiempo después el proceso inicial de construcción de MAC en el seno de un movimiento plantea varios problemas. Ante la escasez documental, que también ha condicionado el presente estudio, se hace necesario el recurso a las fuentes orales. Ahí sobresale el desfase entre la realidad del debate interno en su época y la versión de él que los participantes proporcionan años después. Su interpretación de los hechos estará influida por la evolución posterior de su propia organización, por sus éxitos o fracasos, por sus alianzas y combates, por sus opciones ideológicas futuras. Para una tarea tan meticulosa como el reconocimiento de los elementos que moldean los marcos de referencia colectivos de un movimiento social o político, ese desfase puede acarrear importantes imprecisiones que politizan los testimonios y reducen la validez científica de la investigación.

Este peligro resulta particularmente flagrante en el caso que nos toca examinar. La actual investigación trata del período entre 1995 y 2005 y fue iniciada en 2009. En enero de 2006, el Movimiento al Socialismo accedió al poder, presentó un programa que pretendía romper con el modelo socioeconómico y el modelo de Estado del pasado reciente y asumió una posición

hegemónica en la política boliviana. De fuerza marginal de la oposición pasó a partido de gobierno con casi todas las cartas del poder en mano. ¿Podrían los participantes en el período inicial de la organización ser interrogados para describir las negociaciones internas previas a la constitución de los MAC sin dejarse contaminar por sus opiniones acerca de la situación política posterior? Creemos que no, y las entrevistas preliminares que llevamos a cabo parecen confirmar la imposibilidad de reproducir los procesos de enmarcamiento iniciales tras un intervalo temporal tan ideológicamente disputado como han sido los últimos años.

Recapitulemos, a modo de conclusión. Primero, creemos que el principal desafío de cualquier estudio de los marcos de la acción colectiva es incorporar con igual rigor, dentro de las condicionantes de los instrumentos y datos disponibles, el ser y el devenir de los marcos. No se trata de elegir, sino de complementar, entre estructuras finitas y procesos cognitivos negociables, ya que se trata de dos caras de la misma moneda sociológica. Dar prioridad a una de ellas no debe implicar la omisión de la restante.

En segundo lugar, privilegiar un acercamiento a los marcos de la acción colectiva como variable independiente o variable dependiente conlleva, en ambos casos, ventajas e inconvenientes. En el primer caso, una perspectiva estructuralista proporciona potencialidades diacrónicas extremadamente fértiles, al tiempo que limita al mínimo la observación de los juegos de negociación entre los actores sociales y en el seno del mismo movimiento: se apunta al aquí y ahora, al qué más que al cómo. Por su parte, una visión que plantea el marco como variable dependiente renuncia a examinar todo el contenido y las funciones de los marcos empleados por un actor social específico permitiendo, a cambio, interesarnos por el papel de todo un abanico de actores que participan en la arena discursiva. El marco deja de ser un producto autónomo y unidireccional de un sólo movimiento para convertirse en lo que se podría denominar un continuo “corta y pega”, un organismo vivo que se adapta a estímulos externos.

En paralelo a esta distinción entre estructuras y procesos, destacamos que los marcos de acción colectiva desempeñan a la vez un papel organizacional y un rol argumentativo. Mientras los actores enmarcan situaciones de forma instrumental para tratar de imponer su punto de vista, su propio entendimiento de lo que es instrumental está conformado por marcos internos que se dan por sentado, lo que no significa que no vayan transformándose. En otras palabras: hacia dentro, los marcos interpretan; hacia fuera, convencen.

Mostramos también de qué forma un acercamiento de tipo constructivista puede unirse a la descripción estructuralista, a través del ejemplo concreto de nuestros sindicalistas campesinos. Examinar los marcos de la acción colectiva como variable dependiente exige una atención particular a los distintos contextos que constituyen el substrato de su origen y desarrollo. He ahí la razón de ser del capítulo 2, en el cual se combinarán las condiciones históricas y culturales, en una visión de largo

plazo, con las circunstancias políticas, sociales, económicas y étnicas de Bolivia en el umbral del siglo XXI, incluyendo las etapas de la evolución organizacional del Movimiento al Socialismo.

Por fin, hicimos hincapié en que es labor del investigador buscar un equilibrio entre ambos ámbitos –o sea, completar un acercamiento estructural con una perspectiva cognitiva⁴⁵– teniendo en cuenta el tipo de material documental disponible y la fiabilidad de los testimonios individuales para abordar tanto las funciones interpretativas de enmarcamiento internas al movimiento como su finalidad persuasiva hacia los actores externos. Ya hemos abordado el tema en los párrafos anteriores, pero en el capítulo apropiado examinaremos con más detenimiento las alternativas metodológicas que se nos han presentado y justificaremos nuestras opciones.

1.1.4 – El enmarcamiento y el alineamiento de marcos: interpretar para actuar

Al hecho de enmarcar se le denomina enmarcamiento. Empecemos con un ejemplo algo simplista, pero muy claro, de las consecuencias de distintos tipos de enmarcamiento sobre la interpretación de unas dadas circunstancias. Lo tomamos del estudio de Kahneman y Tversky⁴⁶, que presentaron a un grupo de personas el siguiente caso: imagínese una epidemia de origen asiático que se prepara para afectar a Estados Unidos. Las estimaciones indican que 600 personas morirán. Las autoridades han elaborado dos planes de combate contra la enfermedad. Con el plan A, 200 personas de las 600 víctimas serán salvadas. Con el plan B, hay una probabilidad de un tercio de que las 600 personas se curarán todas y una probabilidad de dos tercios de que todas morirán. A la pregunta de los investigadores “¿Cuál de los dos planes elegiría?” 72% de los participantes en el experimento escogieron la opción A, 28% eligieron la opción B.

Pero poco después los investigadores les plantearon a los participantes otra pregunta basada en el argumento inicial, pero con una descripción de los planes de salud algo distinta. Así, los planes propuestos eran el C, en el que 400 personas morirían. Y el D, con el cual habría un tercio de probabilidades de que nadie muriera y una probabilidad de dos tercios de que las 600 personas murieran. Sólo 22% de los participantes prefirió la opción C, en favor del programa D, elegido por 78%.

No hace falta un lector muy atento para darse cuenta de que los resultados de los programas A y C, por un lado, y de los planes B y D, por otro, son exactamente iguales. Si los planes son idénticos, ¿qué cambió para que la opción mayoritaria de los participantes se revirtiera? El enmarcamiento de

⁴⁵ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Marcos maestros y ciclos de protesta”, en CHIHU AMPARÁN, Aquiles (ed.), *El ‘análisis de los marcos’ en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM, 2006 [1992], pág.122

⁴⁶ KAHNEMAN, Daniel y TVERSKY, Amos: “Choice, values, and frames”, *American Psychologist*, nº39, 1984, pp.341-350

la situación. Kahneman y Tversky subrayan que los porcentajes de las respuestas apenas varían entre los participantes más despiertos o más ingenuos, y que tampoco varían cuando ambas preguntas se contestan con pocos minutos de intervalo. Además, ni siquiera después de ser confrontados con sus respuestas contradictorias y de releer las opciones, los participantes cambian de opinión de manera significativa.

Estamos delante de una forma bastante burda de enmarcamiento, sin consecuencias sociopolíticas, en el que apenas se activan las principales tareas de los marcos, que analizaremos enseguida. Sin embargo, su efecto es mayúsculo. Podemos encontrar algo parecido en la formulación de los referendos políticos de nuestras sociedades, incluyendo Bolivia. Cuando en 2004 el presidente Carlos Mesa aceptó que se realizara una consulta sobre hidrocarburos, el Movimiento al Socialismo de Evo Morales —en ese momento su principal apoyo parlamentario— presionó para poder participar en la elaboración de las preguntas⁴⁷, que intentó enmarcar en su beneficio. La primera pregunta, por ejemplo, orientaba la respuesta del elector al mencionar al expresidente fugitivo Gonzalo Sánchez de Lozada⁴⁸. En este caso, aunque sea un enmarcamiento incipiente y poco complejo que no conforma un marco de largo alcance, probablemente tuvo repercusiones en las opciones políticas de los ciudadanos. Atajo interpretativo, en nuestra corta definición, o “organizador de pensamiento”, en palabras de Gamson y Ryan⁴⁹: la mención explícita del nombre del exmandatario remite a esta función básica de los marcos de referencia.

Los procesos de enmarcamiento que nos interesan obedecen a un desarrollo más sutil y oculto, bajo el cual subyacen implicaciones sociopolíticas y proyectos de acción colectiva. Pero aun bajo sus apariencias más simples, el enmarcamiento recuerda que el discurso importa, en su forma y en su contenido, y que la disputa está perdida de antemano si uno permite a sus adversarios definir los términos del debate. Partiendo del prisma de la sociología de los movimientos sociales hasta llegar a la sociología política, a la cual volveremos en futuras páginas, tratemos ahora de caracterizar este vínculo entre discurso y acción colectiva, de aclarar el sendero que conduce de los hechos a su interpretación y de esta a la movilización, a la militancia política o al voto.

Consultando a los especialistas en la cuestión, nos encontramos con una frase de Doug McAdam que resume nuestro punto de partida para la reflexión que seguirá: “Entre la oportunidad y la acción median las personas y los significados subjetivos que atribuyen a las circunstancias”⁵⁰. Trasladando el enunciado de lo individual a lo colectivo: no basta con que las oportunidades institucionales

⁴⁷ *La Razón*, 20 y 25 de mayo de 2004

⁴⁸ La primera pregunta del referéndum fue: “¿Está usted de acuerdo con la abrogación de la Ley de Hidrocarburos N° 1689 promulgada por Gonzalo Sánchez de Lozada?”. El Sí alcanzó 86.64%.

⁴⁹ RYAN, Charlotte y GAMSON, William: “The Art of Reframing Political Debates”, *Contexts*, vol.5, n°1, 2006, pág.13

⁵⁰ McADAM, Doug: “Cultura y movimientos sociales”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pág.46

objetivas se abran para que un movimiento social decida irrumpir en el teatro de los actores sociales. Tampoco es suficiente que dicho movimiento cuente con un grado de organización y de cohesión interna ideales para que se atreva a arriesgarse en el movedizo terreno de la movilización. Tanto la oportunidad como las condiciones organizativas son condiciones como mucho necesarias o propiciadoras para la acción colectiva, pero de ningún modo suficientes.

Concretamente, y tomando un ejemplo que nos concierne de cerca, esto quiere decir que la apertura de las oportunidades políticas en Bolivia en el cambio de siglo y la densidad y cohesión del sindicalismo cocalero en el Trópico de Cochabamba no explican, por sí solas, la emergencia del MAS como instrumento político de los productores de coca, ni mucho menos su éxito nacional a medio plazo. La producción de significados que los actores atribuyen a esas y otras precondiciones objetivas influye en su toma de decisiones. En pocas palabras: entre la oportunidad y la acción media el enmarcamiento. En el caso del surgimiento y éxito del MAS, existen dos procesos de enmarcamiento distintos: uno hacia dentro, con un papel organizacional, que definía los términos de la acción estratégica y otro comunicacional o argumentativo, parte del esfuerzo de persuasión dirigido a los actores exteriores. Es esta última categoría de proceso de enmarcamiento la que constituye el objeto de estudio fundamental de la presente investigación.

En la medida en que la sociología de la acción colectiva trata de esta última, nuestra opción epistemológica nos aleja de su ámbito y nos adentra en el terreno de la sociología política. En efecto, aun considerando el MAS como un movimiento político, con un brazo institucional y otro callejero, estamos más interesados en las implicaciones políticas de su discurso que en su capacidad de convocatoria social. Incluso sabiendo, como servirá para demostrar este capítulo, que estas dos facetas no pueden estar completamente separadas y que ambas se sostienen de modo recíproco.

El hecho de que el MAS como formación partidaria provenga de un movimiento social muy activo en el período observado y que haya, en gran medida, solapado su organización interna y su estrategia política no constituye el único motivo que nos impulsa a adentrarnos con más detalle en la perspectiva de los marcos de referencia desde el punto de vista de la sociología de los movimientos sociales. Sucede también que los marcos de la acción colectiva fueron conceptualizados y desplegados, desde sus brotes teóricos a sus aplicaciones empíricas, por sociólogos salidos de esa disciplina. De ahí surgieron también sus principales críticos, que han contribuido a transformar el *frame analysis* en algo distinto de lo que era en su primera fase de desarrollo. Hoy se recogen los frutos teóricos y prácticos de esas evaluaciones críticas que han fortalecido el potencial científico del campo y justifican que el análisis de marcos sobrepase de manera decidida las fronteras del mundo anglosajón. De esos comienzos y esa evolución tratarán las siguientes líneas, empezando por lo general de la sociología de la acción colectiva hacia lo particular del análisis de marcos.

1.1.5 – La sociología de la acción colectiva: de la ideología a las identidades, de la estructura a la cultura

Las primeras décadas de estudios sobre los comportamientos colectivos, de Gustave Le Bon a Ortega y Gasset, estuvieron marcadas por un enfoque psicológico e irracionalista. Bajo esa óptica, los episodios de movilización eran considerados rupturas en el orden normativo institucional o en los órganos de control social⁵¹. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX nuevos planteamientos cambiarían esa visión y fundarían una nueva etapa, la denominada sociología de los movimientos sociales.

Daniel Cefaï dedica una parte de una de sus últimas obras a lo que él denomina, en tono algo burlón, “la procesión de modelos de acción colectiva que se sucedieron desde 1960”⁵². A nuestro modo de ver, esta abundancia, lejos de ser negativa, ha permitido añadir útiles novedades teóricas en un proceso acumulativo. Así, el modelo de la acción racional representado por Mancur Olson contribuyó a romper las propuestas pasadas del psicologismo de masas y del interés común. Para ello, se centró en las decisiones individuales, más precisamente en la necesidad para la organización del movimiento de estimular el interés particular de cada uno de los participantes en una acción colectiva a través de un “incentivo selectivo”⁵³, como forma de resolver el problema del *free rider*, o “gorrón”.

Esta visión racional e instrumental también era predominante en la teoría de la movilización de recursos (TMR)⁵⁴. Esta, sin embargo, insistía en las variables internas de la organización de los movimientos sociales. De acuerdo con sus presupuestos, la acción colectiva es posible en la medida en que el movimiento dispone de un potencial organizador suficientemente amplio y coherente como para encauzar y completar los intereses difusos de los ciudadanos. En resumen, la TMR trata de estudiar la disponibilidad de recursos organizativos y estratégicos necesarios para la transformación del conflicto potencial en acción colectiva. Así empezó la transición de la cuestión del “por qué” de la movilización –principal preocupación de las primeras teorías del comportamiento colectivo– a la del “cómo”.

En esta nueva etapa, los científicos sociales empezaron a buscar las razones detrás de la acción colectiva en una serie de modelos estructuralistas, donde el énfasis se desplazaba de la decisión de

⁵¹ RIVERA, José Manuel: “Intereses, organización y acción colectiva”, en BENEDICTO, Jorge y MORÁN, María Luz (eds.), *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Madrid, Alianza, 1995, pág.275

⁵² CÉFAÏ, Daniel: *Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l'action collective*, Paris, La Découverte, 2007, pág.203

⁵³ OLSON, Mancur: *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Harvard University Press, 1965, pág.51

⁵⁴ MCCARTHY, John y ZALD, Mayer: “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, , vol.82, nº6, mayo 1977, pp.1212-1241. Para una perspectiva más reciente, véase por ejemplo EDWARDS, Bob y MCCARTHY, John: “Resources and Social Movement Mobilization”, en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.116-152

los actores individuales a las condiciones que predisponían a la movilización. En la estructura de oportunidad política (EOP) prospera una perspectiva que fija su atención en los factores externos al movimiento social. La corriente del proceso político, personificada en Estados Unidos por McAdam, Tarrow y Tilly, destaca el contexto de las instituciones políticas formales, su grado de apertura y variaciones ideológicas, sin olvidar las relaciones de poder informales, en una perspectiva diacrónica. Décadas después, el enfoque centrado en las oportunidades políticas sigue dejando su marca en la sociología y en la ciencia política, en muchos casos influida o completada por elementos de la TMR o de otras teorías de la acción colectiva⁵⁵.

Una de las lagunas del modelo de las oportunidades políticas es el carácter demasiado objetivo que los investigadores suelen atribuir a las estructuras institucionales. Para evitarlo, hay que tener en cuenta tanto las opciones estratégicas de los actores como los factores cognitivos que condicionan la percepción de estos mismos actores sobre las oportunidades políticas existentes. De aquí nace la necesidad de relacionar las oportunidades políticas con los procesos de enmarcamiento. Regresaremos a este vínculo más adelante⁵⁶.

Si la mirada de la sociología de la acción colectiva estuvo dirigida primero hacia la ideología y, en un segundo momento, hacia los factores organizativos y de racionalidad, esto empezó a cambiar tras la emergencia de los movimientos sociales de nuevo cuño de los años 60 –derechos cívicos, feministas, gays, ambientalistas–. Estos nuevos movimientos sociales (NMS), conceptualizados entre otros por Melucci y Touraine, basaban sus reivindicaciones en problemas de carácter simbólico y cultural, en estrecha relación con el reconocimiento de su identidad colectiva y los correspondientes derechos. Su aparición y multiplicación coincidió con la crisis de las vías tradicionales de participación democrática y el declive del movimiento obrero, asociados a un cierto bienestar económico generalizado en las sociedades occidentales⁵⁷.

La propuesta teórica de los NMS nos interesa por dos razones. En primer lugar, por haber contribuido a volver a dar a la cultura, a través de la insistencia en los factores identitarios, un papel significativo en el estudio de la acción colectiva, una tendencia en la cual se incluye el análisis de marcos. Al rebatir la visión clásica de la acción colectiva como una relación racional coste-beneficio, destacando al contrario la producción y reapropiación de significados y la construcción social de la protesta, la perspectiva de los nuevos movimientos sociales puso de relieve los factores cognitivos a

⁵⁵ Un ejemplo es VAN COTT, Donna Lee: *From Movements to Parties. The Evolution of Ethnic Parties*, Cambridge, CUP, 2005. En este estudio sobre la participación política de los movimientos indígenas en la región andina, la autora adopta la TMR y la EOP de forma complementaria, con excelentes resultados.

⁵⁶ Una evaluación crítica de la teoría de las oportunidades políticas está disponible en GOODWIN, Jeff y JASPER, James M.: “Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory”, *Sociological Forum*, vol.14, nº1, mars 1999, pp.27-54

⁵⁷ GUSFIELD, Joseph; LARAÑA, Enrique y JOHNSTON, Hank: “Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp.3-7

través de los cuales los actores definen las posibilidades de éxito y los límites de su acción colectiva⁵⁸.

El segundo aspecto tiene que ver con las similitudes que se pueden encontrar entre las características de estos movimientos sociales de nuevo cariz y la historia del MAS. Es evidente –el presente estudio parte de ese principio– que los elementos ideológicos y organizativos desempeñaron un papel central en la afirmación del partido de los cocaleros en el panorama político boliviano. Del mismo modo, las reivindicaciones del movimiento campesino siempre buscaron la mejoría del estatuto socioeconómico de sus miembros. Sin embargo, no podemos dejar de destacar la importancia de los factores culturales y de pertenencia. Si la teoría de los NMS sugería que los combates de las organizaciones sociales habían evolucionado de la libertad del tener –las exigencias económicas– a la libertad del ser⁵⁹ –incluido el reconocimiento de la diferencia–, la evolución del movimiento campesino boliviano y en particular de su ala cocalera se encuentra en la intersección de ambos tipos de demandas. La metodología del análisis de marcos, gracias a su carácter bisagra entre ideología, organización y cultura, está especialmente equipada para verificar de qué manera se verifica este cruce.

Por fin, a finales del siglo XX, en la estela de las novedades promovidas por los NMS y contra el estructuralismo rígido de la teoría del proceso político, la perspectiva organizativa y estructural fue dando paso a un enfoque más cultural y cognitivo, intentando corregir las lagunas de los principales paradigmas. Como señala James Jasper, “en muchos casos, los teóricos actuales se encuentran sintetizando las ideas de las escuelas antiguas, añadiéndoles dimensiones que pudieron haber sido pasadas por alto.”⁶⁰ Dichas dimensiones han consistido en una atención reforzada al nivel micro, asociada a un interés creciente sobre los actores, su identidad, emociones e interacciones, en detrimento de las estructuras, ya sean políticas o ideológicas.

Este giro cultural de la sociología de los movimientos sociales también tuvo repercusiones en la teoría de los marcos de referencia. En sus orígenes, el análisis de marcos se encuadraba en la estrategia de regreso a la cultura descrita arriba, al haber contribuido a destacar la importancia de los procesos cognitivos y normativos en las dinámicas de movilización. Por otro lado, el impulso hacia la acción conjunta podía ahora ser explicado a través de la coincidencia creciente de las identidades individuales con la identidad colectiva de un movimiento y el sentimiento de pertenencia de sus miembros. Como recordaban Benford y Snow, los procesos de creación de marcos, además de establecer vínculos ideológicos entre individuos y grupos, también asumen un papel importante para

⁵⁸ LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph: “Introducción”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pág.xi

⁵⁹ MELUCCI, Alberto: *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Philadelphia, Temple University Press, 1989, pág.

⁶⁰ JASPER, James: “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”, *Sociológica*, año 27, n°75, enero-abril 2012, pág.9

proponer, reforzar y adornar las identidades⁶¹.

Pero los críticos de la teoría de los marcos no tardaron en señalar que estas pretensiones habían fracasado parcialmente, en buena medida por influencia de la movilización de recursos: en vez de ser vista como un conjunto de circunstancias en constante evolución, los factores culturales adquirieron en muchos estudios un papel instrumental y utilitario al servicio de las organizaciones de los movimientos sociales y sus dirigentes. Para atenuar esta tendencia, algunos investigadores defienden que es preferible un enfoque más contextual y menos centrado en cada movimiento y sus respectivas culturas internas, en el que el movimiento social es uno entre varios productores de significados⁶². Volveremos más adelante a esta cuestión.

Otra crítica recurrente al derrotero seguido por la perspectiva de los marcos en las últimas décadas es encarnada por la escuela de las emociones representada por James Jasper, Jeff Goodwin y Francesca Polletta, entre otros. Aunque no reniegan de la herencia del análisis de marcos, consideran que “en vez de revelar la potencia de improvisación y la contextualidad *ad hoc* de las actividades culturales, la investigación [sobre los marcos] se ha orientado hacia sistemas de clasificación por oposiciones binarias”⁶³. Al mismo tiempo, consideran que en el vasto mundo de la cultura de las acciones colectivas se ha dado preferencia a la cognición en detrimento de las emociones, los afectos y los sentimientos, que en muchos casos se insertan en, activan a o se complementan con los marcos de referencia.

Por los motivos que se acaban de enumerar, podemos afirmar que la sociología de la acción colectiva ha emprendido en las últimas décadas un gradual pero innegable viaje epistemológico desde las cuestiones de contenido hacia los elementos contextuales y relacionales. En pocas palabras, el académico, para explicar las movilizaciones, se ha desviado del *qué* y se ha centrado más en el *quién*, el *cómo* y el *dónde*. En su papel inicial de teoría de transición, el análisis de marcos empezó tratando sobre todo de los dos primeros –bajo la forma de ideología e identidades– para después integrar, aunque parcialmente, las formas de la circulación de marcos y las arenas públicas donde esta circulación tiene lugar. A continuación abordaremos las evoluciones conceptuales y metodológicas del análisis de marcos.

⁶¹ BENFORD, Robert y SNOW, David: “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *op.cit.*, pág.221

⁶² WILLIAMS, Rhys: “The Cultural Contexts of Collective Action: Constraints, Opportunities, and the Symbolic Life of Social Movements” en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.91-114

⁶³ JASPER, James: “L’art de la protestation collective”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l’action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pág.136

1.2 – Objeto y conceptos fundamentales de la teoría de los marcos

1.2.1 – Estado de la cuestión

En un artículo de 2004, David Snow ordena la literatura científica sobre el análisis de marcos en cinco categorías⁶⁴. Adoptaremos esas categorías con el objetivo de navegar cronológicamente por los principales hitos de la producción académica sobre el tema, a sabiendas de que en algunos casos dos o más categorías coexisten en el mismo documento.

La primera clase de trabajos se refiere a la conceptualización de los principales términos utilizados por la teoría de los marcos. En este sentido, las numerosas contribuciones de David Snow y Robert Benford fueron fundamentales para afianzar el *frame analysis* como una teoría válida en el campo de la sociología de los movimientos sociales. En sus artículos, estos investigadores abordaron desde los marcos de acción colectiva y los procesos de enmarcamiento a las tareas centrales de los marcos, pasando por las definiciones de marcos maestros y la utilidad de conceptos como la resonancia de los marcos y sus componentes. Algunos de estos conceptos ya han sido tratados, los restantes serán abordados en los siguientes apartados.

Otro investigador cuya labor fundadora merece ser destacada es William Gamson, que trató de identificar y describir los tres componentes de los marcos de la acción colectiva: el sentimiento de injusticia, la agencia y la identidad. En esta línea de pensamiento, advirtió el papel central de los marcos de injusticia e indignación en la mayoría de las movilizaciones, así como las luchas entre marcos adversariales. Tampoco escaparon a su examen la influencia de la resonancia de los marcos y de los contextos culturales de cada momento histórico⁶⁵.

Aún en el dominio de la conceptualización, algunos académicos contribuyeron al campo de la teoría de los marcos por la vía comunicacional. Fue el caso precoz de Robert Entman, cuyas definiciones de marcos de referencia rebasaron los estudios sobre la comunicación y los media y fueron adoptadas por estudiosos de la acción colectiva⁶⁶. Otros estudios más recientes, más allá de ofrecer una visión retrospectiva sobre los avances conceptuales y empíricos en el estudio del enmarcamiento informativo, indagan por ejemplo en la forma narrativa bajo la cual son transmitidos

⁶⁴ SNOW, David: "Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields", *op.cit.*, pp.380-412

⁶⁵ GAMSON, William: "The Social Psychology of Collective Action", en MORRIS, Aldon y MUELLER, Carol (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, 1992, pp.53-76 y *Talking Politics*, *op.cit.*

⁶⁶ ENTMAN, Robert: "Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm", *Journal of Communication*, nº43, 1993, pp.51-58

los marcos publicados en la prensa⁶⁷.

Por supuesto, estas bases teóricas han dado origen a una serie de investigaciones empíricas que, en algunos casos, constituyen un intento de validación de los planteamientos conceptuales propuestos por los autores. Sin embargo, muchos de estos estudios no fueron más allá de un acercamiento algo superficial en lo que toca a los marcos de acción colectiva. Podríamos incluso afirmar que la mayoría de dichas investigaciones se ha limitado a examinar la función de identificación del problema, de un supuesto responsable y de una solución potencial. Esto condujo a que, como lamentan Benford y Snow, “este particular enfoque [parezca] haber proporcionado resultados decepcionantes en su contribución para la acumulación de conocimiento sobre las dinámicas del enmarcamiento de un movimiento.”⁶⁸

Aun así, son varios los textos que nos interesan, tanto debido a su relativo acercamiento a nuestro tema o a sus incursiones en la sociología política como por haber resaltado la validez empírica de conceptos que utilizaremos más adelante. Robert Benford, por ejemplo, analizó los marcos de la acción colectiva del amplio movimiento, compuesto por distintas organizaciones, a favor del desarme nuclear en Estados Unidos⁶⁹. Ahí trató de identificar las expresiones –a las que llamó “vocabularios de motivos”– que motivaban a los activistas a la acción conjunta, propaladas a través de los marcos de referencia.

La obra coordinada por Margarita López Maya⁷⁰ sobre los marcos de la acción colectiva en Venezuela en el primero año de la presidencia Chávez nos llama la atención por dos razones. Primero, por ser uno de los pocos trabajos que aplica la teoría de los marcos a un escenario latinoamericano. En realidad, aparte de los textos de Chihú Amparán sobre enmarcamiento audiovisual y de las campañas políticas en México, desconocemos otras investigaciones sobre marcos dedicadas a América Latina⁷¹. En segundo lugar, y a pesar de que su área de estudio es la sociología de la acción colectiva y no la sociología política, su opción metodológica de relacionar la evolución de los marcos de acción colectiva con los cambios en la cultura política nos parece sumamente fructífera.

Digno de mención es también el artículo de Trom y Zimmermann sobre la constitución de los

⁶⁷ KUYPERS, Jim: “Framing Analysis” en KUYPERS, Jim (ed.), *Rhetorical Criticism. Perspectives in Action*, Lanham, Lexington Books, 2009, pp.181-203 y FLOOD, Christopher: “Framing and Ideology: a Theoretical Reconsideration”, *op.cit.*

⁶⁸ BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *Annual Review of Sociology*, n°26, 2000, pág.618

⁶⁹ BENFORD, Robert: “‘You Could Be the Hundredth Monkey’: Collective Action Frames and Vocabularies of Motives within the Nuclear Desarmament Movement”, *The Sociological Quarterly*, vol.34, n°2, mayo de 1993, pp.195-216

⁷⁰ LÓPEZ MAYA, Margarita (ed.): *Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de la acción colectiva en 1999*, Buenos Aires, CLACSO, 2002

⁷¹ En España, los primeros pasos de la teoría de los marcos son recientes y tratan especialmente del enmarcamiento en los medios. Vide VICENTE MARIÑO, Miguel y LÓPEZ RABADÁN, Pablo: “Resultados actuales de la investigación sobre *framing*: sólido avance internacional y arranque de la especialidad en España”, *Zer*, vol.14, n°26, 2009, pp.13-34

problemas públicos⁷². En él, los autores demuestran que un problema público suele pasar a ser considerado como tal después de un trabajo deliberado de construcción de significado por parte de uno o varios movimientos sociales. Por otro lado, las condiciones subyacentes a este proceso de enmarcamiento y de reenmarcamiento dependen del potencial de cada contexto histórico para problematizar un tema. El caso del paro es significativo, ya que pasó de ser un problema individual en el siglo XIX a uno de los principales problemas públicos para la acción política en los siglos XX y XXI. Una vez más, confirmamos que movilizar –y enmarcar– es politizar.

Otros autores propusieron establecer puentes entre el análisis de marcos y otras teorías de la sociología de los movimientos sociales. David Westby, por ejemplo, examinó la clásica tensión entre fidelidad ideológica y objetivos pragmáticos. Concluyó que, en última instancia, en la formación y transmisión de los marcos de acción colectiva de un grupo reside siempre un “imperativo estratégico” que puede ir más allá de la ideología del movimiento en cuestión o incluso desafiarla, provocando un cambio ideológico y programático⁷³. He aquí otra idea que tendremos presente a lo largo de este estudio: la forma, el alcance, la difusión y la eficacia final de los marcos de la acción colectiva es influida por la plasticidad ideológica del emisor.

Desde su fundación, la perspectiva de los marcos también entabló una conversación con las entonces teorías predominantes en el estudio de la acción colectiva: la movilización de recursos (TMR) y la estructura de oportunidades políticas (EOP). En lo que se refiere a esta última, nombremos tres contribuciones: en la primera, Gamson y Meyer señalan que las oportunidades políticas están sujetas al enmarcamiento de la organización social y al desenlace de litigios internos sobre su interpretación⁷⁴. Incluso sostienen que el enmarcamiento de la oportunidad política es uno de los componentes centrales de cualquier marco de acción colectiva. La segunda pertenece a uno de los especialistas de la EOP, Hanspeter Kriesi, que recoge las conclusiones del artículo anterior y destaca los elementos subjetivos entre oportunidad y acción. Para este autor, el actor colectivo desempeña un papel irremplazable en la politización de las oportunidades políticas y culturales⁷⁵.

En la misma obra colectiva, otro texto reflexiona sobre el encuentro entre marcos y oportunidades⁷⁶. En él, Rhys Williams reflexiona ya no desde las circunstancias estrictamente políticas e institucionales sino deteniéndose en el contexto cultural y las condicionantes que este conlleva para las actividades de enmarcamiento. A partir de un amplio despliegue de símbolos y

⁷² TROM, Danny y ZIMMERMANN, Bénédicte: “Cadres et institutions des problèmes publics. Les cas du chômage et du paysage”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.281-315

⁷³ WESTBY, David: “Strategic Imperative, Ideology, and Frame”, *Mobilization*, vol.7, nº3, 2002, pp.287-304

⁷⁴ GAMSON, William y MEYER, David: “Framing Political Opportunity”, *op.cit.*, pp.275-290

⁷⁵ KRIESI, Hanspeter: “Political Context and Opportunity”, en SNOW, David; SOULE, Sarah y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.67-90

⁷⁶ WILLIAMS, Rhys: “The Cultural Contexts of Collective Action: (...)”, *op.cit.*, pp.91-114

significados culturales disponibles en la sociedad –cuya distribución configura una estructura de oportunidad cultural–, los movimientos arman sus marcos de acción colectiva con fines estratégicos. De este modo, la construcción social de la protesta –o, en este caso, de los fundamentos culturales de la protesta– presupone una pugna hermenéutica y moral entre los actores colectivos. Al término de este conflicto se redefinen las fronteras de lo legítimo en cada sociedad, un cambio que suele preceder al cambio social.

Sin extendernos demasiado, aportemos un ejemplo boliviano para dar cuerpo a esta idea: el MAS y otras organizaciones sociales esquivaron algunos escollos culturales –pongamos por caso las reticencias populares hacia la participación política y partidaria–, sacaron provecho de elementos históricos y coyunturales favorables –entre otros, el reconocimiento de los derechos colectivos– y provocaron litigios culturales –sobre la coca o el racismo– para afianzar su influencia cultural y, a medio plazo, su poder político. Afirmaciones, por supuesto, en tono todavía interrogativo y a las que buscaremos confirmación en páginas venideras.

Otro elemento que justifica valorar el contexto cultural es el modo en que condiciona nuestras reacciones emocionales, esto es, qué nos provoca miedo, qué nos da vergüenza. James Jasper ha conducido sobre este tema una innovadora investigación, que se centra en el papel de las emociones como elemento explicativo de la movilización. El autor estadounidense subraya que el sentir y el pensar no deben ser considerados como anónimos, sino como fenómenos paralelos con influencia recíproca, puesto que las emociones son parte integrante de la cultura.

Tal hecho adquiere implicaciones manifiestas para el observador de los marcos, puesto que tanto la producción como la emisión y la recepción de los marcos se realiza, al menos en parte, a través de una vía emocional. Como recuerda Jasper: “Los mecanismos emocionales pueden ser detectados (...) por detrás de numerosos procesos usualmente considerados como cognitivos, tales como el alineamiento de marcos o la identidad colectiva, o vistos como estructurales, como las oportunidades políticas y las redes sociales.”⁷⁷ Una solución convincente podría pasar por rehabilitar el flujo de emociones en el seno del movimiento social. Aunque el presente estudio no pretenda medir el impacto de las emociones experimentadas por el público boliviano, sí estaremos atentos a la potencia emocional presente en los marcos del discurso del Movimiento al Socialismo y la utilización de un vocabulario emocional que respete los códigos culturales habituales y al mismo tiempo hable directamente al corazón –y a la razón...– de la mayoría de los ciudadanos bolivianos.

Por último, mencionemos a otro autor que ha llevado a cabo en los últimos años una reflexión que se inserta en los modelos culturales del estudio de la acción colectiva y que podrá aportar un complemento útil a la teoría de los marcos. Francesca Polletta nos muestra cómo las narrativas pueden

⁷⁷ JASPER, James: “Emotions and Social Movements”, *Annual Review of Sociology*, vol.37, nº14, 2011, pp.144-145

servir a los grupos desfavorecidos para subvertir discursos y pensamientos culturales dominantes, con tal de saber posicionarse de acuerdo con el contexto en que la historia es contada⁷⁸. Además del poder de la ambigüedad como forma de abrir las historias a nuevas interpretaciones, este nuevo acercamiento a la narrativa también plantea nuevos campos de estudio. Entre otros, cabe destacar la posibilidad de que las narrativas con más poder persuasivo sean aquellas que el orador no acaba de explicitar categóricamente, sino que alude a esas narrativas de modo parcial o implícito, dejando al espectador la tarea de recordarlas o completarlas a su guisa⁷⁹. Más adelante abordaremos la contribución que puede ofrecer el *storytelling* desde la perspectiva de la sociología política.

Estas ideas se incluyen en el giro cultural de la sociología de la acción colectiva, que volvía a valorar las decisiones y acciones de los actores como respuesta al estatismo estructuralista de la oportunidad política⁸⁰. Pero la teoría de los marcos, que inicialmente se integraba en este nuevo acercamiento cultural, también acabó por quedar en determinados aspectos atascada en una visión estratégica y utilitarista. A finales de siglo, algunos autores empezaron a cuestionar este enfoque.

La escuela francesa de ciencias sociales es una de las que ha intentado contribuir al *aggiornamento* de la disciplina, en particular a través de Daniel Cefaï. Para este autor, enmarcar es más que concretar objetivos estratégicos: su función primordial es “inscribir en una arena pública acciones y discursos expresivos o simbólicos” que luego entrarán en negociaciones más o menos conflictivas con las acciones y los discursos de los demás actores en situaciones prácticas⁸¹. Según él, la naturaleza imprevisible de las circunstancias sociopolíticas exige estar atento a los fenómenos de improvisación de sentido: por más que un movimiento desee enmarcar tal asunto de determinada manera en busca de tal objetivo, la realidad cambiante obligará a una adaptación constante de las formas del enmarcamiento, que en muchos casos no será siquiera programada. Otro especialista de la cuestión, Jean-Gabriel Contamin, también critica la deriva utilitarista del *frame analysis*. Este estudioso advierte sobre el peligro, entre otros, de considerar los marcos iniciativa y propiedad exclusiva de los dirigentes de las organizaciones sociales⁸². Adoptar esta visión elitista equivaldría a negar el carácter dialógico de los procesos de enmarcamiento.

Los propios padres de la disciplina, Robert Benford y David Snow, han reconocido algunas de estas objeciones e incluso en algunos casos han sido los primeros en señalarlas. Ya en 1997⁸³, Benford

⁷⁸ POLLETTA, Francesca: *It Was Like a Fever (...)*

⁷⁹ POLLETTA, Francesca; CHEN, Pang Ching Bobby; GARDNER, Beth Gharrity y MOTES, Alice: “The Sociology of Storytelling”, *Annual Review of Sociology*, nº37, 2011, pág.123

⁸⁰ JASPER, James: “Introduction: From Political Opportunity Structures to Strategic Interaction”, en GOODWIN, Jeff y JASPER, James (eds.): *Contention in Context: Political Opportunities and the Emergence of Protest*, Stanford, Stanford University Press, 2011, pp.1-34

⁸¹ CÉFAÏ, Daniel: “Les cadres de l’action collective. Définitions et problèmes”, *op.cit.*, pp.52, 56 y siguientes

⁸² CONTAMIN, Jean-Gabriel: “Analyse des cadres”, en FILLIEULE, Olivier; MATHIEU, Lilian y PÉCHU, Cécile, *Dictionnaire des mouvements sociaux*, Paris, Presses de Science Po, 2009, pág.43 y *passim*

⁸³ BENFORD, Robert: “An Insider’s Critique of the Social Movement Framing Perspective”, *Sociological Inquiry*, vol.67, nº4, noviembre 1997, pp.409-430

enumeró una serie de lagunas de la teoría: carencia de estudios empíricos sistemáticos y comparativos; desinterés por los intentos fracasados de enmarcamientos; preferencia por la categorización detallada y descriptiva de los marcos como objetos estáticos, en detrimento de los aspectos dinámicos y evolutivos del enmarcamiento; una tendencia a la antropomorfización de los movimientos sociales y la subestimación de la capacidad de acción de los individuos que lo conforman, incluyendo sus reacciones emocionales; y una relativa fragilidad metodológica. En resumen, Benford afirmaba que los marcos se habían convertido en un cliché de la sociología, pero que ese efecto de moda no había sido debidamente acompañado por una revisión conceptual y metodológica. Para él, el principal problema seguía siendo el carácter “monolítico” de los marcos.

Tres años después, Benford y Snow publicaron juntos otra amplia evaluación de más de una década de *frame analysis*⁸⁴ aplicado a los movimientos sociales. En ella, proponen un balance acumulativo –aunque más descriptivo que crítico– con respecto a los principales aportes sobre la conceptualización de los marcos de acción colectiva, la identificación de los procesos de enmarcamiento y los elementos contextuales que influyen en esos procesos. Además, exponen algunos de los principales desafíos futuros para la disciplina. El primero, en línea con la tendencia interpretativa ya mencionada, insta a valorar los intercambios discursivos entre actores sociales como escenario de la construcción de marcos. Otro, relacionado, consiste en la necesidad de ubicar las negociaciones y los litigios inherentes al enmarcamiento dentro de unas condiciones estructurales y culturales. Entre estas condiciones identifican la estructura de oportunidad política, las oportunidades culturales y las reacciones de la audiencia. Por último, subrayan que estos mismos factores contextuales pueden cambiar debido a los procesos de enmarcamiento: se establece, por lo tanto, un vínculo de recíproca influencia entre contextos y marcos.

Al cabo de esta serie de críticas y aportaciones, términos como “dinámico”, “interactivo” y “continuo” fueron consagrados como indispensables en cualquier trabajo teórico o empírico sobre dicha teoría. La noción básica es que “todo sentido es un sentido en transformación”⁸⁵ y que la interacción y los conflictos enmarcadores entre actores individuales y colectivos son el caldo de cultivo de la construcción de ese sentido.

Hace poco aludimos a la queja de Benford relativa a la inconsistencia metodológica del análisis de marcos. Afortunadamente, la situación ha progresado desde entonces. Mencionemos con este propósito las sugerencias metodológicas propuestas por varios investigadores en lo que concierne al análisis empírico de los marcos de la acción colectiva.

El propio Benford, además de la reflexión teórica, proporciona una serie de consejos

⁸⁴ BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *op.cit.*

⁸⁵ BENFORD, Robert y HUNT, Scott: “Cadriages en conflit (...)”, *op.cit.*, pág.165

metodológicos cuya utilidad merece ser tomada en cuenta. Por ejemplo, el autor reprocha a la disciplina no haber logrado probar uno de los presupuestos centrales de los teóricos de los marcos en la sociología de la acción colectiva: la existencia de un vínculo causal entre los marcos de la acción colectiva y la movilización⁸⁶. Benford aconseja prestar más atención a casos negativos, en los cuales el enmarcamiento no haya logrado favorecer la movilización, para explorar de manera más detallada las relaciones entre ambos conceptos. Así, habría que intentar pasar de una descripción retrospectiva de los marcos a un análisis de su influencia positiva y negativa en lo que respecta a las acciones del movimiento. Coincidimos también en su llamada de atención sobre la necesidad de ampliar el ámbito cronológico de los estudios sobre los marcos de las organizaciones sociopolíticas, para que cubran su evolución y potencial movilizador en el transcurso de la vida de un movimiento, de un ciclo de protesta o una época histórica.

Poco años después, Benford y Hunt, en el ya citado artículo sobre la definición colectiva de los problemas sociales, opinan que el punto de partida de cualquier investigación empírica sobre los conflictos de enmarcamiento es arbitrario, puesto que no hay un comienzo ni un final de los procesos de enmarcamiento: los conflictos culturales en una sociedad abierta son sempiternos⁸⁷. Sobre este tema, podemos afirmar que, aunque es cierto que no existe un punto inaugural ni final en la negociación de significados, sí hay períodos de efervescencia durante los cuales los intercambios simbólicos y discursivos se aceleran y posibilitan una reconstrucción más rápida y clamorosa de los significados dominantes. El tramo temporal al que dedicamos nuestra atención constituye probablemente uno de esos momentos de mutación, y es también por ese motivo que nos parece obligatorio contextualizar los marcos antes de analizarlos.

Uno de los primeros en proponer una metodología de trabajo a través de una propuesta sistematizada fue Hank Johnston, en dos artículos complementarios. En el primero de ellos, este autor recomienda la adopción de un análisis microdiscursivo, esto es, un acercamiento de tipo lingüístico que busque explicar por qué razón las frases, los conceptos y las ideas del texto en cuestión están organizados de tal forma y no de otra⁸⁸. Johnston enumera cinco principios centrales para este tipo de análisis: considerar el texto de una forma holística y no fragmentada; tener en cuenta tanto el contexto de emisión del discurso como el rol social del autor y de los potenciales receptores; recordar que el emisor suele tener una intención pragmática, y no desatender la importancia de los canales no verbales que acompañan el texto hablado o escrito. La principal ventaja de este método, afirma Johnston, es su estrecha relación y constante remisión a los datos empíricos, tanto los verbales como los tácitos,

⁸⁶ BENFORD, Robert: "An Insider's Critique of the Social Movement Framing Perspective", *op.cit.*, pág.412

⁸⁷ BENFORD, Robert y HUNT, Scott: "Cadriages en conflit (...)", *op.cit.*, pág.186

⁸⁸ JOHNSTON, Hank: "A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata", en JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert, *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp.217-246

mientras que otras alternativas para el análisis de marcos tienden a sacar conclusiones desde enfoques más deductivos y con mayor grado de especulación interpretativa.

Años después, en un segundo artículo, el mismo autor vuelve a meditar sobre la necesidad de coherencia metodológica en la localización y caracterización de los marcos de referencia⁸⁹. Primero, propone fijar una frontera clara entre el análisis de discurso y el análisis de marcos, herramientas hermanas pero, según él, confundidas con gran frecuencia. No obstante, su principal preocupación sigue siendo proporcionar métodos que permitan confrontar el abundante armazón teórico sobre los marcos con la observación empírica, a menudo omitida o escogida de forma arbitraria en estudios de caso. Johnston nos recuerda que cualquier investigación sobre este tema debe demostrar que los marcos de referencia influyen en el surgimiento, la evolución, la estrategia y los resultados de los movimientos sociales y políticos. Sin esta demostración, la construcción teórica no será más que un conjunto de conceptos huecos. Retomaremos y detallaremos los planteamientos de estos dos artículos en la sección metodológica correspondiente.

Finalmente, mencionemos propuestas con menor difusión, pero no por eso menos pertinentes. Otros cinco textos merecen ser citados por sus contribuciones a los aspectos metodológicos del *frame analysis*. Christian Baden ha desarrollado, desde la teoría comunicacional, una técnica de tipo cuantitativo que permite medir las sutiles y constantes evoluciones de los significados en tiempo real. En un artículo redactado con Giovanni Motta, Baden parte del principio de que los significados constituyen estructuras latentes que se revelan a través de los patrones de las asociaciones entre conceptos en el discurso⁹⁰. Los autores sostienen que los cambios en los marcos son la consecuencia de la evolución de los conceptos asociados a ellos. La presencia de esos conceptos –que evolucionan, desaparecen o son poco a poco sustituidos por otros– es empíricamente más conmensurable que el carácter subyacente de los marcos. El principal problema de la técnica propuesta es la complejidad matemática de esa medición empírica, que deriva en aridez estadística. En ese sentido, no sentimos más cerca de las investigaciones anteriores de Baden, más equilibradas en el binomio cuantitativo-cualitativo⁹¹.

Uno de los escasos investigadores hispanoamericanos que ha llevado a cabo una reflexión sobre los métodos del análisis de marcos es Chihu Amparán. En un texto reciente, el académico mexicano propone un programa metodológico tripartito: definir un estudio de caso, situarlo en su coyuntura histórica –a través del estudio de sus contextos social, político y cultural– y proceder a identificar el

⁸⁹ JOHNSTON, Hank: “Verification and Proof in Frame and Discourse Analysis”, *op.cit.*, pp.62-91

⁹⁰ MOTTA, Giovanni y BADEN, Christian: “Evolutionary Factor Analysis of the Dynamics of Frames: Introducing a Method for Analyzing High-Dimensional Semantic Data with Time-Changing Structure”, *Communication Methods and Measures*, n°7, 2013, pp.48-82

⁹¹ Véase, por ejemplo: BADEN, Christian, “Contextualizing Frames in Political Discourse: Using Semantic Network Analysis to Investigate Political Parties' Framing Strategies in the Dutch EU Referendum Campaign”, comunicación presentada en la 60ª Conferencia Anual de la International Communication Association, Singapur, junio de 2010

enmarcamiento tras determinar las características de la cultura política que se aplican al caso en cuestión, a lo que Chihu Amparán llama la cultura del asunto político⁹².

Por último, en el ámbito peninsular, citemos el artículo de Miguel Vicente Mariño y Pablo López Rabadán⁹³. En él, los autores efectúan un breve repaso del impacto de la teoría de los marcos en el campo de la comunicación en España, y concluyen señalando tres problemas en el *corpus* académico. El primero, conceptual, está relacionado con la carencia de una definición consensual de marco. El segundo, metodológico, atañe a la ausencia de un modelo operativo sistemático que se pueda aplicar a las hipótesis formuladas por varios autores españoles. El tercero deriva de un efecto de moda que conduce a determinados estudiosos a aplicar los términos *marco* y *enmarcamiento* en investigaciones que poco o nada tienen que ver con el *frame analysis*.

También en la Península, Sábada, Rodríguez y Bartolomé emprenden un intento similar, buscando sistematizar las posibles líneas de aplicación del análisis de marcos en la comunicación política. Los tres subrayan la necesidad de tomar en consideración la dimensión narrativa del enmarcamiento, así como la resonancia cultural del discurso político y periodístico⁹⁴. Finalmente, destaquemos la interesante labor de María Luisa Azpíroz, que se basa en un método cualitativo semejante al que aquí será utilizado para estudiar los marcos del discurso de George W. Bush sobre la llamada “guerra contra el terror”⁹⁵.

1.2.2 – Los actores sociales como agentes enmarcadores: el alineamiento de marcos

Un lector versado en estos temas podría señalar que en la lista anterior faltan tres artículos centrales para el desarrollo inicial de la teoría de los marcos aplicada a la sociología de la acción colectiva. Esta ha sido una omisión voluntaria, puesto que su importancia merece que los involucremos de forma directa con el esqueleto teórico que compondremos en las páginas siguientes. Efectivamente, David Snow fue el hilo conductor de la primera década de afirmación conceptual del *frame analysis* y sus artículos publicados entre 1986 y 1992, con distintos colaboradores, aún conservan una influencia considerable en los actuales estudios en la disciplina, incluso en los más críticos. A ellos les debemos conceptos como alineamiento de marcos, resonancia de marcos y marcos maestros, o haber

⁹² CHIHU AMPARÁN, Aquiles: “La teoría del framing: un paradigma interdisciplinario”, *Acta Sociológica*, nº59, septiembre-diciembre de 2012, pp.91-98

⁹³ VICENTE MARIÑO, Miguel y LÓPEZ RABADÁN, Pablo: “Resultados actuales de la investigación sobre *framing* (...)”, *op.cit.*, pp.13-34

⁹⁴ SÁBADA GARRAZA, Teresa; RODRÍGUEZ VIRGILI, Jordi y BARTOLOMÉ CASTRO, Manuel: “Propuesta de sistematización de la teoría del *framing* para el estudio y praxis de la comunicación política”, *Observatorio Journal*, vol.6, nº2, 2012, pp.109-126

⁹⁵ AZPÍROZ, María Luisa: “Framing and Political Discourse Analysis: Bush’s trip to Europe in 2005”, *Observatorio Journal*, vol.8, nº3, 2014, pp.75-96

examinado por primera vez las consecuencias de los marcos sobre las identidades colectivas, los diferentes niveles de emisores y destinatarios en los procesos de enmarcamiento, el papel de los marcos en los ciclos de protesta o aun las funciones primarias de los marcos de la acción colectiva.

Comenzamos aclarando que el primer trabajo sociológico en el que los marcos adquirieron una posición relevante fue el libro de Gamson, Fireman y Rytina publicado en 1982. En esa obra los autores afirman, basándose en casos concretos, que los individuos se rebelan contra las autoridades tras haber creado y adoptado un marco de injusticia. Este les sirve no sólo para etiquetar las acciones de una autoridad como injustas sino también para legitimar el no acatamiento de sus consignas y la consiguiente subversión⁹⁶.

Cuatro años después, el artículo de Snow, Rochford, Worden y Benford⁹⁷ sobre el alineamiento de marcos también toma como punto de partida el ámbito de la micromovilización, pero va más allá de los individuos e incluye las relaciones entre las organizaciones de los movimientos sociales y sus activistas, a los que podríamos añadir los simpatizantes y los sectores más receptivos del público. Para empezar, los autores observan que los individuos toman la decisión de participar y de seguir participando no una sola vez, sino en sucesivos momentos, tras constantes evaluaciones de la situación. Esa decisión depende, entre otros factores, de la afinidad que supongan tener con el movimiento al que pertenecen. Esas afinidades pueden ser reforzadas por los dirigentes de los movimientos sociales, al alinear los marcos individuales de los miembros con los marcos colectivos del movimiento, fomentando la adhesión al grupo y la movilización colectiva. Snow y sus colegas proponen una tipología de alineamientos, que intentaremos ilustrar con una selección de ejemplos hipotéticos obtenidos a partir del panorama boliviano⁹⁸.

El primer tipo de proceso de alineamiento de marcos –y acaso el más frecuente– es el puente entre marcos. Los autores lo definen como “la asociación de dos o más marcos ideológicamente congruentes pero estructuralmente desconectados relativos a un determinado asunto o problema.”⁹⁹ Los esfuerzos de alineamiento por parte de la organización del movimiento se encuentran dirigidos a aquellas personas que comparten reclamos y diagnósticos similares pero que no conocen el mensaje del movimiento o no advierten las semejanzas entre marcos. El objetivo es estimular un acercamiento interpretativo entre temas para señalar causas comunes, lógicas y soluciones compartidas entre el colectivo y el individuo. Se trata, al fin y al cabo, de proporcionar una plataforma común de respuesta al “¿qué puedo hacer?” que muchos ciudadanos descontentos se plantean.

⁹⁶ GAMSON, William; FIREMAN, Bruce y RYTINA, Steve: *Encounters with Unjust Authority*, Homewood, Dorsey, 1982

⁹⁷ SNOW, David; ROCHFORD, Burke; WORDEN, Steven y BENFORD, Robert: “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation”, *American Sociological Review*, vol. 51, nº4, agosto 1986, pp. 464-481

⁹⁸ Los consideramos hipotéticos porque no se basan en marcos empíricamente demostrados, sino en suposiciones, algunas de las cuales quedarán probadas o desmentidas al final de este trabajo.

⁹⁹ *Ib.*, pág. 467

Sobre esta categoría de alineamiento, añadiríamos a la definición original la siguiente precisión: el alineamiento puede darse entre dos o más marcos de un determinado tema, pero también entre dos versiones del mismo marco presente en los debates públicos sobre dos materias distintas. Esto es, otra manera para el movimiento de intentar ampliar su campo de eventuales participantes es mediante la creación de un puente entre dos temas que comparten el mismo marco, o resaltando una correspondencia ya existente pero no percibida por la mayor parte de los participantes en ambos temas.

En lo que respecta a la primera variación de este tipo de alineamiento de marcos, aquella que persigue establecer un puente entre dos marcos de un determinado tema, podemos ilustrarla con una anécdota basada en el episodio de protesta que propusimos en las páginas anteriores. Supongamos que los sindicalistas se expresan en aymara sobre la falta de servicios básicos, enmarcando su mensaje de manera tal que se relacione esta carencia de inversión pública con la corrupción política. La concomitancia de la forma con el contenido impulsa el establecimiento de un parentesco implícito entre el marco de la corrupción de las élites y el de la opresión cultural.

Desde el punto de vista de la sociología de la micromovilización, la modalidad de puente entre marcos sirve para fomentar la adhesión de participantes a un determinado movimiento. Sin embargo, es posible examinar el proceso de enmarcamiento desde la sociología política: en ese caso, podemos imaginar que el puente entre marcos consolida el poder argumentativo de la organización que emplee eficazmente esta técnica, incluso sobre las personas que decidan no participar activamente. La verosimilitud de esta premisa se basa en el hecho de que una red de ideas organizadas de manera coherente y solidaria tiene un efecto persuasivo mucho mayor que una serie de argumentos desconectados. La consiguiente robustez argumentativa e ideológica conlleva, a nuestro juicio, efectos políticos y electorales más vastos. La relación entre enmarcamiento, vigor argumentativo y movilización socioelectoral es una de las hipótesis que retendrá nuestra atención más adelante en la presente investigación.

En la tipología de alineamientos propuesta por Snow y sus colegas, la segunda modalidad es la amplificación de marcos. La definen como “el esclarecimiento y refuerzo de un marco interpretativo sobre un determinado tema, problema o conjunto de acontecimientos.”¹⁰⁰ Con ello, el movimiento trata de remover o neutralizar los elementos que oscurecen el sendero interpretativo propuesto por él, sean intrínsecos al individuo destinatario del mensaje u oriundos de otros actores del escenario discursivo. Los autores identifican dos variantes de este tipo de alineamiento: la amplificación de valores y la amplificación de creencias. Ambas merecen que nos detengamos brevemente en sus características y proporcionemos algún ejemplo, porque también aquí hallamos implicaciones

¹⁰⁰ *Ib.*, pág.469

políticas en el ámbito ideológico y electoral.

A través de la amplificación de valores, la organización busca identificar, idealizar y potenciar un valor importante para los potenciales adherentes. Un valor que, por alguna razón, no haya desempeñado un rol inspirador o propiciatorio en movilizaciones anteriores. Puede tratarse de una disposición ética que ya estaba incorporada en el *corpus* de valores del movimiento o de un elemento añadido que, sin ser ajeno a la naturaleza del grupo, no había adquirido una visibilidad que posibilitara a un miembro del público relacionar el movimiento con el mencionado valor¹⁰¹.

Ilustremos esta idea con la acción de los cocaleros del Chapare en la denominada Guerra del Agua en Cochabamba, en 2000. Si su protagonismo en las manifestaciones y bloqueos ocupó un lugar relativamente pequeño, su presencia fue innegable. Supongamos que, al ser interrogados sobre los motivos de su empeño en una protesta cuyas reivindicaciones no les concernían de forma directa, los portavoces de los productores de coca hubieron contestado que lo hacían por ayudar a sus compañeros de la ciudad, la gente sin recursos que más lo necesitaba, por estar todos en el mismo barco. Otros marcos alternativos o complementarios habrían sido posibles: auxilio a los pobres frente a una multinacional extranjera, crítica al gobierno “vendepatrias” y dilapidador. Pero para difundir este valor esencial bastaría el primer enmarcamiento: este valor es la solidaridad de clase, que se convertiría en una de las principales fortalezas del movimiento cocalero en el futuro. Además, en este caso, hacer hincapié en la solidaridad de clase es reforzar la idea misma de la existencia de una clase compartida, por lo que el efecto es doble.

En cuanto a la amplificación de creencias, consiste en el intento por parte de los activistas sociales de acercarse a los miembros de la audiencia reforzando sus convicciones acerca de los culpables de la situación y la atribución de culpas, la necesidad de hacerse oír o las probabilidades de cambio¹⁰². Una vez más, si desde la perspectiva de una organización social el objetivo es incrementar la participación en los episodios de movilización, para un actor político el propósito a largo plazo pasa por atraer al militante a sus rangos o al elector a su casilla en la papeleta de voto.

Sea como fuere, el proceso de alineamiento funciona de forma semejante. Una de sus formas más flagrantes estriba en insistir, a veces a ultranza, en los estereotipos sobre los adversarios. Esta modalidad de amplificación de creencias corre incluso el riesgo de pecar de inverosímil desde la óptica de la mayoría del público. Para los cocaleros del Chapare, llamar a los militares “asesinos” puede servir para remitir a otras situaciones de violencia de origen castrense comunes a gran parte de la población (incluyendo la dictadura, desde luego), mientras que tachar al gobierno o a los soldados de “genocidas” excedería para muchos la frontera de lo plausible y podría acarrear un distanciamiento de los marcos. Otra forma más sutil de practicar la amplificación de creencias consiste en aludir, de

¹⁰¹ *Id.*

¹⁰² *Ib.*, pp.469-470

modo más o menos implícito, a la supuesta obligación moral que los integrantes del público deben a la causa¹⁰³.

La extensión de marcos –la tercera variedad de alineamiento propuesta por Snow y sus colegas– consta de una ampliación del alcance del marco primordial del movimiento, a fin de abarcar opiniones o intereses relevantes para posibles adherentes. Aunque sea ante todo una manera de ensanchar el campo de reclutamiento de participantes, este proceso puede acabar por ocasionar cambios significativos tanto en las formas de movilización como en el perfil ideológico de la organización social que lo promueve.

Ilustremos esta situación: uno puede empezar defendiendo el derecho a la cultura de la coca por motivos económicos y, de hecho, esa fue la actitud de los sindicatos del Trópico de Cochabamba durante largos años. Sin embargo, es posible que la búsqueda del apoyo de las comunidades indígenas de otras regiones haya conducido a los cocaleros a relacionar la cuestión de la pobreza con la identidad étnica, integrando ambas perspectivas en un marco común. Lo mismo sucedió en otro contexto, aunque en sentido inverso: Martin Luther King fue integrando cada vez más el problema de la pobreza –como hecho transversal a todos los grupos étnicos– a sus reivindicaciones de justicia racial¹⁰⁴.

Por fin, existen situaciones en las que el marco transmitido por el movimiento social no sólo presenta pequeños desajustes con los marcos individuales de su público, sino que desentona de manera evidente con la experiencia de vida y los valores de la mayoría de los miembros de la audiencia. En este caso, el movimiento puede optar por llevar a cabo una transformación de su marco de acción colectiva, buscando acercarse a potenciales activistas.

Los autores proponen dos tipos de transformación de marcos: uno de ámbito específico y otro de alcance global¹⁰⁵. Tenemos ciertas reservas en cuanto a este punto de la demostración de Snow y sus colegas. Esta modalidad parece ser de una naturaleza distinta a la de los demás tipos de alineamiento, puesto que no se trata de una adaptación, sino de una sustitución. Parecería más bien que la transformación del marco principal de la organización constituye un reconocimiento de una distancia irremediable entre el mensaje del grupo y lo que la audiencia está dispuesta a escuchar. En tal caso, el primer paso no consiste en incidir directamente en el espectador, sino en reflexionar sobre el enmarcamiento del movimiento y corregir el tiro.

Como señalan los autores, en determinados momentos críticos los movimientos sociales (incluyendo aquellos con pretensiones políticas) pueden decidir dar un vuelco radical, no tanto a su ideología, valores o propuestas concretas –o al menos no en un primer momento– sino a sus puertas

¹⁰³ *Ib.*, pp.471-472

¹⁰⁴ Véase por ejemplo KING, Martin Luther: *Where Do We Go From Here: Chaos or Community*, Boston, Beacon Press, 2010 [1967], pp.143-176

¹⁰⁵ SNOW, David; ROCHFORD, Burke; WORDEN, Steven y BENFORD, Robert: “Frame Alignment Processes (...)”, *op.cit.*, pp. 473-476

de entrada interpretativas en la mente de los potenciales adherentes. Consideremos dos casos en que el marco habitual de un movimiento no ha evolucionado al mismo ritmo que la sociedad y ha ocasionado un desfase entre uno y otra.

El primero, muy cercano a nosotros, es la insistencia de algunos sectores de la extrema izquierda europea en un enmarcamiento predominantemente clasista de las relaciones sociales. Nadie cuestiona que la clase obrera, los trabajadores y la lucha de clases sigan existiendo, pero es indudable que han perdido la resonancia que tuvieron décadas atrás. Algunas formaciones políticas han tratado de reemplazar este marco por uno más actual, como el ecológico. El núcleo de la ideología y de las reivindicaciones –por ejemplo, la justicia social como valor supremo y la defensa de los servicios públicos como respuesta a las desigualdades de ingreso– sigue presente, pero los enfrentamientos de clase son ahora un elemento más del marco de la crisis ecológica, y no al revés, como solía suceder. Las preocupaciones de la sociedad se han desplazado –con o sin fundamento, para el caso es irrelevante– y los movimientos sociopolíticos se ven obligados a correr para alcanzarlas.

El segundo caso, inspirado por el contexto boliviano, también demuestra que esa carrera puede terminar en una transformación de marco con consecuencias no sólo ideológicas sino también institucionales. Pongamos el caso de un sindicato agrario en un pueblo del Altiplano aymara. Ahí, durante décadas, el organigrama y las prácticas sindicales habían funcionado bajo un modelo corporativo clásico. Sin embargo, el desmantelamiento del sindicalismo obrero urbano y el fracaso de la izquierda en el poder en los años 80 del siglo XX quitaron legitimidad y representatividad a la Central Obrera Boliviana y, por ende, a sus afiliadas rurales. En simultáneo, las reivindicaciones de cariz étnico se reforzaron: a principios de los noventa, las marchas indígenas se multiplicaron, Sánchez de Lozada insertó el multiculturalismo en la Constitución, la CSUTCB refutó la denominación de “campesinos” impuesta por la Revolución de 1952 y se preparaba la fundación del Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ).

¿Cómo reaccionar ante esa evolución que le quitaba al sindicalismo de clase la influencia con que solía contar y la trasladaba a las redes del activismo indígena rural? Podemos suponer que los adherentes del sindicato del pueblo hayan iniciado una discusión interna para calcular la necesidad de ajustarse a esa nueva situación: los problemas de la comunidad seguían siendo los mismos, las demandas no variaban mucho, pero debían decidir si se alineaban con el nuevo marco en boga en la sociedad, so pena de dejar de ser reconocidos como interlocutores válidos para las autoridades y demás actores sociales (las ONG de cooperación y sus promesas de financiación, por ejemplo). Si, en muchos casos, ha surgido una organización paralela de inspiración aymara, el *ayllu*, en otros lugares ha sido una parte de los antiguos sindicalistas la que decidió cambiar tanto de marco como de institución. Ese doble cambio, que no presupone una alteración previa de la realidad objetiva sino de su definición y experiencia, conduce a nuevas formas de acción. La rivalidad entre el sindicalismo

tradicional y el comunitarismo aymara sigue siendo una realidad en muchos pueblos del campo boliviano, lo que implica que la transformación de marcos no fue un fenómeno generalizado¹⁰⁶. Podemos incluso suponer que, en casos similares, fueron experimentadas otras modalidades de alineamiento, con diferentes niveles de éxito.

Señalemos también que las cuatro modalidades de alineamiento de marcos que acabamos de describir no resultan siempre perceptibles para el observador exterior, y en algunos casos tampoco para algunos integrantes del movimiento. La sutileza de una ampliación de marco, por ejemplo, puede exigir que tengamos en cuenta elementos textuales secundarios. Un discurso puede contener textualmente las mismas palabras, pero albergar distintas intenciones de alineamiento si detrás del orador está colgada una wiphala (la bandera andina), una foto del Che Guevara o el emblema del club paceño The Strongest¹⁰⁷. Por otro lado, los procesos de alineamiento pueden ocurrir en diferentes niveles sociológicos: los ajustes en el enmarcamiento pueden empezar por simples conversaciones entre activistas, luego subir hasta los dirigentes y portavoces, convertirse en debate interno y sólo al final del trayecto salir del ámbito interno y penetrar en la arena pública. En definitiva, el alineamiento de marcos aspira a que coincidan las significaciones y por ende las orientaciones a la acción de las dos partes, movimiento y audiencia.

Pero ¿qué sucede cuando es el movimiento social el que proporciona un marco innovador para el resto de la sociedad? Si en ese marco conviven credibilidad discursiva y veracidad empírica, si logra captar los cambios en la cultura política y es comprobable en la vida cotidiana de la audiencia, el movimiento logrará ocupar un lugar de liderazgo en el cambio de las prioridades sociales. Bajo tales circunstancias, el alineamiento sucederá en sentido contrario: cautivados por el poder evocador de una corriente interpretativa de nuevo tipo, los ciudadanos y los actores institucionales empezarán a promover sus propias operaciones de alineamiento. Ese proceso compartido puede incluso desembocar en una transformación generalizada de los marcos primarios de los miembros de la audiencia, sean ellos individuales o colectivos.

Insistimos, por supuesto, en que no se debe confundir cambios culturales y cambios de marcos, pero pretendemos reflexionar sobre el impacto de las innovaciones del enmarcamiento como preludio de transformaciones de mayor calado de orden ideológico y cultural, asunto que abordaremos más adelante. Por ahora, prosigamos con nuestra descripción del aparato conceptual de la teoría de los

¹⁰⁶ PAPE, I.S.R.: "Indigenous Movements and the Andean Dynamics of Ethnicity and Class", *Latin American Perspectives*, vol.36, n°4, 2009, pp.101-125

¹⁰⁷ En muchos casos, los viejos símbolos que remiten a marcos en desuso son los últimos en desaparecer, frecuentemente en concomitancia con evoluciones ideológicas. Recordemos el puño cerrado revolucionario que todavía resiste en algunos partidos socialistas europeos. En el otro extremo, se encuentra el símbolo de la CSUTCB, que no incluye ningún elemento relacionado con la agricultura, ya que difícilmente un cuchillo, un arco con una flecha y una wiphala pueden ser herramientas agrícolas. La imagen apunta hacia un marco de los derechos colectivos indígenas que la confederación ha en parte adoptado desde su fundación.

marcos de la acción colectiva, exponiendo sus características fundamentales y las condiciones de su eficacia.

1.2.3 – Funciones de los marcos y su resonancia

En los capítulos anteriores, reiteramos que el análisis de marcos toma en consideración los aspectos cognitivos de la participación, partiendo del principio de que las organizaciones sociales son agencias de significación¹⁰⁸ que otorgan un sentido subjetivo a ciertas condiciones sobre el terreno. De acuerdo con la teoría de los marcos, antes de movilizarse, el grupo en su conjunto y cada uno de sus miembros necesitan una representación común de la situación, en la cual establecen conexiones entre sus ideas y convicciones, los acontecimientos coetáneos, sus experiencias del pasado y la eventual acción conjunta y respectivas consecuencias. En esa asignación de significados consiste el enmarcamiento.

Al llegar a este punto, la cuestión que importa es la de saber a través de que tipo de operaciones se procede a esa atribución de significados. A fin de lograr convencer a sus activistas o simpatizantes de la pertinencia de una movilización, las organizaciones sociales necesitan ofrecer interpretaciones verosímiles y soluciones factibles relativas a la causa por la que luchan: los individuos, antes de salir a la calle (o entrar en la cabina electoral), quieren saber por qué luchan, contra quien marchan, para qué desfilan y qué consecuencias tendrá su actuación. Snow y Benford plantean esas mismas cuestiones cuando tratan de identificar las tres tareas consustanciales al enmarcamiento, indispensables para su eficacia¹⁰⁹. Son ellas el enmarcamiento del diagnóstico, del pronóstico y de la motivación. Las dos primeras, según los autores, tienen como función movilizar el consenso en el seno de un grupo. La tercera busca impulsar la acción. Detengámonos en las características de cada una de estas tareas.

La función de diagnóstico define al problema en cuestión y atribuye responsabilidad o culpabilidad. En algunos casos, puede tratarse de situaciones que no habían sido presentadas en público previamente como problemáticas. Además, las organizaciones sociales hacen hincapié en la situación de injusticia provocada por el problema¹¹⁰. Por su parte, la tarea de pronóstico expone las

¹⁰⁸ Tomamos la expresión de SNOW, David y BENFORD, Robert: “Marcos maestros y ciclos de protesta”, en CHIHU AMPARÁN, Aquiles (ed.), *El ‘análisis de los marcos’ en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM, 2006 [1992], pág.123

¹⁰⁹ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”, en CHIHU AMPARÁN, Aquiles (ed.), *El ‘análisis de los marcos’ en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM, 2006 [1992], pp.83-117

¹¹⁰ Gamson ha incluso defendido que todos los marcos de acción colectiva son marcos de injusticia o que al menos contienen siempre un elemento de injusticia. Esta teoría ha sido objetada por Benford y Snow, aunque reconozcan que la injusticia sí es un elemento muy común. Cf. GAMSON, William: *Talking Politics*, *op.cit.*, pp.29-33 y *passim* y “The Social Psychology of Collective Action”, *op.cit.*, pág.68 y BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *op.cit.*, pág.615

consecuencias de la persistencia de los errores referidos en el diagnóstico, sugiere posibles soluciones, formula objetivos y propone estrategias para alcanzarlos. La búsqueda del consenso contribuye, por esta misma vía, a afirmar la identidad colectiva del protagonista y a cristalizar un adversario.

Con todo, incluso en los casos en que la convergencia de las interpretaciones internas en una organización social se realiza de forma inequívoca, el consenso no conduce necesariamente a la acción. Para que esto suceda hay que motivar a los potenciales adherentes, presentando un enmarcamiento de la situación que justifique la movilización colectiva y acentúe sus hipotéticos beneficios. En lo que respecta a los motivos compartidos, estos son considerados como una producción de los actores participantes o, en alternativa, como pertenecientes al contexto cultural y disponibles para ser por aquellos aprovechados.

Sin embargo, compartimos la visión crítica de Trom, según la cual estos dos elementos dependen de un tercero, indispensable para entender la dinámica de los motivos por detrás de los marcos motivacionales: las circunstancias de la acción. Esto implica que los motivos son contextualmente condicionados por los intercambios entre los actores presentes en la arena pública¹¹¹. En su artículo de balance sobre el análisis de marcos, Benford y Snow destacan la importancia de los vocabularios de motivos en la tercera tarea de enmarcamiento. Para ellos, los vocabularios como conjuntos de palabras o expresiones “socialmente contruidos proveen a los activistas de relatos convincentes para implicarse en acciones colectivas y sostener su participación.”¹¹² En determinadas ocasiones, los distintos vocabularios pueden enzarzarse o contradecirse en vez de cooperar entre sí: en tales casos, el potencial movilizador se entorpece.

Para ilustrar la teoría con un caso concreto, regresemos al bloqueo de los campesinos que describimos antes. Podemos imaginar un dilema de los activistas a la hora de definir el problema y su responsable. En la tarea de diagnóstico, lo más obvio sería delimitar la cuestión como un problema de accesos viales y responsabilizar al Ministerio de Obras Públicas. En el marco de pronóstico, la opción más natural pasaría por destacar la perpetuación del aislamiento y de la pobreza de las localidades, ofreciendo la construcción de una carretera como solución, la llegada de las máquinas como objetivo a alcanzar y el bloqueo como estrategia única para lograrlo. Como motivación, acaso bastaría dar ejemplos de éxitos pasados, poner de relieve la fragilidad de las autoridades, aludir a la combatividad del pueblo aymara o pedir fidelidad al líder Felipe Quispe. Simple, claro y directo.

Sin embargo, todo depende del alcance pretendido para la movilización. Enmarcar su discurso bajo la consigna “¡Que el Gobierno construya una carretera ya!” puede servir para activar a los habitantes

¹¹¹ TROM, Danny: “Grammaire de la mobilisation et vocabulaire de motifs”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective*, Paris, EHESS, 2001, pág.100-101

¹¹² BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *op.cit.*, pág.617

de los pueblos cercanos. Este tipo de diagnóstico más estricto predomina en muchas de las acciones de protesta que presenciamos en nuestro día a día. Pero si uno desea integrar la reivindicación de los sindicalistas rurales en un movimiento de protesta más amplio, es más adecuado orientar el diagnóstico hacia definiciones y responsabilidades reconocibles por otros actores y la mayoría de la audiencia. En ese caso, el problema debería ser enfocado, por ejemplo, como una escasez de servicios públicos o una consecuencia de la malversación de fondos estatales.

En cuanto al responsable, una solución posible sería rebasar el ámbito ministerial y denunciar al presidente Banzer, destacando la represión bajo su dictadura, las prácticas de nepotismo de su ejecutivo o la anemia económica del país durante su administración. Estas referencias señalarían puentes hacia combates paralelos entablados por movimientos afines. Incluso la motivación para la acción conjunta también podría buscar alternativas más globales, como la denuncia del centralismo secular de La Paz o la integración vial de todo el país. A través de estos cambios, los efectos movilizadores serían tal vez menores en el entorno local, pero los activistas estarían más cerca de lograr la solidaridad y fomentar futuras alianzas con organizaciones de otras áreas.

Con base en los ejemplos precedentes, subrayemos que las opciones de enmarcamiento varían conforme a las pretensiones del movimiento en causa pero, por otro lado, también se subordinan a las circunstancias sociopolíticas y al ajedrez de acciones y discursos de los demás actores, en especial en lo que toca al enmarcamiento de motivos.

El contraste entre las tareas de enmarcamiento en temas semejantes de dos movimientos simultáneos es evidente: los campesinos aymaras de nuestro ejemplo pueden, gracias a su pujanza organizativa, mantenerse al margen de los conflictos nacionales, y en la realidad boliviana de las décadas de 90 y 2000 efectivamente lo hicieron a menudo. Lo paradójico es que la gran capacidad de convocatoria y los temibles medios de presión de la CSUTCB sobre los poderes públicos en el Altiplano parecen, a la larga, haberle restado protagonismo nacional: su poder contestatario no la impulsaba a buscar alianzas y, al mismo tiempo, la mantenía en una posición de inferioridad institucional ante el Estado.

Así, los líderes sindicales aymaras terminaron perdiendo la capacidad de dirigir la agenda popular, en beneficio de otros grupos que sí cuestionaban la legitimidad del Estado central. El análisis de la evolución de los procesos de enmarcamiento de la CSUTCB podría comprobar esta sospecha. Aunque este no sea nuestro propósito, volveremos a abordar este tema, debido al papel de la confederación sindical como rival –y a veces socio– del movimiento cocalero.

El MAS, por su parte, tenía ambiciones nacionales, o al menos a partir de un determinado momento se dio cuenta de que podría tenerlas. Un enmarcamiento de sus demandas en una óptica regional o remitido en exclusivo a la vivencia cocalera hubiera circunscrito su capacidad de crear vínculos con potenciales aliados y dirigirse transversalmente a un público variado en términos étnicos, de región y

de clase. Una hipótesis preliminar perfilada desde el material empírico apunta a que los primeros años de lucha de los sindicatos del Trópico de Cochabamba contra la erradicación de la coca estuvieron acompañados por un marco económico que dificultaba una toma de conciencia de problemas comunes con otros grupos en conflicto con el Gobierno. Más tarde, los cocaleros empezaron a relacionar su combate con un cuestionamiento no sólo de las políticas de erradicación sino sobre todo del modelo de Estado, logrando de este modo ampliar su campo de actuación. En esa evolución, los cambios en el enmarcamiento parecen haber sido fundamentales.

Concluamos, por ahora, la presentación de las tareas de enmarcamiento, subrayando que el marco será más competente en la medida en que los tres componentes referidos estén integrados de un modo armonioso y coherente¹¹³. Esta armonía y coherencia residen tanto en una argumentación lógica como en la concordancia con la experiencia cotidiana de los espectadores y con sus expectativas morales y emocionales. Gamson resalta también la transcendencia de enmarcar el consenso y la motivación desde los hechos, las imágenes y los significados a disposición del gran público¹¹⁴, puesto que las organizaciones que se aferran a su propia percepción de los acontecimientos no logran conectar con el resto de la sociedad y corren el riesgo de encerrarse en una torre de marfil.

En determinadas circunstancias, este esfuerzo exige que los movimientos se alejen de sus principios más consolidados y de sus marcos habituales con tal de entrar en contacto con una audiencia más lejana en términos ideológicos o simplemente indiferente. Otra forma de acercarse a un público más reticente consiste en proponer un enmarcamiento abierto y flexible, que permita dar cabida a distintas interpretaciones y congregar tendencias aparentemente disconformes¹¹⁵. Recordemos lo mencionado en páginas anteriores sobre el papel de la ambigüedad como vía insólita de persuasión.

Así, entramos de pleno en una cuestión esencial: ¿cómo llegar a evaluar, al menos de un modo aproximativo, el potencial de impacto de un determinado proceso de enmarcamiento en los distintos públicos al que se destina? Snow y Benford, a finales de los años 80, nos dieron algunas pistas sobre los factores a observar. Uno de ellos, que ya hemos abordado superficialmente en el párrafo anterior, se refiere al encuentro entre el enmarcamiento y los sistemas de creencias de los espectadores. Los valores transmitidos por el movimiento en su marco de acción colectiva deben ser centrales para la audiencia y jerárquicamente superiores o prioritarios en comparación con valores opuestos. Por otro lado, el enmarcamiento debe asegurar un equilibrio entre el alcance y la cohesión del marco difundido. En otras palabras, este no debe ser ni demasiado reducido en audiencia potencial ni

¹¹³ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”, *op.cit.*, pág.96

¹¹⁴ GAMSON, William: “Constructing Social Protest”, *op.cit.*, pág.87

¹¹⁵ BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *op.cit.*, pág.618

demasiado extenso en contenido. De no ser así, la movilización corre el riesgo de tener pocos participantes –aunque muy convencidos– o de fallar por la incoherencia excesiva del marco propuesto. Ahí se encuentra el busilis de la cuestión: lograr ser flexible y abarcador sin perder coherencia argumentativa.

El otro factor significativo a la hora de prever el poder movilizador de un marco de acción colectiva es su resonancia. Pese a las críticas legítimas que ha recibido, se trata de un concepto que sigue teniendo validez operativa y que es importante especificar. De acuerdo con otro texto fundador del análisis de marcos, la resonancia de un marco de la acción colectiva depende de tres componentes¹¹⁶. El primero es su credibilidad empírica, según el cual los esfuerzos de enmarcamiento deben sustentarse en acontecimientos reales – de preferencia, con carácter ejemplar– que comprueben la evidencia empírica del marco ante los espectadores. A veces, ese acontecimiento es lejano pero sigue muy presente en la memoria colectiva. Otras veces, se trata de un nuevo suceso que acaba por permitir la emergencia de un marco hasta ahí falto de corroboración en la realidad. En ambos casos, el papel de los medios de comunicación de masas suele ser fundamental, y por ese mismo motivo no es sorprendente el empeño de las autoridades en controlar a los medios públicos a fin de disminuir la resonancia de marcos contestatarios. Recordemos las omisiones de los canales públicos bolivianos en la cobertura de las protestas durante los gobiernos de Banzer y Sánchez de Lozada o, desde 2009, la parcialidad del diario estatal *Cambio*.

El segundo componente es la afinidad con la experiencia: el marco de la acción colectiva tiene que aproximarse al máximo a las vivencias y prácticas cotidianas del público que pretende atraer. Partiendo del principio de que nuestras reacciones y decisiones son a menudo autorreferenciales, el movimiento debe intentar incluir en su enmarcamiento referencias explícitas o implícitas a hechos y situaciones compartidas por el mayor número posible de espectadores. En el ejemplo del bloqueo sindical, incluir una referencia a las horas perdidas por culpa del mal estado de las carreteras o a las enfermedades evitables que se padecen por falta de servicios médicos tendrá una buena acogida por parte de los vecinos de la región.

Por último, la acción colectiva saldrá reforzada si el marco que la promueve logra acercarse a las narrativas culturales más usuales en la sociedad. La resonancia de la fidelidad narrativa se basa tanto en el contenido de las narrativas universalmente conocidas y manejadas como en las expectativas relacionadas con su formato y lugares de utilización. Pensemos en cómo nos suenan historias paradigmáticas sobre parados que viven como reyes, rumanos que roban cables eléctricos o banqueros que despiden a miles con un dedo displicente, y en cómo a veces estas narrativas anónimas nos impulsan más hacia la acción colectiva que un acontecimiento real o un hecho que nos haya sucedido.

¹¹⁶ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”, *op.cit.*, pág.83-117

Por su capacidad persuasiva y actualidad, volveremos a la relación entre marcos y narrativa en un capítulo posterior.

De este modo, concluimos que tanto en lo que concierne a los sistemas de creencias como a la resonancia fenomenológica, la eficacia de los marcos de la acción colectiva se encuentra vinculada con su habilidad para combinar recursos personales y culturales, descifrando los primeros y reconociendo los segundos. En este último punto reside otra de las variables del éxito de las organizaciones sociales en las operaciones de enmarcamiento: su capacidad para identificar las tendencias culturales y presentir –incluso provocar– su evolución. López Maya, en su estudio sobre las movilizaciones callejeras de varios grupos en Venezuela a comienzos del chavismo, nos proporciona una demostración de cómo los cuatro marcos de acción colectiva identificados se nutren de valores y símbolos compartidos con el objetivo de adquirir resonancia empírica y narrativa. El ejemplo venezolano es todavía más pertinente porque los nuevos actores sociales aprovecharon, como afirma López Maya, “los viejos lugares comunes de la cultura política hegemónica¹¹⁷” para justificar y fortalecer sus acciones en vez de proponer nuevas referencias culturales en el manejo del conflicto político.

Más adelante trataremos al detalle la cuestión de los cambios y las oportunidades culturales. Por ahora, destaquemos que las organizaciones sociales, en su calidad de agentes enmarcadores, necesitan estar atentos al despliegue de símbolos y significados social y culturalmente disponibles y tener en cuenta que, aunque las estructuras culturales no sean inmutables, hay fronteras del lenguaje simbólico común que difícilmente pueden ser sobrepasadas sin consecuencias negativas para la capacidad de atracción del grupo. Como subraya Williams, la resonancia no sólo es una cuestión de articulación entre los movimientos y sus audiencias, sino que debe incluir las conexiones entre los marcos de las organizaciones sociales y las delimitaciones culturales de la cultura legítima¹¹⁸. En este sentido, la resonancia tiene que ser encarada como un concepto a la vez fenomenológico y cultural.

Por último, conviene no perder de vista que es imposible desligar los aspectos de la actividad de los movimientos sociales atrás mencionados –desde luego, la resonancia de marcos, pero también los procesos de alineamiento– de los resultados alcanzados por las organizaciones en lo que respecta a sus reivindicaciones propiamente dichas y a cambios de prácticas y mentalidades en el conjunto de la sociedad. A fin de cuentas, estos resultados son la razón de ser de los movimientos, y simultáneamente constituyen el principal medidor de la influencia y eficacia de los marcos de acción colectiva. Sobre este vínculo, cabe esbozar dos interrogantes: en primer lugar, ¿no será la resonancia, más que una condición *sine qua non* para la movilización, una condición del éxito del movimiento a largo plazo? La misma pregunta podría ser planteada acerca del alineamiento de marcos: ¿acaso una

¹¹⁷ LÓPEZ MAYA, Margarita (ed.), *op.cit.*, pág.159

¹¹⁸ WILLIAMS, Rhys: “The Cultural Contexts of Collective Action: (...)”, *op.cit.*, pág.105

movilización puede ocurrir conteniendo varios marcos no alineados, o producirse sin apelar a la unificación de marcos con potenciales participantes u organizaciones afines? Nos parece que la respuesta es afirmativa en ambos casos: de ser así, tanto la resonancia como el alineamiento serían dos elementos que propician el éxito a largo plazo del movimiento y no tanto de una movilización específica en un determinado momento.

En segundo lugar, cabe alertar sobre un peligro que ha rondado la mayoría de los trabajos sobre la resonancia de marcos y su relación con los resultados obtenidos por los movimientos en cuestión. Ese peligro es el establecimiento de una relación tautológica –y luego antianalítica– entre, por un lado, el alcance y el vigor de la resonancia y, por otro, el éxito del marco de la acción colectiva y de los propósitos del movimiento que lo emplea. Resumiendo, se trata de evitar que “el éxito de un marco (...) sea explicado por la resonancia que encuentra en la 'opinión pública', mientras que esta resonancia es justamente comprobada por la eficacia de un repertorio de marcos o de un vocabularios de motivos.”¹¹⁹

Para eludir esta tentación e identificar con más precisión los vínculos entre resonancia y éxito, uno debe partir del supuesto de que incluso un marco de acción colectiva de amplia resonancia puede fallar en sus operaciones de enmarcamiento y conllevar una desmovilización, o que un movimiento puede ser exitoso a pesar de que adopte un marco de débil resonancia. Las soluciones pasan por una atención redoblada a los contextos (ya que la resonancia puede ser frenada o compensada por circunstancias organizativas o políticas), el estudio de los acercamientos y litigios entre actores sociales (el resquebrajamiento de viejas legitimidades culturales puede modificar lo que es inteligible y aceptable) o la adopción de una perspectiva temporal más alargada (incluso más allá del ciclo de vida de un solo movimiento).

1.2.4 – Marcos maestros

El tercero de los textos fundadores de Snow y Benford acerca de las bases conceptuales del análisis de marcos está dedicado a los marcos maestros. Al final del artículo sobre la resonancia, los autores habían definido los marcos maestros como marcos interpretativos a gran escala, notando que suelen coincidir con los ciclos de protesta. Cuatro años después, los mismos autores volvieron a explorar esta relación, intentando conocer los motivos detrás del carácter cíclico de la actividad de los movimientos sociales. Según ellos, los marcos maestros funcionarían como un código lingüístico o

¹¹⁹ CEFAÏ, Daniel: ““Présentation”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective*, *op.cit.*, pág.16

una gramática que ordena y conecta sintácticamente los acontecimientos del mundo¹²⁰, comparándolos en su función y alcance a los paradigmas científicos. Más que reemplazar a los marcos de acción colectiva de los distintos actores, un marco maestro se sitúa por encima de estos y contribuye a su confluencia. Sin marco maestro, indican Snow y Benford, las condiciones estructurales favorables pueden no ser suficientes para la movilización¹²¹.

La principal función de los marcos maestros, además de proveer el diagnóstico, el pronóstico y la motivación, consiste en articular los marcos de acción colectiva que cohabitan en las distintas organizaciones de la misma oleada de protesta. Un marco maestro proporciona un paraguas en el cual todos los integrantes de un movimiento general de movilizaciones pueden reconocerse, compartiendo atribuciones de culpas y soluciones y justificando ante sus adherentes una acción común con grupos hasta entonces más lejanos. Una buena manera de concretar visualmente la relación entre los marcos de la acción colectiva y los marcos maestros es imaginar un árbol de marcos, donde el marco maestro forma el tronco a partir del cual los otros marcos se prolongan como ramas.

El proceso a través del cual los distintos actores sociales bolivianos fueron aunando esfuerzos, identificando un combate compartido donde antes sólo había una serie de demandas desconectadas, es un buen ejemplo de la relevancia de un marco maestro como base interpretativa de una alianza contestataria. Señalemos que los marcos maestros son tanto más útiles para impulsar una movilización de base amplia cuanto más heterogéneos sean los grupos y los intereses identificados como potenciales participantes¹²².

En un ciclo de protestas, protagonizado por una serie de organizaciones autónomas, los movimientos más precoces suelen funcionar como los creadores de los marcos maestros que, a continuación, son adoptados por los demás movimientos¹²³. No obstante, hay que matizar esta afirmación: en algunos casos, las organizaciones ya establecidas son adelantadas por otras que, a pesar de ser más recientes en su constitución, presentan un discurso más innovador y con más capacidad integradora.

Otras veces, los déficits organizativos pueden ser superados por esfuerzos enmarcadores y convertir un actor novel en líder de un ciclo de movilizaciones. Pensemos, por ejemplo, en el caso de la Central Obrera Boliviana (COB), cuya influencia fue decayendo al tiempo que el marco de acción colectiva de la izquierda clásica se resquebrajaba. Mientras tanto, los antiguos obreros que habían migrado al Trópico de Cochabamba contribuyeron a dar consistencia organizativa a los sindicatos cocaleros recién formados. De estos salió, años después, un nuevo marco que acabó siendo adoptado,

¹²⁰ SNOW, David y BENFORD, Robert: "Marcos maestros y ciclos de protesta", *op.cit.*, pág.127

¹²¹ *Ib.*, pág.134

¹²² Esta afirmación se aplica como un guante al heterogéneo panorama social boliviano en el período bajo estudio. Véase SNOW, David: "Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields", *op.cit.*, pág.390

¹²³ SNOW, David y BENFORD, Robert: "Marcos maestros y ciclos de protesta", *op.cit.*, pág.135

al menos parcialmente, por la COB. He aquí un ejemplo claro de la necesidad de combinar condiciones estructurales –potencial de convocatoria, solidez organizativa, fluidez en la toma de decisiones– con capacidad de enmarcamiento.

Los marcos maestros no sólo inspiran el apareamiento de los marcos particulares, sino que condicionan su desarrollo e influyen en los repertorios de tácticas que los movimientos pueden emplear. Si, como hemos visto, el contexto cultural divide las opiniones y acciones de los actores entre legítimas e inaceptables, también el marco maestro exige de los movimientos un juego de equilibrio entre su posición en el ciclo de protestas y su cohesión interna. Esto significa que la libertad de los marcos particulares depende del grado de elaboración del marco maestro: por ejemplo, el rechazo explícito del recurso a la violencia por parte de un marco maestro –pensemos en el marco de los derechos civiles en Estados Unidos o en la desobediencia civil en la estrategia independentista hindú en los años 40– hace muy difícil a una organización emplear métodos violentos sin ser excluido del cauce contestatario.

Sin embargo, quedan por aclarar dos dudas relativas al vínculo entre marco maestro y ciclo de protesta, ambas relevantes en el contexto boliviano: *primo*, saber si la creación de un marco maestro es una etapa obligatoria en todos los ciclos de movilización a gran escala; *segundo*, averiguar quién nace primero: ¿el ciclo de protesta o el marco maestro? Nos parece que la primera cuestión no tiene una respuesta contundente. A pesar de que la literatura existente no permite sacar conclusiones definitivas, hay motivos para pensar que es posible llevar a cabo una primera fase de revuelta social sobreponiendo diferentes marcos de acción colectiva o recurriendo a un solo marco que, aunque compartido, no alcanza un grado de elaboración y amplitud suficiente como para funcionar como un marco maestro. La etapa siguiente del ciclo –para los que logran llegar hasta ahí– sí parece precisar de un marco al que se supediten los demás: sin un marco maestro, el movimiento general de protesta corre el riesgo de que los diversos grupos que lo componen se queden aislados en su relación con el Estado, cada uno con su marco particular, y que sean más fácilmente neutralizados.

Respecto a este tema, es difícil no señalar el paralelismo con la teoría de Ernesto Laclau sobre el modo de articulación populista de las demandas específicas en un período de agitación social¹²⁴. Antes, recordemos que debemos evitar a toda costa confundir los marcos de la acción colectiva con las demandas a las que se asocian: hay situaciones en las que dos demandas opuestas comparten el mismo marco¹²⁵. Pero la descripción de Laclau acerca del proceso de aglutinación de demandas particulares y de la formación de una cadena de equivalencia entre ellas invita a reflexionar sobre el

¹²⁴ LACLAU, Ernesto, *op.cit.*.

¹²⁵ Pensemos en los grupos antiabortistas estadounidenses, que acabaron por adoptar el marco de los derechos individuales (heredado de la lucha por los derechos civiles) empleado por sus adversarios progresistas a favor de la libertad de abortar. Estos últimos son *prochoice* (a favor de la libertad de elección), mientras que los primeros se convirtieron en *prolife* (a favor de la vida y de los derechos del embrión).

papel que los marcos de acción colectiva –y, entre ellos, los marcos maestros– pueden desempeñar en esa unificación de reivindicaciones. En suma, podemos sugerir que la adopción de un marco maestro compartido contribuye a la conformación de una cadena de equivalencia de las demandas particulares. Volveremos tratar la original contribución de Laclau a la relación entre movimientos sociales y Estado en la siguiente sección, dedicada al lugar de los marcos de referencia en la sociología política.

Con relación a la segunda pregunta, Snow ha propuesto una solución. Según él, los marcos maestros se anticipan y sobreviven a los ciclos de protesta, pero también acaban debilitándose por culpa de cambios culturales (a veces provocados por su propio éxito) y de la competencia de otros marcos rivales¹²⁶. A esta reflexión añadamos la posibilidad de que un marco maestro se quede oculto o hibernando durante un período más o menos largo y que regrese periódicamente, aprovechando por ejemplo una coyuntura estructural más favorable, para apoyar un nuevo ciclo de contestación social.

1.2.5 – Conclusión

Un movimiento social, tanto en su definición anglosajona más amplia –un agregado de organizaciones– como en la definición que aquí adoptamos –una sola entidad destinada a la acción colectiva– es en su esencia un elemento perturbador del orden institucionalizado, con mayor o menor grado de voluntad y capacidad disruptiva¹²⁷. Como formas de expresión colectiva políticamente no convencionales, sus éxitos y retrocesos nos proporcionan indicadores sobre las evoluciones tanto de la sociedad como del Estado.

De tanto en tanto, estas organizaciones, limitadas o estimuladas por los contextos político y cultural y por sus propios recursos organizativos, logran politizar determinados temas y despertar un potencial de movilización latente. A fin de concretar esa movilización, desarrollan marcos de acción colectiva, esto es, construyen esquemas mentales con significados compartidos y negociados destinados a reforzar la cohesión interna del movimiento, a promover una determinada interpretación del problema en cuestión y a motivar acciones para remediarlo. A través de estos atajos interpretativos, como los hemos denominado, además de sugerir a sus adherentes una definición del problema, identifican responsables, proponen soluciones e intentan justificar la movilización.

En las páginas anteriores, tras un repaso de los principales hitos en la evolución conceptual, empírica y metodológica de la teoría de los marcos aplicada a la acción colectiva, enumeramos las funciones básicas de un marco de la acción colectiva y las cualidades requeridas para su eficacia.

¹²⁶ SNOW, David: “Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields”, *op.cit.*, pág.390

¹²⁷ MEYER, David y KRETSCHMER, Kelsy: “Social Movements”, *op.cit.*, pág.541

Recordemos que, a través del alineamiento de marcos, los miembros del movimiento social intentan acercar los marcos de referencia individuales de cada uno de los potenciales participantes a los marcos propuestos por la organización, con el objetivo de crear o reforzar el sentimiento de pertenencia al grupo y de este modo estimular la participación en las movilizaciones colectivas. Asimismo, advertimos que los procesos de alineamiento son traspasables, *mutatis mutandis*, de la sociología de la acción colectiva a la sociología política, puesto que las relaciones de enmarcamiento entre las formaciones políticas y los ciudadanos electores obedecen a esquemas similares a los existentes entre movimientos sociales y activistas.

Enseguida, describimos a través de qué operaciones se ejerce la atribución de significados sobre las situaciones que los movimientos desean politizar y para las cuales buscan activistas. En otras palabras, identificamos tres tareas básicas del enmarcamiento. Todos los marcos de acción colectiva poseerían, así, una primera función de diagnóstico, una segunda de pronóstico y una tercera de motivación. Las dos primeras tareas buscan cristalizar el consenso entre los adherentes y potenciales participantes en las maniobras colectivas. Pero uno puede estar en consonancia con los diagnósticos y las soluciones propuestos por una plataforma social sin que esto lo convenza de la utilidad de una salida conjunta para protestar y reivindicar cambios. Ir contra la inercia y la pasividad es la función de la tarea de motivación, que se apoya en el consenso ya establecido e intenta justificar el paso a la acción.

Lo mismo sucede también en los foros políticos: en muchos casos, un elector comparte ideología y programa con un partido, pero el día de los comicios no sale a votar, por pereza, descuido o noción del ínfimo valor de su papeleta. En estos casos, el discurso de la formación partidaria puede desempeñar un papel indispensable para motivar a su votante potencial, incorporando a su marco de referencia, por ejemplo, el valor cívico del voto o la necesidad de aplastar a un adversario aborrecido o peligroso¹²⁸. Pensemos en la derecha americana de los años 50 en adelante, para la cual el anticomunismo condensaba a la vez un contenido programático y un marco de motivación inigualable. En todo caso, los marcos de acción colectiva o políticos más eficaces son aquellos que logran una integración armónica de estas tres tareas.

En paralelo a las funciones de diagnóstico, pronóstico y motivación, los marcos de acción colectiva necesitan acercarse lo más posible a los sistemas de creencias y a los valores de los individuos que pretenden se unan a su causa. Sin embargo, la centralidad y coherencia deseadas deben compaginarse con un alcance suficientemente amplio. Esto es, un marco no debe ser demasiado extenso en su

¹²⁸ Otro posible argumento para motivar al elector podría ser el de unos resultados esperados muy reñidos. Pero ese argumento deriva de unas circunstancias concretas y no integra un marco político. En eso reside la diferencia entre la tarea de motivación del enmarcamiento, como algo contenido en un sistema integrado de ideas y valores, y un argumento *ad hoc*, igualmente válido pero que no desempeña funciones enmarcadoras.

contenido, ni demasiado reducido en audiencia potencial.

La búsqueda de este equilibrio entre alcance y cohesión nos condujo al concepto de resonancia, que depende de tres factores: la credibilidad empírica, la afinidad con la experiencia de los potenciales adherentes y la fidelidad narrativa. Sin embargo, Polletta y Kai Ho tienen razón al señalar que, en ciertos casos, la credibilidad y la fidelidad de los marcos de acción colectiva no son tanto una condición para la resonancia, sino más bien una consecuencia de esta última¹²⁹.

A veces, la indefinición acerca de las causas del problema, la vaguedad sobre los antagonistas y el sentimiento difuso de la capacidad de intervención no parecen dañar la eficacia de los marcos en cuestión, sino que incluso la aumentan. Asimismo, el valor de elementos como la centralidad, la credibilidad y la fidelidad varía conforme las formas discursivas bajo las cuales se emite el mensaje. Las expectativas de la audiencia y las reglas culturales de una sociedad no se aplican de la misma manera a un discurso marcado por silogismos lógicos que a otro formado por una sucesión de historias parabólicas.

Por otra parte, lo percibido como legítimo e inteligible también cambia según el orador. Así, la condición social restringe lo que los demás quieren y pueden escuchar de la boca de sus interlocutores¹³⁰. En determinados contextos, contra ciertas versiones de los hechos no hay argumentos que valgan, por lo que es preferible introducir la duda en la audiencia a través de relatos ambiguos que estimulen la desconfianza del público hacia esas mismas versiones hegemónicas.

A continuación, dirigimos nuestra atención hacia los marcos maestros, que definimos como marcos de acción colectiva comunes a varias entidades de un movimiento general de contestación y que funcionan como un código lingüístico compartido. Como tal, están íntimamente relacionados con los ciclos de protesta, puesto que la existencia de un marco maestro une un abanico variopinto de organizaciones, multiplicando su poder movilizador, su capacidad disruptiva en la calle y, a la larga, en las instituciones. Por otra parte, evitan la dispersión al restringir las actividades de enmarcamiento de los movimientos sociales que intervienen en el ciclo de protestas¹³¹. El ciclo de protesta cuyo marco maestro logre integrar ambas características de modo armonioso será, por consiguiente, de mayor duración y más abarcador en adhesión.

En lo que se refiere a la cuestión de saber si un marco de referencia se parece más a un esquema mental compartido o a un lenguaje compartido, podemos concluir que se parece a ambos por igual. Los marcos de la acción colectiva tienen existencia mental y discursiva, son a la vez interpretativos y persuasivos; son colectivos e individuales. Debido a este hecho, tanto los marcos de acción colectiva como los procesos de enmarcamiento no son entidades meramente mentales o cognitivas. Tienen

¹²⁹ POLLETA, Francesca y HO, Kai: "Frames and Their Consequences", *op.cit.*, pág.201

¹³⁰ POLLETTA, Francesca: *It was like a fever: storytelling in protest and politics* (...)

¹³¹ SNOW, David: "Analyses de cadres et mouvements sociaux", *op.cit.*, pág.35

existencia en la interacción social dentro de los grupos (bajo forma individual y colectiva) y entre los grupos, lo que permite su observación, estudio y análisis.

Con base en lo anterior, insistimos en que el enmarcamiento es un acto de apropiación cultural: los dirigentes de los movimientos sociales se esfuerzan por vincular las orientaciones cognitivas de los adherentes o simpatizantes con las de la organización a la que pertenecen. Pero, al fin y al cabo, el enmarcamiento siempre está sucediendo, se desee o no, ya que basta que un movimiento o individuo esté implicado en la arena social para intervenir, como actor activo y pasivo, en la constante dramaturgia que sucede en el escenario de la discusión pública¹³².

Retengamos esta última idea, pues la tendremos en cuenta a la hora de proceder al análisis de los marcos del Movimiento al Socialismo: las operaciones de enmarcamiento no son simples acciones estratégicas en un mercado de bienes políticos. Treinta años de afinación de la teoría de los marcos nos ha permitido corregir lo que escribían Snow y sus colegas a mediados de los años ochenta: el enmarcamiento no siempre consiste en un “esfuerzo estratégico consciente”, ni los marcos son simples recursos simbólicos impulsados por los dirigentes de los movimientos sociales. Puesto que los marcos de la acción colectiva se basan en un fondo cultural de principios y valores y tienen lugar en escenarios públicos, el análisis debe partir de lo microdiscursivo –el discurso interno del movimiento y entre sus miembros– pero extenderse al nivel más amplio de la comunicación pública, englobando los códigos culturales en vigor en la sociedad y la posición relativa de cada uno de los protagonistas sociales.

Antes de reflexionar sobre la forma en que estas evoluciones teóricas se aplican al campo de la sociología política, cabe hacer una última reflexión sobre la diversidad de perspectivas en la teoría de los marcos. De modo general, observamos una transformación desde un acercamiento inicial de corte instrumentalista y utilitarista, influenciada por la teoría de la movilización de recursos, hacia un enfoque de cariz interactivista dividido en dos tipos de posturas: una más marcada por el estructuralismo, en los moldes de la teoría del proceso político, y otra más reciente caracterizada por la importancia de los elementos culturales, influenciada por los estudios culturales norteamericanos.

Importa saber cómo posicionamos al presente estudio dentro de este vasto panorama. Como constataba Polletta, la afirmación paralela de concepciones sociológicas dicotómicas – sobre todo la rivalidad entre cultura y estructura– ha constituido un freno al desarrollo de nuevos principios teóricos y empíricos en el campo de los movimientos sociales. En su opinión, serían preferibles estudios que buscaran teorías y modelos de investigación más abarcadores, que integran de forma equilibrada

¹³² Esta perspectiva teatralizada de la arena social es propuesta por CEFAÏ, Daniel: “Les cadres de l'action collective: définitions et problèmes”, *op.cit.*, pág.61

cultura y estructura, orientaciones culturales y decisiones estratégicas, afectos y organización¹³³. En pocas palabras, aseguraba que “los enfoques estructural e interpretativo pueden ser complementarios y no contradictorios”¹³⁴ en la meta común de explicar la eclosión, el desarrollo y los resultados de la acción colectiva.

En este sentido, intentaremos integrar ambas perspectivas en el transcurso de nuestra investigación. Como ha sido señalado, la tendencia inicial en el análisis de marcos de empeñarse en catalogar todo y cualquier tipo de marco de referencia conllevó un exceso de denominaciones que aíslan cada caso en su casilla y frenan las necesarias visiones comparativas. Consideramos que este tipo de tratamiento de los marcos de acción colectiva tiene poca aplicación científica si no está asociado a una descripción de sus procesos de formación y de sus consecuencias, teniendo en cuenta la evolución de las dinámicas internas del movimiento en causa, las posiciones de los demás protagonistas sociales y la influencia de los contextos sociopolítico y cultural. Como hemos afirmado, es indudable que, en el conflictivo terreno de la acción colectiva, todo sentido fluye en constante modificación¹³⁵.

Pero no por eso debemos insistir en una visión heraclitiana de la teoría de los marcos. Creemos que hay que dar un paso atrás en las comprensibles ambiciones omniscientes del investigador y limitar las incursiones interactivistas dentro de la frontera de lo metodológicamente razonable. Una perspectiva holística de la arena pública ahogaría al investigador en una infinidad de datos de relevancia muy variable. De tanto empujar los límites de lo relevante nos arriesgamos a caer en la arbitrariedad y en la opacidad analítica. Confiemos en el académico a la hora de restringir su objeto y determinar el alcance y la pertinencia del corpus empírico, que para eso está.

Pasemos ahora de la conceptualización de los marcos de la acción colectiva al análisis de los marcos en el ámbito de la sociología política. Del mismo modo que los cambios de marco de la acción colectiva impulsan nuevas estrategias y formatos de movilización, también los cambios de marco político amplían el campo de lo políticamente imaginable, potenciando alternativas innovadoras con contenidos hasta entonces excluidos de la discusión política y social.

1.3 – El análisis de marcos en la sociología política: planteamientos, desafíos y límites

¹³³ POLLETTA, Francesca: “Culture and Its Descontents: Recent Theorizing on the Cultural Dimensions of Protest”, *Sociological Inquiry*, vol.67, nº4, noviembre 1997, pp.431-450

¹³⁴ BENFORD, Robert: “‘You Could Be the Hundredth Monkey’: (...)”, *op.cit.*, pág.209

¹³⁵ BENFORD, Robert y HUNT, Scott: “Cadragas en conflit (...)”, *op.cit.*, pág.165

1.3.1 – “El cambio de marco es cambio social”: los marcos en la sociología política

Lawrence Neuman define a la sociología política como “el estudio del poder y de la intersección entre sociedad y política”¹³⁶. Mientras los politólogos se fijan en el escenario del juego político y de sus instituciones, los sociólogos políticos se dedican a estudiar los bastidores de ese escenario, donde las decisiones van más allá de las instituciones políticas. Para la sociología política, los espacios de decisión son múltiples y ahí tienen lugar las relaciones de poder.

Sin embargo, en las últimas décadas el llamado “giro cultural” en las ciencias sociales –que hemos mencionado en las páginas anteriores– originó nuevas orientaciones en la sociología política. En la secuencia de los trabajos de Foucault, entre otros, el poder dejó de ser interpretado como algo que se detenta y pasó a ser visto como algo que se produce y se ejerce. Bajo esa lógica, el poder no emana ni es posesión del Estado, sino que es el resultado del conjunto de tensiones de toda la vida social: todo es potencialmente político. Por lo tanto, la sociología política debía ampliar su mirada, antes consagrada en exclusivo a las relaciones entre Estado y sociedad, y partir del principio de que el poder es producido de forma continua en los detalles de las prácticas sociales¹³⁷.

A su vez, la cultura también ha acompañado a ese movimiento de dispersión de la fuente del poder y se ha establecido como un escenario más de la política. Uno de los síntomas de ese movimiento ha sido la creciente politización de las identidades y de su capacidad de contestación con relación a los poderes instituidos, reemplazando en parte las ideologías como eje central de la subversión política. Las “guerras culturales”, que tanta tinta siguen haciendo correr en el mundo anglosajón, se inscriben en esa tendencia de reinención del objeto de la sociología política.

En la búsqueda de una sociología política de nuevo cuño la teoría de los marcos puede desempeñar un papel relevante, dada su capacidad de integrar elementos estructurales y culturales, combinando instituciones e identidades, ideas y afectos, formatos organizacionales y narrativos. En términos concretos, en el caso boliviano, el análisis de marcos puede ayudarnos a entender de qué forma el Estado fue perdiendo el monopolio del poder, no tanto en una perspectiva weberiana (aunque también, por las deficiencias seculares de la presencia estatal en el territorio) ni de capacidad de gestión y distribución de recursos: al final, lo que estaba en causa era la propia legitimidad del Estado para administrar esos recursos.

Al hablar de pérdida de legitimidad, nos referimos a pérdida de poder simbólico y a derrota cultural. Estamos convencidos de que en el ascenso de determinados marcos políticos podremos

¹³⁶ NEUMAN, Lawrence: “Political Sociology”, en BRYANT, Clifton y PECK, Dennis (eds.), *21st Century Sociology: A Reference Handbook*, Thousand Oaks, SAGE Publications, 2007, pág.305

¹³⁷ NASH, Kate: “The 'Cultural Turn' in Social Theory: Towards a Theory of Cultural Politics”, *Sociology*, vol.35, n°1, 2001, pp.89-90

encontrar una de las causas preponderantes del naufragio –cultural y, a la postre, institucional y político– del Estado boliviano a comienzos del siglo XXI. Y, por supuesto, de que esos marcos contribuyen a explicar por qué los ganadores de esa crisis estatal fueron los que fueron y no otros, cómo se convirtieron en protagonistas y de qué forma la multiplicación de reivindicaciones *ante* el Estado evolucionó rápidamente hacia una coalición de demandas *contra* el modelo convencional de Estado.

Pero siempre teniendo en consideración que incluso las batallas culturales cuyo último fin es el cambio político e institucional no se traban (y no se estudian) en el ámbito exclusivo de las tensiones entre Estado y actores sociales. Más allá del tira y afloja entre presión callejera y represión o concesión gubernamental, concordamos con Nash cuando afirma que “colocar el aspecto cultural de la política en el centro de la sociología política implica definir como primordiales los desafíos a las relaciones de poder *donde sea que ocurran*, mientras que los desafíos a las relaciones de poder respaldadas o instituidas por el Estado no son más que un subtipo de esa categoría más amplia que es la política.”¹³⁸

Proporcionemos un ejemplo sacado de nuestro corpus documental, al cual volveremos con más detenimiento en el capítulo correspondiente. Se trata de una serie de episodios relacionados con las celebraciones anuales del 4 de julio en la embajada estadounidense en La Paz. A través de declaraciones no raras veces jocosas, Evo Morales y los suyos fueron apuntando el servilismo de casi todos los políticos del país a fin de subrayar la autoridad de que gozaba Estados Unidos sobre las decisiones del gobierno boliviano. En este caso, el Ejecutivo no fue afrontado de modo directo, sino que el MAS señalaba actitudes y comportamientos del gobierno y de los líderes partidarios en general que luego iban siendo integrados, poco a poco, en un marco político acerca de la ausencia de soberanía nacional y la influencia de potencias extranjeras. Más que en poner en evidencia la incompetencia de los dirigentes, la intención consistía en minar la legitimidad no sólo del gobierno sino del aparato estatal como un todo, de un régimen histórico. Consideramos que este y otros procesos de enmarcamiento, que detallaremos más adelante, han sido preponderantes a la hora de reforzar las identidades políticas, subrayar la necesidad de una alternativa y movilizar al ciudadano elector.

Aprovechemos el ejemplo de las sucesivas fiestas en la embajada norteamericana para destacar que el desarrollo de un marco político se realiza a mediano y a largo plazo, a través de una sucesión cronológica y temática de acciones y declaraciones. Esto significa que la ironía de Evo Morales comentando dichas celebraciones en 2002 sólo adquiere relevancia en el contexto más vasto de sus tomas de posición en otros escenarios y sobre otros asuntos relacionados, a las cuales podríamos añadir las reacciones de sus aliados y adversarios políticos. En el capítulo metodológico explicaremos

¹³⁸ *Ib.*, pág.85

cómo pretendemos alcanzar este objetivo.

Ahora cabe hablar sobre otro factor que nos permite destacar la pertinencia del análisis de marcos en el campo de la sociología política. Como indicamos hace poco, la política es la disputa por las relaciones de poder en las múltiples dimensiones de una sociedad (jurídica, institucional, económica, cultural, científica, etc.). Por lo tanto, las variaciones en esas relaciones de poder provocan cambios sociales y ocasionan situaciones en las que el poder de decisión cambia de manos y se encuentra ora más difuso ora más concentrado.

Al mismo tiempo, los marcos de referencia, en su vertiente política y de acción colectiva, impulsan interpretaciones novedosas de circunstancias anteriormente despolitizadas y buscan persuadir la mayoría de las fuerzas sociales de los beneficios colectivos de una reforma. De aquí se infiere que las modificaciones en los marcos predominantes de una sociedad estimulan y anuncian futuras transformaciones sociales. En el ámbito de la sociología política, la observación de los marcos proporciona un instrumento adecuado para medir la complejidad de los juegos de poder y sus consecuencias, en la vertiente institucional (en particular a través de los cambios en los regímenes estatales) pero no sólo. Por lo tanto, constituye una opción válida para introducir coordenadas sociológicas en el análisis político o viceversa. Este será nuestro reto a lo largo del presente estudio.

Aprovechemos la mención del nexo entre alteraciones de marcos políticos y cambio social para recordar la importancia de una de las obras que más ha contribuido a dar visibilidad a la teoría de los marcos en el área de la ciencia política. Hablamos del libro de Georges Lakoff *No pienses en un elefante*¹³⁹, donde condensó una serie de trabajos anteriores. Pese a su enfoque cercano a la lingüística cognitiva, la reflexión de Lakoff alerta sobre la necesidad de prestar más atención a la relación entre persuasión política y marcos de referencia. Según el investigador norteamericano, lograr imponer los términos de una discusión es el primer paso para la victoria política: la hegemonía discursiva empieza en la forma para terminar en el fondo, y la conquista de la razón del elector pasa por el control de sus emociones. Lakoff defiende que, para ambas tareas, los marcos políticos constituyen una herramienta imprescindible, moldeando raciocinios y transmitiendo valores.

En su obra, trata de identificar las principales características y las razones del éxito del marco maestro de los conservadores norteamericanos con el objetivo de contrarrestarlo. Aparentemente incoherentes, las posiciones de la derecha estadounidense sobre diversos temas de la agenda política obedecían en realidad a un sistema común de ideas y valores morales que conformaban una visión interpretativa coherente del mundo. Según Lakoff, la respuesta de los progresistas, tras mucho tiempo en una postura defensiva e incómodos en un terreno hostil, debía pasar por enmarcar los distintos temas en su propio sistema ideológico y moral. En su opinión, imponer sus propios marcos puede ser

¹³⁹ LAKOFF, George: *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, Madrid, Editorial Complutense, 2007

más útil que intentar desmitificar los del adversario. Pese a sus virtudes, este ensayo peca por su enfoque demasiado cercano al marketing sociopolítico y su omisión de otros factores relevantes para el éxito de una estrategia de enmarcamiento, como la existencia de una base organizativa sólida y extendida, así como el reconocimiento de desigualdades en el acceso a la opinión pública¹⁴⁰.

En el ámbito boliviano, los sociólogos Luis Tapia y Álvaro García Linera también han reflexionado sobre la necesidad de una nueva cosmovisión que pusiera en tela de juicio el orden neoliberal y sus valores, un proyecto al que llaman un nuevo sentido común¹⁴¹. Aunque no empleen la terminología del análisis de marcos, relacionándose más con los conceptos de hegemonía y dominación desarrollados por Gramsci y el neomarxismo, su objeto de estudio tiene coincidencias: para ambos sociólogos, se trata en efecto de examinar el aparato cultural de la dominación, concretado en un sentido común consensual, y desenmascarar a la cultura como lugar de afirmación del Estado y de las contingencias de su desarrollo¹⁴². La cercanía es notoria: la teoría de los marcos constituye un método paralelo, pero basado en los datos empíricos emitidos por los actores políticos y sociales, para observar los cambios en las creencias y expectativas culturales de una sociedad y medir la evolución en las tendencias políticas que de ahí pueden resultar.

Hemos procurado, en el apartado anterior y en este, mostrar las similitudes entre el estudio de los marcos en el campo de la sociología de la acción colectiva y en el dominio político. Pero hay algunas diferencias que conviene destacar, para que podamos aplicar estos conceptos a los marcos del discurso político. La primera –y quizá la más decisiva– se relaciona con las dos caras de los marcos de la acción colectiva. En resumen, y como vimos antes, la formación y expansión de un marco en el seno de una organización social obedece a dos tendencias no siempre convergentes: por un lado, se trata de una operación interpretativa, interna al movimiento y a cada uno de sus miembros, que busca unir las bases y garantizar la solidez organizativa; por otro, responde a una necesidad de convencer, a través de lo que es comunicado hacia el exterior y lanzado a la arena pública con fines de reclutamiento y persuasión. La primera vertiente tiene lugar en las discusiones internas del grupo, sean conversaciones casuales o congresos oficiales. La segunda se constata, antes que nada, en el discurso público.

En el caso de los marcos políticos, su origen y función actúan de manera algo distinta. Si bien pueden desempeñar un papel en la cohesión interna del partido o movimiento político del que proceden, por lo general están destinados a la opinión pública, al conjunto de la ciudadanía y a los

¹⁴⁰ GAMSON, William y RYAN, Charlotte: “Thinking About Elephants. Toward a Dialogue with George Lakoff”, *The Public Eye*, Vol.19, n°2, 2005, pp.1 y 13-16

¹⁴¹ García Linera, en un discurso reciente, asegura que “[e]n el fondo, la lucha política es una lucha por el sentido común, por el conjunto de juicios y pre-juicios, por la forma como la gente (...) ordena el mundo. Ese es el sentido común. La concepción del mundo básica con la que ordenamos la vida cotidiana.”, intervención ante el IV Congreso del Partido de la Izquierda Europea, Madrid, diciembre de 2013.

¹⁴² TAPIA, Luis: “La reforma del sentido común en la dominación neoliberal (...)”, *op.cit.*, pp.101-113

futuros electores. Del mismo modo, su procedencia no nace tanto de los debates endógenos de cada organización partidaria sino que la voluntad de los dirigentes y portavoces adquiere una importancia mucho mayor. Su carácter se vuelve así más persuasivo que organizacional.

El cariz híbrido del Movimiento al Socialismo lo coloca en una posición intermedia, en el contexto de la presente investigación. Uno de sus objetivos más relevantes será percibir hasta qué punto el progreso del partido de los cocaleros en el tablero político partidario fue acompañado por un cambio significativo no sólo en el contenido de los marcos sino en su procedencia, sus principales destinatarios y sus funciones.

A modo de ejemplo, imaginemos un alto cargo del MAS dirigiéndose a los miembros de una subcentral sindical en el Chapare, tras un episodio de represión a manos de las fuerzas militares de erradicación de coca, en 2000. Ahora visualicemos al mismo dirigente cuatro años después, teniendo que pronunciarse sobre ese mismo tipo de suceso delante de los mismos campesinos, pero con los micrófonos de la prensa nacional delante, una fornida bancada de diputados en el Parlamento y una audiencia potencial de millones de personas a pocos meses de unas elecciones municipales. Es de suponer que cambiará el contenido del marco bajo el cual enfocará el episodio de violencia, por ejemplo, de uno centrado en la resistencia a otro basado en la soberanía nacional ante intromisiones foráneas.

Pero es probable también que ese cambio de contenido haya sido contemporáneo de otras transformaciones: en los primeros pasos de la participación política, la coincidencia entre el marco de las bases sindicales y los cargos dirigentes era completa, y buscaba la movilización de esas mismas bases en el combate directo y casi cotidiano contra las fuerzas de erradicación. En 2004, podemos conjeturar que la formulación de ese marco ya no seguía la misma inspiración campesina y tampoco intentaba motivar su acción conjunta e inmediata. Para el dirigente partidario, los productores de coca que tenía delante constituían su audiencia presencial, pero el marco no era *ni de ellos, ni para ellos*. El enmarcamiento del episodio de violencia obedecía ahora a un contexto nacional, verbalizado por un grupo en la cúpula del partido que buscaba ganar la lucha ideológica con fines eminentemente electorales.

En lo que atañe a la relación entre marcos de acción colectiva y marcos políticos, podemos concluir que sus diferencias no son esenciales, sino circunstanciales. El propio ejemplo del MAS y el episodio que acabamos de evocar parecen indicar que el límite entre ambos tipos de marcos es fluido y reversible. Con esto queremos decir que el mismo marco puede tener a la vez efectos en términos político-electorales y de movilización social, sobre todo en casos en que el actor del enmarcamiento esté posicionado en un lugar ambiguo en el ajedrez sociopolítico. Creemos que puede resultar complicado querer por fuerza adscribir todo y cualquier marco al campo exclusivo de la acción colectiva o a la pura esfera partidario-electoral. Todo depende de varios factores: la identidad del

emisor, sus intenciones, la imagen que la audiencia tiene de él, el grado de institucionalización del conflicto político y la cobertura mediática, entre otros.

En última instancia, creemos que la cuestión fundamental reside en que ambos tipos de organización, sea un movimiento social sea un partido político, buscan condicionar la definición de los problemas sociales a través de una propuesta interpretativa pregonada públicamente. Si admitimos que la disputa por el significado ya equivale a una disputa por el poder, el enmarcamiento se vuelve, en ambos casos, una lucha de contenido político. La diferencia se encuentra en el método: unos apuestan por la vía de la movilización directa y de un compromiso más activo por parte de la audiencia, la fuerza de las masas en la calle, la toma de conciencia a través de episodios de movilización, la presión sobre las autoridades responsables. Otros, por su parte, despliegan sus marcos políticos con el fin de convertirse en una voz influyente, llegar hasta las casas de los ciudadanos más que convencerlos a salir a la plaza pública, para conquistar de esta forma el voto de una mayoría, tratando ya no de intervenir ante las autoridades, sino de convertirse en ellas. En los dos casos, sin embargo, los intentos de enmarcamiento influyen en la relación de fuerzas sociopolítica.

Por fin, otra diferencia clara consiste en el papel más pronunciado que la ideología parece desempeñar en los marcos políticos con respecto a los marcos de acción colectiva. Pero antes de abordar esta disparidad, consideramos necesario esclarecer un tema controvertido y que puede prestarse a cierta confusión: la relación entre marcos de referencia e ideologías.

1.3.2 – Marcos de referencia e ideologías: procesos y contenidos

Hace unos años, estalló una polémica académica sobre la distinción entre marcos de referencia e ideologías y los términos de esta diferenciación. Los participantes en la controversia lograron alcanzar una plataforma de acuerdo, de la cual resaltaban algunos puntos comunes. En primer lugar, se determinó que ambas definiciones no deben superponerse, so pena de vaciar de valor conceptual al análisis de marcos. El investigador necesita ambos conceptos y entender la relación entre ellos. Como afirman Oliver y Johnston, “los conceptos de los marcos son tanto más potentes cuanto más diferenciados estén de la ideología”¹⁴³.

En los apartados anteriores, hemos dado varias definiciones complementarias de los marcos de referencia, por lo que no hace falta volver a enumerarlas. Respecto a la ideología, conviene subrayar sus principales atributos, para que no queden dudas sobre el carácter autónomo de cada una de las nociones. En pocas palabras, podríamos definir las ideologías como sistemas de ideas y creencias

¹⁴³ OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: “What a Good Idea: (...)”, *op.cit.*, pág.39

conectadas y ordenadas entre sí. Asimismo, se aprenden por educación y sociabilización. Al atribuir significados intelectualmente duraderos y casi incontrovertibles a determinados conceptos clave en la interpretación política del mundo, son mucho menos propensas al cambio que los marcos, y resisten mejor que estos las embestidas de hechos contradictorios. Freedén, en un libro de síntesis, describe una ideología como “un ordenamiento estructural de amplio alcance que atribuye significados incontestados a una gama de conceptos políticos con definiciones interdependientes”¹⁴⁴.

En lo que nos concierne, nos parecen especialmente relevantes las referencias al carácter indiscutible de los significados y a la interrelación entre los conceptos, aunque por motivos distintos. Como entidad de tipo estructural, la ideología implica una influencia mutua de los conceptos que la habitan, sean ideas, valores o creencias. Así, en el marxismo-leninismo, las nociones de conciencia de clase, capital y dictadura del proletariado –aunque no directamente relacionadas en la teoría marxista– se articulan de manera inextricable, y las nuevas interpretaciones sobre uno de los tres conceptos acarrearán un alboroto hermenéutico que afecta a los demás.

Esto nos conduce a cuestionar la supuesta invariabilidad de los significados en el seno de una ideología, el primer término de la definición de Freedén. Más bien convendría afirmar que los significados se fijan temporalmente y mantienen sus distancias recíprocas, y aunque sean menos transitorias que los marcos las ideologías siguen estando sujetas a cambios: la caída en desgracia de una determinada ideología puede empezar por el desprestigio de uno de sus conceptos clave, por la recuperación de un valor fundamental por ideologías rivales o por la contradicción entre una de sus creencias centrales y unos hechos desafortunadamente tozudos.

Aún relacionado con la cuestión de las modificaciones ideológicas, otro punto destacado consiste en el tráfico ininterrumpido entre las ideologías y los elementos culturales en los movimientos sociales y partidos políticos, incluyendo por supuesto sus marcos de referencia. No cabe duda de que las características de un sistema de valores y creencias influyen en la producción de significados realizada por los actores colectivos. Snow y Benford, en su respuesta a las críticas de Oliver y Johnston, sostienen que la ideología constituye un recurso cultural para la actividad de enmarcamiento. Por este motivo, los marcos de referencia se encuentran enraizados en ideologías existentes, aunque ni coinciden ni son determinadas por estas¹⁴⁵.

En pocas palabras: la ideología restringe, de modo sustancial aunque no determinante, las tareas de enmarcamiento de movimientos sociales y políticos. Añadiríamos, empleando una fórmula acaso simplista pero clara, que los marcos se encuentran en un punto intermedio entre la ideología, bóveda

¹⁴⁴ FREEDEN, Michael: *Ideology: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2003, pág.54

¹⁴⁵ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Clarifying the Relationship between Framing and Ideology”, *Mobilization*, vol.5, nº1, 2000, pág.58. Véase también SNOW, David y BYRD, Scott: “Ideology, Framing Processes, and Islamic Terrorism Movements”, *Mobilization*, vol.12, nº1, 2007, pág.130

de las convicciones, y el argumento, defensa racional de una proposición. Los marcos se basan en las ideologías y orientan la argumentación, con la reserva de que la relación entre los tres niveles no siempre es lineal.

Por otra parte, hay momentos en que los poseedores de una ideología, al ser confrontados por acontecimientos que contradicen su sistema de pensamiento, buscan esquivar esa anomalía reenmarcando la experiencia empírica perjudicial para la cohesión de sus creencias. El enmarcamiento funciona, en esos momentos, como un agente reparador de ideologías quebrantadas¹⁴⁶. Hasta cuándo puede cumplir esa función es un problema distinto: llega un momento en el que la desadecuación entre la ideología y los hechos es tan evidente que la manta del enmarcamiento se queda corta y la ideología va siendo lentamente desacreditada.

Para terminar, retomemos la interrogación con que cerramos el apartado anterior: ¿es la relevancia de las ideologías para el enmarcamiento idéntica en el terreno de la movilización social y en el dominio de la política más institucionalizada?

Para la caracterización de un movimiento social y de su estrategia de movilizaciones, la ideología ha asumido una dimensión cardinal. Zald, por ejemplo, presenta los movimientos sociales como “acción ideológicamente estructurada”¹⁴⁷. Sin embargo, algunos autores han alertado sobre el peligro de sobrevalorar la importancia de la ideología en la actividad de los actores colectivos. En muchos casos, hasta en los movimientos sociales de tipo más político –incluyendo el MAS o el movimiento campesino boliviano– necesitamos recurrir a otras dimensiones para explicar las condiciones que conducen a la acción colectiva.

Por ejemplo, hay que tener en consideración que incluso en el más fanático de los grupos la interpretación de las circunstancias sobre el terreno a través de los preceptos ideológicos está sujeta a una producción social compartida de los miembros del colectivo. Esa interpretación común suele ser el resultado de factores no directamente ideológicos, relacionados con el posicionamiento del colectivo en el escenario sociopolítico y los contextos políticos, culturales y discursivos, temas que abordaremos a continuación. En pocas palabras, no siempre la misma base ideológica conduce a los mismos patrones de movilización. En esos casos, los procesos de enmarcamiento adquieren un papel explicativo. En el panorama boliviano, podemos incluso servirnos de ellos para interrogarnos sobre el por qué de la diversidad de respuestas discursivas y de tipos de movilización entre grupos que compartían una ideología similar.

Por este motivo, estamos de acuerdo con Snow y Byrd y su afirmación de que la ideología no es el mejor medio para entender la decisión de actuar, aun en movimientos caracterizados por una

¹⁴⁶ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Clarifying the Relationship between Framing and Ideology”, *op.cit.*, pág.59

¹⁴⁷ ZALD, Mayer: “Ideologically Structured Action: An Enlarged Agenda For Social Movement Research”, *Mobilization*, vol.5, nº1 (2000), pp.1-16

estricta pauta ideológica, como son los grupos terroristas islámicos internacionales (el tema de su artículo). Como señalan los autores, esto pasa “no porque la ideología sea irrelevante, sino porque raramente queda claro cuáles son los aspectos u orientaciones de una ideología que, aplicados al flujo de acontecimientos y a los distintos tipos de actores, (...) permitirían explicar las condiciones de la movilización”¹⁴⁸. Los factores ideológicos – procedan de la religión o de la ideología específica del grupo– no son los únicos en juego cuando alguien decide convertirse en hombre bomba. Esto también es válido para aquellos coccaleros que salían a bloquear las rutas del Chapare o para el votante urbano que eligió el MAS en 2005.

En definitiva, cada individuo activa los valores y las creencias de su ideología personal de modo selectivo, frente a situaciones concretas. La misión de los procesos de enmarcamiento promovidos por el movimiento o partido pasa por conectar las orientaciones ideológicas de sus adherentes o espectadores con diversos factores contextuales y culturales. Así, un enmarcamiento exitoso será aquel que logre articular una combinación de elementos ideológicos, culturales y circunstanciales capaz de motivar a cada individuo hacia la acción colectiva, entendida aquí en un sentido amplio como movilización política y/o social.

Recapitemos a modo de conclusión: afirmamos que los marcos derivan en buena medida del sustrato cultural de las ideologías. Pero, al mismo tiempo, también integran elementos circunstanciales que se subordinan a la eficacia de las orientaciones estratégicas de cada grupo. Una ideología más intransigente protege la unión interna del movimiento; una ideología más flexible favorece la satisfacción de las demandas, gracias a la adopción de marcos más adaptados al contexto. En los marcos coexisten, por lo tanto, componentes estratégicos e ideológicos.

Marcos e ideologías resultan así ser elementos entrelazados y que generalmente siguen la misma ruta. Con todo, hay ocasiones en que dos ideologías distintas e incluso contradictorias pueden recurrir al mismo marco, con frecuencia debido a la popularidad de este¹⁴⁹. Subrayamos en fin que *strictu sensu* no hay marcos de acción colectiva y marcos políticos, sino que todo marco promovido por un actor social tiene consecuencias en ambos campos.

En cuanto a la hipótesis sobre el rol más acentuado de las ideologías en los marcos políticos en comparación con los marcos de la acción colectiva, podemos responder con un sí cauteloso. Dificilmente una entidad con ambiciones políticas puede integrar el debate público sin reclamarse de

¹⁴⁸ SNOW, David y BYRD, Scott: “Ideology, Framing Processes, and Islamic Terrorism Movements”, *op.cit.*, pág.132

¹⁴⁹ Un ejemplo muy claro proviene de una octavilla de campaña del candidato del Frente Nacional francés a la alcaldía de París, Wallerand de Saint Just, en las elecciones municipales de marzo de 2014. Por debajo del título “Los roms [gitanos] en París ¡No, gracias!” y de frases como “Los parisinos sufren, (...) debido a la inseguridad provocada por los roms”, el volante afirmaba: “Oponiéndose totalmente a esta discriminación sobre los parisinos que pagan su vivienda y las escuelas de sus hijos, Wallerand de Saint Just y el Frente Nacional exigen (...)”. La lucha contra la discriminación, estandarte de la izquierda y actualmente valor consensual de las sociedades occidentales, sirve aquí para defender propuestas discriminatorias.

una u otra corriente ideológica, mientras que hay casos conocidos de movimientos sociales que emplean marcos de acción colectiva complejos pero que no necesitan una posición ideológica clara –pensemos en las organizaciones contra los accidentes viales– o que, aunque la tengan, no la asumen de un modo inequívoco, como los movimientos NIMBY.

Podríamos afirmar, a manera de conclusión, que lo que existe es una correlación más o menos constante entre el nivel del compromiso político de una entidad y la solidez de su aparato ideológico, y que ese aparato tiende a influir con mayor vigor en las operaciones de enmarcamiento. Al fin y al cabo, luchen por una modificación del *statu quo* social o por su preservación, los partidos y movimientos políticos necesitan una tesis global sobre el funcionamiento de la sociedad, mientras que los movimientos sociales pueden renunciar a un entendimiento de fondo más allá del problema a que dedican sus esfuerzos.

Por ese motivo, podemos suponer que conforme un movimiento va adoptando propuestas más estructurales y se va desplazando hacia el espacio de la política institucional, el papel de los factores ideológicos en los procesos de enmarcamiento irá consolidándose. Al mismo tiempo, esta misma ideología será probablemente más vulnerable a adaptaciones provocadas por las necesidades estratégicas de los marcos de acción colectiva.

1.3.3 – Identificación y funciones de los marcos políticos

En este apartado, intentaremos proporcionar pistas que nos permitan reconocer e identificar los marcos de referencia, para después enumerar sus principales funciones. En los apartados anteriores, hemos llegado a la conclusión de que no podemos erigir de manera tajante dos categorías de marcos –por un lado, los marcos de acción colectiva; por otro, los marcos políticos–, puesto que la frontera entre ambos suele ser borrosa y movediza. La génesis y la evolución del propio MAS nos llevaría a suponer que en sus orígenes la vertiente social llevaba ventaja y que, con el pasar de los años, la pendiente se ha encaminado hacia propósitos políticos. Estaremos atentos para verificar si el material recolectado confirma o desmiente esta teoría. De todas formas, de ahora en adelante nuestras menciones de uno u otro tipo de marcos no implicará afirmar una naturaleza diversa entre ellos, sino que se referirá a matices e inclinaciones. En los demás casos, emplearemos la denominación más neutra de marcos de referencia.

Ahora cabe abordar una confusión más prosaica pero que merece ser abordada. Se trata de evitar equívocos entre el concepto de marco de referencia y otros términos cercanos, como temas, enfoques o puntos de vista, más comunes en el lenguaje cotidiano y utilizados con frecuencia por los propios actores sociopolíticos. D'Angelo, en su propuesta metodológica para el estudio del enmarcamiento

informativo, establece una distinción ontológica entre los temas y los marcos de las noticias que se puede extender a las demás formas de enmarcamiento. Este autor señala que el contenido del marco combina elementos textuales –bajo la forma de palabras o imágenes– y contextuales –la integración del tema de una noticia específica en unas circunstancias sociales más amplias– que van mucho más allá de la simple elección temática¹⁵⁰. Si bien la elección de los temas importa, tanto o más revelador es el modo en que el tema es enmarcado.

Algo más sutil es la distancia entre marcos y puntos de vista, que también podríamos llamar perspectivas o enfoques. Someramente, un punto de vista parecería ser una forma más asequible y menos académica de referirnos a un marco de referencia. Al fin y al cabo, estamos acostumbrados a que un tema pueda ser abordado bajo varias perspectivas, tal y como sucede con los marcos. Sin embargo, la diferencia fundamental reside en que el enmarcamiento exige un trabajo de significación conceptual por parte de quien lo emplea y ambiciona trasladar esa estructura cognitiva al público. La distancia entre ambos términos es la que va de la simple opinión a una comprensión compleja y con diferentes niveles de puesta en relación de conceptos (lo que no implica, por supuesto, que sea verdadera: basta con que sea congruente y plausible). Como recuerda Chihu Amparán,

“Desde la perspectiva del análisis de marcos, *el lenguaje no es un instrumento para describir la realidad, sino un instrumento para definirla*. (...) mediante la descripción se puede esperar que el juicio último sobre la realidad pueda zanjar la cuestión de qué descripción es más precisa sobre la realidad; pero *en la definición se ponen en juego los criterios mismos que señalan qué definición de la realidad es la más acertada*.”¹⁵¹

Por otra parte, a diferencia de los puntos de vista, a menudo basados en casos más concretos y cercanos, el objetivo de los marcos de referencia consiste en establecer un equilibrio entre lo abstracto y lo concreto, entre lo estructural y lo circunstancial, que justifique los sistemas semánticos adosados a cada marco e impulse la adopción colectiva de significados. Una organización social o política que logre establecer una consonancia entre sus marcos y los marcos de la audiencia podrá contar con un apoyo y un compromiso mucho más firme y duradero que al compartir de manera esporádica un punto de vista sobre un tema específico.

Proporcionemos un ejemplo relacionado con nuestro objeto de estudio y basado en un análisis preliminar del material empírico. A comienzos de siglo, los sindicatos de cocaleros del Chapare y su formación política, el MAS, planteaban que la cuestión de la erradicación era mayormente un problema económico que no podía ser resuelto por la vía de la represión. Este punto de vista acabó

¹⁵⁰ D'ANGELO, Paul: “News Framing as a Multiparadigmatic Research Program: A Response to Entman”, *Journal of Communication*, vol.52, n°4, 2002, pág.873

¹⁵¹ CHIHU AMPARÁN, Aquiles: “El *framing* audiovisual del *spot* político”, *Cultura y representaciones sociales*, año 5, n°9, 2010, pág.195, cursiva nuestra

siendo adoptado, al menos en algunas fases de las negociaciones, por sus principales adversarios políticos, el gobierno de Hugo Banzer y el segundo de Sánchez de Lozada. Al menos en este aspecto del conflicto, los dos enemigos compartían una perspectiva común.

Sin embargo, la noción de que los productores de hoja de coca eran víctimas y no delincuentes constituyó una parte del trabajo de enmarcamiento del MAS que no llegó nunca a ser compartido por las autoridades. Por el contrario, estas llevaban a cabo un contraenmarcamiento de tipo legalista, condicionando el conjunto de sus opiniones al cumplimiento de la Ley 1008. La opinión compartida (la coca como problema económico) era de hecho procesada de modo muy diferente según el tipo de enmarcamiento elegido. Los cocaleros abogaban por el derecho de cada agricultor a alimentar a su familia, y admitían una reducción en los cultivos cuando, y sólo cuando, les fuesen garantizadas otras vías de subsistencia. Mientras tanto, el gobierno se refugiaba en la estricta obediencia de la legislación vigente, y proponía una reducción unilateral de la coca excedentaria.

El manejo del concepto de coca excedentaria –esto es, no regulada por la Ley 1008– es un buen ejemplo de enmarcamiento de ambas partes: el gobierno lo utilizaba por doquier en sus intervenciones, a fin de subrayar el carácter ilegal de tales plantaciones. Los cocaleros, por su lado, rechazaban de entrada el concepto: ¿cómo podía ser considerada excedentaria la coca que servía para suplir las necesidades básicas de tantas personas? El debilitamiento de la legitimidad del Estado y de su aparato legal abrió las puertas para que los cocaleros tomaran ventaja en este duelo discursivo y profundizaran en su trabajo de enmarcamiento hasta convertir la coca en su caballo de batalla, con una carga simbólica que iba mucho más allá de la simple cuestión de la subsistencia de los cultivadores.

Simultáneamente, a medida que el marco de referencia de los cocaleros iba ganando peso en la sociedad (gracias al éxito de las operaciones de enmarcamiento y a la sucesión de hechos favorables), la Ley 1008 se fue convirtiendo en un testimonio del despotismo estatal. Comprobaremos estos indicios más adelante, pero por ahora queda más claro qué dimensiones del enmarcamiento no están contenidas en un tema, una opinión o un punto de vista.

En las primeras páginas del presente trabajo tratamos de caracterizar los marcos de referencia y los principales mecanismos de enmarcamiento. En los párrafos anteriores se procedió a establecer su valor específico a la hora de analizar el discurso de los actores sociopolíticos. Cabe ahora contestar otra serie de preguntas complementarias, acerca de su localización, sus ejecutantes, sus modos de desarrollo y difusión y sus funciones básicas.

En primer lugar, ¿dónde buscar los marcos de acción colectiva? Siendo cierto que el acceso a la dimensión interna y personal de los marcos es imposible de alcanzar, debemos concentrarnos en sus manifestaciones comunicativas. En nuestra investigación hemos adoptado un acercamiento a la escala del movimiento, que justificaremos en las consideraciones metodológicas. Pero no por eso excluimos

por adelantado bajar a un episodio específico de movilización (debido, por ejemplo, al carácter paradigmático de su desarrollo) o, por el contrario, utilizar una cronología más amplia para el tratamiento de discurso buscando identificar las tendencias estructurales de los marcos maestros.

En cuanto al modo de desarrollo de un marco de referencia, nos parece útil la categorización propuesta por Benford y Snow. Estos autores plantean que los marcos se generan y modifican como respuesta a tres etapas distintas en la vida de un movimiento social o partido político. La primera categoría se refiere a los procesos discursivos de base, que ocurren en el transcurso de las actividades del movimiento, especialmente entre sus miembros¹⁵². Constando de frases sueltas, conversaciones privadas, reuniones o documentos internos, estos procesos tienen lugar incluso en los momentos en que la organización no se encuentra operando en el escenario público. Al fin y al cabo, pase la exageración, los marcos de referencia de un colectivo empiezan a gestarse cuando sus dos primeros adherentes se encuentran y dialogan.

El segundo momento de desarrollo de marcos corresponde a los designios estratégicos del movimiento y se concreta, en la práctica discursiva, en los procesos de alineamiento de marcos de que ya hemos tratado¹⁵³. La posición relativa de la organización en el ajedrez social, las vicisitudes de su evolución y la observación de las expectativas de la audiencia estimulan sus miembros a orientar sus marcos colectivos de modo estratégico, modificándolos y difundiendo los con el propósito de captar la voluntad de los potenciales adherentes o simpatizantes.

Por fin, la tercera etapa concierne a los procesos disputados y de adaptación que intentan dar una respuesta a los esfuerzos de enmarcamiento de los demás actores en el debate público, sean los medios de comunicación, los adversarios políticos, las organizaciones aliadas o incluso las disensiones dentro del propio movimiento social o político¹⁵⁴. En sociedades democráticas, los marcos propuestos por una determinada entidad rara vez salen incólumes de los embates discursivos con las demás fuerzas sociales. A veces estas desarrollan técnicas de contraenmarcamiento que reducen la eficacia inicial de los marcos de sus opositores, que responden reenmarcando su propuesta inicial. Volveremos a estas “contiendas de enmarcamiento”¹⁵⁵ más adelante. En cuanto a los conflictos internos, se dividen en dos clases: disputas sobre el marco a adoptar por el movimiento o sobre los efectos que los marcos

¹⁵² BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *op.cit.*, pág.623

¹⁵³ *Id.*, pp.624-625

¹⁵⁴ *Id.*, pp.625-627

¹⁵⁵ Cf. RYAN, Charlotte: *Prime Time Activism: Media Strategies for Grassroots Organizing*, Boston, South End, 1991, pág.75 y siguientes. Gamson y Ryan notan que las contiendas de enmarcamiento poseen paralelamente una dimensión organizativa: un movimiento tiene que ganar su lugar en el campo de debate a través del fortalecimiento de su cohesión interna y de su red de organizaciones asociadas. Un guiño a la teoría de la movilización de recursos al que regresaremos al final del presente capítulo. Véase GAMSON, William y RYAN, Charlotte: “Thinking about Elephants (...)”, *op.cit.*, pág.14

disponibles pueden provocar, tanto en términos mediáticos como de movilización¹⁵⁶.

Hay una última forma de procesos adaptativos en el seno de los movimientos, que subraya la influencia recíproca entre episodios de movilización y enmarcamiento. Si es verdad que los significados compartidos por los activistas condicionan la marcha de los actos de protesta, no es menos cierto que estos episodios “pueden cambiar las ideas y creencias subyacentes que componen los discursos y marcos utilizados por los actores del movimiento (...) y alterar el significado de los intereses de esos actores”¹⁵⁷.

Por último, reflexionemos sobre la función de los marcos de referencia directamente sobre el texto, verbal o pictórico, de los actores sociales. Primero, los movimientos sociopolíticos instalan, a través de sus procesos de enmarcamiento, un filtro con que se decide qué referencias deben incluir o excluir en su discurso¹⁵⁸. El primer paso para resaltar la relevancia de determinados hechos en detrimento de otros suele pasar por no incluir en nuestro discurso los acontecimientos, las ideas o los conceptos que remitan a la mirada sugerida por el adversario. Un conocido ejemplo histórico es la célebre frase de Richard Nixon, “Yo no soy un granuja”, que instaló de inmediato en los espectadores la percepción de que estaban delante de uno. En Bolivia, hace poco señalamos que al hablar de las políticas de erradicación se usaba la expresión “coca excedentaria”, rechazada por los plantadores, que también evitaban referirse a “cultivos ilegales”. Buscaban con esta opción –consciente o no– alejarse de la Ley 1008 como pilar estructurador de la discusión, un plano en el que perderían pie argumentativo ante las autoridades.

En segundo lugar, hay que partir del principio de que estos elementos discursivos no funcionan de forma aislada. Tras haber seleccionado los componentes apropiados, cabe a las organizaciones articularlos de un modo homogéneo para que resalten la existencia de determinadas ideas y valores, ocultando visiones contrarias. La insistencia del MAS, en su etapa inicial de simple portavoz político de los intereses cocaleros, de nombrar conjuntamente palabras como “supervivencia”, “hambre”, “desamparo” o “violencia” es una buena muestra de esta función: tal procedimiento transforma una serie de expresiones más o menos banales en una nube semántica que se incrusta –o al menos interfiere– en los planteamientos cognitivos de la audiencia (contrariando la asociación entre, por ejemplo, “cocaleros”, “delincuentes”, “ilegales” y “narcotraficantes” establecida por el ejecutivo).

Por último, tras la selección de los ingredientes textuales y su puesta en relación, el enmarcamiento tiene como tercera traducción discursiva la transformación del significado de ciertos objetos. Algunas palabras, caídas en desuso, son rehabilitadas por el trabajo de significación de los actores sociales,

¹⁵⁶ BENFORD, Robert: “Frame Disputes within the Nuclear Disarmament Movement”, *Social Forces*, vol.71, n°3, 1993, pp.677-701

¹⁵⁷ ELLINGSON, Stephen: “Understanding the Dialectic of Discourse and Collective Action: Public Debate and Rioting in Antebellum Cincinnati”, *American Journal of Sociology*, vol.101, n°1, 1995, pág.136

¹⁵⁸ ENTMAN, Robert: “Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm”, *op.cit.*, pág.54

mientras que otras salen desprestigiadas de los enfrentamientos entre marcos. Pensemos, por ejemplo, en el destino cambiante de “indígena” o incluso de “coca”, que pasó de estupefaciente a orgullo nacional. Con otros vocablos la evolución es más sutil pero igualmente significativa: la “democracia”, empleada por los partidos tradicionales para defender el sistema vigente, cambió poco a poco sus connotaciones y se fue convirtiendo en un arma del MAS y demás fuerzas contestatarias para propugnar una reforma total del armazón institucional.

En términos generales, estas son las marcas que los procesos de enmarcamiento imprimen en el discurso de sus emisores y también, en mayor o menor medida, en las tomas de posición y comportamientos de los demás participantes en el debate político. Buscando en el material disponible los resultados de las tres funciones citadas, los marcos se dejan percibir ante la mirada del investigador.

1.3.4 – Nuevas aportaciones críticas al análisis de marcos

A partir de finales de los años 90, una segunda oleada de estudios académicos, provenientes de la sociología de la acción colectiva, emprendió una revisión crítica de las principales lagunas y derivas de la teoría de los marcos. Las críticas versaban sobre los fundamentos conceptuales del propio análisis de marcos en tres ámbitos distintos: su ineptitud para explicar la evolución diacrónica de los marcos de referencia, su descuido respecto al papel de los elementos culturales en su formación y su negligencia en cuanto a la coparticipación de los actores colectivos en la constitución de los marcos.

A continuación, nos detendremos en tres propuestas que, salidas de esta nueva oleada, pretenden dar respuesta a las deficiencias ya mencionadas y cuyas consideraciones intentaremos integrar en nuestra investigación. Son ellas, las nociones hermanadas de arena pública y de circulación de significados, el paralelo entre marcos de referencia y emociones morales y, por último, la eficacia del formato narrativo como método de transmisión de los marcos políticos.

1.3.4.1 – Arenas públicas y la circulación de significados

A estas alturas, ha quedado claro que el principal supuesto de la teoría de los marcos consiste en afirmar que los actores colectivos –sean movimientos sociales o partidos políticos– son algo más que vehículos para la propagación de ideas o creencias: son también productores de los significados asociados a esos principios, al cabo de conflictos de enmarcamiento más o menos violentos. En el transcurso de esos enfrentamientos, los actores refuerzan sus identidades colectivas, con el fin de

reafirmarse frente a sus adversarios en la arena pública y presentarse unidos ante una audiencia expectante.

La naturaleza social y múltiple de la construcción de la protesta no es una total novedad en el ámbito de la perspectiva de los marcos de la acción colectiva. Algunos de sus primeros teóricos, como Klandermans¹⁵⁹, ya señalaban que los procesos de significación, interpretación y persuasión que caracterizan el enmarcamiento necesitaban una valoración añadida de los intercambios permanentes entre las distintas estrategias de los actores. Sin embargo, en muchas ocasiones estas disposiciones interactivistas no se aplicaban a la hora de pasar a los estudios empíricos, hasta que en la última década los planteamientos teóricos del análisis de marcos se encaminaron de manera decidida hacia nuevos rumbos. Uno de los conceptos que consideramos de especial utilidad es el de arena pública. Este viene a complementar y parcialmente sustituir el de interacción estratégica, que pese a su valorización de la competencia entre los actores adolece de su cercanía con la visión utilitarista inspirada por la teoría de la movilización de recursos¹⁶⁰.

Por lo que toca a la producción de discurso político, la noción de arena pública nos permite plantear que las opciones discursivas de los actores no dependen sólo de las decisiones estratégicas que sus dirigentes toman en función de las posiciones circunstanciales de los demás participantes en el debate público. Al fin y al cabo, medir la intencionalidad de los actores políticos se convierte rápidamente en un juego de adivinanzas. Sí, la interacción estratégica tiene lugar, pero en el seno de una arena pública, donde también imperan otros factores –estructurales o coyunturales– que influyen en las tomas de posición de las formaciones políticas. Por lo tanto, los procesos de enmarcamiento se caracterizan por la improvisación de sentidos y la emergencia gradual de nuevas normas, rasgos respectivamente de orden circunstancial y cultural¹⁶¹.

Reconocer en la interacción entre actores otro tipo de dimensiones, además de la estratégica, nos permite introducir la segunda noción, la de circulación de significados. De acuerdo con este planteamiento, los significados y los marcos no son propiedad de un determinado partido o movimiento, sino que están disponibles para todos los actores. La idea de circulación de significados nos obliga a tener en cuenta tanto las formas bajo las cuales se procesa el flujo de las demandas (incluyendo los vocabularios y códigos asociados a ellas) como los escenarios públicos donde ocurren¹⁶². Por otro lado, conviene no olvidar que los intercambios de significados entre actores se

¹⁵⁹ KLANDERMANS, Bert: “La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pág.185 y siguientes

¹⁶⁰ El principal crítico de esta tendencia ha sido el sociólogo francés Daniel Cefaï, de quien recogemos buena parte de las conclusiones en las próximas páginas. Véase, sobre la influencia de la TMR sobre el análisis de marcos, JASPER, James: “Cultural Approaches in the Sociology of Social Movements”, en KLANDERMANS, Bert y ROGGEBAAND, Conny, *Handbook of Social Movements Across Disciplines*, Nueva York, Springer, 2007, pág.78

¹⁶¹ CEFÁI, Daniel: “Les cadres de l’action collective. Définitions et problèmes”, *op.cit.*, pág.56

¹⁶² LICHTERMAN, Paul y CEFÁI, Daniel: “The Idea of Political Culture”, *op.cit.*, pág.407

encuentran en todo momento sujetos a las restricciones intrínsecas de las normas culturales vigentes, a determinadas gramáticas de la vida pública que, aunque no son inmutables, deben ser respetadas¹⁶³.

Por fin, añadamos algunas consideraciones sobre la función de los medios de comunicación en el establecimiento de este flujo de significados y, en última instancia, en la propagación de marcos de referencia. En primer lugar, como advierten Gamson y Meyer, los medios de comunicación son a la vez el campo fundamental de producción y reproducción de la hegemonía y el espacio de posible subversión de esa hegemonía por fuerzas emergentes y contestatarias¹⁶⁴.

Pero consideramos que los medios de comunicación son más que una simple cadena de transmisión de los mensajes de los actores políticos: es cierto que son escenario y vehículo de luchas semánticas, pero también actúan como productores –o al menos promotores– de algunos de esos significados. En determinados casos, la prensa puede desechar casi por completo el marco propuesto por los actores políticos en sus declaraciones y acciones y, en cambio, adoptar su propio marco. Lograr propagar su mensaje en los medios de comunicación de masas transmitiendo al mismo tiempo su marco interpretativo constituye uno de los logros más relevantes para una organización política y un primer paso para cambios generalizados en la opinión pública. Como señala Entman, existen conflictos de poder por el texto y en el texto, y por esta razón el enmarcamiento desempeña un rol fundamental en el ejercicio del poder político. En resumen, “en un texto noticioso, el marco es la huella del poder.”¹⁶⁵

Con respecto al presente estudio, esta postura teórica tiene consecuencias metodológicas, ya que una parte significativa del corpus documental proviene de organismos de prensa. Si estos, como vimos, asumen una actitud propia en el tratamiento y la presentación de la información recolectada, el investigador tiene que estar atento a posibles filtros que la cobertura mediática haya impuesto a los marcos empleados originalmente por los oradores. Regresaremos a estas consideraciones en su debido momento.

En suma, creemos que las nociones de arena pública y de circulación de significados contribuyen a apreciar de modo más cabal la conflictividad de la política de significaciones, su reacción y sensibilidad permanente al transcurso de los acontecimientos y al continuo juego de ajedrez de los actores, en los cuales incluimos los medios de comunicación. Se trata, por supuesto, de un ajedrez simultáneo, y no por turnos, en el cual las posiciones circunstanciales de los actores influyen mutuamente en sus comportamientos y los significados no son propiedad invariable de quien los acuña.

¹⁶³ CEFAÏ, Daniel: “Les cadres de l’action collective. Définitions et problèmes”, *op.cit.*, pág.69 y siguientes

¹⁶⁴ GAMSON, William y MEYER, David: “Framing Political Opportunity”, *op.cit.*, pág.285

¹⁶⁵ ENTMAN, Robert: “Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm”, *op.cit.*, pág.55

1.3.4.2 – Emociones y racionalidad en el enmarcamiento político

“Las emociones morales constituyen el centro de la retórica política”, afirma James Jasper, el principal abanderado del papel de las emociones en la sociología de la acción colectiva¹⁶⁶. En efecto, una de las principales funciones de las organizaciones sociopolíticas, ya sean partidos políticos o movimientos sociales, es manifestar tensiones afectivas presentes en las conciencias individuales e instalarlas en el debate público. Los marcos, en su afán persuasivo, incluyen como una de sus misiones despertar y alimentar estas emociones que suscitan juicios de valor, como la injusticia, de la que ya hemos hablado antes, pero también la compasión, la indignación, el recelo, la aversión, la vergüenza y el orgullo, entre otras¹⁶⁷.

La mayor parte de las emociones y de nuestras reacciones a su aparición son resultados culturales salidos del repertorio cultural disponible y, por lo tanto, no se explican como acciones irracionales o automáticas con las que tradicionalmente eran relacionadas. Además, las emociones, y en especial los lazos afectivos que compartimos con aquellos que nos son cercanos (como el respeto y la confianza), sirven a menudo como un atajo interpretativo, permitiendo acortar el razonamiento completo sobre toda la información y simplificar nuestro entendimiento de lo que está ocurriendo¹⁶⁸. La confianza en un líder puede conducir a muchos militantes de una organización política a adoptar, al menos en un primer momento, comportamientos y declaraciones que no comparten o entienden totalmente desde un punto de vista intelectual. En este sentido, resulta evidente que el contenido emocional de un marco político puede contribuir a reforzar su poder argumentativo.

La revisión del papel de las emociones en el desarrollo de los movimientos sociales fue fruto del protagonismo que las identidades asumieron en el estudio de la acción colectiva. En el fondo, las identidades colectivas son el fruto de lealtades afectivas¹⁶⁹. Al integrar un movimiento o simplemente participando en un episodio de movilización, no siempre tratamos de obtener ganancias materiales: en muchos casos, estamos socorriendo a nuestras simpatías y castigando a aquellos que nos desagradan, sin más beneficio personal que el sentimiento del deber cumplido. Sin embargo, la simpatía, el desprecio, la admiración o la enemistad tampoco son perennes. Compete a los actores políticos reconocer los momentos y formatos más apropiados para la demostración de determinadas emociones, en concordancia con las normas y expectativas culturales vigentes. Así, el alcance persuasivo de un marco será tanto más importante cuanto más tenga en cuenta las repercusiones

¹⁶⁶ JASPER, James: “Motivation and Emotion”, *op.cit.*, pág.167

¹⁶⁷ JASPER, James: “Cultural Approaches in the Sociology of Social Movements”, *op.cit.*, pág.82

¹⁶⁸ GOODWIN, Jeff; JASPER, James y POLLETTA, Francesca: “Emotional Dimensions of Social Movements”, en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pág.419

¹⁶⁹ *Ib.*, pp.418-419

emocionales que podrá generar en los espectadores.

Por lo que acabamos de decir, consideraremos los componentes emocionales como parte integrante de los marcos políticos y no como un elemento separado o complementario. Creemos que las emociones pueden constituir una vía fértil para una caracterización más detallada de los marcos políticos en general y, en concreto, de aquellos utilizados por el Movimiento al Socialismo en el período en cuestión. Por este motivo, y aprovechando el hecho de que las emociones suelen ser fácilmente localizables en el discurso y comportamiento de los actores políticos, intentaremos tenerlas en cuenta en el tratamiento del material documental de que disponemos.

1.3.4.3 – La narrativa como técnica enmarcadora

La cuestión del formato en que se transmite el discurso y de sus implicaciones se encuentra directamente relacionada tanto con el tema de las emociones en particular como con los esfuerzos de enmarcamiento de los actores políticos en general. En la presente investigación, estaremos atentos al impacto sobre la calidad del enmarcamiento de un formato discursivo específico: la narrativa.

En los últimos años, salieron a la luz una serie de estudios sobre las virtudes de las historias en la construcción de las identidades colectivas, la conservación o subversión de posiciones y valores dominantes o aun la creación y difusión de emociones morales¹⁷⁰. De un modo general, y al igual que los estudios sobre las emociones, el *storytelling* ha contribuido a demostrar que existen otras motivaciones para las decisiones de los individuos más allá de sus intereses personales y que las victorias políticas se deben a otros factores, y no solamente a los recursos materiales u organizativos¹⁷¹. Las narrativas influyen en el modo en que el público evalúa las demandas de determinados grupos, atribuye responsabilidades o define una situación como central o accesorio. En este sentido, el estudio de las prácticas narrativas se encuadra en la perspectiva culturalista que ha ido creciendo en las últimas tres décadas, a semejanza de la teoría de los marcos.

La afinidad con el análisis de marcos no termina aquí. En efecto, el formato narrativo ordena los acontecimientos en un relato coherente, que a su vez propone una interpretación, más o menos implícita, de los hechos. A través de las historias, los individuos y los actores colectivos pueden reforzar su pertenencia de grupo y proponerse nuevos objetivos, en algunos casos a través de

¹⁷⁰ Para un panorama global sobre los efectos supuestamente negativos del *storytelling* (entendido como un método de propaganda), véase SALMON, Christian: *Storytelling. La machine à fabriquer des histoires et à formater les esprits*, Paris, La Découverte, 2007, pp.111-140 y 171-198

¹⁷¹ POLLETA, Francesca y otros: "The Sociology of Storytelling", *op.cit.*, pág.118

narrativas de interpretación abierta o ambigua¹⁷². Asimismo, pueden recrearse un pasado común y establecer puentes con otros grupos, cercanos o hostiles¹⁷³, o estimular la receptividad de los espectadores y sugerirles nuevas vías de acción.

Sin embargo, no todas las historias son útiles a una causa política: su emisor tiene que asegurarse de que respeta las normas culturales que rigen el formato narrativo y moldean las expectativas de la audiencia¹⁷⁴. Estas normas se refieren a la posición social del emisor, en términos absolutos y con relación a sus interlocutores; al contexto de la situación en que la historia es relatada; al tema en debate; a su fidelidad narrativa, esto es, su proximidad con historias familiares; o a su posicionamiento respecto a otras formas de discurso. Por otro lado, el orador debe tener en cuenta que el modo narrativo acarrea restricciones para un futuro reenmarcamiento del tema¹⁷⁵. En otra parte, ya hemos reflexionado sobre la función de las historias dentro de la Historia como disciplina: los detalles de un relato histórico pueden servir para, por ejemplo, legitimar reclamaciones autonómicas o descartar reivindicaciones étnicas¹⁷⁶.

En el transcurso de la recolección de información empírica, identificamos de modo preliminar algunos de estos procesos relacionados con las prácticas narrativas, incluyendo algunas innovaciones raramente observadas en el debate político tradicional (por ejemplo, la utilización del humor y de la ironía por Evo Morales). En el análisis de los datos, intentaremos confirmar estas impresiones y medir cuál ha sido el alcance del formato narrativo como un instrumento posible, entre otros, en la construcción de los marcos de referencia políticos.

1.3.5 – Teorías alternativas de la acción colectiva: un diálogo necesario

Como vimos *supra*, el análisis de marcos fue parte de una tendencia en las ciencias sociales marcada por el regreso de la cultura, más exactamente la valoración de los elementos culturales en la comprensión de los fenómenos sociales. Este nuevo acercamiento estimaba que las teorías entonces vigentes en la sociología de la acción colectiva, en particular la teoría de la movilización de recursos,

¹⁷² POLLETTA, Francesca y LEE, John: “Is Telling Stories Good for Democracy? Rhetoric in Public Deliberation after 9/11”, *American Sociological Review*, vol.71, n°5, octubre 2006, pág.718

¹⁷³ SMITH, Tammy: “Narrative Boundaries and the Dynamics of Ethnic Conflict and Conciliation”, *Poetics*, vol.35, n°1, febrero 2007, pp.22-46

¹⁷⁴ La obra de referencia en la materia es el ya citado POLLETTA, Francesca: *It Was Like a Fever: Storytelling in Protest and Politics*, *op.cit.*

¹⁷⁵ Cf. STARK, Evan: *Coercive Control: How Men Entrap Women in Personal Life*. Nueva York, Oxford University Press, 2007, sobre como las narrativas de los activistas contra los abusos domésticos, pese a sus éxitos judiciales, contribuyeron a establecer una definición demasiado restringida de violencia.

¹⁷⁶ GOMES, David: “Discurso e identidades en las conmemoraciones del Bicentenario de la independencia boliviana”, in INSTITUT DES HAUTES ÉTUDES DE L'AMÉRIQUE LATINE, *Bicentenaire des indépendances: Amérique Latine, Caraïbes = Bicentenario de las Independencias: América Latina, Caraïbas*, París, Aouka, 2011 (recurso electrónico)

la estructura de oportunidades políticas y la teoría de los nuevos movimientos sociales, tendían a considerar los significados y las ideas como evidentes, “como si existiera una relación isomorfa entre la naturaleza de cierta clase de condiciones o acontecimientos y el significado que se les atribuye.”¹⁷⁷

En este escenario, la teoría de los marcos de referencia ha aportado una vía de acercamiento entre los factores organizacionales y estructurales y la construcción social de las ideas y los significados. Esta nueva postura ha sido, a su vez, revisada críticamente, puesto que a mediados de los años 90 el componente estratégico del enmarcamiento había sido exacerbado de manera tal que tanto la teoría de la movilización de recursos como la del proceso político la habían cooptado como un concepto clave en su edificio teórico¹⁷⁸. En las páginas precedentes resaltamos algunas de estas lagunas y abordamos soluciones sugeridas por los investigadores.

Sin embargo, cabe ahora terminar con las acusaciones cruzadas y meditar sobre el potencial hermenéutico de una combinación de acercamientos teóricos. Básicamente, la principal forma de revitalizar la teoría de los marcos pasa por un análisis circunstancial y contingente de la creación y evolución de los marcos de referencia y de los procesos de enmarcamiento. Por lo tanto, tener en cuenta tanto los procesos políticos como los engranajes organizacionales puede contribuir a esa tarea.

En efecto, el análisis de marcos comparativo, en el tiempo y en el espacio, sólo es factible si está acompañado por una contextualización de las circunstancias y oportunidades políticas y de las vicisitudes en el desarrollo interno de las organizaciones en cuestión. Esa será la misión de los capítulos 2 y 3.

Esta posición teórica reconciliadora se justifica por el hecho de que la relación entre marcos, por un lado, y oportunidades y organización, por el otro, es bidireccional. En lo que respecta a la estructura de oportunidades (políticas, pero también culturales o discursivas), es cierto que para que un actor sociopolítico pueda aprovechar la oportunidad, tiene que reconocerla previamente como tal, otorgando un significado propicio a un conjunto de circunstancias con varias lecturas posibles¹⁷⁹.

Por otro lado, determinadas operaciones de enmarcamiento sólo se ponen en marcha cuando el contexto sociopolítico lo permite: es factible, por ejemplo, que la similitud de las políticas de erradicación de hoja de coca de los Gobiernos Banzer y Sánchez de Lozada haya ayudado a reunir las condiciones para el protagonismo simbólico de la hoja de coca y el desarrollo de un marco antipartidos tradicionales. Asimismo, la elección de varios diputados uninominales del MAS en 1997

¹⁷⁷ SNOW, David y BENFORD, Robert: “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”, *op.cit.*, pág.84

¹⁷⁸ McADAM, Doug; McCARTHY, John y ZALD, Meyer: *Comparative Perspectives on Social Movements*, Nueva York, Columbia University Press, 1996

¹⁷⁹ “Lejos de ser preexistentes a la acción y estructuralmente asépticas, las oportunidades se actualizan de manera continua en las relaciones entre los movimientos y los contextos en los cuales se encuentran.”, FILLIEULE, Olivier y MATHIEU, Lilian: “Structure des opportunités politiques”, en FILLIEULE, Olivier; MATHIEU, Lilian y PÉCHU, Cécile, *Dictionnaire des mouvements sociaux*, París, Presses de Science Po, 2009, pág.536

y su presencia en la Cámara de Diputados favoreció una doble vía de lucha –institucional y extrainstitucional– que parece haber tenido evidentes efectos en la estrategia enmarcadora del partido.

En cuanto a la movilización de recursos y a las redes organizativas del partido o movimiento, no debemos olvidar que el enmarcamiento se opera en los intercambios entre los activistas o entre esos activistas y los espectadores, medios de comunicación o adversarios. La debilidad de una base organizativa puede arruinar el más eficaz de los esfuerzos de enmarcamiento, al no contar el actor colectivo con una masa crítica de individuos que contribuyan a divulgar el mensaje enmarcado previamente. Por otra parte, los nuevos competidores políticos enfrentan desequilibrios de poder, legitimidad y recursos en su enfrentamiento con los marcos preestablecidos y sus defensores. Como señalan Gamson y Ryan, “las estrategias de enmarcamiento no sólo deben tratar del contenido del mensaje o del estilo del debate, sino también impulsar las bases organizativas y desafiar las desigualdades del terreno de juego en el que ocurre el conflicto.”¹⁸⁰

Aplicado al caso del Movimiento al Socialismo, esto significa una razonable posibilidad de que los marcos adoptados se hayan apoyado en una base organizativa suficientemente sólida como para permitir su desarrollo y difusión en el resto de la sociedad. Además, los cambios en las oportunidades políticas y culturales también parecen haber desempeñado un papel preponderante en el nacimiento, la evolución y la capacidad de expresión de los marcos políticos del partido. La relación entre estos factores resulta así evidente: a finales de los años 90, oportunidades como los cambios en la configuración de los actores políticos y las reformas electorales crearon condiciones para una movilización exitosa, que a su vez reforzó las identidades internas del MAS y sus vínculos con organizaciones aliadas, lo que potenció esfuerzos de enmarcamiento más ambiciosos en su contenido y destinados a una audiencia más amplia.

Pero la operación también funciona modificando el orden de las variables: un enmarcamiento inicial dirigido sobre todo a sus militantes y simpatizantes propició fuertes episodios de movilización de alcance regional, que a su vez impulsaron oportunidades políticas en el ámbito institucional nacional. Esas oportunidades fueron entonces interpretadas por los activistas a través de nuevos marcos con aspiraciones nacionales. Por último, subrayemos que dichas operaciones, presentadas aquí esquemáticamente a título de ejemplo, no tienen lugar una tras otra, sino de forma simultánea.

A modo de síntesis, podemos afirmar que aunque es cierto que “ni la más favorable estructura de oportunidades políticas, ni la más eficiente organización son capaces de asegurar el éxito de un movimiento”¹⁸¹, también parece prudente reconocer que el más resonante de los esfuerzos de enmarcamiento no podrá, por sí sólo, asegurar la movilización colectiva, la participación electoral o los cambios políticos propuestos por un partido político o movimiento social. Por esta razón, para que

¹⁸⁰ GAMSON, William y RYAN, Charlotte: “Thinking about Elephants (...)”, *op.cit.*, pág.14

¹⁸¹ RIVERA, José Manuel: “Intereses, organización y acción colectiva”, *op.cit.*, pág.282

podamos evaluar la calidad y los resultados de los marcos políticos del Movimiento al Socialismo, se torna indispensable identificar con exactitud las condiciones políticas, culturales y organizativas que constituyeron el telón de fondo del ascenso de dicho partido a lo largo de la década en cuestión. Sobre esas materias, al contrario de lo que sucede con los marcos de referencia, sí existen numerosas y fructuosas investigaciones, a las que haremos referencia en el próximo capítulo.

1.4 – Conclusión: el análisis de marcos políticos en Bolivia

El prefacio del valioso estudio de John Crabtree sobre las revueltas populares y la crisis del Estado boliviano en el primer lustro de los años 2000 fue redactado por la antigua Defensora del Pueblo, Ana María Romero de Campero. En su texto, presentaba la obra como “un diagnóstico cabal *de cómo el pueblo ha ido cobrando conciencia de su poder y ha aprovechado las ventajas* que le da la democracia para organizarse, expresar sus ideas, votar, elegir y ahora decidir.”¹⁸² En efecto, pocos meses después de su publicación, el pueblo boliviano decidió situar al Movimiento al Socialismo y a su líder, Evo Morales, en la silla presidencial.

Sospechamos que una de las razones de esa victoria fue el papel que el MAS desempeñó en esa toma de conciencia del poder popular y en la apreciación por el electorado de las ventajas de un sistema democrático regenerado. Si el MAS acabó siendo el principal beneficiario político del ciclo de protestas, cabe pensar que su ideología, su argumentario y sus opiniones lograron establecer un vínculo cercano con las mentes (y los corazones) de una mayoría de bolivianos. Basados en su ideología, condensadores de argumentos, insinuidores de opiniones, los marcos políticos del MAS habrían constituido así una puerta de entrada privilegiada al estado de ánimo de la sociedad boliviana en el transcurso de esos años. Un examen atento de estos marcos puede contribuir a entender qué factores impulsan a un pueblo a recobrar conciencia de su poder y a explorar todas las posibilidades de la expresión democrática.

Desde el punto de vista del estudio de las formaciones partidarias en el panorama latinoamericano, en su primer decenio de vida el MAS poseía características que, aunque no eran singulares *per se*, sí lo eran cuando consideradas en su conjunto: se trataba de un partido de origen rural y matriz campesina, de inspiración sindical cocalera, de base electoral regional y con preferencia por la movilización callejera. Al cabo de unos pocos años, se fue urbanizando en su militancia y electorado, concertó alianzas con otros sectores, extendió sus intereses programáticos y apostó por la vía institucional para acceder al poder. Esos cambios culminaron con una victoria electoral que inauguró

¹⁸² CRABTREE, John: *Perfiles de la protesta. Política y movimientos sociales en Bolivia*, La Paz, PIEB-UNIR, 2005, pág.XII, cursiva nuestra

un ciclo político todavía vigente de pretensiones reformistas. El análisis de los marcos de referencia del MAS permitirá entender mejor las dinámicas de esas transformaciones internas y las razones de su éxito al relacionarlas con la evolución de los significados de los principales temas y conceptos de disputa política. Por los motivos que hemos explicado, partimos del principio de que los marcos pueden ser ora causa, ora consecuencia de los cambios organizativos, programáticos y estratégicos.

Por otro lado, debido a su naturaleza híbrida, a caballo entre partido político en su estatuto formal y movimiento social en su organigrama militante, el MAS parece especialmente destinado a someterse a los focos de una disciplina que nació en la sociología de la acción colectiva y que sólo más tarde desembocó en la sociología política. Todos los especialistas señalan que la conquista del poder de Evo Morales y sus correligionarios progresó por una vía doble: la participación en el tablero político-institucional fue en todo momento acompañada por la lucha extrainstitucional. Partimos del supuesto de que los marcos del partido deben contener esta duplicidad, proveyendo interpretaciones que motiven a la acción colectiva, pero sin prescindir de la incitación al sufragio, o viceversa. Nuestro estudio determinará cómo influyeron ambas tendencias en los esfuerzos de enmarcamiento del MAS y —el reverso de la medalla— de qué forma sus marcos encaminaron su acción política hacia una u otra vía.

A lo largo de esta introducción teórica, nuestra intención ha sido proporcionar ejemplos prácticos que conecten la teoría con la realidad boliviana. Intentamos hacerlo formulando situaciones hipotéticas, sin extraer conclusiones precipitadas, o sugiriendo hipótesis a comprobar más adelante. Existen varios indicios preliminares de la existencia de operaciones de enmarcamiento en el período en cuestión, y sería extraño lo contrario, tratándose de un movimiento con fines marcadamente políticos, activo en las calles, en las mesas de voto y en los medios de comunicación.

Pero, a decir verdad, no fue difícil relacionar la mayoría de los elementos teóricos con la historia del MAS. De hecho, muchos conceptos centrales para el análisis de marcos ya han sido destacados por otras investigaciones sobre el movimiento cocalero y su aventura partidaria. Por supuesto, uno de ellos es la relevancia de la acción colectiva callejera en el código genético del partido. Pero nos referimos también, entre otros, a la identidad colectiva como incentivo para esa acción (como cocaleros, campesinos, indígenas o pobres, según el marco empleado); a los juegos de identidad con los demás actores (para buscar alianzas o marcar distancias); a las ventanas de oportunidad políticas y culturales (la apertura del sistema electoral o el internacionalismo indígena, por nombrar dos); a las innovaciones en los repertorios de movilización, pero también en el vocabulario político; al papel de la narrativa como fuente de solidaridad y confianza, en un movimiento político que buscaba inspiración en la Historia boliviana y marcado por continuas asambleas rebosantes de historias personales; al rol de las emociones, tanto aplicado a un grupo en pie de guerra —los productores de coca— como a un país marcado por convulsiones violentas; o incluso al vínculo entre ciclos de

protesta, la difusión de valores (nuevos o rescatados del pasado) y los cambios culturales.

Nuestra voluntad es que la presente investigación permita añadir una nueva dimensión a la exploración de estos factores, relacionándolos con la construcción social de los significados del discurso político, las transformaciones en las prioridades socioeconómicas de la ciudadanía y su percepción de las alternativas electorales disponibles. En definitiva, el análisis de los marcos políticos del MAS debe salir del estricto ámbito de la organización e intentar contestar a la cuestión de qué y cómo fue cambiando la sociedad boliviana a lo largo de diez años, y por qué al cabo de ese lapso de tiempo los bolivianos optaron por el MAS como partido mayoritario y de Gobierno, rompiendo con las políticas del pasado reciente y descartando otras alternativas de ruptura. En sus marcos buscaremos una luz para aclarar el intrincado cruce entre partido y sociedad.

La Bolivia del principio del siglo XXI era un país estancado económicamente, lacrado por su pobreza y desigualdad, con instituciones políticas ineficientes y marcadas por un enorme déficit de representación, dirigido por una élite en circuito cerrado. Decidida a plantar cara a esas deficiencias, la ciudadanía entabló una serie de protestas de magnitud y propósitos variables. El Movimiento al Socialismo intentó elaborar un guión común a ese conjunto de reivindicaciones y ofrecer una salida global de la crisis a los sectores descontentos. Traducción discursiva de ese intento, en sus marcos se transparentan sus aciertos, sus indecisiones y retrocesos, pero también el poder subversivo del cambio de marcos.

“El cambio de marcos es cambio social”, afirmaba Lakoff. Puede ser que la relación no sea automática, o que a la larga los cambios anunciados se queden a medias, pero la frase sirve para recordar la transcendencia de poder definir lo que importa y qué rutas hay para alcanzarlo, de interpretar los acontecimientos envueltos en una visión ordenada del mundo y de enunciarla en términos forjados por uno mismo. Su relevancia es todavía mayor para los que aspiran a entremeterse en el entramado del poder e invertir posiciones hegemónicas. Para ellos, el discurso puede engrandecer, pero también a menudo traicionar.

Añadamos una última reflexión acerca del potencial insurreccional de los marcos. En su libro *Los dominados y el arte de la resistencia*¹⁸³, el politólogo y antropólogo James C. Scott sostiene que cualquier situación patente de dominación provoca, en el seno del grupo dominado, la producción de un texto oculto, de uso exclusivamente interno, que representa una crítica compartida del poder. Al conjunto de estas formas de insubordinación, Scott lo denomina infrapolítica de los dominados. En períodos de crisis o desunión de las élites, ese discurso y esas prácticas de resistencia subterránea pueden emerger a la superficie y reemplazar a los códigos y rituales que suelen caracterizar el texto público de las relaciones de dominación.

¹⁸³ SCOTT, James C.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, México D.F., Era, 2000

En la sociedad boliviana de finales del siglo XX, la dominación colonial había adoptado otros ropajes más sutiles, bajo las formas de discriminación racial o disparidades económicas. Además, existían algunos foros de debate público (aunque con niveles de acceso desiguales) y a los grupos subordinados se les permitía organizarse. El texto privado de épocas pasadas podía así, bajo determinadas condicionantes, expresarse públicamente y hasta proponer cambios políticos. Sin embargo, en última instancia, seguía tratándose de una sociedad compartimentada, en la que una gran parte de las necesidades de las mayorías desfavorecidas no se trasladaba al debate político, y donde anteriores proyectos reformistas ya habían fracasado en décadas recientes. Lo cual nos conduce a la siguiente pregunta: ¿logró el MAS captar el apoyo de los sectores más modestos por haber sabido indagar en sus agravios históricos y convertirse en el vocero público de las frustraciones privadas?

Una instantánea de los marcos del MAS podrá ayudar a encontrar una respuesta a esta cuestión, debido a su enfoque centrado en las apropiaciones y evoluciones de significados y en la resonancia pública de los elementos culturales del discurso. El uso en el discurso público del MAS de referencias étnicas y culturales extraídas de la historia boliviana –precolombina, colonial y republicana– puede dejar suponer que cierto tipo de reivindicaciones se inspiraba en formas privadas de resistencia vigentes en el imaginario colectivo de al menos una parte de la población y que, por ese motivo, conservaban su actualidad y consiguiente potencial persuasivo. Quizá sus marcos hayan contado entre sus virtudes la capacidad de organizar de modo coherente los fragmentos del texto oculto que se habían ido acumulando a lo largo de los años. Y tal vez los atajos interpretativos de que hablábamos a comienzos del capítulo conduzcan, al fin y al cabo, de la resistencia pasiva al combate político declarado.

2 – Bolivia y el MAS a finales del siglo XX: la importancia del contexto

En las páginas anteriores insistimos en que la creación y futura evolución de los marcos políticos del MAS –o de cualquier otra organización con aspiraciones de poder– no pueden ser percibidas en toda su magnitud y complejidad sin tener en cuenta las condiciones bajo las cuales se procesa el enmarcamiento. Esas circunstancias se sitúan sin duda en la esfera institucional y política, como por ejemplo el sistema electoral, el grado de descentralización o las influencias externas, pero no solamente. También los ámbitos social, económico y cultural merecen nuestra atención: después de todo, la acción política del MAS se centraba en propuestas de reforma del modelo económico, denunciando la intersección entre pobreza y origen étnico y adoptando ciertos repertorios de movilización con antecedentes históricos. Sin olvidar, por supuesto, las vicisitudes propias del desarrollo interno del movimiento político como paso previo a la participación en la arena pública.

Por esta razón, en los siguientes apartados nuestro objetivo no consistirá en elaborar una historia social, política y económica de Bolivia en las últimas décadas, sino en identificar los elementos a disposición del MAS para sus tareas de enmarcamiento, en especial aquellos que adquirieron o iban a adquirir una carga política y/o simbólica significativa. Es cierto que el contenido de los marcos no mantiene una relación lineal con las prioridades programáticas que el movimiento va desvelando en público. Aun así, podemos calcular, basándonos en las impresiones obtenidas a partir de los datos recolectados, cuáles fueron los fenómenos o acontecimientos que condicionaron, positiva o negativamente, la formación de los marcos del partido de Evo Morales. La función del presente capítulo consiste, así, en inventariar qué fenómenos, momentos y personajes el MAS seleccionó del panorama histórico nacional y qué ingredientes del contexto contemporáneo, a corto y medio plazo, pudieron determinar sus opciones de enmarcamiento.

Empezaremos por trazar los contornos de la situación política, institucional y electoral que el MAS enfrentaba a finales del siglo XX. Con esta finalidad, retrocederemos hasta mediados de siglo, a la Revolución de 1952, que ocupa un lugar importante tanto en la subsecuente evolución de la política boliviana como en la construcción ideológica del MAS, que analizaremos más adelante. Nos centraremos enseguida en el retorno a la democracia a comienzos de la década de 1980, en la experiencia fallida del gobierno de la UDP, en la merma de la capacidad contestataria de la izquierda y en la instauración de un período de relativa estabilidad política en torno a tres partidos, al que se ha llamado “democracia pactada”. Nos detendremos también en el sistema electoral y los cambios que propiciaron el surgimiento de nuevos actores políticos.

En el plano socioeconómico, otorgaremos especial importancia a tres procesos, dos de ellos de

largo alcance y otro más reciente. Entre los primeros, se encuentran los cambios en el régimen de propiedad y explotación de tierras, fundamental en una economía de corte agrario como fue y sigue siendo la boliviana, así como la tenencia y el usufructo de los recursos naturales, de la plata al gas, pasando por el estaño y el petróleo. El tercero atañe al modelo económico neoliberal implementado por los sucesivos presidentes, sin distinción, desde mediados de los años 80. Estaremos atentos a las consecuencias que tuvieron las transformaciones en estos tres rubros para la parte de la población más sensible al discurso del MAS y que se convertiría, con el tiempo, en su electorado más fiel.

Este sector de la población más desfavorecido, según las estadísticas, era formado por aquellos ciudadanos pertenecientes a minorías étnicas. Minorías que, en pocos años, dejarían de verse como tales y empezarían a comportarse no sólo como una mayoría con poder de decisión sino como un verdadero sujeto político. Este cambio constituye uno de los principales rasgos del contexto cultural a finales del siglo XX. Buscaremos una respuesta para la complicada cuestión de determinar el papel que desempeñó el MAS en el proceso: ¿el MAS simplemente aprovechó una corriente favorable o, por lo contrario, la provocó y la fomentó? Asimismo, a fin de evaluar el potencial político del recurso a la identidad indígena, indagaremos en los proyectos de carácter nacionalista tras la independencia y el rol que se reservaba en ellos a las poblaciones no criollas. Por otro lado, conviene que nos fijemos en los primeros intentos de revalorización de las culturas originarias desde la década de 1960, que componen parte del sustrato histórico e ideológico del antiguo partido de los cocaleros, y el auge internacional de las teorías multiculturalistas.

El penúltimo ítem en nuestra panorámica contextual abordará la organización interna del MAS, de su arranque como simple brazo político de los productores de hoja de coca hasta el crecimiento de su presencia urbana y su apertura a militantes y candidatos de otras extracciones sociales. Estudiaremos también los resultados electorales del partido y reflexionaremos sobre la ampliación de su influencia y la relación con su estrategia política de rechazar alianzas partidarias y buscar apoyos en la sociedad civil. Proseguiremos con un resumen de las posiciones ideológicas del MAS, analizando las ventajas de su doble actuación dentro y fuera de las instituciones. Otro de los interrogantes que buscaremos responder será hasta qué punto el primer modelo organizativo e ideológico del MAS justifica la denominación de partido étnico. ¿Se trataba efectivamente de un partido indígena o más bien un partido de indígenas?

Por fin, en el capítulo 3, realizaremos un repaso de las movilizaciones sociales de gran calado que hayan podido afectar el comportamiento táctico del MAS, a partir de las primeras marchas indígenas de los años 90. Haremos hincapié en el ciclo de protestas que Bolivia vivió entre 2000 y 2005 (inaugurado por la Guerra del Agua de Cochabamba, en 2000, y concluido con la victoria de Evo Morales en diciembre de 2005), sus principales protagonistas, las respuestas gubernamentales y los juegos de alianzas y rivalidades entre movimientos sociales en ese intervalo temporal. A modo de

conclusión, examinaremos el papel creciente del MAS como articulador de los movimientos sociales de distinta naturaleza.

2.1 – El contexto político-institucional y electoral

2.1.1 – Referentes históricos de las relaciones entre Estado y sociedad

La revolución de 1952 constituyó el primer intento de transformación efectiva de las estructuras políticas y económicas que imperaban en Bolivia desde los tiempos de la Colonia. Intento en buena medida malogrado, es cierto, pero que por sus métodos e intenciones iniciales imprimió una huella duradera en la memoria colectiva de las capas inferiores de la población, tanto en los sectores obreros como en el campesinado, sin olvidar la izquierda nacional. El programa y el discurso del MAS sacaron partido de algunos aspectos de esa memoria.

Por otro lado, el episodio revolucionario de 1952 representó la explosión de las demandas populares que se habían acumulado a lo largo de varias décadas. La similitud con el contexto de crecimiento del MAS durante un período de intensas protestas no puede dejar de ser notada, aunque debemos precisar desde ahora que las referencias a la Revolución de 1952 no abundan en los datos empíricos que manejaremos. Aun así, consideramos probable que el mensaje reformista-revolucionario formulado por el MAS haya sido integrado por sus oyentes en una perspectiva histórica que sí incluía una visión de los acontecimientos de 1952. Ocupémonos ahora de los cambios políticos e institucionales que el proceso revolucionario ocasionó, antes de abordar sus consecuencias económicas y sociales en el siguiente apartado.

La principal conquista política de la Revolución de 1952 fue la ciudadanía universal. No se trataba, sin embargo, de la primera vez que el conjunto de la población, fuera urbana o rural, mestiza o indígena, podía participar en unas elecciones bajo el principio de “una persona, un voto”. En las elecciones municipales de 1813 y 1814, organizadas durante la vigencia de las Cortes de Cádiz, las consignas del constitucionalismo gaditano habían sido relativamente respetadas. No obstante, la dualidad étnica y la coacción sobre el electorado cautivo minaron la efectividad de las medidas de igualdad entre ciudadanos, que de todas formas fueron revocadas por las autoridades fernandinas y luego republicanas. Tristan Platt, refiriéndose a la región de Potosí en la década del 1830, concluye que “no tiene sentido hablar de una ciudadanía 'homogénea' de 'españoles americanos e indios

españolizados”¹⁸⁴. Cinco décadas después después, el número de electores en las elecciones de 1888 no alcanzaba 2,5% de la población total del país. Esta realidad perduraría, con matices, hasta 1952.

Fue el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), en su primera encarnación, el que lideró el proyecto de extensión de los derechos políticos a la población en general, complementado por la democratización del acceso a la educación primaria. Proyecto que coincidió con su intento de apartar a los grupos oligárquicos que monopolizaban el poder y de convertirse en el partido hegemónico de la política nacional, en una especie de fusión entre el ideal revolucionario y el partido, a semejanza de lo que el Partido Revolucionario Institucional lograra alcanzar en México en las décadas anteriores. Aspiración que, irónicamente, sería compartida por el MAS medio siglo después.

La ciudadanía universal, aunque existente en teoría e importante como símbolo, no dio lugar a una práctica democrática sana y prolongada por culpa precisamente de la posición mayoritaria del MNR y de sus lazos con los sindicatos obreros y, en un segundo momento, campesinos. Además, debido al constante recurso del corporativismo y el clientelismo, las elecciones bajo el nuevo régimen pronto se transformaron en una formalidad que contribuyó a vaciar de sentido el nuevo derecho. A largo plazo, esta situación desacreditó la gran conquista ciudadana de la revolución ante la mirada de aquellos que más habían sido excluidos, la gran mayoría indígena campesina. A finales del siglo XX, el número de votantes inscritos para las elecciones generales de 1993 era de solamente 2 400 000 personas¹⁸⁵, poco cuando comparado con un universo total de 6 420 000 habitantes¹⁸⁶. Tan sólo 1 731 000 emitieron su voto en esos comicios, en un país donde no votar acarrea penalizaciones¹⁸⁷.

Esta primera experiencia formalmente democrática duró poco: en 1964, el golpe liderado por el general Barrientos destituyó al tercer gobierno de Víctor Paz Estenssoro e inauguró un período turbulento de más de 15 años, en los que se sucedieron dictaduras y cortos episodios democráticos.

Otro elemento importante de la segunda mitad del siglo XX que se incorporó al imaginario político boliviano fue la memoria de la represión. Infligida por las dictaduras de Barrientos y Banzer a las principales fuerzas mineras, obreras e izquierdistas urbanas, se extendió a partir de inicios de la década de 70 a los sindicatos y/o *ayllus* (comunidades indígenas) campesinos de las tierras altas, tras el derrumbe del pacto militar-campesino sobre el que se había consolidado el dominio de los generales.

¹⁸⁴ PLATT, Tristan: “Tributo y ciudadanía en Potosí, Bolivia. Consentimiento y libertad entre los *ayllus* de la Provincia de Porco, 1830-1840”, en GARCÍA JORDÁN, Pilar (ed.), *Dinámicas de poder local en América Latina, siglos XIX-XXI*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2009, pág.157

¹⁸⁵ TRIBUNAL SUPREMO ELECTORAL; PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) E IDEA INTERNACIONAL: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I. Elecciones Generales 1979-2009. Asamblea Constituyente 2006*, 2ª edición, La Paz, Órgano Electoral Plurinacional-PNUD Bolivia-IDEA, 2012, pág.124

¹⁸⁶ INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Censo Nacional de Población y Vivienda*, 1992

¹⁸⁷ TSE; PNUD Bolivia e IDEA: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)*, pág.516

La violencia política fue una constante en la historia de las relaciones entre Estado y sociedad.¹⁸⁸ Tomando en cuenta las décadas más recientes, muy presentes por los testimonios de los participantes que todavía viven, recordemos cuatro momentos destacados en la memoria de esa represión, cada uno relativo a un sector socioeconómico distinto. En primer lugar, la matanza de San Juan en los campos mineros de Siglo XX y Llallagua, en 1967, ordenada por el general Barrientos y en el cual 87 personas fueron asesinadas. En segundo lugar, en octubre de ese mismo año, la muerte de Ernesto Guevara y la supresión de su grupo guerrillero, embajadores de la utopía revolucionaria y de la por entonces inspiradora experiencia cubana. El tercero es la masacre del Valle, en el mes de enero de 1974, escenario de la muerte a manos de los militares de Hugo Banzer de un número todavía indeterminado de campesinos cochabambinos, estimado entre 80 y 200 personas¹⁸⁹. Por último, en 1980, el asesinato de Marcelo Quiroga Santa Cruz, el senador socialista que había promovido la segunda oleada de nacionalizaciones durante el gobierno del general Ovando Candia.

Estos cuatro episodios se convirtieron en referentes de la izquierda boliviana, más aún porque se relacionaban, cada uno a su manera, con otras demandas históricas: los derechos laborales y el peso político de los mineros y de la clase obrera en general, la explotación propia de los recursos naturales y un proyecto de socialización del Estado basado en la nacionalización de los sectores estratégicos de la economía.

Con el regreso de la democracia, a comienzos de los años 80, la represión estatal cambió de naturaleza y asumió dos nuevas facetas. La primera fue el hostigamiento a los mineros y a sus poderosos sindicatos fue trasladado del enfrentamiento físico al modelo económico. Lo que décadas de violencia no habían logrado alcanzar –el debilitamiento del sindicalismo obrero– fue obtenido a partir de 1985 con el cierre o la privatización de los complejos mineros y otras empresas estatales y el despido de miles de trabajadores. Sin embargo, el sindicalismo campesino tomó el relevo del proletariado urbano: la Confederación Central Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, fundada en 1979, suplantó a su matriz, la Central Obrera Boliviana, y se fue afirmando como la principal fuerza de oposición a los designios económicos gubernamentales.

La segunda cara de la represión en democracia está relacionada con dicha evolución. Los

¹⁸⁸ Gray Molina arguye, por el contrario, que Bolivia se singularizó en el siglo XX latinoamericano por la “ausencia de violencia social y política a larga escala, guerra civil o etnocidio”, a pesar de su elevado nivel de diferenciación étnica (Cf. GRAY MOLINA, George: “Ethnic Politics in Bolivia: 'Harmony of Inequalities', 1900-2000”, CRISE Working Paper, n°15, 2007). Estamos de acuerdo en que el factor étnico no desempeñó un papel central en el origen de los principales sucesos de violencia a lo largo del siglo, aunque la existencia de algunos episodios de rebelión y represión por motivos étnicos no deba ser minorada. En cambio, la violencia política y social recurrente sí se produjo en contra de organizaciones campesinas y obreras.

¹⁸⁹ ASAMBLEA PERMANENTE DE DERECHOS HUMANOS DE BOLIVIA: *La masacre del Valle. Cochabamba, enero 1974*, 3ª edición, La Paz, 1980. Véase también VIOLA RECASENS, Andreu: “‘La política del olvido’ en un ‘país sin memoria’: la masacre del Valle (Cochabamba, 1974), veinte años después”, en GARCÍA JORDÁN, Pilar; IZARD, Miquel y LAVIÑA, Javier, *Memoria, creación e historia: luchar contra el olvido*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, pp.390-395

productores de hoja de coca del Trópico de Cochabamba, que fueron ganando influencia en la confederación sindical, se convirtieron en el blanco predilecto del acoso militar. La represión se alejó entonces de las ciudades y de las minas y se concentró en una región aislada y todavía poco poblada. Además, las justificaciones de cariz ideológico y político (el anticomunismo de las dictaduras) fueron aparentemente reemplazadas por razones de orden penal y moral (la coca como planta prohibida y destinada a la cocaína). Sin embargo, este cambio de motivaciones y de blanco acabó convirtiendo a los cocaleros del Chapare en opositores que se inscribían así en el linaje histórico de los resistentes al Estado. Un Estado que, aunque ahora democrático, seguía acumulando descrédito por sus resultados socioeconómicos mediocres y unas prácticas institucionales deficientes.

Por último, consideremos el problema de las relaciones entre Estado y sociedad desde la perspectiva de esta última. Como hemos visto, la reacción de las instituciones estatales a las reivindicaciones de la sociedad civil o a sus intentos de organización corporativa presentó a menudo un carácter violento. Por su parte, los actores sociales no estatales también interiorizaron la necesidad de firmeza en su trato con un Estado que, por falta de medios o por convicción ideológica, se veía regularmente en la imposibilidad de responder a las demandas ciudadanas. La combinación de estos dos factores provocó la multiplicación de conflictos sociales por parte de los movimientos de la sociedad civil boliviana y a la adopción del conflicto como pauta de comportamiento preferencial para obtener una respuesta de las autoridades. La incapacidad del sistema político para generar mecanismos institucionales de resolución de conflictos por vías pacíficas fue en aumento hasta comienzos del siglo XXI, lo que alimentó la frecuencia de eventos conflictivos¹⁹⁰.

Mientras tanto, el perfil de estas movilizaciones fue cambiando, sobre todo a partir del debilitamiento del sindicalismo obrero en los años 80. Con la disminución del poder de la huelga masiva como fuerza de presión, los nuevos movimientos activos en la sociedad civil –trabajadores informales, jubilados, desempleados, indígenas de las tierras bajas, campesinos del Altiplano o cocaleros, entre otros– desarrollaron métodos alternativos de movilización: recordemos las ocupaciones de terrenos por el Movimiento Sin Tierra en los departamentos orientales; los bloqueos de caminos, usuales en el Altiplano, o la precursora Marcha por el Territorio y la Dignidad, impulsada en 1990 por la entonces Confederación Indígena del Oriente, Chaco y Amazonía de Bolivia (CIDOB), que cruzó el país del Beni hasta La Paz y que inspiraría marchas subsecuentes por otros colectivos, entre ellos los cocaleros cochabambinos. Frente a estas nuevas formas de acción, las autoridades respondieron a menudo con más represión, al menos hasta que la magnitud de los enfrentamientos las obligara a entablar un frágil diálogo.

De este modo, la tensión consustancial de la relación entre Estado y sociedad parece confirmar la

¹⁹⁰ LASERNA, Roberto y VILLARROEL, Miguel: *Enero de 1970 – enero de 2008. 38 años de conflictos sociales en Bolivia*, La Paz, CERES-COSUDE-Instituto para la Democracia, 2008, pp.71-72

sentencia algo fatalista de René Zavaleta Mercado: “Bolivia, en efecto, es un conflicto y no se puede resolver sino en los términos de un conflicto y la catástrofe, de alguna manera, es la forma del carácter de la nación.”¹⁹¹ La reflexión del filósofo quizá nos sea más útil en un sentido menos metafísico, interpretando también el conflicto como la manera de hacer política por otras vías. En un país atravesado por asimetrías de varia índole, lastrado por la imperfección de los canales de expresión institucionales, bajo el influjo de cambios socioeconómicos más rápidos y profundos que en los siglos anteriores, la búsqueda de la resolución mencionada por Zavaleta Mercado —esto es, alcanzar un mayor equilibrio en la distribución del poder y de las riquezas— no podía sino pasar por disputas políticas no convencionales. Así, la expresión “ciclo rebelde” aplicada a las movilizaciones del período entre 2000 y 2005¹⁹² es cierta en una visión a corto plazo, aunque siendo más precisos podríamos considerar que se trata de la aceleración de un cadencia secular de conflictos.

Por último, aclaremos que la reflexión anterior no pretende reducir las relaciones entre Estado y sociedad o entre sus actores políticos a la única dimensión del enfrentamiento declarado entre dos entidades separadas. En los últimos años, esta perspectiva, propuesta por los estudios subalternos de Silvia Rivera¹⁹³, Xavier Albó¹⁹⁴ o el mismo Zavaleta Mercado, entre otros, ha sido en parte corregida por una nueva interpretación histórica defendida por historiadoras como Marta Irurozqui¹⁹⁵ y Pilar Mendieta¹⁹⁶. Esta nueva visión plantea que la participación política de las comunidades indígenas campesinas sólo adoptó la forma de revueltas violentas cuando los mecanismos de negociación habituales no lograron dar respuesta a cambios demasiado profundos. Como hemos afirmado en otro lugar:

“A nuestro modo ver, la perspectiva que ve a los pueblos indígenas bolivianos agazapados en la Historia, esperando el momento adecuado para subvertir la dominación blanca y occidental, parte de un presupuesto ideológicamente marcado e incluso ahistórico, al subestimar otras formas de relaciones de poder no violentas

¹⁹¹ MERCADO, René Zavaleta: “El desarrollo de la conciencia nacional”, incluido en *Obra Completa I*, La Paz, Plural, 2011 [1967], pág.208

¹⁹² Véase por ejemplo ESPASANDÍN LÓPEZ, Jesús e IGLESIAS TURRIÓN, Pablo (coords.): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007

¹⁹³ RIVERA, Silvia: ‘*Oprimidos pero no vencidos*’. *Luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980*, 4ª edición (1ª ed., 1984), La Paz, La Mirada Salvaje, 2010

¹⁹⁴ Entre otros, véase ALBÓ, Xavier: “Larga memoria de lo étnico en Bolivia, con temporales oscilaciones”, en CRABTREE, J. y otros, *Tensiones irresueltas: Bolivia, pasado y presente*, La Paz, Plural Editores, 2009, pp.19-40

¹⁹⁵ IRUROZQUI, Marta: *La armonía de las desigualdades: elites y conflictos de poder en Bolivia: 1880-1920*, Cusco, CSIC-CBC, 1994 y los aportes de la misma historiadora y de Rossana Barragán en la obra colectiva IRUROZQUI, Marta (ed.), *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú)*. Siglo XIX, Madrid, CSIC, 2005.

¹⁹⁶ MENDIETA PARADA, Pilar: *Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárate Willka y la rebelión indígena de 1899 en Bolivia*, La Paz, ASDI-IFEA-Plural-IEB, 2010 y “Política y participación indígena en Bolivia: una reflexión desde la Historia: siglos XIX-XXI”, en GREBE LÓPEZ, Horst (coord.), *Continuidad y cambio en el orden político. Las transiciones en el contexto constituyente*, La Paz, Prisma, 2008, pp.11-32

y los cambios estructurales de largo plazo que imposibilitan comparaciones apresuradas.”¹⁹⁷

El movimiento cocalero y su brazo político personifican la concomitancia de ambas tendencias: una presión sobre el Estado de un tono entre amenazante y conflictivo, con posibilidades de insurrección esporádica, pero nunca renunciando a la negociación política y al respeto por la institucionalidad allí donde es necesario. Tanto en la historia boliviana como en la realidad contemporánea, los dos elementos no son extremos irreconciliables, sino dos caras de la misma moneda. En el siguiente apartado expondremos la evolución reciente de esa institucionalidad en el ámbito político-partidario y la respectiva posición del MAS.

2.1.2 – El sistema político y sus normas institucionales

Los factores que enumeramos en los párrafos precedentes –a saber, la ciudadanía restringida, la memoria de la represión estatal y el conflicto como *modus operandi* de las organizaciones sociales– constituyen parte del sustrato sociológico de mediano y largo plazo sobre el cual se estableció un sistema político que, a pesar de algunas alteraciones, se mantuvo vigente entre 1985 y 2005. Sus tres principales características consistieron en la fragmentación de la representación popular, la formación de amplias coaliciones de gobierno y la estabilidad de los ejecutivos. Estos tres rasgos, aparentemente incompatibles, fueron impulsados por el célebre artículo 90 de la Constitución de 1967, que regía la elección del Presidente y Vicepresidente de la República. El artículo 90 establecía que, en el caso de que ninguno de los candidatos obtuviese más de la mitad de los votos en la primera vuelta de las elecciones generales, una segunda vuelta tendría lugar en el Congreso recién elegido entre los tres candidatos más votados. En los comicios de 1985, Víctor Paz Estenssoro, segundo en las urnas, salió del Parlamento como Presidente. En 1989 fue el tercer candidato, Jaime Paz Zamora, el escogido por los diputados y senadores.

Esta disposición constitucional se convirtió en la auténtica piedra angular del sistema político boliviano en su conjunto, promoviendo a cada nueva elección la creación de una mayoría legislativa de apoyo al Presidente electo. Una regla de este tipo, como señala Josep Colomer, “fomenta la formación de una mayoría compuesta por varios partidos tanto para respaldar al Presidente como para legislar en el Congreso, favoreciendo la cooperación entre ambas instituciones, la gobernabilidad y un amplio apoyo social a las decisiones políticas”¹⁹⁸, al menos en teoría. Concretamente, el artículo

¹⁹⁷ GOMES, David: “Estado, nacionalismo y exclusión ciudadana: apuntes históricos desde el caso boliviano”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, XI, 2012, pág.214

¹⁹⁸ COLOMER, Josep P.: “The Americas: General Overview” en COLOMER, Josep P. (éd.), *Handbook of Electoral System Choice*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004, pág.90

90 impulsó lo que el sociólogo Fernando Mayorga bautizó como “presidencialismo parlamentarizado (...), fruto de un peculiar mestizaje de estructuras básicas del régimen presidencialista con mecanismos parlamentaristas.”¹⁹⁹

Para Mayorga, que escribe en 2001 (antes de la debacle del sistema político-partidario), la naturaleza *sui generis* del presidencialismo boliviano en vigor de 1985 en adelante ofreció una solución a la mayoría de las críticas enunciadas contra este sistema de gobierno²⁰⁰. Así, tuvo el mérito de eliminar el riesgo de bloqueo entre el ejecutivo y el legislativo, habitual en el contexto de los presidencialismos americanos. La llave de este equilibrio residía en la cultura de pactos y de coaliciones que el artículo 90, la proporcionalidad y el multipartidismo moderado habían creado y fomentado en el funcionamiento de las instituciones políticas. La lógica centrípeta de tal sistema, afirma Mayorga, transformaba todos los partidos con representación parlamentaria en potenciales socios de coalición, pese a la existencia de distancias ideológicas o rivalidades históricas. En resumen, el modelo boliviano parecía demostrar que el multipartidismo y el presidencialismo podían coexistir sin amenazar la estabilidad democrática y la gobernabilidad, proporcionando un equilibrio en el clásico debate entre eficacia y representación²⁰¹.

A pesar de sus innegables virtudes, la forma muy particular adoptada por el presidencialismo boliviano padecía de algunos inconvenientes que se fueron intensificando. En primer lugar, la voluntad popular acababa por escoger al Jefe de Estado y al gobierno solamente de forma indirecta. La conjunción de la fragmentación del voto y de las reglas de los comicios presidenciales y legislativos no permitía que la ciudadanía tuviese la certeza de que el candidato ganador saldría elegido. Esto provocó, a largo plazo, la frustración de los electores y un déficit de legitimidad de la figura presidencial. El MAS no dejó de subrayar esa característica como una traición a la voluntad de los ciudadanos y pronto la demanda por una segunda vuelta o al menos por el fin de los arreglos poselectorales en el Congreso se hizo un lugar en el debate público.

Otro defecto del sistema político consistía en el hecho de que la formación de las coaliciones casi nunca se basaba en afinidades programáticas, sino en una visión patrimonial del Estado. Los partidos que se adherían a los pactos de gobierno recibían puestos en el ejecutivo, como es natural; pero también se veían recompensados con nombramientos de altos cargos en las empresas estatales,

¹⁹⁹ MAYORGA, Fernando: “Presidencialismo parlamentarizado y gobiernos de coalición en Bolivia”, en LANZARO, Jorge (comp.), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pág.106

²⁰⁰ Véase, entre otros, LINZ, Juan y VALENZUELA, Arturo (eds.): *The Failure of Presidentialist Democracy*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1994, o MAINWARING, Scott: “Presidentialism, Multiparty Systems, and Democracy: The Difficult Equation”, Working Paper n°144, Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies, 1990

²⁰¹ MUÑOZ-POGOSSIAN, Betilde: *Electoral Rules and the Transformation of Bolivian Politics. The Rise of Evo Morales*, New York, Palgrave Macmillan, 2008, pp.188 y 194

embajadas en el extranjero y miles de empleos públicos para sus militantes²⁰². Para la mayoría de la población, las coaliciones representaban un reparto clientelista de los fondos públicos.

En tercer lugar, las únicas afinidades programáticas que existieron se concretaron en un consenso entre los tres principales partidos (Movimiento Nacionalista Revolucionario [MNR], Acción Democrática Nacionalista [ADN] y Movimiento de Izquierda Revolucionario [MIR]) sobre la necesidad de reformar el país de acuerdo con los preceptos neoliberales del Consenso de Washington. Con todo, la liberalización general de la economía –un postulado tan legítimo como cualquier otro– se hizo a costas de los niveles de empleo formal y de protección social y afectó principalmente a los más desfavorecidos. En consecuencia, el regreso de la democracia y de los derechos políticos acabó coincidiendo con un estancamiento de las condiciones socioeconómicas y de los derechos sociales. Del mismo modo, la democracia de electores no llegó a transformarse en democracia de ciudadanos, como rezaba la célebre fórmula del informe publicado en 2004 por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)²⁰³.

Por otro lado, la singularidad del presidencialismo boliviano engendraba una perniciosa paradoja para el equilibrio entre los poderes. El inconveniente radicaba en que el Parlamento sólo ejercía la cuota de poder que le correspondía como instancia nacional de representación popular entre la primera vuelta de la elección presidencial y la segunda vuelta en el Congreso. Una vez que la mayoría legislativa y de gobierno se hubiesen constituido, el Parlamento se convertía *de facto* en un subordinado del ejecutivo. Por lo tanto, el sistema reforzaba su faceta presidencial en detrimento del papel de la asamblea legislativa, supuesto guardián de la soberanía popular y cuya imagen resultó perjudicada. La reforma del sistema electoral de 1994/1996, que abordaremos dentro de poco, fue un intento de cambiar esta imagen. Por otra parte, el empeño opositor de los cuatro diputados del MAS (todavía bajo el nombre de Izquierda Unida) a partir de 1997 les permitió granjearse una fama de combatividad en una Cámara de Diputados poco activa y considerada alejada de las preocupaciones populares. Señalemos que entre 1996 y 2004 las encuestas del Latinobarómetro registraban un índice de aprobación del Congreso muy reducido, y además con tendencia descendiente²⁰⁴.

Asimismo, la jerarquía de las decisiones en el seno de los partidos contribuía a agudizar el descontento de los ciudadanos en cuanto a la actividad del Congreso. En efecto, el rígido control de los jefes históricos de las tres principales formaciones sobre su estructura partidaria provocaba un

²⁰² Después de cada elección, era frecuente la formación de largas colas de militantes exigiendo un trabajo frente a la sede de su partido, a veces de manera violenta.

²⁰³ PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO [PNUD]: *La Democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, 2ªed., Buenos Aires, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara, 2004

²⁰⁴ De 21% en 1996 a un mínimo de 13% en 2003. Cf. LATINOBARÓMETRO, 1996-2005. Véase también ZOVATTO, Daniel: “Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada en la Región Andina: 1996-2004”, en SAMPLE, Kristen y ZOVATTO, Daniel (eds.), *Democracia en la Región Andina, los telones de fondo*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2005, pp.13-29

papel marginal de los diputados y senadores –muchos de ellos desconocidos para los ciudadanos– en la propuesta, discusión y aprobación de las leyes.

Simultáneamente, la preponderancia desmedida del Presidente de la República aumentaba aún más estas anomalías en el funcionamiento de las formaciones partidarias, en particular debido a su triple función de Jefe de Estado, de gobierno y de partido. Como resalta Jorge Lazarte, “la personalización de la Presidencia y la acumulación de las tres jefaturas en países neopatrimoniales y poco institucionalizados acentúan la fragilidad de las estructuras partidarias y las hace excesivamente dependientes del 'jefe'.”²⁰⁵ Un rasgo que Evo Morales ha incluso acentuado al acumular un cuarto puesto, el del sindicalismo cocalero.

Este conjunto de problemas se fue agravando y acabó por contribuir de manera significativa a la crisis del sistema de partidos que estalló en 2002. Crisis que, asociada a la depresión económica y a la agitación social, pronto se convirtió en crisis del sistema político y del Estado. La multiplicación de los conflictos sociales y la correspondiente movilización popular ilustraban una cuarta característica del sistema político boliviano: la erosión de la función representativa del Congreso –y a la vez de su prestigio– y la emergencia de una nueva correlación de fuerzas política, establecida en las calles directamente entre los movimientos sociales y el Estado. Una nueva correlación de fuerzas que, a medio plazo, implicaría el desmantelamiento del presidencialismo parlamentarizado que había caracterizado la política boliviana durante cerca de dos décadas.

2.1.3 – El sistema partidario

Reflexionando sobre la relación entre partidos y democracia en América Latina, el politólogo chileno Manuel Garretón señala que a comienzos del siglo XXI la esfera política había desatendido repetidamente las dimensiones de satisfacción de los intereses de los ciudadanos y de proyecto colectivo común y se había limitado a su tercera dimensión histórica: la actividad política profesional, a través de los partidos políticos. Por consiguiente, para la ciudadanía, los fracasos de la democracia derivaban de los defectos de las formaciones partidarias, acusadas de adueñarse del Estado en provecho propio y en detrimento de las expectativas populares²⁰⁶. A la vuelta del siglo, este diagnóstico puede aplicarse sin grandes matices al panorama de los partidos bolivianos.

²⁰⁵ LAZARTE, Jorge: “Reforma electoral en Bolivia”, en ZOVATTO, Daniel y OROZCO HENRÍQUEZ, J. Jesús (coord.), *Reforma política y electoral en América Latina: 1978-2007*, México, UNAM - IDEA, 2008, pp.290-291

²⁰⁶ GARRETÓN, Manuel Antonio: “La indispensable y problemática relación entre partidos y democracia en América Latina”, en PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO [PNUD], *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos : contribuciones para el debate*, Buenos Aires, Aguilar ; Altea ; Alfaguara, 2004, pág.80

Entre 1985 y 2002, este panorama se caracterizó por un multipartidismo moderado centrado en tres partidos: el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Acción Democrática Nacionalista (ADN) y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). El primero se presentaba como el único partido de masas boliviano, aquél que había dirigido la Revolución de 1952 y gobernado el país hasta el golpe militar de 1964. ADN, por su parte, era el vehículo político personal del general Hugo Banzer, presidente *de facto* entre 1971 y 1978. El MIR, oriundo de la extrema izquierda, moderó su ideología y orientó su discurso hacia el centro tras el descalabro de la coalición de izquierda en el poder entre 1982 y 1985. Asimismo, es imposible disociar estas tres formaciones de sus respectivos líderes: Víctor Paz Estenssoro y luego Gonzalo Sánchez de Lozada, en el caso del MNR; el ya citado Hugo Banzer de ADN, y Jaime Paz Zamora del MIR. La personalización de cada partido alrededor de estas figuras no debe ser subestimada: la correspondencia no era sólo jerárquica, sino casi ontológica. Por ejemplo, la muerte de Hugo Banzer en 2002 firmó el certificado de defunción política de ADN²⁰⁷.

Fueron estos tres partidos los que, con la ayuda de aliados puntuales, dominaron las cuatro legislaturas en cuestión (1985-1989, 1989-1993, 1993-1997 y 1997-2002) y lograron imponer a uno de sus candidatos en la quinta (2002-2005). Los totales acumulados del trinomio en las cuatro primeras elecciones mencionadas se sitúan en una horquilla entre 73% y 57% del total de votos válidos y de entre 85% y 63% de los escaños en la Cámara de Diputados, a pesar de una tendencia descendiente a partir de 1993. No es de extrañar que los cuatro presidentes elegidos en este intervalo de tiempo saliesen de sus filas. Notemos, sin embargo, que el porcentaje obtenido por el vencedor de la votación –que, como ya observamos, no siempre llegó a la presidencia– nunca fue más allá de 35,55% (Sánchez de Lozada, en 1993) y solía ser bastante menor. En 1997, Hugo Banzer salió ganador y llegó a la jefatura del Estado con poco más de 22% de los votos.

Con todo, la rivalidad electoral entre estos tres partidos, exacerbada en períodos de campaña, nunca impidió la constitución de alianzas de gobierno entre ellos, aun las más improbables. Estimulados por las características del sistema político que hemos dibujado *supra*, estaban de alguna manera condenados a entenderse. Uno de los ejemplos más ilustrativos sucedió en 1989, cuando ADN alcanzó un acuerdo con el MIR para que el candidato de este partido, Jaime Paz Zamora, ocupara la Presidencia, acompañado por un vicepresidente proveniente de ADN y a la cabeza de un ejecutivo mixto con una ligera mayoría de ministros “adenistas”.

El entendimiento era todo menos natural, puesto que Hugo Banzer había perseguido el MIR durante su dictadura en los años 70 y asesinado a varios de sus militantes. Paz Zamora, con una expresión famosa, definió el acuerdo como una manera conciliadora de “cruzar los ríos de sangre”

²⁰⁷ Este rasgo no era exclusivo a los principales partidos: en 1997, la muerte de Carlos Palenque, fundador de Conciencia de Patria (CONDEPA), provocó la desaparición de un partido que en las elecciones de ese mismo año alcanzó más de 17% de los votos, eligiendo 19 diputados y 3 senadores. En las siguientes elecciones generales, obtuvo un 0,4%.

provocados por la represión militar. Por otro lado, era también una manera de arrebatarse la presidencia al MNR de Sánchez de Lozada, vencedor en las urnas. Estos dos bloques, compuestos por el MNR de un lado y por la alianza de ADN y del MIR del otro, durarían hasta 2002. Ese año, y por segunda vez en trece años, el MIR tendió la mano a un enemigo abominado y decidió participar en el segundo gobierno de Sánchez de Lozada. Durante la vigencia de este sistema de partidos, el conflicto abierto y la estrecha cooperación nunca estuvieron muy lejos el uno de la otra.

Para el electorado, este tipo de acuerdos y otros semejantes envolviendo a pequeños partidos levantaban muchas sospechas en cuanto a la coherencia ideológica y programática de las formaciones partidarias y sus propuestas electorales. En realidad, aunque se revelasen necesarios para la estabilidad gubernamental, los pactos erosionaron poco a poco la confianza de los ciudadanos en la integridad de los partidos y, por consiguiente, en la credibilidad general del sistema de partidos. La democracia pactada fue adquiriendo una connotación cada vez más peyorativa.

Además de las deficiencias de la política de pactos, coexistieron otros factores que también alimentaron la desconfianza de los electores hacia el círculo de partidos. Primero, las condiciones de firma de estas alianzas, negociadas exclusivamente por los jefes de los partidos, se relacionaban con las carencias de democracia interna en el seno de la casi totalidad de las organizaciones partidarias. Los problemas de democracia interna también asomaban de forma flagrante en el proceso de selección de candidatos a cualquier tipo de elección, que se resumía a una imposición por parte de la camarilla dirigente de los partidos. La Ley de Partidos Políticos, aprobada en 1999, pretendía poner término a esta situación. Sin embargo, los efectos prácticos de esta ley fueron muy limitados. El poder casi absoluto siguió siendo monopolizado por los líderes de cada partido, en detrimento de las bases militantes, lo que alejó aún más al ciudadano común de la esfera política y partidaria²⁰⁸. En el caso del MAS, al menos en sus primeros años, sus procesos internos eran más democráticos, en buena medida debido a su origen sindical campesino. Para una parte del electorado, esto contribuyó a diferenciarlo de las otras organizaciones partidarias.

Otra de las causas detrás de la decadencia gradual del sistema partidario fue la percepción creciente de la dimensión patrimonial como base de las relaciones entre los partidos y el Estado. La primacía de los intereses particulares de cada organización se fue acentuando, mientras los partidos cumplían cada vez menos su papel de intermediarios entre la sociedad y el Estado. Al mismo tiempo, este parasitismo entorpecía una gestión eficaz de la cosa pública y minaba los esfuerzos reformadores de los sucesivos gobiernos. Como ha subrayado René Mayorga, “las prácticas patrimonialistas de los

²⁰⁸ MAYORGA, René Antonio: “La crisis del sistema de partidos políticos: causas y consecuencias. Caso Bolivia”, en KORNBLITH, Miriam y otros, *Partidos políticos en la Región Andina: entre la crisis y el cambio*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2004, pp.37-39

partidos vulneraron y erosionaron los avances institucionales de la democracia”²⁰⁹.

No es de extrañar que el déficit de capacidad representativa de las formaciones tradicionales creara las condiciones para la eclosión y el desarrollo de partidos que se presentaban como antisistémicos. Ya hemos mencionado el caso de Conciencia de Patria (CONDEPA), muy presente durante una década en las regiones aymaras del noroeste del país, alrededor de La Paz y El Alto. Se trataba de un partido personalista centrado en la imagen carismática de Carlos Palenque y apoyado por el grupo mediático que este poseía. CONDEPA fue uno de los primeros partidos en privilegiar un acercamiento étnico a la política, que dio sus frutos: conquistaron la alcaldía de La Paz en 1991 y gravitaron en torno a 15% en las elecciones generales entre 1989 y 1997. En 1989 apoyaron la elección de Paz Zamora y participaron en el gobierno de Hugo Banzer y Jorge Quiroga entre 1997 y 2002.

La Unión Cívica Solidaridad (UCS), fundada en 1988 por el empresario Max Fernández, también ocupó un lugar importante en la escena política y electoral a lo largo de los años 90. Este partido logró prosperar gracias a la personalidad de su líder y a los lazos clientelistas de su empresa, la Cervecería Boliviana Nacional, el principal productor de cerveza del país. Sus porcentajes nacionales (13,77% en 1993, 16,1% en 1997 y 5,5% en 2002) convertían a este partido sin ideología clara en un socio apetecible para la conformación de mayorías parlamentarias. Así sucedió en todas las legislaturas de ese período: UCS participó en las mayorías y en los gobiernos ininterrumpidamente –y sin escrúpulos ideológicos– de 1993 hasta 2003²¹⁰. Su progresión fue frenada tanto por la rivalidad con CONDEPA, que se dirigía a la misma franja del electorado, como por la muerte de Max Fernández, en 1995. Ambos partidos se presentaban como la voz de los desamparados del neoliberalismo y de la negligencia estatal, pero sus ofertas de obras públicas y de subsidios a los más desfavorecidos acabaron reforzando la tendencia clientelista en la gestión de lo público, extendiendo la práctica de cambio de votos por empleos, infraestructura o favores.

El último caso fue el de Nueva Fuerza Republicana (NFR), creada en 1995 y destinada a ser el vehículo regional de Manfred Reyes Villa, un antiguo dirigente de ADN, alcalde de Cochabamba de 1993 y 2000 y más tarde prefecto del departamento con el mismo nombre, de 2006 a 2008. Moviéndose entre el centro-derecha durante los años 90 y la izquierda nacionalista pocos años después, Reyes Villa logró convertirse en un actor nacional en 2002, cuando quedó tercero en las presidenciales, con más de 20% de los sufragios. Antes, en 1997, NFR había firmado un acuerdo preelectoral con ADN, logrando varios escaños uninominales en su feudo de Cochabamba y participando en el gobierno de coalición. En agosto de 2003, un año después de haber denunciado un

²⁰⁹ *Ib.*, pág.41

²¹⁰ Según Sánchez de Lozada, a cambio del apoyo parlamentario de UCS en 1993, Max Fernández le habría pedido flexibilidad en el pago de impuestos atrasados de su compañía cervecera. Solicitud a la que el nuevo presidente accedió. Cf. MUÑOZ-POGOSSIAN, Betilde, *op.cit.*, pp.88-89

fraude electoral y boicoteado la elección del presidente en el Congreso, NFR se incorporó al frágil ejecutivo de Sánchez de Lozada, que sería obligado a dimitir dos meses después.

Como se puede observar, el carácter inicialmente antisistémico de estas organizaciones fue domesticado en poco tiempo por la dinámica centrípeta del sistema de partidos, que logró integrarlos a la lógica de pactos a través de concesiones programáticas, pero sobre todo gracias al reparto de cargos en la administración pública y el ejecutivo. Esta tendencia supuso “la convergencia de los partidos hacia un centro ideológico donde convivían la democracia representativa y el neoliberalismo económico.”²¹¹ El mismo especialista del fenómeno populista boliviano subraya, en el mismo texto, este hecho fundamental del sistema de partidos hasta 2003: “La irrupción de los partidos neopopulistas no puso en entredicho la tendencia hegemónica del neoliberalismo democrático; al contrario, esta tendencia fue reforzada porque ambos partidos [CONDEPA y UCS, pero podríamos añadir NFR] se adaptaron a la lógica de pactos.”²¹²

Tal hecho provocó que la izquierda boliviana –la tradicional, traumatizada por la experiencia de 1982-85, y la neopopulista– desapareciera casi por completo del sistema de partidos, refugiándose en la sociedad civil y en nuevas organizaciones sindicales campesinas e indígenas²¹³. Fue en este contexto en el que se abrió un espacio para la representación institucional de estas fuerzas, que no tardaría en ser ocupado por el MAS.

Otro de los efectos paralelos de las insuficiencias de los partidos como instancias de mediación y representación social fue el florecimiento de organizaciones sociopolíticas no partidarias: sindicatos obreros y campesinos, pueblos indígenas, comités autonómicos, asociaciones de vecinos, etc. Estas organizaciones lograron condicionar la acción gubernamental y algunas de ellas decidieron aventurarse en el terreno de la actividad partidaria, a fin de influir directamente en las decisiones políticas. El MAS fue el resultado de una de esas aventuras, beneficiándose de este triple movimiento de hegemonía del neoliberalismo, vacío de representación en la izquierda y revitalización de la sociedad civil no partidaria.

Concluyendo, podemos adoptar sin reparos la caracterización que hace Francisco Herrero del sistema de partidos boliviano hasta las elecciones generales de 2005:

“(…) el sistema de partidos boliviano bien puede verse como un sistema partidario de carácter altamente caudillista, excluyente, con amplia vocación reformadora pero con poca capacidad para auto-reformarse, que con el correr del tiempo fue olvidando funciones esenciales inherentes al mismo, como las de intermediación,

²¹¹ MAYORGA, Fernando: “Partidos políticos y democracia en Bolivia”, pág.11, versión española (disponible en <http://mayorga.pieb.com.bo>) de “Enlargement of Democracy and Changes in the Bolivian Party System” en LAWSON, Kay y LANZARO, Jorge, *Political Parties and Democracy. Vol.I: the Americas*, Santa Barbara, Praeger, 2010, pp.73-100

²¹² *Ib.*, pág.12

²¹³ ARCE, Moisés y RICE, Roberta: “Societal Protest in Post-Stabilization Bolivia”, *Latin American Research Review*, vol.44, n°1, 2009, pp.88-101

Fue en este contexto, en el que el sistema partidario mostraba preocupantes señales de agotamiento y la movilización callejera empezaba a ocupar un espacio importante en el escenario político, que los partidos decidieron llevar a cabo la reforma electoral de 1994, creando las circunscripciones uninominales para la elección de cerca de mitad de los diputados. Casi al mismo tiempo, se lanzó otra reforma de gran envergadura que también tendría importantes consecuencias en la posición del MAS en el sistema político-partidario: la Ley de Participación Popular, que impulsaba la descentralización administrativa, canalizando más fondos para los municipios y estableciendo la elección popular de los alcaldes. El siguiente apartado tratará brevemente de estas dos reformas.

2.1.4 – Reformas electorales y descentralización

Tras la reforma de la Constitución en 1994 y la aprobación de la Ley Electoral 1704 de 1996 que la precisó, Bolivia abandonó el grupo de países con sistemas proporcionales tradicionales e ingresó en lo que los especialistas en la cuestión denominan un sistema mixto de tendencia proporcional por compensación²¹⁵. De inspiración alemana, y con una arquitectura final muy semejante al modelo germánico, la Ley 1704 perseguía, desde el punto de vista estrictamente electoral, tres objetivos: reducir la relativa dispersión del voto y de los escaños, limitar la elevada volatilidad electoral y separar de una forma más nítida los sufragios legislativos y presidenciales. Estos tres objetivos fracasaron²¹⁶.

Otro de los argumentos de los defensores de la elección de diputados en circunscripciones uninominales suele ser el fortalecimiento del vínculo entre los electores y sus representantes y la disminución del peso del aparato partidario en la definición de las orientaciones políticas del Parlamento. En el caso boliviano, la designación a dedo y a menudo lejos de su ciudad de origen de los candidatos uninominales por las cúpulas dirigentes impidió la consecución de ambos propósitos.

Resulta sorprendente constatar que las fuerzas políticas hayan llegado a un acuerdo para cambiar de manera significativa el régimen electoral precisamente cuando el modelo boliviano era apreciado

²¹⁴ HERRERO, Francisco: “Sistemas de partidos y desarrollo. El caso de Bolivia”, en GUERRA-GARCÍA, Gustavo y SAMPLE, Kristen, *La política y la pobreza en los países andinos*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2007, pág.152

²¹⁵ SHUGART, Matthew y WATTENBERG, Martin (eds.): *Mixed-Member Electoral Systems: the Best of Both Worlds ?*, New York, Oxford University Press, 2001, pág.598

²¹⁶ El número efectivo de partidos (tanto electoral como parlamentario) aumentó significativamente entre las legislaturas de 1993 y 1997 y estabilizó en 2002. La volatilidad, por su parte, fue en vertiginoso aumento de 1993 hasta 2002. Cf. PÉREZ MENDIETA, Javier Gustavo: *Bolivia. Elecciones presidenciales y legislativas (1993-2009)*, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, s/f

en el contexto latinoamericano por sus garantías de estabilidad, con los principales partidos alternándose en el poder sin permitir el ascenso de alternativas radicales y en un momento en que todavía no había señales claras de las futuras crisis políticas y sociales. Alan Renwick, en su trabajo sobre las más recientes reformas electorales en las democracias occidentales, concluye que “la idea tradicional según la cual las reformas electorales sólo ocurren como respuesta a rupturas sistémicas debe ser rechazada.”²¹⁷ Como alternativa, el mismo autor admite la posibilidad de que los responsables políticos decidan consensuar cambios, conservando su control sobre el proceso y su contenido. Sin embargo, en el caso de una reforma tanto por ruptura como por consenso, es necesaria una tensión previa sobre el sistema político y su régimen electoral. A comienzos de los años 90 ese contexto de incertidumbre electoral constante no parecía existir en Bolivia.

Si una reforma no era urgentemente necesaria y si el formato escogido no parecía capaz de corregir los defectos del sistema político, ¿cómo explicar dicha iniciativa? Sus motivaciones parecen residir en el fenómeno señalado por Eduardo Leaño, para quien “los criterios para incluir alguna norma o excluir otra han estado siempre (...) en relación con las ventajas y desventajas que esperan y calculan las organizaciones políticas.”²¹⁸ Así, considerando la instrumentalización que los partidos tradicionales hacían de los otros aspectos del sistema político, la motivación más evidente para efectuar la reforma de 1996 parece haberse basado en las ventajas electorales que los partidos tradicionales esperaban obtener de las circunscripciones uninominales²¹⁹.

Pero, a la vista de los acontecimientos posteriores, hay una pregunta que sigue sin respuesta clara: ¿todas las posibles repercusiones fueron debidamente ponderadas por los partidos? ¿O será que los parlamentarios se comprometieron con una huida hacia adelante en que la visibilidad de la reforma importaba más que su contenido e hipotéticas consecuencias, sin sopesar de forma adecuada el cambiante contexto político, social y étnico del país? Los elementos disponibles nos llevan a inclinarnos por la segunda opción²²⁰. En todo caso, es evidente que en el caso boliviano las guerrillas electorales entre los partidos y las conveniencias de las mayorías parlamentarias se antepusieron a la institucionalización, tanto de la fórmula de reparto de escaños como del sistema electoral en su conjunto.

²¹⁷ RENWICK, Alan: *The Politics of Electoral Reform: Changing the Rules of Democracy*, Cambridge, CUP, 2010, pág.10

²¹⁸ LEAÑO ROMÁN, Eduardo: *Sistemas electorales en Bolivia. La conversión de votos en cargos del Ejecutivo y Legislativo*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2005, pág.102

²¹⁹ Los departamentos menos poblados, como Pando, Beni y Tarija, salieron favorecidos por la desproporción entre el valor real de cada papeleta uninominal. No es sorprendente que cada uno de esos departamentos fuera dominado por un partido sistémico, que ahí se refugiaron después de la desagregación del sistema de partidos.

²²⁰ La experiencia boliviana parece adecuarse a la conclusión de Remmer, que afirma lo siguiente: “(...) los cambios en las instituciones electorales pueden provocar volatilidad que, a su vez, crea incentivos y oportunidades para más reformas electorales (...), estableciendo las condiciones para un ciclo autosostenido de desequilibrio institucional y de creciente inestabilidad electoral.”, REMMER, Karen: “The Politics of Institutional Change. Electoral Reform in Latin America, 1978-2002”, *Party Politics*, vol.14, nº5, 2008, pág.23

A pesar de –o acaso debido a– este panorama bastante sombrío, en el transcurso del mandato de Jaime Paz Zamora (1989-1993) empezó a generarse un consenso entre las principales fuerzas políticas sobre la necesidad de reformar el funcionamiento del Estado en distintos rubros. Entre ellos se incluían la independencia del poder judicial, la descentralización administrativa y algunos aspectos del sistema electoral, como la ya citada creación de los diputados uninominales o el modo de nombramiento de la Corte Nacional Electoral.

El largo proceso de negociación y aprobación de estas reformas duró tres legislaturas, como estipulaba la Constitución, y recibió el apoyo de los tres partidos centrales. Aunque es probable que este conjunto de medidas se hubiese llevado a cabo más por un afán de autopreservación que por una voluntad sincera de mejorar los mecanismos democráticos e institucionales defectuosos, el consenso en torno a las reformas de los años 90 sugiere que el sistema político tenía la capacidad de corregir sus propios excesos. Por consiguiente, planteamos la posibilidad de que el desmoronamiento del sistema de partidos no ocurrió *a pesar* de las resistencias al cambio por parte de los partidos sino que, al contrario, fueron estas medidas de apertura relativas a la representación política las que *contribuyeron* a las mutaciones institucionales de comienzos del siglo XXI²²¹.

La insatisfacción ciudadana siguió aumentando debido al hecho de que dichas medidas tuvieron efectos mayormente formales y no cambiaron de manera fundamental el proceso decisorio de los poderes estatales ni el contenido concreto de las políticas públicas. Decepcionados por los débiles efectos de las reformas²²², los sectores populares acogieron esta tendencia a la apertura como una invitación a exigir todavía más, incluso en la esfera de la participación ciudadana. Desde nuestro punto de vista, la introducción del sistema mixto (el cual, subrayamos, permitió la entrada del futuro MAS en el Parlamento) participa de este movimiento paralelo de apertura controlada por los partidos y de intento popular de infiltrarse en la brecha de las reformas institucionales y luego extenderlas.

Consideramos, por lo tanto, que se trata de un momento de transición entre las dos tendencias. La reforma electoral no poseía por sí sola suficiente impacto, en el marco del sistema de partidos vigente en los años 90, como para contrariar los problemas provocados por la reducción de las diferencias programáticas e ideológicas entre los partidos sistémicos, la patrimonialización del Estado y el alejamiento entre electores y representantes. Pero sí que abrió una ventana de oportunidad para la resolución de esas deficiencias impulsando una redefinición de la arquitectura partidaria y, a partir de ahí, de las prácticas políticas y de la propia vida democrática en su conjunto.

²²¹ Scott Mainwaring defiende una premisa semejante para el conjunto de países andinos, empleando la fórmula “paradoja de la representación”. Cf. MAINWARING, Scott: “The Crisis of Representation in the Andes”, *Journal of Democracy*, vol.17, nº3, 2006, pp.13-27

²²² Según los datos de Latinobarómetro, la confianza en el Congreso mejoró ligeramente tras la aprobación de la reforma, pasando de 21% en 1996 a 31% el año siguiente –el primero con diputados uninominales en la Cámara– para luego volver a bajar y tocar fondo en los años 2003 y 2004.

Regresando a finales de los años 90, observemos más de cerca cuáles fueron las consecuencias inmediatas y a medio plazo de la nueva ley electoral y las otras reformas del sistema electoral sobre la estructura político-partidaria que describimos antes y, en particular, sobre las posibilidades del MAS. En primer lugar, recordemos que de los cuatro nuevos partidos que lograron interponerse entre el juego tripartito de la política nacional boliviana –CONDEPA, UCS, NFR y el MAS–, todos (aunque UCS en menor medida) compartían un rasgo esencial: el carácter regional de sus resultados electorales. Parece evidente que la tendencia a la regionalización del voto salió reforzada con la reforma de 1996 y persiste hasta hoy en día²²³.

No obstante, hay que notar que en los años siguientes aquellos partidos que aprovecharon los cambios en las reglas electorales para asentar su dominio en sus respectivas áreas de influencia, casos del MAS y de NFR (y también, aunque de modo efímero, del Movimiento Indígena Pachakuti [MIP]), dieron un giro nacional a sus ambiciones. La presencia en el Congreso les proporcionó una visibilidad que antes no poseían y les permitió aspirar a otras metas. Regionalización, sí, pero con una decisiva resonancia nacional.

Aún en el terreno de las novedades relacionadas con el sistema mixto, notemos la aparición de un fenómeno que vendría a perdurar largos años en el panorama político: la oposición, variable pero clara, entre voto urbano y voto rural. Esa discrepancia tuvo inicio en Cochabamba en 1997 y se extendió a las regiones restantes en las siguientes elecciones. Izquierda Unida ganó en 12 de las 16 provincias cochabambinas, pero en la capital departamental, que representaba casi la mitad de los votos válidos, no fue más allá de 3,7%. Oviedo Obarrio, en un artículo de 2010, confirma esa tendencia analizando los porcentajes de voto del MAS y su variación según la distancia hacia los centros urbanos²²⁴.

Otro cambio menos visible en la esfera electoral pero tan relevante como la implementación de un sistema mixto fue el considerable aumento del número de votantes inscritos. Tras décadas de exclusión, en buena parte por cuestiones de documentación, cientos de miles de personas figuraban por primera vez en los cuadernos electorales. Entre 1989 y 2002 el porcentaje de inscritos casi se duplicó, mientras la población total creció tan sólo 30% en el mismo período. El resultado fue que, en 2002, de cuatro millones y medio de ciudadanos mayores de 18 años, más de cuatro millones estaban inscritos en el padrón electoral²²⁵.

²²³ CENTELLAS, Miguel: “Electoral Reform, Regional Cleavages, and Party System Stability in Bolivia”, *Journal of Politics in Latin America*, vol.1, n°2, 2009, pp.115-131

²²⁴ OVIEDO OBARRIO, Fernando: “Evo Morales and the Altiplano: Notes for an Electoral Geography of the Movimiento al Socialismo, 2002-2008”, *Latin American Perspectives*, vol.37, n°3, mayo 2010, pp.95 y 104. Véase también ZUAZO, Moira: *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia*, 2ª edición, La Paz, Fundación Ebert, 2009

²²⁵ TSE; PNUD Bolivia e IDEA: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)*, pp.516-526 y datos demográficos del Instituto Nacional de Estadística, disponibles en www.ine.gob.bo

Pero lo verdaderamente significativo respecto a estos nuevos votantes no fue sólo su cantidad, sino su procedencia y extracción social. En cuanto a la primera, los datos indican que el departamento con el mayor incremento del porcentaje de inscritos con relación a su población total fue, quizá sin sorpresa, Cochabamba, seguido de Santa Cruz y Tarija. En lo que se refiere a la extracción social, la ausencia de estudios sólo permite hacer suposiciones, pero es probable que los nuevos electores fuesen en su mayoría personas de bajos ingresos, habitantes de zonas rurales del Altiplano y los valles centrales, así como migrantes internos instalados en la periferia de las capitales departamentales en Occidente y Santa Cruz.

Este fenómeno constituyó una oportunidad política decisiva pero pocas veces tomada en cuenta: al fin y al cabo, se trataba de una masa considerable de votantes, depositando sus sufragios por primera o segunda vez, muchos de ellos jóvenes sin fidelidades partidarias que habían crecido bajo el rumor permanente del descrédito de la democracia pactada y con pocas perspectivas de prosperidad económica y ascensión social. Bajo estas condiciones, cabía al MAS saber aprovechar la eventual predisposición de los nuevos electores a rechazar en bloque las prácticas políticas de la democracia pactada y poner en entredicho el sistema político del presidencialismo parlamentarizado. Más que a los electores de las circunscripciones del Trópico de Cochabamba, que por razones de adhesión sindical constituían una reserva casi garantizada de votos, sospechamos que el enmarcamiento del discurso del MAS debió dirigirse a este sector del electorado, al menos en una primera fase. La tendencia a la ruralización de su electorado en los comicios de 2002 parece confirmar esta hipótesis.

Por fin, la contextualización de los condicionantes políticos no estaría completa sin una referencia a la Ley de Participación Popular (LPP), promulgada en 1994. Esta ley extendía la elección de los alcaldes por voto universal a los municipios rurales, una facultad hasta entonces reservada a las ciudades. Por otro lado, delegaba más competencias a los municipios y les atribuía un porcentaje significativo (20%) de los recursos financieros del Estado, a lo que luego se añadieron otras vías de financiación. Además, estipulaba las condiciones para la elaboración participativa de los planes de desarrollo municipales y reservaba a las organizaciones territoriales de base –la sociedad civil organizada– un rol de supervisión sobre el funcionamiento de las nuevas autoridades locales a través de los comités de vigilancia.

Para muchos ciudadanos rurales, instalados en zonas aisladas y desatendidas por el gobierno de La Paz, las nuevas administraciones municipales constituían el primer contacto con las instituciones estatales, bajo un formato que permitía alguna participación directa de los vecinos o a través de asociaciones comunitarias, algo inconcebible a escala nacional. Además, como señala Van Cott en su valioso estudio sobre los gobiernos municipales indígenas en Bolivia y Ecuador, los fondos disponibles para los municipios fueron creciendo hasta alcanzar 40% del total de la inversión pública

boliviana en 2004²²⁶.

Los nuevos consistorios, en particular aquellos de regiones más marginadas pero dotadas de fuertes vínculos entre sus pobladores, se convirtieron en un escenario central del ejercicio de la ciudadanía activa y constituyeron un caldo de cultivo ideal para el surgimiento de alternativas locales a las organizaciones partidarias tradicionales. El exponente máximo de esa realidad fue el Trópico de Cochabamba, donde coincidían servicios públicos incipientes, una red sindical consolidada y, tanto o más importante, un partido recién formado: la Asamblea de Soberanía de los Pueblos (ASP), que fue expresamente creado por los productores de coca y otros sectores campesinos para participar como su “instrumento político” en los comicios municipales de 1995. La ASP, bajo el registro de Izquierda Unida (IU), obtuvo tan sólo 3% del total nacional de votos, pero logró elegir 10 alcaldes y 49 concejales en los 45 municipios del departamento de Cochabamba²²⁷, casi todos en el Chapare.

Las victorias de los productores de coca en “sus” municipios cochabambinos y la obtención de responsabilidades locales –con diferentes grados de éxito en sus gestiones– contribuyeron a proporcionar una valiosa experiencia política a una cantidad importante de líderes partidarios, especialmente teniendo en cuenta las prácticas de gobierno importadas del mundo sindical, como la rotación en el cargo con los suplentes tanto en la alcaldía como en el comité de vigilancia²²⁸. Dicha experiencia destacaba no sólo por la mencionada cantidad de dirigentes que en ella hicieron su aprendizaje político, sino también por su estricta obediencia a la voluntad de sus bases a través del control sindical, lo que los diferenciaba de los hábitos de los demás partidos y dificultaba apropiaciones indebidas de bienes públicos²²⁹. Además, el ejercicio del poder local otorgó más crédito a la novedosa apuesta partidaria de los campesinos y les permitió establecerse como una fuerza no despreciable en el panorama regional. Asimismo, los gobiernos municipales fueron el primer paso de los cocaleros y sus aliados en las instituciones políticas, que solía ser considerado en el Occidente rural como un enemigo. Otros pasos en esa senda se seguirían, aunque nunca sin abandonar las vías extrainstitucionales, una estrategia de doble cara que acabaría por dar sus frutos.

Recapitemos lo dicho hasta aquí sobre el contexto político-institucional, aprovechando para integrar los distintos elementos en un panorama histórico más abarcador e identificando tendencias de fondo.

En las postrimerías del siglo, las circunstancias políticas e institucionales de la realidad boliviana

²²⁶ VAN COTT, Donna Lee: *Radical Democracy in the Andes*, Cambridge, CUP, 2008, pág.45

²²⁷ IU alcanzó 15 victorias en el ese departamento, pero en cinco casos sus mayorías relativas fueron derrotadas en los consejos municipales.

²²⁸ VAN COTT, Donna Lee: *Radical Democracy in the Andes, op.cit.*, pág.184

²²⁹ Esta frecuente superposición en los municipios cocaleros entre gobierno y organizaciones de la sociedad civil (en la mayoría de los casos, el todopoderoso sindicato) tuvo también efectos nefastos, como señala Van Cott (*ib.*, pp-184,189, 196-198 y 208): la instauración de un régimen de partido único *de facto* y la consecuente inaudibilidad de otros sectores socioeconómicos, la ausencia de rendición de cuentas de los sindicatos o el autoritarismo frente a adversarios o disidentes.

se enlazaban con los contados éxitos y los numerosos fracasos de la Revolución de 1952. El proyecto integrador de la ciudadanía universal, que había quitado el poder político de las manos de la oligarquía, acabó siendo maniatado por las élites mestizas y urbanas representadas por el MNR. De la misma manera, el retorno a la democracia formal en la década de 80 no correspondió a las expectativas de participación igualitaria de amplios sectores de la población rural e indígena, que vieron cómo los partidos pactaban para servirse del Estado más que para consolidar las instituciones y ponerlas al servicio del conjunto de los ciudadanos. A finales de los años 90 Bolivia podía reverse en buena parte de los rasgos descritos por Guillermo O'Donnell en su noción de “democracia delegativa”²³⁰: si es cierto que existía un gobierno elegido en las urnas, no eran menos ciertas las dificultades que el país enfrentaba a la hora de consolidar un régimen democrático debidamente institucionalizado.

Bajo estas circunstancias, persistía entre el Estado y la gran masa ciudadana un alejamiento que colindaba con la oposición pura y dura de varios sectores sociales. El rechazo de los poderes estatales a la incorporación de estos sectores provocó brotes periódicos de protesta a la que las autoridades contestaban a veces con negociación, pero a menudo con violencia. Sin que se les fuesen ofrecidas alternativas factibles de desarrollo o subsistencia a los agricultores de la región, el Chapare sufrió duros programas de erradicación de la hoja de coca que reforzaron la unión de los sindicatos en torno a la resistencia conjunta y los transformó en la principal cara de la oposición a las políticas económicas impuestas desde arriba. La incapacidad del sistema político en construir mecanismos institucionales de respuesta a las reivindicaciones fue creciendo hasta el comienzo del siglo XXI, impulsando la aparición de nuevos actores sociales, entre ellos las organizaciones indígenas y los sindicatos campesinos.

Simultáneamente, y pese a las mencionadas ventajas en términos de estabilidad y gobernabilidad, los problemas del sistema político-partidario eran múltiples –uniformización ideológica y programática, patrimonialización del Estado, clientelismo, caudillismo interno– y se asociaban además a resultados económicos insatisfactorios. Estas deficiencias llevaron los líderes de los partidos sistémicos a concertar una serie de cambios que mejorasen la calidad del funcionamiento de las instituciones estatales y de la participación democrática, sin que eso implicase ceder sus cuotas de poder. En resumen, “la resistencia de los jefes políticos a liberalizar el control de la representación política forma parte de la lógica exhibida por los partidos de propiciar reformas graduales pero no sustantivas.”²³¹

En ese aspecto, el impulso reformador del primer mandato de Sánchez de Lozada fue fundamental:

²³⁰ O'DONNELL, Guillermo: “Democracia Delegativa”, *Journal of Democracy en Español*, vol.5, nº1, enero 1994, pp.7-23

²³¹ CORDERO, Carlos: *Historia Electoral del Bolivia. 1952-2007*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2007, pág.82

bajo su influjo se aprobaron la Ley de Participación Popular, la reforma del sistema electoral y, como veremos en el siguiente apartado, el reconocimiento constitucional de la pluralidad étnica de Bolivia. Esta lógica gradualista obtuvo logros relativos en el ámbito de la estabilidad política a corto plazo, pero contenía en su seno las semillas de la decadencia del sistema que pretendía prolongar.

Por un lado, los cambios de los años 90, a pesar de su timidez, ampliaron las posibilidades de participación en las instituciones estatales tanto en la esfera municipal como en el corazón mismo de la democracia pactada, la Cámara de Diputados. Desde el punto de vista de los partidos sistémicos, la creación de circunscripciones uninominales y la LPP, junto con la actualización del patrón electoral, favorecieron inadvertidamente los fenómenos de regionalización y ruralización de la política en un país con notables diferencias regionales y descuidaron la aparición de nuevos actores sociopolíticos. En primera línea de esos actores se encontraban, por supuesto, los cocaleros y su instrumento político, el MAS.

En última instancia, la causa del derrumbe del sistema político-partidario residió no tanto en el inmovilismo de las élites dirigentes, como en el carácter restringido o ineficaz de sus iniciativas y en el potencial inesperado de los cambios para impulsar no sólo otra clase de participación con otra tipología de actores sino también más *expectativas* de participación, hasta entonces frustradas. Si el Estado había fracasado en autorreformarse, las transformaciones más radicales vendrían de otra parte, de las capas políticamente excluidas de la población. En el siguiente apartado, veremos que esa exclusión de las instituciones políticas formales fue agravada por un contexto social marcado por el estancamiento económico y una extrema marginación y desigualdad que prevalecía en el sector indígena.

2.2 – El contexto socioeconómico y cultural

2.2.1 – Tierra, recursos naturales y neoliberalismo

Como observamos en la sección anterior, el sistema político boliviano, a pesar de su grave déficit de representación, daba algunas débiles señales de apertura hacia la inclusión de nuevos sectores y la descentralización del poder. Sin embargo, el panorama económico boliviano tras dos décadas de democracia nominal era, cuando menos, decepcionante. La estabilidad macroeconómica y el crecimiento alcanzado después de la severa crisis del trienio de la UDP (1982-1985) no habían conllevado una mejora significativa en el nivel de vida medio. Así, en 2000, 66,8% de la población vivía por debajo del umbral de pobreza (del cual 40,7% de pobreza extrema), un valor que alcanzaba

87% en las zonas rurales (70% de pobreza extrema)²³². El sueldo mínimo oficial no superaba los 400 bolivianos, poco por encima de la línea de pobreza. Además, muchos trabajadores no llegaban a cobrar ese monto, debido a la alta informalidad que afectaba –y sigue afectando– el mercado laboral nacional²³³. Por último, los índices de desigualdad en la distribución del ingreso eran los más elevados de toda América Latina²³⁴. Con todo, estos rasgos no constituían una novedad: se habían afirmado en la economía boliviana a lo largo de su historia hasta devenir estructurales.

Las relaciones entre el Estado republicano y la población rural indígena mayoritaria se basaron, durante todo el siglo XIX y parte del siglo XX, en el papel económico fundamental de esta última. Como afirmamos arriba, las disputas políticas fueron una constante, pero no se fundaron sólo en la violencia y la opresión. Las comunidades indígenas del Altiplano siempre fueron un actor político a tener en cuenta, mientras intentaban proteger sus intereses y su autonomía a través de métodos variados, desde la alianza a la negociación, desde la desobediencia fiscal a la rebelión armada. Pero en todos esos conflictos estaba presente, cómo no, un elemento económico preponderante.

Desde el punto de vista de las élites criollas decimonónicas, la viabilidad de Bolivia como Estado independiente dependía financiera y laboralmente de su mayoría indígena. En el aspecto financiero, gracias al pago del tributo indígena. En términos laborales, por su papel como mano de obra agrícola y minera. En este sentido, la ruptura con la Corona española no implicó una ruptura con la estructura colonial, puesto que esta se prolongó sin grandes cambios hasta el último tercio del siglo XIX.

Este modelo que privilegiaba el respeto por la autonomía y las actividades económicas propias a las comunidades indígenas –la agricultura y el comercio, según las regiones²³⁵– se fue resquebrajando debido al ataque de las oligarquías a las tierras comunitarias, a la abolición de tributo indígena y a la delimitación de fronteras nacionales más rigurosas. Este cambio de orientación provocó, a largo plazo, una alta concentración agraria bajo la forma de haciendas que, combinada con una explotación intensiva y privada de recursos mineros y una fiscalidad inicua, fue derivando en una estratificación social extremadamente pronunciada que se prolongaría hasta finales del siglo XX.

Creemos necesario hacer esta corta retrospectiva porque el movimiento contestatario de finales del siglo pasado e inicios del nuevo se basó en reivindicaciones relativas a dos sectores económicos históricamente determinantes: la tierra y los recursos naturales, fuesen las minas o, más tarde, los hidrocarburos. Recordemos el nombre de la primera marcha indígena oriental de 1990, la Marcha por

²³² Datos del Instituto Nacional de Estadística, disponibles en www.ine.gob.bo

²³³ En 2000, la CEPAL estimaba que más de 60% del empleo urbano era informal. Cf. Bases de datos y Publicaciones Estadísticas (CEPALSTAT) de la CEPAL.

²³⁴ Fuente: CEPALSTAT.

²³⁵ En el primer caso, véase el clásico estudio sobre el “pacto de reciprocidad” teorizado por PLATT, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino: tierra y tributo en el Norte de Potosí*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982. Para el segundo, sobre la región de Oruro, véase LANGER, Erick D.: “Bringing the Economic Back In: Andean Indians and the Construction of the Nation-State in Nineteenth-Century Bolivia”, *Journal of Latin American Studies*, 41, 2009, pp.527-551

el Territorio y la Dignidad. La denominación de las marchas es, de hecho, una señal inequívoca de la evolución en las prioridades de los movimientos sociales campesinos e indígenas y de las características del ambiente cultural que intentamos describir aquí. Señalemos la introducción del término “territorio” como complemento o sustituto de “tierra”, una innovación de los pueblos indígenas del Oriente que fue después adoptada por la CSUTCB y las organizaciones indígenas campesinas del Altiplano y los valles. La lucha por el territorio implica dos elementos que la simple reivindicación por tierras y la reforma agraria de 1953 no contenían: la jurisdicción, relacionada con la cuestión secular de la autonomía administrativa y jurídica, y los recursos naturales.

La persistencia de estos conflictos seculares bajo nuevas formas adquirió una relevancia adicional tras la adopción de un nuevo modelo económico que introducía algunos cambios radicales con respecto a la historia económica del país y a las relaciones entre sus élites dirigentes y las capas subalternas de la población. Las reformas estructurales propuestas por el Consenso de Washington y concretadas por el decreto 21060 firmado por Víctor Paz Estenssoro afectaban no sólo a las comunidades rurales del Altiplano, sino que profundizaban el modelo latifundista y exportador del Oriente boliviano (marginando una vez más los indígenas de las tierras bajas), desagregaban las redes clientelistas laborales en el Estado y en las empresas públicas. Por otra parte, retiraban fondos al Estado corporativo y prebendalista, ya que el Estado volvía a delegar la explotación de los recursos naturales en manos del sector privado, tras el proceso de capitalización llevado a cabo por el primer gobierno de Sánchez de Lozada.

La marcha organizada por los cocaleros en 1994, intitulada la Marcha por la Vida, la Coca y la Soberanía, simboliza en sus tres términos la introducción en la agenda social de los actores contestatarios de nuevas demandas relacionadas con el modelo económico neoliberal, pero que se atañen también a una consciencia nacional de derechos coartados que se venía gestando, alimentada por los fracasos de la Revolución de 1952 y las promesas incumplidas de la democracia. La referencia a la vida remite a la insistente violencia del Estado sobre los propios cocaleros, que desde mediados de los años 80 sufrían en la piel los esfuerzos de erradicación de sus plantaciones por los sucesivos gobiernos. Por otro lado, la coca, abordada en esta época por sus productores desde una perspectiva eminentemente económica, funcionaba como un símbolo del fracaso del neoliberalismo vigente de 1985. Más tarde regresaremos a este proyecto con más detenimiento, pero subrayemos desde ahora la relevancia que tendrán los sucesivos programas de erradicación en la afirmación política regional y nacional del MAS²³⁶.

Por último, la mención de la soberanía concierne a otro rasgo esencial de la vida política y

²³⁶ MAYORGA, René Antonio: “Sin la rígida política de erradicación de la hoja de coca no habría habido Evo Morales”, entrevista de Julio Burdman, *Observatorio Electoral Latinoamericano*, disponible en <http://www.observatorioelectoral.org/informes/analisis/?country=bolivia&file=020820a>, accedido a 21/04/2014

económica boliviana en la segunda mitad del siglo pasado, la injerencia de Estados Unidos y de la ideología promercado difundida por los organismos internacionales. Su influencia se hacía sentir, a veces de modo flagrante, en todas las decisiones importantes relativas a la gestión económica. Además, la legislación restrictiva con respecto a la coca se incluía en la guerra contra las drogas que Estados Unidos imponía en su “patio trasero” meridional. La demanda de soberanía de los cocaleros y demás sectores sociales se dirigía así contra dos enemigos: por un lado, las élites políticas y económicas internas, acusadas de alienar las riquezas naturales del país y, por el otro, el poderío fáctico de la potencia norteamericana, mentor de los planes de erradicación de la coca.

2.2.2 – El elemento indígena: marginación estructural, reconocimiento constitucional y participación política

En 2002 un boliviano indígena tenía más del doble de probabilidades de ser pobre que un boliviano que no lo fuera²³⁷. La discriminación estructural que había caracterizado a la sociedad republicana conservó sus rasgos pero se transformó, a partir de la década de 50 y de la implementación del corporativismo estatal, en un aparente universalismo mestizo que sin embargo conservaba una fuerte dosis de racismo institucionalizado. A fin de sentar las bases organizativas del corporativismo, después de la Revolución de 1952, tanto el MNR como la dictadura de René Barrientos fomentaron la extensión de una red sindical campesina formal que se sobrepuso a las instituciones indígenas locales todavía vigentes, planteando resolver la “cuestión indígena” a través de una visión clasista de la sociedad rural.

Sin embargo, tales factores ya se encontraban presentes en momentos anteriores de la historia reciente boliviana, sin que esto hubiera implicado una apuesta propia de los sectores indígenas por la vía política y mucho menos su éxito electoral. ¿Cómo explicar entonces esta decisión? La respuesta, como a menudo en la sociología histórica, pasa por un conjunto de razones de procedencia diversa.

Primero, conviene ahondar en qué antecedentes de proyectos políticos de raíz indígena podemos identificar en la historia reciente de Bolivia. Un breve repaso de las corrientes indigenistas bolivianas apunta a que, pese a su invisibilidad política y electoral, estas desempeñaron un papel no desdeñable en la posterior fundación y evolución ideológica y organizativa de las organizaciones de naturaleza parcial o mayoritariamente indígena, comenzando por la más importante de ellas, la CSUTCB. Los proyectos teóricos y/o políticos de carácter indígena no sólo permiten entender la especificidad de las condiciones que acompañaron la creación y evolución del MAS, sino que también contribuyen a

²³⁷ CEPAL: *Panorama Social de América Latina 2006*, Santiago de Chile, CEPAL, 2007, pág.152

determinar el verdadero valor de la identidad indígena como estímulo común para promover la unidad y accionar la movilización colectiva.

Consideremos las dos corrientes, la katarista y la indianista, que emergieron en los años 60 en los medios urbanos de clase media aymara como los primeros embriones de participación política formal en clave indígena. Por esas fechas Bolivia ya había conocido el sufragio y la educación universal, la sindicalización de obreros y campesinos y un amago de multipartidismo, factores que proporcionaron los recursos organizativos y los espacios políticos indispensables a las nuevas manifestaciones político-partidarias de naturaleza étnica.

A pesar de los débiles resultados electorales de sus múltiples partidos a lo largo de los años 60 y 80, la corriente katarista representó una etapa influyente en la construcción de una conciencia política indígena en Bolivia, en gran medida a través de su capacidad de revalorización de las culturas autóctonas, especialmente la aymara²³⁸, rechazando la categoría única de campesinos impuesta por el discurso revolucionario del MNR. Su estrategia, sin embargo, pasó por infiltrar las redes sindicales del campesinado²³⁹, logrando conquistar posiciones estratégicas. Su ideología se basaba en la reapropiación de la identidad aymara pero no de manera excluyente, como una mezcla de reivindicaciones clasistas y étnicas, abierta a acuerdos con otros movimientos sociales no indígenas y a formas de gobierno occidentales. Apologista de la aceptación del carácter multiétnico del país, el katarismo logró un mayor poder de atracción en los medios indígenas en comparación con los indianistas. Estos, a su vez, defendían una tendencia antisindical, antioccidental, con tendencias racistas y defensora de un regreso a la organización estatal precolombina²⁴⁰. La doctrina teórica del indianismo sería más tarde heredada por el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP) de Felipe Quispe.

Los militantes kataristas de las décadas de 60 y 70 empezaron a cambiar la visión clasista del campesino por una perspectiva étnica e iniciaron un proceso de etnificación de las demandas políticas y económicas por parte del campesinado. Este fenómeno gradual se tradujo, en términos organizativos, en la fundación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, que apuntaló su creación en 1979 con una serie de bloqueos y una movilización a gran escala. Esta demostración de fuerza certificó el regreso a la independencia de las estructuras campesinas con respecto al esquema clientelista que había caracterizado las tres décadas precedentes²⁴¹.

Los primeros años de producción doctrinaria de la CSUTCB se inspiraron de las posiciones kataristas y señalaron el camino que la organización seguiría en los años siguientes. La tesis política

²³⁸ La labor de organizaciones como el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), fundada en 1971, fue en este sentido fundamental.

²³⁹ ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*, La Paz, CIPCA, 2009, pp.36-41

²⁴⁰ VAN COTT, Donna Lee: *From Movements to Parties (...)*, pág.52

²⁴¹ REGALSKY, Pablo: *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio*, 2ª edición., La Paz, CEIDIS, CESU-UMSS, CENDA y Plural, La Paz, 2007, pág.128-132

de la confederación, aprobada en el año de su fundación, adopta una visión histórica del rol de los pueblos originarios y reivindica como sus héroes a personajes hasta entonces olvidados por la historia oficial republicana: Tupak Katari, Bartolina Sisa y Zárate Willka, por ejemplo. Las posiciones campesinas de corte clasista e indígenas de cariz identitario podrían sintetizarse en la siguiente frase: “Nuestra lucha no sólo es económica, es decir no sólo buscamos la desaparición de la explotación, sino también la liberación y desarrollo de nuestras nacionalidades oprimidas.”²⁴² Xavier Albó subraya la precocidad de la utilización del concepto de “sociedad plurinacional”, que podemos encontrar en la tesis política del II Congreso, en el año de 1983²⁴³.

Con todo, la fortaleza no excluyente de los kataristas acabó por convertirse a la vez en su principal debilidad: las alianzas con los partidos tradicionales, tanto a nivel partidario como en el ámbito sindical, minaron su credibilidad ante las bases campesinas y, poco a poco, las infiltraciones del exterior y las cesiones a las prácticas de la política partidaria (simbolizadas en la vicepresidencia de Víctor Hugo Cárdenas, en 1993²⁴⁴) expulsaron a los kataristas de los puestos de liderazgo en la cúspide de la poderosa CSUTCB. En efecto, a partir de la segunda mitad de los años 80 se verificó una transmisión de poder hacia el bloque cocalero de Cochabamba, el movimiento sindical de origen del MAS, que se convirtió así en el sucesor del katarismo y heredero de parte de su retórica histórica.

Mientras tanto, en las tierras bajas de Oriente, Amazonía y Chaco, la CIDOB y sus organizaciones afiliadas lograron impulsar, a partir de su Marcha por el Territorio y la Dignidad, un proceso de reconocimiento legal de los derechos colectivos de los pueblos autóctonos. Este proceso tuvo inicio con la ratificación en 1991 del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, por entonces la norma internacional más avanzada en lo que concernía a los pueblos autóctonos, y prosiguió con las reformas del primer mandato de Sánchez de Lozada.

Además de la Ley de Participación Popular (que reconocía a las comunidades indígenas tradicionales dentro de la categoría genérica de organizaciones territoriales de base), cabe mencionar cuatro innovaciones importantes. Las dos primeras se refieren a cambios constitucionales: la nueva formulación del artículo 1 de la Constitución, que incorporaba la definición de Bolivia como país “multiétnico y pluricultural”; y la creación, bajo el influjo jurídico del Convenio 169, de las Tierras Comunitarias de Origen (TCO), un título administrativo-territorial concebido para los pueblos indígenas de las tierras bajas y que reconocía por primera vez su propiedad colectiva y un cierto grado

²⁴² CSUTCB: *Tesis política*, La Paz, 1979

²⁴³ ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia (...)*, pág.40. El documento afirma lo siguiente: “(...) queremos una liberación definitiva y la construcción de una Sociedad plurinacional (...) No puede haber una verdadera liberación si no se respeta la diversidad plurinacional de nuestro país y las diversas formas de autogobierno de nuestros pueblos.”, CSUTCB: *Tesis política*, La Paz, 1983

²⁴⁴ ALBÓ, Xavier: ¿...Y de kataristas a mnristas?: la sorprendente y audaz alianza entre aymaras y neoliberales en Bolivia, La Paz, UNITAS-CEDOIN, 1993 y FABRICANO, Marcial: “Lecciones aprendidas en los ámbitos de la participación indígena en el gobierno y la representación pública”, en LEÓN, Jorge y otros, *Participación pública, democracia y movimientos sociales en los Andes*, Lima, IFEA-PIEB-Embajada de Francia, pp.97-106

de autonomía en sus territorios. La tercera fue la Ley de Reforma Educativa, que instauró el principio del bilingüismo y de la interculturalidad en el sistema de enseñanza. La cuarta reforma consistió en la aprobación en 1996 de la Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria (Ley INRA), la cual profundizó la titulación de las TCO pero que fue también aprovechada por Hugo Banzer a partir del año siguiente para acelerar la apertura del mercado libre de tierras.

En esta materia, lo que importa retener es el ambiente propicio a reivindicaciones de carácter étnico y la buena acogida que estas recibían por parte de las autoridades estatales²⁴⁵. Esto sucedía tanto debido a los factores nacionales ya mencionados como a factores internacionales, como la expansión de las redes transnacionales –constituidas principalmente por ONG– que intermediaban las relaciones entre las poblaciones indígenas y los Estados centrales²⁴⁶ y financiaban a las primeras.

Sin embargo, aunque permitan confirmar un patrón ascendente en la asociación entre luchas sociales y afirmación indígena, los acontecimientos descritos anteriormente no acaban de explicar por qué motivo las reivindicaciones de cariz étnico se fueron acercando a la esfera política y terminaron optando por la participación directa en el escenario electoral.

La teoría bien fundamentada de Deborah Yashar ofrece una hipótesis plausible en cuanto a las razones detrás de ese camino de acceso a la participación política. Yashar sostiene que las transformaciones impulsadas por el neoliberalismo acabaron dando la estocada final a los entendimientos informales entre agentes económicos que mantenían de pie las estructuras básicas de la economía boliviana y, por ende, una cierta forma de paz social²⁴⁷. La autora afirma que fueron los cambios en el régimen de ciudadanía en las dos últimas décadas del siglo XX los principales responsables por la politización de las identidades étnicas y la subsiguiente formación de partidos políticos de corte indígena²⁴⁸.

Estos cambios en el régimen de ciudadanía ocurrieron en dos dimensiones contiguas. Por un lado,

²⁴⁵ Martí i Puig justifica el hecho de que los movimientos de las tierras bajas hayan sido los más exitosos en sus demandas al Estado por el reducido alcance institucional y económico de sus propuestas y por las ganancias políticas que los gobiernos de turno esperaban obtener al satisfacer la opinión pública. Cf. MARTÍ I PUIG, Salvador: “Sobre la emergencia y el impacto de los movimientos indígenas en las arenas políticas de América Latina. Algunas claves interpretativas desde lo local y lo global”, en MARTÍ I PUIG, Salvador y SANAHUJA, Josep M^a (eds.), *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina*, Salamanca, 2004, Universidad de Salamanca, pp.393-394

²⁴⁶ *Ib.*, pp.367-398

²⁴⁷ El primer golpe había sido propinado por el Pacto Militar Campesino, que provocó la desagregación de la idea revolucionaria del consenso hegemónico en torno al Estado y sus prácticas corporativas: los intereses de las clases obreras y campesinas, hasta entonces los dos pilares en la gestión del apoyo popular, divergieron a partir de este momento. Cf. MAYORGA, René Antonio: “La Revolución boliviana y la participación política”, en *Tenemos pechos de bronce...pero no sabemos nada. Memoria de la Conferencia Internacional: Revoluciones del siglo XX. Homenaje a los cincuenta años de la Revolución Boliviana*, La Paz, PNUD/FES-ILDIS/Plural, 2003, pp.237-253

²⁴⁸ YASHAR, Deborah: *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge, CUP, 2005. García Linera también defiende una posición semejante: “La base material de esta colocación histórica del indianismo es la capacidad de sublevación comunitaria con las que las comunidades indígenas responden a un creciente proceso de deterioro y decadencia de las estructuras comunitarias campesinas y de los mecanismos de movilidad social ciudad campo.”, GARCÍA LINERA, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias (...)”, pág.10. Una tesis similar es expuesta en GRAY MOLINA, George: “Ethnic Politics in Bolivia (...)”

en el ámbito económico: recordemos que la relativa reestructuración de las comunidades indígenas, en la secuencia de la Reforma Agraria de 1953²⁴⁹, fue frenada y revertida por las medidas gubernamentales adoptadas después de 1985 en el marco del decreto 21060, sobre todo la liberalización de los precios agrícolas y la privatización de una parte de las tierras comunales²⁵⁰.

Por otra parte, las propuestas del régimen de ciudadanía neoliberal en lo que respecta al otorgamiento de los derechos de tipo marshalliano no tenían en cuenta la realidad de los países latinoamericanos y sobre todo de sus poblaciones más desfavorecidas, incluyendo Bolivia. En suma, el desmantelamiento del régimen de ciudadanía de tipo corporativo, reemplazado por el régimen de ciudadanía de corte neoliberal, creó un desafío para los tradicionales campos de autonomía local de las poblaciones indígenas, provocando una reafirmación de la conciencia indígena y la posterior organización en movimientos sociales y partidos políticos de los sectores afectados.

Aunque creamos que sería precipitado afirmar que existe una relación de causalidad directa entre la ruptura de los vínculos corporatistas y la politización de las diferencias étnicas, la teoría de la socióloga norteamericana viene añadir un elemento más en la configuración de los factores que precedieron e impulsaron la entrada del factor étnico en el juego político.

Con base en lo descrito hasta el momento, identifiquemos los principales rasgos del entorno socioeconómico y cultural con que el MAS tenía que lidiar a finales del siglo XX, el inicio del período cronológico que pretendemos abarcar. Estructuralmente, la democracia no había podido resolver los problemas crónicos de pobreza y la desigualdad, dos lacras que afectaban con aún mayor dureza a las poblaciones rurales e indígenas. La ausencia de oportunidades y de movilidad social, minadas por las formas encubiertas de racismo y la retirada del Estado en la corrección de los desequilibrios provocados por el libre mercado, se aliaban al déficit de representación política por parte de los partidos sistémicos. En términos coyunturales, la depresión económica de 1999 agravó los índices de desocupación y aumentó el hartazgo de los sectores más desfavorecidos.

A este panorama social y económico se juntaron tres décadas de desarrollo teórico de las teorías kataristas, que habían logrado instalar, por medio de la vía sindical, una concomitancia entre las luchas de corte económico y la necesidad de reconocimiento de las identidades autóctonas como sujeto político con voz propia en cuanto al futuro del Estado boliviano. Como afirmaba la tesis política de la CSUTCB, en 1979: “Queremos (...) con personalidad propia ser sujetos y no objetos de nuestra historia.”²⁵¹ En este aspecto, los kataristas y su confederación sindical precedieron al MAS en su propuesta de refundación del Estado. Su intento de afirmarse como protagonistas futuros se basa en la recuperación de la memoria del pasado y del papel central de la mayoría indígena. En palabras de

²⁴⁹ REGALSKY, Pablo, *op.cit.*, pp.75-97

²⁵⁰ YASHAR, Deborah, *op.cit.*, pág.184

²⁵¹ CSUTCB: *Tesis política*, La Paz, 1979

“(...) el *katarismo* extrae sus reivindicaciones del pasado indio prehispánico y colonial, de su autopercepción como mayoría oprimida cuyos intereses no fueron representados sino suplantados por los partidos criollos. La percepción de la continuidad colonial revela el predominio de la memoria larga sobre la memoria corta y es fuente de identidad política autónoma (...)”²⁵²

Sin embargo, el *katarismo* no logró canalizar esa fuente de identidad política autónoma desde los combates sindicales hacia la esfera política bajo la forma de un actor sólido en términos organizativos y suficientemente representativo y legítimo. Ni tampoco, en una segunda fase, trasladar ese sentimiento de pertenencia al ciudadano elector a través de un proyecto de alcance nacional²⁵³.

A su vez, las organizaciones indígenas del Oriente decidieron movilizarse por sus derechos colectivos y, respaldados por un clima nacional e internacional favorable al reconocimiento de los derechos colectivos, lograron obtener del Estado lo esencial de sus demandas. Con todo, sus reivindicaciones no ambicionaban alterar de modo radical las relaciones de poder político ni las prácticas culturales discriminatorias que persistían en la sociedad boliviana. El MAS, por su parte, contaba con una organización consolidada en torno a fuertes solidaridades sindicales que, bajo la amenaza constante de las autoridades estatales, se mostró impermeable a las infiltraciones partidarias que tanto habían dañado la reputación de otras organizaciones indígenas, incluyendo la propia CSUTCB.

Sin embargo, en la vuelta del siglo, la fortaleza interna del instrumento político de los cocaleros todavía no había dado el salto hacia la política nacional y estaba lejos de encarnar política y simbólicamente la identidad política indígena impulsada por la teoría katarista. Como afirmábamos en la introducción, si es cierto que las filas del MAS estaban casi por completo constituidas por individuos de origen indígena (sobre todo quechuas), tal hecho no lo convertía de manera automática en un partido indígena.

Por ese motivo, la filiación indígena del MAS y su título de abanderado del indigenismo político no pueden ser dados por sentados desde un primer momento. Las tardías posiciones de Evo Morales y los suyos como defensores de la reversión de la sumisión indígena a través de un nuevo proyecto de Estado plurinacional no surgieron de una inexorable necesidad histórica ni fueron el fruto de una decisión temprana de dirigentes visionarios, sino que constituyeron el resultado de adaptaciones a un

²⁵² RIVERA, Silvia, *op.cit.*, pág.214

²⁵³ Hasta finales de los años 90, no había registro en Bolivia de un voto étnico como tal: hasta entonces, la mayoría indígena, cualquiera que fuera su grupo de origen, había votada indiscriminadamente por uno u otro partido. Señalemos, con todo, la notable excepción de CONDEPA, que entre 1989 y 1997 logró una fuerte presencia en el departamento de La Paz. Sin embargo, su discurso estaba sobre todo orientado a la población aymara urbana asimilada y no planteaba un proyecto de reformulación del papel de lo indígena en la identidad nacional.

contexto sociopolítico cambiante, combinando la situación regional en el Trópico y acontecimientos nacionales en los cuales los coccaleros no eran, en muchos casos, participantes directos.

Antes de penetrar en el corpus documental y confirmar o desmentir esta y otras hipótesis que emitimos hasta aquí, necesitamos añadir dos dimensiones más al contexto de producción de los elementos discursivos: por un lado, la organización interna del MAS, las características de su funcionamiento orgánico y sus primeros intentos de estructuración ideológica; por otro, las principales movilizaciones del ciclo de protestas del sexenio 2000-2005, período de rápido crecimiento del MAS, categorizando demandas, identificando actores y evaluando el grado de involucramiento del instrumento político en cada uno de esos conflictos.

2.3 – Los primeros años del MAS: la organización interna

El desarrollo de los sindicatos de los productores de coca en la región del Trópico cochabambino ha sido abordado en diversos estudios²⁵⁴. Aunque la colonización del área fue iniciada en el ámbito de la reforma agraria de 1953, su historia se acelera a finales de los años 70, cuando el auge internacional del comercio ilegal de cocaína multiplicó la rentabilidad del cultivo de la hoja de coca.

Su zona ancestral de producción había sido los Yungas de La Paz, destinada al consumo tradicional. Pero los nuevos precios atrajeron a muchos campesinos del Altiplano, en su mayoría quechuas, hasta la fértil zona del Chapare, donde se instalaron en gran número y alimentaron una cada vez más extensa red sindical. Como señala Albó, basándose en el Censo de 2001, los colonizadores del Chapare eran por lo general más indígenas que en otras zonas de colonización del Oriente: más de 80% hablaba un idioma originario²⁵⁵. En 2001, vivían en el Trópico de Cochabamba cerca de 250.000 personas²⁵⁶.

Al mismo tiempo, la grave crisis inflacionaria durante el gobierno de la UDP, conjugada con una extrema sequía, empujó a miles de campesinos a abandonar sus tierras, concentrándose en la periferia de las grandes ciudades o migrando hacia los valles cochabambinos. En 1985 la producción de coca ya cubría casi 32.000 hectáreas, más que a finales de 2012²⁵⁷.

²⁵⁴ Entre los más relevantes, se cuentan HARTEN, Sven, *op.cit.*, pp.47-77; SALAZAR ORTUÑO, Fernando: *Movimientos sociales en torno a la producción de coca en Bolivia*, Cochabamba, UMSS, 2009. Véanse también obras más generales, como DO ALTO, Hervé y STEFANONI, Pablo: *Evo Morales. De la coca al palacio: una oportunidad para la izquierda indígena*, La Paz, Malatesta, 2006, pp.38-48 y VAN COTT, Donna Lee: *From Movements to Parties (...)*, pp.57-59

²⁵⁵ ALBÓ, Xavier: “Ciudadanía étnico-cultural en Bolivia” in ZEGADA, María Teresa, FARAH, Ivonne y ALBÓ, Xavier, *Ciudadanías en Bolivia*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2006, pág.270

²⁵⁶ El conjunto de las provincias Chapare, Carrasco y Tiraque menos el municipio de Sacaba, el principal núcleo urbano de la región que se sitúa en la frontera de los valles. Datos del Censo 2001 elaborado por el INE.

²⁵⁷ OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO: *Estado Plurinacional de Bolivia. Monitoreo de Cultivos de Coca 2012*, UNODC, 2013

Poco después, sucedió otro fenómeno económico con implicaciones directas para la vida sindical del Trópico. Los especialistas no dudan en señalar la importancia de la llegada de los antiguos mineros estatales para el refuerzo de la organización sindical cocalera. En efecto, en la secuencia de las reformas estructurales lanzadas en 1985 por la Nueva Política Económica de Víctor Paz Estenssoro, las autoridades decretaron el cierre de numerosas minas, lo que originó una sangría de miembros de los sindicatos obreros y la correspondiente pérdida de poder movilizador por parte de Central Obrera Boliviana (COB), hasta entonces la más activa de las asociaciones sindicales. Una parte de los mineros desempleados se estableció en el Chapare y se reconvirtió a la producción de coca, aportando su experiencia organizativa y su combatividad.

La negligencia estatal en el Trópico de Cochabamba convirtió a la pirámide sindical cocalera²⁵⁸ en el gobierno *de facto* de la región. Los sindicatos empezaron a funcionar como autoridades públicas, atribuyendo tierras, cobrando impuestos, construyendo escuelas, aplicando justicia y financiando programas de ayuda a la población, sin olvidar sus funciones de autodefensa frente a las incursiones de los militares erradicadores. Su capacidad como autoridades autónomas con relación al Estado central salió aún más consolidada tras la implementación de la Ley de Participación Popular y la conquista de las alcaldías en muchos municipios chapareños. La utilización de los presupuestos de los gobiernos municipales acabó dependiendo, a menudo, de las decisiones de los sindicatos locales.

Aunque inspirados en el modelo occidental de sindicatos establecido tras la Revolución de 1952, los órganos sindicales del Trópico de Cochabamba adaptaron su modo de funcionamiento interno a sus nuevas competencias y a las formas de vida comunitaria de la población andina, afirmándose como la “fuerza estructurante de la sociedad”, en palabras de Harten, acogiendo a los emigrantes individuales e integrándolos en una comunidad sólida y con reglas claras²⁵⁹. Además, constata este investigador, el proceso de crecimiento de la red sindical se hizo de abajo hacia arriba y de manera descentralizada, conforme se iban instalando los recién llegados de las tierras altas²⁶⁰. Sin embargo, Albó señala que en la jerarquía sindical cocalera de esos años existía una separación visible entre bases y dirigentes, cuya capacidad de negociación con autoridades y ONG les convertía en imprescindibles dentro de la organización²⁶¹.

La adopción de ciertos mecanismos de decisión de las comunidades originarias altiplánicas fue otra de las características que singularizó los sindicatos cocaleros y que sería transferida a la cultura

²⁵⁸ La estructura sindical se organizaba en cuatro niveles territoriales con distintas funciones: los sindicatos de base, las centrales, las federaciones y, a partir de 1996, el Comité de Coordinación de las Seis Federaciones.

²⁵⁹ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pp.52 y 53

²⁶⁰ *Ib.*, pág.51

²⁶¹ TICONA, Esteban; ROJAS, Gonzalo y ALBÓ, Xavier: *Votos y Wiphalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*, La Paz, Fundación Milenio-CIPCA, 1995, pág.69

política interna del MAS, al menos en sus comienzos²⁶². Entre estos mecanismos, destacan las frecuentes y largas asambleas, que daban la palabra a todas las familias del sindicato; la profusión de cargos directivos y su rotación, que permitían a muchos adherentes ocupar posiciones de visibilidad, acumulando experiencia y reforzando el sentimiento de pertenencia, y la preferencia por el consenso en detrimento de la imposición mayoritaria.

En definitiva, los sindicatos cocaleros del Chapare eran mucho más que simples órganos de representación corporativa ante las autoridades: se consolidaron como un parapoder regional, de crecimiento y funcionamiento descentralizado, que sustituía al Estado en muchas de sus funciones y conservaba legitimidad ante sus adherentes gracias a sus métodos decisorios democráticos. Además, la conciencia colectiva de los campesinos cocaleros también se fue consolidando a través de su participación en acciones de protesta y resistencia contra las operaciones de erradicación. La existencia de un enemigo común logró unificar a una población del Trópico cuya heterogeneidad era más marcada que lo que la denominación “productores de coca” dejaba entrever.

Este contexto de robustez organizativa se reforzó aún más cuando a mediados de los años 90 –en la secuencia de la unificación de las cinco federaciones regionales de Cochabamba (a la que poco después se juntaría una sexta)– el nuevo Comité Coordinador de los productores de coca se convirtió en el núcleo sindical más poderoso del departamento y uno de los más destacados a nivel nacional. Síntoma de ese proceso fue la conquista de una influencia creciente en la gran confederación campesina, la CSUTCB, a pesar del número relativamente reducido de cocaleros en relación con el total de campesinos bolivianos en el país²⁶³. Sin embargo, su control sobre la CSUTCB no sería completo hasta 2003. Hasta ese momento, los cocaleros y los campesinos aymaras del altiplano paceño fueron rivales –con alianzas puntuales– dentro de la CSUTCB y como representantes máximos de la clase campesina boliviana. Su disputa tenía lugar también en las carreteras, donde unos y otros buscaban demostrar su capacidad de movilización, con ventaja para los altiplánicos hasta bien tarde.

En todo caso, beneficiándose de su estatuto de puntas de lanza de la lucha contra los sucesivos planes de erradicación lanzados a partir de 1988, los cocaleros del Trópico de Cochabamba fueron desplazando a las organizaciones sociales tradicionales como una de las principales fuerzas de resistencia a los planes de gubernamentales y sus orientaciones económicas. El recurso por los

²⁶² Xavier Albó y sus colegas también matizan esta afirmación, señalando que “la organización sindical es débil con relación a lo más común en las comunidades andinas (...). Por ejemplo, en los nombramientos a cargos ya no funciona el sistema andino de turno rotativo, sino una elección más formal”, *ib.*, pág.63

²⁶³ Los cocaleros representaban 10% del total de campesinos del país, de acuerdo con la estimación de VAN COTT, Donna Lee, *From Movements to Parties* (...), pág.67; según YASHAR, Deborah, *op.cit.*, pág.185, a finales de los años 80 la coca proporcionaba trabajo, directa o indirectamente, a cerca de 7% de la población activa; el Internacional Crisis Group apunta a una cifra entre 6 y 13% (“Coca, Drugs and Social Protest in Bolivia and Peru”, *Latin American Report*, nº12, 2005)

sucesivos gobiernos bolivianos a la militarización del Chapare, bajo recomendación política y entrenamiento militar directo de Estados Unidos, representó para los productores de coca y demás habitantes del Trópico cochabambino un motivo de movilización permanente con un objetivo claro: resistir a la erradicación.

La apuesta por un vehículo político propio empezó a germinar en los sindicatos cocaleros a finales de los años 80. Sin embargo, hubo que esperar hasta la primera mitad de los años 90 para que la idea se impusiera en el seno del movimiento campesino. La iniciativa partió de los cocaleros, que realizaban por esas fechas la multitudinaria Marcha por la Dignidad y la Soberanía hasta La Paz, la primera gran movilización de alcance nacional organizada por las federaciones cocaleras y que logró una fuerte adhesión popular y de otras organizaciones sociales. La idea se fue abriendo paso en la CSUTCB hasta que, en su VII Congreso de marzo de 1995, la confederación sindical aprobó la creación de un partido político autónomo que representara a los sectores campesinos. El partido fue bautizado como Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP) y su primer congreso reunió a representantes de la CSUTCB, la CIDOB, la Federación Nacional de Mineros de Bolivia (FNMB) y de la Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia (CSCB). Como mencionamos en la sección anterior, el proyecto de su creación estuvo directamente relacionado con la Ley de Participación Popular en 1994 y la convocatoria a elecciones locales en el año siguiente (y quizá también con la reforma del sistema electoral entonces en gestación)²⁶⁴.

La denominación de “instrumento político”, que siguió vigente en el entorno cocalero-campesino hasta la actualidad, puede verse como una consecuencia del recelo que los cocaleros sentían hacia una posible pérdida de autonomía del movimiento social ante las prioridades de la formación partidaria. Por ese motivo, desde temprano se determinó que el destino del instrumento sería el de brazo político del movimiento social, quedando por lo tanto bajo estricto control de las instancias sindicales del Chapare y sin la capacidad de dominar los órganos de decisión sindicales. Stefanoni añade una dimensión histórica a esta relación desigual entre lo corporativo y lo partidario, al recordar que, en Bolivia, “la superioridad del sindicato sobre el partido, irradiada desde el movimiento obrero minero (y fortalecida por las políticas del Estado Nacionalista), ha marcado la lógica organizativa del movimiento campesino”²⁶⁵.

Por otra parte, las prácticas de la democracia pactada habían manchado sobremanera el término “partido”. Presentarse como un instrumento o un movimiento permitía realzar la matriz popular y campesina de la nueva organización, mientras las palabras “soberanía” y “pueblos” remetían

²⁶⁴ Do Alto y Stefanoni resaltan también la importancia en el proceso de un grupo de ONG dirigida por David Choquehuanca, futuro canciller de Evo Morales. Cf. DO ALTO, Hervé y STEFANONI, Pablo: “El MAS: las ambivalencias de la democracia corporativa”, en GARCÍA ORELLANA, Luis Alberto y GARCÍA YAPUR, Fernando Luis, *Mutaciones del campo político en Bolivia*, La Paz, PNUD Bolivia, 2010, pág.309

²⁶⁵ STEFANONI, Pablo, *op.cit.*, pág.23

respectivamente a la presunta sujeción de los ejecutivos nacionales a Estados Unidos y a la diversidad étnica de la población boliviana.

La distancia hacia los partidos tradicionales no era, sin embargo, sólo nominal. El funcionamiento interno de las formaciones sistémicas, que hemos abordados *supra*, fue ahondando en sus defectos, así como las relaciones interpartidarias, marcadas por el oportunismo y los acuerdos contranaturales. No obstante el creciente peso del carisma de Evo Morales, en ningún momento los demás jefes partidarios estuvieron sujetos al escrutinio de sus bases como sí estuvo el líder cocalero. Al mismo tiempo, el rechazo del MAS a cualquier tipo de compromiso, fuese electoral o legislativo, con los partidos tradicionales le permitió explotar en provecho propio las circunstancias propicias provocadas por la crisis de representación que afectaba al sistema democrático boliviano.

Por lo que toca a su organización interna, sobre todo a partir de la escisión con la ASP y la apropiación del registro del MAS en 1999, el instrumento creado por las federaciones chapareñas se caracterizaba por ser un continente sin contenido. Esto significa que las decisiones relativas a la estrategia y táctica política eran tomadas por los ampliados de los sindicatos locales o sus representantes en instancias superiores y enseguida trasladadas al Comité de Coordinación, máximo órgano de la pirámide sindical. A partir de la formación de la ASP en 1995, las asambleas sindicales de nivel local, provincial o regional agregaron literalmente un punto más a su agenda de debate: la estrategia política era discutida al igual que las cuestiones de transportes, finanzas o deportes. Las iniciativas de la cúpula sindical eran primero enviadas a las comunidades para consulta. Estas transmitían su voluntad al nivel intermedio de las centrales que a su vez comunicaban sus decisiones a la federación. En el Comité de la Coordinación las seis federaciones se reunían y deliberaban de acuerdo con –o al menos llevando en consideración– el mensaje que llegaba de las bases.

A pesar de la vacuidad de la estructura partidaria del MAS, sí ocurrió una evolución en el control que las bases ejercían sobre las iniciativas políticas de su instrumento en la arena política. En primer lugar, la presencia de cuatro diputados en el Parlamento otorgaba a estos una visibilidad nacional que les permitía ser los portavoces de los productores de coca –he ahí su principal misión– pero al mismo tiempo definir las opiniones del partido en temas hasta entonces desatendidos por los sindicatos locales: en efecto, más que por voluntad de las bases, la gradual ampliación de las posiciones ideológicas del MAS se hizo a través de las intervenciones de sus representantes en La Paz. Eso se nota en los hechos contrastando el contenido de los debates sindicales, generalmente centrados en cuestiones específicas de tipo económico o de movilización, y las declaraciones de los parlamentarios en la cámara legislativa. Los diputados de IU se destacaron desde el principio de la legislatura como las voces más a la izquierda en la Cámara y en muchos temas eran los únicos que rompían el consenso de los partidos tradicionales. Por otro lado, pese a que su proximidad con los electores de sus circunscripciones era mayor que la de muchos diputados uninominales, tuvieron que adaptar sus

posturas políticas a las prácticas de las instituciones formales. Estas circunstancias aumentaron la autonomía relativa de los representantes políticos y, por ende, del propio instrumento político sobre la línea política dictada por las federaciones del Chapare.

La apertura a aliados en otros sectores sociales, incipiente hasta 2000 pero en aumento a partir de esa fecha, también acarrió cambios en la cadena de decisión del instrumento político. Las negociaciones entre los productores de coca y potenciales socios fueron, por motivos prácticos, casi siempre conducidas por los líderes sindicales, el primero de ellos Evo Morales. Aunque los datos de que disponemos sugieran que en algún momento del proceso de negociación –a menudo cuando un acuerdo ya había sido alcanzado– las bases seguían siendo consultadas en amplios para validar o rechazar el pacto, la capacidad de iniciativa de los dirigentes ganó un protagonismo que no había poseído mientras las movilizaciones cocaleras sólo se representaban a sí mismas.

El proceso de autonomización del organigrama partidario culminó en las municipales de 2004, con la apertura de las listas del MAS a otras organizaciones sociales y sobre todo a sectores urbanos e intelectuales, una tendencia que había surgido en las elecciones generales de 2002. Ahí se empezó a gestar la oposición entre “orgánicos” (los candidatos escogidos por las bases sindicales) y los “invitados” (provenientes de la sociedad civil y designados por los dirigentes del partido) que provocaría algunas tensiones internas ya en la fase de ejercicio del poder. Fue también a partir de 2004 que el el Directorio Nacional del partido alcanzó su mayor grado de autonomía decisoria, en el cual los productores de coca seguían teniendo asiento pero sin la preponderancia de antes. Sin embargo, esta autonomía creciente de la burocracia partidaria no implicó que los sindicatos del Chapare hayan dejado de conservar en todo momento una influencia significativa sobre su brazo político, o cuando menos que su opinión fuese escuchada por Evo Morales. Por ese motivo, incluiremos en los datos analizados documentos sindicales de los productores de coca.

La cuestión de la poca relevancia del organigrama partidario hasta un período tardío en la vida del MAS se relaciona con un tema que ha hecho correr ríos de tinta académica y periodística en los últimos años: la relación del partido y de su gobierno con los movimientos sociales²⁶⁶. No negamos que muchas organizaciones de la sociedad civil hayan empezado a ver en el partido su portaestandarte en varios combates, pero por una parte este interés fue tardío y por otro su poder de intervención en el MAS era limitado o inexistente. Gracias a las investigaciones más detalladas y documentadas existentes sobre el movimiento político de los productores de coca y el análisis preliminar del material documental, la idea que sobresale es que el MAS no pertenecía a los movimientos sociales, aunque

²⁶⁶ Sobre todo en obras comprometidas desde la izquierda, el ejecutivo masista ha sido a menudo calificado de “gobierno de los movimientos sociales”. Véase, entre otros, HARNECKER, Marta y FUENTES, Federico: *MAS-IPSP de Bolivia. Instrumento político que surge de los movimientos sociales*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2008 y HYLTON, Forrest y THOMSON, Sinclair: *Horizons Révolutionnaires. Histoire et actualité politique de la Bolivie*, Paris, Imho, 2010

sí los representaba políticamente, a unos más que a otros y con intensidad variable en el tiempo. Sobre este aspecto, conviene citar al ya mencionado Sven Harten:

“En vez de caracterizar el MAS como un partido basado en movimientos sociales, una descripción más exacta sería –al menos para los primeros años de su existencia hasta 2004– el de un movimiento social que participaba en elecciones eludiendo las restricciones legales a través de un disfraz de partido político (...) Por lo tanto, entre 1995 y 2004 el MAS no era tanto un partido independiente establecido por un movimiento social sino más bien –y ésto es lo que torna su caso tan interesante– una parte integral del movimiento de los productores de coca.”²⁶⁷

Por último, no se puede hablar del proceso de toma de decisiones en el movimiento de los productores de coca sin otorgar una relevancia central al liderazgo de Evo Morales. La coincidencia entre sindicato y partido empieza en su figura: a fin de cuentas, él ha sido presidente del Comité de Coordinación de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba desde 1996, cargo que ha conciliado con el dirigente máximo del Movimiento al Socialismo (y luego con el de jefe de Estado).

Evo Morales también encarna el doble posicionamiento que el MAS adoptó en cuanto a la institucionalidad política, según el cual había que doblarla pero sin romperla. Recordemos que, a partir de 1997, el dirigente cocalero añadió el recién conquistado mandato congresal a su ya repleta agenda, asumiendo un mando tripartito: en el sindicato, en el partido y en el Parlamento. La magnitud de su poder estuvo directamente relacionada con la variedad de cargos que fue ocupando y los múltiples niveles de intervención que de ellos derivaban.

De cierta manera, el recorrido de Evo Morales funciona como un espejo de las tres etapas del desarrollo del MAS: la primera, sobre todo como instrumento político del sindicalismo del Chapare, entre 1995 y 2002, con Morales al mando; la segunda, aproximadamente a partir de comienzos de 2002, de alianzas con otras organizaciones sociales, articulación de exigencias y visibilidad nacional, gracias al Morales diputado; y la tercera, marcada por la atracción de las capas medias urbanas, con apertura de listas a candidatos no orgánicos y refuerzo de la burocracia partidaria, a partir de las municipales de 2004, con Morales presidiendo el Directorio Nacional del movimiento político. El eje de la estrategia política del MAS fue cambiando, pero el denominador común de todos los posicionamientos fue el liderazgo de su dirigente histórico, que supo alternar entre el radicalismo sustancial al movimiento social y el pragmatismo necesario al éxito político-partidario.

Aún sobre el mismo tema, notemos su astuta utilización de la cultura y prácticas políticas de los cocaleros para consolidar su posición de jefatura y acabar imponiendo sus decisiones sin aparente autoritarismo. Se trataba, en pocas palabras, de una orientación hacia el consenso: sin menospreciar

²⁶⁷ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pp.89-90

la opinión mayoritaria, el dirigente nacido en el pueblo orureño de Orinoca aprovechaba su papel de pivote de la reunión para encaminar la asamblea hacia sus propias convicciones²⁶⁸.

Finalmente, refiramos que, pese a la ambigüedad sobre el grado de democracia en las relaciones entre dirigentes y comunidades, lo cierto es que Evo Morales nunca ha dejado de cobijar a las bases chapareñas, negándose a que las prioridades de los productores de coca abandonen el epicentro de las propuestas del partido. Acaso porque sabe que ahí se encuentra su núcleo duro y sus tropas más fieles. Los años en el poder demostraron eso mismo, que el apoyo de todos los otros sectores sociales es circunstancial: la COB, la CSUTCB, los indígenas de las tierras bajas, las juntas vecinales, los mineros. Por eso no es de extrañar que el jefe de los cocaleros no abdique de su cargo sindical, por más honorífico que actualmente sea. En el período que nos concierne, y a pesar de sus responsabilidades crecientes como líder de la oposición y representante de un abanico cada vez más amplio de sectores, Evo Morales nunca dejó de asistir a los ampliados cocaleros y de intervenir en ellos.

2.4 – Los primeros años del MAS: primicias ideológicas

Este desarrollo organizativo *sui generis* del MAS coincidió con una evolución de su ideología hacia una mayor complejidad. Algunos especialistas, como Do Alto y Stefanoni, sostienen incluso que esa complejidad ha ocasionado una “inescrutable ideología”²⁶⁹. En las páginas siguientes, no obstante, nos proponemos escrutarla. Nuestro objetivo no consiste en describir de forma detallada todos los matices de una ideología heterogénea y fruto de múltiples inspiraciones. Buscamos más bien ofrecer una visión esquemática que nos permita definir el ambiente ideológico en los cuales se basaron y fueron evolucionando los marcos de referencia del movimiento político.

Habitualmente, se han señalado tres componentes ideológicos básicos de la ideología del MAS desde su fundación hasta finales de 2005: el nacionalismo, el neomarxismo y el indianismo. A grandes rasgos, se puede encontrar el origen del primero en la herencia de la Revolución de 1952; del segundo, en el ideal intervencionista y repartidor de riqueza del socialismo histórico latinoamericano; y el tercero en una adaptación flexible del katarismo aymara, estimulado por el ímpetu multiculturalista de los años 90. En términos programáticos, estas orientaciones se tradujeron respectivamente en una línea antiimperialista con respecto a las injerencias estadounidenses, la reapropiación por el Estado

²⁶⁸ Según Komadina y Geffroy (*op.cit.*, pág.144), en los últimos años de oposición y ya en el gobierno, “[l]a toma de decisiones opera según un dispositivo de triangulación: el líder constata (...) los intereses y la fuerza de los grupos y líderes que componen el movimiento, calcula el peso político de las partes y decide. Su decisión es luego legitimada por una asamblea, un ampliado o un congreso del instrumento.”

²⁶⁹ DO ALTO, Hervé y STEFANONI, Pablo, *op.cit.*, pág.64

de los recursos naturales y el rechazo del neoliberalismo y, por último, el reemplazo del republicanismo liberal por un modelo de Estado plurinacional.

La interrelación entre estos tres bloques ideológicos ha oscilado, a lo largo de las etapas de la estrategia política del MAS, del sincretismo a la alternancia. El sincretismo implicó una fusión más o menos equilibrada de los elementos, como por ejemplo en el caso de la superposición entre identidad campesina e indígena: a mediados de la última década del siglo XX, el tradicional origen campesino empezó lentamente a combinarse con la identidad étnicocultural, en un proceso que se aceleraría después del ascenso de Evo Morales a la presidencia. En otros casos, sin embargo, la mezcla de aspectos ideológicos fue puesta de parte en pro de un acercamiento más caso a caso. Eso es lo que defienden, entre otros, Komadina y Geffroy en su investigación sobre el MAS de Cochabamba –representativo del partido a escala nacional– en el período anterior a la victoria de 2005²⁷⁰.

Desde nuestro punto de vista, no es pertinente decantarnos por uno u otro modelo. Creemos que uno, sea un individuo o una organización, no activa ni expone al mismo tiempo todas las facetas de sus construcciones ideológicas, exceptuando en un programa electoral o una declaración de principios. En la sucesión cotidiana de las vicisitudes sociales y políticas, hay que saber elegir el ángulo de ataque que más conviene a una circunstancia dada. Lo que sí puede ocurrir es que determinados actores o temas se conviertan en referentes comunes que ayuden a establecer una relación más coherente entre elementos ideológicos dispares o incluso tradicionalmente en conflicto. El concepto de “significante vacío” propuesto por Laclau se refiere a ese elemento que abandona su contenido habitual para convertirse en depositario y punto de conexión de varias demandas sociales. Examinando el corpus documental, intentaremos detectar el posible nacimiento de significantes vacíos y evaluar enseguida su importancia en el papel del MAS como articulador de las reivindicaciones de varios sectores.

En este sentido, y como hemos apuntado en la introducción, aceptamos como una premisa factible considerar que la progresiva adopción de una perspectiva étnica constituyó un intento de ofrecer mayor consistencia interna a la ideología masista y a la vez de aglutinar a varios sectores sociales bajo una bandera común. Definir el ritmo y los medios de esa progresión es, de hecho, una de las prioridades del presente estudio. La adoptamos como hipótesis de trabajo puesto que la condición de indígena había sido históricamente y seguía siendo en el momento de la fundación del instrumento político el sujeto pasivo de las tres dimensiones ideológicas mencionadas: explotado económicamente, excluido políticamente, discriminado socialmente.

Empero, también planteamos la posibilidad de que la identidad indígena, en la etapa opositora del

²⁷⁰ KOMADINA, Jorge y GEFROY, Céline, *op.cit.*, pp.113-139

MAS, haya funcionado en su discurso más como actor de reparto que como una figura principal. No olvidemos que, por ejemplo, el combate contra el sistema de la democracia pactada se hizo en nombre del “pueblo” frente a una “mafia de partidos”; la crítica al neoliberalismo, por su lado, oponía una oligarquía a varios tipos de actores sociales, entre los cuales productores de coca, campesinos, obreros, en muchas ocasiones reunidos también ellos bajo el paraguas del “pueblo”, pero raramente se vinculaba las reformas estructurales con la discriminación étnica.

El indígena no fue –o ese al menos es el interrogante que planteamos antes de bucear en la documentación– el “nosotros” de un planteamiento adversativo contra “los otros” personificados en políticos, oligarquías o potencias extranjeras. En ningún momento los “bolivianos” o “los pobres” fueron desplazados por “los indígenas”. Lo que sí parece haber sucedido –y es una teoría que compartimos con varios investigadores– es una progresiva indigenización de la bolivianidad: el pueblo boliviano seguía siendo definido bajo términos liberales y republicanos pero su futuro como sujeto histórico –casi podríamos decir su esencia prospectiva– residía en los pueblos indígenas y originarios.

Retomando la reflexión sobre las dimensiones ideológicas del partido, nos parece que el cruce entre estos componentes o el desplazamiento de uno en pro de otro no siempre han conllevado una alteración de las premisas ideológicas fundamentales del MAS. Álvaro García Linera, que antes de ser vicepresidente era uno de los sociólogos más destacados del país, nos ofrece sobre este tema una reflexión esclarecedora. Él se pregunta si “no es posible entender las luchas de identidad de los pueblos como parte de las luchas de las clases en una sociedad de subsunción formal, donde se entrecruzan múltiples modos de producción capitalistas y precapitalistas”²⁷¹. Esta sería otra forma de interpretar el movimiento hacia una eventual etnificación de las demandas sociopolíticas: considerar lo identitario como una forma de visibilización pública de las estructuras clasistas de una sociedad.

De acuerdo con esta línea de razonamiento, la emergencia de reclamos de corte indígena no sustituyó a las preocupaciones de tipo clasista, sino que sirvió para reactivarlas tras años de retroceso de la izquierda clásica. Estaremos atentos a esta posibilidad en el transcurso del análisis documental: que detrás de reivindicaciones étnicas se esconda el resurgimiento de lo económico, en un país donde racismo y desigualdad siempre fueron de la mano. Es precisamente para averiguar lo que está “por detrás” para lo que el análisis de marcos revela su principal utilidad.

El vehículo político de los productores de coca presentaba así, tanto organizativa como ideológicamente, rasgos muy divergentes con relación a las demás formaciones del espectro político-

²⁷¹ GARCÍA LINERA, Álvaro: “Comentario de Álvaro García Linera a la exposición 'El pueblo, lo popular y el populismo' de Ernesto Laclau”, en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pág.158. Véase también, del mismo autor, “El desencuentro de dos razones revolucionarias (...)”

partidario boliviano. Su condición de partido sin organigrama interno funcional no le restaba fuerza, sino todo lo contrario: a un alto grado de organización –sustentado en las estructuras sindicales– juntaba una notable capacidad de negociación con las instituciones estatales, derivada de su potencia movilizadora. Por otro lado, sus orientaciones ideológicas planteaban una dura crítica a la institucionalidad vigente, a sus políticas económicas y su modelo de Estado. Sin embargo, hay que notar que, con la decisión de las federaciones cocaleras de crear un instrumento político de participación electoral, se perfilaba una consecuencia implícita: la legitimación de la democracia representativa, si no de sus formas, al menos de su principio.

Mas allá de las posiciones antisistema de los campesinos del Trópico sobre la arquitectura política, el comportamiento del MAS en etapas posteriores confirmó su opción de intentar cambiar el edificio democrático desde adentro y no por vías extrainstitucionales o anticonstitucionales: los dos ejemplos más flagrantes fueron, primero, la respuesta del MAS a la dimisión de Sánchez de Lozada en octubre de 2003 y su apoyo a la sucesión del vicepresidente Carlos Mesa (“Nuestra salida es constitucional”, enfatizó Evo Morales²⁷²) y, después, a la renuncia del mismo Carlos Mesa y la subsiguiente convocatoria de elecciones, en contra de la mayoría de los sectores populares, que preferían seguir movilizados. Señalemos también que las distintas propuestas de democracia participativa inspiradas por las prácticas ancestrales andinas –algunas de ellas adoptadas antes de diciembre de 2005– nunca pretendieron reemplazar a la democracia representativa, sino más bien complementarla.

Volveremos a reflexionar sobre la cultura política del MAS en cuanto a esta disyuntiva durante el análisis de las fuentes primarias. Por ahora, digamos solamente que la presión extrainstitucional –lo que se suele llamar la presión de la calle– parece haber servido más para poner en marcha la reforma de la democracia representativa que para reemplazar a esta última como fuente de poder y soberanía, sobre todo a partir del momento en que el MAS se percató de que la toma del poder por las urnas era factible. Las frases pronunciadas por los dirigentes “masistas” y los documentos redactados por los sindicatos cocaleros deben ser interpretados considerando esta tensión entre la tendencia callejera y el polo institucionalista.

2.5 – Los resultados electorales del MAS: de 1995 a 2002

Examinados el sistema de funcionamiento interno del MAS y sus peculiaridades ideológicas, dirijamos ahora nuestra atención hacia los resultados electorales del brazo político del campesinado cochabambino. A continuación, atentemos en la geografía electoral del instrumento político desde el

²⁷² *La Jornada*, 15 de octubre de 2003

punto de partida cronológico del presente estudio, el año 1995, para después detenernos en el salto electoral posterior a 2002. Esta explotación nos será muy útil cuando llegue el momento de determinar a quienes se dirigía prioritariamente el discurso del MAS en el transcurso del período en cuestión.

Las hazañas iniciales de la ASP, que por razones técnicas tuvo que vincularse a la coalición Izquierda Unida (IU), dieron la razón a sus impulsores, entre los cuales Evo Morales, y esto pese al alcance geográfico limitado de sus victorias, tanto en las elecciones municipales de 1995 y 1999 como en los comicios generales de 1997. En 1995, a la vez primera aparición del brazo político del movimiento campesino y primeras elecciones regidas por la LPP, las diez alcaldías conquistadas por IU-ASP se debieron a las solidaridades sindicales tejidas en la década anterior, una idea que es corroborada por los datos sociodemográficos: en efecto, los datos censales indican que todos los municipios en que la alianza IU-ASP logró mayorías contaban con una fuerte población rural²⁷³.

Las estructuras sindicales cocaleras parecen, sin embargo, no haber sido el único motivo de éxito regional, puesto que de las catorce victorias electorales en el departamento de Cochabamba cinco fueron en las tres provincias de mayor predominio de la cultura de la coca (las provincias de Chapare, Carrasco y Tiraque) y las demás nueve en municipios fuera del Chapare. La influencia de la Federación Departamental Única Campesina de Cochabamba, filial de la CSUTCB que por entonces todavía escapaba a la hegemonía cocalera, se reveló en esos municipios decisiva. Sea como fuere, en esa primera experiencia electoral de 1995, la inexistencia de un núcleo urbano importante dentro del municipio constituyó una condición determinante en todas las victorias municipales de IU-ASP, un hecho que se prolongaría hasta las elecciones de 2002. La coalición, cuarta fuerza en el conjunto del departamento, lideraba en las zonas rurales mientras era poco más que invisible en las dos provincias mayoritariamente urbanas, la capital departamental y Quillacollo, así como en ciudades de tamaño medio como Sacaba y Punata.

Dos años después, en las elecciones generales de 1997 que dieron la presidencia a Hugo Banzer, la coalición IU-ASP alcanzó la tercera posición a nivel departamental y conservó su liderazgo en las provincias rurales. Gracias a ellas, logró cuatro diputados uninominales, entre ellos Evo Morales²⁷⁴. Ya hemos referido la importancia de la entrada en el Parlamento, que ofreció al movimiento cocalero un segundo pie en el sistema institucional, tras las alcaldías conquistadas dos años antes, y una tribuna

²⁷³ Los catorce municipios fueron Independencia y Morochata, provincia de Ayopaya; Vacas, provincia de Arani; Arque y Tacopaya, provincia de Arque; Capinota y Santiváñez, provincia de Capinota; Villa Tunari, provincia de Chapare; Tapacarí, provincia del mismo nombre; Totorá, Pocona, Chimoré y Puerto Villarroel, provincia de Carrasco; y Cuchumuela, provincia de Punata. En Tiraque (provincia del mismo nombre), IU-ASP empató con el MBL. Datos del Censo 2012 elaborado por el INE.

²⁷⁴ Los datos muestran que la rivalidad regional entre Evo Morales y Alejo Véliz (candidato a la Presidencia por la coalición) provocó el “voto cruzado” de parte de los electores cocaleros de la circunscripción correspondiente al Chapare. Sin embargo, no reside ahí la causa de la no elección de Alejo Véliz como primer candidato plurinominal: la prioridad del sistema electoral mixto en la atribución de los escaños era dada a los candidatos uninominales y, por esa razón, IU hubiera necesitado casi la mitad de los votos válidos del departamento para que su primer plurinominal saliera elegido.

con fuerte visibilidad mediática.

Los principales rasgos de la geografía electoral del movimiento político cocalero en las fechas anteriores se mantuvieron en los comicios municipales de 1999. Ese año, los productores de coca abandonaron la ASP para fundar su propio partido, el Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (IPSP), que tomó prestado el registro electoral del MAS, conformando el actual MAS-IPSP. En el departamento de Cochabamba aseguró ocho mayorías, siete de ellas absolutas, y el cuarto lugar en número de votos. Además, aumentó de 58 a 81 la cantidad nacional de concejalías (en un total de 1699 concejales, equivalente a 4,76%), 40 de ellas en su departamento de origen. Aun así, su presencia seguía siendo residual en el resto del territorio, salvo tres mayorías relativas en pequeños municipios de La Paz y Oruro.

Este recorrido electoral por los primeros años del MAS demuestra que, a finales de la década de 90, el partido seguía siendo un movimiento político de escasa importancia nacional y que, aun en el departamento de Cochabamba, sólo disponía de una influencia notoria –aunque no aplastante– en las provincias rurales. Su implantación, aunque innegable, era moderada y geográficamente limitada. Sus porcentajes (véase tabla) revelan incluso un retroceso en las municipales de 1999, debido a la ruptura de la alianza con Izquierda Unida y disensos en el sindicalismo campesino cochabambino²⁷⁵. En términos de política de alianzas con otras organizaciones sociales, el panorama tampoco era demasiado optimista. El MAS no había logrado –o, en rigor, todavía no había demostrado interés en hacerlo²⁷⁶– establecer vínculos cercanos con otros actores emergentes, como los indígenas de las tierras bajas o las juntas vecinales urbanas, ni con agrupaciones históricas, como la COB; mientras que con otras facciones regionales de la CSUTCB las relaciones eran de silenciosa o manifiesta hostilidad. El relativo aislamiento político y social del instrumento político cocalero sólo empezaría a romperse con la revuelta popular en Cochabamba sobre el suministro de agua, en abril de 2000²⁷⁷.

²⁷⁵ A fin de averiguar el alcance de la ruptura con Izquierda Unida, resulta interesante notar que las cifras y el reparto geográfico de la primera aventura electoral compartida por los cocaleros, las municipales de 1995, son similares a las alcanzadas en Cochabamba por la misma IU en las generales de 1989. En estos comicios, IU contaba como principal integrante con el Movimiento Bolivia Libre, uno de los partidos más a la izquierda del panorama partidario y con gran influencia sobre los sindicatos agrarios del departamento. La conclusión más evidente es que la participación nominativa de la CSUTCB y de los productores de coca no acarrió a corto plazo cambios significativos en el ámbito electoral.

²⁷⁶ Excepto en 1995, cuando Evo Morales viajó por los departamentos occidentales con el propósito de establecer alianzas con otras organizaciones sociales. Su intento fracasó.

²⁷⁷ En este tema, no compartimos la opinión de Harten (*op.cit.*, pp.81-82), que sostiene que “la fundación del partido por los productores de coca puede ser explicada por las características específicas de su movimiento social (...) y por su estrategia política de abrirse a otros intereses sociales [cursiva nuestra]” Este segundo punto no se concretó hasta los primeros años del siglo XXI, y las alianzas anteriores con otros sectores campesinos acabaron en discordia.

Porcentajes²⁷⁸ / Elección	Municipales 1995 (ASP)	Generales 1997 (ASP)	Municipales 1999 (MAS)
Total Nacional	3,00%	3,70%	3,30%
Departamento CCBB.	11,80%	17,50%	7,80%
Provincias rurales CCBB.	27,50%	38,30%	18,40%

El movimiento de los productores de coca, sin embargo, contaba con un punto fuerte que contrastaba con la debilidad electoral de su brazo político: la capacidad de movilización de sus bases y la visibilidad de su repertorio de acciones colectivas. La posición central del Chapare en el eje de transporte vial entre el Occidente del país y Santa Cruz aumentaba la capacidad de presión de los bloqueos de carreteras, como también sucedía con los productores de los Yungas, que contaban con la posibilidad de cortar el acceso al norte de La Paz. A esto habrá que añadir la violencia del programa de erradicación idealizado por el gobierno de Hugo Banzer (reemplazado en 2001 por Jorge Quiroga), que provocó una radicalización por parte de los productores de coca de la región.

La eclosión del ciclo de protestas del quinquenio 2000-2005 le permitió al sindicalismo cocalero explotar al máximo la solidez de su organización, la solidaridad entre sus miembros, su poder de convocatoria y su capacidad disruptiva. Y, por supuesto, aprovechar el valor discursivo de la hoja de coca, que venía siendo transformada en símbolo de defensa de la dignidad nacional, antídoto al neoliberalismo y al imperialismo extranjero. Como afirmábamos en la introducción, averiguar si es cierto que los cocaleros “han sido capaces de articular una serie de alianzas que pusieron a la defensa de la coca en el centro de las luchas sociales y políticas del país”²⁷⁹ y, en caso afirmativo, cómo lo consiguieron, es una de las misiones que nos proponemos.

Por otro lado, recordando el estado del sistema político-partidario que más arriba se describió, podemos afirmar que el instrumento político de los productores de coca también se encontró en el lugar cierto en el momento cierto. A pesar de su irrelevancia electoral y de su escaso número de diputados en la Cámara de Diputados, el MAS se distinguía en el panorama político por su condición de único partido de protesta. Por esta razón, era capaz de capitalizar cualquier revuelta con connotaciones antisistémicas, como las que explotarían con mayor vigor a partir del conflicto en torno al suministro de agua en Cochabamba. Aunque su vocación original fuese la de ser una extensión parlamentaria de los sindicatos, el contexto de efervescencia social le otorgó el papel de portavoz de protestas de varia índole. Un papel que el MAS no tardó en utilizar para amplificar su condición de

²⁷⁸ Elaboración propia a partir de: TSE; PNUD Bolivia e IDEA: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)* y *Atlas Electoral del Bolivia. Tomo III. Elecciones Municipales 1985-2010*, La Paz, Órgano Electoral Plurinacional-PNUD Bolivia-IDEA, 2012

²⁷⁹ STEFANONI, Pablo, *op.cit.*, pág.21

eje articulador de demandas heterogéneas que poco o nada tenían que ver con la hoja de coca.

Ante este panorama, las expectativas electorales del instrumento político se incrementaron con respecto al estancamiento de 1999. En efecto, en los comicios generales de 2002 se asistió al crecimiento vertiginoso del Movimiento Al Socialismo, un caso sin precedentes en la etapa democrática iniciada veinte años antes. Su binomio presidencial, compuesto por Evo Morales y el periodista Antonio Peredo, recibió el 20,9% de los sufragios, a escasos 42 mil votos del vencedor, el candidato del MNR Gonzalo Sánchez de Lozada. En el plano legislativo, a los 27 diputados se sumaron 8 senadores, conformando la segunda fuerza en el Congreso.

Este rápido desarrollo incluyó novedades con respecto a las elecciones anteriores, pero también algunas continuidades. Con respecto a los elementos novedosos, destaca la victoria del MAS en cuatro departamentos (Cochabamba, La Paz, Oruro y Potosí) y su resultado positivo en el departamento intermedio de Chuquisaca (tercer puesto, con el 17,1%, detrás del MNR y del MIR). Romero señala que la expansión territorial del partido sigue una lógica de proximidad geográfica con su bastión del Chapare, cercanía que según él facilitó el proselitismo político y sindical. Esta situación se aplica a los valles occidentales de Santa Cruz, al norte de Chuquisaca y el este de Oruro.

Digna de mención es también la victoria del instrumento político en El Alto, ciudad predominantemente aymara, con el 25,6% y por delante del Movimiento Indígena Pachakuti de Felipe Quispe. Este éxito constituyó una señal de que la estrategia del MAS empezaba a romper supuestas barreras étnicas y que su discurso incluyente calaba más en los sectores populares que el esencialismo del MIP. El triunfo en El Alto y otros municipios de mayoría aymara de La Paz demostraban también que el partido de Evo Morales había heredado una buena parte de los antiguos electores de CONDEPA en zonas periurbanas y rurales, muchos de ellos inmigrantes recientes de zonas rurales²⁸⁰.

A pesar del alcance de estas evoluciones, ciertos rasgos presentes en las tres elecciones precedentes se mantuvieron o se intensificaron. Hablamos, primero, de su implantación cada vez más hegemónica en el Trópico de Cochabamba: en las tres provincias de Chapare, Carrasco y Tiraque, el MAS logró 52%, 76% y 77% de los votos respectivamente, con tasas de participación por encima del promedio nacional. Estas cifras son un claro indicador de las solidaridades sindicales y de su compromiso con el futuro del instrumento político. Por otra parte, el carácter rural del voto en el MAS seguía siendo una realidad insoslayable: el MAS ganó en sólo una de las capitales departamentales, Oruro, y con poco más de un quinto del total, pero se instaló firmemente en las provincias rurales de los cuatro departamentos del Altiplano, irradiando su influencia desde el Trópico de Cochabamba.

Los datos aportados por Oviedo Obarrio, a través de una serie de círculos concéntricos hasta 100 kilómetros alrededor de las cuatro capitales departamentales andinas, confirman una correlación

²⁸⁰ ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: "La elección presidencial de 2002 en Bolivia", *Alceu*, vol.3, nº6, enero/julio 2003, pág.162

positiva entre los porcentajes electorales del MAS y la distancia a las urbes capitalinas²⁸¹. La victoria de la formación de Evo Morales en el campo boliviano occidental fue el reflejo de otro fenómeno significativo: el voto rural, hasta entonces considerado como un subproducto del voto urbano, decidió quebrar ese paralelismo y elegir a sus propios representantes, favoreciendo las candidaturas del MAS y del MIP²⁸².

A esta autonomización del elector rural a favor del MAS y a su ya referida aceptación en algunos sectores populares periurbanos, hay que juntar su relativa penetración en las capitales departamentales de Occidente y ciudades de talla mediana. Siete años después de la fundación del instrumento político, el MAS lograba cruzar las fronteras de su nicho electoral, los municipios rurales de Cochabamba. Sin embargo, la conquista de las grandes ciudades del Altiplano sólo se concretaría en el siguiente proceso electoral, tres años después.

Además, en 2002, las motivaciones del voto urbano en el MAS en comparación con su electorado rural quedaron patentes en la dimensión del voto cruzado en determinadas circunscripciones urbanas, donde Evo Morales logró mucho más votos que sus candidatos a diputado uninominal. Esta discrepancia, casi inexistente en circunscripciones rurales, se debió a las lagunas de implantación del MAS y de sus redes sindicales y organizativas en zonas urbanas²⁸³. Este fenómeno nos recuerda hasta que punto la subsiguiente evolución electoral –pero también social y política– del MAS estuvo dependiente de dos factores relacionados entre sí: la densidad de su presencia sobre el terreno y su estrategia de alianzas con otros sectores populares. Por otro lado, la disparidad entre voto presidencial y uninominal en ciertos núcleos urbanos también se vincula con un aumento en la aceptación de la figura del líder cocalero y del impacto positivo de las posiciones del MAS sobre temas de alcance nacional no corporativos (i.e., el modelo económico, la influencia externa o la corrupción política).

Por otra parte, la ruralización del voto ocurrió en simultáneo con su regionalización, fenómeno que ya había aflorado en 1997 y 1999. La expansión del instrumento político fue súbita y acentuada pero limitada geográficamente: ahora no sólo al campo cochabambino sino a los cuatro departamentos occidentales ya citados, pero con escasa presencia en la llamada Media Luna. En los pocos poblados Beni y Pando, sus porcentajes rondaron el 3%, mientras que en Tarija se quedó en el 6,2%. En Santa Cruz, alcanzó el 10,2%, gracias a los municipios del oeste del departamento, que contaban con una fuerte presencia de emigrantes de Occidente y la capacidad de convocatoria del Movimiento Sin Tierra, uno de los aliados del MAS en la zona oriental del país. Aun así, el mensaje que tan buenos resultados alcanzó en las comunidades del agro andino no tuvo el mismo efecto en las zonas rurales del Oriente.

²⁸¹ OVIEDO OBARRIO, Fernando: “Evo Morales and the Altiplano: Notes for an Electoral Geography (...)”, pág.95

²⁸² *Ib.*, pág.93

²⁸³ ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial de 2002 en Bolivia” (...), pág.163

Otra novedad consistió en que, por primera vez desde 1985, un partido asumidamente de izquierdas alcanzaba un porcentaje significativo. La ideología del neoliberalismo democrático empezaba a resquebrajarse: juntos, los tres partidos axiales de la democracia pactada obtuvieron no más que el 42,2% de los votos. ADN, la formación del fallecido Hugo Banzer y del presidente saliente Jorge Quiroga, protagonizó una caída abrupta hacia la irrelevancia política, con tan solo 3,4%. Por otra parte, el derrumbe por problemas internos de CONDEPA y UCS abría la posibilidad de que un nuevo partido antisistema captase el voto protesta, cuyas causas no habían desaparecido durante el mandato de Hugo Banzer, más bien lo contrario.

Igualmente relevante para la contextualización del período que nos concierne es mencionar que las elecciones de junio de 2002 marcaron el inicio del trabajo tentacular de alianzas establecidas por el MAS. Fue a partir de dichas elecciones, con el salto del MAS en términos de visibilidad y de influencia política gracias a su posición de primer partido de la oposición, que la función del instrumento político como polo aglutinador de fuerzas sociales en búsqueda de representación política se incrementó de modo exponencial. Pero ese proceso, aunque en pequeña escala, ya se había iniciado en los meses previos a las primeras elecciones generales de la centuria, y probablemente explica en parte la sorpresa que constituyó el segundo lugar de Evo Morales. Poco después del proceso electoral, Filemón Escóbar, electo senador por el MAS y figura preeminente del partido hasta su expulsión en 2004, destacaba el papel de las centrales campesinas en los triunfos rurales y el de los *ayllus* en determinadas zonas, como el norte de Potosí, donde las estructuras comunitarias –ancestrales o resucitadas– habían decidido vestir el abrigo partidario ofrecido por el movimiento cocalero²⁸⁴.

Por último, un análisis de los resultados del MAS en las elecciones de 2002 no estaría completo sin un acercamiento en clave étnica, que aplicaremos enseguida a los sufragios de 2005. La perspectiva étnica ha sido la más seguida en los últimos años para explicar el ascenso del MAS, reemplazando la visión institucionalista. No obstante, la influencia del elemento indígena varía conforme el autor consultado. Para Raúl Madrid, por ejemplo, el éxito de los partidos indígenas en América Latina –el primer de ellos el MAS– se explica por la combinación en sus mensajes de propuestas populistas y de un indigenismo inclusivo, aprovechando el mestizaje que caracteriza la región. Madrid defiende que el gran cambio que abrió las puertas del protagonismo nacional al MAS a partir de 2002 fue su capacidad de atraer a votantes fuera del movimiento indígena: en sus propias palabras, “el MAS triunfó donde otros partidos indígenas habían fracasado precisamente porque se convirtió en mucho más que un mero partido indígena”²⁸⁵. Harten, por su parte, aduce que el éxito del MAS se debió a su capacidad de crear una nueva identidad política de extracción popular aliada

²⁸⁴ *Pulso*, n°153, 2002, citado por STEFANONI, Pablo, *op.cit.*, pág.25

²⁸⁵ MADRID, Raúl: “The Rise of Ethno-Populism in Latin America: The Bolivian Case”, comunicación presentada en el Congreso Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, Filadelfia, 2006, pág.13

a un nuevo imaginario nacional de inspiración indígena. Otros, como Canessa, Goodale, Albro o aun Grisaffi²⁸⁶, han preferido una perspectiva entre antropológica y sociológica, en que se destaca de qué manera el papel de la identidad indígena en la discusión política se fue imponiendo paulatinamente y cómo se ha ido moldeando esa misma identidad.

Aprovechando el sentido de estas reflexiones, creemos que el exponencial incremento de la popularidad del MAS en las ciudades y sus zonas periféricas entre 2002 y 2005 se vincula de cerca con la evolución de la mutable identidad indígena en las áreas urbanas. A su vez, este sincretismo de las etnicidades urbanas se encuentra en la base de las motivaciones detrás del ciclo de revueltas indígena-populares del primer lustro del nuevo siglo que el MAS logró canalizar en provecho propio²⁸⁷.

Las escasas encuestas disponibles sobre los comicios de 2002 confirman que la población que se autoidentificaba como indígena votó en mayor proporción por el MAS que por los demás partidos. Una encuesta del mismo año señala que 22% de los votantes del MAS se consideraban indígenas, frente a menos de 10% para los tres otros partidos observados (MNR, NFR y MIR). Con todo, hay que tener en cuenta que el porcentaje de electores que se veían como mestizos era similar para los cuatro partidos y abarcaba cerca de dos tercios de las respuestas²⁸⁸.

También las estadísticas del Censo de 2001, cuyo cuestionario favorecía una autoidentificación indígena al no incluir la categoría “mestizo”, apunta en el mismo sentido. Según esos datos, el MAS logró en los municipios de mayoría indígena una votación bastante por encima de su promedio nacional (32,1% frente a 7,3% en municipios no indígenas). Además, el porcentaje obtenido en zonas de mayoría aymara no quedó muy atrás del alcanzado en municipios de mayoría quechua (30,5% y 39,6% respectivamente)²⁸⁹. Estas cifras revelan una alta aceptación entre los principales pueblos originarios andinos, contrariamente al MIP, cuya presencia se limitaba a su bastión del Altiplano paceño aymara.

Pese a sus virtudes, la prioridad dada por determinados investigadores a la dimensión étnica para

²⁸⁶ CANESSA, Andrew: “Todos somos indígenas: Towards a New Language of National Political Identity”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.25, n°2, 2006, pp.241-263; GOODALE, Mark: “Reclaiming Modernity: Indigenous Cosmopolitanism and the Coming of the Second Revolution in Bolivia”, *American Ethnologist*, vol.33, n°4, 2006, pp.634-649; ALBRO, Robert: “The Culture of Democracy and Bolivia's Indigenous Movements”, *Critique of Anthropology*, vol.26, n°4, 2006, pp.387-410; GRISAFFI, Thomas: “We Are Originarios... 'We Just Aren't from Here': Coca leaf and Identity Politics in the Chapare, Bolivia”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.29, n°4, 2010, pp.425-439

²⁸⁷ Cf. ALBRO, Robert: “Confounding Cultural Citizenship and Constitutional Reform in Bolivia”, *Latin American Perspectives*, vol.37, n°3, mayo de 2010, pp.82 y 85 y GOMES, David: “Le peuple elliptique: nouveau sujet politique et indigénéité d'État dans la Bolivie contemporaine”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], colocado en línea a 7 de junio de 2013, consultado a 22 de noviembre de 2013, URL: <http://nuevomundo.revues.org/65462>; DOI: 10.4000/nuevomundo.65462

²⁸⁸ SELIGSON, Mitchell: *Auditoría de la Democracia. Bolivia, 2002*, La Paz, USAID-Universidad Católica, 2003, pág.53

²⁸⁹ MADRID, Raúl: “The Determinants of the Electoral Performance of Ethnic Partis in Latin America: the Case of the MAS in Bolivia”, comunicación presentada en el Congreso Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, Washington, 2005, pág.21

explicar no sólo el crecimiento súbito del MAS en 2002 sino también su victoria en 2005 y posterior posición hegemónica padece, sin embargo, de dos inconvenientes no desdeñables: uno centrado en el elector y el otro en el partido. El primero se refiere a la escasez de estudios que permitan determinar la relevancia que los electores atribuyen a la representación de tipo étnico a la hora de votar por uno u otro partido. Es cierto que, sobreponiendo los resultados electorales al mapa de autoidentificación étnica salido del Censo de 2001, se revela una fuerte correlación entre el voto en el MAS y la autopercepción indígena. Sin embargo, la pertenencia indígena también mantiene una relación de proporcionalidad directa con índices como el de desarrollo humano, la pobreza y la desigualdad²⁹⁰.

Por esa razón, antes de asegurar la supuesta causalidad del vínculo habrá que sopesar la importancia de otros factores paralelos que también posean un valor explicativo. Hablamos por ejemplo del nivel de ingresos, la educación, el posicionamiento ideológico, el grado de apoyo al sistema político, la prioridad dada a las libertades públicas, entre otros. La identificación étnica resulta ser así sólo uno de los varios rubros que influyen en las opciones de la ciudadanía. Las razones del voto en el MAS se situarán más bien en la intersección de esas variables: ¿por qué motivo un boliviano que planta coca, sindicalizado, hostigado por los militares, sin acceso a servicios básicos, con pocos ingresos, alejado de los centros urbanos, emigrante del Altiplano aymara pero con dominio del quechua vota por el MAS? Por una multiplicidad de motivos, pero no necesariamente por su identidad étnica. Por este motivo, rechazamos la premisa explicitada por Raúl Madrid y adoptada por otros autores según la cual “las personas que se autoidentifican como indígenas o que provienen de un medio indígena son los principales seguidores de los partidos indígenas *porque simpatizan con sus demandas étnicas y con sus propuestas de combatir la discriminación y la marginación étnicas.*”²⁹¹ Nos encontramos ante un clásico caso en que correlación no implica causalidad, o por lo menos no excluye otros factores de causalidad.

El otro reparo consiste en que el propio MAS –y en aún mayor medida en sus primeros años– tampoco puede ser considerado de forma tajante como un partido indígena, con un programa específicamente en pro de la población indígena y un especial afán por conquistar el electorado indígena como tal. Un movimiento político constituido en su mayoría por quechuas y aymaras no es automáticamente un partido indígena. Fijémonos, por lo tanto, más en los hechos que en las apariencias construidas *ex post*.

En suma: que el MAS se haya convertido entre 2002 y 2005 en el partido de predilección de la mayoría indígena boliviana no implica que los electores lo hayan elegido por su estatuto de partido indígena (una posición que el MAS ni siquiera reivindicaba, al contrario del MIP), ni que esos

²⁹⁰ PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD): *Índice de Desarrollo Humano en los Municipios de Bolivia*, La Paz, PNUD, 2004, pág.33 y SELIGSON, Mitchell, *op.cit.*, pp.54-57

²⁹¹ MADRID, Raul: *The Rise of Ethnic Politics in Latin America*, Cambridge, CUP, 2012, pág.4, cursiva nuestra

electores hayan valorado las dimensiones étnicas de su discurso como las más relevantes en su decisión de apoyar el partido de Evo Morales. El análisis de los marcos del discurso del MAS permitirá determinar en cuáles de las dimensiones el instrumento político colocó su énfasis y qué elementos fueron mejor recibidos por el público. Como hemos afirmado, la primera impresión que resalta de los datos recogidos es una relativa secundarización de las cuestiones de carácter étnico con respecto a propuestas y reflexiones de otro cariz.

Regresemos a las elecciones generales de 2002. Más arriba, nombramos algunas de las posibles causas del crecimiento del MAS en esa cita electoral, como la proliferación de conflictos sociales y su condición exclusiva de partido antisistema con asiento parlamentario. Pero ciertos factores de carácter más coyuntural también marcaron la campaña de las elecciones y acabaron favoreciendo al MAS. El primero, acaecido a comienzos de 2002, fue la expulsión de Evo Morales del Parlamento. Los parlamentarios de los partidos tradicionales se pusieron de acuerdo para apartar al líder cocalero de la Cámara de Diputados, acusándolo de haber incitado a la violencia contra los militares erradicadores en el Trópico de Cochabamba y haber así provocado víctimas mortales. La decisión provocó una fuerte reacción popular en defensa de Morales y manchó todavía más la frágil reputación de la clase política.

La connivencia entre los partidos del arco de gobierno también quedó subrayada por otro de los escándalos políticos que antecedieron a los comicios, la atribución de pensiones vitalicias a varios parlamentarios. Como veremos en el momento del análisis documental, el aparato del MAS aprovechó esta oportunidad para volver a destacar los inconvenientes de la democracia pactada.

El tercer factor coyuntural que potenció los resultados del MAS consistió en la marcha que varios grupos indígenas del Oriente llevaron a cabo durante la campaña electoral, exigiendo una Asamblea Constituyente. Como casi todas las marchas, esta recibió una amplia cobertura periodística y afectó a los partidos tradicionales, que o rechazaban la convocatoria de un proceso constituyente (caso del MNR) o mantenían posiciones ambiguas sobre la cuestión. Este tema se convertiría progresivamente en una bandera programática del MAS, sobre todo después de las movilizaciones populares por la nacionalización de los recursos gasíferos en 2003.

No obstante, recordemos que la posición favorable del MAS sobre la Asamblea Constituyente no le fue provechosa en las zonas habitadas por los pueblos indígenas del Oriente. Es más, sus porcentajes más débiles se localizaron en la Amazonía y el Chaco, además de las zonas latifundistas del este del país. Puede que esta realidad encuentre parte de su explicación en las prácticas clientelistas de los partidos tradicionales (sobre todo el MNR) con respecto a los grupos autóctonos de las tierras bajas, pero no deja de ser revelador que el partido con el discurso supuestamente más indigenista casi no haya existido en términos electorales entre aquellos que mayor conciencia étnica habían forjado durante la década anterior.

Pero el más crucial de los acontecimientos imprevistos fue el último, sucedido tres días antes de las elecciones de 30 de junio. El embajador norteamericano Manuel Rocha, en un acto en el Chapare, advirtió el electorado boliviano de que votar por Evo Morales acarrearía riesgos para las relaciones entre Estados Unidos y Bolivia: “Quiero recordarles que si eligen a los que quieren que Bolivia vuelva a ser un exportador de cocaína, pondrán el peligro el futuro de la ayuda de Estados Unidos.”²⁹² Estas declaraciones, reprobadas por el conjunto de los actores políticos (incluyendo el Presidente Quiroga), otorgaron un énfasis añadido a la oposición del MAS frente a las supuestas ingerencias de la potencia norteamericana y al servilismo de los sucesivos gobiernos nacionales, sobre todo en la temática relativa a la hoja de coca.

2.6 – Los resultados electorales del MAS: de 2002 a 2005

A pesar de la posición de fuerza conquistada en las urnas en 2002, el camino del MAS hacia el triunfo en la presidencial y legislativas de 2005 fue todo menos inevitable. A la par de la coyuntura social, cuyas turbulencias serán observadas en el siguiente capítulo, las perspectivas del MAS tampoco parecían muy claras desde el punto de vista de la sociología electoral. Y aún menos teniendo en cuenta las idiosincrasias institucionales del sistema boliviano, en particular la segunda vuelta congresal. Su sorprendente segundo lugar en los comicios que dieron de nuevo la presidencia a Sánchez de Lozada contribuyó a esconder las fragilidades que su implantación social y geográfica todavía revelaba. Débil en las ciudades, en un país demográficamente urbano, y residual en la Media Luna, residencia de un tercio de los votantes, el MAS iniciaba además la nueva legislatura como fuerza muy minoritaria en el Congreso, frente a la amplia coalición negociada por el nuevo mandatario, que llegó a contar –tras el ingreso de NFR a la alianza de gobierno– con el apoyo de 106 de los 130 escaños de la Cámara de Diputados²⁹³.

Recordemos también que el candidato de NFR, Manfred Reyes Villa –que ocupó el primer lugar de las encuestas durante casi toda la carrera presidencial– quedó a escasos 700 votos del segundo puesto, y que este partido contaba a comienzos de la legislatura con una presencia similar a la del MAS en la Cámara de Diputados. ¿Cómo explicar entonces que, tres años y medio después, el MAS haya salido ganador absoluto, mientras NFR y su jefe de fila regresaban a una relevancia puramente regional?

Un comienzo de respuesta a esta cuestión –la pregunta del millón de cualquier investigador que

²⁹² *El Diario*, 27/06/02

²⁹³ A los 36 del MNR, 26 del MIR y 5 de UCS se juntaron 25 de NFR y 4 de ADN, que no integró el ejecutivo pero votó a favor de Sánchez de Lozada en la segunda vuelta en el Congreso.

trabaje sobre el MAS— pasa por reconocer que, entre junio de 2002 y diciembre de 2005, el contexto fue cambiando, tanto en lo que se refiere a las instituciones y restantes actores políticos como en el plano interno (en el equilibrio de fuerzas en el seno del partido y las correspondientes prioridades programáticas), y que las decisiones estratégicas del MAS acabaron siendo avaladas por los acontecimientos futuros. Siendo cierto que del corpus documental retiraremos algunas valiosas informaciones al respecto, introduzcamos brevemente el panorama general a nivel político-institucional e intrapartidario para después analizar los números de la victoria de Evo Morales en 2005.

A nivel político, el peligro que representó la emergencia del MAS para la democracia pactada provocó una reacción de defensa por parte de las formaciones que la componían. Esta estrategia defensiva se basó en una coalición insólita entre el MNR y el MIR, que hasta entonces habían sido rudos adversarios, y la complicidad más o menos abierta de los restantes partidos. La vida política boliviana se organizaría desde ese momento según una lógica de todos contra el MAS, que acabó favoreciendo la imagen antisistémica del partido presidido por Evo Morales.

En segundo lugar, la dimisión de Sánchez de Lozada en octubre de 2003 acarreó la promoción a la jefatura del Estado de Carlos Mesa, que alcanzó la presidencia gracias al apoyo del MAS. Ese apoyo —o tolerancia, según las circunstancias— significó también una debilidad inicial para Mesa, cuyo cargo quedaba de alguna forma rehén del MAS y de las organizaciones sociales y ya no legitimado por el conjunto de la población.

Por fin, las instituciones —la Presidencia, el Congreso, el ejecutivo— fueron demostrando su incapacidad para dar una respuesta satisfactoria a las reivindicaciones del heterogéneo frente callejero, en temas centrales como la Asamblea Constituyente, los recursos gasíferos, el modelo económico o la parálisis congresal. La radicalización de las demandas sociales puede haber contribuido, algo paradójicamente, a que la victoria de los contestatarios en las urnas fuese vista por una parte de la ciudadanía como una manera de resolver la inestabilidad sociopolítica y de impulsar reformas de gran calado.

En lo que se refiere a la dimensión interna del instrumento político, recordemos que un año después de la sorpresa de junio de 2002, el MAS seguía siendo antes de más el brazo político del sindicalismo campesino, aunque había diversificado sus bases geográficas más allá del Trópico cochabambino. Pablo Stefanoni cita una entrevista con Jorge Arzabe, dirigente máximo del partido en el departamento de La Paz, en la que este destaca el vínculo entre la autoridad campesina en el seno del MAS y la conservación de sus señas de identidad aun después del éxito de 2002: “En la dirección hay una hegemonía de los sectores campesinos (...): cocaleros, campesinos indígenas del Altiplano y colonizadores. Esto lo estamos manteniendo para garantizar el espíritu ideológico, la estrategia

política y la estructura orgánica.”²⁹⁴ Estas palabras de Arzabe son bastante reveladoras, puesto que subrayan la necesidad de conservar un sustrato campesino común como base de la ideología, de la estrategia y de la fortaleza organizativa, como si en la lógica de funcionamiento del instrumento político las tres dimensiones compartiesen la misma matriz y no se pudiese cambiar una sin tocar a las demás.

Sin embargo, la persistencia de una base campesina centrada en torno a las zonas cocaleras y a las regiones rurales del Altiplano no impidió que, a partir del momento en que el MAS se convirtió en un actor político de primer rango, su poder de atracción como polo aglutinador de distintas demandas sociales se incrementara de modo exponencial. Aunque parecería que el MAS no reemplazó a los movimientos sociales, ni que estos se juntaron orgánicamente a la alianza en torno al partido, sino que su mérito fue el de haberse convertido en el portavoz político de tales reivindicaciones. Por ejemplo, durante la Guerra del Gas en 2003, las asociaciones de vecinos de El Alto –acaso los principales protagonistas de las protestas– siguieron mirando con desconfianza los intentos de acercamiento del MAS y no llegaron a integrar un campo unificado sobre el terreno. Pero el MAS, en esta como en otras ocasiones, no esperó a que el movimiento social se uniera a su causa para apropiarse de las reivindicaciones populares. El movimiento de apertura del instrumento político fue, así, de doble cuño. Por un lado, de tipo programático, al añadir a su lista de prioridades los temas más controvertidos en la sociedad boliviana, como la exportación del gas y la realización de una Asamblea Constituyente. Por otro, y con más velocidad a partir de 2004, una apertura a militantes y candidatos de origen no campesino.

Con respecto a este último punto, recordemos que la estructura decisoria del instrumento político había sido, desde su fundación, bastante compleja: en sus comienzos, las bases decidían la dirección a seguir por el instrumento en los amplios de la Coordinadora, pero también en las asambleas del sindicato femenino Bartolina Sisa, de la Federación de Colonizadores y de las CSUTCB regionales. Pero tras su ascenso a primer partido de la oposición y en especial tras la media victoria en las municipales de 2004, el MAS se expandió y evolucionó hacia lo que Harten denomina como una “organización caótica”²⁹⁵. Este tipo de organización, aunque comportase inconvenientes, conllevaba también claras ventajas. Entre ellas, el establecimiento de lazos extremadamente fuertes entre las bases y su órgano de representación política, lo que ayuda a explicar el porqué del poder de movilización de que disponía el MAS.

Como recuerda el mismo autor, la apertura radical de las listas “fue fundamentalmente motivada por consideraciones estratégicas y electorales, a fin de maximizar sus posibilidades de ganar la

²⁹⁴ STEFANONI, Pablo, *op.cit.*, pág.25

²⁹⁵ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pág.134

elección de 2005 y las subsiguientes.”²⁹⁶ La dirigencia del MAS prefirió renunciar, al menos en parte, al sustrato campesino de que hablaba Jorge Arzabe a cambio de mayores posibilidades de extender su presencia militante a zonas antes descuidadas y así crear las condiciones necesarias a la conquista de una mayoría electoral.

Esta dinámica interna ya se había instalado cuando, a mediados de 2005, Carlos Mesa presentó su dimisión, en buena medida debido a la conducta ambigua del MAS, que ora apoyaba ora desaprobaba ostensiblemente al experiodista. Su sucesor, el presidente de la Corte Suprema Eduardo Rodríguez Veltzé, decidió convocar elecciones generales para diciembre del mismo año. En ellas, Evo Morales contradijo la historia electoral reciente y logró la primera mayoría absoluta en más de dos décadas de democracia. Hagamos un repaso por los resultados del MAS en 2005, los cuales nos permitirán evaluar hasta qué punto resultó fructífera la estrategia política y discursiva del MAS en el período anterior.

La victoria del 18 de diciembre de 2005 sigue siendo, por motivos obvios, el episodio electoral que más atención ha retenido por parte de los observadores del trayecto del MAS. La magnitud del triunfo y el corte radical que significó en el sistema político, partidario e institucional justifica tal interés, pero tengamos en cuenta que el terremoto de ese año se fue intuyendo en las brechas abiertas desde los comicios de 2002. En ese sentido, más allá de algunos elementos novedosos, el principal fenómeno de las elecciones de 2005 fue la agudización de tendencias prefiguradas en las elecciones anteriores, tanto durante la campaña como en los resultados finales.

El contexto político y social era, desde luego, favorable al instrumento político. Como señala Muñoz-Pogossian, el MAS era el único partido que había salido intacto de los meses críticos de 2003, habiendo alcanzado, además, la primera posición en las municipales de 2004²⁹⁷. Por su parte, el sistema partidario dio pruebas, desde la definición de candidatos, de su estado moribundo: en efecto, ninguno de los partidos tradicionales avanzó con un candidato presidencial bajo su propia bandera, excepto el MNR, representado por Michiaki Nagatani, una figura casi desconocida del gran público. Jorge Quiroga dejó ADN y creó su propio vehículo electoral, la asociación cívica Podemos, mientras Samuel Doria Medina abandonó el MIR para fundar Unidad Nacional. NFR y su líder se replegaron hacia Cochabamba, UCS pagó el precio de su descomposición interna y promiscuidad política. En cuanto a CONDEPA, hacía mucho que había dejado de existir. El MAS reunía, en cambio, todas las características que echaban de menos sus adversarios: un liderazgo claro, solidez interna y parlamentaria, vínculos con los movimientos sociales y una fuerte capacidad de movilización en las calles y en la campaña.

²⁹⁶ *Ib.*, pág.137

²⁹⁷ MUÑOZ-POGOSSIAN, *op.cit.*, pág.176

Campaña que quedó marcada por un grado de polarización nunca visto desde 1985²⁹⁸. Acostumbrados a una guerra de personalidades, los bolivianos se confrontaban ahora a un amplio debate entre opciones ideológicas y programáticas muy distintas, en temas centrales como los hidrocarburos, la coca, la renovación política (de prácticas y de instituciones, por vía de la Asamblea Constituyente) y el papel del Estado en la economía. El incremento substancial de la participación se debió en buena medida al sentimiento de que el voto popular serviría para escoger entre alternativas enfrentadas y no sólo entre varias caras del mismo modelo. Como señala Salvador Romero, las más altas tasas de participación ocurrieron en aquellas regiones que habían sido el principal escenario de la efervescencia sociopolítica en los años anteriores, el Occidente y el centro, lo que favoreció aún más el MAS. Por el contrario, en el Oriente y el sur, sobre todo en los baluartes de los partidos tradicionales, la participación quedó por debajo del promedio nacional²⁹⁹.

Los 53,7% alcanzados por Evo Morales equivalen a un aumento de más de 30% con respecto a 2002. Aún más impresionante es la evolución en el número de votos expresos: de 581.000 se pasó a más de un millón y medio. Una mirada al mapa electoral del MAS permite detallar de donde provinieron esas reservas de votantes. En primer lugar, destaca una expansión territorial por zonas donde el movimiento había sido hasta entonces relegado a una posición secundaria. Hablamos del sur de Potosí, de la mayor parte de Chuquisaca y de algunas zonas de Tarija. En Santa Cruz, el partido fue la primera mayoría en veinte municipios, contra tan solo seis en 2002. Este progreso se centró en los valles del oeste cruceño con presencia de campesinos de origen altiplánico (como Yapacaní o San Julián) y permitió al MAS hacerse con un tercio de los votos del departamento. En otras regiones, donde el MAS apenas había existido en 2002, el partido quedó lejos del primer puesto pero consiguió instalar una base electoral sólida, en particular en las zonas urbanas de los departamentos de Santa Cruz y Tarija y en las tierras bajas de la Media Luna, incluyendo Beni y Pando.

Aparentemente, el MAS salió beneficiado por el derrumbe de dos partidos: el MIR y el MIP. Mientras Podemos recuperó, mal que bien, el electorado del MNR en Santa Cruz y de ADN en los departamentos del norte amazónico, el MAS engulló el MIP como primera fuerza en el sudoeste de La Paz y reemplazó parcialmente al MIR en su feudo tradicional de Tarija, así como el centro de Chuquisaca y el oeste de Santa Cruz. Este fenómeno de transferencia de votos del MIR al MAS ya había trasparecido en 2002, en particular en el norte de Potosí. El desplazamiento del voto en el MIR hacía un patrón de distribución más cercano a la derecha, primero, y su desvanecimiento, después, parecen haber propiciado un ascenso a medio plazo del MAS en las áreas tradicionalmente más a la

²⁹⁸ Salvador Romero cita una encuesta realizada durante la campaña según la cual 50% de los consultados consideraba las ideas de Morales y de Quiroga “muy diferentes”. Véase ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial del 18 de diciembre de 2005 en Bolivia” en ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (comp.), *Atlas Electoral Latinoamericano*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2007, pág.49

²⁹⁹ *Ib.*, pág.52

izquierda³⁰⁰. Por otra parte, la ausencia de NFR y el descrédito de UCS también abrieron una vía para que el MAS se destacara como la única opción para muchos de los económicamente marginados y políticamente decepcionados.

En lo relativo al altiplano paceño, refugio histórico del indianismo aymara, los más de 150.000 votos ahí obtenidos por la candidatura de Felipe Quispe en 2002 (un 17,7% en el departamento) acabaron en gran medida transferidos al capital electoral del MAS. La conducta errática del Mallku en su acción política y en las negociaciones con el gobierno, las pugnas internas en la CSUTCB, el llamamiento incluyente del MAS y el voto útil inducido por su primer lugar en las encuestas se encuentran entre las razones detrás del ocaso del MIP en sus reductos aymaras.

Por último, la holgada victoria del MAS asentó en la exacerbación de dos fenómenos ya perceptibles tres años antes: su anclaje rural y la conquista de las clases bajas y medias urbanas. Respecto al primero, el movimiento político liderado por Evo Morales obtuvo porcentajes superiores al 70% en muchas de las provincias rurales de La Paz, Oruro y Cochabamba, rozando la unanimidad (más de 80%) en varios municipios de estos dos últimos departamentos. En Santa Cruz, plaza fuerte de la oposición, el MAS demostró su poderío rural triunfando en cuatro provincias. La persistencia de una manifiesta regionalización del voto acabó siendo atenuada por los avances del MAS en el agro oriental.

Pero quizá el más importante y novedoso de los fenómenos haya sido la adhesión de una parte significativa de los núcleos urbanos. Por un lado, el MAS se aprovechó de la ausencia de rivales creíbles para captar la casi totalidad del voto protesta en las barriadas pobres de las grandes ciudades. Por otro, una parte considerable de los sectores de la clase media también adhirió si no al proyecto global del MAS, al menos a su crítica de las élites partidarias tradicionales y a la necesidad de una amplia renovación política. Salvador Romero subraya la contigüidad entre ambos estratos, recordando que si bien “la votación declinó a medida que subía el nivel de vida de los barrios (...) se trató de un *continuum* antes que de una polarización [pues] Morales capturó una parte significativa de la clase media e incluso alta.”³⁰¹ La combinación de la popularidad urbana del MAS en los barrios pobres y de la creciente aceptación de Evo Morales en las zonas más acomodadas permitió al partido superar la barrera de los 50% y evitar la segunda vuelta congresal. Por ejemplo, sólo en el municipio de Santa Cruz, el más poblado del país, Evo Morales obtuvo casi 100.000 sufragios más que tres años antes, en particular gracias al voto de los migrantes occidentales y cochabambinos instalados en los anillos exteriores de la capital cruceña.

Estos datos apuntan a que el comportamiento político del MAS en los años previos a su victoria

³⁰⁰ ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial de 2002 en Bolivia”, *op.cit.*, pág.166

³⁰¹ ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial del 18 de diciembre de 2005 en Bolivia”, *op.cit.*, pág.56

electoral supo, por un lado, potenciar la confianza de aquellos que ya la habían demostrado en escrutinios anteriores y, por otro, granjearse el apoyo de capas sociales antes desconfiadas sobre las propuestas e intenciones del partido y el peligro de polarización social en caso de que saliera victorioso. El examen de los marcos de referencia del discurso de sus dirigentes permitirá confirmar la validez de esta hipótesis.

En las páginas anteriores, quedó claro el entrelazamiento entre el aumento del potencial político y electoral del MAS y la proliferación de acciones contestatarias llevadas a cabo por actores sociales emergentes. En el tercer capítulo, nos fijaremos más de cerca en el ciclo de protestas del primer lustro del siglo XXI. Antes, realicemos un resumen de las causas contextuales e internas aquí reseñadas y que han explicado el auge del MAS en los ámbitos sociales y políticos de Bolivia.

2.7 – Conclusión: el ascenso del MAS, entre oportunidades ajenas y méritos propios

A modo de conclusión, podemos cerrar el presente capítulo subrayando que el ascenso del MAS a primer partido de la oposición, primero, y luego al poder en tan sólo una década de existencia – considerando 1995 como su data fundacional– se debió a tres tipos de factores: el aprovechamiento de oportunidades políticas, económicas y culturales, el desarrollo de una estructura organizativa sólida y su apertura a otros sectores en el momento adecuado y, por último, una capacidad discursiva y programática para articular socialmente y representar políticamente a distintos tipos de protesta en varias zonas del país. Cada una de estas dimensiones inspira tres consideraciones finales que presentamos a continuación.

En las más recientes investigaciones monográficas sobre el MAS o la emergencia de los partidos indígenas en América Latina, se ha tendido a desvalorizar el impacto de las reformas políticas y de la apertura de oportunidades, privilegiando los factores organizativos (es el caso de Harten) e identitarios (como defiende Madrid). Sin embargo, y como señala Fernando Mayorga, reformas como la Ley de Participación Popular desempeñaron un papel fundamental para que la capacidad organizativa de sindicatos y comunidades campesinas e indígenas se convirtiese en un recurso político, no sólo táctico sino estratégico. Otras, como la atribución de Tierras Comunitarias de Origen y el reconocimiento constitucional de la pluralidad étnica, reforzaron los sentimientos de pertenencia a los pueblos autóctonos sin que esto implicara un ataque a la identidad nacional boliviana, hecho de que se benefició el MAS para contornar el discurso excluyente del MIP. De la misma forma, el fin del monopolio de los partidos sobre la representación política promulgado por Carlos Mesa en 2004

aceleró el hundimiento del sistema partidario y aumentó las posibilidades de victoria del instrumento político.

En segundo lugar, creemos significativo para nuestra investigación notar que el rápido crecimiento del MAS parece haberse basado más en su potencial organizativo que en su programa político: los cocaleros no fueron la vanguardia ideológica de los sectores populares rurales y urbanos insurrectos ante la autoridad estatal (al menos hasta después de las elecciones de 2002), pero sí lograron convertirse durante los años 90 en la vanguardia organizativa del movimiento campesino y en uno de los actores nacionales con mayor capacidad disruptiva. También ahí reside una de las principales diferencias en comparación con NFR, el otro partido de protesta que emergió en los comicios de 2002: una parte de los votantes del MAS ejercía también de sus tropas en las calles, directa o indirectamente. En este ámbito, compartía la naturaleza híbrida del MIP, ya que ambos partidos provenían de sectores campesinos con una fuerte capacidad movilizadora.

Teniendo este fenómeno en cuenta, resulta menos paradójico el hecho de que la ruralización de la política boliviana y la creciente visibilidad de movimientos sociales oriundos de zonas rurales hayan sucedido mientras la demografía del país se inclinaba cada vez más hacia las áreas urbanas³⁰². El total de la población empadronada en medios urbanos fue en aumento constante, de 41,3% en 1976 a 57,5% en 1992, hasta alcanzar 62,4% a comienzos del siglo y 67,3% en 2012, de acuerdo con las cifras del último censo realizado³⁰³. En efecto, la apatía en las ciudades de las corporaciones obreras tradicionales en los años 90 y su reemplazo por otro tipo de actores con poder movilizador pero con un radio de acción localizado provocó un giro de los centros de poder político hacia zonas rurales donde los movimientos campesinos encarnaban la renovación de las ideas de izquierda y demostraban capacidad para resistir a los proyectos gubernamentales, casos del altiplano aymara y el Trópico cochabambino.

Además, otros factores confluyeron para explicar la centralidad de los movimientos rurales, como por ejemplo el aflujo considerable de emigrantes del campo hacia las principales ciudades y sus suburbios. Recordemos que, en muchos casos, la migración campo-ciudad no era permanente durante todo el año y conllevaba frecuentes idas y venidas del pueblo al núcleo urbano. Además, para una fracción importante de estos individuos, las actividades económicas agrícolas seguían siendo su principal fuente de ingresos.

Sin embargo, nos parece exagerado hablar de una “ruralización de la política”, una idea defendida por Moira Zuazo desde el título de su libro sobre el nacimiento del MAS³⁰⁴. Fijémonos en que muchas

³⁰² Cf. DO ALTO, Hervé: “Un partido campesino en el poder. Una mirada sociológica del MAS boliviano”, *Nueva Sociedad*, n°234, julio-agosto de 2011, pp.95-111

³⁰³ Datos del INE, relativos a los Censos de 1976, 1992, 2001 y 2012.

³⁰⁴ ZUAZO, Moira, *op.cit.*

de las temáticas fundamentales para los nuevos movimientos campesinos se fueron expandiendo a problemas no exclusivamente rurales. El avance del campo hacia las ciudades que caracterizó electoralmente el partido de Evo Morales fue acompañado por una diversificación de su visión de país a fin de incorporar problemáticas comunes a poblaciones urbanas y agrarias.

Fernando Mayorga, en su prólogo al libro de Zuazo, añade una reflexión pertinente a la cuestión del desplazamiento del eje de poder de las ciudades al campo: “Es decir, lo rural parece referirse al coto de caza de un actor político (porque el MAS no tiene rivales en el campo [...]) más que a un rasgo generalizado de funcionamiento de la política en Bolivia.”³⁰⁵ Dicha ruralización parecería así deberse más a una cuestión de origen geográfico de los nuevos actores sociopolíticos que a una centralidad de las problemáticas rurales. En efecto, la reconfiguración del sistema de partidos boliviano tras 2005 y la geografía electoral que lo ha caracterizado –con un voto en el MAS más homogéneo entre regiones urbanas y rurales– parecen darle razón.

Por último, el MAS se fue posicionando en el tablero social y político boliviano como el único partido capaz de revertir las prácticas políticas de la democracia pactada, romper con el modelo económico adoptado por todos los gobiernos desde 1985 y reunir bajo la misma bandera los sectores sociales que habían desbordado en las calles un ineficiente sistema de representación política. ¿De qué manera lo hizo? Políticamente, resistiendo a la integración en el sistema de partidos. El MAS rechazó la vía centripeta seguida por CONDEPA, UCS y NFR, formaciones con las que compartía algunos rasgos. En 2002, por ejemplo, aunque pudiesen optar a la silla presidencial en la votación congresal, Evo Morales y los suyos decidieron no buscar pactos con los demás partidos, salvo el MIP.

Socialmente, el MAS logró establecerse como la organización en torno a la cual se agregó una dimensión negativa común³⁰⁶, compartida por amplios sectores populares, que luego sería complementada por un proyecto de contenido más positivo. El célebre dicho “De la protesta a la propuesta” era en la práctica más que un mero eslogan, y la podemos aplicar a dos momentos distintos de las relaciones entre, por un lado, el MAS y sus bases cocaleras y, por otro, las organizaciones populares campesinas y urbanas. La formación dirigida por Evo Morales fue combinando demandas propias y prestadas de otros movimientos tanto en el dominio contestatario como en la vertiente prospectiva.

Al mismo tiempo, como ha resaltado ya desde la vicepresidencia García Linera, los partidos de base indígena (aunque más el MAS que el MIP) parecen haber logrado extender entre sus bases y seguidores un doble sentimiento de autorrepresentación clasista y étnica hacía mucho inexistente en las demás opciones partidarias³⁰⁷. La intersección de estos dos elementos, así como el liderazgo de

³⁰⁵ *Ib.*, pág.18

³⁰⁶ La expresión es prestada de LACLAU, Ernesto, *La raison populiste* (...), pág.4

³⁰⁷ GARCÍA LINERA, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias (...)”, *op.cit.*, pág.11

Evo Morales, parece haber contribuido para la conformación de un frente común cristalizado políticamente por el MAS a partir de una amalgama de intereses sectoriales. Por otro lado, mientras muchos de estos sectores sociales abogaban por aprovechar el debilitamiento de los actores para romper con la institucionalidad, el MAS prefirió orientar el poder de presión de la calle hacia un compromiso político con la democracia representativa. En una perspectiva histórica, fue ese el principal papel del MAS en el transcurso de la crisis de Estado que se agudizó a partir del acortamiento del mandato de Sánchez de Lozada: la canalización institucional de una insurrección popular de tintes revolucionarios.

3 – 2000-2005: cronología y tipología de los conflictos sociales

En el capítulo anterior nos detuvimos en las condiciones que influyeron en el desarrollo del instrumento político de los sindicatos cocaleros del Trópico de Cochabamba en su primera década de existencia. Uno de los hechos que resaltaron de esa retrospectiva fue el gradual cambio del lugar del poder desde las instituciones formales a la calle. Por ese motivo, sería imposible entender la evolución del MAS y la producción discursiva que la acompañó sin realizar un repaso de los episodios de acción colectiva que marcaron ese período y que desempeñaron, sin duda, un papel fundamental en los cambios en el sistema político-partidario y luego en la arquitectura institucional del país. Cabe así bajar al nivel cotidiano de las protestas e identificar los principales actores, sus exigencias, sus alianzas y enconos, sus momentos de protagonismo y de eclipse, sus repertorios de acción colectiva y sus relaciones con el Estado. En todos estos aspectos, intentaremos situar nuestro objeto de estudio, el MAS, que por su naturaleza híbrida entre movimiento y partido fue simultáneamente uno de los principales colectivos movilizados y una de las formaciones partidarias que se esforzaban por adaptarse al efervescente contexto social.

Dividiremos la sección en tres apartados: el primero dará cuenta del tipo y actores de la movilización social durante la década de los 90; el segundo irá de la Guerra del Agua, en el primer semestre de 2000, a las jornadas de octubre de 2003, que culminaron con la renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada; y el tercero se prolongará hasta las elecciones generales de diciembre de 2005.

3.1 – Años 90: nuevos actores, nuevas (y viejas) demandas

Terminado el período de fuerte conflictividad social que caracterizó el gobierno de la UDP entre 1982 y 1985³⁰⁸, las medidas tomadas por el nuevo gobierno del Paz Estenssoro y sus sucesores asestaron un duro golpe a las organizaciones laborales clásicas. El sindicalismo obrero y minero que había inicialmente apoyado la coalición de izquierdas para luego rebasarla sufrió en la piel las consecuencias del decreto 21060 y las demás normativas que implementaron en Bolivia un modelo económico orientado hacia el libre mercado. La disminución acentuada de los conflictos sociales de origen sindical se debió en buena medida al despido de miles de mineros y obreros de empresas

³⁰⁸ Según Laserna y Villarroel, autores de una de las obras de referencia para el presente capítulo, 1985 fue el año con más conflictos sociales de la historia contemporánea de Bolivia (al menos de 1970 a 2007). Véase LASERNA, Roberto y VILLARROEL, Miguel: *Enero de 1970 – enero de 2008. 38 años de conflictos sociales en Bolivia (...)*, pág.13

públicas luego privatizadas y a la consecuente merma en la capacidad de convocatoria de la Central Obrera Boliviana (COB). Roberto Laserna, acaso exagerando los maleficios del rentismo, propone otro argumento: según él, el colapso del mercado mundial del estaño redujo de manera sustancial las posibilidades de gasto fiscal al alcance del Estado, que “expuso con tal transparencia la insolvencia fiscal que terminó por convencer a la población de que cualquier aumento del gasto tendría repercusión en los impuestos.”³⁰⁹ Menos manifestantes sindicados y menos fondos disponibles explicarían así la menor presión social.

Sea como fuere, a finales de los años 80 la sociedad boliviana parecía haberse apaciguado, tanto económicamente como socialmente, coincidiendo la estabilidad macroeconómica con una manifiesta caída en las reivindicaciones directas al Estado. Sin embargo, con la perspectiva histórica que el largo plazo nos permite tener, observamos que estos años de relativa paz social constituyeron más bien un momento de transición entre dos oleadas de protestas impulsadas por dos tipos distintos de actores.

Roberta Rice, en una obra reciente³¹⁰, defiende esta hipótesis, al afirmar que estos nuevos movimientos sociales, entre los cuales se destacaron las organizaciones indígenas, cambiaron el cursor corporativo que había orientado las protestas sociales en las dos décadas precedentes. Por una parte, no renegaban de las luchas del pasado: parte de sus demandas retomaba viejos temas de la izquierda clásica, aunque a partir de un enfoque étnico, en particular la reforma agraria y la protección de las tierras comunitarias. Por otro lado, introdujeron nuevos temas que años después se convertirían en banderas de las organizaciones populares y también del propio MAS, como fuesen la explotación de los recursos naturales o los inconvenientes ecológicos de la inversión extranjera (en el rubro maderero, por ejemplo). Por fin, exigían también reformas relacionadas con los problemas específicos de las democracias representativas en los países andinos y el modelo económico implementado en la casi totalidad del continente. La demanda por una Asamblea Constituyente, cuyos orígenes remontan a la década de 80, se integra en esa tendencia.

No cabe aquí reflexionar a fondo sobre las causas de la emergencia de los movimientos de cariz indígena. Pero sí podemos señalar, como hace Yashar, que en América Latina las organizaciones indígenas, a semejanza de los demás movimientos sociales, emergieron fundamentalmente como respuestas al Estado y a sus políticas. Por esa razón, no resulta sorprendente que sus exigencias se hayan concentrado en el Estado, como la redefinición de la ciudadanía y la demanda de autonomía³¹¹.

³⁰⁹ LASERNA, Roberto: “Mire, la democracia boliviana, en los hechos...”, *Latin American Research Review*, Special Issue, 2010, pág.54

³¹⁰ RICE, Roberta: *The New Politics of Protest: Indigenous Mobilization in Latin America's Neoliberal Era*, Tucson, University of Arizona Press, 2012

³¹¹ Como hemos referido, Yashar explica la politización de lo étnico con tres argumentos: los cambios en los regímenes de ciudadanía provocados por las medidas neoliberales, el desarrollo de redes comunitarias y nuevas posibilidades en el espacio de asociación política. Véase YASHAR, Deborah: “Resistance and Identity Politics in an Age of Globalization”, *op.cit.*, pág.174

Estos nuevos movimientos de cariz indígena se integraron en una tendencia general en el continente, donde nuevos actores sociales intentaron estimular la participación democrática en espacios más allá del Estado y los partidos y contribuyeron a volver a politizar temáticas que habían sido excluidas de la discusión política³¹².

En el capítulo anterior, mencionamos algunas de las manifestaciones sociales de nuevo cuño ocurridas en Bolivia en los años 90, empezando por la Marcha por el Territorio y la Dignidad, convocada por doce pueblos de las Tierras Bajas en el primer año del decenio. Ya hemos reflexionado sobre la importancia de esta iniciativa para el ingreso del concepto de “territorio” en el léxico social y político. Pero la Marcha fue también el escenario de la primera demostración de solidaridad entre indígenas del Oriente y pueblos originarios del Altiplano –quechuas y aymaras– y el prenuncio de un acercamiento futuro entre la CIDOB y la CSUTCB. En el último día de la caminata, representantes de la CSUTCB andina se sumaron a la marcha y entraron juntos en La Paz. Dos años después, se siguieron estrechando los lazos entre las poblaciones autóctonas de ambas regiones del país, con ocasión de las celebraciones de los 500 años del viaje de Colón.

El Estado reaccionó con aparente magnanimidad a los pedidos de las comunidades amazónicas. Como nota Xavier Albó, “en un tiempo de creciente globalización económica, es más fácil tratar con organizaciones que enfatizan la identidad cultural que con las que siguen insistiendo en la dimensión clasista y la explotación económica.”³¹³ De ahí que Paz Zamora y Sánchez de Lozada se hayan mostrados proclives a aceptar, o cuando menos a escuchar, las demandas presentadas por la CIDOB y sus afiliadas. Recordemos que, poco después de la primera marcha indígena de 1990, el Parlamento ratificó el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, en ese momento la norma jurídica más avanzada en el reconocimiento de los derechos de los pueblos autóctonos. En 1993, Víctor Hugo Cárdenas salió elegido Vicepresidente en el primer mandato de “Goni”. La reforma constitucional de 1994 contemplaba el multiculturalismo, las Tierras Comunitarias de Origen (TCO) –la concreción jurídica de la noción de territorio– y la enseñanza intercultural. En ese mismo año, la Ley de Participación Popular reconoció oficialmente al *ayllu* andino.

El ambiente favorable a las demandas de tipo étnico quedó patente en la creación, en 1997, del Consejo Nacional de Ayullus y Markas del Qullasuyo. El CONAMAQ nació con el objetivo de representar las formas tradicionales de organización de las comunidades originarias altiplánicas. Distanciándose de la naturaleza sindical de la CSUTCB, el Consejo tardó en afirmar su autonomía, debido a la falta de arraigo local y a la influencia de ONG y de organismos gubernamentales en su proceso de fundación. Tanto el CONAMAQ como la CIDOB privilegiaban una postura conciliadora

³¹² STAHLER-SHOLK, Richard y VANDEN, Harry: “A Second Look at Latin American Social Movements: Globalizing Resistance to the Neoliberal Paradigm”, *Latin American Perspectives*, vol.38, n°1, enero 2011, pág.9

³¹³ ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú* (...), pág.46

ante el Estado, mientras otros actores iban interiorizando que el enfrentamiento era la única forma de hacerse escuchar.

¿Pueden los productores de coca del Trópico de Cochabamba ser integrados en esta nueva oleada de movimientos sociales de raíz indígena? La cuestión es discutible: si es cierto que en algunas ocasiones se acercaron a las organizaciones indígenas de primera generación, tanto sobre el terreno como en las propuestas, lo hicieron asumiendo características propias que lo alejan de las comunidades de las tierras bajas, a las cuales volvería a acercarse a principios del siglo actual. El sindicalismo cocalero era en última instancia eso mismo: una organización sindical con rasgos marcadamente rurales y agrícolas, pase la casi redundancia. Como señalaba Do Alto en 2011, “aunque es visible un proceso de indianización de los sectores populares bolivianos, la identidad campesina sigue siendo muy visible dentro del MAS”³¹⁴. La afirmación es aún más válida cuando aplicada a década de los 90. Así, conviene matizar la idea según la cual el declive del corporativismo fue reemplazado por los indígenas movilizados. ¿O no es cierto que las dos principales organizaciones sociales en los años 90 fueron dos sindicatos campesinos que defendieron, en la mayoría de sus acciones, posiciones que concernían estrictamente a sus actividades agrícolas? Los productores de coca y su cato de coca, Felipe Quispe y sus tractores: demandas corporativas en estado puro.

Pese a esto, los cocaleros, así como los campesinos aymaras, participaron en algunas marchas organizadas por los pueblos de las tierras bajas, pero su concomitancia fue ocasional. Por ejemplo, en la Marcha por la Vida, el Territorio y la Soberanía Nacional, realizada en agosto y septiembre de 1995, se reunieron amazónicos y cocaleros. Ahí, se volvió a insistir en el tema del reconocimiento étnico y de los derechos colectivos de los pueblos autóctonos. También se incorporó otro tipo de demandas, relacionadas con las consecuencias de las políticas estatales sobre la hoja de coca. Pero al año siguiente, la Marcha contra la Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria mostró la diversidad de intereses defendidos por los distintos grupos indígenas y campesinos de tierras altas, bajas y de los valles: la plataforma común compartida por la CSUTCB, la Coordinadora de las Seis Federaciones, los colonizadores y la CIDOB se rompió después del acuerdo entre esta última confederación y el gobierno ya durante la marcha.

En términos cronológicos, el primer mandato de Sánchez de Lozada, entre 1993 y 1997, constituyó el período de transición entre una oposición social de cariz marcadamente obrero-clasista y otra donde los actores indígenas compartían protagonismo con organizaciones de visibilidad reciente, tales como las juntas vecinales, los comités cívicos o las asociaciones gremiales (comerciantes y transportistas, entre otros), además del sindicalismo campesino, por fin autónomo ante el Estado y la COB. Hay que subrayar que estos cuatro años fueron los menos conflictivos socialmente de la historia democrática

³¹⁴ DO ALTO, Hervé: “Un partido campesino en el poder (...)”, *op.cit.*, pág.96

de Bolivia, a pesar de episodios de movilización importantes como las marchas indígenas de 1995 y 1996.

A partir de 1998, asistimos a un repunte de los conflictos en el área rural, cara visible de la ruralización de la lucha política de que hablábamos arriba, con un protagonismo creciente de la CSUTCB liderada por Felipe Quispe y de los productores de coca en su lucha contra la erradicación. Este incremento de las protestas en zonas rurales esconde, sin embargo, desigualdades en el poder de convocatoria en el seno del movimiento campesino. En la opinión de García Linera, “[a] excepción de la gran marcha de 1996 en contra de la ley del INRA, el protagonismo social de las luchas sociales habrá de desplazarse del altiplano aymara a las zonas cocaleras del Chapare *donde predominará un discurso de tipo campesino complementado con algunos componentes culturales indígenas*.”³¹⁵ Este comentario es significativo tanto por su constatación del nuevo protagonismo cocalero (quizá exagerada, ya que el altiplano aymara siguió bloqueando de forma eficaz al menos hasta 2003) como por la integración de los productores de coca en el sindicalismo campesino y sólo accesoriamente en la corriente indígena.

Por último, refiramos que el cambio de preponderancia de organizaciones sociales conllevó, como se supondría, transformaciones en el repertorio de acciones colectivas empleado por los grupos descontentos: a menos huelgas formales correspondieron más marchas y manifestaciones, más huelgas de hambre y más bloqueos. En resumen, a finales del siglo, la gran mayoría de conflictos – cerca de 80%– implicaba una adhesión activa por parte de los individuos participantes, una alteración drástica cuando comparamos estos datos con el panorama social en los años 80³¹⁶. Este cambio puede ser considerado un peligro, debido al potencial violento de la adhesión activa. Pero un estudio reciente sobre el caso boliviano demuestra que la pertenencia a organizaciones de la sociedad civil tiene un efecto positivo sobre el apoyo al sistema político, incluso durante una crisis, aunque no sobre el apoyo al gobierno de turno³¹⁷. O sea, que más protestas no implican necesariamente una pendiente hacia el derrumbe de las instituciones vigentes.

Así, lo que hay que retener de esta corta retrospectiva es que los conflictos sufrieron, en el espacio de una década, una triple evolución: cambiaron no sólo sus contenidos y sus actores, sino también sus formas.

³¹⁵ GARCÍA LINERA, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias (...)”, *op.cit.*, pág.9, cursiva nuestra.

³¹⁶ LASERNA, Roberto y VILLARROEL, Miguel: *Enero de 1970 – enero de 2008. 38 años de conflictos sociales en Bolivia* (...), pág.23

³¹⁷ BOULDING, Carew y NELSON-NÚÑEZ, Jami: “Civil Society and Support for the Political System in Times of Crisis”, *Latin American Research Review*, vol.49, nº1, 2014, pp.128-154

3.2 – Abril de 2000 - octubre de 2003: auge de la “política salvaje”

Luis Tapia, un sociólogo miembro del célebre grupo Comuna, al cual también perteneció Álvaro García Linera, acuñó hace algunos años el concepto de “política salvaje”³¹⁸, basado en la experiencia de las luchas sociales bolivianas contemporáneas. Concepto que consideramos particularmente útil como instrumento para analizar las formas y los fines de la movilización colectiva en el país a comienzos del siglo XXI. Para Tapia, “la política salvaje es la dirección colectiva sin organización permanente, sin institución de gobierno”³¹⁹; en los momentos de crisis en que los fundamentos de la hegemonía cultural dominante se vuelven ambiguos y menos creíbles, se crean condiciones para la desorganización de las estructuras políticas de dominación y su reemplazo por una especie de gobierno en flujo, transitorio pero fértil, expresado en los movimientos sociales en manos de las capas excluidas de la sociedad. Al revelar “el carácter contingente y temporal de todo orden político y social”³²⁰, quitando a este el aura de sacralidad e inmutabilidad que normalmente le acompaña, la política salvaje funda las bases para una eventual reinstitucionalización de la política bajo formas más democráticas e incluyentes. De manera implícita, Tapia remitía al primer lustro del milenio en Bolivia como ejemplo tipo de un período de predominancia de la política salvaje.

Las formas de organización de la “política salvaje” pudieron germinar y crecer en el terreno fértil del neoliberalismo a la boliviana. Tras quince años de reformas estructurales promercado, en ámbitos tan diversos como la minería, los hidrocarburos, la propiedad agrícola, los recursos hídricos, el mercado laboral o la intervención estatal en la economía, una nueva serie de actores tuvo la oportunidad y la motivación para reemplazar el sindicalismo tradicional y movilizarse contra los efectos de estas medidas. Tras un primer momento en que provocó un efecto anestésico, la doctrina neoliberal volvió a politizar la actividad política colectiva. Como sostienen Arce y Rice, “el neoliberalismo se convirtió en un símbolo organizador alrededor del cual los movimientos sociales acumulan apoyo para sus esfuerzos de movilización.”³²¹ Tapia, como buen neomarxista, comparte esta visión de las protestas como conflictos fundamentalmente económicos³²², sobreponiéndolos a las cuestiones étnicas.

Buscaremos enseguida sumergirnos en el intenso ciclo de movilizaciones que condujo a la huida de un presidente constitucionalmente electo, concentrándonos en cuatro momentos clave pero sin olvidar los períodos de aparente calma. Pero antes, creemos que el concepto de política salvaje, tal

³¹⁸ TAPIA, Luis: *Política Salvaje*, La Paz, Muela del Diablo-CLACSO, 2008

³¹⁹ *Ib.*, pág.118

³²⁰ *Ib.*, pág.124

³²¹ ARCE, Moisés y RICE, Roberta: “Societal Protest in Post-Stabilization Bolivia” (...), pág.98

³²² TAPIA, Luis: “La reforma del sentido común en la dominación neoliberal y en la constitución de nuevos bloques históricos nacional-populares”, *op.cit.*, pp.101-113

como fue concebido por Tapia, puede vincularse de manera fructuosa con otros dos aportes teóricos. El primero es el de “forma multitud”, desarrollado en el ámbito boliviano por García Linera, y el segundo el de populismo según Laclau, que ya hemos referido de paso más arriba. En efecto, si Tapia reflexiona sobre los efectos renovadores de la movilización social sobre el sistema político-institucional, García Linera se centra en las formas de esas acciones colectivas, mientras que Laclau discurre sobre la articulación entre las demandas emitidas por las organizaciones sociales.

Hay momentos en que las tres ideas claramente se tocan, como cuando Tapia describe la forma interna de los actores sociales de la política salvaje: “En los movimientos sociales suele haber una combinación de política salvaje y de organización y proyecto (...) Cuando el movimiento se vuelve masa en algunas coyunturas, se podría decir que predomina la política salvaje.”³²³ La noción de “masa” que Tapia tiene en mente es tomada de René Zavaleta Mercado, y ese autor es uno de los puentes con el pensamiento de García Linera. Este reflexiona sobre los cambios en las formas organizativas de la masa popular a través del concepto de “forma multitud”, que también toma prestado de Zavaleta Mercado, aunque adaptándolo a los nuevos tiempos de la acción colectiva y dándole un sentido más optimista. El actual vicepresidente define la “forma multitud” como:

“(...) una asociación de asociaciones de varias clases e identidades sociales, sin una hegemonía única en su interior. (...) Cuando no hay identidades fijas, ni estructuras de movilización muy sólidas, sobre todo en el mundo urbano, la forma multitud se convierte en el escenario fundamental de la acción colectiva en cuanto agregación temporal de múltiples identidades y agregaciones colectivas territoriales.”³²⁴

Asimismo, Laclau comparte algunos puntos de partida con sus dos colegas bolivianos, como se verifica en una intervención del sociólogo argentino en La Paz en la que meditaba específicamente sobre el caso boliviano y le aplica su modelo de populismo³²⁵. De entrada, se constata que el sociólogo argentino comparte con Tapia y García Linera visiones similares del concepto gramsciano de hegemonía. Pero añade una variante interesante, al asociar la hegemonía con la relación metonímica que se establece cuando un reclamo particular asume la representación de una demanda de carácter universal. Esto ocurre cuando el Estado no es capaz de gestionar de manera eficaz la acumulación de demandas particulares que distintos sectores sociales le plantean. En ese caso, del abanico de protestas

³²³ TAPIA, Luis: *Política Salvaje* (...), pág.123

³²⁴ STEFANONI, Pablo y RAMÍREZ GALLEGOS, Franklin: “La política de los movimientos sociales en Bolivia. Diálogo con Álvaro García Linera”, *Íconos*, nº25, mayo de 2006, pág.100. Para más detalles, consúltese GARCÍA LINERA, Álvaro: *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares*, Bogotá, Siglo del Hombre-CLACSO, 2009, pp.371-375. Además de Zavaleta Mercado, la otra inspiración de García Linera en este tema son las obras de Toni Negri y Michael Hardt, por ejemplo *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*, Barcelona, Debate, 2004

³²⁵ LACLAU, Ernesto: “El pueblo, el popular y el populismo”, en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pp.141-154

acaba por salir una reivindicación común que cuestiona no sólo la gestión estatal de la cosa pública sino el modelo y la propia legitimidad del Estado, proponiendo así una alternativa a la cultura hegemónica de las clases dominantes. La unión del universalismo presente en todas las demandas particulares es denominada por Laclau una “cadena de equivalencias”, puesto que nivela las distintas exigencias en el mismo plano y les da valor equivalente.

La anterior digresión a propósito de los tres autores citados es relevante porque nos dará instrumentos para ahondar con más detalle en los rasgos fundamentales de la acción colectiva de las organizaciones sociales bolivianas en la vuelta del siglo, y a partir de ahí identificar el rol que los cocaleros del Chapare y su partido desempeñaron en la aceleración del tiempo sociopolítico que se verificó en ese período.

A partir de 2000, los conflictos sociales cambian de ritmo y de naturaleza. De ritmo, porque su número y vigor se intensifican. De naturaleza, porque van abandonando su carácter diferencial en sus relaciones con las autoridades y adoptan una postura gradualmente equivalencial. La terminología es, por supuesto, de Laclau. La lógica de articulación de los conflictos evoluciona y van emergiendo reclamos comunes³²⁶: primero, la Asamblea Constituyente y luego, a partir de 2002, la renuncia de Sánchez de Lozada y el referéndum sobre los hidrocarburos (transmutado luego en nacionalización). En términos institucionales, la diferencia consiste en una crisis de gobierno o una crisis de Estado.

Con la distancia histórica de que ahora disponemos, se observa que en el año inaugural del milenio se abre efectivamente un ciclo político de movilización general. Entre finales de 1999 y abril de 2000, la respuesta popular al proyecto de privatización del suministro de agua en Cochabamba y al brutal aumento de precios desencadenó la famosa Guerra del Agua, que movilizó la ciudad durante varios meses y dio mayor visibilidad a una cuestión que se tornaría prioritaria: los recursos naturales.

Al mismo tiempo, entre 5 y 9 de abril, los campesinos del Altiplano, conducidos por la CSUTCB de Felipe Quispe, imponían un bloqueo de alcance nacional que repetirían con aún más impacto en septiembre del mismo año, al unísono con los bloqueos cocaleros en el Chapare, que a su vez habían participado activamente en el enfrentamiento hídrico de Cochabamba meses antes. Mientras tanto, en La Paz se desató una huelga del cuerpo de policía antidisturbios, preludio de futuros episodios de rebelión de las fuerzas de seguridad. En los tres casos, la situación se resolvió con la derrota gubernamental. Por lo tanto, 2000 fue una fecha fundamental por haber sido el escenario de una triple rendición del Ejecutivo: tras quince años de reveses sociales ante el ímpetu de las reformas estructurales, la iniciativa pasaba a las manos de las organizaciones sociales. Como comenta Oscar Olivera, dirigente fabril y figura clave en el conflicto por el agua en Cochabamba: “(...) lo más

³²⁶ Laclau los denomina “significantes vacíos”, puesto que su mera evocación dispensa la enumeración de las demandas individuales.

importante es que el pueblo tomó conciencia de su capacidad para modificar las malas políticas.”³²⁷

Pero la victoria popular en Cochabamba fue especialmente significativa por dos razones: en primer lugar, el carácter diverso de sus participantes: la Coordinadora del Agua y de la Vida reunía a sus principales promotores, los regantes, pero también a campesinos, obreros, estudiantes, vecinos, coccaleros e incluso capas medias urbanas, pero sin una supremacía visible de ninguno de estos grupos, confederados bajo una jerarquía difusa³²⁸. La demanda era concreta y local, pero la unión de organizaciones, muchas de ellas no directamente afectadas por las decisiones de la empresa Aguas del Tunari, la transformó en algo más universal. En efecto, para estas organizaciones, la cuestión en torno a las tarifas del agua adquirió distintas connotaciones: para unos, tocaba en el tema de los recursos naturales y su propiedad pública; otros vieron en ella una oportunidad para debilitar el gobierno; otros aun luchaban contra el imperialismo económico y el capitalismo transnacional; algunos se alistaron en la lucha por una solidaridad de clase. Desde la perspectiva del populismo de Laclau, la equivalencia se instaló no por la convergencia de demandas rechazadas desde el poder (a la que llama “solidaridad negativa”), sino por las distintas interpretaciones que unos y otros hicieron de una misma reivindicación.

En segundo lugar, la Guerra del Agua expulsó al Estado del centro de la urbe cochabambina. Si es cierto que ciertas regiones aisladas contaban con poca o ninguna presencia del Estado, nunca en la historia republicana contemporánea el monopolio estatal de la violencia había sido cuestionado tan abiertamente en uno de sus puntos neurálgicos. Mientras el rechazo a la privatización desafiaba el modelo económico vigente, la ocupación de la ciudad y el fracaso del estado de sitio menoscababan la propia autoridad del Estado.

Luego, en septiembre y octubre de 2000, nuevos bloqueos en el Altiplano en contra de una nueva Ley de Aguas y de los coccaleros en el Trópico interrumpieron el tránsito en el eje entre Santa Cruz, Cochabamba, Oruro y La Paz. En las tierras altas, a los campesinos aymaras se juntaron transportistas, maestros y vecinos urbanos con sus propias demandas corporativas. A su vez, los productores de coca insistían con cambios en la política de erradicación, que entonces tocaba su punto álgido, tanto en superficie erradicada como en la violencia de los choques entre militares y agricultores.

Los bloqueos de caminos en el Altiplano duraron tres semanas y redujeron el suministro de productos alimenticios a La Paz. El Gobierno, alarmado, aceptó el pliego propuesto por la CSUTCB. Por estas fechas, Felipe Quispe, que había alcanzado la dirección de la confederación sindical en 1998 gracias a las desavenencias entre los campesinos quechuas de Cochabamba, salió fortalecido como una de las figuras más eminentes del panorama contestatario. En el Chapare, el Gobierno también fue

³²⁷ CRABTREE, John: *Perfiles de la protesta (...)*, pp.7-8

³²⁸ Una heterogeneidad y horizontalidad que recuerdan las palabras de Tapia: “Las políticas salvajes son tiempos de intersubjetividad igualitaria, sin organización permanente.”, en TAPIA, Luis: *Política salvaje (...)*, pág.126

obligado a renunciar a la construcción de tres cuarteles militares y a dialogar con los representantes de los productores de coca sobre los fundamentos y los métodos del objetivo “coca cero”. Por su lado, en El Alto se registraron reiteradas concentraciones de jóvenes aymaras exigiendo una institución de enseñanza superior, la futura Universidad Pública de El Alto. La generación de jóvenes que luchó por esta universidad conformó uno de los núcleos alrededor de los cuales la sociedad alteña se movilizaría en los años siguientes³²⁹.

Después de los vigorosos bloqueos de septiembre y octubre, el país entró en un período de relativa tranquilidad que duraría hasta junio de 2001, cuando las comunidades aymaras del oeste del departamento de La Paz se lanzaron a bloquear caminos durante casi un mes, con una lista de demandas centradas en la autodeterminación indígena mezcladas con elementos en contra del modelo económico vigente³³⁰. A 24 de agosto, un convenio fue firmado entre los campesinos y las autoridades, tras la promesa de fondos adicionales, de material agrícola y de la suspensión del proceso de saneamiento de tierras en el departamento.

Tras la renuncia por enfermedad de Hugo Banzer, ascendió a la jefatura del Estado su vicepresidente, el joven Jorge Quiroga. Aunque adoptando un talante distinto al de su predecesor, “Tuto” (como era apodado) no introdujo cambios mayores en la política gubernamental anticoca, plasmada en el Plan Dignidad de 1998. En enero de 2002, ante el recrudecimiento de la erradicación, las federaciones cocaleras del Trópico reaccionaron violentamente a un nuevo decreto que añadía trabas al transporte y comercialización de la hoja de coca producida en la región y prohibía la venta de la misma en el mercado de Sacaba, en pleno Chapare, amenazando la subsistencia económica de miles de productores. Las movilizaciones cocaleras, con su diputado Evo Morales a la cabeza, seguían respondiendo en primera instancia a la política de erradicación y a la militarización de sus provincias.

Los enfrentamientos obligaron al gobierno a retroceder pero provocaron cinco víctimas mortales, tres campesinos y dos soldados, y una víctima política, Evo Morales. En efecto, los partidos mayoritarios acusaron al líder cocalero de haber acicateado a las huestes cocaleras y provocado indirectamente las muertes. Por ese motivo, lo expulsaron del Parlamento tras un apresurado proceso. Como referimos en una sección anterior, la indignación popular en contra de la expulsión de Evo Morales incrementó su visibilidad mediática y constituyó el pistoletazo de salida ideal para una campaña electoral exitosa. Además, fue tal vez en ese momento que la figura de Evo Morales

³²⁹ ZIBECHI, Raúl: *Disperser le pouvoir. Les mouvements comme pouvoirs anti-Étatiques*, Paris, Le Jouet enragé, L'Esprit frappeur, 2009, pp.114-116. El protagonismo de las organizaciones aymaras del Altiplano y de las juntas vecinales de El Alto, integradas sobre todo por inmigrantes aymaras recientes, contribuyó para la resurrección de un *ethos* comunal marcado por la multiplicación de asambleas, la mutualización de tareas y la rotación de líderes. Pero ese *ethos* de inspiración comunitaria parece haber servido más de inspiración a las lógicas de auto-organización sobre el terreno que a los contenidos específicos de las insurrecciones.

³³⁰ PATZI, Félix: “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003”, en HYLTON, Forrest y otros, *Ya es otro tiempo el presente*, 2ª ed., La Paz, La Mirada Salvaje, 2010 [1ª ed. 2003], pág.219

sobrepasó a la de Felipe Quispe como principal representante de los movimientos revoltosos.

La efervescencia social no afectaba sólo a las regiones occidentales. El día 6 de mayo de 2002 asistió a una concentración en Santa Cruz de los indígenas y campesinos de las tierras bajas contra el proyecto de reformas constitucionales lanzado por Jorge Quiroga. Resulta significativo que, en el pronunciamiento emitido tras la manifestación, las organizaciones indígenas de los departamentos orientales defendieran sus “derechos colectivos” adoptando una línea argumentativa centrada en la crítica del modelo económico (con referencias al principio de “la tierra para quien la trabaja”) y de la falta de representatividad del sistema de partidos. A este respecto, sostenían que “sólo una Asamblea Constituyente, con participación de todos sectores sociales del país, es el mecanismo legítimo para reformar nuestra Carta Magna” frente a los intentos del Parlamento y del gobierno de “elevar el modelo neoliberal a rango constitucional a espaldas de las mayorías nacionales”³³¹.

La concentración cruceña desembocó unos días después en la cuarta marcha indígena, denominada Marcha por la Soberanía Popular, el Territorio y los Recursos Naturales, ya en plena precampaña electoral. La exigencia de una Asamblea Constituyente se sobrepuso así a las demandas relativas a los derechos colectivos de los pueblos de las tierras bajas. Por primera vez, estos rebasaban abiertamente el ámbito regional y se posicionaban en el terreno de la transformación estructural del modelo estatal. A las agrupaciones indígenas orientales se unieron el Movimiento Sin Tierra, un grupo cercano al MAS de jornaleros cruceños, las mujeres de la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia – Bartolina Sisa (conocidas como las Bartolinas, oriundas del sindicalismo cochabambino) y el CONAMAQ, que encaminaba su propia marcha hacia un final común en La Paz.

La posición favorable a la Asamblea Constituyente de CONAMAQ, que representaba a los *ayllus* de Sucre, Oruro y Potosí, se distanció de la actitud típicamente asumida por la CSUTCB y su líder, Felipe Quispe. Este sufría la contradicción básica entre su discurso radical a favor de un Estado aymara en el occidente boliviano y sus pliegos petitorios al gobierno. A semejanza de la CIDOB y demás organizaciones de las tierras bajas, también CONAMAQ empezó a reemplazar sus demandas circunstanciales por una reforma de arriba abajo del sistema político. En palabras de uno de los asesores de CONAMAQ y participante en la marcha: “La marcha no fue hecha contra nadie, sino para establecer una agenda.”³³² La CSUTCB decidió no apoyar la marcha.

De la misma manera, y a pesar del paso de los marchistas orientales por el Chapare, los productores de coca de la región no ayudaron a sus compañeros indígenas ni integraron la marcha hasta la capital.

³³¹ Pronunciamiento disponible en <http://archivos.bolivia.indymedia.org/es/2002/05/65.shtml>, consultado a 11 de febrero de 2013

³³² Testimonio de Carlos Mamani en RODRÍGUEZ OSTRÍA, Gustavo: “Marco Histórico. La larga marcha a la Asamblea Constituyente”, en *Enciclopedia Histórica Documental del Proceso Constituyente Boliviano. Tomo I, vol. I: En los umbrales de la Asamblea Constituyente. Antecedentes e inicio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado-Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, [2012], pág.116

Aunque fuera cierto que la proximidad de las elecciones de 30 de junio de 2002 exigía muchos esfuerzos a la red cocalera, no deja de ser un síntoma de la distancia que todavía existía entre ambos movimientos y de la ausencia en ese momento de una posición clara del MAS sobre el proceso constituyente.

Al final, la marcha no alcanzó sus propósitos inmediatos, más precisamente la reforma de Constitución que abriera la puerta a una Asamblea Constituyente. Pero sí logró introducir el tema en la agenda política, de donde ya no saldría hasta el inicio del proceso constituyente en 2006. Como señala Xavier Albó, “(...) es impresionante que hayan sido estos pueblos minúsculos del último rincón del país quienes asentaron la piedra fundamental para el nuevo edificio de todo el país.”³³³ En efecto, antes de que el MAS propusiera un espacio de representación política a los indígenas orientales, estos habían proporcionado al instrumento político una propuesta de reforma integral del Estado, en la cual otras demandas parciales oriundas de distintas organizaciones tenían cabida.

Los primeros meses del segundo mandato como presidente de Sánchez de Lozada quedaron marcados por sus intentos de reducir los déficits presupuestarios y la consecuente aprobación de un decreto imponiendo una carga adicional sobre la renta. Puesto que la fiscalidad directa sólo afectaba al empleo formal, entre ellos los funcionarios públicos, no constituyó una sorpresa la huelga que los agentes de policía emprendieron, a comienzos de 2003, reclamando la revocación del llamado “impuestazo”. El gobierno respondió movilizándolo al ejército, provocando en el centro de la urbe paceña violentos enfrentamientos entre ambos grupos de las fuerzas del orden que cobraron la vida de treinta personas. Estos sucesos, conocidos como Febrero negro, y su desenlace –la retirada del decreto en cuestión– confirmaron que el cambio de presidente no había alterado las prácticas represivas ni la vulnerabilidad del ejecutivo a las exigencias sociales. Una vulnerabilidad que los movimientos sociales, cada vez más conscientes de su poder, no tardarían en aprovechar³³⁴.

El resto del año de 2003 se caracterizó por una tensión creciente entre las instituciones políticas – el Parlamento y el Ejecutivo– y los movimientos sociales, que aun sin establecer de forma oficial un frente común y unitario lograron aunar esfuerzos para imponer su agenda política, social y económica. Esta agenda se concretaría en tres propuestas: la tramitación de la ya citada Asamblea Constituyente y un referéndum sobre el destino de los hidrocarburos nacionales, a las que se sumaría la dimisión del presidente Sánchez de Lozada. En los meses de septiembre y octubre, en la llamada “Guerra del Gas”, los movimientos sociales lograrían impulsar definitivamente los tres puntos de su programa común, aunque ese impulso compartido fue más improvisado sobre la marcha de los acontecimientos

³³³ ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú* (...), pág.71

³³⁴ En enero de 2003, el MAS y los intelectuales del grupo Comuna organizaron una reunión –la primera versión del autodenominado Estado Mayor del Pueblo– con la participación de la mayoría de las organizaciones sociales más importantes del país para diseñar una propuesta común sobre el proyecto de Asamblea Constituyente.

que fruto de una decisión madurada de una coalición sólida. Recordemos los acontecimientos de esos cuarenta días de ebullición social y política.

En una atmósfera política enrarecida por las pugnas internas en la Megacoalición del gobierno de Sánchez de Lozada, los campesinos del Altiplano fueron los primeros en mover ficha. A 8 de septiembre de 2003, varios miles de miembros de la CSUTCB llegaron marchando a La Paz desde varios pueblos del oeste del Altiplano empuñando un pliego mixto, conformado por demandas nacionales (la no exportación del gas por Chile a Estados Unidos, que se encontraba en estudio) y exigencias sectoriales.

En su camino, los marchistas cruzaron El Alto, donde a su vez vigoraba un paro cívico convocado por la Federación de Juntas Vecinales (FEJUVE) y apoyado por otras entidades locales en contra de unos nuevos formularios municipales con fines fiscales. Este rechazo no guardaba ninguna relación con los temas nacionales más discutidos en ese momento, pero sirvió para empezar a movilizar los vecinos alteños y establecer puentes con la Central Obrera Regional (COR-El Alto) y la confederación campesina, que integró la anulación de los formularios a su pliego. Extensa fue la lista de otras organizaciones de índole diversa que se sumaron a la marcha de los campesinos, con la cual compartían la posición sobre la venta del gas y la oposición al Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA), además de sus propias reivindicaciones. Notemos que, por estas fechas, la renuncia de “Goni” todavía no era exigida por ningún grupo.

En la semana de 15 a 21 de septiembre, los conflictos se multiplicaron, con el denominador común del gas pero con cada grupo defendiendo una panoplia de intereses propios. La CSUTCB amenazaba con bloqueos en el Altiplano, los cocaleros los llevaban a la práctica en los Yungas de La Paz, la FEJUVE prosiguió su paro contra los formularios municipales (anulados día 16) y la exportación de hidrocarburos. El acceso y egreso de La Paz se tornaban cada vez más difíciles, prenunciando las dificultades que semanas después se verificarían.

A 19 de septiembre, una convocatoria lanzada por el MAS y una decena de organizaciones sociales, entre las cuales la Coordinadora Nacional del Gas, la COB, la FEJUVE y la facción de la CSUTCB controlada por Felipe Quispe (cada vez más a remolque de las iniciativas masistas), además del apoyo obvio de la Coordinadora de las Seis Federaciones del Trópico, reunió decenas de miles de personas en La Paz, Cochabamba y en otras ciudades en contra de las condiciones de la exportación de gas natural que se perfilaba en el horizonte. El rechazo incidía más precisamente sobre la salida por un puerto chileno y el bajo nivel de los impuestos y regalías exigidos a las empresas gasíferas. La manifestación congregó otras organizaciones con demandas propias, como los chóferes o los colonizadores, pero que quisieron demostrar su oposición a los proyectos gubernamentales en el tema de los hidrocarburos. Si en Cochabamba el liderazgo de los cocaleros fue claro, en la sede del Gobierno y en El Alto el protagonismo de la acción de protesta fue mucho más compartido, con varias

organizaciones intentando distanciarse del MAS. El propio Óscar Olivera, en el centro cochabambino, declaró que la movilización “tuvo como protagonista al pueblo y nadie puede arrogarse su convocatoria”³³⁵, en una clara referencia a la formación de Evo Morales.

Al día siguiente, tuvieron lugar las primeras muertes de la Guerra del Gas. En el transcurso de un tiroteo entre militares y campesinos aymaras que les impedían el paso, siete campesinos fueron alcanzados mortalmente, mientras que dos soldados también fallecieron. A partir de este incidente, que reforzó el sentimiento de solidaridad entre las organizaciones populares, estas empezaron a barajar la renuncia de Sánchez de Lozada, incluyendo el MAS, que proponía una sucesión constitucional³³⁶ (la solución que se concretaría semanas después). A 30 de septiembre, Sánchez de Lozada negó por primera vez que fuera a dimitir. Mientras tanto, en el Congreso, los partidos oficialistas se desentendían de la realidad en las calles y no se ponían de acuerdo para distribuir entre sí una serie de altos cargos públicos (el famoso “cuoteo” de los nombramientos), ante las férreas denuncias de los parlamentarios masistas.

La ola contestataria siguió creciendo en las semanas siguientes, con una serie de bloqueos, marchas y manifestaciones concentrados en el Altiplano aymara, el eje El Alto/La Paz³³⁷ y los Yungas, con avances y retrocesos en su magnitud, con alianzas y desconfianzas sucesivas entre las principales organizaciones. La actitud de Morales hacia Quispe (y también en cierto grado la COB) fue especialmente ambigua, con una mezcla de demostraciones de apoyo, acusaciones de irresponsabilidad y dilaciones varias.

Mientras en el Occidente se exigía frenar los planes de exportación del gas y se oían cada vez más voces reclamando la renuncia del Presidente, fue paradójicamente a partir del conservadurismo de las organizaciones cívicas y empresariales cruceñas que se reactivó por esos mismos días una demanda antes propuesta por los pueblos indígenas de las tierras bajas y luego adoptada por el MAS y otros movimientos sociales: la Asamblea Constituyente. Aunque debido a distintos motivos, ya que los cruceños buscaban la profundización de las autonomías departamentales, la agenda popular que saldría de las revueltas de octubre incluiría también como punto central la redacción de una nueva carta magna por un cuerpo de constituyentes elegidos por sufragio universal. Curiosamente, el MAS empezó rechazando la iniciativa cruceña, pero días después Evo Morales reconoció los méritos de la iniciativa y también pidió una “refundación” del país, término que dos años después se convertiría en

³³⁵ *Los Tiempos*, 20 de septiembre de 2003

³³⁶ Véase las declaraciones de Gustavo Torrico en *La Razón*, 24 de septiembre de 2003, o Evo Morales, en *La Razón*, 3 de octubre de 2003: “Estoy convencido de que pacíficamente podemos transformar el país”, apostando por una “revolución pacífica” para pasar de una “democracia representativa” a una “democracia participativa”.

³³⁷ Sólo en el centro de La Paz, por ejemplo, desfilaron nutridas marchas diarias en el marco de la huelga indefinida convocada por la COB del 29 de septiembre al 6 de octubre, y luego recomenzaron del día 8 hasta la renuncia de Sánchez de Lozada. En estas marchas coincidieron docentes y estudiantes universitarios de La Paz y El Alto, gremiales, rentistas, carniceros, funcionarios de la Caja Nacional de Salud, mineros, maestros, fabriles, entre otros.

uno de los fundamentos del programa político del MAS.

A partir de 6 de octubre, la movilización entró en su fase más aguda. Los cocaleros del Chapare iniciaron tímidamente un bloqueo de caminos, una manifestación invadió el centro de Cochabamba, los mineros de Oruro salieron marchando hacia La Paz, en los Yungas los productores de coca mantenían los caminos intransitables, mientras las organizaciones sociales y sindicales de El Alto preparaban, bajando a la capital política, el paro indefinido que decretarían dos días después.

La prolongación del paro alteño y el respectivo bloqueo de las vías de acceso a La Paz se sumó de manera decisiva a las demás acciones realizadas por distintas organizaciones sociales, sobre todo debido a la reacción violenta que desencadenó por parte de las autoridades, que hasta ahí habían adoptado una postura defensiva. A 9 de octubre, en Ventilla, cerca de El Alto, tres personas murieron durante enfrentamientos entre mineros provenientes de Huanuni, armados con dinamita y ayudados por vecinos, y la policía, protegida por militares. Ante la dureza de la respuesta estatal, aquellos dirigentes sociales que se mostraron disponibles para dialogar con el Gobierno –sobre todo en El Alto– fueron rápidamente desautorizados por sus bases.

Sánchez de Lozada acabaría por renunciar a 17 de octubre de 2003. En la semana anterior, El Alto y La Paz se habían convertido en el principal escenario de la revuelta popular. La escasez de combustible en La Paz llevó al gobierno a militarizar El Alto y a intentar abastecer La Paz como fuera. Ante la resistencia de los vecinos alteños, los soldados abrieron fuego, provocando veintiocho víctimas mortales. En el centro de La Paz, a pocas centenas de metros del Palacio Quemado, los enfrentamientos también cobraron decenas de víctimas, el día 13 de octubre. Acto seguido, el vicepresidente Carlos Mesa retiró su apoyo al todavía primer mandatario. El exilio de Sánchez de Lozada colocó un punto final a un conflicto que provocó 80 muertes, a las que hay que añadir más de 400 heridos, de acuerdo con el cómputo siempre fiable de Xavier Albó³³⁸.

Sucintamente, señalemos las principales características de esta oleada de movilizaciones. Sobresale, desde luego, la multiplicidad de actores, que iban desde indígenas amazónicos a colonizadores de Santa Cruz, de cocaleros de los Yungas a vecinos urbanos y periurbanos de Cochabamba, de campesinos aymaras del Altiplano a sus inmigrantes en El Alto, de cruceños autonomistas a productores de hoja de coca del Trópico de Cochabamba.

En segundo lugar, destaca el hecho de que las alianzas entre algunos de estos actores se hayan concretado sobre todo bajo una forma de agregación sin fusión. Esto significa que, en buena medida hasta las jornadas de octubre, la concomitancia temporal de las acciones colectivas no conllevaba la solidaridad en las demandas, sino solamente el mismo empeño antigubernamental. Pero, poco a poco, se va forjando “una pauta de convergencia de muchas movilizaciones locales y de alcance específico

³³⁸ ALBÓ, Xavier: “222 años después: la convulsionada Bolivia multiétnica”, *Artículo Primero*, n°16, 2004, pág.51

hacia una nacionalización de las acciones colectivas con el objetivo de alcanzar reformas políticas de amplio alcance.”³³⁹ O sea, la no fusión en un pliego común de las demandas particulares de cada sector no impidió, a medio plazo, el desarrollo de demandas sintéticas que brotarían en la Guerra del Gas y perdurarían en la agenda de los años siguientes. Los marcos de referencia políticos adoptados por el MAS parecen haber desempeñado, con el pasar del tiempo, un papel cada vez más importante para la difusión de las demandas compartidas y para la asunción por el instrumento político de una función indispensable en la transposición política de esas reivindicaciones comunes.

Aún en el tema de las demandas, notemos que por primera vez en muchos años una parte considerable de las reivindicaciones acumuladas acabó siendo atendida, gracias al incremento del poder extrainstitucional y a la correspondiente debilidad estatal. Las sucesivas movilizaciones populares a partir del año 2000 constituyeron otros tantos momentos clave en la evolución de la correlación de fuerzas entre movimientos sociales y Estado, con ventaja acumulativa para los primeros. Además, el Estado salió derrotado allí donde se suponía que era insuperable, en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los sectores insurrectos. Las autoridades fueron vencidas en abril de 2002 en Cochabamba y en octubre de 2003 en El Alto, mientras su autoridad era menoscabada durante todo ese período en las provincias kataristas del Altiplano y en la selva chapareña.

Ese áspero juego de pregunta y respuesta entre los movimientos sociales y el Estado derivó en un vaivén continuo entre el polo institucional y las exigencias callejeras. Con esto queremos decir que el globo de la presión popular se vaciaba parcialmente en actos o decisiones salidos de las instituciones, pero a esos pasos atrás se seguían dos adelante. A los picos de actividad de los movimientos sociales se sucedían meses de aparente tranquilidad, pero donde incubaban nuevas protestas alimentadas por las victorias anteriores, la experiencia organizativa acumulada, las alianzas recién concluidas y la audacia ciudadana.

Con relación al MAS, ¿qué papel desempeñó el instrumento político de los cocaleros en esta primera etapa del ciclo de movilización general que luego se extendería hasta fines de 2005? ¿Fue uno de sus instigadores o aprovechó la ola contestataria para posicionarse en el terreno político? Aunque ya hemos dado algunas pistas a este respecto en las líneas anteriores, una de las ideas que importan resaltar es que el MAS fue asumiendo progresivamente el rol de vocero institucional de las reivindicaciones de las organizaciones sociales presentes sobre el terreno. El propio Gobierno y los partidos oficialistas contribuyeron al establecimiento de esa función al tachar muchas de las movilizaciones sociales como orquestadas por el partido de los cocaleros, cuando en realidad su

³³⁹ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pág.118

influencia era variable³⁴⁰. Los dirigentes masistas, por su lado, se desvincularon de acciones más radicales como las huelgas generales –convocadas por la COB– o los bloqueos de caminos –que formaban parte del repertorio habitual de los aymaras del Altiplano– en varias ocasiones.

En términos de relevancia disruptiva, en esta primera fase el instrumento político seguía teniendo en las bases cocaleras su principal fuerza movilizadora, mientras competía por aumentar su asidero en otros sectores de la protesta, en particular en las zonas urbanas, como los gremiales y los estudiantes. Sin embargo, aunque la encarnizada resistencia a las maniobras de erradicación haya mantenido su intensidad hasta la presidencia de Mesa, las decenas de miles de cocaleros disponibles en el Trópico de Cochabamba y en los Yungas de La Paz limitaron de manera estratégica las acciones de solidaridad hacia otros sectores populares. A diferencia de otras corporaciones y sindicatos, cuyo ímpetu contestatario se manifestaba espontáneamente, los productores de coca –en especial en el Chapare– debían tener en cuenta las necesidades de su brazo político.

Por otro lado, la presencia del MAS no era homogénea en todo del país: si en algunos casos su influencia en las decisiones internas de las organizaciones sociales fue directa, en otras ocasiones su intervención no fue determinante. Por ejemplo, el MAS mantuvo desde 2002 relaciones muy cercanas con la CIDOB y restantes agrupaciones indígenas del Oriente, hasta tal punto que acabó siendo la plataforma política de esos pueblos orientales y su reclamo constituyente. En el caso del Movimiento Sin Tierra (MST), activo sobre todo en los valles de Santa Cruz, el nuevo equipo dirigente asumía unos vínculos muy estrechos con la cúpula del MAS. Pero en el Occidente su influencia no era tan visible, tanto en la CSUTCB –todavía bajo el mando de Felipe Quispe, a pesar de las divisiones internas propiciadas por el propio MAS– como en las juntas vecinales alteñas y sindicatos obreros y gremiales.

Quizá la menor influencia del MAS en los principales movimientos en el Altiplano paceño ayude a comprender la posición entre moderada y expectante del partido durante los sucesos de octubre de 2003. Otra de las posibles causas del menor protagonismo de las fuerzas sociales cercanas al MAS –en particular los cocaleros del Trópico– durante los cuarenta días de la Guerra del Gas pudo haber sido ser la intención de ser percibido como miembro de pleno derecho del sistema político y ya no como el brazo político de un sindicato sectorial. En efecto, mientras el Ejército y los alteños combatían cerro arriba y el centro del poder era cercado cerro abajo, los productores de coca del Chapare permanecían en sus terrenos. Evo Morales pedía la dimisión de “Goni”, los parlamentarios del MAS denunciaban la represión, pero el núcleo duro de sus tropas no fue movilizado hasta el 13 de octubre (y sólo con bloqueos puntuales), con el conflicto muy avanzado y la perspectiva casi

³⁴⁰ Un ejemplo es el caso del ministro de la Presidencia, Guillermo Justiniano, en *La Razón*, 16 de septiembre de 2003, afirmando que los bloqueos de caminos de ese momento tenían “el tinte político del Movimiento Al Socialismo”. En el mismo sentido se manifestó Gustavo Vargas, prefecto de Cochabamba, el 20 de septiembre, a *Fides*.

inevitable de un desenlace funesto para el ejecutivo.

Estos dos factores convergieron en una estrategia de dilación, de esperar para ver hasta donde irían las embestidas populares, posicionándose al mismo tiempo como adversarios inflexibles de Sánchez de Lozada y defensores de la sucesión constitucional. Recordemos que, un día antes de jurar como jefe de Estado, Carlos Mesa declaró que rechazaba la violencia estatal, pero que tampoco “[estaba] con la filosofía de los instrumentos [una clara referencia al MAS] y las banderas radicales que pretenden que llegó el momento de destruirlo todo para construir una utopía que nadie sabe a dónde va, ni qué quiere.”³⁴¹ Pocos días después, el instrumento que ansiaba por “destruirlo todo” se convertía de hecho en su principal aliado en el Congreso. Las clases medias urbanas, partidarias de la figura y de las opciones políticas de Mesa, encontraron en el MAS un sorprendente aliado de la estabilidad constitucional. A partir de ese momento fueron los resentidos partidos tradicionales los que obstruyeron las iniciativas presidenciales gracias a su mayoría parlamentaria.

Por lo tanto, la actitud del partido ante los sucesos de septiembre y octubre de 2003 son el ejemplo más claro de que, después de obtener relevancia parlamentaria y política en las elecciones de 2002, “las movilizaciones convocadas por el MAS cambiaron de contenido porque fueron moduladas conforme a la línea estratégica electoral; el objetivo no era la insurrección frontal contra el Estado sino la victoria en las urnas.”³⁴²

En definitiva, el comportamiento del MAS en el trienio 2000-2003 revela una línea estratégica de mediano y largo plazo, englobando los dos polos del movimiento político y que no encontramos en ningún otro actor social o político de esa época. Meses antes de la deflagración violenta de la Guerra del GAS, el MAS demostró una acertada “intuición”³⁴³ al centrar sus principales movilizaciones en torno a la posibilidad de la venta del gas a través de un puerto chileno. Además, fue el MAS el primero en proponer un referéndum, en ese momento oficioso, sobre la política hidrocarburífera, más precisamente “para saber por dónde quiere el pueblo boliviano que salga el gas y en qué circunstancias”³⁴⁴. El instrumento político, gracias a esta maniobra de anticipación, logró capitalizar social y políticamente los recelos populares ante una nueva alienación de los recursos naturales y el previsible papel de Chile, rival histórico de Bolivia, como socio comercial.

Conviene señalar que, de esta forma, Evo Morales y sus correligionarios acogieron y avivaron uno de los rasgos históricos del nacionalismo boliviano e incluso, podríamos añadir, de la identidad nacional boliviana: el sentimiento antichileno. El aprovechamiento del mensaje antichileno tenía la ventaja de destinarse al conjunto de la población del país, calando en todos los sectores, incluyendo

³⁴¹ La *Razón*, 17 de octubre de 2003

³⁴² KOMADINA, Jorge y GEFROY, Céline, *op.cit.*, pág.143

³⁴³ La expresión es de ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú (...)*, pág.74

³⁴⁴ Evo Morales en *La Razón*, 2 de septiembre de 2003

aquellos en que el MAS disponía de poco apoyo. El gas y la animadversión hacia Chile representaban un potencial persuasivo más transversal que la hoja de coca, menos apta para captar electores y alianzas de todo el país y de todas las capas sociales.

3.3 – Octubre de 2003 - diciembre de 2005: el MAS como canal de institucionalización

Pocos días antes de exiliarse en Miami, Sánchez de Lozada rechazó renunciar a la Presidencia, alegando que “no [permitiría] que un enorme proyecto subversivo desde fuera de la nación [intentara] destruir la democracia boliviana”³⁴⁵. Aparte de la referencia a presuntas interferencias extranjeras, la queja de “Goni” contenía algo de verdad: en realidad, sí se trataba de un proyecto subversivo (en sus dos sentidos, de insurrecto y que viene desde abajo) que pretendía echar abajo los fundamentos de la democracia boliviana para luego proponer algo nuevo, aunque en ese momento todavía difuso.

El primero de los fundamentos –la estabilidad política que hacía de Bolivia una historia de éxito en el extranjero– ya había sido trastornada por el derrocamiento del jefe de Estado. Pero en su discurso de toma de posesión, Carlos Mesa aceleró la cadencia de cambios en la democracia boliviana, en sus vertientes no sólo política sino económica e constitucional. En primer lugar, Mesa anunció una revisión de la Ley de Hidrocarburos, una de las caras más visibles del modelo económico neoliberal boliviano³⁴⁶. Segundo, planteó la realización de un referéndum sobre la política energética nacional, aceptando contornear el sistema representativo en un punto esencial para el desarrollo del país. Al fin, el nuevo mandatario prometió la futura convocatoria de una Asamblea Constituyente, mirada de reojo por los partidos tradicionales y rechazada por el MNR, viga maestra del modelo vigente. En pocos días, las demandas comunes a los sectores contestatarios se materializaban, bajo forma concreta o como perspectiva a corto plazo. La agenda de octubre se había plasmado en la agenda de Mesa.

Otro de los fundamentos que había sostenido el régimen democrático durante casi dos décadas sería desmantelado al año siguiente, y también por iniciativa de la antigua mano derecha de Sánchez de Lozada. En febrero de 2004, el fin del monopolio de que los partidos disponían sobre la representación electoral abrió el acceso a los distintos niveles de poder a nuevos actores no partidarios, como las agrupaciones cívicas y los pueblos indígenas. En el ámbito de la misma reforma constitucional, el Congreso aprobó simultáneamente tres procedimientos de democracia directa, a

³⁴⁵ *La Razón*, 14 de octubre de 2003

³⁴⁶ La utilización de un término tan cargado de connotaciones morales como es “neoliberalismo” es, en nuestro caso, lo más neutra posible: nos referimos simplemente a un modelo económico asiente en la desregulación de la economía, la liberalización del comercio y de la industria y la privatización de las empresas públicas. Véase STEGER, Manfred y ROY, Ravi: *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2010, pág.14

saber, la Iniciativa Legislativa Ciudadana, el referéndum y la posibilidad de una Asamblea Constituyente.

En las elecciones municipales de finales de año, todos los partidos políticos en general fueron afectados por la recién llegada competencia cívica. No obstante, al apoyar firmemente la reforma electoral, el MAS logró hacerse con el primer lugar nacional sin hostilizar a las fuerzas electorales. Cabe pensar, ante la ausencia de estudios sobre la materia, que una buena parte del electorado de los actores municipales no partidarios acabó brindando su voto al MAS un año después. En todo caso, los movimientos sociales seguían coleccionando victorias: no sólo habían impuesto su agenda al nuevo Ejecutivo sino que empezaban también a reemplazar a los partidos en los gobiernos locales.

Mientras tanto, en las calles, los ánimos no flaqueaban, aprovechando las hesitaciones del nuevo presidente, abierto al diálogo pero demasiado tímido en el ritmo y alcance de las reformas. La satisfacción de los actores sociales movilizados en el momento de la toma de posesión de Carlos Mesa en octubre de 2003 y la popularidad del nuevo mandatario no hacían prever que los menos de dos años de su presidencia quedasen marcados por una multiplicación de los conflictos y la persistencia de las demandas que había prometido resolver. Pero la debilidad de las instituciones estatales y las tergiversaciones de Mesa y del Parlamento en el tema de los hidrocarburos y la Asamblea Constituyente convirtieron a 2004 en el año más conflictivo de la historia democrática boliviana desde 1984. Fue también ese año que Cochabamba se convirtió en el departamento con mayor cantidad de eventos de protesta de todo el país³⁴⁷, hecho al que los productores de coca y el MAS no fueron ajenos.

A este respecto, la postura del MAS con relación a Carlos Mesa osciló entre el apoyo con reservas y la desconfianza abierta. Mientras amenazaba con multiplicar las movilizaciones en los caminos, Evo Morales seguía afirmando que quería alcanzar el poder por vía electoral y proporcionaba las condiciones mínimas para que el presidente se mantuviese en el poder. El primer mandatario, por su parte, alternaba gestos de buena voluntad hacia el núcleo duro del instrumento político (autorizando el cultivo de un cati de coca por familia, una de las principales exigencias de los cocaleros) con dificultades en tramitar las reformas políticas y económicas propuestas por el MAS y acusaciones de ingobernabilidad dirigidas a Evo y a otros dirigentes sociales³⁴⁸.

En este mismo año de 2004, el dilema entre la vía institucional o la aventura revolucionaria aún no había sido resuelto. El instrumento político se encontraba en el centro de esa bifurcación y acabaría haciendo pender la balanza hacia la primera opción. García Linera, en ese momento todavía más analista que participante, escribía entonces: “Desde el punto de vista de los movimientos sociales y

³⁴⁷ LASERNA, Roberto y VILLARROEL, Miguel: *Enero de 1970 – enero de 2008. 38 años de conflictos sociales en Bolivia (...)*, pp.13 y 16

³⁴⁸ Fue lo que hizo en el momento de su primera dimisión, no aceptada por el Parlamento, en marzo de 2005.

de sus perspectivas de transformación indígena-plebeya de las estructuras de poder, está claro que ellos están impulsando dos alternativas: un camino de cambios graduales, institucionales por vía electoral, a la cabeza de una candidatura de Evo Morales, y una vía insurreccional de transformación revolucionaria del Estado.”³⁴⁹ Óscar Olivera subraya esa oposición doctrinal entre los grupos revolucionarios y el MAS: “Los cocaleros (...) querían tomar el aparato estatal desde arriba (...) Para nosotros, (...) hay que romper con lo estatal, hemos luchado para romper esa lógica electoral que es un poco una defección.”³⁵⁰

Las reacciones al referéndum sobre los hidrocarburos convocado por Carlos Mesa ilustran de forma patente el posicionamiento del MAS en cuanto a su intención de seguir un guión institucional para la reforma del Estado y, en última instancia, la conquista del poder. La mayoría de los protagonistas de las recientes revueltas populares rechazó sin ambages el mecanismo refrendario y exigió una nacionalización inmediata de los recursos naturales no renovables. En este bloque, se encontraban la COB, la Central Obrera Regional (COR) de El Alto, la FEJUVE de la misma ciudad, la Coordinadora del Agua y la facción de la CSUTCB controlada por Felipe Quispe.

Sin embargo, el MAS y sus sectores aliados apoyaron la realización del referéndum y hasta participaron en la redacción de sus cinco preguntas, acusando abiertamente a ciertos sectores de alimentar una “corriente desestabilizadora”. Pero la complicidad del MAS con la iniciativa del gobierno no fue total, puesto que llamaban a votar contra las dos últimas preguntas, que visaban fortalecer el liderazgo de Carlos Mesa. Los productores de coca, sus instancias partidarias y sus compañeros de ruta (CIDOB y CONAMAQ, entre otros) hicieron campaña por el Sí o por el No, conforme la cuestión, recordando que la consulta formaba parte de la agenda de octubre. De esta manera, adoptaron una línea intermedia entre el rechazo a la naturaleza misma del proceso, defendido por parte de los movimientos sociales, y la victoria total del Sí pretendida por la presidencia.

Los resultados de la votación de 18 de julio de 2004 mostraron el peso relativo de los tres actores centrales. Las consignas de los movimientos sociales contrarios al referéndum lograron fomentar la abstención y aumentar la cantidad de sufragios nulos (cerca de un cuarto del total). El presidente salió momentáneamente fortalecido, ya que las cinco preguntas fueron contestadas afirmativamente por una mayoría, las tres primeras con porcentajes superiores a 85%. Por su lado, la influencia del MAS sobre el electorado quedó visible en los resultados del No en las dos últimas preguntas³⁵¹, confirmando además la fidelidad de sus principales zonas de acción en el departamento de Cochabamba. Como señalan Komadina y Geffroy, “el MAS marcó distancias con el gobierno de

³⁴⁹ GARCÍA LINERA, Álvaro: *La potencia plebeya* (...), pág.445

³⁵⁰ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pág.43

³⁵¹ TAPIA, Luis: *Por el Sí, por el No: Análisis de resultados del Referéndum 2004*, La Paz, Corte Nacional, Electoral, 2004, pág.66 y siguientes

Mesa, fortaleció su identidad política sin poner en riesgo la realización de las elecciones.”³⁵² Las elecciones municipales de 2004 –la primera victoria nacional del partido– confortaron su posición como principal fuerza política. A partir de marzo de 2005, el MAS empleó este estatuto, conjugado con su capacidad de movilización en las carreteras, para aumentar la presión sobre Carlos Mesa por los compromisos de la agenda de octubre.

Pero ya antes, a comienzos de 2005, el antiguo periodista tuvo que enfrentar dos demandas sociales de carácter diverso: en enero, una huelga organizada por la COR y las juntas vecinales de El Alto reivindicó la rescisión del contrato de suministro de agua a El Alto y La Paz firmado con una empresa de capital extranjero en 1997. La rescisión fue prontamente aceptada por Carlos Mesa, acaso acordándose de las consecuencias humanas y políticas de la Guerra del Agua de Cochabamba. Sea como fuere, la capacidad disruptiva de las barriadas de El Alto volvía a imponer su voluntad ante el poder central.

Al mismo tiempo, impulsada por la reforma constitucional del año anterior que había transformado Bolivia en un “Estado autonómico” (Art. 4º) e inspirada por la agenda de octubre de 2003, surgió en los departamentos orientales la llamada agenda de junio, así bautizada en la secuencia de un cabildo multitudinario realizado en Santa Cruz en junio de 2004. Su objetivo consistía en la convocatoria de un referéndum sobre la autonomía política, bajo la consigna “¡Autonomías ya!”. La movilización regional en el oriente demostraba que el Estado se encontraba cuestionado no sólo políticamente sino también territorialmente. Los primeros meses de 2005 confirmaron una doble dislocación del centro de decisiones políticas: por un lado, hacia espacios extraparlamentarios; por otro, alejándose de La Paz y fijándose en las regiones. Los órganos de poder paceños se vaciaban un poco más de su legitimidad y capacidad de coacción y el largo brazo de la Ley se acortaba a cada mes que pasaba.

En este contexto, en marzo de ese año Evo Morales decidió lanzar sus tropas a la calle, después de un período de relativa tranquilidad proporcionada por la pausa en la erradicación de la coca, el referéndum y las elecciones municipales. Acusando a Carlos Mesa de traicionar las promesas de octubre de 2003, el MAS estimuló varias acciones de distinto ámbito para presionar al Presidente en materias como el avance en el proceso constituyente y sobre todo la Ley de Hidrocarburos. A 4 de marzo, la Cámara de Diputados aprobó finalmente el proyecto de ley concebido en el Senado por su Comisión Económica, que fijaba las regalías en 18% y los impuestos en 32%. El MAS, quizá sintiéndose sobrepasado por los vecinos alteños que habían lanzado un paro cívico por la nacionalización inmediata, rechazó la nueva ley –a pesar de la participación de sus senadores en la elaboración del texto– y, una vez más, eligió posicionarse en un término medio: ni nacionalización inmediata, como pedían los movimientos sociales y la COB; ni la nueva Ley de Hidrocarburos. Su

³⁵² KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pág.69

posición consistía en exigir regalías de 50% sobre las exportaciones de gas.

El Gobierno –presionado por las compañías petroleras, los departamentos orientales y el Parlamento, por un lado, y por los movimientos alteños, obreros y campesinos, por otro– se encontró con que su principal aliado político, el MAS, le retiraba su apoyo. Mesa, aprovechando su alta popularidad ante las clases medias pero no sólo, jugó entonces una baza que demostró que el experimentado periodista también poseía algo de habilidad política: en un discurso en que acusó a los actores sociales de ambos bandos de pretender acortar su mandato, presentó su dimisión ante el Parlamento, que no tuvo más remedio que ratificarlo en el cargo.

La breve y frágil unión de los partidos tradicionales en torno a Carlos Mesa y a una nueva Ley de Hidrocarburos menos radical acarrió, en el campo de los movimientos sociales, una respuesta impulsada por Evo Morales bajo la forma de una alianza con sus rivales en las calles y caminos – Felipe Quispe, Jaime Solares, líder de la COB, y Roberto de la Cruz, de la COR de El Alto–, a la que bautizaron como “pacto antioligárquico”. Este pacto, sin embargo, no puso fin a las divergencias entre sus miembros, con respecto a cuestiones relacionadas con el gas y el propio sistema democrático, puesto que las organizaciones obreras defendían el cierre del Parlamento, algo a que el MAS se opuso en todo momento.

A medio plazo, el escaso margen de maniobra obtenido por Carlos Mesa en marzo de 2005 no resistió al endurecimiento de la movilización social. A finales de marzo, las juntas de vecinos de El Alto se manifestaron en contra del presidente y de su política energética. A comienzos de mayo, los cocaleros del Chapare iniciaron una marcha hasta la capital, reclamando una nueva versión de la Ley de Hidrocarburos y la Asamblea Constituyente. Al llegar a La Paz, acompañado por una serie de actores aliados, Evo Morales defendió entre otros puntos la nacionalización del gas, en una prueba más de la capacidad de adaptación de las propuestas masistas al espíritu social de la época. En Cochabamba, los sindicatos de productores de coca, con el apoyo de regantes y transportistas, volvían a bloquear los caminos interdepartamentales. Mientras tanto, una nueva manifestación salía de El Alto con destino a La Paz, exigiendo la nacionalización de los hidrocarburos, la clausura del Congreso y la renuncia del presidente. La demanda de autonomía de los departamentos de las tierras bajas añadía la división regional a los problemas de gobernación de Ejecutivo.

A 2 de junio, cada vez más contestado por los sectores populares representados por la COB, la COR de El Alto y la FEJUVE, el primer mandatario presentó una última iniciativa para calmar a los manifestantes, proponiendo relanzar el proyecto de una Asamblea Constituyente. Pero cuatro días después los vecinos de El Alto y otras fuerzas bajaron nuevamente hasta La Paz. Carlos Mesa renunciaría al día siguiente.

El epílogo del relato es conocido. Bajo la ininterrumpida presión de los movimientos sociales, incluyendo los mineros cercanos al MAS, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados,

antiguas figuras de la democracia pactada, fueron obligados a renunciar a sus derechos en la línea de sucesión presidencial. Como resultado, el Congreso juró al Presidente de la Corte Suprema, Eduardo Rodríguez Veltzé, como Presidente de la República de transición. Su principal misión sería llamar a elecciones generales y conducir al país a través del proceso electoral.

El MAS desconvocó entonces a sus movilizaciones, sus parlamentarios aceptaron acortar sus mandatos y el escrutinio fue adelantado a diciembre de 2005. La nacionalización de los hidrocarburos no se había concretado, como tampoco la Asamblea Constituyente. Pero tras dos años de ebullición social, el MAS había logrado convertirse en “la única organización con un proyecto hegemónico capaz de articular un conjunto heterogéneo de demandas, dueño de un liderazgo nacional y una innegable capacidad táctica.”³⁵³ A pocos meses de las elecciones, el instrumento político se presentaba así como el principal favorito, tanto frente a los desprestigiados representantes de los partidos tradicionales como ante las demás fuerzas contestatarias, potentes en la calle pero políticamente inexistentes. Al fin y al cabo, Evo Morales y sus correligionarios sacaron provecho de un viraje –a veces estratégico, otras circunstancial– hacia la primacía de lo político en la trayectoria de la participación institucional de sindicalismo cocalero. Por este motivo, tal vez no sea exagerado afirmar que, a finales de 2005, el MAS ya no era tanto el instrumento político de los sindicatos sino que era la organización sindical la que desempeñaba las funciones de brazo social del partido político.

Empero, la adhesión del MAS a las prácticas e instituciones de la democracia representativa no se hizo de golpe, sino que fue el resultado de un proceso gradual que empezó en la decisión de participar en la pugna electoral, facilitada por la Ley de Participación Popular y las circunscripciones uninominales. En 2006, Filemón Escóbar, alejado del partido, reconocía lo siguiente, refiriéndose a los primordios del instrumento político en los años 90: “yo les decía [a los cocaleros]: 'la única manera de defender a la hoja de coca (...) es que los sindicatos cocaleros se transformen en fuerza política, la única manera de convertirnos en fuerza política es meternos en la línea de la democracia representativa.' Así [los] he convencido de ir a las elecciones y dejar los fierros.”³⁵⁴

Resulta llamativo que una de las facciones en el entorno de los sindicatos cocaleros que insistió en la vía de la participación electoral haya sido la de los mineros, a pesar de su herencia insurreccional de inspiración marxista. Una posible explicación es que el declive del movimiento obrero en los años 80 cambió la postura de los antiguos mineros con respecto a las posibilidades reales de una experiencia revolucionaria, o acaso fueron las circunstancias específicas del caso cocalero que condujeron a la apuesta por la reforma desde el sistema político.

De todas formas, al menos hasta el salto a la escala nacional de 2002, la adopción de la democracia representativa por el MAS poseía un carácter predominantemente instrumental. Esto significaba que

³⁵³ *Ib.*, pág.78

³⁵⁴ *Ib.*, pág.39

la presencia en las instituciones era percibida más como un medio para alcanzar determinados objetivos que como una finalidad en sí misma y un reconocimiento de los méritos intrínsecos de la democracia. El propio Evo Morales lo dejaba muy claro, al pronunciar estas palabras a finales de 2003:

“Pensamos que al pueblo le conviene más seguir con el hilo democrático porque este gobierno es imposible que en las próximas elecciones gane (...) Saldrán perdedores los del gobierno, y el movimiento social, los movimientos populares de Bolivia van a ganar contundentemente este proceso. Así que a nosotros más que a nadie nos interesa mantener y ser garantía del proceso democrático, por eso estamos agotando todas las posibilidades políticas de obligar al gobierno a un diálogo.”³⁵⁵

Román Loayza, una de las figuras del MAS en esos años, corroboraba la misma idea: “Participamos de los espacios que nos ofrecen en la sociedad neoliberal (...) para pulsar el modelo y resquebrajar con nuestras demandas y necesidades hasta que reviente por sus propias limitaciones internas.”³⁵⁶ Las palabras de Loayza resultan ahora proféticas. En efecto, el modelo acabó estallando debido a sus propias contradicciones. Pero no sólo: el resquebrajamiento del sistema político-institucional fue también el resultado de la acción conjunta de varias organizaciones sociales. Estas juntaron a la heterogeneidad de sus demandas una serie de exigencias comunes que ponían en causa el corazón ideológico del modelo vigente desde 1985.

Al fin y al cabo, la estrategia insurreccional –que el MAS había relegado a un plano secundario después de su entrada en fuerza en el Parlamento y su estatuto de jefe de la oposición– acabó siendo implementada en las calles por sectores populares fuera del control de cualquier partido, incluyendo el propio MAS. La fuga de Sánchez de Lozada, la huelgas y paros cívicos contra la privatización del suministro de agua en El Alto y La Paz, las manifestaciones en contra de la nueva Ley de Hidrocarburos y los pedidos por una Asamblea Constituyente crearon las condiciones para la renuncia de Carlos Mesa, la convocatoria de elecciones anticipadas y la elección de Evo Morales. Pero en ninguno de esos episodios contestatarios el MAS y sus ramificaciones en la sociedad civil desempeñaron un papel exclusivo y protagonista. La solución institucional que salió adelante no era la única posible.

El papel fundamental del MAS fue haber proporcionado a esos sectores rebeldes una vía alternativa al vacío del poder o a su traslado a las calles pero sin traicionar la sustancia de sus demandas prioritarias. Por otro lado, al apoyar al vicepresidente del odiado “Goni” y al defender la

³⁵⁵ Los Tiempos, 4 de octubre de 2003, cursiva nuestra.

³⁵⁶ Citado por KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pp.39-40

estabilidad³⁵⁷, el instrumento político renunció a un desenlace imprevisible y logró afianzar su posición en el tablero político como partido de gobierno. Una hipotética Asamblea Constituyente convocada espontáneamente por los movimientos sociales tras la renuncia de Sánchez de Lozada hubiera dejado el MAS en pie de igualdad con otras organizaciones sociales. En cambio, su encauzamiento institucional a través del programa del partido en 2005 le permitió al final hacerse con más de la mitad de los diputados constituyentes.

Para ser más exactos, el instrumento político logró funcionar como expresión electoral del descontento popular, aunque su relación con la mayoría de las organizaciones sociales nunca fue de inequívoca confianza. En la constelación de movimientos que entre 2003 y 2005 se sobrepusieron a un Parlamento debilitado, el MAS funcionaba como una especie de *primus inter pares*: su ventaja cualitativa provenía de una posición privilegiada en términos políticos y no tanto de su potencial disruptivo, que compartía con otros sectores. A la centralidad política se le fue añadiendo influencia en las organizaciones paralelas: véase el ejemplo de la CSUTCB, poderosa en el Altiplano y sustraída a Felipe Quispe, el Movimiento Sin Tierra, muy presente en los valles de Santa Cruz, la CIDOB en los llanos orientales, las federaciones de maestros urbanos y los sindicatos mineros.

Al mismo tiempo, Evo Morales y sus correligionarios nunca se alejaron de la legalidad institucional, presentándose como garantía de una transición suave entre el régimen del neoliberalismo democrático y su sucesor de formato todavía incierto. Quizá ahí resida otra razón del apoyo electoral que ciertas capas medias y superiores brindaron al MAS en diciembre de 2005: la verdadera preocupación no consistía tanto en parar a los bloqueadores entregándoles las riendas del gobierno³⁵⁸, sino en orientar lo inevitable —el cambio de régimen— hacia una vía menos imprevisible a través de un partido y un líder que habían dado pruebas de apego a la institucionalidad democrática. Sin esas posturas moderadas, muy probablemente Evo Morales no habría contado con el voto de los sectores medios en las ciudades y habría sido obligado a un engorroso desempate en el Congreso.

Que ese apego democrático fuera verídico o sólo aparente era lo de menos: el apoyo a Carlos Mesa, la defensa de más regalías en vez de la nacionalización pura y dura en el tema de los hidrocarburos y la condena firme de propuestas de cierre del Parlamento, entre otras posiciones, traducían una evolución en la postura antisistema que había caracterizado el partido desde su nacimiento. Para el MAS tardío, el problema no residía en el rol representativo del Congreso nacional, sino sobre todo en quienes ocupaban sus escaños y traicionaban a los ciudadanos que debían representar.

³⁵⁷ Valor supremo de los ejecutivos anteriores ante la irrupción de protestas sociales, la “estabilidad” fue adoptada por el MAS en el momento de la ascensión de Carlos Mesa.

³⁵⁸ Según la teoría dominante a este respecto, la reacción de las clases medias —un eufemismo en un país tan desigual como Bolivia— de las ciudades habría sido una reedición del célebre dicho que Marx pone en la boca de los burgueses franceses en 1852, aceptando una solución autoritaria para la confusión reinante en el país: “¡Antes un final terrible que un terror sin fin!”

3.4 – Conclusión: de la heterogeneidad social al proyecto de Estado

En los apartados anteriores, intentamos describir los principales hitos en la historia de las movilizaciones bolivianas entre finales de los años 90 y la victoria electoral de Evo Morales. Nuestro objetivo ha consistido en situar al Movimiento al Socialismo en la tormenta social que marcó el período en cuestión y cerner las condiciones en las cuales fueron realizadas sus emisiones discursivas.

En este sentido, identificamos tres fenómenos que destacan a la hora de definir las condiciones de la producción discursiva del partido-movimiento. El primero atañe a las relaciones del MAS con los movimientos sociales de tipo insurreccional que brotaron en Bolivia a partir de 2000 y que, en cierta medida, acabaron orientando buena parte del proceso de cambio político. El segundo, que deriva del primero, se refiere a las posiciones del MAS sobre la institucionalidad democrática, el equilibrio entre las formas de la democracia representativa y los mecanismos de autorrepresentación de los sectores populares, concretado en el dilema entre tomar el poder desde la calle o desde las urnas. El tercer punto, por último, corresponde a la manera en que el MAS logró convertir la heterogeneidad de los actores sociales y de sus demandas en un proyecto político capaz de conformar la única alternativa creíble al régimen del neoliberalismo democrático que había imperado en el país durante dos decenios.

La naturaleza de la relación entre el MAS y los movimientos sociales de potencial insurrecto encuentra su ejemplo paradigmático en las diferencias en términos de acción política, entendida en un sentido amplio, y los vínculos de atracción y distanciamiento entre el MAS y El Alto. Por supuesto, no se trata de afirmar que El Alto derribó el entramado institucional para que luego el MAS sacara los réditos políticos y reconstruyera el edificio para su propia conveniencia. La institucionalización de la protesta acaba siendo obligatoria, sea a través de su represión, su inclusión o el cambio más o menos radical de régimen. Aun un entusiasta de la creatividad política popular como Luis Tapia reconoce que el carácter improvisado y liberador de la “política salvaje” en manos de los movimientos sociales es temporal³⁵⁹. Adoptando su lógica, podríamos afirmar que los sucesivos éxitos de los movimientos sociales encarnan el momento de aceleración del tiempo político, mientras el triunfo del MAS representa el punto de condensación institucional de esa efervescencia rebelde. Por esta razón, la instauración de un nuevo régimen no debe ser vista necesariamente como una traición a los ideales comunes que condujeron a la insurrección, sino como su traducción práctica. Eso sí, como resalta el mismo Tapia, el nuevo régimen puede optar por recoger y profundizar el impulso democratizador o

³⁵⁹ TAPIA, Luis: *Política Salvaje* (...), pág.68

restringirlo en su provecho a través de un proceso de burocratización³⁶⁰. Pero ese es otro tema, que por ahora no nos concierne.

Retomemos la reflexión comparativa entre el MAS y las fuerzas vivas de El Alto, plasmadas en las juntas vecinales, los estudiantes y los gremios de pequeños comerciantes y obreros. A comienzos de siglo, la urbe alteña surgió como una de las regiones más militantes del país, reemplazando en radicalismo a los cocaleros, quienes habían liderado la resistencia organizada en los años noventa³⁶¹. Pero la diferencia no estribaba sólo en su radicalismo, de corte más pragmático que ideológico. Mientras los productores de coca bloqueaban carreteras en medio de la selva tropical, los alteños quemaban camiones cisterna en la autopista a La Paz. Sánchez de Lozada no se escapó en helicóptero por haber perdido el control del Chapare, sino por la incapacidad de su ejército en tomar El Alto y proteger la sede física del poder político. Por otra parte, con los cocaleros se podía dialogar: tenían líderes y jerarquías, un brazo político con presencia en el Congreso, interlocutores identificables. Para hablar con el movimiento alteño no existía un teléfono rojo desde el Palacio Quemado.

Esto sugiere que el cambio en el protagonismo contestatario conllevó simultáneamente la preponderancia de otra forma de organización de la acción colectiva. Si las estructuras cocaleras habían adoptado un modelo sindical de corte corporativo con pinceladas de comunitarismo andino, la coalición vencedora de la Guerra del Agua y las redes vecinales de El Alto optaron por un modelo menos jerárquico, más descentralizado y espontáneo.

Álvaro García Linera resalta la originalidad organizativa de los grupos movilizados en Cochabamba y El Alto, señalando su condición híbrida entre forma multitud –una “asociación de asociaciones” sin hegemonía interna pero con voluntad de acción conjunta– y forma comunidad, inspirada en los formatos organizativos de las comunidades indígenas³⁶². La proliferación de este tipo de movimientos y el aumento de su capacidad movilizadora tuvo como consecuencia una gradual reducción del poder estatal en sus dimensiones de fuerza bruta y de legitimidad del contrato social. La inversión de los términos de la negociación sociopolítica –como pasó durante la presidencia de Mesa, cuando los movimientos tendían a imponer su voluntad al Estado y no al revés– acabó colocando al MAS en una situación muy ventajosa. Veamos por qué.

A primera vista, podría esperarse que el protagonismo de las formas más fluidas de revuelta popular relegase las fuerzas de oposición más institucionalizadas a un plano secundario. Raúl Zibechi,

³⁶⁰ TAPIA, Luis: “Multitud y sociedad abigarrada” en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pág.42

³⁶¹ KOHL, Benjamin y FARTHING, Linda: *Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance*, Londres, Zed Books, 2006, pág.162

³⁶² Raúl Prada, compañero de García Linera en el Grupo Comuna, insiste –acaso sin demasiado soporte empírico– en esta misma “matriz arcaica” de los sindicatos aymaras del Altiplano y de las juntas vecinales de El Alto, asociándola al *ayllu* andino. Para el filósofo, “el objetivo estratégico de este retorno organizacional del *ayllu* (...) no puede ser otro que la abolición del Estado”. Cf. PRADA, Raúl: *Subversiones indígenas*, La Paz, CLACSO-Muela del Diablo-Comuna, 2008, pág.40 y siguientes.

por ejemplo, abre su libro con la siguiente frase: “En los momentos de insurrección, la movilización popular disuelve las instituciones, las del Estado así como las de los movimientos sociales.”³⁶³ Pero el MAS logró revertir esta premisa gracias a una serie de factores relacionados con sus idiosincrasias como partido-movimiento. Así, la parálisis de los órganos de poder formal beneficiaba al MAS porque ponía de relieve la debilidad estatal y la ineficacia de la democracia liberal para dirimir conflictos sociales, pero también porque colocaba a los demás actores estrictamente políticos fuera de juego: con excepción del MIP, los demás partidos con representación parlamentaria no disponían de reservas de activistas listos para movilizarse. Por otro lado, la figura presidencial –Sánchez de Lozada o Mesa, como antes Banzer y Quiroga– también quedaba con las manos atadas, al tener que optar entre dos alternativas con graves consecuencias en términos de popularidad y autoridad: reprimir o ceder. Mientras tanto, los productores de coca y sus aliados protagonizaban las protestas o se solidarizaban con ellas, ocupando el escenario público y afirmando la supremacía de la política extrainstitucional.

Gracias a su doble posicionamiento como partido y movimiento, la pugna de poder entre los poderes institucionales debilitados y el vigor revolucionario de la calle servía los intereses del MAS siempre y cuando el fiel de la balanza no pendiera demasiado para ninguno de los dos lados. El reflujo precoz del ímpetu antisistema de alteños, campesinos e indígenas aymaras hubiera implicado el cierre de las oportunidades políticas, el fortalecimiento de sus rivales en el tablero partidario y la posibilidad de adoptar reformas graduales a través del cauce institucional. En cambio, la repentina supresión de los poderes estatales hubiera acarreado la irrelevancia del polo partidario del instrumento político y la correspondiente nivelación de fuerzas en el ámbito contestatario, en el cual los cocaleros y sus aliados hubieran sido al fin y al cabo un grupo más. Por este motivo, no parece descabellado afirmar que el clima de indefinición y crisis que rigió entre octubre de 2003 y finales de 2005 constituía el caldo de cultivo ideal para que el MAS se afirmara cada vez más como indispensable en ambos niveles de la acción política.

Además, la relación entre la sublevación alteña y el instrumento político cocalero permite una reflexión adicional sobre las formas concretas de la acción colectiva en ambos movimientos. En su estimulante estudio sobre los acontecimientos en El Alto en octubre de 2003, Zibechi identifica tres rasgos comunes a las organizaciones participantes: la toma colectiva de decisiones, la rotación de los dirigentes y de sus tareas y el desbordamiento desde abajo, es decir, por las bases³⁶⁴. Estas características ofrecieron ventajas decisivas en los conflictos que mencionamos: la espontaneidad, la unión, la independencia y la irreductibilidad. Sin embargo, la inexistencia de liderazgos y de interlocutores claros complicó alianzas y redujo la capacidad de intervención de esos grupos después

³⁶³ ZIBECHI, Raúl, *op.cit.*, pág.29

³⁶⁴ ZIBECHI, Raúl, *op.cit.*, pág.69

del término del conflicto. El papel central de El Alto en el ciclo rebelde entre 2000 y 2005 contrasta con la ausencia de personalidades políticas eminentes salidas de ese caldero de la acción colectiva urbana. Asimismo, la habitual personificación de la ciudad parece estar relacionada con esa anarquía –en el sentido de ausencia de liderazgos– que derrocó presidentes sin designar a sucesores.

La organización popular de El Alto se diferencia claramente de las prácticas colectivas de los movimientos sociales afines al MAS, en especial los sindicatos cocaleros del Chapare e Yungas. La posibilidad de un pensamiento estratégico a mediano y largo plazo permitía a las estructuras cocaleras decidir cuando bloquear, con quien cooperar, contra quien marchar y por qué causas hacerlo. Un ejemplo claro de eso sucedió en octubre de 2003, cuando Evo Morales sólo en el último minuto juntó los productores de coca al clamor por la renuncia de Sánchez de Lozada que se extendía en El Alto y en el Altiplano paceño.

Por otra parte, el brazo político de los sindicatos cocaleros les permitió rebasar la simple función reactiva y proporcionarles una plataforma institucional para la elaboración de un programa nacional de propuestas. Si El Alto concentraba la esencia de la práctica antisistema, su prolongación política necesitaba un canal de institucionalización duradero. La explosión contestataria de tipo comunitario y autogestionario –también llamada “autonomista” por su distancia hacia el Estado– presentó como uno de sus rasgos definitorios el carácter discontinuo de sus actividades. Pero la política, en Bolivia como en cualquier otra parte, no se hace sólo en mayo en Cochabamba o en octubre en El Alto. A fin de aprovechar las condiciones políticas y culturales favorables, un proyecto político con vocación electoral necesitaba estructurarse en el tiempo, fidelizar a las bases, conquistar simpatizantes, seducir candidatos, construir alianzas, definir adversarios, delinear una ideología, concretar un programa. Todo esto se realiza en el mediano y largo plazo, a través de un esfuerzo permanente y coordinado.

Aquí empezamos a presentir la relevancia del MAS como correa de transmisión de lo social a lo político en dos dimensiones concomitantes: como polo aglutinador de demandas heterogéneas en torno a dos reivindicaciones centrales (la Constituyente y la nacionalización de los hidrocarburos) y en su calidad de articulador de lo transitorio hacia lo permanente. La identificación y caracterización de los marcos del instrumento político deberán reflejar este doble posicionamiento del MAS. Sin olvidar que, como recordaban Charlotte Ryan y William Gamson, tan importante como enmarcar el mensaje de modo eficaz es fortalecer aquellos que llevan a cabo el enmarcamiento³⁶⁵. En pocas palabras: mientras se enmarca el mensaje hay que organizarse.

A lo largo del presente capítulo, quisimos destacar precisamente el papel del MAS como orientador de la oleada revolucionaria hacia la institucionalización y principal beneficiado de la poliarquía que de ella resultó, entendiendo por poliarquía la construcción de nuevos centros de poder con apertura a

³⁶⁵ RYAN, Charlotte y GAMSON, William: “The Art of Reframing Political Debates” (...), pág.15

nuevos competidores³⁶⁶. La capacidad de movilización y de presión política de los movimientos sociales acabó cuestionando el monopolio de la representación por los partidos, pero también abrió el debate sobre qué características del cuerpo social debían verse reflejadas en el Parlamento o en la propia Constitución. En este sentido, el ciclo de protestas del primer lustro del actual siglo significó, más allá de la magnitud de los cambios políticos o económicos registrados, una revolución de la participación ciudadana en la vida democrática.

En las instituciones políticas, esta última fase del modelo republicano asistió a una revitalización del rol del Parlamento y el regreso de una de las condiciones de un régimen democrático sano, la separación de poderes entre el órgano ejecutivo y el legislativo. Como señala Carlos Cordero, a partir de la renuncia de Sánchez de Lozada “se produjo la horizontalización de la relación entre ambos poderes y se instituyó la lógica de enfrentamiento antes que la coordinación de poderes”³⁶⁷. Los partidos políticos fueron despojados de sus cuotas partidarias en la administración pública, pero al mismo tiempo reconquistaron su independencia frente al Ejecutivo.

Así, sostenemos que aun antes de la victoria de Evo Morales el régimen político-institucional había dado señales de su capacidad para autorreformarse, aunque fuese ante la evidencia de sus propios errores y bajo la intensa presión de la movilización popular. La propia resistencia del poder a emplear las fuerzas de seguridad contra las manifestaciones –bajo la presidencia de Mesa– puede ser considerada un síntoma de mejoría en la convivencia democrática entre el Estado, la sociedad civil y los ciudadanos. Ante la disyuntiva entre vía insurreccional y vía institucional, la respuesta del sistema democrático acabó favoreciendo una salida del segundo tipo. Así, “la tensión entre la política institucional y 'la política en las calles' (...) terminó fortaleciendo y ampliando la institucionalidad política” y “la apertura del sistema de representación política mediante la inclusión de nuevos actores”³⁶⁸.

La relación establecida entre el auge temporario de la política extrainstitucional y la progresiva conquista de la hegemonía política por el MAS nos conduce a plantear una paradoja señalada por Zibechi. Según el autor uruguayo, la valorización de las relaciones sociales comunitarias y la emergencia de los poderes antiestatales pueden, al final del proceso revolucionario, entronizar fuerzas que pretenden volver a legitimar el Estado y reformar el capitalismo sin romper radicalmente con su lógica³⁶⁹.

Esta idea, según la cual un proyecto radical de transformación social basado en la cosmovisión indígena y sus declinaciones urbanas fue traicionado por el conservadurismo estatista del MAS, es

³⁶⁶ CORDERO, Carlos, *op.cit.*, pág.87

³⁶⁷ CORDERO, Carlos, *op.cit.*, pág.85

³⁶⁸ MAYORGA, Fernando: “Movimientos sociales, política y Estado”, *Opiniones y Análisis*, n°85, II, 2007, pp.41-42

³⁶⁹ ZIBECHI, Raúl, *op.cit.*, pág.143

compartida por varios autores. Pero ¿había un proyecto definido detrás de las movilizaciones? ¿Existía realmente un pensamiento político de largo recorrido como telón de fondo de las demandas específicas? La cuestión no es superflua en sus implicaciones con respecto al MAS, porque se trata de determinar si el partido llegó al poder gracias a sus propias opciones estratégicas o como apoderado de una fuerza vital indígena, comunitaria o comunista con trasfondo teleológico. Fernando Molina, un crítico feroz y no siempre acertado de las prácticas democráticas del MAS, sugiere a contracorriente que dicho “proyecto” comunitarista, indigenista y partidario de la democracia directa fue más una construcción de un grupo de intelectuales –sobre todo el grupo Comuna³⁷⁰– que un sustrato ideológico estructurado y compartido por las identidades subalternas que encabezaron las movilizaciones sociales. Y concluye recordando lo siguiente:

“Si el MAS hubiera seguido la línea de la Comuna en contra de la democracia representativa, no habría podido aprovechar los espacios y los mecanismos que proporciona este régimen para convertirse en un partido mayoritario y para incorporar en su seno a prácticamente toda la izquierda. De modo que *lo que menos explica* la teoría sobre la democracia de Comuna son las condiciones de la victoria del partido en cuya órbita se mueve este grupo.”³⁷¹

Consideramos, adoptando parcialmente esta línea, que la suposición de Prada –compartida por otros especialistas– corresponde más bien a una mistificación. La fuerza de los movimientos autogestionados residía precisamente en el carácter fluido e imprevisible de sus acciones colectivas y en el cariz cambiante de sus demandas, no en su proyecto de país. Además, el único plan salido de las organizaciones sociales con una idea alternativa de Estado provenía de los kataristas aymaras, en torno a los sindicatos y *ayllus* del Altiplano y al MIP. Una alternativa que acabó siendo barrida en el ámbito electoral por Evo Morales y sus compañeros. Por otra parte, puesto que los alteños o la Coordinadora del Agua, por poner los dos casos más notorios, no presentaron un proyecto integral concreto, cualquier referencia al contenido oculto de sus reivindicaciones es poco más que mera extrapolación³⁷².

Esto no implica negar que la reformulación del Estado boliviano y la atenuación de las estructuras de dominación clasista, étnica u otra, se hayan realizado gracias a los esfuerzos de dichos movimientos. Sin embargo, crear las condiciones para el cambio político y social no equivale a

³⁷⁰ Compuesto, entre otros, por los ya citados Raúl Prada, Luis Tapia, Félix Patzi y Álvaro García Linera.

³⁷¹ MOLINA, Fernando: *Conversión sin fe. El MAS y la democracia*, La Paz, Eureka, 2007, pág.v, cursiva original

³⁷² El caso de la Coordinadora del Agua es ilustrativo, cuando comparado con el trayecto del MAS: como señala un – en este caso– insospechado Félix Patzi, las Marchas de la Comunal (heredera de la Coordinadora del Agua) en septiembre de 2000 y julio de 2001 constituyeron un intento fallido de unidad de lucha entre el movimiento rural y urbano, una unidad que sería más tarde concretada por el MAS. Estas marchas representaron la pérdida de poder de convocatoria de la Coordinadora, incapaz de concebir un programa más amplio que el de la no privatización del suministro de agua. Cf. PATZI, Félix: “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía (...)”, *op.cit.*, pág.212

proponerlo, ni mucho menos a protagonizarlo. En los casos nombrados, las redes organizativas de la movilización se desvanecieron precisamente debido a la ausencia de una actitud política estratégica de los participantes.

No se trata, pues, de negar la validez de los conceptos con que iniciamos esta caracterización del ciclo de movilizaciones: sí, una parte de los actores de la política extraparlamentaria adoptó los mecanismos de la política salvaje. Y sí, en esos actores la forma multitud y la forma comunitaria coexistieron y se superpusieron a estructuras de organización y decisión de tipo sindical. No obstante, es importante reconocer que una supuesta preponderancia de estas formas de hacer política habría implicado una historia muy diferente de aquella que efectivamente sucedió y que concluyó con la victoria electoral del MAS. Por este motivo, preferimos apostar por una perspectiva más matizada en cuanto al verdadero impacto político de dichas formas de sublevación social.

4 – Metodología

4.1 – El factor indígena: de esencia a posibilidad empíricamente verificable

Ramón Máiz escribió, en 2007, uno de los pocos intentos de aplicar la teoría de los marcos al caso del Movimiento Al Socialismo boliviano³⁷³. Pese a sus méritos (uno de ellos el haber sido una de las fuentes de inspiración de la presente tesis), el artículo de Máiz no pretendía ser exhaustivo y se presentaba sobre todo como una invitación a introducir en los estudios sobre la participación indígena en la política latinoamericana un componente interpretativo del discurso que complementase las trilladas perspectivas centradas en las instituciones y en los actores y sus estrategias, representadas la primera por Van Cott y Yashar y la segunda por Madrid y Alcántara y Marenghi³⁷⁴, entre otros.

Una de las virtudes del referido estudio consistió en haber dado un paso atrás en la relativa esencialización de las identidades indígenas que imperaba en las demás investigaciones. Así, lo habitual era definir de entrada los movimientos o partidos en causa como indígenas (en buena medida debido al origen étnico de sus miembros y/o electorado) y luego buscar las propiedades que les conferían ese estatuto o derivaban de él. Máiz, en cambio, contrapuso un modelo constructivista de esas identidades en el cual el discurso del indianismo político desempeñaba un papel central en su formación y desarrollo. En palabras del autor:

“(…) las etnias no *son* ni *están* disponibles para una eventual expresión política, sino que se gestan, se producen, esto es, no constituyen datos o puntos de partida sino resultados contingentes de procesos sociales y políticos abiertos e indeterminados (...) Por ello, la ideología indianista no puede ser considerada como la expresión externa de una comunidad originaria preexistente, sino como uno de los elementos decisivos de la movilización política que, en puridad, constituye a la etnia misma en su realidad presente. En suma, el discurso no es un factor meramente expresivo y exógeno, sino estrictamente *constitutivo* y *endógeno* de la realidad indígena.”³⁷⁵

³⁷³ MÁIZ, Ramón, *op.cit.*

³⁷⁴ VAN COTT, Donna Lee: *From Movements to Parties* (...) y VAN COTT, Donna Lee y RICE, Roberta: “The Emergence and Performance of Indigenous Peoples’ Parties in South America”, *Comparative Political Studies*, vol.39, n°6, pp.709-732; YASHAR, Deborah: *Contesting Citizenship in Latin America* (...); MADRID, Raúl: “The Rise of Ethno-Populism in Latin America (...)”, *op.cit.* y más recientemente *The Rise of Ethnic Politics in Latin America* (...); ALCÁNTARA, Manuel y MARENGHI, Patricia: “Los partidos étnicos de América del Sur: algunos factores que explican su rendimiento electoral” en MARTÍ I PUIG, Salvador (ed.), *Pueblos indígenas y política en América Latina*, Cidob-Bellaterra, Barcelona, 2007, pp.57-101

³⁷⁵ MÁIZ, Ramón, *op.cit.*, pág.16, cursiva original

Además de una movilización política y discursiva eficaz, Máiz afirmaba que la politización de la etnicidad sólo podía ocurrir al término de un proceso que exigía otras condiciones, a saber, un contexto socioeconómico propicio, la apertura de oportunidades políticas y la existencia de un sustrato étnico-cultural previo. Esas condiciones contextuales fueron aquí escudriñadas en los capítulos anteriores.

Aunque la opción de Ramón Máiz ya fuera novedosa en su tiempo, nosotros decidimos –reconociendo el riesgo epistemológico que esta decisión conlleva– retroceder un paso más: no partimos del principio de que la ideología del MAS sea o contenga un núcleo indianista, aunque tampoco lo rechazamos como hipótesis. La cuestión consiste en apreciar el discurso del instrumento político sin prejuicios sobre su contenido general y particular, su público blanco, sus efectos buscados y logrados, sus eventuales consecuencias sobre la politización de las diferencias étnicas y su corolario, la eventual etnificación de la política. Tachar al MAS de partido indigenista, nos parece, tiene que constituir la conclusión y no la premisa de una investigación sobre dicho movimiento político.

Por esta razón, decidimos considerar al elemento étnico como una dimensión hipotética en el contenido del discurso del MAS y no otorgarle *a priori* una relevancia superior ni incluso una existencia obligatoria. En concreto, en términos metodológicos esto acarreó dos consecuencias relacionadas: en primer lugar, debimos definir precisamente qué rasgos debían figurar en un presunto marco de fondo étnico. En el transcurso de las tareas heurísticas, advertimos que ciertos temas, considerados por investigaciones anteriores como eminentemente étnicos, no lo eran de manera automática. Por ejemplo, las menciones a la coca por parte de los dirigentes cocaleros o del instrumento político no apuntaban a su condición de hoja sagrada, sino más bien a un medio de subsistencia o a un símbolo de soberanía nacional. Otro ejemplo evidente y relacionado con el anterior es que, en muchos casos, las referencias a los productores de coca apuntaban más hacia una identidad campesina que a una pertenencia quechua o aymara, mientras en otros ambas identidades se solapaban.

El análisis de marcos se revela un instrumento adecuado para poner al desnudo y desactivar expectativas equivocadas acerca de las motivaciones de los actores políticos o sociales. Desde luego, debido a su carácter necesariamente intensivo y prolongado en el tiempo. Con frecuencia, el marco político sólo surge ante el investigador –acaso ante los propios destinatarios del mensaje– tras su utilización durante un cierto período de tiempo y en contextos diversificados. Un marco –y esto es algo que hay que tener en consideración en la elaboración del capítulo siguiente– no emerge a partir de un solo fragmento, sino que su caracterización necesita de una sucesión de mensajes relacionados a partir de los cuales dicho marco va ganando cuerpo y forma. Por causa de este condicionante temporal del mediano y largo plazo, el riesgo de precipitación en la atribución de motivaciones ideológicas o estratégicas es bastante bajo.

Asimismo, la utilidad del análisis de marcos estriba en su capacidad para descubrir los entresijos de un mensaje más allá de su apariencia temática. Se trata de revelar conexiones cognitivas y semánticas que se establecen en la mente del emisor y de los espectadores y que van moldeando sus interpretaciones de los hechos o ideas enunciados, con independencia del tema específico de una determinada intervención.

La segunda consecuencia metodológica de no considerar al elemento étnico como un pilar *sine qua non* del discurso del MAS consistió en que decidimos proceder al tratamiento de los datos recolectados colocando un eventual marco político al mismo nivel de los demás marcos y ya no por encima de ellos, como hicimos en una fase preliminar de la investigación³⁷⁶. Si es cierto que nunca pusimos de parte la influencia transversal entre los marcos (lo que acabó por confirmarse en los hechos), este contagio no se manifestó sólo en interferencias étnicas en los demás marcos interpretativos, sino también en una elevada penetración de rasgos ajenos en el marco indígena. En suma, tratamos de evitar el presupuesto de que existía *ex ante* un marco político de cariz étnico y –en una dimensión analítica más cercana al texto– de relacionar automáticamente determinados temas y referencias con un trasfondo indígena, buscando vínculos con otras facetas del almacén ideológico y de las habilidades estratégicas del MAS.

4.2 – Los componentes descriptivo y performativo de los marcos políticos

Otra cuestión pertinente para el desarrollo del presente estudio pasaba por determinar si fijaríamos nuestra atención en el proceso de formación de los marcos políticos del MAS o, por el contrario, en sus consecuencias sobre el desarrollo del partido. Como argumentamos en el capítulo teórico, el discurso posee un componente descriptivo y otro performativo. Esto significa que, por un lado, nuestras intervenciones o escritos traducen nuestras opiniones en un determinado contexto y, por otro, acarrearán efectos que pueden cambiar el entorno en que nos movemos y nuestro posicionamiento en su seno: a eso nos referíamos al hablar de la doble vida de los marcos de referencia.

Este planteamiento del análisis de marcos conlleva implicaciones metodológicas, pues exige resolver una cierta ambigüedad entre variable independiente y dependiente. Esto es, la disyuntiva consistía en privilegiar un enfoque interno –caracterizar los marcos políticos del partido como resultado de una evolución previa a nivel ideológico, organizativo y estratégico– o un acercamiento orientado hacia su participación en los foros político-electorales, centrado en cómo esos marcos condicionaron las relaciones del Movimiento Al Socialismo con el electorado, sus rivales y el Estado.

³⁷⁶ GOMES, David: “El factor indígena y los marcos de acción colectiva en Bolivia (2000-2005)”, *Cahiers des Amériques Latines*, 63-64, 2010, pp.173-191

Discurramos sucintamente sobre uno y otro enfoque y el porqué de su compatibilidad.

El primer acercamiento es el más evidente: se trata de extraer de la documentación las etapas de creación de los marcos políticos del movimiento a partir de 1995 hasta 2005. La principal finalidad de esta óptica, en que los marcos son entendidos como la variable dependiente, consiste en identificar a los varios elementos que los conforman, así como sus vínculos y sobreposiciones recíprocas. En la práctica, esto se consigue partiendo de los fragmentos disponibles y construyendo un árbol de interrelaciones semánticas, desde lo aparentemente más nimio hacia la complejidad de las ramas superiores. Al final, se obtiene un retrato de las orientaciones cognitivas del partido, esto es, de aquello que subyace a sus posiciones, en que se apoyan sus diagnósticos y pronósticos y que motiva sus militantes y simpatizantes a la acción colectiva y política³⁷⁷.

El otro enfoque posible es considerar a los marcos de referencia del MAS como la variable independiente y centrarnos en sus efectos sobre el posicionamiento político y electoral del partido. Este planteamiento exige que salgamos de la esfera puramente partidaria para evaluar las consecuencias de su estrategia enmarcadora. La faceta performativa del discurso y, más específicamente, de los marcos presenta a su vez una división interna: podemos distinguir, por un lado, las estrategias discursivas adoptadas a propósito por los actores sociopolíticos en busca de determinados beneficios futuros; y, por otro, aquellas que se empotran en la comunicación del locutor pero que escapan a su control y van configurando un cambio involuntario —que puede resultar positivo o negativo— en la posición del emisor en el escenario público. Tanto lo estratégico como lo accidental tienen cabida en nuestra investigación, máxime por la línea divisoria entre ambos ser a menudo indefinida. El discurso es, también en política, un arma de doble filo.

La cuestión de la compatibilidad entre ambos enfoques plantea un problema teórico, pero además plantea otro de viabilidad metodológica. ¿Se puede llevar a cabo una investigación exitosa en ambos planos? La respuesta es que no sólo se puede, sino que debemos hacerlo. Después de un examen preliminar del material recolectado, consideramos viable realizar un trabajo paralelo de análisis interno de los marcos de referencia del MAS y un recorrido simultáneo de sus consecuencias en el campo político y electoral. La apuesta por una visión performativa de los marcos políticos resulta así ser una opción más arriesgada, más costosa en términos de tiempo y de posibles equívocos, pero a la vez potencialmente la más provechosa: por un lado, nos informa sobre un partido y, por otro, aclara

³⁷⁷ Señalemos que, en el decenio estudiado, los marcos de la acción colectiva y los marcos políticos se van sobreponiendo debido al creciente carácter político que las movilizaciones sociales van asumiendo. Resulta curioso que una de las críticas del *establishment* de la democracia pactada a las frecuentes marchas y manifestaciones era que estas se iban “politizando”. Por un lado, se trataba de un reconocimiento del descrédito de la política partidaria; por otro, indiciaba un cambio cualitativo en los reclamos de los grupos contestatarios. Las demandas de reformas de gran calado fueron aprovechadas por un movimiento híbrido como era el MAS para establecerse como un puente entre el campo institucional y el callejero. Por ese motivo, y aunque nos detengamos en los marcos políticos del partido, en muchos casos la política y la acción colectiva se confundían.

el modo de funcionamiento del conjunto de la sociedad. Por otra parte, creemos que la única forma de lograr una descripción completa de los marcos políticos del MAS es romper la barrera interna de la organización y destacar el papel de esos marcos en la creación de nuevas expectativas sociales.

Por este motivo, declinaremos la presente investigación en dos frentes, uno eminentemente descriptivo y otro de labor más interpretativa. Así, la misión que pretendemos cumplir en la presente investigación es doble: se trata de exponer los principales rasgos de los marcos políticos del MAS y, a partir de esa caracterización, analizar de qué forma esos marcos políticos contribuyeron a la ampliación de su electorado y al consecuente ascenso de esa formación a la posición de principal fuerza de oposición y, al cabo de pocos años, de partido hegemónico. En suma, nuestro objetivo consiste en capturar los fotogramas del pensamiento político del MAS a través de su uso discursivo de los marcos de referencia. Luego, en una segunda etapa, trataremos de secuenciar esas imágenes en una película animada (y con otros protagonistas) que permita seguir la evolución de sus contenidos y sus implicaciones sobre el avance del MAS en el escenario político y las preferencias de la ciudadanía. Este planteamiento nos proporcionará elementos para contestar a las hipótesis formuladas en la introducción.

4.3 – Emisores y receptores del discurso del MAS

Otro desafío metodológico consistió en determinar a través de quién hablaba el MAS: ¿quién representaba de manera más exacta al partido-movimiento? La respuesta a esta pregunta quedó inmediatamente condicionada por la disponibilidad de las fuentes. En efecto, la palabra de los militantes de base en el período en cuestión se ha perdido y apenas quedó consignada en algunas entrevistas a pie de calle de los diarios nacionales. Para remediar esta carencia de testimonios, pensamos en realizar entrevistas a pequeños grupos de antiguos y actuales miembros del partido y/o sindicato, inspiradas en el ya citado ejemplo de William Gamson en los años 90³⁷⁸. Pero abandonamos la idea, debido a la posibilidad de contaminación retrospectiva del discurso que enunciamos en páginas anteriores. Decidimos, por lo tanto, centrarnos en los elementos discursivos producidos y registrados durante el período estudiado.

Estos elementos provinieron, en su gran mayoría, de los dirigentes, aquellos que representaban al MAS ante los medios de comunicación, los demás actores sociales e institucionales y la sociedad en general. Sin embargo, la complejidad de la naturaleza del MAS, a caballo entre partido, instrumento político de los sindicatos campesinos y movimiento social, planteaba la cuestión de saber quienes lo

³⁷⁸ GAMSON, William: *Talking Politics* (...)

representaban en ese cuerpo directivo. ¿Había que privilegiar a los altos cargos de los sindicatos que, aunque gozaban de menos visibilidad pública, presidían los amplios de los productores de coca, alistaban marchas y bloqueos y organizaban la resistencia contra la erradicación? ¿A los dirigentes del partido, aun sabiendo que el organigrama partidario no alcanzó un poder decisorio autónomo hasta tarde? ¿A los parlamentarios, en número de cuatro hasta 2002 y más de treinta, entre diputados y senadores, después de las elecciones de ese año?

Antes de contestar a esta duda, empezamos por mencionar a un individuo que nos pareció irremplazable. Evo Morales no sólo era la figura con más notoriedad pública en todo el entorno del partido sino que acumulaba el liderazgo en todos los frentes. Era líder del Comité Coordinador de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba y, por ende, la máxima voz en el sector sindical. Como presidente del partido, regimentaba los militantes y proponía candidatos y alianzas allí donde la influencia campesina era menor, sobre todo en las ciudades. Finalmente, aunque en el Congreso fuera un diputado como cualquier otro, asumía el papel de portavoz en el ámbito parlamentario.

Así, Evo Morales es el principal contribuyente individual en la base documental recogida en hemerotecas, bibliotecas y tesauros institucionales y privados. Sin embargo, no es ni podría ser el único. Regresando a la pregunta anterior, decidimos no centrarnos en un solo sector –el partidario–, puesto que estaríamos excluyendo una parte de aquellos que decidían sobre las prioridades programáticas y estratégicas del instrumento político y que, con sus declaraciones públicas, iban revelando las creencias del colectivo cocalero y sus extensiones sociopolíticas.

Esto implicó recolectar datos oriundos de tres ámbitos distintos, aunque nunca demasiado aislados entre sí: los parlamentarios del MAS, los cuadros del partido o candidatos a elecciones y los dirigentes sindicales, en especial los productores de coca del Chapare, a sabiendas de que no raras veces estos estatutos se solapaban. Por otra parte, también incluimos en el cuerpo documental declaraciones de especialistas o académicos cuya trayectoria política o profesional hubiese acercado al MAS. Las posiciones de estos intelectuales –muchos de ellos salidos de la izquierda clásica– tienen también el mérito de poder ser interpretadas como la voz del público de clase media.

El peso relativo de cada orador en la constitución de los marcos políticos del MAS fue variando conforme iban cambiando las prioridades de su agenda y el enfoque del movimiento político acerca de la participación institucional y de la movilización extrainstitucional. Además, en ningún momento debemos olvidar que, a pesar de la relativa disciplina en sus filas, el MAS no era un bloque monolítico, tanto en términos de ideario como de estrategia. Del mismo modo, la posición del instrumento político en la arena pública y más específicamente en el espacio mediático fue evolucionando, desde una situación periférica de representante de un grupo corporativo hacia una mayor centralidad como primer partido de la oposición.

Aprovechemos la referencia a la arena pública para desviar nuestra atención del emisor al receptor.

¿A quiénes se dirigían los fragmentos discursivos que componen el corpus documental? En nuestro caso, la variedad de contextos es muy grande: desde ampliados sindicales en medio de la selva chapareña a entrevistas en una radio nacional, de intervenciones tribunicias en la Cámara de Diputados a actas de congresos partidarios, de folletos de campaña a debates entre candidatos. Más adelante daremos cuenta al detalle de esta variedad de fuentes, pero por ahora centrémonos en los posibles espectadores: según el contexto, varía el público presente *in loco*, el público que el orador pretende alcanzar y el público que verdaderamente tendrá contacto con el texto. Por lo tanto, hay que medir el impacto mediático de la intervención y determinar hasta qué punto las palabras utilizadas se destinaban a los espectadores presentes o un público más amplio.

Por ejemplo, las declaraciones de Evo Morales en foros realizados en el extranjero contenían un mensaje interno, al cuidado de sus militantes o de sus opositores, pero también revelaban una preocupación particular con la audiencia internacional. Asimismo, las repercusiones de una toma de posición ideológica en uno de los primeros congresos del partido iban poco más allá de su inscripción en las actas del evento, debido al reducido alcance mediático de dichas reuniones. Una vez más, el objetivo es jerarquizar los fragmentos, a través del examen de la posición del emisor, del número y condición de sus oyentes o lectores y del medio de comunicación. Este último punto es tan significativo como los anteriores, y con él penetramos en el peliagudo tema de la recolección y tratamiento de los datos.

4.4 – Recolección y tipología del corpus documental

Antes que nada, debemos caracterizar las condiciones ofrecidas para las tareas heurísticas por un terreno tan movedizo como sigue siendo Bolivia, aún más teniendo en cuenta nuestra opción por el material estrictamente de archivo y sin apenas contribuciones actuales y en primera mano, por los motivos antes señalados.

En primer lugar, destaquemos una primacía de lo proferido sobre lo escrito. No es algo exclusivo de tierras bolivianas. No obstante, el fenómeno se acentúa en un país con tasas de analfabetismo funcional elevadas, con una difusión reducida de la prensa escrita y una fuerte preferencia de la población por los medios audiovisuales –radio y televisión– como fuente de información.

Puede entonces resultar paradójico que la mayoría de los documentos recolectados provenga de soportes escritos. Sin embargo, esta opción resultó ser la más lógica, debido a varios factores: en primer lugar, los fragmentos impresos constituyen, en muchos casos, la única fuente disponible para acceder a las producciones discursivas de aquellos años. De hecho, nos pusimos en contacto con las principales cadenas de radio y televisión del país, tanto públicas como privadas, y las respuestas

fueron similares: en algunas de ellas, los archivos de esos años no existían (Red Erbol, Fides); en otras, eran parciales y se encontraban totalmente desorganizados (UNITEL); por último, en los medios públicos como Canal 7 (actual Bolivia TV), se nos informó de que las imposiciones políticas sobre la línea editorial habían reducido la presencia de los grupos contestatarios en los contenidos del canal a su mínima expresión.

Por estas razones, el material audiovisual utilizado proviene de películas documentales editadas en soportes físicos, de grabaciones propias de la productora independiente Chajra Runaj Masis y de algunos fragmentos televisivos disponibles en Internet, como spots de campaña o debates entre candidatos. Las excepciones son algunos programas de UNITEL, localizados por su personal en los archivos no catalogados de Santa Cruz de la Sierra, y varias horas de registros radiofónicos –algunos de ellos no salidos al aire– recogidos por Radio Soberanía, la voz de los sindicatos de productores de coca del Chapare con sede en Chipiriri, conservados en cintas identificadas con leyendas muy sumarias.

La ventaja de las fuentes impresas en el contexto boliviano consistía en su relativa regularidad y estado de preservación, en particular en lo que se refiere a los periódicos. Frente a las carencias en términos de archivos audiovisuales, los depósitos de las hemerotecas proporcionaron una vía de acceso mucho más fiable a la producción discursiva. Aunque es cierto que las secciones de opinión no correspondían exactamente al sentimiento general de la ciudadanía y que los periódicos llegaban a una franja bastante reducida de la población, en las páginas informativas el rigor periodístico exigía una reproducción más o menos fiel de las declaraciones de los dirigentes políticos y sociales.

Sin embargo, el recurso a la prensa escrita como principal canal de acceso a las fuentes primarias plantea un problema, relacionado con el inevitable carácter fragmentario de las citas en la prensa. De un debate de varias horas en el Parlamento sobre, pongamos por caso, el convenio de justicia militar con Estados Unidos, negociado en 2003 y 2004, la noticia periodística cita un porcentaje mínimo de los intercambios verbales. Sin embargo, no olvidemos que cualquier otro medio comportaría esa misma limitación o, en el caso de la televisión, reduciría todavía más el volumen de citas.

Aún relativo a la prensa escrita, disponemos de un segundo tipo de material, que proviene de artículos de opinión de figuras del MAS o de intelectuales que, sin militar en el movimiento político, representaban su corriente de pensamiento político. La mayoría de esos artículos se imprimió en las páginas del *Juguete Rabioso*, un semanario cuyo director, Walter Chávez, fue jefe de campaña de Evo Morales en la presidencial de 2005. Parece excesivo afirmar que el *Juguete Rabioso* era la publicación oficial del partido, pero sí es cierto que existía un alto grado de correspondencia entre la línea editorial del periódico y las orientaciones ideológicas y estratégicas del MAS, o al menos de ciertos sectores en su seno.

Las fuentes escritas empleadas no se agotan en los registros periodísticos. Disponemos, por

ejemplo, de un considerable número de conclusiones de ampliados campesinos del departamento de Cochabamba y en especial de los cocaleros del Trópico, localizados en las instalaciones de Chajra Runaj Masis en Cochabamba. Estos cuadernos constituyen una valiosa base para la exploración de las posiciones de los sindicatos orgánicos del MAS.

Por desgracia, parte de los demás soportes escritos se caracterizan por su carácter lacunario, incluyendo los documentos oficiales. Así, en el Archivo de la Vicepresidencia, ubicado en el edificio de la Asamblea Plurinacional, los tomos de los Redactores de las sesiones de la Cámara de Diputados realizadas entre 1997 y 2005 padecen muchas omisiones temporales, algunas de ellas de varios meses. Consultados sobre las causas de tal irregularidad, los funcionarios del archivo admitieron desconocer la respuesta. ¿No se publicaron esos tomos? ¿se perdieron? ¿fueron hurtados o prestados oficiosamente? Imposible saberlo. Sea como fuere, el análisis del sector parlamentario del MAS se vio debilitado debido a estas lagunas.

Lo mismo sucedió con otras de las fuentes cuyo acceso habíamos dado por sentado: los archivos de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSTUCB), fundada en 1979. Las pésimas relaciones entre las sucesivas direcciones provocaron la destrucción o el desaparecimiento de cantidades significativas de material documental. Así, en 2011, no quedaba en la sede paceña de la CSUTCB ningún documento doctrinario emitido en el lapso de tiempo que nos concierne. La gravedad de la situación queda atenuada por la distancia que la CSUTCB, liderada por Felipe Quispe, manifestó con relación al MAS hasta 2003, cuando el MAS logró conquistar el control parcial de la central sindical a través de Román Loayza, aliado de Evo Morales.

La principal desilusión en lo que toca a publicaciones fue la imposibilidad de localizar el periódico *Soberanía*, publicado en el Trópico de Cochabamba por las federaciones de productores de coca. Sin embargo, no descartamos la existencia de un archivo –total o parcial– en otras sedes sindicales o en manos particulares. Esperemos que una futura investigación pueda situar dicho material e incluirlo entre sus fuentes.

Ante los condicionantes físicos para las tareas de recolección de datos, urgió tomar una decisión sobre cual sería la selección documental que mejor serviría nuestros propósitos. Las limitaciones temporales obligaron al establecimiento de prioridades, lo que acabó conllevando efectos positivos en términos de coherencia y pertinencia del corpus recogido. Nos centramos, así, en cinco fuentes que constituyen el núcleo de nuestra investigación.

La primera gran fuente de producción textual fue localizada en la productora Chajra Runaj Masis de Cochabamba, una asociación dedicada a las actividades del campesinado cochabambino. Su cobertura de las reuniones sindicales desde los años 90 se desdobló a partir de la fundación del instrumento político, y en sus instalaciones encontramos tanto documentos elaborados por las diversas ramas del sindicalismo campesino como vídeos o grabaciones de eventos del MAS.

En el primer grupo, destacan decenas de conclusiones de ampliados o congresos de organizaciones campesinas y del propio MAS departamental (la más importante rama a nivel nacional), desde 1993 hasta mediados de los años 2000. Están representadas organizaciones como la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba (FSUTCC), la Federación Campesina de Mujeres del Trópico (FECAMTROP), la Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia “Bartolina Sisa” (FNMCB-BS, uno de los apoyos indefectibles del MAS, actualmente Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia “Bartolina Sisa”) o la Coordinadora de Mujeres de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba (COCAMTROP). Sus archivos también incluyen decenas de congresos de los subniveles del sindicalismo cochabambino, como las centrales regiones y provinciales, que nos permiten acercarnos al pensamiento de las bases.

Además, tuvimos acceso a algunas publicaciones relativas a mesas redondas o seminarios en los cuales participaron miembros del partido o de sindicatos agrarios, como fue el caso del panel “Hacia la unidad del movimiento indígena-originario-campesino”. Organizado por el Centro de Desarrollo Integral de la Mujer Aymara en septiembre de 2001, el encuentro contó con las intervenciones de Silvia Lazarte (ejecutiva de las Bartolinas), Felipe Quispe (CSUTCB), Jaime Apaza (CONAMAQ), Nivardo Rivera (Colonizadores) y Evo Morales, con comentarios de Álvaro García Linera. Este tipo de fuentes adquiere un valor añadido por permitirnos escuchar a los protagonistas en un contexto infrecuente, fuera del ámbito sindical o partidario y ante destinatarios de otra índole.

En el archivo audiovisual de dicha productora hallamos también grabaciones en vídeo de varios actos de campaña del MAS en su versión integral, casi completa o fragmentaria, así como películas documentales sobre Evo Morales, el instrumento político o los años de agitación popular. Estos registros, inéditos o de escasa distribución, poseían contenidos pertinentes que añadimos al corpus documental o a las fuentes secundarias. Aunque el número de mítines de campaña sea reducido si comparado con los registros de periódicos y actas de asambleas sindicales, la duración y ausencia de interrupciones en las intervenciones posibilitan un análisis más minucioso que el carácter fragmentario de los recortes de prensa, garantizando así un examen detallado del encadenamiento de los marcos y sus relaciones recíprocas.

La segunda tipología de fuentes proviene de los documentos oficiales del instrumento político, como actas de congresos, programas de gobierno y declaraciones de principios. Para los años de la ASP, anteriores a 1999, dichos documentos fueron ubicados en los archivos de Chajra Runaj Masis. Tras la fundación oficial del MAS-IPSP, la mayoría del material se encuentra disponible en el expediente del partido en el Tribunal Supremo Electoral (TSE), sito en La Paz.

El ciclo de movilización popular iniciado en el año 2000 y la creciente visibilidad mediática de los sindicatos cocaleros y del MAS nos condujo a adaptar las fuentes para el período en cuestión. Así, procedemos a consultar todos los números del diario *La Razón* publicadas entre enero de 2000 y 18

de diciembre de 2005 y a extraer todas las citas de elementos oriundos del MAS o relacionados con él. Este procedimiento permitió reconstituir la historia pública del movimiento e integrar su comportamiento en un contexto social y político más general. La elección de *La Razón* en detrimento de otras publicaciones similares se basó en dos criterios: primero, la relativa calidad y extensión de su cobertura política cuando comparada con otros medios impresos (*La Prensa* y *El Diario*, por ejemplo) y, segundo, su vocación de periódico nacional (al contrario del regionalismo de *El Deber* de Santa Cruz y *Los Tiempos* de Cochabamba).

Consideramos, sin embargo, que la tensión entre lo nacional y lo regional, que marcó la evolución del MAS a lo largo de su primer decenio de existencia, no estaría debidamente representada con la utilización exclusiva de *La Razón*. Para paliar esa dificultad, decidimos añadir también el principal diario del departamento cochabambino, el ya citado *Los Tiempos*, pero evitando redundancias que en nada contribuirían a la calidad del corpus documental. Así, se consultaron los ejemplares de *Los Tiempos* editados durante las precampañas y campañas electorales de 2002 y 2005, momentos de auge de la producción discursiva de todos los actores políticos. Un total de seis meses de ejemplares diarios, que proporcionaron una cobertura casi diaria de los actos de campaña del MAS en la capital departamental y en las zonas rurales. Su valor es considerable, sobre todo los fragmentos relativos a abril, mayo y junio de 2002, cuando el MAS todavía no había alcanzado la relevancia nacional que los resultados de ese año le iban a otorgar.

Ambos periódicos suministran información sobre las dimensiones partidaria, parlamentaria y sindical del MAS, aunque con matices: mientras *La Razón*, por su proximidad física con los órganos de soberanía, privilegia los dos primeros rubros, *Los Tiempos* se fija más en las actividades sindicales de los productores de coca y demás campesinos de la región, así como en los actos de campaña del MAS en el departamento.

El cuarto elemento determinante para el éxito de nuestra investigación estuvo constituido por el archivo radiofónico de Radio Soberanía, la radio de los sindicatos de la Federación del Trópico, una de las seis representadas en la Coordinadora del Trópico de Cochabamba. A pesar de las precarias condiciones de conservación de las cintas, las cerca de cuatro horas y media de grabaciones proporcionan una amplia variedad de declaraciones, no tanto por su protagonista (ya que en casi todas ellas el orador es Evo Morales), sino por la diversidad de contextos, donde se incluyen entrevistas realizadas en radios nacionales, discursos en ampliados cocaleros o en actos de campaña, la mayoría de ellos en el departamento de Cochabamba y realizados entre 2003 y 2005.

Tras constatar un cierto desequilibrio en detrimento de la dimensión parlamentaria del MAS, decidimos compensarla recurriendo a los Redactores de la Cámara de Diputados disponibles en la Biblioteca de la Asamblea Legislativa Plurinacional. Gracias a la transcripción oficial pretendíamos contar con la totalidad de las intervenciones y no sólo con sus momentos más significativos,

consignados en los periódicos.

Los resultados fueron medianamente satisfactorios, por dos motivos: el primero, la ya mencionada discontinuidad cronológica de los volúmenes disponibles, que dificultó trazar una evolución no tanto de las posiciones de los parlamentarios masistas –puesto que estas quedaron registradas en los diarios– sino de su argumentario y, por ende, de sus inclinaciones ideológicas y del enmarcamiento adoptado sobre las varias temáticas abordadas en la Cámara. El segundo se refiere a la extensión, aridez y carácter repetitivo de gran parte de los debates y de las intervenciones de los diputados del MAS, lo que en comparación con otro tipo de fuentes acarreó una desproporción entre el tiempo invertido en su recolección y su utilidad para el análisis de marcos. A pesar de estas limitaciones, los registros de los debates parlamentarios se revelaron provechosos para corroborar o descartar ciertas ideas sugeridas por las restantes fuentes, sobre todo en los primeros años de la legislatura 1997-2002.

Además de las cinco fuentes principales que acabamos de nombrar, encontramos una serie de películas documentales que, más allá de su valor como fuentes secundarias, nos ofrecen múltiples fragmentos de discurso pronunciados directamente por miembros del movimiento político. Además, sus imágenes permiten observar elementos visuales –pancartas, banderas, objetos simbólicos, etc.– que complementan y dan un sentido adicional a los fragmentos textuales. No es lo mismo hablar de soberanía con la bandera tricolor o con la wiphala como telón de fondo, con un casco de minero en la cabeza o un collar de hojas de coca al cuello. Como afirmábamos en el capítulo inicial, la puesta en escena también influye en la significación del discurso.

Para facilitar la lectura, optamos por identificar a las fuentes a través de un código alfanumérico, y las integramos en el índice de abreviaturas. Por ejemplo, de acuerdo con esta codificación, LT120602 remite al periódico *Los Tiempos* de 12 de junio de 2002. En ciertos fragmentos, la fecha exacta no pudo ser determinada, por lo que el código indicará el mes y el año seguido precedido de dos asteriscos. Así, el código RS**1005 remite a una grabación de Radio Soberanía del mes de octubre de 2005. En el caso de que se quiera especificar la página, esta estará separada de la fecha por un guión. Así, el código RCD240398-103 corresponde a una cita del Redactor del Congreso de Diputados de 24 de marzo de 1998 en la página 103.

La casi totalidad de los documentos utilizados ha sido colocada a disposición del lector en un anexo electrónico de libre acceso en la red. Los archivos se encuentran en su respectiva carpeta y organizados por orden cronológico. Para más informaciones, véase el apartado dedicado a las fuentes en las últimas páginas de este volumen.

Por último, unas palabras sobre las fuentes secundarias y su doble rol como suministrador documental y apoyo interpretativo. Por un lado, varias de las obras consultadas nos proporcionaron un abanico de intervenciones que integraremos a nuestro estudio. Se trata de entrevistas conseguidas

en primera mano por los autores, como Komadina y Geffroy³⁷⁹, a dirigentes políticos y sociales de primer orden; de conversaciones casi informales con sindicalistas cocaleros cercanos a la base, como en Harten³⁸⁰; o de fragmentos de intervenciones en ampliados sindicales o congresos partidarios³⁸¹. La principal objeción que podemos señalar en este tipo de registros es su fecha de producción. Aunque buena parte de las declaraciones se refiere a hechos sucedidos en el período anterior a la victoria presidencial y legislativa del MAS, casi todas datan de después de ese triunfo. Se trata así, en la mayoría de los casos, de opiniones *a posteriori* sobre sucesos pasados y con un contexto social y político muy cambiado.

Nos enfrentamos así a un problema al que ya hicimos referencia y que también afecta a los argumentos adoptados por los autores de los citados estudios: la anteposición de la problemática indígena a otros posibles enfoques explicativos de la emergencia del MAS. La consecuencia ha sido que un acercamiento científico etnocéntrico –esto es, que parte del principio de que el principal factor detrás de la movilización sociopolítica fue la etnicidad– tenderá siempre a atribuir más resonancia a las posiciones de cariz étnico que a las cuestiones de orden económico o institucional, o al menos a subordinar estas a las primeras. Por ejemplo, apenas hay textos sobre el ascenso del MAS que no hagan mención de los célebres “500 años de resistencia”, fórmula creada en el momento de las conmemoraciones de 1992. Sin embargo, en el historial discursivo de los principales dirigentes del instrumento político, esta referencia no sólo es tardía sino que fue relativamente poco utilizada hasta la victoria electoral de 2005.

Aquí emerge un problema recurrente en la historiografía: cuando el presente destiñe sobre el pasado. En efecto, creemos que las orientaciones estratégicas de los primeros años del instrumento político han sido retrospectivamente desplazadas por la centralidad de la discusión en torno al modelo de Estado plurinacional que ha ocupado la agenda política desde la elección de Evo Morales³⁸². El resultado fue que el interés generado por la vertiente étnico-cultural del proyecto estatal del MAS provocó una sobrevaloración de sus antecedentes en el período en cuestión.

4.5 – Tratamiento de los datos y elaboración de los marcos políticos

³⁷⁹ KOMADINA, Jorge y GEFROY, Céline, *op.cit.*

³⁸⁰ HARTEN, Sven, *op.cit.*

³⁸¹ STEFANONI, Pablo: *El nacionalismo indígena como identidad política (...)*

³⁸² El propio Ramón Máiz en su artículo cita varias veces al Evo Morales ya presidente para caracterizar al MAS en el período anterior a diciembre de 2005.

4.5.1 – Clasificación de los fragmentos textuales

El carácter inédito de nuestra empresa –localizar, clasificar y acompañar la evolución de los marcos de referencia políticos del Movimiento Al Socialismo desde 1995 a diciembre de 2005– planteó algunos problemas metodológicos respecto a la organización y tratamiento de los datos recolectados sobre el terreno. La inexistencia de antecedentes en la materia nos condujo a establecer unos métodos forzosamente innovadores, aunque basados en algunos trabajos con rasgos semejantes y en artículos teóricos oriundos de la sociología de la acción colectiva o de la comunicación política y mediática. Sin embargo, estos estudios carecían de comprobantes empíricos en el campo de la ciencia política, para más inri aplicado a un ámbito temporal tan extenso.

La primera pregunta que había que plantear antes de penetrar en el océano de los datos era en apariencia muy sencilla y trivial: ¿dónde están los marcos? En línea con lo que expusimos en el primer capítulo, la primera etapa para un análisis de marcos aplicado al discurso político consiste en la conceptualización de categorías empíricamente operativas³⁸³. En otras palabras, se trata de definir qué estamos buscando en el corpus documental, partiendo del principio de que los marcos de referencia no sobresalen a primera vista de un fragmento, sino que *emergen* como resultado final de una lectura detallada, prolongada y holística de un conjunto de textos.

Decidimos centrar nuestra atención sobre las dimensiones temática, léxica y semántica. El plan consistió en ir identificando, catalogando y explorando cada fragmento en dos direcciones aparentemente contradictorias: de lo más lato –el tema– a lo más minucioso –la selección de vocabulario y el significado de sus componentes– para luego poder partir de lo particular y usarlo como hito para establecer un mapa de las redes cognitivas que conforman los marcos de referencia. Dicho de otra manera, bajar al pormenor permitió integrar la información disponible en cada documento en un panorama conceptualmente y cronológicamente abarcador y, a través de la conjunción evolutiva de las tres dimensiones, empezar a extraer las huellas de los marcos y los mecanismos por los cuales se expresan. Saber de qué se habla, con qué palabras lo hacen los actores y lo que va cambiando en la connotación de los vocablos utilizados nos pareció la vía más accesible –y a la vez la más veraz, por su proximidad con las fuentes– para llevar a cabo la tarea que nos propusimos.

No resultó tampoco sencillo definir la unidad de base para el análisis textual que antecede al de marcos, en particular debido a la diversidad en la naturaleza de las fuentes. Pese a la intención de privilegiar una perspectiva holística, había que establecer un punto de partida uniforme para la

³⁸³ PAN, Zhongdang y KOSICKI, Gerald: “Framing Analysis: An Approach to News Discourse”, *Political Communication*, vol.10, nº1, 1993, pp.55-75

clasificación de los documentos. En los fragmentos periodísticos la decisión parecía sencilla, por la brevedad de la mayoría de los enunciados. Pero ¿qué hacer con las entrevistas en la prensa? ¿Tratar cada respuesta como una unidad en sí misma, o reservar ese calificativo para la entrevista considerada en su totalidad? La duda se planteaba con aún mayor pertinencia para los archivos en formato audiovisual, los artículos de opinión en los periódicos o las intervenciones parlamentarias. La opción retenida consistió en considerar la situación de producción del fragmento como el principal criterio para definir la unidad básica de análisis, y no su duración o contenido. En la práctica, esta decisión implicó tratar la integralidad de cada documento como una unidad propia, antes de relacionarla con los demás fragmentos.

La decisión se explica por el siguiente argumento: los marcos políticos suelen sobresalir con mayor claridad en el encadenamiento de ideas y propuestas que en la declaración aislada o el comentario lapidario, pese a la importancia en términos de enmarcamiento que pueden tener eslóganes y fórmulas de choque. Por este motivo, nos pareció contraproducente trocear intervenciones extensas y articuladas a cambio de una supuesta mayor precisión en el análisis de cada frase, párrafo o tema de un fragmento.

Además, el contenido de los marcos adoptados y propagados en cada documento necesita ser analizado teniendo en consideración el contexto específico de su producción: las categorías de espectadores, el contrincante que se tiene delante, lo que ha sido dicho y lo que se dirá, todo ello ilumina cada frase proferida y cada término empleado. Así, un comentario de algunas líneas del diputado Iván Morales en *Los Tiempos* ha sido equiparado, a efectos estrictamente metodológicos, a un debate televisivo de noventa minutos de Álvaro García Linera a finales de 2005. No obstante, como es fácil de adivinar, su utilidad para la identificación de los marcos del instrumento político acabó siendo muy distinta. Por supuesto, una oración del futuro vicepresidente en la televisión adquiere más complejidad y relevancia por el hecho de situarse en medio de una floresta de otros razonamientos con los cuales establece puentes y analogías³⁸⁴.

La segunda cuestión central consistió en saber cómo ordenar los fragmentos a medida que se consultaban. Conscientes de que el método influiría de manera decisiva en los resultados, decidimos con precaución emplear una primera clasificación que permitiese un mínimo de estructuración de los hallazgos durante el análisis textual pero sin cerrar la puerta a la flexibilidad en la futura caracterización de los marcos. Aplicando dicha premisa a las tres dimensiones operativas que describimos arriba, este objetivo se tradujo en un sistema manual de localización y organización del contenido de los fragmentos documentales en tres columnas temáticas generales, que desde un

³⁸⁴ Cabe señalar que este principio de unicidad de cada documento no invalida su descomposición en divisiones más pequeñas en el momento de su análisis textual de tipo temático, léxico y semántico, sino que exige regresar a un nivel de conjunto cuando llegue el momento de determinar su función enmarcadora.

momento muy temprano resaltaron como las tres principales preocupaciones políticas del MAS. Esas secciones temáticas fueron por nosotros denominadas “sistema político”, “modelo económico” e “influencia extranjera”. En la primera, se incluyeron materias como la corrupción política y empresarial, las debilidades de los sistemas político y electoral (pactos, primacía del Ejecutivo ante el poder legislativo, omnipotencia de las cúpulas dirigentes, etc.), la distancia entre la ciudadanía y sus representantes y las deficiencias institucionales en varias esferas (funcionamiento interno del Congreso e independencia del poder judicial, entre otros).

La segunda sección temática concernía al modelo económico de libre mercado adoptado, con mayor o menor convicción, por todos los regidores del Estado boliviano desde 1985 hasta 2003. Abarcó tanto materias económicas como sociales. Las primeras englobaron declaraciones acerca de la apertura a los mercados internacionales de bienes y capitales, el crecimiento económico, las privatizaciones, la desregulación laboral, el modelo productivo y las infraestructuras, entre otras. En el campo social, encontramos temas como la pobreza y la desigualdad, los subsidios estatales, la protección social y los servicios públicos, etc..

La tercera columna se reservó a otra de las temáticas recurrentes en el discurso del MAS y de su entorno, las presuntas interferencias extranjeras en los asuntos internos bolivianos. Sus críticas iban dirigidas a dos tipos de actores: en primer lugar, las instituciones financieras internacionales, especialmente el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). En segundo lugar, la influencia de las empresas multinacionales pero sobre todo de Estados Unidos sobre el Ejecutivo boliviano, a través de su embajada.

Todos los fragmentos relacionados de manera directa o indirecta con estos temas fueron inscritos en su respectiva columna, con indicación de emisor, fecha y contexto en que ocurrió su producción. Parte de los datos fue incluida en dos o más columnas, debido a su naturaleza transversal, con una indicación que remitía a su doble pertenencia temática. En este caso se encuentran, por ejemplo, la intersección entre pobreza y discriminación étnica; la influencia de los organismos financieros internacionales en la implementación de las pautas económicas neoliberales; o aun la connivencia entre dirigentes políticos y empresarios. Algunas materias fueron alternando su ubicación, como en el caso de la militarización del Chapare, a caballo entre la sección sobre la influencia externa (puesto que los militares estadounidenses coordinaban a las fuerzas nacionales) y el modelo económico (la militarización vista como medio para lograr la erradicación de la hoja de coca excedentaria).

De todos los asuntos, el más difícil de calificar fue precisamente la coca, en todas sus declinaciones: desde la producción al consumo, pasando por la comercialización, la penalización, la erradicación o su valor cultural. En la coca se imbricaban a la vez muchas de las materias a las que antes hicimos referencia: la influencia de la “guerra contra las drogas” norteamericana en los programas de reducción de cultivos del Estado boliviano; su papel indispensable para la subsistencia

de los campesinos del Trópico, empobrecidos por el fin de los subsidios agrícolas y las consecuencias del libre mercado; la imposición de un modelo de desarrollo que no tenía en cuenta las necesidades económicas específicas de vastas regiones del país; o aun la represión de las autoridades sobre los productores de hoja de coca. Por consiguiente, las discusiones en torno a la coca fueron siendo colocadas en distintas columnas, por lo general en las referentes al modelo económico y a la influencia extranjera.

La hoja de coca también guarda relación con un tema que dejamos para el final: las reivindicaciones de cariz étnico y la revalorización de las culturas indígenas-originarias. Antes de que empezara el proceso de clasificación, suponíamos que el enfrentamiento entre el Estado y los sindicatos cocaleros reflejaba concepciones distintas en lo concerniente al papel de las culturas autóctonas en la vida del país. Por este motivo, habíamos reservado una cuarta columna para la cuestión indígena, que además esperábamos que contaminase a las demás categorías temáticas, resaltando la exclusión política de las capas indígenas de la población, las desigualdades económicas entre indígenas y no indígenas o la adopción de un modelo de desarrollo de inspiración occidental.

Con todo, tempranamente observamos que la cuarta columna no se rellenaba con frecuencia, y decidimos incorporar en ella otros términos que sí surgían con regularidad en el discurso masista. Uno de ellos es “pueblo”, como destinatario o sujeto de las frases. Así, más que una sección temática, la cuarta columna se convirtió en receptáculo conceptual, donde convivían términos vinculados entre sí como eran “pueblos indígenas y originarios”, “pueblo” y “movimientos sociales”. Cada utilización de estas tres nociones se encontraba por lo general relacionada con una de las tres áreas temáticas. Esa asociación entre los tres conceptos supracitados y los temas político, socioeconómico y diplomático también fue quedando registrada gracias a dobles (y a veces triples) remisiones manuscritas.

En simultáneo con la inscripción de los fragmentos textuales en la división temática correspondiente, procedimos a subrayar aquellas ideas, expresiones y vocablos que sobresalían como el fundamento del mensaje expresado y que acabarían traduciendo, por su reiteración y centralidad discursiva, las premisas ideológicas del partido-movimiento que constituye nuestro objeto de estudio. La caracterización ideológica del MAS y la cercanía entre ideología y marcos de referencia nos proporcionaron dos puertas de entrada al campo de los marcos políticos: una desde las raíces ideológicas, que alimentan la evolución de los marcos y el éxito de las operaciones de enmarcamiento; otra proveniente de la adaptación de los actores a un contexto cambiante y a la imprevisibilidad de los acontecimientos sociales, dos dimensiones que intentamos describir en capítulos anteriores. La realidad de los marcos en un determinado momento se encuentra en ese punto intermedio entre la relativa solidez de los cementos ideológicos y la presión de los hechos cotidianos. El material documental utilizado, debido a su naturaleza reactiva pero al mismo tiempo política y doctrinaria,

posibilitó acercarnos a ese punto intermedio.

En ciertos casos, los vocablos subrayados fueron una invectiva, como los “vendepatrias” y “corruptos” aplicados a la clase política. Otras veces, se perfilaban operaciones de enmarcamiento o indicios de la construcción de un marco de pronóstico o diagnóstico. La mayoría de los casos, sin embargo, correspondió a referencias programáticas o ideológicas, cuya integración a hipotéticos marcos políticos necesitó una perspectiva a largo plazo y el acompañamiento de su evolución semántica en articulación con otros elementos del lenguaje.

De forma paralela, cada intervención fue evaluada de acuerdo con dos parámetros: su grado estimado de representatividad y su impacto mediático. La escala cualitativa de estos dos factores se estableció a partir de la contextualización interna y externa que realizamos en los capítulos anteriores. Por ejemplo, una declaración en la puerta del Parlamento del senador Filemón Escóbar a finales de 2003 y delante de los periodistas, aunque obtenga un alto nivel de difusión, resulta de baja representatividad, por la reducida influencia de la corriente obrerista de Escóbar y su desfase personal con la línea del partido, que culminó con su expulsión del mismo a mediados del 2004. Lo contrario también sucede en otros documentos: si es cierto que un artículo de García Linera en *El Jugete Rabioso* alcanzaba a una audiencia relativamente reducida, la proximidad de su autor con Evo Morales le atribuye una representatividad añadida. Lo mismo sucede con las conclusiones de algunos congresos campesinos y partidarios.

A lo largo de esta primera etapa de tratamiento documental, tuvimos siempre claro que la clasificación temática de los fragmentos no nos proporcionaría respuestas inmediatas sobre los marcos políticos concebidos por el MAS y sus respectivos procesos de enmarcamiento. Una vez más, conviene reiterar la idea de que los temas *no son* los marcos: los primeros definen de *qué* se habla, los segundos influyen en *cómo* los temas son tratados, proponiendo una interpretación específica. Lo que sí sucede a menudo es que, con el paso del tiempo, el mismo marco queda asociado a una determinada temática. Por eso a veces basta con la mención temática para activar el marco político adscrito: tal fenómeno, sin embargo, implica un insistente y victorioso trabajo previo de enmarcamiento y constituye un ejemplo raro de la capacidad metonímica del enmarcamiento llevada a su punto culminante.

Tampoco el enfoque de determinada toma de posición política corresponde a un determinado marco de referencia, aunque pueda existir algún grado de correspondencia y a pesar de que la adopción de un enfoque implique con frecuencia la transmisión simultánea de un marco. Recordemos que los marcos traducen las orientaciones cognitivas de los dirigentes y militantes políticos, implican una propuesta implícita de diagnóstico y pronóstico y promueven una concienciación en el espectador

que lo motive hacia la acción contestataria, sea esta de tipo social, político o electoral³⁸⁵. Acercarse a un tema desde un ángulo específico no conlleva necesariamente la transmisión de las representaciones simbólicas y los discursos culturales del emisor, ni mucho menos promover la posibilidad de una transformación. Puede incluso suceder que un enfoque contrario a un determinado marco acabe contribuyendo a la difusión de ese marco opositor: todo depende de los conceptos empleados y de los puntos de partida implícitos que el enfoque adopte en su explicación. Hay ocasiones en que nuestros enunciados involuntariamente comparten significados con los cuales no nos identificamos pero que acaban estructurando la base misma de nuestros razonamientos³⁸⁶.

Por último, quedaba la cuestión de cómo captar la evolución de los marcos. En este sentido, estaremos particularmente atentos a las variaciones semánticas. A lo largo del decenio de que nos ocupamos, los temas básicos más o menos se mantuvieron, el vocabulario sufrió algunas modificaciones, pero fue el significado de los términos utilizados lo que más evolucionó. Términos como “pueblo”, “neoliberalismo” o la misma “coca” presentaban cargas semánticas diferentes en la boca del Evo Morales recién elegido el 18 de diciembre de 2005 que poco después de la fundación del instrumento político, en 1995. Los matices de esas transformaciones constituyen indicios de los cambios sufridos por los marcos políticos durante ese lapso de tiempo.

Tras la selección del material documental y su posterior ordenamiento, tratamos de evaluar la eficacia de las divisiones temáticas iniciales y la forma más adecuada de sacar provecho de las referencias léxicas y mutaciones semánticas señaladas. Con relación a las secciones temáticas, concluimos que la división cuatripartita era la más indicada a lo largo del decenio en cuestión y que no necesitaba una revisión radical. Los tres temas generales indicados arriba mantuvieron su centralidad en las preocupaciones del MAS y fue a su alrededor que se establecieron las propuestas interpretativas y los llamamientos a la acción contenidos en los marcos de referencia.

Proporcionemos un ejemplo concreto, para evitar vaguedades teóricas: dentro del tema político-institucional, la constante denuncia por parte del MAS de la corrupción de los gobernantes y de los privilegios de los parlamentarios y su propuesta de refundación del sistema político abría la posibilidad de alinear sus marcos propios con los individuos y organizaciones desconectados o todavía no convencidos. Pensemos en dos casos de extensión de marcos: a aquellas organizaciones

³⁸⁵ Contrariamente a la teoría de los marcos asentada en la sociología de los movimientos sociales y de la acción colectiva, consideramos que la dimensión motivadora de un marco de referencia político puede buscar tanto la participación en la acción conjunta –marchas, bloqueos, mítines, etc.– como la transformación de actitudes personales de carácter cívico (el voto, desde luego, pero también la sindicalización, la adhesión a huelgas o la lectura de la prensa, por ejemplo) e incluso de comportamientos privados pero con carga política (pensamos en el rechazo a estrechar la mano de un candidato opositor o declinar hacer negocios con un determinado partido).

³⁸⁶ Un ejemplo bastante claro para entender esta idea consiste en la aceptación de los términos definidos por el adversario, un tema desarrollado por George Lakoff en su obra de divulgación *No pienses en un elefante*. En Europa, encontramos casos similares, como la inadvertida utilización por dirigentes de izquierda de expresiones que minan la validez de sus propios planteamientos ideológicos, como el uso de la fórmula “cargas sociales” de las empresas en vez de la más neutra “cotizaciones sociales”.

territoriales de base, creadas por la Ley de Participación Popular, ninguneadas por los alcaldes locales afiliados a los partidos tradicionales. O a los sindicatos y *ayllus* de regiones remotas del Occidente, desprovistas de infraestructuras mientras los diputados se repartían incontrolables gastos reservados y pensiones de ensueño. El gradual acercamiento entre el MAS y muchos de sus aliados en el terreno organizativo —una de los factores del crecimiento electoral del partido— no podría haberse verificado sin la penetración de las narrativas históricas y sociopolíticas del MAS en el corazón mismo de las representaciones simbólicas de los movimientos populares: una alianza política de largo aliento suele implicar significados compartidos por ambas partes sobre la realidad en que ambos se mueven.

En cuanto al tratamiento de las opciones léxicas y de las variaciones semánticas, concluimos que por su número y naturaleza merecían acercamientos distintos. En el primer caso, relativo al vocabulario, optamos por un enfoque de tendencia cuantitativa, pero atentos al hecho de que la cantidad no siempre traduce los atributos de los marcos. Con frecuencia, los marcos de referencia residen en los intersticios del vocabulario, en lo que queda implícito en una frase y todo el mundo sabe y por eso no hace falta nombrar. De ahí se explica la necesidad por parte del actor político de captar el ambiente cultural y la cultura política dominantes en la sociedad y sus distintas capas, lo que podríamos llamar sus estados de ánimo.

Por eso, hay que matizar los resultados de un examen puramente cuantitativo. Cada término debe ser valorado en su contexto, tanto por su posición en el propio discurso como en el *Zeitgeist* de la sociedad boliviana. En la práctica, lo que se hizo fue partir de las menciones individuales e ir configurando campos léxicos, basados en su frecuencia y su posicionamiento relativo. Por ejemplo, conforme se sucedían las protestas sociales y evolucionaba el emplazamiento del MAS en la arena sociopolítica, la frecuente repetición de la expresión “modelo económico” fue abandonando su estricta relación con el neoliberalismo y los programas de erradicación y empezó a vincularse cada vez más con otras palabras, como “recursos naturales”, que también vieron su utilización aumentar.

Esta tendencia revela algo obvio, a saber, que el instrumento político de los campesinos de Cochabamba fue incorporando otras demandas de interés a las reivindicaciones sobre la hoja de coca. Pero también ayuda a comprender —y aquí resalta el papel de los marcos políticos y la utilidad de su identificación— de qué manera los nuevos puntos se fueron conjugando en un mensaje coherente, al menos suficientemente coherente para que el electorado haya favorecido al MAS con su voto en las urnas.

Ante esto, la exploración de los matices de los significados aparece como el natural y necesario complemento de un inventario léxico. De hecho, la elaboración de los árboles de vocabulario que acabamos de referir necesita un cierto nivel de sensibilidad semántica. Lo contrario también es cierto: el significado de los términos varía conforme el contexto en que son empleados y las palabras vecinas en el texto. Sin embargo, la indagación semántica tampoco es categórica: ¿cuando Álvaro García

Linera afirmaba, en la campaña electoral de 2005, querer cambiar “el modelo económico actual por uno productivo, social y comunitario”³⁸⁷, qué contenía exactamente cada uno de estos tres adjetivos? Por este motivo, el seguimiento del conjunto de los significados en la producción discursiva del MAS se nos figuró una tarea tan imposible como extenuante.

Decidimos así centrar nuestra atención en una serie de conceptos-clave que marcaron la historia del partido desde su fundación hasta diciembre de 2005, fecha límite del presente estudio. Los presentaremos a medida que vayamos penetrando en la floresta textual que constituye el material documental, pero algunas nociones son obvias, como por ejemplo “pueblo”, “soberanía”, “indígena” y “originario”, “coca”, “democracia”, “imperialismo” o “recursos naturales”. Esta tarea es eminentemente cualitativa y por consiguiente la más sujeta a errores de interpretación. En cambio, su ventaja estriba en que el desplazamiento de sentidos con el paso del tiempo proporciona un acceso privilegiado a la evolución cronológica de los marcos políticos.

4.5.2 – Del texto a los marcos políticos

Queda entonces por presentar la metodología para la última etapa, acaso la más arriesgada. La cuestión fundamental consiste en determinar cómo se pasa del contenido documental a la detección y caracterización de los marcos políticos y de sus múltiples facetas. Asociados a esta pregunta capital existen otros interrogantes relacionados: ¿Cómo distinguirlos entre sí? ¿Cómo relacionarlos con el ciclo de protestas que se inició en Bolivia en el año 2000? ¿Qué peso relativo hay que dar a los marcos políticos en sí y a las operaciones de enmarcamiento, donde los marcos se accionan, entran en contacto con distintos estratos del público y dialogan con la sociedad civil y los adversarios políticos? ¿Y, por último, cómo presentarlos de una manera a la vez fidedigna e inteligible?

Con relación a la primera pregunta (a saber, cómo emergen los marcos a partir de las tres dimensiones de los fragmentos textuales ya referidas), Kuypers propone una respuesta que compartimos en sus líneas generales, a pesar de su enfoque centrado en el enmarcamiento mediático: afirma el investigador norteamericano que “los marcos se alojan en los atributos específicos de la narrativa informativa [y política] que incitan las personas que perciben y reflexionan sobre los acontecimientos a desarrollar una interpretación particular de la realidad”³⁸⁸ y –añadiríamos para la esfera sociológica y política– a empeñarse en actuar sobre ella. Esos atributos pueden ser palabras-clave, metáforas, conceptos, símbolos e imágenes, pero también las denominaciones que los

³⁸⁷ LT081005

³⁸⁸ KUYPERS, Jim: “Framing Analysis”, *op.cit.*, pág.185

productores de discurso atribuyen a personas, organizaciones, ideas o acciones³⁸⁹. Todos ellos revelan una tendencia a la politización de asuntos hasta ese momento naturalizados o mantenidos fuera de la agenda pública y a la difusión de valores alternativos.

Otra tendencia reciente ya abordada por nosotros corresponde a los hilos narrativos contruidos con los elementos anteriores, el *storytelling* político. Como vimos, Francesca Polletta llamó la atención del hecho de que un cierto grado de ambigüedad y de inconsistencia en los marcos puede ser más eficaz que una total coherencia y claridad, invitando al espectador a concluir el razonamiento por su propia cuenta a partir de un formato familiar. Relacionado con esta corriente se encuentra el tema de las emociones, que los expertos en movimientos sociales han explorado de manera cada vez más intensa en los últimos años. Intentaremos aplicar sus observaciones al campo de la sociología política, averiguando si el MAS incluyó en su trabajo de significación una dimensión emocional y de qué forma las reacciones desencadenadas por los distintos tipos de enmarcamiento influyeron en la conducta de los espectadores.

También las ideologías nos pueden ayudar a describir los marcos, puesto que los principios ideológicos infiltran todo discurso político e influyen en el trabajo de atribución de significados. Por un lado, el contenido de un sistema de creencias, por emplear una definición amplia de lo que es una ideología, sirve de recurso cultural para la actividad de enmarcamiento. Con frecuencia, las representaciones que las organizaciones políticas ofrecen de los acontecimientos adquieren una connotación ideológica³⁹⁰. Por ese motivo, será importante tener en cuenta las posiciones ideológicas del MAS a lo largo del período estudiado y el peso relativo de las distintas corrientes en su seno.

Por otro lado, la relación también se verifica en sentido contrario. Puesto que la competición ideológica se materializa en un combate por la definición de determinados conceptos centrales en la cultura política de una sociedad, el enmarcamiento constituye un arma fundamental para imponer una interpretación dominante de esas nociones. Por consiguiente, la producción de significados también funciona como un vehículo de transmisión de componentes ideológicos. En el contexto boliviano, esto implica que la propagación ideológica debe ser considerada como uno de los objetivos de los esfuerzos de enmarcamiento del MAS, un factor de su diseño y una medida de su eficacia.

Destaquemos asimismo la sugerencia de Robert Entman, también oriundo de la teoría de la comunicación. Entman propuso agilizar la detección de marcos a través de un método comparativo

³⁸⁹ Dos ejemplos provenientes del Medio Oriente ilustran la importancia de las denominaciones: durante ambas guerras del Golfo, en 1991 y 2003, el Gobierno y parte de la prensa norteamericana llamó a Saddam Hussein “el dictador iraquí”, formulación que contribuía a legitimar la intervención militar (cf. PAN, Zhongdang y KOSICKI, Gerald: “Framing Analysis: An Approach to News Discourse”, *op.cit.*, pág.62). En cambio, más recientemente, la adopción de la designación “Estado Islámico” por los medios de comunicación occidentales constituyó una victoria discursiva de los islamistas.

³⁹⁰ Sin embargo, existen algunas excepciones a esta regla. Cuando la COB decretó una huelga general a finales de septiembre de 2003, fue acusada por el MAS de “irresponsabilidad”, un concepto que se acerca más a una ideología de “ley y orden” de tipo derechista que a una centrada en la noción de “voluntad popular” y regeneración por las bases.

de análisis: según él, los atributos discursivos que mencionábamos arriba son más fácilmente reconocibles cuando cotejados lado a lado dos o más enunciados sobre la misma temática³⁹¹. Así, no dejaremos de comparar cuando sea necesario el discurso del MAS con el de sus adversarios políticos (sobre todo el MIP y las autoridades estatales). Además, este enfoque comparativo posibilitará detectar las réplicas discursivas del partido a eventuales intentos de contraenmarcamiento por parte de sus adversarios.

La segunda pregunta consiste en saber de qué forma habremos de organizar y distinguir los marcos entre sí y cómo bautizarlos. Sobre este asunto, recogeremos sobre todo las recomendaciones de Hank Johnston en sus dos artículos metodológicos citados en el primer capítulo, así como las correcciones y añadiduras de David Snow, el padre de la disciplina, a sus propios planteamientos iniciales.

Tras haber organizado los datos en categorías temáticas, léxicas y semánticas, procedemos a una jerarquización de los componentes de los marcos. Estos, como estructuras cognitivas, poseen un armazón jerárquico en forma de árbol o pirámide, desde las bases hasta el cumbre³⁹². Nuestra preferencia por un método inductivo, basado en los datos empíricos, nos impulsó a empezar a construir los marcos desde sus ramas menores, identificando distintos niveles a medida que se iban estableciendo vínculos de subordinación entre los temas, términos y significados identificados.

La organización jerárquica de los componentes de los marcos se llevó a cabo según criterios adaptados a partir de la ejemplar investigación de tipo cualitativo realizada por Charlotte Ryan sobre las relaciones de los movimientos sociales con los medios de comunicación³⁹³. Así, buscamos identificar, por un lado, problemas, diagnósticos y pronósticos, invitaciones a la acción política o expresiones de campos de identidad; por otro, los dispositivos de enmarcamiento, el reconocimiento de nuevas oportunidades políticas y culturales, las respuestas a enmarcamientos adversos, la difusión de principios ideológicos, etc.

Proporcionemos un ejemplo de cómo combinar las categorías y los atributos hasta llegar a los rasgos distintivos de los marcos, para que nuestro recorrido hermenéutico sea lo más claro posible. Tomemos una categoría temática, pongamos por caso la influencia externa. En primer lugar, encontramos el conjunto de argumentos que el MAS exponía, de manera denotativa, en sus tomas de posición públicas sobre el tema. Asimismo, comprobamos la existencia de un campo léxico constitutivo de tales argumentos y formado por términos relacionados entre sí, como “sumisión”, “imperialismo”, “independencia” y “soberanía”. De estos, “soberanía” fue el que fue adquiriendo un significado más cargado de connotaciones, muchas de ellas resultantes de su intersección con otras

³⁹¹ ENTMAN, Robert: “Framing U.S. Coverage of International News: Contrasts in Narratives of the KAL and Iran Air Incidents”, *Journal of Communication*, vol.41, n°4, 1991, pp.6-27

³⁹² JOHNSTON, Hank: “Verification and Proof in Frame and Discourse Analysis”, *op.cit.*, pp.64

³⁹³ RYAN, Charlotte, *op.cit.*

secciones temáticas y su participación en otros campos léxicos (por ejemplo, aquel formado por “capitalismo”, “modelo económico”, “transnacionales”, etc., en el tema económico). A la larga, y por efecto de la creciente difusión del discurso masista en el debate público, la utilización del término “soberanía” aplicada a un nuevo acontecimiento contribuía a enmarcarlo bajo una interpretación propicia al MAS.

Pero tanto los marcos en sí mismos como las operaciones de enmarcamiento asoman también por detrás de otros atributos. Es el caso de las denominaciones elegidas por los dirigentes del partido con relación al convenio de inmunidad para los militares americanos (“traición”, “permiso para matar”, “instrumento del neocolonialismo”) y a los préstamos del FMI y del Banco Mundial. De los relatos históricos, recordando el apoyo de Estados Unidos al “banzerato” de los años 70 y a la dictadura, en un momento en que el MAS reclamaba para sí el ideal democrático. De los relatos de la vida cotidiana, vinculando el peligro del día a día de los coccaleros con la intromisión extranjera en los asuntos internos de Bolivia. El uso de imágenes icónicas, como el Che Guevara y su herencia revolucionaria o el socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz y sus medidas en pro de la nacionalización de los hidrocarburos nacionales y la independencia frente a intereses externos. O aun las propias decisiones políticas del partido, como por ejemplo la expulsión de Filemón Escóbar por presuntamente haber recibido dinero para asegurar la aprobación de dicho convenio. Castigado por corrupto, por desleal, por complicidad con el enemigo, la figura del senador excluido del partido tenía la capacidad de simbolizar la intransigencia del MAS respecto a esos vicios mayores del sistema político boliviano.

Asimismo, podríamos referir los comentarios irónicos de Evo Morales sobre la presencia de gran parte de sus adversarios políticos en las celebraciones del 4 de julio en la embajada americana. Al “quejarse” por no haber sido invitado, estaba enviando un mensaje (ambiguo, como en toda ironía) que probablemente influyó más en la interpretación de la audiencia de lo que lo hubiera hecho una embestida directa contra la influencia estadounidense. Sus comentarios reforzaban el contraste entre las identidades de los protagonistas (el propio Evo y el MAS) y antagonistas (el gobierno y los líderes de los partidos tradicionales); identificaban un problema (la subordinación a una entidad extranjera) al tiempo que proponían un comportamiento disconforme; difundían orientaciones ideológicas (antiimperialismo); y enlazaba la problemática de la influencia extranjera con las deficiencias del sistema político. Notemos que algunas figuras de estilo, como la ironía, la metáfora o la metonimia, parecen especialmente talladas para realizar procesos de enmarcamiento. Más adelante, recurriremos a otros ejemplos para comprobar esta suposición.

Abordemos ahora la relación entre el contenido y formas de enmarcamiento del MAS y las incidencias del ciclo de protestas que transcurrió entre 2000 y 2005. Estamos de acuerdo con Martí i Puig cuando subraya que el trabajo de construcción simbólica desarrollado por los dirigentes y los intelectuales orgánicos del partido estuvo asociado en todo momento a una movilización social y

política en las calles y los caminos³⁹⁴. Es decir, el enmarcamiento no se hizo sólo a partir de las tribunas de mítines partidarios, congresos sindicales o sesiones parlamentarias, sino que también se manifestó en las acciones colectivas: el discurso no se limita solamente a las palabras, sino también a las prácticas. El énfasis puesto por la presente investigación en los fragmentos textuales y visuales no implicó subestimar el papel de las iniciativas de movilización política, como demostramos en el capítulo dedicado al ciclo de contestación y a la actuación del instrumento político en ese contexto.

Respecto a la alternativa entre dar la prioridad a los marcos políticos o a las estrategias de enmarcamiento y sus respectivas operaciones, decidimos adoptar una posición intermedia. Como explicamos al comienzo de la investigación, la distancia entre el sustantivo y el verbo –entre marco y enmarcar– desemboca en última instancia en un dilema entre una observación estática y un acercamiento dinámico. Ambos puntos de vista, sin embargo, son tan pertinentes como complementarios: la primera nos informa sobre el contenido y la estructura del marco, permitiéndonos penetrar en la trastienda interpretativa de los miembros del movimiento político y examinar sus señas de identidad colectiva; la segunda revela las relaciones entre el actor político y la sociedad en la cual se inserta, bajo el ángulo de una interacción comunicativa³⁹⁵. Ya lo hemos referido antes: los procesos de enmarcamiento no sólo traducen los marcos políticos de una organización sino que son uno de los vectores de su evolución³⁹⁶. El dilema entre estático y dinámico pierde así parte de su pertinencia. La verificación de las hipótesis planteadas en la introducción precisa tanto de un análisis atento de los marcos internos del MAS como de sus opciones de enmarcamiento.

Por último, abordemos sucintamente la cuestión de la presentación de los marcos políticos y de los fenómenos de enmarcamiento detectados. La primera disyuntiva consistía en, por un lado, un *continuum* temporal que iría de 1995 a diciembre de 2005. Esta alternativa se adecuaría mejor a la naturaleza dinámica de las negociaciones que conforman el hecho de enmarcar acontecimientos y situaciones, pero entorpecería la comparación diacrónica que presentamos como uno de los objetivos de la investigación. La otra posibilidad era una separación por períodos que, pese a su carácter artificial, posibilitaría distinguir con mayor nitidez las sucesivas etapas de predominancia de uno u otro marco y de operaciones de enmarcamiento específicas, relacionándolas con momentos clave del ciclo de protestas e hitos en la vida del partido. Por cuestiones metodológicas y de inteligibilidad,

³⁹⁴ MARTÍ I PUIG, Salvador: “Las razones de presencia y éxito de los partidos étnicos en América Latina. Los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua y Perú (1990-2005)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol.70, n°4, octubre/diciembre 2008, pp.675-724. En el artículo, el autor señala que aquellos movimientos indígenas que alcanzan capacidad disruptiva también son los que logran crear marcos cognitivos consistentes, concluyendo que “los movimientos que realizan acciones necesitan verbalizarlas para darlas a conocer y dar sentido a la propia acción, y viceversa.” (pág.710)

³⁹⁵ “Si los actores enmarcan las situaciones de manera instrumental para apuntalar sus argumentos, su propio entendimiento de lo que es decisivo depende de sus marcos internos adquiridos. En ese sentido, los marcos son estratégicos y al mismo tiempo definen los términos de la acción estratégica” en POLLETA, Francesca y HO, Kai: “Frames and Their Consequences”, *op.cit.*, pág.188

³⁹⁶ OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: “What a Good Idea!...”, *op.cit.*, pág.42

teniendo en cuenta la extensión cronológica y la cantidad de material textual que representan diez años, seleccionamos la segunda opción.

La siguiente cuestión que se planteaba era determinar qué lapso temporal cubrirían esos períodos. Si su inicio debía naturalmente situarse en la fecha de creación del instrumento político campesino (el momento de la apuesta por la vía electoral), decidimos hacer coincidir el resto de la división con la fecha inaugural del ciclo de movilización, asociándola a otras tres fechas que constituyeron momentos decisivos hacia la primacía del MAS en el tablero político-institucional: su ascenso a principal partido de la oposición y la conquista del poder. Así, el primer intervalo cronológico va de la fundación del instrumento político, en 1995, al final de la Guerra del Agua; el segundo se extiende de los sucesos de abril y mayo de 2000 a las elecciones generales de junio de 2002; la tercera parte cubre el período que va de estos comicios a la Guerra del Gas, en septiembre y octubre de 2003; y el último tramo abarca los dos años entre la dimisión de Sánchez de Lozada y la victoria de Evo Morales el 18 de diciembre de 2005.

Por último, en el interior de cada uno de los cuatro períodos, hubo que definir si los distintos marcos serían presentados por separado, en paralelo o en simultáneo. La primera de las alternativas consistía en trazar integralmente la línea de evolución de cada marco desde la fecha inicial hasta la conclusión del intervalo temporal antes de pasar al siguiente, concluyendo cada período por un apartado destinado a relacionar los marcos entre sí. A su vez, acompañarlos en paralelo conllevaba buscar elementos comunes para la confirmación de una idea preliminar de marcos, pero utilizando esta definición rudimentaria como simple señal luminosa y sin cerrar la puerta a eventuales modificaciones. Asimismo, la opción de la simultaneidad significaba proceder al análisis de cada atributo y medir su función en cada uno de los marcos para al final extraer del magma de los hallazgos la identidad particular de cada uno de los marcos.

Debido al hecho de que varias de las categorías en algún momento se sobreponen y que son muchos los atributos de enmarcamento que diseminan sus efectos sobre los distintos marcos, no tendría mucho sentido desplazar las conexiones entre ellos a una sección posterior, por lo que no resultó complicado eliminar la primera opción. Además, esta postura metodológica habría exigido una definición general *ex ante* de cada marco antes de proceder a su análisis, una contradicción que ya hemos señalado más arriba.

Fue este mismo argumento, tomado desde el otro extremo, el que nos llevó a desechar la presentación simultánea, que tenía el mérito de seguir paso a paso las tensiones y correspondencias que iban conformando las fronteras entre marcos. Porque si es verdad que el molde en que vamos colocando –por así decirlo– los marcos y sus características no debe ser predeterminado e inflexible, también es cierto que se necesita un mínimo de estructura previa para que el análisis se efectúe con un mínimo de puntos de referencia y de comparación. Eso sí, esa estructura debe ser lo

suficientemente dúctil para permitir ajustes y reconocer permeabilidades en las zonas rayanas. Por las razones expuestas, elegimos ofrecer una visión paralela, en la cual se irá conformando paso a paso la arquitectura de cada marco sin dejar de subrayar coincidencias e incompatibilidades con los marcos vecinos.

Antes de lanzarnos al análisis de marcos propiamente dicho, terminemos esta reflexión metodológica con una corta digresión acerca de las limitaciones encontradas en el transcurso de la investigación. Además de las limitaciones temporales, de la dificultad de localización de parte de los documentos y del carácter lacunario de aquellos que efectivamente fueron ubicados, resaltamos en nuestro trabajo algunos posibles reparos de orden metodológico y epistemológico. La descripción de su naturaleza nos permitirá justificar de forma más adecuada nuestras opciones finales.

En cuanto a las limitaciones metodológicas, lo primero que quisiéramos señalar se relaciona con la obvia dificultad que plantea al investigador la importancia de *lo que no se dice* en la conformación de los marcos políticos. Si enmarcar es elegir, lo que queda fuera de la selección del emisor importa tanto como lo que se queda dentro. Además, puede darse el caso de que las historias con más poder persuasivo sean aquellas que el orador no refiere de modo explícito, sino que alude a ellas parcial o implícitamente y deja al espectador la tarea de terminarlas o reconstituirlas. La posible relevancia de las referencias que los actores prefieren callar o disimular en sus escritos o declaraciones nos obliga a ejercer una vigilancia acentuada sobre los contextos históricos y culturales en que se mueven los emisores de discurso.

El segundo problema metodológico se relaciona con la abundante cantidad de fuentes en que se basa el presente estudio. La cantidad de documentos que abarca un período de diez años de producción discursiva convierte la verificación de las interpretaciones del investigador en una tarea complicada para el observador exterior. Conscientes de ese inconveniente, decidimos remitir nuestras inferencias a las fuentes de manera sistemática a través del sistema de codificación que describimos más arriba.

Respecto a los límites de cariz epistemológico, destacamos la imposibilidad de abarcar el panorama completo de los actores presentes en el tablero sociopolítico y del conjunto de sus actividades discursivas. Los requisitos de una perspectiva interactivista exigen mirar más allá del ámbito exclusivo de la organización seleccionada, pero dibujar un perímetro demasiado amplio puede conducir a la dispersión, vaguedad e ininteligibilidad de los hallazgos. Además, el compromiso de cercanía con el material documental nos obliga a centrarnos en los productores del discurso, esto es, los dirigentes del MAS y movimientos aliados. Por ejemplo, lanzarnos a desenterrar las transformaciones en las formas de la experiencia privada y pública o de las dimensiones de la vida

cotidiana, como defiende unos de los autores que más aportes ha hecho a la teoría de los marcos³⁹⁷, hubiera sido rebasar las potencialidades que nuestras fuentes nos ofrecen. Quizá sea posible, sin embargo, desarrollar esa prometedora vertiente del *frame analysis* en una próxima ocasión.

En suma, nuestra metodología para el análisis de marcos intentó obedecer a tres reglas de oro: en primer lugar, no asumir la preexistencia de un determinado marco para después lanzarnos en su búsqueda. Como subraya Kuypers, “el mejor análisis de marcos es aquel que permite a los artefactos retóricos hablar por sí mismos”³⁹⁸, ya que un acercamiento deductivo corre el riesgo de desviarse demasiado del texto original.

El segundo precepto consistió en evitar una concepción estrictamente instrumental del enmarcamiento. Los marcos no deben ser considerados como meros recursos simbólicos que los dirigentes del partido o movimiento gestionan para alcanzar objetivos predefinidos. Hubo que tener en cuenta, por un lado, las consecuencias involuntarias de las iniciativas discursivas y de movilización de los actores políticos y de la improvisación de sentido que caracterizan los procesos de enmarcamiento; por otro, el carácter inestable de las relaciones entre actores en la arena pública, sin olvidar el peso de las convenciones institucionales que abren y cierran oportunidades de penetración en el debate político y social.

En línea con la anterior, la tercera regla determina que nos mantengamos permanentemente alerta con respecto a los elementos contextuales que afectan a los marcos. Estos pueden ser la estructura de oportunidades políticas, las oportunidades culturales, los juegos de alianzas y rivalidades organizativas, las estrategias discursivas y de movilización de otros actores sociopolíticos o aun la autonomía interpretativa de la audiencia, a fin de cuentas el principal blanco del enmarcamiento político. Por este motivo, aludiremos a menudo a la historia boliviana y a los acontecimientos más recientes descritos en los capítulos anteriores.

³⁹⁷ CEFAÏ, Daniel: “Les cadres de l’action collective. Définitions et problèmes”, *op.cit.*, pág.80

³⁹⁸ KUYPERS, Jim: “Framing Analysis”, *op.cit.*, pág.198

5 – Los marcos políticos del discurso del MAS (1995-2005)

5.1 – 1995 - 2000: el ingreso de los sindicatos a la arena política

Aunque la actividad política y la presencia mediática del Movimiento Al Socialismo se aceleren a comienzos del año 2000, durante y tras la Guerra del Agua de Cochabamba, consideramos indispensable dar a conocer el itinerario discursivo del instrumento político durante sus primeros cinco años de existencia. Mucho de lo que el MAS hizo y dijo durante fases posteriores encuentra su raíz en las características del partido en este período inicial. La adopción del formato partidario y la participación en comicios locales y nacionales constituyó una incipiente y tácita aceptación de los principios de la democracia representativa que se consolidaría en años venideros. Por otra parte, representó el primer intento de unión de las fuerzas campesinas rurales con algún peso electoral, al menos en el ámbito departamental de Cochabamba.

Así, este apartado propone una retrospectiva en términos discursivos de los cinco primeros años del partido que los sindicatos campesinos decidieron crear en 1995. En el transcurso de este primer período, como el alcance mediático del MAS y su antecesor (la Asamblea para la Soberanía de los Pueblos [ASP], bajo el registro de la coalición Izquierda Unida) era todavía reducido, emplearemos como fuentes principales las conclusiones de congresos campesinos, casi todos ellos en la región de Cochabamba e implicados en la gestación del instrumento político, y los Redactores de la Cámara de Diputados. Asimismo, con el objetivo de trazar los contornos generales de la ideología del movimiento político en esta primera fase de su desarrollo, echaremos mano de los documentos presentes en el expediente del MAS-IPSP en el Tribunal Supremo Electoral, en particular las Declaración de Principios y los Programas de Gobierno, redactados a partir de 1999 con ocasión de su primer congreso ordinario bajo la nueva sigla.

También integraremos tres textos ilustrativos del trayecto realizado por los sindicatos hacia la competencia electoral, por los cuales empezaremos este recorrido. El primero, publicado en enero de 1994 en Cochabamba, se titula *De la crisis del sindicalismo a la construcción del instrumento político y la constitución de la Asamblea de Unidad de Naciones Originarias*, y aunque no menciona autor todo indica haber sido redactado por la CSUTCB en una fase preparatoria para el Primer Congreso Tierra y Territorio de marzo de 1995, en el cual se aprobó la creación de un vehículo partidario propio a los campesinos. El segundo documento contiene las *Resoluciones del Instrumento Político* de la ASP. Firmado por los principales responsables de la Federación Sindical Única de Trabajadores

Campesinos de Cochabamba (FSUTCC), los futuros rivales Alejo Véliz y Román Loayza, presenta las resoluciones del susodicho Primer Congreso Tierra y Territorio. El tercero consiste en la tesis política de la ASP redactada en 1998.

5.1.1 – De la creación de la ASP a la escisión cocalera

El documento de 1994, producido según parece por la CSUTCB, se abría con una triple cuestión que estructura el resto del texto: “Desde la fundación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (...), permanentemente hemos tratado de discutir quienes somos, hacia dónde vamos y qué tenemos que hacer.”³⁹⁹ Respecto a la primera pregunta, los autores rechazaban la ficción nacionalista “bolivianista”⁴⁰⁰ y reclamaban el derecho a las identidades originarias. De acuerdo con el manifiesto, estas estaban sometidas a una doble opresión por parte de la tríada compuesta por el imperialismo, el neoliberalismo y la oligarquía nacional, como clase y como naciones originarias. En otros términos, el capitalismo y el colonialismo eran dos caras de la misma moneda de dominación. Para refutarla, había que “forjar nuestro propio ejército de los pobres desde nuestras comunidades”⁴⁰¹. La conjunción de una perspectiva clasista e indígena seguía presente a lo largo de todo el texto. Como consecuencia de este acercamiento, el proyecto político para “la construcción de una sociedad socialista”⁴⁰² pasaba por una alianza entre “la clase obrera, las comunidades originarias y sectores populares oprimidos”⁴⁰³. Esta idea es claramente planteada cuando se hablaba de la necesidad de “la estructuración de un proyecto revolucionario en su doble característica de clase y nación oprimida que propugna (...) la emancipación de la clase obrera, el movimiento popular y los pueblos originarios.”⁴⁰⁴

Sin embargo, el motor del impulso popular era el movimiento continental de pueblos indígenas y, como tal, sus principales objetivos consistían en “la recuperación del territorio, los recursos naturales, la libre autodeterminación, la reafirmación y fortalecimiento de la identidad de las comunidades campesinas originarias o indígenas.”⁴⁰⁵ Para los autores del texto, la economía de reciprocidad andino-amazónica constituía la antítesis del modelo capitalista. El plan de “capitalización” para la explotación de los recursos naturales, por ejemplo, es definida como “una profundización del despojo

³⁹⁹ [CSUTCB]: *De la crisis del sindicalismo a la construcción del instrumento político y la constitución de la Asamblea de Unidad de Naciones Originarias*, Cochabamba, enero de 1994, pág.1

⁴⁰⁰ *Ib.*, pág.15

⁴⁰¹ *Ib.*, pp.2-3

⁴⁰² *Ib.*, pp.4 y 6

⁴⁰³ *Ib.*, pág.5

⁴⁰⁴ *Ib.*, pág.12

⁴⁰⁵ *Id.*, *ib.*

histórico a nuestra sagrada Pachamama”⁴⁰⁶. Del mismo modo, la respuesta al proyecto neoliberal del “viejo aparato de la estructura del Estado colonialista boliviano [es] la constitución de la asamblea de unidad de las naciones originarias (...) como organismo alterno al Estado boliviano”⁴⁰⁷. La proclama final del documento rezuma aroma indianista: “CORTARON NUESTRAS RAMAS, CORTARON NUESTROS TRONCOS, CORTARON NUESTROS FRUTOS; PERO NO PUDIERON CORTAR NUESTRAS RAÍCES ORIGINARIAS!!!!”⁴⁰⁸

Producto del mayor peso de la vertiente indígena-originaria sobre la faceta obrera era la insistencia de los autores del texto en la noción de territorio por encima de la idea de tierra como simple superficie cultivable. Desde el punto de vista de las comunidades indígenas, eran ellas los “dueños originarios de nuestros territorios y de sus recursos naturales”⁴⁰⁹. La gestión comunitaria de los recursos renovables y no renovables permitiría que se hiciera justicia “por los 500 años de saqueo de que fuimos víctimas”⁴¹⁰, una fórmula a la que regresaremos más tarde. También la defensa de la hoja de coca era justificada por un doble argumento, por un lado económico (“una forma de sobrevivencia”⁴¹¹) y por otro cultural.

El análisis político, doctrinal y coyuntural propuesto por el documento de la Confederación también contiene elementos significativos para el desarrollo futuro del instrumento político, lanzado de forma oficial por una asamblea magna campesina un año después. En efecto, sus planteamientos respecto a la idea de democracia y a sus formas en la Bolivia contemporánea inspiraron la postura de la ASP y luego del MAS-IPSP. El ideal democrático era aceptado e incluso ensalzado como resultado de una lucha de las capas populares, pero el modelo político de aquel entonces era completamente rechazado. La presidencia de Sánchez de Lozada y el gobierno del MNR eran considerados ilegítimos, debido a los altos niveles de abstención, los límites del padrón electoral y la venalidad de los candidatos. Por otra parte, los campesinos/indígenas exigían el derecho a presentar candidatos sin pasar por un partido, a través de sus propias organizaciones. Una medida –el fin del monopolio de la representación por los partidos– que tardaría diez años en hacerse realidad.

Por este motivo, el sindicalismo campesino se vio en la obligación de crear su propio partido para participar en las elecciones municipales de 1995, uno de los objetivos explícitos del manifiesto⁴¹². Esta iniciativa formaba parte de una hoja de ruta de mayor alcance resumida en la consigna “DAR UN SALTO CUALITATIVO EN NUESTRAS FORMAS DE LUCHA”⁴¹³. No obstante, la aceptación

⁴⁰⁶ *Ib.*, pág.9

⁴⁰⁷ *Ib.*, pág.15

⁴⁰⁸ *Ib.*, pág.27, mayúsculas originales

⁴⁰⁹ *Ib.*, pág.22

⁴¹⁰ *Id.*, *ib.*

⁴¹¹ *Ib.*, pág.23

⁴¹² *Ib.*, pág.7

⁴¹³ *Ib.*, pág.11, mayúsculas originales

de la participación en el tablero electoral no implicaba descartar los repertorios de acción colectiva de la tradición obrera o indígena⁴¹⁴.

Finalmente, importa referir que la participación en la competencia electoral y en la vida político-institucional tenía como objetivos asumidos no sólo cambiar las estructuras económicas atinentes al modelo neoliberal, sino también ofrecer la posibilidad de construcción de una nueva identidad nacional, apoyada en la revalorización de las culturas y derechos de las naciones indígenas y originarias y en su articulación con los sectores campesinos, obreros y populares⁴¹⁵.

Este nuevo centro de poder, basado en un sujeto político de nuevo cuño, ambicionaba *in fine* la redefinición del sentimiento nacional boliviano. El pueblo no sería el de la República decimonónica, tan liberal en sus preceptos como excluyente en sus prácticas; ni aquel otro, encasillado en clases sociales por el régimen post-1952; ni mucho menos la anomia popular del neoliberalismo democrático, carente de todo proyecto colectivo común. Transfigurar el pueblo acarreaba redefinir el régimen de ciudadanía y propio modelo de Estado. Bajo una forma embrionaria, el futuro plan de refundación del Estado implementado por el MAS una década después ya se encontraba presente en el manifiesto campesino de 1994⁴¹⁶. Pero, como veremos más adelante, la vereda que condujo de uno a otro estuvo repleta de curvas y contracurvas.

Antes de pasar al siguiente texto, hagamos un último comentario a un párrafo que remite a la necesidad, desde el punto de vista indígena-campesino, de luchar en el terreno discursivo contra el enemigo neoliberal, y que por lo tanto linda con el tema de nuestra investigación. Reza el documento, en un apartado titulado “De la Resistencia al Enfrentamiento”: “Políticamente, es preciso contar con formulaciones que destrocen esa suerte de ‘ilusiones ideológicas’, que permitan poner en evidencia el carácter del gobierno y su programa de hambre.”⁴¹⁷ Una parte significativa de la denuncia de tales “formulaciones ilusorias” recaería en el trabajo de significación plasmado en la construcción de los marcos políticos del instrumento partidario y en su trabajo de enmarcamiento de ideas y acontecimientos futuros. La frase del manifiesto apuntaba asimismo a que las revoluciones políticas van siempre asociadas a un cambio en la hegemonía ideológica. Como vimos, los conceptos de enmarcamiento y de hegemonía mantienen entre sí una relación estrecha, ya que el primero puede funcionar como una herramienta para un cambio estructural de la segunda.

El segundo documento emana del Primer Congreso Tierra y Territorio de marzo de 1995, donde una alianza de organizaciones campesinas –la CSUTCB, la Confederación Sindical de Colonizadores

⁴¹⁴ *Ib.*, pág.19

⁴¹⁵ *Ib.*, pág.12

⁴¹⁶ El documento de enero de 1994 proponía incluso la realización de una Asamblea Constituyente, en respuesta al proyecto de reforma constitucional entonces en examen en el Congreso. Además, resulta instructivo constatar que, en mayor o menor medida, los trece puntos programáticos con que termina el manifiesto acabaron cumpliéndose. Cf. *Ib.*, pp.20-21 y 25-26

⁴¹⁷ *Ib.*, pág.14

de Bolivia (CSCB) y la entonces Confederación Indígena del Oriente Boliviano (CIDOB)— refrendó la creación de un vehículo propio para la participación electoral. Las resoluciones de dicho congreso, redactadas por la Federación de Campesinos de Cochabamba, recogían buena parte de los planteamientos del manifiesto anterior y lo aplicaban al campo político-partidario. Por otro lado, mantenían y en ocasiones hasta reforzaban el tono centrado en las reivindicaciones de corte étnico, aunque reafirmasen su propósito unitario con guiños permanentes a una tradición sindical campesina y obrera, como cuando sostenían que el instrumento político “no es de un sector sino de todos los explotados del campo y de las ciudades.”⁴¹⁸ Además, se volvía a afirmar la necesidad de trabajar lado a lado “con el movimiento popular en su conjunto”, teniendo como base social y política “al movimiento campesino, las naciones originarias, el movimiento obrero y al conjunto del pueblo oprimido”⁴¹⁹, incluyendo enseguida a los intelectuales y a los pobres, explotados y marginados.

El indianismo del documento sobresale particularmente en su primera parte, donde se exponen los argumentos históricos y culturales que justificaban la entrada en el juego electoral. Ahí, los campesinos rechazaban las doctrinas y teorías del mundo occidental y acusaban a este de haber ocasionado la decadencia de las culturas de las naciones originarias, tanto en el período colonial como tras la independencia⁴²⁰. No es por eso extraño que asumieran el reclamo por “la recuperación del Territorio” como el principal objetivo de su movimiento. Desde esta perspectiva, en línea con el documento anterior, “el territorio encierra la vida misma, por él encarnamos una cultura, se expresa nuestra religiosidad andina-amazónica, nuestros recursos naturales renovables y no renovables (...) y la sagrada hoja de coca.”⁴²¹ La cosmovisión indígena se situaba en la base del proyecto político promovido por las organizaciones campesinas, que debía encarnar “nuestro pasado andino y amazónico y ese pasado es la palanca para forjar el presente y futuro de Bolivia.”⁴²²

No obstante, los autores del texto advertían que “no [proponen] un retorno vertical al pasado”⁴²³, sino más bien una toma de conciencia de la “memoria larga” de los tiempos áureos de la culturas andino-amazónicas⁴²⁴. Esta inspiración en las sociedades precolombinas se plasmaba en casi todos los puntos del Programa de Gobierno con que termina el documento, a saber, la seguridad alimentaria, el medio ambiente, la salud, la justicia, la educación, la reforma agraria y el organigrama estatal de autoridades.

⁴¹⁸ ASAMBLEA POR LA SOBERANÍA DE LOS PUEBLOS: *Resoluciones del Instrumento Político*, Cochabamba, Chajra Runaj Masis, [1995], pág.2

⁴¹⁹ *Ib.*, pp.4-5

⁴²⁰ *Ib.*, pp.3 y 5-6

⁴²¹ *Ib.*, pág.5

⁴²² *Id.*, *ib.*

⁴²³ *Ib.*, pág.14

⁴²⁴ El documento recogía esta expresión, “memoria larga”, popularizada por Silvia Rivera, teórica del pensamiento indianista-katarista, en “*Oprimidos pero no vencidos*’ (...)” y luego por el antropólogo Xavier Albó en varias de sus producciones, como por ejemplo “Larga memoria de lo étnico en Bolivia, con temporales oscilaciones”, *op.cit.*

En cuanto a la forma y estrategia que debía adoptar el instrumento político, el concilio campesino reconocía como un error histórico el habitual voto campesino por los partidos tradicionales o antiguos experimentos partidarios kataristas y expresaba su rechazo a alianzas oportunistas con la “clase política” —recordemos que, en ese momento, el vicepresidente era Víctor Hugo Cárdenas, fruto del acuerdo entre el MNR y el Movimiento Revolucionario Tupak Katari de Liberación (MRTKL)—. Así, declaraban que “la única forma de vencer la telaraña venenosa del sistema económico-político corrupto actual es entrando a la arena política (...) desde las bases, desde las naciones originarias y trabajar para las bases y las naciones originarias”⁴²⁵. Se trataba, en su propia fórmula, de “enfrentar a los partidos de la clase política en su propio terreno”⁴²⁶ con la finalidad de “rescatar la democracia para los pobres de Bolivia.”⁴²⁷

La declaración de intenciones que acompañó la formación del “instrumento político de los pobres del campo y de las ciudades” incorporó ciertas características que formarían parte de los principios básicos del futuro MAS-IPSP y bajo las cuales este enmarcaría una parte considerable de sus posiciones en el tema político-institucional. Una de ellas consistía en la promesa de honestidad y transparencia ante las bases frente a la corrupción y el caciquismo vinculados con los partidos tradicionales. La idoneidad ética era presentada además como un imperativo cultural, puesto que “nuestras naciones y pueblos originarios fueron y son UNA DE LAS SOCIEDADES MORALMENTE MÁS EVOLUCIONADAS DE TODOS LOS TIEMPOS.”⁴²⁸

El segundo principio básico invocado por el congreso campesino atañía a la concomitancia de las identidades clasista y étnica, piedra angular del pensamiento político de la ASP. Considerando que los obreros poseen una doble pertenencia, el documento rechazaba “una división artificial entre lo obrero y lo originario”⁴²⁹, reivindicaba la relevancia histórica de ambas luchas y abogaba por su articulación en un frente común. Además, revelaba una preocupación inédita por los inmigrantes indígenas residentes en los barrios urbanos marginales.

Notemos de paso que las numerosas referencias a la ecología indígena (declinaciones del mítico “Vivir en completa armonía con la naturaleza”⁴³⁰) y el rechazo a la industrialización de tipo occidental podían representar una contradicción ante la promoción del mundo obrero a un estatuto similar al de las comunidades originarias. Sin embargo, la cuestión del modelo de desarrollo económico y productivo y del papel de la industria y del proletariado —una de las críticas a que sigue estando sujeto el actual gobierno de Evo Morales— no fue debatida en profundidad en ninguno de los tres textos que

⁴²⁵ *Ib.*, pág.4

⁴²⁶ *Ib.*, pág.8

⁴²⁷ *Ib.*, pág.11

⁴²⁸ *Ib.*, pág.9, mayúsculas originales

⁴²⁹ *Ib.*, pág.9

⁴³⁰ *Ib.*, pág.10. Véase el apartado “¿Qué estilo y forma de vida proponemos a los bolivianos?”, pp.12-13

analizamos en esta sección.

Una última palabra para un elemento al que no dejaremos de seguir: la hoja de coca. Como referimos, en el manifiesto de enero de 1994 la defensa de su cultura se hacía a través de dos perspectivas: la económica –la coca como medio de supervivencia para miles de familias– y la étnica, basada en el valor cultural de la hoja para las comunidades originarias. El documento salido del Congreso Tierra y Territorio, por su parte, insistía en la segunda dimensión. Así, acusaba a las autoridades de provocar un “etnocidio” y un “ecocidio” en el Chapare, a fin de favorecer a los exportadores extranjeros y expulsar a los productores de hoja de coca, la planta que “encarna la cultura andina-amazónica.”⁴³¹ Empero, en la páginas referentes al “Programa de Gobierno”, se volvía a enfocar el asunto también como una problemática social y económica⁴³².

Las posiciones ideológicas e inclinaciones programáticas presentes en los dos textos que acabamos de explorar son confirmadas por otros documentos sindicales a la escala regional o provincial. Las conclusiones de varios congresos campesinos cochabambinos incluían, además de los inevitables asuntos locales, manifestaciones de apoyo inequívoco al instrumento político y a la línea adoptada por la CSUTCB en esos años iniciales. Así, el documento redactado por los campesinos de la central de Charahuaito (provincia de Ayopaya, departamento de Cochabamba) se titula “Por la Tierra, el Territorio y el Instrumento Político”. En él, el sindicato defendía el uso de los idiomas originarios en las escuelas y de los medicamentos tradicionales en la medicina y más globalmente “recuperar nuestras culturas de nuestros antepasados desde lo más profundo”⁴³³, aunque por lo general adoptase un punto de vista de tipo sindical campesino más clásico, con matices de reivindicación étnica, a la hora de justificar la participación política.

Encontramos posiciones semejantes en las conclusiones del Primer Congreso de Unidad de la Central Provincial de Quillacollo, en las afueras de la ciudad de Cochabamba. Uno de los puntos comunes en la reflexión sobre el territorio era la premisa de que los campesinos “somos dueños de nuestras Tierras (...) desde los tiempos de los INCAS hasta ahora y para siempre!”⁴³⁴

Otras reuniones campesinas del mismo período permiten corroborar la idea de que la etnificación de las demandas campesinas, al menos en el espacio cochabambino, se fue incrementando con el paso del tiempo en la década de 90. Las diferencias entre las resoluciones de dos congresos consecutivos de la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba ilustran esta evolución. En 1993, esta federación departamental lamentaba la desaparición de los regímenes socialistas,

⁴³¹ *Ib.*, pp.7-8

⁴³² *Ib.*, pág.26

⁴³³ *IV Congreso Ordinario de la Central Regional de Charahuaito de la Provincia Ayopaya. Por la Tierra, el Territorio y el Instrumento Político. 12 y 13 de agosto de 1995, Cochabamba, Chajra Runaj Masis, 1995, pág.11*

⁴³⁴ *Primer Congreso de Unidad “Eleuterio Romero” de la Central Provincial de Quillacollo. 13 y 14 de enero de 1997, Quillacollo, Central Provincial de Quillacollo-Chajra Runaj Masis, 1997, pág.2, mayúsculas originales*

relacionándolos con el ideal de liberación de los pobres y de las “grandes masas de campesinos”⁴³⁵. La lucha política y económica del boliviano rural era contemplada desde una perspectiva casi exclusivamente clasista: de hecho, la comisión económica presentó un informe que podía haber sido elaborado por el comité central de un partido comunista europeo, con un esquema clásico de la izquierda marxista: el “campesinado” y los “trabajadores” de un lado, el “capitalismo”, el “imperialismo americano” y un gobierno sumiso a los intereses de las “transnacionales monopolíticas” y el dúo FMI/Banco Mundial por otro, el “neoliberalismo” como doctrina económica que imponía “privatizaciones” y “relocalizaciones”⁴³⁶.

Son escasos los momentos en que se hace una referencia a la identidad indígena-originaria de los campesinos, salvo en los informes de dos comisiones específicas: la comisión Hoja de Coca y la comisión Política Sindical. En la primera, se mencionaba la utilización ancestral de la coca pero a continuación se retomaba un enfoque económico, al señalar que “rechazamos firmemente la erradicación forzosa de la hoja de coca porque nos puede ocasionar más relocalización para nuestros hermanos campesinos”⁴³⁷. En el informe político-sindical, la identidad indígena era más visible, al menos inicialmente: según el texto, los cinco siglos de dominación colonial habían sido un corte “en el desarrollo autónomo de nuestras nacionalidades” y un intento de “hacernos olvidar nuestros verdaderos orígenes para reducirnos solamente a campesinos sin personalidad.”⁴³⁸

Lo que es curioso es que, después de esta acusación, los autores del documento regresaron a un discurso puramente clasista, sin más referencias a la doble identidad campesina y originaria. Eso se reflejaba, por ejemplo, en su interpretación de la Revolución de 1952 como “producto de la explosión social y natural de los oprimidos, vale decir, una lucha de campesinos, mineros, obreros y todos los sectores del movimiento popular” o la calificación de la presidencia de Jaime Paz Zamora como el momento en que “la derecha reaccionaria se [unificó] para defender sus intereses de clase”⁴³⁹. En la página siguiente, la COB y la CSUTCB eran ensalzadas por su papel de “organizaciones matrices de defensa de los explotados del campo y del proletariado en general.”⁴⁴⁰ Finalmente, en su catálogo de demandas de nivel nacional encontramos una serie de medidas que tendrían lugar en el programa del futuro partido campesino, eso sí, aún sin incorporar una perspectiva étnica: el impago de la deuda externa, la anulación de la libre importación y de la Ley 1008 sobre la hoja de coca y la expulsión de

⁴³⁵ VI Congreso Ordinario de la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba, Aiquile, 26 al 29 de enero de 1993, s/l, CRM, 1993, pp.24-27

⁴³⁶ *Ib.*, pp.26-28

⁴³⁷ *Ib.*, pág.51. Hay dos referencias más a los pueblos o naciones originarias, una en la sección dedicada a la educación (“[Rechazamos] la privatización de la educación por ser atentatoria al derecho de los pueblos originarios de Bolivia (...)”, pág.66) y otra en el apartado referente a la religión (“Se resuelve (...) exigir el respeto hacia nuestras tradiciones, costumbres y mitos ancestrales de nuestras naciones originarias”, pág.70). Aun así, comparativamente muy poco para un documento de un centenar de páginas.

⁴³⁸ *Ib.*, pp.94-95

⁴³⁹ *Ib.*, pp.95-96

⁴⁴⁰ *Ib.*, pág.97

los militares extranjeros⁴⁴¹.

Dos años después, en enero de 1995, con una dirección liderada por Alejo Véliz y Román Loayza (futuros rivales en el ámbito sindical y político), el acercamiento a la cuestión indígena era bastante distinto, como se desprende de las conclusiones del VII Congreso de la FSUTCC⁴⁴². En su presentación, destaquemos el lazo de filiación trazado entre la resistencia secular indígena y la lucha de los sindicatos: “La fuerza del movimiento originario se traduce también en la fuerza del movimiento sindical.”⁴⁴³ Por su parte, la comisión Tierra y Territorio también colocaba la lucha campesina contemporánea en la estela de los pueblos originarios, asumiendo que su principal misión consistía en la “recuperación del territorio”, un territorio que “fue nuestro y volverá a ser nuestro”⁴⁴⁴. Notemos, sin embargo, que estos razonamientos de corte étnico coexistían con típicas frases marxistas, como “la tierra es para quien la trabaja.”⁴⁴⁵

Este tipo de combinación persiste a lo largo del texto. Por ejemplo, la comisión Hoja de Coca (“hoja milenaria”, “hoja bendita”) declaraba que “la hoja de coca ha permitido la unidad de los campesinos, y que gracias a su esfuerzo de poder cultural la Hoja de Coca representa un sostén económico para los bolivianos.”⁴⁴⁶ En la sección Instrumento Político, también se combinaba un lenguaje cargado de referencias históricas con un vocabulario típicamente clasista. Así, al tiempo que la comisión “[analiza] nuestro instrumento propio como Naciones Originarias” y que acusaba los partidos tradicionales de “no [ser] la representación neta de los Originarios”, media página más abajo justificaba la creación de un instrumento político “porque no hay justicia para los explotados, marginados, pobres de nuestra nación que es Bolivia, una Bolivia que es sólo para los ricos”⁴⁴⁷. Poco después, definía su objetivo como “llegar al poder con justicia para toda la clase explotada de esta nación”⁴⁴⁸ y “llegar a constituir el nuevo Estado originario-popular, con sus propias leyes y la nueva Constitución Política del Estado.”⁴⁴⁹ Una última cita de dicha comisión permite entrever el sujeto político que los campesinos buscaban construir:

“El Instrumento Político no lo vamos a hacer sólo los campesinos, sino toda la clase explotada del campo

⁴⁴¹ *Ib.*, pp.98-99

⁴⁴² *VII Congreso Ordinario de la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba. Por la Tierra, el Territorio y el Instrumento Político, Mizque, 24 al 27 de enero de 1995*, Cochabamba, CIPCA-CENDA-INCAS-FEPADE, 1995

⁴⁴³ *Ib.*, pág.3

⁴⁴⁴ *Ib.*, pág.27. Además, se trataba de un territorio con contenido no sólo económico sino cultural: “¿Y qué es el Territorio? El Territorio consiste en la tierra que cultivamos, (...) en todos los minerales existentes, (...) en cada uno de nuestros árboles y bosques, son nuestros lugares sagrados (...) Todos estos recursos que descansan en la Madre Pachamama, todo esto se llama Territorio, y deber de todos los campesinos y originarios es recuperar.”, *id.*, *ib.*

⁴⁴⁵ *Ib.*, pág.28

⁴⁴⁶ *Ib.*, pág.34

⁴⁴⁷ *Ib.*, pág.38

⁴⁴⁸ *Ib.*, pág.39

⁴⁴⁹ *Ib.*, pág.40

y la ciudad, o sea los campesinos originarios, aymaras, quechuas, tupi-guaraníes, chiquitanos, las 36 nacionalidades de Bolivia juntamente con los intelectuales que hoy en día están luchando en este momento.”⁴⁵⁰

En conclusión, podemos afirmar que, más que un solapamiento entre identidades clasistas e indígenas, se establecía en este documento un vínculo de descendencia entre las naciones originarias y el movimiento sindical campesino, como si el segundo fuera la forma contemporánea del combate contra la injusticia y la opresión iniciada por las primeras. Consideramos que dicha tendencia se integra en una dinámica de medio plazo de indianización de las demandas campesinas, que alcanzaría su auge en la tesis política de la ASP de 1998, que examinaremos a continuación.

Antes, quisiéramos abrir dos últimos paréntesis. El primero sobre uno de los discursos de inauguración del congreso cuyas conclusiones acabamos de citar, pronunciado por William Condori, representante de la Federación Especial del Trópico, una de las ramas del sindicalismo cocalero. En su intervención, el dirigente celebraba la unidad de los campesinos del departamento ante “este gobierno [que] está queriendo aplastarnos y terminarnos, primero nuestra cultura, luego nuestras tierras, nuestra soberanía nacional y nuestros recursos naturales.”⁴⁵¹ Condori resumía así las prioridades políticas y la postura discursiva del movimiento cocalero tal y como se conformarían a partir de la elección a diputado de cuatro de sus dirigentes, en 1997, y la creación un año después de un instrumento político paralelo por las estructuras cocaleras del Trópico de Cochabamba. Una señal de que posiblemente el proyecto político de los productores de coca y su correspondiente estrategia ya se encontraban en una fase más avanzada de desarrollo en comparación a otros sectores sindicales.

El segundo paréntesis lo dedicaremos al mitín de cierre de campaña de Izquierda Unida en Cochabamba para las elecciones generales de 1997, realizado a 28 de mayo⁴⁵². En él estuvieron presentes el candidato a la presidencia por el instrumento político, Alejo Véliz, así como varios candidatos a diputados, entre ellos Román Loayza y Evo Morales, con una asistencia compuesta mayoritariamente por productores de coca del Chapare. Esa preponderancia de los cocaleros era visible en las consignas relativas a la coca, como la célebre “¡Kausachun coca, wañuchun yanquis! (“¡Viva la coca, mueran los yanquis!”, en quechua) o en el hecho de que Evo Morales fuera el más aclamado de los dirigentes, incluso más que el propio Alejo Véliz, en una altura en que ya habían surgido serias discrepancias entre las corrientes lideradas por los dos líderes sindicales.

Antes de los discursos, los altavoces pedían votar por el candidato uninominal Néstor Bravo, exclamando: “Recuerden como están masacrando a los compañeros chapareños, a nuestros hermanos maestros, por la dignidad y el derecho de vida, vota por Izquierda Unida.” Asimismo, al presentar a

⁴⁵⁰ *Id., ib.*

⁴⁵¹ *Ib.*, pág.9

⁴⁵² Registro audio de cerca de dos horas proporcionado por la productora Chajra Runaj Masis, de Cochabamba.

los invitados, el locutor requería honrar la memoria de “los caídos, los mártires del Chapare”, asesinados por los “masacradores de este país” al servicio del “neoliberalismo”. También se escucharon, más en línea con la producción escrita de la ASP, varios gritos de “Pachamama o muerte, ¡venceremos!”.

En su corta alocución, una mujer que identificamos como Leonilda Zurita (cocalera y dirigente histórica de las Bartolinas, la rama femenina de la CSUTCB) termina su discurso en quechua con una serie de vivas, el último de los cuales a los “pueblos originarios”. Enseguida, alguien usa el micrófono para arremeter contra el sistema de partidos (“¡Abajo los partidos tradicionales!”). En algún momento se escuchan consignas sorprendentes para ese momento, como un “¡Abajo Chile!”, que sin embargo permite entrever el trasfondo del sentimiento antichileno que cundiría en 2003. Poco después, otro mensaje grabado se dirigía por los altavoces a los “cocaleros, campesinos, amas de casa, transportistas, fabriles, maestros, estudiantes, gremiales y desocupados”, invitándolos a tener “su propia voz en el Parlamento nacional” a través de los diputados de IU.

Con respecto a las intervenciones de los candidatos, Evo Morales fue el primero en tomar la palabra. En su intervención de diez minutos, empezó justificando la creación de un vehículo partidario propio para los campesinos, pero no sólo: “El movimiento campesino, junto a la clase trabajadora, empieza a construir su propio instrumento político (...) Así podemos defender nuestro territorio [y] nuestros recursos naturales.” Aprovechó también para hacer un llamamiento por la unión sindical y política, con el objetivo de constituir un frente cohesionado y “asumir la defensa de la dignidad y de la soberanía nacional”.

Otro de los temas prioritarios para el entonces candidato uninominal consistió en la uniformidad ideológica entre los partidos centrales (MNR, ADN y MIR) y sus aliados circunstanciales (UCS, MBL, CONDEPA, etc.). Evo declaraba que “(...) estos partidos tradicionales son una misma [cosa], ¿qué diferencia hay entre estos partidos?”, estableciendo enseguida una conexión entre las deficiencias del sistema de partidos, la pérdida de soberanía del país y las consecuencias sociales de las políticas económicas neoliberales: “Para defender y atender a los gringos de Estados Unidos, el MNR, UCS y MBL tienen que masacrarnos en el Chapare, so pretexto de hacer respetar la ley tiene que masacrar al pueblo boliviano. So pretexto de salvar al país, nos tiene que someter a la erradicación forzosa de cultivos de coca. So pretexto de evitar la inflación, nos tiene que llevar al hambre y a la miseria.” La concomitancia entre estos tres temas regresaría en fuerza a comienzos del siglo XXI en el discurso del MAS-IPSP. En cambio, la cuestión indígena está totalmente ausente de sus palabras.

Dicha tendencia es también visible en la última problemática abordada por el líder cocalero, la reforma agraria, un tema vital para los cocaleros y los campesinos en general. Evo Morales subrayó la necesidad de luchar contra la Ley INRA, acusándola de pretender entregar vastas extensiones de tierra del Chapare a empresarios transnacionales. Como corolario, remató su intervención con la

consigna: “Que viva la coca, que mueran los yanquis, que mueran los partidos tradicionales sirvientes del imperialismo americano”. Economía, política, soberanía: he ahí los tres ejes del discurso de cierre de campaña del candidato por la circunscripción 27 del Trópico de Cochabamba.

La breve intervención de Román Loayza –junto con Morales, uno de los que se marcharían de la ASP para fundar el MAS un año y medio después– compartía algunos de estos rasgos, aunque sí le añadiera una referencia étnica: “Estos llamados indios, diputados, van a ir al Parlamento a destruir (...) a ese modelo neoliberal.” Las palabras del candidato uninominal y futuro diputado iban en el sentido de impulsar una unidad interclasista entre los “explotados asalariados, explotados campesinos e intelectuales”, por la que “hay que concientizar a nuestras bases, no sólo en el campo, sino también en las bases marginales, en los fabriles, en los constructores.”

El discurso de Marcos Domic, candidato a la vicepresidencia en el binomio con Véliz, se desmarcó del tono indianista que se había hecho cada vez más patente en los documentos de la ASP. Tal distancia no sorprende, puesto que Domic era el secretario general del Partido Comunista de Bolivia, uno de los miembros fundadores de la coalición Izquierda Unida y fiel al socialismo histórico de corte clasista y antiimperialista. Domic defiende el ejemplo cubano, que según él “no ha retrocedido un paso frente al imperio del mal, no ha retrocedido un paso frente a toda la conjura interna y externa de la reacción” y busca inspiración en los ideales del “Che” Guevara, “la independencia nacional y la construcción de una patria socialista para toda América Latina”. Sin embargo, el dirigente comunista no abandonó el escenario sin antes lanzar un guiño a los integrantes campesinos de la coalición con una referencia al héroe indígena Tupak Katari: “Hemos sufrido una derrota, pero hemos vuelto y somos miles, seremos cientos de miles mañana y pasado mañana seremos poder con millones de personas.”

La intervención de Alejo Véliz resultó más complicada de analizar, en buena medida porque gran parte de ella es en quechua, idioma que manejamos de manera rudimentaria. Pero uno de los segmentos en español corresponde perfectamente a lo que esperaríamos después de leer la producción textual de la ASP y los sindicatos campesinos en esos años. Declaraba Véliz: “(...) tengo la fe y la esperanza en un pueblo que lucha con sangre ardiente para destruir a los inquilinos, porque estos que nos han gobernado hasta ahora son inquilinos y a lo largo de 500 años hemos soportado a los inquilinos. Pero hoy ha llegado el momento, el tiempo de la nación originaria de los quechuas y aymaras.”

Tras la creación en marzo de 1995 de un instrumento político propio –la ASP– y una prestación relativamente exitosa en el departamento cochabambino en las municipales de ese año, las elecciones generales de 1997 constituían el primer gran desafío a escala nacional del movimiento. Pero aun con Alejo Véliz como candidato presidencial y Evo Morales como candidato a diputado uninominal, la formación siguió reducida a una expresión regional y rural.

Fue en la secuencia de estas dos participaciones electorales de moderado éxito cuando surgió la tercera propuesta política que examinamos a continuación, que se presenta desde el título como la tesis política del “Instrumento Político por Territorio, Coca y Soberanía” y fecha el documento a los “506 años de colonización”. Esto es, en 1998, en medio de la ruptura interna de la ASP y poco antes de la apuesta en solitario de los productores de coca mediante su propio Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), concretada en enero de 1999. Por lo tanto, se trata de un texto bastante relevante para esta etapa de nuestra investigación por su valor como punto de comparación para la evolución autónoma del instrumento político de los cocaleros, que decidieron romper con la línea de Alejo Véliz y de la FSUTCC (y poco después con la CSUTCB) en 1998. La amplitud de las diferencias entre este último texto de la ASP antes de la escisión entre “moralistas” y “velizistas” y los documentos fundadores del MAS-IPSP nos proporciona una primera pista muy útil para ahondar en el recorrido ideológico del instrumento político de los cocaleros del Trópico, que confirmaremos gracias a las demás fuentes referentes a este período.

Los planteamientos de la ASP, en concordancia con los dos textos anteriores, otorgaban un lugar central a los pueblos indígenas y originarios en una perspectiva de larga duración de la historia de Bolivia. Tras proceder a una mitificación en toda regla de las sociedades precolombinas⁴⁵³, la tesis política presentaba al conjunto de la historia nacional como un período de opresión constante de las poblaciones autóctonas pero bajo distintos amos: los españoles, los ingleses, los norteamericanos y “en la víspera del siglo XXI, AL DOMINIO DE LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES (...) y de sus sirvientes como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional” con “la oligarquía criolla (...) como su fiel aliado interno, continuando la colonización de nuestras comunidades originarias (...)”⁴⁵⁴.

Por todo el documento se multiplican las referencias al mundo indígena y a sus 36 nacionalidades bajo un ángulo katarista radical, en contra de la concepción del mundo occidental, con un tono más drástico que en los documentos anteriores: “[Los extranjeros] dividieron el Tawantisuyo para fundar repúblicas y estados nacionales. Parcelaron nuestro Kollasuyo en departamentos, nuestras Layas en provincias, nuestros Ayllus y Markas en secciones y cantones.”

Asimismo, también la implementación del modelo económico neoliberal fue enmarcada bajo el prisma de su impacto sobre las estructuras ancestrales originarias, afirmando que la “Ley del Más

⁴⁵³ “En estas nuestras tierras y territorios, no se conocía miseria ni hambre. Todo era VIDA, todo estaba en su lugar. Nada faltaba ni sobraba. Vivíamos en una sociedad comunitaria, donde la vida era de completa armonía, hermandad y respeto mutuo con la madre naturaleza”, Asamblea por la Soberanía de los Pueblos: *Tesis Política de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos*, [1998], reproducida en DE LA CRUZ VILLCA, Juan: *¡Estuvimos o No...!*, La Paz, Fondo Editorial de los Diputados, 2009, pág.153. La idea de pureza ancestral del mundo incaico impregnaba el resto del documento, véase por ejemplo las páginas 159 y siguientes.

⁴⁵⁴ *Ib.*, pág.154. Mantuvimos las mayúsculas del texto original.

Fuerte” era la norma que pretendían imponer aquellos que “descuartizaron a nuestra Madre Tierra.”⁴⁵⁵ Las medidas más emblemáticas del neoliberalismo a la boliviana –casi todas ellas relacionadas con el campo, como la Ley de Aguas, el Código Minero, la Ley Forestal, la libre venta de tierras instituida por la Ley INRA, la erradicación de “la sagrada hoja de coca”, pero también la Reforma Educativa con consecuencias sobre el multilingüismo– fueron interpretadas como un hachazo más contra unos aymaras, quechuas e indígenas históricamente oprimidos y saqueados⁴⁵⁶. Su rechazo al capitalismo se basaba en supuestos no sólo políticos y económicos sino también ecológicos: “La pachamama está a punto de morir”, reza uno de los subtítulos.

Lo mismo sucede con las críticas al sistema político-partidario: la “casta dominante”, heredera de los invasores, ocupaba el “territorio usurpado” a las comunidades y naciones originarias al que diera el nombre postizo de Bolivia. Según el manifiesto, la lucha de los pueblos indígenas, liderada por Tupak Katari, Bartolina Sisa, Zárate Willka y demás próceres originarios, aspiraba a “restituir el territorio de los Ayllus y Tentas y volver a practicar nuestros usos y costumbres y ejercer nuestra soberanía.”⁴⁵⁷ En nombre de los “aymaras, quechuas e indígenas, los oprimidos del campo y de las ciudades, que somos más de 80% de la población”, el documento expresaba su desconfianza total respecto a la “rosca minera-gamonal de antes de 1952”, al experimento del capitalismo de Estado salido de la Revolución Nacional de ese año y al modelo implementado a partir de 1985. También las ONG de origen extranjero eran denunciadas como “ejércitos de ocupación civil” que “penetran a nuestros países para facilitar la dominación y expansión del mundo occidental y cristiano y el modelo neoliberal.”⁴⁵⁸ Las objeciones se extienden al conjunto de los partidos políticos tradicionales, “de derecha e izquierda”.

Continuando en la esfera política, la declaración calificaba el modelo instaurado en 1985 como una mera democracia formal, donde la minoría controlaba a la mayoría, contrastándola con “el CONSENSO COMUNITARIO, que aún practicamos en las naciones originarias, donde siempre estamos de acuerdo (...) para que nadie oprima a nadie.”⁴⁵⁹ Con el fin de concretar estos principios, se había decidido conformar un instrumento político propio que rebasara la simple lucha sindical, “esa lucha sindical que nos ha negado lo propio, que nos ha querido ‘civilizar’”⁴⁶⁰. Nótese el rechazo a las formas del sindicalismo campesino moldeado por el nacionalismo revolucionario de las décadas de 50 y 60, rechazo ese mucho menos evidente tanto en los primeros manifiestos de la ASP como en los textos del MAS, como veremos más adelante.

⁴⁵⁵ *Ib.*, pp.154-155

⁴⁵⁶ *Ib.*, pág.157

⁴⁵⁷ *Ib.*, pág.155

⁴⁵⁸ *Ib.*, pág.158

⁴⁵⁹ *Ib.*, pág.162

⁴⁶⁰ *Ib.*, pág.163

Tanto el tono como el contenido del texto no dejan lugar a dudas: las principales víctimas del modelo económico, del sistema político y de la contaminación cultural impuestos por Occidente eran los pueblos indígenas y originarios, pero a la vez sería de ellos de donde surgiría el ímpetu liberador y revolucionario. Pero no se trataba de una revolución connotada con las ideologías europeas del siglo XIX y XX, sino de un cambio basado en “una herencia de leyes o reglas establecidas por el Ayllu, por la comunidad, por la naturaleza, leyes que van más allá de cualquier principio capitalista o socialista”⁴⁶¹ y que oponen una cultura de la vida a una cultura de la muerte⁴⁶². Esa transformación proponía un regreso de las víctimas del éxodo rural a sus comunidades de origen, donde “construiremos una sociedad comunitaria de la abundancia (...), donde nada falta ni sobra” y “donde juntos podamos construir un VIVIR BIEN, basado en las riquezas del campo y nuestros usos y costumbres, sin tener que sufrir la opresión, la explotación y la vida viciada de las ciudades.”⁴⁶³

Esta postura incluía “la recuperación comunitaria de nuestros territorios” de las manos del latifundismo, la explotación también ella comunitaria y ecológica de los recursos naturales y la reconstrucción de la soberanía de los pueblos gracias a un cambio de era, el Pachakuti⁴⁶⁴. Más concretamente, el documento finaliza con la enumeración de una serie de medidas estratégicas y tácticas. En la sección estratégica, los autores del documento proponían el trabajo colectivo de la tierra, la independencia del productor frente al mercado agrícola, la autosuficiencia alimentaria, el aprovechamiento de técnicas agrícolas ancestrales y la preferencia por los recursos naturales renovables. En términos políticos, anunciaban la creación de una Asamblea de Unidad de la Nación Originaria para que “nos represente auténticamente a partir de nuestra historia (...) sin ningún intermediario” y desafiaban al *statu quo* con un combate total, donde “no descartamos ninguna forma de lucha y ningún tipo de armas” pero privilegiando “las armas de la convulsión social, (...) del pueblo y naciones”⁴⁶⁵.

En cambio, en lo táctico, la ASP adoptaba posiciones más flexibles: para empezar, admitía que participaba en los espacios políticos ofrecidos por la sociedad a fin de resquebrajar el modelo desde adentro y contribuir a que este “reviente por sus propias contradicciones internas.”⁴⁶⁶ En la página siguiente, y a pesar de las críticas al sindicalismo clásico, consideraba ventajoso unir la lucha sindical a la participación política. La competencia electoral era vista como un medio para que las comunidades aymaras, quechuas e indígenas eligieran a sus propios candidatos en detrimento de aquellos propuestos por los partidos tradicionales.

⁴⁶¹ *Ib.*, pág.159

⁴⁶² *Ib.*, pág.160

⁴⁶³ *Ib.*, pág.161

⁴⁶⁴ *Ib.*, pp.164-165

⁴⁶⁵ *Ib.*, pág.166

⁴⁶⁶ *Id.*, *ib.*

Además, en el ámbito agrícola –la principal prioridad de la ASP– proyectaban la expansión de la superficie cultivable en manos de las comunidades a través de la fundación de nuevos asentamientos⁴⁶⁷. En el tema de la hoja de coca, más allá de calificar a la injerencia estadounidense como un ataque a la soberanía de las naciones originarias, el documento afirmaba que dicha cultura constituía “el símbolo de nuestra identidad y expresa[ba] la cultura milenaria de nuestros ancestros”. Motivo por el cual defendía la libre producción y comercialización de la coca.

En conclusión, si bien asomaban algunos vocablos salidos de la izquierda clásica, como “oprimidos y explotados” o algunas referencias a los obreros, a los intelectuales o al “movimiento popular”, el propio manifiesto proclamaba que “estamos superando la lucha de clases” para avanzar en “la lucha por reconquistar nuestro territorio y volver a ejercer la soberanía de los aymaras y quechuas y otros pueblos indígenas”⁴⁶⁸, a la que bautiza como “soberanía comunal”, basada en la recuperación del territorio, la defensa de la identidad y de la vida comunitaria. Para tal fin, planteaban anular la Ley de Participación Popular que regía la vida política municipal e implementar en su lugar las formas de organización indígena-originarias.

La ASP se veía a sí misma como “parte de la lucha milenaria de nuestras naciones originarias y pueblos indígenas” y se pronunciaba en contra de la democracia representativa. En uno de sus últimos párrafos, el manifiesto subrayaba su distancia con relación a otras formaciones partidarias al declarar tajantemente que “[a] los traidores y los corruptos que viven del sindicalismo y de la política no les permitiremos ser dirigentes.”⁴⁶⁹ Una frase que revela la superposición casi total entre el instrumento político y las estructuras sindicales.

Para terminar, fijémonos en el remate lírico del texto:

“Levantaremos y despertaremos la energía del Inka, que se encarne sobre nosotros, para levantarnos de pie y generar el alzamiento del pueblo Katari durmiente, para escribir nuestra historia con la sangre viva de estas sangres derramadas de nuestros héroes y mártires, que circulan hirvientemente en las arterias de la nación originaria (...) Así enarbolaremos la coca divina en todo el territorio del Kollasuyo hasta el DÍA de Kutipacha-Pachakuti.”⁴⁷⁰

En definitiva, este discurso se encontraba en estrecha consonancia con el pensamiento indianista

⁴⁶⁷ *Ib.*, pp.167-168

⁴⁶⁸ *Ib.*, pág.163

⁴⁶⁹ *Ib.*, pág.170

⁴⁷⁰ *Ib.*, pp.170-171

de Fausto Reinaga⁴⁷¹ y sus herederos aymaras del Altiplano, incluyendo el katarismo radical de Felipe Quispe y sus correligionarios, que se preparaban para tomar la dirección de la CSUTCB tras las disputas internas entre cocaleros y no cocaleros en el congreso de Trinidad. Para esta corriente, incluso el marxismo, como producto de la modernidad occidental, no podía contribuir al fin de la dominación sobre el indio. Recordemos la consigna de Reinaga: “Indios nos dominaron, indios nos liberaremos.”

Si la evolución de la línea ideológica comparada con los textos anteriores ya parece significativa, el contraste con los primeros textos del MAS-IPSP es impresionante. En efecto, la doble ruptura organizativa del sindicalismo cocalero tanto con la CSUTCB, presidida por Felipe Quispe, como con su instrumento político original, la ASP liderada por Alejo Véliz, fue acompañada por una desvinculación ideológica de las posiciones de corte indianista del katarismo sindical y político. Examinaremos a continuación varios documentos que comprueban esta afirmación, extraídos por un lado de las intervenciones de Evo Morales y restantes diputados de IU en los Redactores de la Cámara de Diputados y, por otro, de los propios documentos internos que el MAS-IPSP produjo a partir de 1999 y hasta mediados de abril de 2000. Al final, basándonos en la diferenciación ideológica, las opciones estratégicas y la forma y el contenido del discurso reflejados por ese conjunto de textos, reflexionaremos también sobre las estrategias de enmarcamiento del MAS-IPSP durante sus primeros momentos de existencia autónoma a finales del siglo XX como punto de partida para el análisis de marcos que realizaremos sobre los períodos cronológicos posteriores.

La división en dos frentes rivales del instrumento político creado en 1995 empezó a hacerse visible por alturas de la segunda edición del congreso campesino, que contaba en su núcleo duro a la CSUTCB, la CSCB y las Bartolinas. A comienzos de 1997, estas y otras organizaciones se dieron cita en Potosí para concertar una estrategia para los comicios generales que se acercaban. La aparentemente simple definición de la sigla bajo la cual debía presentarse el instrumento político acabó cristalizando la distancia entre la tendencia katarista influida por el indianismo aymara (que defendía la designación “Instrumento Político por la Vida”, registrada por el Eje Pachakuti) y la corriente de apoyo a Evo Morales que, aunque sin descartar totalmente un posicionamiento étnico, proponía una alianza transversal “antineoliberal, antioligárquica y antiimperialista” bajo la sigla Izquierda Unida, en torno a la experiencia electoral de la ASP en el campo cochabambino y al poder movilizador de los cocaleros chapareños⁴⁷².

⁴⁷¹ Entre otras obras, véase REINAGA, Fausto: *La revolución india*, La Paz, La Mirada Salvaje, 2010 [1970]. En este libro seminal se reivindicaba la figura del “indio” como condición política más que como esencia ontológico-cultural y se iniciaba la futura recuperación del indígena como sujeto político portador de un proyecto propio. Para una interpretación reciente de la obra, se recomienda CRUZ, Gustavo Roberto: “‘La revolución india’ de Fausto Reinaga: ideología y filosofía política descolonizadora”, *Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones latinoamericanas*, vol.2, n°2, pp.1-11

⁴⁷² GARCÍA ARGANARÁS, Fernando: “Congreso Político en Potosí”, *Presencia*, 28 de enero de 1997

Mientras tanto, la FSUTCC también se escindía en dos facciones, una conducida por Alejo Véliz (cuya influencia quedaría desde entonces limitada a un ámbito regional) y otra por Román Loayza. En el VIII Congreso de la Federación departamental, Véliz alertaba sobre el hecho de que “en nombre de la ASP, se está gestando un nuevo movimiento político que dice ser la cara urbana de la ASP” –se trata del futuro MAS-IPSP–, al cual buscaba restar legitimidad⁴⁷³.

Los dos caminos divergentes delineados por los entonces cada vez más rivales Véliz y Morales se distinguen claramente en sendas intervenciones con ocasión de un seminario organizado a finales de 1996, en Santa Cruz, por la Coordinadora de Solidaridad con los Pueblos Indígenas. Evo Morales ocupaba entonces el cargo de Secretario Ejecutivo de las Cinco Federaciones del Trópico Cochabambino, mientras Alejo Véliz era su homólogo en la FSUTCC y presidente nacional de la ASP. Para el líder cocalero, cuya conferencia trata de la relación entre la coca y el desarrollo económico, las políticas de erradicación de la hoja de coca planteaban fundamentalmente un problema de soberanía⁴⁷⁴, debido al sometimiento de las autoridades bolivianas a las presiones norteamericanas.

Al mismo tiempo, establecía una conexión triangular entre la libre importación impuesta por la doctrina neoliberal, la ruina de los productores locales y la consecuente obligación para las familias de plantar coca por motivos de supervivencia económica⁴⁷⁵. En ningún momento Evo evoca la herencia simbólica de la hoja de coca como objeto cultural. Más bien lo contrario, como prueban las siguientes palabras en el cierre de su intervención: “Estamos convencidos de que [la resistencia contra la erradicación] es una lucha con el neoliberalismo; que es una lucha económica, pero más ideológica.”⁴⁷⁶ En otras palabras, se inserta en una tradición nacionalista y antiimperialista tanto política como económicamente, más cercana al desarrollismo latinoamericano de los años 50 y 60 que a un modelo basado en la economía comunitaria y el rechazo al capitalismo occidental.

La conferencia de Alejo Véliz, por su parte, se integra perfectamente en el conjunto de documentos de la federación cochabambina y de la ASP que hemos examinado antes. Primero, introducía una digresión histórica que pretendía relacionar la lucha de los pueblos originarios con la constitución del

⁴⁷³ *Resoluciones del VIII Congreso Departamental de la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba, Arque, 29 a 31 de julio de 1997, s/l, 1997, pág.45.* No queda claro el porqué de la referencia al MAS-IPSP como la “cara urbana” del instrumento político campesino. Quizá signifique que se alejaba del estilo katarista que caracterizaba por entonces a la ASP y adoptaba una vía de carácter más “obrerista” o nacional-popular y abierta a alianzas con personalidades de medios urbanos (algo que sí sucedió pero sólo a partir de 2002). En todo caso, las resoluciones de la comisión Instrumento Político de este congreso prefiguraban las posiciones adoptadas en la tesis política analizada en las páginas anteriores. Dicha comisión define de la siguiente manera la inspiración filosófica del partido campesino: “La principal base filosófica de la ASP es el AMA SUA, AMA LLULLA, AMA QHELLA, AMA LLUNK’U, la PACHAMAMA y el TATA INTI, que es la Cosmovisión Andina.”, *id.*, pág.56

⁴⁷⁴ MORALES, Evo: “Coca y desarrollo económico, propuesta de los campesinos del Trópico cochabambino”, en *Seminario pueblos indígenas, originarios y desarrollo sostenible, realizado en Santa Cruz del 7 al 9 de diciembre de 1996*, La Paz, Ediciones Coordinadora de Solidaridad con los Pueblos Indígenas, [1996], pág.86

⁴⁷⁵ *Ib.*, pág.87

⁴⁷⁶ *Ib.*, pág.90

instrumento político, sosteniendo incluso que “el sueño de la construcción del instrumento político ha comenzado con el propio Atahualpa”⁴⁷⁷. Para el dirigente sindical, la base fundadora del partido correspondía a la unión de los movimientos indígena, campesino y colonizador, abierta a otros sectores (obreros, estudiantes, intelectuales, etc.) pero con una predominancia de la identidad indígena-originaria⁴⁷⁸. Aun así, presenta los fundamentos de la ASP como una mezcla de lucha de clases y de cosmovisión andino-amazónica⁴⁷⁹, una combinación que ya habíamos señalado en los otros textos.

5.1.2 – El instrumento político en el Congreso

Seis meses después, Evo Morales y otros tres dirigentes campesinos de Cochabamba llegaban al Congreso a través de las candidaturas uninominales de Izquierda Unida, apartando de vez a Alejo Véliz del protagonismo político. A partir de ese momento, y hasta las movilizaciones populares de comienzos de 2000, el Parlamento se convertiría en la principal fuente de visibilidad mediática para el movimiento cocalero, sacando partido de su posición como único opositor frontal al modelo económico implementado por los gobiernos del MNR, ADN y MIR desde 1985.

A pesar de las lagunas archivísticas que dificultan un análisis cronológicamente continuo, una serie de debates parlamentarios nos permiten conformar un panorama bastante detallado de los posicionamientos ideológicos de los diputados del futuro MAS-IPSP y de cómo eligieron enmarcar las principales problemáticas sociales y políticas de Bolivia a finales del siglo XX. En la mayoría de los casos, el orador es Evo Morales, con algunas participaciones de Román Loayza y de Félix Santos (ambos quechuas y respectivamente secretario y exsecretario ejecutivo de la CSUTCB), incluyendo también fragmentos de Néstor Guzmán, que dejaría el grupo pocos meses después. Los tres primeros prosiguieron su trayectoria en el MAS al terminar la legislatura, y por lo tanto podemos considerarlos representativos del pensamiento del partido.

El primer vector del discurso del MAS, en varios de los temas abordados en los debates (desde las presidencias de las comisiones parlamentarias al programa de subsidios Bonosol, pasando por los presupuestos nacionales y la militarización del Chapare), consistió en la crítica al sistema político-partidario. Para los parlamentarios elegidos por Izquierda Unida, la supuesta degeneración del

⁴⁷⁷ VÉLIZ, Alejo: “Instrumento Político de los Pueblos Originarios”, en *Seminario pueblos indígenas, originarios y desarrollo sostenible, realizado en Santa Cruz del 7 al 9 de diciembre de 1996*, La Paz, Ediciones Coordinadora de Solidaridad con los Pueblos Indígenas, [1996], pág.102

⁴⁷⁸ “A nosotros nos han mentido estos 504 años, diciéndonos que el indio no podía meterse a la política (...)”, *ib.*, pág.104

⁴⁷⁹ *Ib.*, pág.105

régimen y la corrupción de sus integrantes constituían el telón de fondo institucional que contribuía a explicar los problemas nacionales. Así lo resumía Román Loayza:

“¿Por qué no han controlado a la pobreza en estos 45 años? Por qué se han embolsicado [apropiado] tanto dinero que ha venido de otros países en nombre de los campesinos pobres, en nombre de los indígenas? Por eso, ese engaño, esa corrupción, no vamos a permitir ya”, RCD020698-181

Pero la “corrupción” era esgrimida no sólo en su sentido estricto de soborno o cohecho, sino que el conjunto del sistema –incluyendo el Congreso– era presentado como estructurado sobre fundamentos adulterados, como el nepotismo, el afán de riqueza e intereses personales, el electoralismo, el clientelismo o la protección de delitos.

Para los diputados masistas, la corrupción no afectaba al régimen, sino que era el régimen. Detengámonos en algunos pasajes emitidos desde la bancada de IU en que se pasa el mensaje de decadencia del sistema político, que a la larga derivaría en la reivindicación de una reforma de gran calado de la matriz constitucional. Evo Morales, a los pocos días de sentarse en su escaño por primera vez, afirmaba:

“(…) por eso se ha perdido *el prestigio del Parlamento Nacional*, la imagen del Parlamento es muy trillada, aquí no mandan razones, *aquí mandan negociaciones, mandan intereses de grupo (…), inclusive de criminales* que hay que tapar con esta clase de comisiones que están conformándose”, RCD200897-48

A menudo, las insistentes denuncias de las prácticas presuntamente deshonorosas de los parlamentarios de los partidos tradicionales eran comparadas con la transparencia, idoneidad y fidelidad a las bases de los diputados campesinos. En esta ocasión, Evo condenaba la compra de votos asociada a las campañas de las formaciones entonces dominantes y a los partidos personalistas, como CONDEPA y UCS:

“(…) pero los cuatro diputados [de Izquierda Unida] no hemos conseguido el voto con *prebendalismo, regalando aceites, regalando comida, (…), ofreciendo trabajos.*” RCD200897-48⁴⁸⁰

Una de las características centrales del sistema político-partidario boliviano de aquel entonces, la cultura de pactos entre las formaciones centrales, también se hallaba en la línea de mira del

⁴⁸⁰ Véase también la objeción de Loayza al despilfarro que representaban las campañas de los demás partidos: “(…) evidentemente, pertenecemos a un movimiento político, nadie miente, pero ese movimiento político es desde las bases, por eso no nos cuesta llegar a la diputación sin malgastar dinero, como ustedes han malgastado en sus campañas”, RCD020698-182

argumentario masista, debido a la distribución de “pegas” (enchufes, en castellano local) y de recursos públicos que tales pactos implicaban, a espaldas del interés popular. Como declaraba Román Loayza desde su escaño:

“Creo que ya es hora de no permitir la corrupción (...), hemos mentido al país durante 44 años, nos hemos hecho la burla de las mayorías nacionales (...) Además de eso para hacernos la burla de las mayorías nacionales, nos hacemos Pacto por la Democracia, Acuerdo Patriótico, Pacto por la Gobernabilidad y actualmente Megacoalición (...)”, RCD170298-265

Siempre que podían, los diputados masistas reconocían explícitamente su papel de portavoces de los sectores desfavorecidos u olvidados de la población. Tomemos como ejemplo la intervención del mismo Loayza a mediados de 1998, retomando su crítica a las consecuencias de la democracia pactada y relacionándola con las decisiones económicas tomadas por el gobierno de Hugo Banzer:

“(...) ninguna de las coaliciones ha respondido al país (...) la mayoría parlamentaria defiende a los ricos y yo, como diputado de los pobres, evidentemente desde mi cultura defiende a los pobres (...)”, RCD090698-313

El ataque permanente contra ciertas prácticas sospechosas de los miembros del Parlamento no se limitaba a denuncias de eventuales delitos, sino también la falta de ética profesional y de compromiso con la situación del país y de sus poblaciones desfavorecidas. A comienzos de 1998, tras un polémico aumento autoaprobado de la dietas de los diputados y del presupuesto del Congreso, el líder cocalero se pronunció contra el incremento, proponiendo una ley para rebajar dicha remuneración y acusando a los parlamentarios de desligarse de “los intereses económicos de la mayoría”⁴⁸¹, aprovechando asimismo para criticar la falta de asiduidad de sus colegas. Regresaremos a la noción de mayoría (o con frecuencia “mayorías nacionales”) más adelante.

Las embestidas de Evo Morales y Román Loayza no se dirigían exclusivamente al Parlamento, sino que abarcaban al conjunto de la arquitectura institucional boliviana. Así, también la justicia era acusada de tener un doble rasero ante los pobres y los ricos, los campesinos y los políticos, los indígenas y las élites mestizas o blancas, y de estar al servicio del gobierno más que responder a los intereses del bien común. El líder cocalero lo planteaba al afirmar lo siguiente:

“(...) cuando hablan de Ministerio Público veo que para mí es más un instrumento del Poder Ejecutivo (...) [que busca] empezar cualquier proceso judicial [y] de esa manera acallar un movimiento que

⁴⁸¹ RCD170298-262

evidentemente defiende la vida o los derechos humanos.”, RCD021097-69

Los vínculos venales y de amistad entre el poder judicial y las élites económicas, así como la inaccesibilidad de la justicia para las capas desfavorecidas, formaban igualmente parte del arsenal discursivo del diputado Morales, que proponía reforzar la separación entre los poderes político y judicial:

“(…) el juez depende de la plata, *el que tiene plata maneja a juez y a los pobres imposible que se nos haga justicia* y las comunidades campesinas qué hacemos, o las familias indígenas [qué hacemos] (...) *como despolitizar [el nombramiento de los jueces] (...) [para que] cualquiera de las autoridades que tienen que ver mucho con la justicia puedan estar al servicio del pueblo y no del partido.*”, RCD021097-70⁴⁸²

La tercera rama del Estado bajo los ataques continuos del grupo parlamentario del MAS eran las fuerzas de seguridad, tanto la policía como el Ejército. Más precisamente, no se trataban de críticas en contra de esas entidades en sí mismas, sino del uso desproporcionado de la violencia a que el ejecutivo recurría para contener a los movimientos de protesta popular, lo que llevaba Román Loayza a interrogar la Cámara en los siguientes términos: “¿Esos 10 muertos [cocaleros] no son humanos? ¿son perros para que los maten a bala?”⁴⁸³. Evo Morales, a su vez, cuestionaba en un sentido más amplio la legitimidad misma del monopolio de la violencia estatal:

“(…) si hemos planteado un pliego interpelatorio es justamente para demostrar como *el Gobierno está cayendo en la ilegalidad* (...) qué seguridad puede dar el Gobierno cuando masacran a los pobres [en el Chapare], *cuando los aparatos de represión se convierten en delincuentes y asesinos* (...)”, RCD020698-171 y RDC020698-173

Simultáneamente, las víctimas campesinas o cocaleras veían cómo las autoridades amparaban la impunidad de los represores, en buena medida debido a la creciente participación de unidades militares en operaciones de erradicación en el Chapare y los Yungas de La Paz. A mediados de 1998, Evo Morales intentaba demostrar la diferencia de tratamiento por parte del gobierno y de las instancias judiciales ante los abusos militares relacionados con la erradicación y las acciones de resistencia de los productores de coca:

“(…) *defenderse [los cocaleros] es delito, pero acribillar a hombres y compañeros en menos de dos meses*

⁴⁸² Lo mismo argumentaba su compañero de bancada Román Loayza unos meses después: “Evidentemente para los pobres en este país no hay justicia (...)”, RCD020698-209

⁴⁸³ RCD020698-181

no es delito, discutamos, humillar militarmente al pueblo no es delito, quitar su sobrevivencia no es delito, saquear, asaltar a las familias campesinas no es delito; pero decir una verdad es delito.”, RCD020698-107

Al mismo tiempo, el dirigente reivindicaba el derecho de las comunidades afectadas a organizarse para hacer frente a la violencia estatal, aprovechando la oportunidad para destacar la distancia que, en su entender, separaba las prioridades gubernamentales de las necesidades del “verdadero pueblo”:

“(…) en mi experiencia *si nos organizamos para defendernos frente al Estado [es] porque las llamadas organizaciones de seguridad en vez de dar seguridad más bien dan inseguridad* (…) y ahí creo que hay una enorme diferencia (…) de una vivencia del pueblo, *del verdadero pueblo que sufre*, que lucha por vivir frente a un gobierno o a un Estado que no quiere entender el problema económico, un problema de trabajo (…)", RCD021097-70

Del mismo modo, señalaba Loayza, la brutalidad de las autoridades contribuía a impulsar la solidaridad entre sectores subalternos⁴⁸⁴. Entre esos sectores se encontraban los propios soldados – que no la cadena de mando–, cuyas condiciones de trabajo eran denunciadas por Evo Morales como indignas⁴⁸⁵. Asimismo, Loayza los asimilaba a la extracción indígena-campesina y los invitaba a unirse al movimiento de protesta:

“Evidentemente para los pobres en este país no hay justicia (…), nos duele mucho y escucho con dolor tres, once muertos, evidentemente de la Policía también y un soldado también murió ahogado, *todos los muertos también es nuestra gente*, al Poder Ejecutivo no le hace falta porque nos es su gente. *Algún día estos compañeros nuestros, tanto los jóvenes del cuartel, como también los de la policía se van a dar cuenta*”, RCD020698-209

Se trata, a fin de cuentas, de una crítica al sistema institucional en su conjunto, incluyendo tanto las instituciones políticas como los órganos judiciales y las fuerzas de seguridad. El diagnóstico político del MAS concluía que estas debilidades de la arquitectura estatal cuestionaban la legitimidad del régimen democrático. En palabras de Evo Morales, durante un debate sobre el Presupuesto General del Estado en febrero de 1998:

“(…) cuando los gobernantes nos prometen muchas cosas, después no se cumplen, *verdaderamente eso desgasta, no solo al Parlamento, sino a la democracia en su conjunto* (…)", RCD170298-264

⁴⁸⁴ “*En ocho meses de Gobierno se han bañado con la sangre humilde*, señores ministros, esto no lo vamos a olvidar nunca, *esa ha de ser base para que concienticemos a nuestras bases*.”, RCD020698-182

⁴⁸⁵ RCD020698-178

Sin embargo, según el MAS, las anomalías institucionales identificadas –corrupción, nepotismo, favoritismo, violencia policial y militar– eran agudizadas por las conductas discriminatorias de los agentes estatales hacia los pobres y los indígenas y los privilegios otorgados a las élites locales y actores económicos foráneos. En ese sentido apunta otro fragmento de la participación de Evo en el mismo debate, en el cual se empezaba a establecer una conexión íntima entre la crisis político-institucional y el modelo económico neoliberal:

“(…) pero qué clase de democracia necesitamos en el país, *¿una democracia para atender solamente a una pequeña clase dominante* (...), una democracia donde sea la competencia o concurso de los millonarios? (...) yo he venido acá buscando una democracia con justicia, una democracia con igualdad de derechos, y no una democracia donde siga la injusticia (...), donde hay una cultura de impunidad, una cultura de encubrimiento (...) y dentro de ese marco (...) con seguridad pues que *vamos a tener una democracia no al servicio del pueblo sino una democracia donde la clase política está subordinada a las transnacionales, a los monopolios* (...), RCD170298-263

El diputado Román Loayza adoptó el mismo razonamiento en una interpelación al ministro de Gobierno Guido Nayar acerca de los sangrientos enfrentamientos entre productores de coca y militares en el Chapare en las semanas previas. En su intervención, colocaba en tela de juicio la propia carta magna del país, señalando su inclinación invisible a favor de las clases dominantes:

“(…) creo que para nosotros hay Ley para que nos repriman, para que nos maten, para que nos enrejen en la cárcel, pero para los ricos no hay cárcel, no hay sanción, eso se nota claramente, *creo que la Constitución Política del Estado también es para esclavizar, para sancionar a los pobres, pero menos para los ricos.*” RCD020698-182

En suma, los diputados de Izquierda Unida (que, a partir de 1999, representaron de hecho al MAS) asumieron el papel de elementos antisistema dentro de una de las instituciones clave de la democracia boliviana, adoptando un discurso de una extrema dureza hacia las instancias políticas, judiciales y militares. Su objetivo consistía en atacar las políticas económicas o represivas del ejecutivo o las deficiencias del sistema de partidos pero también en denunciar el sesgo excluyente del modelo estatal vigente, según ellos culpable de despreciar a una parte significativa de la población. Estas posiciones, todavía sin concretar en el plano de las propuestas, anticiparon la adopción por el MAS, sobre todo tras los sucesos de 2003, de la demanda por una Asamblea Constituyente, originalmente enarbolada por los indígenas de las tierras bajas.

La problemática de la exclusión –fuera por razones de clase o de etnia, o ambas– enlaza con el

segundo gran eje en torno del cual se estructuraba el discurso del instrumento político en esta fase inicial de su desarrollo: la crítica a las políticas económicas neoliberales llevadas a cabo por los sucesivos gobiernos desde el regreso al poder de Víctor Paz Estenssoro a mediados de los años 80. Su hito fundador, a menudo citado por los diputados de IU, fue el Decreto Supremo 21060 de 8 de agosto de 1985, que consagró la libre importación, la flexibilidad del empleo público y la liberalización de precios de bienes y servicios⁴⁸⁶.

Sin sorpresa, los efectos de la doctrina económica de apertura y desregulación de mercados eran valorados por el grupo campesino desde un punto de vista predominantemente rural, centrado en sus consecuencias sobre la tenencia de la tierra y la comercialización de los productos agrícolas. He aquí Evo Morales, en un debate acerca de la creación de un Defensor del Pueblo, lamentando la indefensión de los campesinos ante el poderío de los latifundistas y la debilidad de los sindicatos:

“(...) escuché que en Santa Cruz ya empezó la toma de tierras, campesinos sin tierras versus empresarios privados brasileños, japoneses, ya amenazaron con bloqueos de caminos (...) El problema de la tierra en Santa Cruz, por ejemplo, para el empresario (...) hay policía, hay militares, hay subprefectura, hay la prefectura, pero para el campesino que busca sobrevivir, no está buscando miles de hectáreas, solamente está buscando unas 35, 40, 50 hectáreas, ni siquiera tiene una Central Obrera Boliviana bien fortalecida (...)”, RCD021097-70

Para Morales y los suyos, dentro de la esfera rural adquiría especial relevancia el caso de los cocaleros del Trópico de Cochabamba, los más sujetos a las acciones de erradicación y también por ese entonces el sector más activo del país en la desobediencia frente a las políticas estatales. A lo largo de los debates parlamentarios hasta mediados del año 2000, la producción de hoja de coca fue presentada de forma sistemática como una cuestión esencialmente económica. El incremento de las áreas de cultivo en zonas no tradicionales era considerado una consecuencia directa de las políticas de liberalización del mercado laboral y de la libre importación. La siguiente larga cita de Evo es bastante representativa de esa relación entre neoliberalismo y obligatoriedad del cultivo de la coca:

“(...) pero cuando no tomamos en cuenta en el Presupuesto Nacional pues estamos diciendo y estamos invitando a que sigan cultivando coca en la zona del trópico de Cochabamba, y acá quisiéramos recordar de las políticas de libre mercado a partir del 21060. Creo que (...) estas políticas convocan a que los diferentes sectores relocalizados⁴⁸⁷, despedidos y con la libre importación, seguimos eliminando la importación

⁴⁸⁶ Respectivamente artículo 41°, 55° y 72° del DS. 21060, disponible en formato electrónico en la página del Ministerio de Economía y Finanzas boliviano (<http://www.economiayfinanzas.gob.bo>).

⁴⁸⁷ La “relocalización” –un eufemismo del decreto 21060 para los despedimientos en las empresas públicas– provocó un aflujo de antiguos funcionarios públicos hacia los valles. Parte de ellos se reconvirtió a la producción de coca.

tradicional, *pues estos sectores que llegan a plantar coca para sobrevivir* y cuando plantan coca dicen que es ilegal y nos meten bala (...) y cuando hay una protesta generalizada de los diferentes sectores, solo el Gobierno nos dice que está haciendo respetar la ley, que para hacer respetar la ley hay que masacrar a mineros y campesinos (...) *estamos condenados a seguir plantando coca con esta clase de presupuestos.*”, RCD170298-263

Pocos meses después, el futuro presidente del MAS describía con más detalle de qué forma la apertura del mercado boliviano a los productos agrícolas extranjeros y la liberalización de los precios agrícolas impedían la rentabilidad de cualquier otro producto alternativo a la coca. De acuerdo con esta perspectiva, la globalización económica y comercial tenía una doble responsabilidad: por un lado, empujaba los agricultores y los nuevos desempleados hacia el cultivo de coca por falta de mercados agrícolas viables y, por otro, alimentaba el narcotráfico por la presión creciente de la demanda de los consumidores de los países del Norte:

“El movimiento campesino nunca ha defendido el narcotráfico, que nos digan cuando hemos defendido el narcotráfico (...) evidentemente hay nuevos cultivos de coca, pero *¿por qué hay nuevos cultivos de coca?* Veo que todos los programas productivos han sido un rotundo fracaso (...) *la libre importación que es parte del neoliberalismo (...) elimina a los productores tradicionales*, no solamente en el Chapare, sino también otros sectores (...) y estos compañeros [perjudicados por la libre importación] prefieren entrar al Chapare a producir coca, vender la coca y comprarse papa. *¿Quién es culpable, señor Presidente, para que estas políticas eliminen la producción tradicional?* ¿Es la Central Obrera Boliviana? ¿Son las Confederaciones Campesinas del País?”, RCD020698-173

Notemos que Morales no negaba la realidad del narcotráfico, ni siquiera que una parte de la coca chapareña alimentase la producción de cocaína, sino que rechazaba la responsabilidad de los cocaleros sobre el destino final de sus cultivos y defendía a las plantaciones como una cuestión de supervivencia. En el mismo debate, Román Loayza reafirmaba esta línea argumentativa, al reclamar que “Tomen conciencia pues, señores Ministros, están con campesinos humildes, que defienden su vida, que defienden su hambre (...)”⁴⁸⁸.

A pesar de la insistencia en los problemas que afligían a las regiones rurales del país, las intervenciones de los diputados de IU concluían a menudo con una perspectiva más general sobre la condición de los “pobres”, no exclusivamente campesinos sino incluyendo menciones ocasionales al mundo obrero, a los trabajadores periurbanos o, como veremos, a las comunidades indígenas. Evo Morales nos proporciona un ejemplo, al declarar:

⁴⁸⁸ RCD020698-181

“(...) cuanto discutimos el Presupuesto General de la República, hablamos de *cómo resolver la pobreza*, estamos hablando de *cómo mejorar la calidad de vida de los campesinos, de trabajadores de los barrios marginales*, (...) ni siquiera estamos escuchando la demanda de los diferentes sectores como la Central Obrera Boliviana.”, RCD170298-263

En líneas generales, la principal prioridad económica de los parlamentarios de IU consistía en el combate a la pobreza. Sobre este tema, reclamaban un papel de representante del conjunto de los sectores desfavorecidos, aunque con la primacía dada al campesinado y, en el seno de este, al grupo de los productores de coca. Para tal fin, proponían cortar radicalmente con las principales medidas de los gobiernos anteriores, como el BONOSOL, un subsidio de vejez creado en 1996 por Sánchez de Lozada y financiado por la capitalización de las grandes empresas públicas. Desde sus orígenes, el MAS abogaba por una reformulación de cabo a rabo del modelo económico, rechazando los parches asistencialistas como el BONOSOL:

“(...) para mí el BONOSOL no es más que *una limosna del modelo neoliberal*, una limosna (...) sin sostenibilidad financiera, que es eso finalmente *un fracaso de la Ley de Capitalización, un fracaso del modelo neoliberal* (...) si queremos atender desde acá a las demandas de las regiones, de los sectores (...) hay que empezar en pensar cómo se ha de resolver la economía de los pobres que sobreviven trabajando, luchando (...)”, Evo Morales, RCD170298-263

Evo Morales y Román Loayza, de lejos los más activos de los cuatro diputados de su grupo, intentaban establecer un nexo lógico entre las deficiencias del sistema político que hemos detallado y la sordez gubernamental con respecto a las necesidades populares. Más precisamente, las acciones de represión contra los campesinos y obreros eran denunciadas como una cruzada en contra de los sectores populares, como en estas palabras de Morales:

“(...) pero cuando ya [son] Gobierno, pues *se olvidan de combatir la pobreza, si hay que combatir a los pobres*.”, RCD020698-175

En resumen, la ausencia de resultados sociales del neoliberalismo a la boliviana era considerada por los diputados campesinos no tanto como un fracaso del modelo implementado desde mediados de los años 80 sino más bien como una condición necesaria al mantenimiento de un régimen fundado en la opresión de una oligarquía sobre la gran masa de trabajadores agrícolas y urbanos. Así lo plantea el líder cocalero, en una intervención sobre la ocupación por las Fuerzas Armadas de una radio de colonizadores:

“(…) este hecho y con el anteproyecto [de la Ley de Defensa y Seguridad Nacional] parece que nos hace recordar las épocas llamadas política de doctrina de seguridad nacional, de que hay que atacar al enemigo, el enemigo es el comunismo, el rojo; con ese pretexto hay que atacar a los dirigentes de la Central Obrera Boliviana (...) *creo que estos hechos demuestran que no hay interés de resolver problemas económicos de los pobres en Bolivia* (...) la pobreza no creo que se erradique comprando armamento, armamento ¿para qué? (...) ¿será que (...) mediante la represión se resuelve los problemas?”, RCD170298-264

Estos momentos inaugurales de la presencia de los diputados del futuro MAS en el Parlamento demuestran un intento de construir un relato –en esta primera fase todavía embrionario– basado en la oposición entre pueblo y élites, con variantes léxicas para ambos términos, como “mayorías nacionales” o a veces “pueblos indígenas” para el primero y “oligarquía” o simplemente “ricos” para el segundo. En simultáneo a este movimiento populista (en el sentido que Laclau atribuye al concepto⁴⁸⁹), los parlamentarios de IU blandían a menudo sus raíces campesinas y sindicales para afirmarse como los legítimos guardianes de los intereses populares. Evo Morales, ante una demanda de expulsión de la Cámara de Diputados contra él y Loayza, reivindicó su origen campesino y arremetió contra los profesionales de la política:

“(…) *quien no vive la pobreza, quien no conoce la realidad de las familias campesinas*, de los humildes compañeros, quien sólo está abocado en como hacer una guerra a los quechuas, aymaras de Bolivia, (...) pues tienen miedo a dos diputados (...) *seguramente a algunos Diputados de acá no les gusta pues que estemos acá campesinos sentados* (...) si queremos más bien dar una mala imagen al Parlamento y alejar a *los Diputados que realmente representan al pueblo*, usted sabe y el pueblo boliviano sabe que *he sido el diputado más votado en el país* (...)”, RCD020698-107

Como se observa, Morales, con arrogancia de líder, no dudaba en ostentar su condición de diputado uninominal más votado en porcentaje y en asociar su persona con el propio movimiento campesino. En algunos momentos, el dirigente cocalero echaba mano del humor y de la ironía para realzar las diferencias entre su grupo parlamentario y los restantes partidos:

“(…) *parece que los Ministros de Gobierno van a ser mis jefes de campaña para las próximas elecciones*

⁴⁸⁹ La situación política y socioeconómica boliviana en la vuelta del siglo propiciaba un discurso populista. Por un lado, la distancia aparente entre las élites políticas y económicas y las capas populares se agrandaba, debido por ejemplo a los frecuentes casos de corrupción o nepotismo. Por otra parte, la ausencia de respuestas del Estado a las múltiples demandas sectoriales abría las puertas al establecimiento de un vínculo de equivalencia entre esas reivindicaciones no satisfechas. El éxito electoral del MAS pudo haberse debido –esa es la tesis de Harten, por ejemplo– a su capacidad de asumir el papel de articulador discursivo y movilizador (esto es, en las instituciones y en las calles) de esa cadena de equivalencia en contra de una oligarquía que no compartía sus orígenes campesinos y étnicos.

*nacionales*⁴⁹⁰ y estos son, con que plata hacen solicitadas [mensajes pagados en la prensa] justamente con la plata del pueblo boliviano para emprender una campaña sucia, criminal y desigual a los pobres que defienden la vida (...), RCD020698-107

Notemos que la virulencia de los ataques de las autoridades oficiales contra el sindicalista del Chapare contribuyó de manera significativa para su visibilidad pública en estos años de conflictos casi cotidianos en la selva cochabambina entre productores de coca y militares. Evo Morales se burlaba de estas invectivas, que como veremos continuarían hasta los días de la Guerra del Agua:

“(...) los gobiernos constantemente cada día nos acusan que nosotros somos narcotraficantes, *Evo Morales es el Canciller del narcotráfico*, que me demuestren, *Evo Morales es el protector del narcotráfico*, *Evo Morales después es subversivo*, *es borracho*, *bueno*, *Evo Morales es todo finalmente*.”, RCD020698-177

En estos primeros años de existencia del instrumento político, la transversalidad temática de la cuestión de la hoja de coca atañía tanto a las cuestiones de la represión estatal o del modelo económico neoliberal como a la problemática de la soberanía nacional y la influencia externa. Los diputados de IU aprovechaban su cercanía con el problema de la producción de la coca para abordar distintos temas relacionados. Sin embargo, la cuestión de la revalorización de las culturas indígenas no parece incluida en esa transversalidad. Al menos en los debates parlamentarios y en los documentos del partido que analizaremos a continuación, eso no se verificaba a una escala significativa. Por estas fechas, la relevancia de la coca derivaba básicamente de su valor económico.

Detengámonos en el tema de la soberanía territorial y de la intromisión foránea en los asuntos internos bolivianos. Además de la ya mencionada influencia de los organismos financieros internacionales sobre las políticas económicas nacionales, la presencia de militares estadounidenses en el Trópico de Cochabamba, el adiestramiento que estos proveían a las fuerzas bolivianas y la imposición por parte de la embajada americana de los programas de erradicación de la coca acaparaban las denuncias de los parlamentarios masistas en la Cámara de Diputados. A 19 de marzo de 1998, Morales y Loayza presentaron una Petición de Informe Oral al Ministro de Defensa sobre la creciente militarización del Chapare y de los Yungas. Una de las seis preguntas consistía en averiguar “si la intervención directa de las Fuerzas Armadas en la erradicación de la hoja es bajo condicionamiento del gobierno de Estados Unidos para la cooperación económica para la Lucha contra el Narcotráfico en Bolivia”⁴⁹¹.

⁴⁹⁰ Se equivocó el dirigente cocalero: en las elecciones de 2002, el “jefe de campaña” de su candidatura sería el embajador estadounidense Manuel Rocha, que al declararse contra Evo Morales le dio un impulso decisivo para su segundo lugar en las urnas. Evo le agradecería irónicamente días después. Cf. LT280602

⁴⁹¹ RCD240398-102

En el debate sobre su petición, y como respuesta a la utilización de los militares en tareas de erradicación bajo impulso extranjero y en defensa de las transnacionales, Evo Morales contraponía una visión de las Fuerzas Armadas como defensoras de la integridad del territorio ante la supuesta amenaza chilena, a fin de interrumpir el proceso de desprestigio de las instituciones militares:

“(…) ustedes saben, el pueblo boliviano sabe, nos dicen servir a la Patria pero *los soldados quechuas, aymaras tenemos que ir a cuidar a las gasolineras, no es eso servir a la patria* (...) con permitir que las Fuerzas Armadas sigan entrando a reprimir a los pueblos, a los campesinos en este caso, antes a los mineros de la Central Obrera Boliviana, *pues seguimos devaluando o desprestigiando a las Fuerzas Armadas* (...) que se nos explique (...) cual la estrategia de las Fuerzas Armadas para cumplir con la Constitución Política del Estado (...)”, RCD240398-103

Mientras denunciaba la carrera armamentista de Chile y las incursiones de los terratenientes brasileños en el oriente boliviano, Morales cuestionaba las prioridades definidas por el Ejecutivo en sus inversiones militares sin nunca atacar directamente a las Fuerzas Armadas e incluso tratándolas como víctimas de políticas equivocadas, una postura que no cambiaría a lo largo del período del MAS en la oposición⁴⁹²:

“(…) estos 10 000 fusiles [comprados por el Ministerio de Defensa] *es para enfrentar este potencial bélico de las Fuerzas Armadas de Chile o es para intervenir a las zonas cocaleras* (...) yo respeto a las Fuerzas Armadas, hay que potenciarlas, hay que fortalecer para que *las Fuerzas Armadas pues hagan respetar el territorio nacional y no creo que las Fuerzas Armadas [estén] para oprimir al pueblo* (...)”, RCD240398-103

La exigencia de respeto a la soberanía territorial boliviana enlazaba con las críticas a la presencia de tropas estadounidenses en el Chapare, su responsabilidad en la militarización de la región y en la instalación de un clima de guerra entre cocaleros y soldados:

“(…) *porque no puedo creer, señor Presidente, que norteamericanos uniformados y armados ahora se conviertan como salvadores de los compañeros campesinos de la zona del trópico* (...) Las semanas pasadas uniformados regalando kilos de maíz, repartiendo ropas usadas, ofreciendo medicinas, incluso vacunándolos, averiguado no tienen permiso del Ministerio de Salud para vacunar en la zona, *no será que están intentando no sé como la Embajada americana tal vez en complicación* [sic] *con el Ministerio de Defensa, se aplique la guerra de baja intensidad?*”, RCD240398-103

⁴⁹² Recordemos la visita y la intervención de Evo Morales al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas en diciembre de 2005, en plena campaña electoral, a las que regresaremos más adelante.

La cuestión de la relación entre una institución plural como las Fuerzas Armadas y la defensa de la soberanía y del interés nacional nos permite abordar el cuarto elemento sobresaliente del discurso de los diputados campesinos durante esta primera fase: la idea de pueblo y su vínculo con la identidad étnica como complemento del más obvio posicionamiento clasista, que contrastaba con el acercamiento de las ideas de la ASP al katarismo más radical expuesto en los documentos ya revisados. Aún en el marco de su petición al ministro, Evo Morales subrayaba el componente indígena de las tropas de rango inferior, aunque no tanto como una identidad predominante sino más bien como una declinación interna y subordinada a la noción de pueblo boliviano en su acepción nacional-popular e incluso al sector campesino en su conjunto:

“(...) pienso que la tarea de las Fuerzas Armadas sobre todo debe ser como preservar la integridad del territorio nacional y *no unas Fuerzas Armadas para que intervenga a los campesinos, a los trabajadores (...), que intervengan a las poblaciones campesinas me parece equivocado (...)* *fácilmente se instruye o se ordena a las Fuerzas Armadas para reprimir a su pueblo (...)* pero si se instruye a que *los soldados quechuas, aymaras, pues tienen que intervenir en la erradicación de cultivos de coca, quienes son los que cultivan coca? Evidentemente también son quechuas, aymaras, en las naciones de la Amazonía (...)* pero cual es el resultado, el resultado es que *los soldados salen a enfrentar a las comunidades campesinas* de la zona del trópico y cuando ven a su papá, a su mamá, a sus hermanos, a sus compañeros de trabajo lo único que hacen es darse la vuelta o amargarse o taparse con el casco y a la vuelta al cuartel lo único que hacen los Comandantes es tratar de cobardes y para después torturarles (...) entonces me parece un error que tal vez de carácter político de *como seguir pensando que los soldaditos, soldados quechuas, aymaras, vayan a enfrentar a su pueblo (...)*”, RCD240398-103

La interpenetración de estas distintas categorías –pueblo, campesinado e indígenas-originarios– fue constante en las intervenciones parlamentarias de Evo Morales y sus correligionarios. En ciertos casos, adquirirían significados permutables, como cuando Román Loayza, durante una alocución sobre la violencia militar contra los cocaleros, pedía protección para estos a través del respeto al Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) sobre Pueblos Indígenas y Tribales en Países Independientes, ratificado en Bolivia en 1991⁴⁹³. Resulta significativo que dicho convenio fuese traído a colación como una forma de oponerse a la Ley del Servicio Nacional de Reforma Agraria (la llamada ley INRA), que se temía poder utilizarse para quitarles tierras a los colonizadores de los valles cochabambinos y del altiplano. No nos parece demasiado arriesgado sugerir que –en este como

⁴⁹³ Evo Morales también cita el Convenio 169 en una intervención acerca de la protección de los derechos humanos por el Defensor del Pueblo: “Tenemos muchos marcos legales (...) el convenio 169 de la OIT, que evidentemente reconoce el derecho consuetudinario de los pueblos originarios, pueblos indígenas, ¿pero se aplica en este momento? Más bien lamentablemente y espero que el actual gobierno pueda corregir la ley INRA (...)”, RCD021097-70

en otros casos— el recurso a la identidad étnica haya servido para legitimar reclamos hasta entonces exclusivamente amparados en una visión sindicalista o “campesinista” heredada del experimento revolucionario de 1952.

Esta misma idea es confirmada por una de las primeras intervenciones de Néstor Guzmán, futuro disidente que se juntaría al MIP. Expresándose en quechua en un debate sobre las comisiones parlamentarias, el diputado imbricaba las denominaciones de tipo clasista y étnico pero con prevalencia de las primeras:

“(…) *¿quiénes son los explotados, marginados y discriminados? (...) los hermanos trabajadores* [de la COB] necesitan empleos en esta ciudad (...) [IU pide la Comisión de Derechos Humanos] porque *la mayor parte de los trabajadores del país, del campo y de la ciudad* estamos fuera de nuestros derechos (...) nosotros estamos viviendo pues, en contaminación de distintas partes del país (...) esas minas (...) están intoxicando a *nuestra familia campesina* que vivimos en los lugares adyacentes (...) esos recursos naturales obviamente no están implantados o plantados en la ciudad, sino *están en las comunidades campesinas, en todo el territorio boliviano que ocupan los pueblos originarios* (...) vamos a informar *al pueblo de Bolivia y el pueblo de Bolivia* no dará tarea a tomar qué caminos (...) las voces que tienen los propios *compañeros trabajadores del pueblo* en este Hemiciclo Parlamentario (...) vamos a ir viéndonos qué tipo de diputados somos, *defendemos a que clase y a que clase no defendemos, cuando se habla obviamente que somos campesinos* (...) *los originarios* están sirviendo a esos ganaderos día y noche aunque sea lluvia, y otros andando feliz en la Cámara por tener plata.”, RCD200897-51 y 52

Se nota, una vez más, que por encima de las masas campesinas, de los trabajadores y de los pueblos originarios se coloca una entidad superior que contiene a las categorías anteriores pero que las trasciende, y que esa entidad es el pueblo unitario. Este concepto de pueblo, inspirado inicialmente en dosis iguales por las tradiciones nacionalista y comunista, también se encontraba presente en muchas de las intervenciones de los demás diputados de IU, bajo esta u otras denominaciones con cargas semánticas algo distintas.

Evo Morales, por ejemplo, insistió con frecuencia en la noción de “mayorías nacionales”. Este término se desvinculaba en parte de la retórica nacionalista y se abría a la construcción de una interpretación sociológica de corte populista, añadiéndole una referencia a la estratificación étnica que había caracterizado la sociedad boliviana durante todo el siglo XX y que se solapaba a la desigualdad económica. A los pocos días de la toma de posesión de Hugo Banzer, el líder sindical declaraba:

“*El pueblo boliviano sabe* que el sector más afectado en términos de los Derechos Humanos *somos los quechuas, aymaras, guaraníes* no solamente por la represión, sino fundamentalmente [por] las políticas

En la misma intervención, Morales solicitaba la presidencia de dos comisiones para IU en nombre de los pueblos originarios del país y como sus delegados en el Parlamento. Además, emergía en sus palabras una breve alusión a la mitificación de la ecología indígena que había caracterizado los primeros textos del instrumento político antes de su escisión interna:

“¿Por qué nos correspondía la Comisión de Política Social? *Ahí está el tema de etnias, ahí está el tema de naciones originarias o comunidades originarias* y si queremos entender esta situación creo que estamos en la obligación de dar [la comisión] sobre todo a *representantes originarios*, tampoco se nos ha concedido Desarrollo Sostenible, es verdad que *el Movimiento Originario vive en constante armonía con la naturaleza (...)*”, RCD200897-48

Localizamos en las actas parlamentarias otras muestras de la incipiente connotación étnica del discurso masista, acercándose momentáneamente a la trayectoria indianista seguida por la ASP. En la mayoría de los casos, el orador era Román Loayza, lo cual parece explicarse por haber ocupado puestos de liderazgo sindical al lado de Alejo Véliz y haber compartido parte de su recorrido ideológico. Así, no sorprende que haya sido Loayza a referirse al papel de los pueblos indígenas en la historia de Bolivia:

“*Históricamente los aymaras originarios, quechuas, tupi-guaraníes hemos luchado, hemos resistido, hemos resistido para sacar a los invasores, hemos encendido la mecha antes que Don Pedro Domingo Murillo, hemos luchado también contra los criollos para tener la Reforma Agraria, ahora estamos luchando también para tener nuestro territorio*, por eso creo que los dos Ministros se han equivocado (...) en desalojar a los compañeros productores de hoja de coca”, RCD020698-181

También Evo Morales, en contadas ocasiones⁴⁹⁴, reivindicó los valores indígenas-origenarios ante la degeneración del sistema político e institucional de la democracia pactada. En la siguiente frase, el dirigente cocalero criticaba la fuerza aplastante del rodillo parlamentario de la mayoría en las sucesivas Cámaras de Diputados:

⁴⁹⁴ En otra ocasión, Morales citó a otro instrumento internacional sobre pueblos indígenas para denunciar los ataques a las tierras ocupadas por los cocaleros: “(...) pareciera ser que de nada sirve que [Bolivia], como Estado, sea parte de las Naciones Unidas: ustedes saben que el año 1993, las Naciones Unidas proclaman el Decenio Internacional de las Poblaciones Indígenas?” Y proseguía, una línea más abajo: “¿Estas normas legales vigentes a nivel internacional no se respetan? Los más afectados somos los campesinos (...)”, RCD020698-175. En realidad, el Decenio se celebró a partir de 1995.

“(…) lo que yo veo es que nunca recogemos el *Ama sua, ama llulla, ama qella como una ley cósmica de las naciones originarias en Bolivia*⁴⁹⁵ (…) desde acá [el Parlamento] *se sigue engañando al pueblo boliviano* y eso evidentemente preocupa (…”, RCD090698-314

Estas manifestaciones ocasionales de reivindicación de la identidad indígena-originaria, a pesar de su relevancia como indicios de una tendencia de largo plazo, se encontraban en la mayoría de los casos entremezcladas con categorías provenientes de la terminología de la izquierda latinoamericana clásica. Observemos otra intervención del diputado Loayza, donde se insistía en la expoliación histórica de las tierras y recursos naturales, aunque centrándose en el medio siglo transcurrido desde la Revolución Nacional, y se reconocía el sutil cambio identitario del sector agrícola sin renunciar a una retórica clasista:

“(…) estamos en 46 años de Reforma Agraria, y en los 46 años de Reforma Agraria *los campesinos llamados indígenas originarios somos más pobres que aquella vez*, cuando el pongueaje [servicios prestados al patrón] era gratuito, hemos perdido nuestros recursos naturales, tanto el subsuelo y suelo, *hemos regalado nuestros recursos naturales a los europeos y últimamente a los americanos, ¿y qué beneficio para el sector explotado pobre?* Creo que ese beneficio ha llegado solamente para las minorías nacionales, que son también los hijos de la rosca oligárquica. *Creo que es hora de pelear en favor de las mayorías nacionales*, que en este momento están sufriendo (…”, RCD170298-265

La intersección de ambas opresiones –la económica y la étnica– puede ser encontrada en otras contribuciones de los diputados de IU al debate en la Cámara. En el siguiente fragmento, Evo Morales buscaba integrar la creación del instrumento político en una historia estructural de resistencia secular desde la Conquista española, pero regresando luego a una oposición de tipo económico que se calcaba sobre el combate anticolonialista:

“(…) aquí hace unos momentos he escuchado a algunos ministros acusar la ASP, pero *es una confrontación de fondo, de carácter ideológico; la lucha de hace 500 años se repite*, señor Presidente, la historia se repite acá, que so pretexto de lucha contra el narcotráfico lo que quieren hacer es como eliminar a un sector (…) *nuestro gran pecado, nuestro delito es ser pobres* (…”, RCD020698-178

En esa línea podemos situar dos otras intervenciones en el mismo día, la primera de Román Loayza (“Por qué se han embolsicado tanto dinero que ha venido de otros países en nombre de los campesinos

⁴⁹⁵ Tríptico básico de los principios morales precolombinos, significa “No robes, no mientas, no holgazanees” en quechua.

pobres, en nombre de los indígenas?”⁴⁹⁶) y la segunda del mismo Evo Morales, en la cual equiparaba el movimiento campesino con las principales etnias autóctonas de las tierras altas:

“(…) *el quechua, aymara ha sobrevivido más de 500 años ¿qué nos cuesta resistir, sobrevivir bajo represión durante cinco años? (...) aquí hay una política de genocidio, hay una bronca contra el movimiento campesino, contra los quechuas-aymaras (...)*”, RCD020698-206⁴⁹⁷

En el conjunto de los documentos localizados en los Redactores de la Cámara de Diputados hay algunas referencias más a los quechuas, aymaras o pueblos originarios en general. Sin embargo, casi todas ellas se diluyen entre otros sectores populares enumerados. Tomemos un ejemplo de octubre de 1997, cuando Evo Morales se pronunciaba acerca de la creación de la figura del Defensor del Pueblo:

“Cuando dice Defensor del Pueblo, pienso acá, *estamos fundamentalmente hablando de trabajadores, campesinos, indígenas, de gente desposeída*, porque la historia demuestra que quiénes hemos sido afectados en nuestros derechos han sido justamente *trabajadores, campesinos y no tanto la otra clase (...)*”, RCD021097-69

Estos indicios documentales muestran que la influencia de los valores culturales indígenas, de la memoria histórica de su resistencia o de sus derechos colectivos no estaba totalmente ausente, pero sin alcanzar la centralidad que ocupaba en los planteamientos ideológicos de la ASP o del katarismo aymara que inspiraría la creación del MIP en el año 2000. En febrero de 1998, en el transcurso de un debate acerca del Presupuesto General del Estado de ese año, el mismo Evo Morales reiteraba su mensaje de que el gran desafío del instrumento político consistía en resolución de los problemas económicos de las “mayorías nacionales”, dejadas al margen por el modelo neoliberal y el déficit de representación del régimen democrático, y a las cuales atribuye un significado eminentemente económico. Para el Evo Morales de 1998, las mayorías nacionales y los pobres son sinónimos:

“(…) parece que no hay interés en resolver los intereses económicos *de las mayorías nacionales (...)* estos hechos demuestran que no hay interés de resolver problemas económicos de *los pobres* en Bolivia, no hay interés en resolver los problemas económicos de *quienes realmente necesitamos del Parlamento, del Poder Ejecutivo*, parece que no hay interés de resolver los problemas económicos *quienes días y noches pasan hambre y miseria*, parece que no hay interés de *atacar realmente la pobreza (...)*”, RCD170298-262 y 264

⁴⁹⁶ RCD020698-181

⁴⁹⁷ Una intervención similar, antes parcialmente citada, rezaba: “(...) quien no vive la pobreza, quien no conoce la realidad de las familias campesinas, de los humildes campesinos, quien solo está abocado en como hacer la guerra a los quechuas, aymaras de Bolivia (...)”, RCD020698-107

Poco después, el que llegaría a la presidencia siete años después puntualizaba qué grupos estaban contenidos en el seno de las mayorías, insistiendo en una perspectiva clasista con preferencia dada al proletariado rural y urbano:

“(…) [para saber] si estamos dispuestos a seguir *llevando al hambre y la miseria de las mayorías nacionales*, pues háganlo quienes están convencidos para seguir *llevando al hambre y la miseria a campesinos, trabajadores y los diferentes sectores* (...) no podemos ser cómplices de un presupuesto que *va a dañar fundamentalmente a las mayorías nacionales*.”, RCD170298-264 y 265

En definitiva, la defensa de las mayorías nacionales, así como la defensa de la hoja de coca, se postulaba desde un punto de vista económico, relacionado con la distribución de riquezas entre capas antagónicas de privilegiados y desfavorecidos en el tejido social del país. Otros factores emparentados eran la desigualdad de oportunidades y la iniquidad en la aplicación de las leyes. Pero, para IU y el futuro MAS, el elemento que más veces surgía como destinatario de su discurso era el concepto de pueblo. Aunque ya dimos algunos ejemplos de su utilización, indagemos un poco más en el contenido de un término tan ambiguo como –acaso debido a esa ambigüedad– políticamente poderoso y cronológicamente duradero.

En la definición de pueblo tal y como era empleado por los parlamentarios masistas, la primera característica que destacaba era la autoidentificación: en efecto, Evo Morales y sus correligionarios no dudaban en colocarse dentro de un “nosotros” que pretendía dejar del otro lado de la barricada a sus contrincantes políticos. Ilustrativa de esa tendencia es la respuesta de Román Loayza a una demanda de expulsión contra Evo Morales y su persona por apología de la violencia:

“(…) *nosotros somos de ese pueblo que está sufriendo en este momento*, creo que para ese pueblo ni siquiera hay derechos humanos (...) les pregunto a los H. Diputados (...) [si los diputados] *somos de verdad defensores a ese pueblo sufrido, a ese pueblo pobre, o defensores a ese pueblo rico que en este momento goza de todo, este país está lleno de pobres, el 75% somos pobres* (...)”, RCD020698-107

El mismo Román Loayza reforzaba, poco después, la distancia entre los “suyos” –los explotados, los marginados, los pobres, términos con presencia recurrente en las alocuciones de los diputados de IU– y los miembros de las élites políticas y económicas, cada cuales con sus representantes en el Congreso:

“¿A quiénes les ha servido [la reforma agraria]? *Les ha servido a muchos terratenientes, a muchos*

ganaderos, que aquí mismo están representando, y estamos dispuestos a enfrentar, a pelear, aunque no sabemos bien el lenguaje castellano, pero nos vamos a hacer entender. *Aquí también está mucha gente que representa a los pobres (...)*”, RCD020698-181

El propio Néstor Guzmán, incluso después de su salida del grupo de IU y expresándose en quechua (aunque sin incorporar reivindicaciones de cariz étnico en sus discursos), se ponía al servicio del movimiento protagonizado por aquellos que, según él, “*hacían pueblo*”:

“(…) en el tiempo de la dictadura, *el pueblo, lo que llamamos pueblo, toda la gente estaban pisados* y ahora dentro de la democracia estamos, pero ahora seguimos lo mismo, nada ha cambiado (...) *estos dominados los que están haciendo pueblo*, yo tengo que informar a la gente de Bolivia entera (...) de cómo actúa aquí el Gobierno”, RCD090698-255

Pero el campeón de las referencias al pueblo boliviano era incontestablemente Evo Morales. En una de sus primeras intervenciones ante el Parlamento, transcrita en menos de una página en el Redactor, el sindicalista orureño mencionaba nueve veces el vocablo. Aunque con significados en apariencia distintos: en ciertos casos, equivale a la opinión pública (“[...] muy preocupado de ver como se maneja el Parlamento, el pueblo boliviano, especialmente los antiguos parlamentarios saben como se maneja [...]”⁴⁹⁸); en otros, quizá la mayoría, adquiere un valor más neutro, aplicado al conjunto de la población, pero que en el fondo funciona como una forma de dirigirse a los sectores excluidos o marginados sin necesidad de alienar otras capas sociales, más desahogadas económicamente pero también desencantadas con el sistema político-partidario y los resultados del modelo neoliberal⁴⁹⁹.

Acaso debido a su experiencia de las prácticas de gestión sindical, Evo Morales no sólo asumía el papel de representante o incluso parte del mismo pueblo al que hacía constantemente mención, sino que actuaba —e invitaba los demás partidos a actuar— como si estuviera delante de él y fuera por él vigilado. Al justificar su voto en contra del presupuesto nacional de 1998, sostenía lo siguiente:

“(…) *es importante ser honesto con el pueblo*. No se trata de someterse a la instrucción del Poder Ejecutivo, sino *es importante me parece someter al pueblo boliviano* (...)”, RCD170298-294

Trasladada de la férrea organización sindical de los productores de coca, la idea de transparencia

⁴⁹⁸ RCD200897-48

⁴⁹⁹ Un solo ejemplo, entre muchos: “(…) si están cometiendo ese error [negociaciones ocultas entre ADN y MNR] lo único que estamos haciendo es faltar respeto [sic] al pueblo boliviano, personalmente no vengo aquí a eso, ni a mentir al pueblo boliviano”. RCD200897-48

ante las bases (en este caso, los ciudadanos) tenía además el mérito de calar favorablemente entre los votantes más desconfiados con respecto a las buenas intenciones de los trabajos parlamentarios. Por otro lado, recordemos que uno de los problemas más debatidos de la arquitectura institucional boliviana era el desequilibrio entre el ejecutivo y el legislativo después de cada segunda vuelta congresal: la exigencia de independencia del Parlamento reclamada por Morales buscaba denunciar esa situación dañina para la división de poderes.

Resumiendo, los registros en el Redactor de la Cámara de Diputados de los primeros años de actividad parlamentaria de los legisladores de IU permiten establecer un retrato detallado de sus temas prioritarios y de sus planteamientos políticos y económicos. Estos no corresponden precisamente a lo que se podría esperar tras la lectura de los documentos fundadores de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos, creada a comienzos de 1995 por las organizaciones sindicales campesinas, y contribuyen a comprender las especificidades ideológicas sobre las cuales se fundó el MAS-IPSP en 1999.

La principal diferencia, desde luego, es el carácter secundario que los parlamentarios atribuyen a la dimensión étnica, tanto en el diagnóstico histórico como en sus alternativas de modelo político y económico, algo que se había impuesto rápidamente en los textos de la ASP. Como advertimos, la mayoría de las veces las referencias de los diputados a la identidad indígena se subordinan a razonamientos de orden clasista o nacional-popular, con los grupos originarios incluidos en clasificaciones más generales como “los pobres”, “el pueblo” o “las mayorías nacionales”, o aun a menudo equiparados o integrados en la vasta categoría de los campesinos.

Una segunda diferencia consiste en la clara aceptación de las formas sindicales como estructura de base para la resistencia social y la participación política. Recordemos que la Tesis Política de la ASP pretendía desligarse del sindicalismo clásico, acusándolo de frenar la vitalidad revolucionaria de las comunidades originarias. Los diputados y futuros impulsores del MAS prefirieron reconocer la vigencia histórica del sindicalismo obrero y campesino y tradujeron ese reconocimiento por una fidelidad a contracorriente a la COB –despreciada por Véliz, Quispe y otros dirigentes campesinos–, la prioridad dada a las desigualdades económicas y el mantenimiento de su núcleo duro en las combativas bases cocaleras, influidas por la tradición sindical de los mineros relocalizados.

Por último, y a pesar de la lógica relevancia atribuida a la cuestión de la hoja de coca (utilizada transversalmente, como vimos), la bancada de IU intentó ampliar su radio de acción, tomar posición en los ámbitos institucional y económico nacionales y funcionar como el portavoz de aquellos que no se creían representados por las doctrinas y prácticas compartidas por los partidos centrales. Pero –ahí reside la tercera diferencia con relación al proyecto inicial del instrumento político– lo hizo echando mano de categorías incluyentes y que no por clásicas habían perdido su eficacia potencial. Terminemos este apartado ilustrando lo que acabamos de afirmar con una última cita de Evo Morales,

en la cual constatamos de forma clara los tres pisos de la tradición a que remite el MAS, a saber, el llamamiento al pueblo (en este caso “los pobres”) y la doble pertenencia al movimiento campesino y al sindicalismo obrero:

“(…) [Morales solicita que se confirme que hay quórum reglamentario] porque estamos debatiendo un problema no solamente productores de coca – Gobierno, *es un problema nacional* (...) Creo que el tema va mucho más allá de una interpelación, de un debate dentro del Parlamento, *[va] sobre la vida misma de los pobres de Bolivia. El movimiento campesino, el que históricamente ha soportado represión, masacres, intimidaciones, expulsión y marginamiento* (...) hay que reprimir, hay que masacrar al movimiento campesino, *porque de manera disciplinada el movimiento campesino del trópico responde a la convocatoria de la Central Obrera Boliviana* (...) La Central Obrera Boliviana convoca evidentemente a movilizaciones permanentes para que *los trabajadores tengamos derecho* a un incremento salarial”, RCD020698-170 y 171

Notemos la cercanía manifestada hacia la COB, al paso que la CSUTCB iba reclamando cada vez más su autonomía e incluso el liderazgo en el sindicalismo boliviano. Esta proximidad ideológica y organizativa con la central obrera, asociada a un corte con las posiciones étnicamente más radicalizadas de los sectores aymaras, se confirmaría en los primeros meses de 2000, antes y durante la Guerra del Agua, como veremos a continuación. Antes, empero, confirmemos las impresiones proporcionadas por las intervenciones parlamentarias a través del análisis de los documentos producidos con ocasión del Primer Congreso Ordinario del MAS-IPSP, realizado a 22 y 23 de enero de 1999 en Cochabamba.

5.1.3 – Los congresos fundadores del MAS-IPSP

El Primer Congreso Ordinario, además de oficializar el cambio de nombre del MAS a MAS-IPSP, formalizó la ruptura entre las dos facciones enfrentadas del sindicalismo campesino cochabambino. El nuevo Movimiento Al Socialismo abandonó la coalición Izquierda Unida, donde sí permaneció la ASP. Evo Morales, Román Loayza y numerosos dirigentes cocaleros del Trópico de Cochabamba tomaron así las riendas de esta nueva versión de una vieja sigla, aprovechando la primera reunión para dotarla de nuevos estatutos, de nuevos principios ideológicos y de un programa de gobierno.

No olvidemos que, sobre todo en sus primeros años, el organigrama interno del MAS-IPSP funcionaba como una cáscara vacía sobre la cual imperaban las decisiones de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba, el organismo sindical cocalero. Por ese motivo, aunque haya que tener en cuenta tanto el reducido poder de decisión de los cargos directivos del partido como el valor de los

documentos escritos en una organización de funcionamiento predominantemente oral, también podemos suponer que los principios aprobados por este primer congreso representaban de manera fidedigna el bagaje ideológico a ratos heterogéneo de los sindicatos de productores de coca.

En una de sus resoluciones iniciales, relativa al cambio de denominación, el congreso justificaba el añadido Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos como una consecuencia del hecho que “la Constitución Política del Estado (...) determina que nuestro país es multiétnico y pluricultural”. Sin embargo, de inmediato se retornaba a los componentes del pueblo que caracterizaban las alocuciones parlamentarias, al declarar que “se incorporan al MAS como actores a las grandes mayorías nacionales de campesinos, etnias nativas, obreros, clases marginales y demás sectores de la población boliviana.”⁵⁰⁰ Esta misma idea se prolongaba en las disposiciones generales del estatuto orgánico⁵⁰¹, en el cual los objetivos del partido se resumían en cinco puntos que consideramos relevante transcribir en su totalidad:

“a) [El MAS-IPSP] propugna la unidad de los trabajadores obreros, campesinos, indígenas, pueblos originarios, intelectuales, del campo, la ciudad y del pueblo boliviano en observancia al Art. 1º de la Constitución Política del Estado, proclama su adhesión a los principios multiétnicos que conforma la raíz de la nacionalidad boliviana.

b) Propugna el respeto de la identidad, las costumbres y tradiciones de las distintas culturas, nacionalidades y etnias nativas que conforman nuestro país.

c) Hacer cumplir la Constitución Política del Estado. Defender y hacer respetar los derechos humanos.

d) Defensa de los recursos naturales, del patrimonio de la nación, del territorio y el medio ambiente, como factores esenciales de la soberanía nacional.

e) Defender la Democracia, las organizaciones sindicales, Originarias, indígenas y populares, de acuerdo con el interés nacional.”

El primer ítem, como hemos señalado, se inscribía en la concepción heterogénea del pueblo boliviano adoptada por Evo Morales y Román Loayza en sus intervenciones parlamentarias, aunque introduciendo la idea de Bolivia como una “nación de naciones”, ausente en la Cámara de Diputados, idea que sale reforzada por el segundo párrafo. Las referencias a la Constitución, a la democracia y a los derechos humanos deben ser entendidas en un contexto de erradicación acelerada de las culturas

⁵⁰⁰ Expediente del MAS en el Tribunal Supremo Electoral (TSE), fol.7

⁵⁰¹ TSE, fol.114

de hoja de coca, que los productores consideraban ilegales por incumplir las disposiciones de la Ley 1008 y por las prácticas violentas de las fuerzas del orden. Además, la declaración de protección a la Carta Magna rebajaba el tono antisistema de otras tomas de posición y sugiere una tendencia que se confirmaría años después: la legitimación de las instituciones políticas y del juego democrático. Al mismo tiempo, relacionaba la vigencia del Estado de derecho con el buen funcionamiento de los cuerpos intermedios que constituían la base del MAS, como eran los sindicatos, las comunidades indígenas y las organizaciones territoriales de base. Más tarde, esta relación evolucionaría hasta una participación directa de las organizaciones de la sociedad civil en la gestión estatal.

Las orientaciones generales expresadas en los flamantes estatutos del partido apuntan así a una serie de prioridades que ya hallamos, con ciertos matices, en los trabajos del Parlamento. Sin embargo, estos cinco principios generales no proporcionan materia suficiente para visualizar de modo claro ni los planteamientos ideológicos detrás de dichos objetivos ni aquello que constituye el blanco del presente análisis discursivo: los marcos de referencia políticos. Por todo esto, antes de entrar en el período cronológico del ciclo de protestas, pretendemos establecer preliminarmente el estado de esos marcos políticos, sus condiciones de formación y la jerarquía inicial de sus elementos más relevantes. Estos resultados preliminares serán expuestos al final del presente subcapítulo.

Con esta finalidad, detengámonos en los textos más significativos aprobados en el transcurso en la misma reunión, la Declaración de Principios y el subsiguiente Programa de Gobierno. Ambos seguirían vigentes sin apenas cambios tres años después, en el momento de las elecciones de 2002⁵⁰². Refiramos que la primera Declaración de Principios del MAS-IPSP pretendía ser una suerte de manual de instrucciones para un proceso revolucionario. Por su parte, el Programa de Gobierno y sus “50 propuestas concretas para encarar la crisis” (en realidad 42) retomaban las reflexiones ahí planteadas y presentaban medidas más detalladas. Por este motivo, no tiene sentido examinarlos de manera aislada, y procederemos a analizar ambos documentos como textos hermanados.

Lo primero que resalta de la lectura de los textos es su organización en torno a dos ejes prioritarios: la soberanía nacional y el modelo económico. De estos puntos, el que adquiere mayor relevancia es sin lugar a dudas el segundo, atinente a las desigualdades económicas, y al cual los restantes temas menores frecuentemente se subordinan. Veamos al pormenor cómo se declinaron cada uno de los dos puntos y de qué forma se articularon entre sí, empezando por aquel que ocupa el lugar más destacado, tanto en términos de extensión como de encadenamiento de ideas.

En primer lugar, verificamos que el acercamiento del instrumento político a la problemática económica se realizó utilizando un lenguaje proveniente de la tradición comunista, desterrado de la política boliviana desde mediados de los años 80. Son innumerables los ejemplos de vocabulario

⁵⁰² TSE, fol.51 y siguientes

marxista, que se concentran en el párrafo que cierra la Declaración de Principios:

“El socialismo implica no solamente una eliminación de las injusticias y de las tradicionales desigualdades entre las clases opresoras y oprimidas, sino también entre las ciudades y el campo, entre la remuneración del trabajo intelectual y manual. Significa participación del trabajador en los productos de su trabajo, superando la alienación económica de las actuales contradicciones de una sociedad dividida, corrupta e injusta, que no permite la promoción de los valores humanos de liberación personal y social.”⁵⁰³

Las consecuencias de la implementación de las doctrinas neoliberales y las propuestas en contra del sistema de libre mercado eran así planteadas desde una perspectiva anclada en la lucha de clases. En la primera de las consideraciones generales con que se abre la Declaración, se reconoce que el objetivo del MAS es “realizar la justicia social en Bolivia, sin explotadores ni explotados, sin opresores ni oprimidos.”⁵⁰⁴ En ambos textos abundan los ejemplos de terminología con una fuerte vinculación con el materialismo histórico. Citemos a algunos ejemplos, entre muchos otros, que ilustran esta tendencia: “compromiso con la defensa de los desposeídos y marginados”⁵⁰⁵, “opresión oligárquica”⁵⁰⁶, “lucha de clases”⁵⁰⁷, “división entre grandes masas proletarias y una burguesía burocrática y la oligarquía”, “fracciones hegemónicas de la clase dominante”⁵⁰⁸, “la burguesía [que ampliaba] las relaciones de producción capitalista de la ciudad al campo”⁵⁰⁹, rechazo al “capitalismo”⁵¹⁰ y al “Estado neoliberal burgués”⁵¹¹.

Nótese, sin embargo, que la retórica marxista no se encuentra asociada a un programa económico rígidamente estatista. Tal vez anunciando el pragmatismo económico que ha caracterizado los gobiernos de Evo Morales, podemos extraer algunos ejemplos de aceptación de un modelo de producción mixto que no excluía la iniciativa privada: así, el Programa de Gobierno declara que “no requiere Bolivia controlar estatalmente todo su escaso complejo productivo, únicamente el área estratégica”⁵¹², tras lo cual lista una serie de sectores que serían nacionalizados a partir de 2006.

En algunos momentos, la cuestión del modelo económico entronca con el problema de la soberanía nacional y de la reflexión subsidiaria sobre el imperialismo extranjero. Este vínculo entre ambas dimensiones se justificaba debido al papel preeminente que, en la opinión del MAS, las instituciones financieras internacionales y los acreedores desempeñaban en el delineamiento de las políticas

⁵⁰³ TSE, fol.39

⁵⁰⁴ TSE, fol.20

⁵⁰⁵ TSE, fol.21

⁵⁰⁶ *Id.*, *ib.*

⁵⁰⁷ *Id.*, *ib.*

⁵⁰⁸ TSE., fol.52

⁵⁰⁹ *Ib.*

⁵¹⁰ Varias citas, por ejemplo TSE, fol.30

⁵¹¹ TSE, fol.55

⁵¹² *Ib.*

económicas bolivianas⁵¹³, a la ayuda económica concedida por Estados Unidos en el marco de la lucha contra las drogas y a la posición periférica en el sistema económico mundial impulsada por las potencias occidentales. Tales posiciones se ejemplifican en el punto 9 de la consideraciones iniciales de la Declaración de Principios, en la que se rechaza “toda forma de penetración y sojuzgamiento imperialista, que pretenda ejercer dominio sobre la voluntad del pueblo boliviano, del Estado Nacional o sobre las riquezas y destino de la República.”⁵¹⁴ Además, notemos que en esta frase se concentran las tres dimensiones troncales del discurso masista: el nacionalismo soberanista, la gestión dañosa de lo público por los representantes de la oligarquía y la recuperación de los recursos naturales en el ámbito de la transformación del sistema económico.

A ratos, la dimensión soberanista adquiere una relevancia propia, sosteniéndose sin el recurso al argumentario clasista. En el párrafo introductorio del Programa de Gobierno, el congreso del MAS afirmaba pretender afrontar la crisis “sin sometimiento, dependencia ni vasallaje a poderes externos, ni a políticas financieras extraviadas de la realidad boliviana, como las que imponen al Gobierno el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el BID, USAID y la banca transnacional, [y] el pago de la deuda externa que no contrajo el pueblo”⁵¹⁵. En otro pasaje, se vinculaba la eclosión de un proceso revolucionario de cambio a la expulsión de las “fuerzas de ocupación imperialistas” que reprimen “las ansias de liberación de los países atrasados”⁵¹⁶.

Sin embargo, y a pesar de la importancia del combate por la soberanía nacional en el programa político del MAS de esta época, en la mayoría de los casos el entrelazamiento entre ambas dimensiones se resuelve a favor de la perspectiva clasista. En otras palabras: la recuperación de la soberanía en los ámbitos económico, financiero, político y militar se integraba en una operación más amplia de transfiguración de las estructuras económicas del capitalismo al socialismo. Dentro de esta lógica, el razonamiento político del instrumento político presentaba la pérdida de soberanía como la consecuencia de un sistema internacional de injusticias entre naciones explotadores y países proletarios explotados, a su vez reproducido dentro de cada país por una división entre grandes masas proletarias y una burguesía burocrática y la oligarquía⁵¹⁷. Así lo comprueba también el siguiente fragmento del apartado “Defensa de la soberanía nacional” de la Declaración de Principios:

“Para una defensa de la soberanía nacional, se requiere contar con la opinión consentida de todos los

⁵¹³ La influencia del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, aunque indiscutible en su existencia, sí lo es en su intensidad. Sobre este tema, véase el informado libro de PANIZZA, Francisco: *Contemporary Latin America. Development and Democracy Beyond the Washington Consensus*, Londres, Nueva York, Zed Books, 2009, pp.41-42 y pássim

⁵¹⁴ TSE, fol.20

⁵¹⁵ TSE, fol.49

⁵¹⁶ TSE, fol.22

⁵¹⁷ TSE, fol.23

sectores del país. Sólo la unidad nacional de fuerzas sociales explotadas, clase media, de las masas campesinas, de los obreros, sectores intelectuales, y en fin, de todo cuanto represente vigilancia boliviana contra la ocupación extranjera (...) [la defensa de la soberanía nacional] es una empresa común que compromete por igual a la gran masa de desposeídos (...)"⁵¹⁸

En estos dos documentos de 1999, se abogaba por una respuesta colectiva al imperialismo de las "potencias hegemónicas" que complemente la lucha interna nacional contra las presiones de países más poderosos. Las posiciones del MAS en esta materia se insertan en varias décadas de solidaridad tercermundista: así, se hablaba del "despertar de los pueblos del Tercer Mundo contra su explotación"⁵¹⁹ y de la "brecha creciente entre países desarrollados y subdesarrollados"⁵²⁰. Su diagnóstico y plan de acción apuntaban a una influencia clara de las experiencias cubanas y chilenas, por citar a los dos ejemplos más representativos para la izquierda del continente:

"Frente a la actitud indomable de los pueblos atrasados y la reacción de los grandes sectores de desposeídos, las potencias imperialistas y los gigantescos consorcios financieros e industriales [siguen] el camino del saqueo y la destrucción de los valores de las naciones oprimidas. Los pueblos como Bolivia requieren una vanguardia organizada (...) para evitar que el imperialismo implacablemente prosiga prolongando su poder de dominación."⁵²¹

El antiimperialismo militante de los productores de coca y su solidaridad hacia los países periféricos se concretaba en dos ideales relacionados: la unión latinoamericana y el pacifismo. El panamericanismo del MAS, al contrario de lo que se vislumbraba en los últimos textos de la ASP, no hacía mención a la América indígena como fuente de inspiración para la unión latina. En cambio, prefería evocar la pertenencia común a la periferia del mundo capitalista, una posición más asentada en la teoría de la dependencia de los años 60 y 70 y el grupo de los no-alineados que en el reciente movimiento antiglobalización⁵²².

La lucha por la recuperación de la soberanía territorial, política y económica iba de la mano de un nacionalismo basado en un sentimiento compartido de la Nación boliviana, un "conjunto de valores (...) que unifican y cohesionan al pueblo boliviano"⁵²³. La esencia de ese pueblo no se concentraba en un origen étnico (ni mestizaje ni indianismo) o en una idea de ciudadanía común, sino en la

⁵¹⁸ TSE, fol.32. Otro ejemplo similar se encuentra en el fol.21: "El MAS-IPSP declara (...) que la primera obligación en la defensa de la soberanía económica, está la defensa de la soberanía y desarrollo, paralelo a la creciente capacidad adquisitiva del pueblo, a través de un salario digno y justo."

⁵¹⁹ TSE, fol.22

⁵²⁰ TSE, fol.23

⁵²¹ TSE, fol.22

⁵²² TSE, fols.20, 32, 37 y 53

⁵²³ TSE, fol.20

experiencia compartida de la dominación económica. Para el MAS, “solamente un pueblo organizado institucionalmente” –en el sentido marxista de la expresión– era capaz de concebir una democracia “sin los extremos contrapuestos de la opulencia y la pobreza, que genera la lucha de clases y los cíclicos enfrentamientos fratricidas.”⁵²⁴ La concepción masista de la democracia participativa implicaba que “no basta gobernar para el pueblo, hay que gobernar con el pueblo”⁵²⁵ a través de los mecanismos corporativos de los sindicatos y los movimientos sociales.

El rango de prioridades atrás descrito se confirma en el casi medio centenar de medidas que conformaban el programa de gobierno del MAS-IPSP, también aprobado en su Congreso de enero de 1999. A pesar de la mezcla inevitable de dimensiones que cualquier medida política integra, la mayoría de las propuestas listadas se inserta en el marco que planteaba la reforma en profundidad del modelo económico neoliberal.

Destaquemos también las principales ausencias en estos dos documentos teniendo en cuenta nuestras expectativas iniciales. En primer lugar, apenas hay menciones a la reforma político-institucional de gran envergadura que pocos años después se convertiría en una de las propuestas más audibles del MAS. Las que sí existen se enmarcan como una pieza más del rompecabezas capitalista e imperialista:

“El Poder Ejecutivo absorbente, personalista (...) es el mejor aliado interno que tienen el imperialismo y la plutocracia nativa, que amparadas en ese poder se han dado a la tarea de enajenar las riquezas naturales y la propia soberanía nacional. Se impone un cambio del personalismo presidencialista, por un gobierno en el que la dirección y el poder de determinación no se halle al arbitrio de una sola persona, sino que esté en la voluntad popular.”⁵²⁶

En el apartado “Democracia de participación” de la Declaración de Principios, se ofrecían algunas líneas muy generales sobre posibles cambios institucionales. En concreto, se proponía “abrir las vías de una democracia social y comunitaria, incompatible con todo sistema totalitario así como con la democracia formal que tradicionalmente ha regido nuestros pueblos.”⁵²⁷ En otro párrafo se insistía en la necesidad de suprimir la “pesadez burocrática” y sustituirla por “una administración ágil”⁵²⁸. Pero se encontraba ausente un proyecto integral de reforma del Estado en sus vertientes institucional y territorial. El tema de la descentralización era abordado desde una comparación ética, contrastando “el centralismo antinacional” frente al “poder de la región de elevado contenido cívico, de

⁵²⁴ TSE, fol.21

⁵²⁵ TSE, fol.23

⁵²⁶ TSE, fol.24

⁵²⁷ TSE, fol.36

⁵²⁸ TSE, fol.37

responsabilidad patriótica y social”⁵²⁹.

Tampoco abundan las denuncias contra la corrupción política y el déficit de representación de la ciudadanía, futuros *leitmotivs* de las posiciones del MAS contra el sistema político-partidario. Sí se podían encontrar, en la Declaración, una breve proclama “contra el fraude y la inmoralidad” y la promesa de “liquidar las estructuras de la actual sociedad corrupta e injusta” y de “abolir los privilegios de grupo o de casta”⁵³⁰, mientras que en el Programa de Gobierno se denunciaba “la descomposición del sistema dominante” provocada por la “corrupción”, la “crisis moral” y la “venalidad”⁵³¹, acompañadas por la “violencia institucionalizada del Estado neoliberal”⁵³². No obstante, no asumía en ningún momento un papel de eje estructurante en el plan de país de la formación político-sindical.

En segundo lugar, tampoco la lógica étnica es –ni mucho menos– la línea conductora del pensamiento político del instrumento político. Resaltar este hecho no significa negar la incorporación de algunas influencias indianistas en los documentos en análisis. En este sentido, encontramos varias referencias a la “Bolivia Socialista y multinacional”⁵³³ como objetivo a largo plazo de la acción política, o el reconocimiento de que el MAS se inspiraba no sólo en los héroes que lucharon por la independencia (los criollos, se subentiende) sino también en “los valores ancestrales que nos legaron los pueblos y culturas nativas desde tiempos inmemoriales”⁵³⁴. Asimismo, podemos citar la alusión a un ideal de “democracia comunitaria, pluralista y participativa”⁵³⁵, la identificación de la comunidad –al mismo nivel que el sindicato y la familia– como base del desarrollo social⁵³⁶ y la propuesta a largo plazo de sustituir al socialismo “por un modelo económico de reciprocidad y equilibrio social” inspirado en la vida comunitaria.

El capítulo sobre el papel de la mujer en las luchas sociales revela un romanticismo de las relaciones de género en el ámbito andino-amazónico que recuerda la mitificación del mundo indígena en los documentos de la ASP. Frases como “el hombre y la mujer al igual que todo lo que conforma el cosmos y la naturaleza tiene su importancia y su lugar, todo se mueve en conjunto y todo está en equilibrio y reciprocidad”⁵³⁷ anuncian la vigencia del binomio “chacha warmi” (varón/mujer, en aymara) en la retórica sobre género de los primeros años de gobierno Morales. Sin embargo, la creación de un Instituto Nacional de la Mujer prevista por el Programa de Gobierno⁵³⁸ no incluía

⁵²⁹ TSE, fol.60

⁵³⁰ TSE, fols.36 y 37

⁵³¹ TSE, fol.62

⁵³² TSE, fol.33

⁵³³ TSE, fols.33 y 38. En el fol.34, se habla de la necesidad de “tener puntos comunes de coincidencia y de unidad” dentro de una “diversidad multiétnica y pluricultural”.

⁵³⁴ TSE, fol.20

⁵³⁵ TSE, fol.21

⁵³⁶ TSE, fol.20

⁵³⁷ TSE, fol.38

⁵³⁸ TSE, fol.65

ninguna referencia a la complementariedad andina entre los géneros.

Los derechos de las comunidades originarias e indígenas se concentraron en dos secciones del Programa de Gobierno, la primera reservada a la reforma agraria (“Problema de la tierra y el territorio”) y la segunda dedicada específicamente a las “Naciones oprimidas”. Respecto a la primera, subrayemos el hecho de que concluye con la propuesta de una Ley de Territorio para “devolver a las naciones y pueblos originarios la propiedad sobre sus territorios”⁵³⁹: lo significativo es que todo el planteamiento previo del problema agrario se formula en términos campesinos y de su explotación por el capitalismo a escala mundial⁵⁴⁰. Que la conclusión se oriente hacia la redistribución del territorio en su acepción indígena-originaria indicia una tímida evolución hacia reclamos fundados en factores identitarios, no confirmada por una visión de conjunto de ambos documentos.

En cuanto al epígrafe sobre los pueblos autóctonos, se otorga especial relevancia a la intersección entre varias categorías de opresión, de la económica y social a la política y cultural. A las “mayorías nativas” son atribuidas una “fuerte energía nacional” y una “mística por la tierra y el territorio” que las transformaban en fuente de inspiración para “la construcción de un nuevo país”⁵⁴¹. Pero la contradicción reside en que la receta para este nuevo país, supuestamente descrita en el proyecto de gobierno del MAS, apenas contiene vestigios de la cosmovisión indígena en sus vertientes más relevantes, como el modo de producción, las instituciones políticas, el sistema de enseñanza o aparato judicial, por citar sólo algunas.

Esta impresión es corroborada por un párrafo de la Declaración de Principios, que versa sobre el derecho de autodeterminación de las naciones autóctonas del Altiplano y Amazonía. Interpretado en su contexto, este principio se integraba en el movimiento más amplio de la autodeterminación antiimperialista de los países colonizados y se justificaba por el hecho de que “todos los trabajadores tenemos raíces en los pueblos originarios andino-amazónicos.”⁵⁴² Realcemos nuevamente la primacía de la identidad obrera-campesina en detrimento de la afirmación de los derechos étnicos-culturales.

En efecto, la evocación de la herencia ancestral indígena o de la cosmovisión originaria se subordina ora al sentimiento nacional-popular ora al antineoliberalismo que estructura desde arriba su discurso. Para el MAS-IPSP de finales de los años 90, el gran antagonismo de la sociedad boliviana consistía en el enfrentamiento entre clases hegemónicas y clases populares y, en menor medida, en la

⁵³⁹ TSE, fol.53. Más precisamente, se propone la “reconstitución de los territorios históricos de los pueblos y naciones originarias” y el reconocimiento de sus derechos “al aprovechamiento de los recursos naturales renovables y no renovables”, TSE, fol.54

⁵⁴⁰ “La burguesía se prepara a ampliar las relaciones de producción de la ciudad al campo (...) el campesino boliviano está incorporado al capitalismo por la vía del mercado antes que por las relaciones sociales de producción, lo cual representa un obstáculo para las pretensiones 'modernizadoras' de los sectores hegemónicos de la clase dominante [que] pretenden someter al campesinado boliviano a un proceso de subsunción real por parte del capital (...)”, TSE, fols.52 y 53

⁵⁴¹ TSE, fol.60

⁵⁴² TSE, fol.37

oposición antiimperialista entre injerencia extranjera y soberanía nacional. La discriminación étnica constituía un problema a veces paralelo (autodeterminación de los pueblos originarios⁵⁴³), otras veces subsidiario (véase la propuesta de reforma agraria) y acaso inspirador (la resistencia indígena a la colonia), pero estaba lejos de ser el sustrato material o incluso simbólico del imaginario político del partido de los cocaleros.

Un tema que merece que volvamos a dedicarle una atención especial es el atinente a la cultura de la coca, una problemática fundamental para las bases y dirigentes del instrumento político. Resulta aparentemente sorprendente descubrir que, al contrario de lo que sucedía en la Cámara de Diputados, la reflexión del partido acerca de la producción de la hoja se limitó a un par de menciones en una sección del Programa de Gobierno sobre el narcotráfico. Además de que no se le atribuía ningún tipo de valor simbólico relacionado con la ancestralidad de su uso, el asunto quedaba subordinado a cuestiones de soberanía nacional, relacionándolo con la injerencia de Estados Unidos en la política antidroga de Hugo Banzer y anteriores mandatarios. De hecho, se consideraba al negocio del narcotráfico “un medio de dominación y sometimiento contra Bolivia y otros países del Tercer Mundo” por parte de las potencias imperialistas⁵⁴⁴. Un poco más adelante, se sostenía que “la represión contra la hoja de coca no tiene sentido sin la reducción del mercado de consumo”⁵⁴⁵, lo que equivaldría a decir que la represión sí tendría algún sentido si la demanda disminuyera en los países consumidores.

Del mismo modo, reflexiones sobre temas que más tarde se convirtieron en prioritarios en el discurso del MAS no incluyen el punto de vista de las comunidades indígena-originarias. Es el caso de la descentralización administrativa y territorial, citada en ambos textos⁵⁴⁶, o de la educación básica y superior (sin referencias al bilingüismo y a las universidades indígenas, respectivamente⁵⁴⁷). Señalemos también que el combate contra la interiorización secular de la subalternidad indígena y en pro de la revalorización histórica y prospectiva del protagonismo de las comunidades originarias – uno de los objetivos de la revolución simbólica planteada años después por los ideólogos del MAS – era aquí reemplazada por “una ideología popular (...) orientada para acabar con factores de alienación que nos mantienen dentro de condiciones de sumisión y vasallaje”, una “dependencia mental y conciencial [que] es parte fundamental del acondicionamiento de la dependencia económica y política.”⁵⁴⁸ Tampoco el neocolonialismo, frecuentemente citado, era aplicado al panorama de racismo y discriminación hacia los pueblos indígenas y originarios, prefiriéndose destacar la relación

⁵⁴³ TSE, fol.37

⁵⁴⁴ TSE, fol.61

⁵⁴⁵ TSE, fol.62

⁵⁴⁶ TSE, fols.25, 28, 29 y 58

⁵⁴⁷ TSE, fols.25-26, 49, 57 y 64

⁵⁴⁸ TSE, fol.35

entre, por un lado, colonialismo externo e imperialismo y, por otro, colonialismo interno y lucha de clases⁵⁴⁹.

Por fin, en la lista de 42 propuestas de gobierno, sólo una –aquella relacionada con la reforma agraria– mencionaba entre otras medidas las necesidades de las poblaciones autóctonas⁵⁵⁰. Por el contrario, algunas de las propuestas correspondían a una orientación neodesarrollista, basada en la industrialización y la urbanización⁵⁵¹ que, sin ser incompatibles con la defensa de lo indígena, en todo caso sí se alejaban del esencialismo étnico y antioccidental de los textos de la ASP.

Por lo que acabamos de ver, podemos concluir que ambos documentos comparten ideología, temas y vocabulario. En resumen, se trata de una ideología de izquierdas socialista, antiimperialista y anticapitalista desde una posición de solidaridad tercermundista, concretada en numerosas reflexiones sobre la soberanía nacional y las limitaciones del modelo económico neoliberal⁵⁵². En el plano temático, proliferan las referencias al impago de la deuda externa, a las injerencias foráneas en los ámbitos económico, político, diplomático y militar, a la pobreza y extrema desigualdad entre las clases de la sociedad boliviana⁵⁵³, a la recuperación de los sectores estratégicos y de los recursos naturales y la necesidad de fomentar un frente popular transversal y con conciencia revolucionaria⁵⁵⁴. Casi nulo es el espacio dedicado a la problemática de la hoja de coca, y reducidas las consideraciones sobre un nuevo formato político-institucional y el papel de los pueblos originarios en su diseño. La idea de refundación del Estado mediante una nueva Constitución bajo el principio de la plurinacionalidad –base del proyecto del MAS seis años después– está casi totalmente ausente en su programa de 1999.

El siguiente párrafo de la Declaración de Principios condensa el espíritu, el tono y el contenido de las propuestas masistas:

⁵⁴⁹ “Dentro del ordenamiento colonial, los regímenes dependientes se prestan a servir (...) de centinelas del poder colonial y de padrinos de una burguesía, mercantilista y atávica, oligarquía del despojo que se nutre de las migajas que derrama el imperialismo.”, TSE, fol.35 Véase también fols.20 y 29. Notemos una excepción en el ya mentado apartado “Las naciones oprimidas”, encajado entre las secciones “El poder de las regiones” y “Fuerzas Armadas”: ahí se declara que “el colonialismo interno (...) pretende alienar los valores humanos de las mayorías nativas herederas de milenarias culturas (...)”, TSE, fol.60

⁵⁵⁰ “Reagrupamiento de la tierra, reversión al Estado de las parcelas latifundarias o improductivas, dotación de tierra y territorio a los pueblos y comunidades indígenas originarias y campesinas (...)”, TSE, fol.64

⁵⁵¹ Mencionemos tres ejemplos: “la reactivación de la industria nacional”, TSE, fol.64; el objetivo de llevar “las fronteras demográficas hasta las fronteras políticas de la República”, fol.27; y la creación de las comunas campesinas “con el propósito de urbanizar los centros rurales” (fol.28)

⁵⁵² Ambos documentos están marcados en toda su extensión por la pertenencia ideológica de los autores, pero algunos pasajes la resumen con especial intensidad: “Política anti-imperialista, anti-colonialista y antineoliberal a objeto de liberar al país de la influencia foránea, evitar la deformación mental de los bolivianos y recuperar las empresas estratégicas del país.”, TSE, fol.36

⁵⁵³ Subrayemos, en TSE, fol.23, una excepción en la que destaca la coexistencia de las “nacionalidades [indígenas]” con la “burguesía”: “Al interior del país, hay nacionalidades oprimidas, regiones postergadas y departamentos atrasados (...), junto a islas de opulencia de una burguesía insaciable.”

⁵⁵⁴ “(...) se requiere la unidad programática y de acción de las fuerzas populares, para socavar las bases del poder oligárquico y derrotar la dependencia.”, TSE, fol.24

“El MAS-IPSP nace en la hora agónica del nacionalismo revolucionario, del fracaso de la pequeña burguesía radicaloide y de implacable ofensiva del neoliberalismo, para cambiar nuestra condición de país capitalista atrasado dependiente y colonial a través de una transformación estructural, hacia la construcción de una Bolivia socialista y multinacional.”⁵⁵⁵

5.1.4 – Los marcos políticos del MAS: primeras configuraciones

Conscientes de la aparente complejidad de la aplicación de la teoría de los marcos de referencia al discurso político, preferimos presentar desde ya los resultados de la exploración de contenidos que acabamos de realizar. En las próximas líneas, procederemos a traducir dicha explotación al lenguaje del análisis de marcos y a presentarlo de manera esquemática.

Concentraremos nuestra atención en las distintas dimensiones que identificamos en el capítulo teórico con que iniciamos este trabajo. Estas dimensiones se dividen en tres grupos: en primer lugar, las funciones constitutivas de los marcos, en las cuales se incluyen las tareas de diagnóstico, pronóstico y motivación, la atribución de responsabilidades y el establecimiento de campos de identidad.

En segundo lugar, los mecanismos de enmarcamiento, esto es, los procesos a través de los cuales cada marco propone una determinada interpretación de un hecho e impulsa la reacción a adoptar por los destinatarios del mensaje. Estos mecanismos pueden ser más evidentes, como el uso de palabras clave, su repetición, ejemplos históricos o de episodios coetáneos, o más sutiles, como figuras de estilo (metáforas, sinécdoques, analogías), modelos narrativos con mensajes claros o ambiguos o el recurso a las emociones. Para medir plenamente la eficacia de los dispositivos de enmarcamiento, hay que tener en cuenta los contextos culturales y las oportunidades políticas y discursivas que constituyen el telón de fondo de toda actividad enmarcadora y determinan su potencial de resonancia.

Por último, la tercera dimensión trata de los efectos del enmarcamiento, bajo la perspectiva interactivista de las arenas públicas: el alineamiento de marcos, los intentos de contraenmarcamiento, el papel de los medios de comunicación, la constitución de redes pluriorganizativas, la definición de nuevos problemas públicos, los eventuales cambios en las prácticas institucionalizadas, su impacto en la ideología de los movimientos sociales o políticos, la evolución de las identidades colectivas y el condicionamiento que los marcos conllevan sobre las futuras decisiones de la organización emisora (en términos estratégicos o de repertorios de acción colectiva, por ejemplo).

De esta forma, quedará al descubierto el método que también aplicaremos a las fuentes de períodos posteriores de nuestra investigación. Esto nos permitirá, en los próximos apartados, pasar

⁵⁵⁵ TSE, fol.34

directamente a la identificación de los marcos y de los procesos de enmarcamiento del MAS-IPSP, contando además con un punto inicial de comparación.

Abordemos entonces las funciones de los marcos reconocibles en la declaración de principios y el programa de gobierno, basándonos en los trabajos de Snow y Benford y de Entman⁵⁵⁶, para luego dedicarnos a los mecanismos de enmarcamiento y a sus efectos. La exploración de los textos redactados en el primer congreso del MAS nos reveló las dos prioridades de las propuestas del movimiento político: la transformación del modelo económico y la reconquista de la soberanía nacional. Consideramos que a cada una de esas prioridades corresponde un marco de referencia distinto, a pesar de los puntos de intersección ideológica entre ambos posicionamientos. Partamos de esa hipótesis que plantea la coexistencia de dos marcos relacionados pero separados, premisa necesaria para la orientación inicial de cualquier análisis de marcos, pero que afinaremos en la conclusión de este rápido ejercicio con propósitos ejemplares para el resto del estudio.

Como decíamos hace poco, las funciones constitutivas de los marcos de referencia son tres, las funciones de diagnóstico, pronóstico y motivación. La primera se desdobra en dos tareas, la definición del problema y su análisis causal. En lo que concierne al marco del modelo económico, el problema identificado en ambos documentos es la ausencia de justicia social (fol.20, 34 y 37), la persistencia de la pobreza y la discriminación (fol.20 y 63) y la desigualdad (fol.21, 34 y 66), provocadas por el “neoliberalismo” (fol.32, 34 y 64) y su “política económica neocolonial” (fol.21). Estos agentes llevan a cabo un “permanente deterioro en los términos del intercambio” (fol.51) entre Primer y Tercer Mundo, que representa una “usurpación económica” (fol.26) y empuja el país hacia la “dependencia, el colonialismo y el atraso” (fol.24 y 51) o “la servidumbre” (fol.36). La “lucha de clases” (fol.21 y 24), consecuencia de estos marcados contrastes sociales, es necesaria para poner fin a los abusos del modelo, como sean la “violencia institucionalizada” de los poderes públicos (fol.33), el lastre de una deuda externa “fraudulenta e ilegal” (fol.21), una “sociedad dividida entre privilegiados y marginados” (fol.24) y entre “el país urbano y el país rural” (fol.59).

Respecto al marco de soberanía, sus principales inquietudes pasaban por “la conservación de la independencia nacional” (fol.27) amenazada por la “influencia extranjera” (fol.28), la “penetración foránea” (fol.28), la “agresión económica” o “armada” (fol.30) y el “neocolonialismo” (fol.32). La alienación de los recursos naturales (citados directamente en muchas ocasiones –fols.21, 24, 28, 35 y 58, por ejemplo– o bajo la denominación de “saqueo”, “sojuzgamiento” o “entreguismo de la propiedad estatal”, entre otras) se encuentra en la frontera entre ambos marcos: por un lado, es uno

⁵⁵⁶ De Snow y Benford, principalmente los ya examinados “Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes”, *op.cit.* y “Framing Processes and Social Movements (...), *op.cit.* De Entman, a su artículo más citado (ENTMAN, Robert: “Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm”, *op.cit.*), podemos añadir ciertas reflexiones de textos más recientes, como ENTMAN, Robert: “Theorizing Mediated Public Diplomacy: The U.S. Case”, *op.cit.*

de los pilares del neoliberalismo; por otro, constituye un instrumento de las fuerzas imperialistas para socavar la soberanía política, económica y territorial de Bolivia. En el apartado “Defensa de la soberanía nacional” de la Declaración de Principios (fol.30) se hace patente la relación entre economía y soberanía: “Todas las desmembraciones territoriales han obedecido a la falta de una política nacional de defensa de la soberanía económica del país.”

Encontramos la misma idea algunas páginas después, al denostarse una “oligarquía del despojo que se nutre de las migajas que derrama el imperialismo” (fol.35). En este caso, el marco estructurante es el de soberanía, puesto que las élites económicas nacionales son vistas como un derivado del dominio imperialista. Una idea similar prevalece en un pasaje del Programa de Gobierno, cuando se defiende una “política internacional soberana e independiente de todo poder económico imperialista” (fol.63).

La segunda dimensión es la de pronóstico, aquello que la organización propone como respuesta a los problemas identificados en la fase anterior. Para el marco del modelo económico del MAS de 1999, el horizonte de su lucha es la “justicia social” (fol.27), al cual se añaden la “liberación de las clases y pueblos oprimidos (fol.34), el “poder popular” (fol.34) o, más generalmente, el “desarrollo económico” y el “cambio político” (fol.27). Este último punto, así como el impago de la deuda externa (fol.62), enlaza con el objetivo esencial contenido en el marco de soberanía, la “independencia política” (fol.27 y 30). En varias ocasiones, se insiste en que la “liberación de los pueblos”⁵⁵⁷ se realizará gracias a la unión de los “pueblos dependientes” (fol.35) que mientras tanto habrán creado sus propios valores y una “conciencia revolucionaria” (fol.36).

Resumiendo, el pronóstico imaginado por el MAS consiste en el advenimiento de una “revolución” (fol.38) que conduzca a una “política anti-imperialista, anti-colonialista y antineoliberal” con el propósito de “liberar al país de la influencia foránea”⁵⁵⁸, evitar la deformación mental de los bolivianos y recuperar las empresas estratégicas del país” (fol.36). Estos cambios serían implementados por una “democracia social y comunitaria”, donde “la economía esté al servicio del pueblo y del país” (fol.37), y que posibilite “el ascenso de las mayorías (...) a los centros de poder (...) como sujetos y objetos del cambio social” (fol.37) y anteponga los intereses nacionales a los intereses de grupo. Este último punto es resumido en la primera de las 42 medidas programáticas, en que se reclama una “nacionalización del Gobierno” (fol.63), tanto en el sentido de una fuerza popular que se imponga sobre las oligarquías internas como de Bolivia como país soberano ante las potencias extranjeras.

⁵⁵⁷ Como constataremos, los “pueblos” en plural constituyen un ejemplo notable de la evolución semántica de algunos términos centrales del discurso del MAS. En los dos documentos de 1999, su utilización remite casi sin excepciones al conjunto de naciones periféricas dentro del sistema capitalista-imperialista. Pocos años después, los “pueblos” adquirirán cada vez más una connotación étnica que acabará monopolizando su significado a partir de la victoria electoral de 2005.

⁵⁵⁸ “No se permitirá ni admitirá la injerencia de (...) poderes extranjeros dentro de las responsabilidades que competen a la Policía Boliviana. Se cuidará celosamente que no se subordine a los Jefes y Oficiales de la Policía Boliviana a mandos de agentes extranjeros como la DEA y otros organismos de represión”, fol.65

Algunas medidas traducen una cierta idea de la bolivianidad bastante alejada de los planteamientos plurinacionales que pronto ocuparían un lugar destacado en el proyecto de nación del partido-movimiento, e incluso distante de la dinámica multicultural generada por las reformas del primer mandato de Sánchez de Lozada y su vicepresidente aymara Víctor Hugo Cárdenas. Hablamos, por ejemplo, de afirmaciones como “la presencia del hombre y la cultura boliviana en las zonas periféricas y fronterizas del país constituye uno de los objetivos primordiales de la política nacional” (fol.27). Ciertamente es también que el partido subraya la necesidad de una “ideología del movimiento popular” (fol.35) unificadora pero respetadora tanto de la “diversidad multiétnica y pluricultural” del país como de los principios de “reciprocidad y equilibrio social” del socialismo (fol.34). En este sentido apunta también la intención de “darle al boliviano una mentalidad, que sin dejar de comprender los grandes valores del pensamiento económico [léase marxismo y derivaciones contemporáneas], se asiente sobre una fuerte conciencia del movimiento popular multiétnico y pluricultural” (fol.35). Esta frase es el único ejemplo de preeminencia de la perspectiva étnica sobre el marco clasista que orienta el resto de los textos. Su formulación resulta insólita, puesto que el propio MAS proporciona muy pocos indicios de lo que serían las bases de ese movimiento multiétnico y pluricultural.

En el transcurso de las mencionadas funciones, también se realiza la atribución de responsabilidades y la definición de los protagonistas, sus antagonistas y los grupos de audiencia. En términos de responsabilidades, el marco económico es claro: la culpa pertenece a la “opresión oligárquica” (fol.21, 23 y 24), a la “oligarquía detentadora del poder económico y político” (fol.66), a la “burguesía burocrática” e “insaciable” (fol.23), a las “castas providenciales o mesiánicas” (fol.24), a la “plutocracia” (fol.24), a las “fracciones hegemónicas de la clase dominante” (fol.52), a los “gigantescos consorcios financieros e industriales” (fol.22 y 30) o a los “grandes empresarios” (fol.34), sin olvidar el más amplio “neoliberalismo” (fol.63, entre otros). Casi todos estos términos se sitúan dentro del léxico clásico de la lucha de clases. También se mencionan brevemente el “caudillismo y personalismo” históricos del sistema político (fol.24) o la “multiplicidad de siglas sin valor político ni histórico” (fol.66) para demostrar la necesidad de reforma del sistema político-partidario.

En cuanto al marco de soberanía, destacan como antagonistas el “Imperio” (fol.57), la “dominación imperialista” (fol.21 y 24), las “potencias imperialistas” (fol.22, 30 y 51), “las fuerzas de ocupación” (fol.22 y 62) o las “naciones explotadoras” (fol.23). La intersección entre los dos marcos es evidente, en la medida en que por ejemplo las empresas transnacionales (o su metáfora “la voracidad extranjera”, fol.24 y 51), el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (fol.49) son simultáneamente presentados como agentes del neoliberalismo y del imperialismo extranjero. En este caso, los responsables de cada marco coinciden con los antagonistas de la lucha política, lo que ni siempre sucede de una forma lineal: a veces los responsables son figuras demasiado vagas o lejanas, y las organizaciones prefieren centrar su animosidad discursiva contra adversarios más

cercanos o identificables.

Ambos marcos comparten *grosso modo* una misma idea de los protagonistas del cambio, aquellos a quienes el MAS aseguraba representar: “las grandes masas” o “masas populares” (fol.22), “las fuerzas insurgentes de los pueblos del Tercer Mundo” (fol.22), los “desposeídos y marginados” (fol.21, 32, 50, 60 y 66), “las fuerzas sociales y políticas de tendencia democrática y popular” (fol.63), “los pueblos atrasados” (fol.22), la “vanguardia organizada” (fol.22), los “países proletarios explotados” (fol.23) y en su seno a las “masas proletarias explotadas y marginadas” (fol.23), la “gran masa de desposeídos” (fol.32) o simplemente los “trabajadores” (fol.49).

Pero, de una manera general, los documentos en cuestión alzan el pueblo, entendido como alianza de clases, al rango de principal protagonista, algo explícito en la última página de la Declaración de Principios: “Para el MAS-IPSP, el pueblo es el protagonista libre de su historia” (fol.39). Algunas de las clases aliadas merecen una mención específica, como cuando se invita a “las organizaciones sindicales, originarias e indígenas y las grandes mayorías de trabajadores, intelectuales y obreros” a participar de las funciones de Gobierno (fol.26, véase también fol.32). Notemos también un apartado específico en el Programa de Gobierno (fol.54) acerca del sector gremial, uno de los más activos durante el ciclo de movilizaciones que en breve brotaría y en el cual el instrumento político disponía de una influencia considerable. Por fin, el MAS defendía que el sindicalismo —obrero y agrario— debía cumplir una doble función de defensa de los trabajadores y de “liberación de la opresión colonial y la dependencia” (fol.27), en el cruce entre la transformación económica y la protección de la soberanía nacional. Al solicitar a la “gloriosa COB” que asociara a su lucha sindical una propuesta de carácter político (fol.58), el partido de los cocaleros estaba implícitamente describiéndose como el portador de esa vía de acción política.

En suma, con su recurso a la figura del pueblo interclasista⁵⁵⁹, el MAS se aleja de una posición específica de organización sindical sectorial para asumir la condición de portavoz de un sujeto político en teoría más abarcador. Decimos en teoría porque, en esta fase, esa unión de grupos variopintas todavía no se había dado, y aún menos bajo una lógica clasista, ausentes que estaban en ese momento las vanguardias y los explotados referidos en la Declaración y el Programa. En este caso, el MAS decide renunciar a su identidad más visible, el núcleo sindical, y a las referencias a la lucha por la hoja de coca.

En segundo lugar, ¿a quién estaba destinado el discurso del MAS en estos dos documentos, y a quién podría efectivamente llegar? En la sociología política, la cuestión de la definición del campo de la audiencia nunca es baladí: un actor político debe conocer a sus simpatizantes y electores

⁵⁵⁹ Podríamos establecer una diferencia entre un pueblo interclasista, de origen marxista, y un pueblo supraclasista o incluso posclasista, de inspiración nacionalista o indianista. En el caso del MAS, como demostraremos más adelante, las connotaciones semánticas del concepto de “pueblo” van evolucionando del primer al segundo sentido.

potenciales y estar al tanto de la mejor forma de comunicar con ellos. Se puede incluso conjeturar que una de las causas de la creciente centralidad del instrumento político en la esfera sociopolítica del país fue su capacidad para dirigirse de forma activa, eficaz y convincente a quienes estaban disponibles para escuchar su mensaje.

En ese sentido, y teniendo en cuenta la contextualización política y cultural ya realizada, hay que reconocer que la adopción de un lenguaje casi exclusivamente clasista –en especial en el marco económico– no favorecía la diferenciación ideológico-programática con relación a otras fuerzas del espectro de la izquierda. Tampoco aprovechaba las ventajas específicas de un instrumento político basado en la experiencia de lucha social de los sindicatos cocaleros, la principal baza del MAS ante la opinión pública de los sectores populares. Después del debilitamiento de los sindicatos obreros tras las reformas neoliberales y antes de la Guerra del Agua, los cocaleros del Chapare constituían uno de los pocos sectores moderadamente exitosos en su oposición a las políticas públicas, a medias con los grupos indígenas de las Tierras Bajas, aunque estos manejaban un repertorio de movilizaciones más conciliatorio. Esta condición no es utilizada en el diagnóstico de la situación ni tampoco en la faceta prospectiva, ni siquiera en la vertiente motivacional del marco, acaso aquella que tendría un uso más obvio. Hablar de la necesidad de una vanguardia, por ejemplo, y no ilustrarla con el caso de los sindicatos cocaleros (con un mensaje del tipo “si los cocaleros conseguimos, el pueblo que se nos una también lo conseguirá”), optando por referencias a una clase obrera en acentuado declive, parece haber sido un fallo de enmarcamiento claro.

Sin embargo, no debemos olvidar que textos de la naturaleza de la Declaración de Principios y el Programa de Gobierno presentan una cara externa, dirigida al público, organizaciones cercanas y adversarios, y una cara interna, destinada a cristalizar la relación de fuerzas entre las principales corrientes en el seno del movimiento y a proporcionar una identidad sólida y unificadora para los adherentes y su entorno. De ahí tal vez se explique la adopción del lenguaje de la lucha de clases, a la vez claro para los políticamente instruidos y obsoleto para la cultura política de aquel entonces, y que por lo tanto funcionaba mejor dentro del partido que fuera de él.

Si las dos primeras funciones buscan movilizar el consenso en torno a la interpretación de los hechos, la última dimensión tiene como objetivo impulsar la acción. En efecto, cada marco incluye un componente motivacional, que se dirige a cada militante, activista o simpatizante con el propósito de convencerlo de que la movilización sirve para algo y de que la participación de cada uno es importante. El propio MAS reconoce la necesidad de movilizar a la ciudadanía⁵⁶⁰. Así, el esfuerzo por una “alternativa cierta que despierte fe, credibilidad y esperanzas en el pueblo dentro del marco de juego democrático” (fol.66) necesita una “movilización de masas y la vanguardia de las fuerzas

⁵⁶⁰ “Movilizar al pueblo, fijarle objetivos, señalarle metas, abrirle rumbos, es la tarea que se debe cumplir hoy (...) Bolivia debe movilizar (...)”, fol.38

democráticas y populares” (fol.27) basada en “actitudes aglutinantes y concertadoras de las energías y fuerzas populares” (fol.66). Para el MAS, esa convergencia tiene como punto álgido un “gran Instrumento Político que agrupe a los partidos, fuerzas sociales, entidades e instituciones de tendencia popular” (fol.66). Ese instrumento se conformaría gracias a “la unidad nacional de fuerzas sociales explotadas, clases medias, de las masas campesinas, de los obreros, sectores intelectuales, y en fin, de todo cuanto represente vigilancia boliviana contra la ocupación extranjera” (fol.32). Por otra parte, el documento programático –en un pasaje que suena a Laclau y a su teoría del populismo– denuncia a aquellos que “[quieren hacernos] creer que para nuestros problemas debemos encontrar soluciones aisladas cada cual por su lado” (fol.64), insistiendo en un movimiento de convergencia de las fuerzas populares de protesta.

Para impulsar la acción –se supone que en el terreno social y electoral– se insiste en que “será un afán imposible [para los grandes consorcios imperialistas] si más de tres mil millones de seres hambrientos (...) levantan en conjunto su protesta” (fol.32). A fin de estimular la máxima implicación de cada sector, el Programa de Gobierno plantea que “los trabajadores deben tener participación” en el ámbito de un “nuevo modelo económico participativo” (fol.63). En este sentido, también se exhorta a que “no deben existir grupos o sectores neutrales” (fol.32). Aunque los analizaremos dentro de poco, mencionemos desde ya un mecanismo de enmarcamiento que destaca por su valor motivacional: se trata de una profecía en tono de amenaza –para las autoridades– y de invitación –para los sectores populares– que reza de la siguiente forma: “Bolivia tomará, más temprano que tarde, el sendero de la convulsión y la agitación para el cambio” (fol.57). La utilización del tiempo futuro (pero un futuro inminente), de la imagen de una ruta trazada y de la vieja pero siempre eficaz mención al cambio conforman una frase que incita el lector a la acción. Lo mismo sucede en el párrafo final del Programa de Gobierno (fol.66), que al tiempo que constituye una invitación expresa a la movilización política y social en compañía del MAS⁵⁶¹, lo hace recordando las principales líneas de los marcos económico y de soberanía, la “justicia social” para el primero y la libertad de “construir su propio destino” para el segundo.

Pasemos ahora a la descripción resumida de los mecanismos enmarcadores, aquellos que intentan llevar el público a compartir los marcos propuestos por la organización y a sacar las mismas conclusiones en términos de la necesidad de acción. En los documentos en cuestión encontramos varios ejemplos. Desde luego, las repeticiones (“pueblo”, “desposeídos”, “oligarquía” e “Imperio”,

⁵⁶¹ La idea de que no se está solo ha sido siempre un factor movilizador a la hora de pasar a la acción: “Ahora, como lo hará siempre, el MAS-IPSP le dice a Bolivia, a su pueblo, su mensaje de coraje. Le expresa su decisión de contribuir, junto a quienes coinciden con nosotros, en la tarea de reconstruir la Patria (...)”, fol.66

entre otros, son referidos abundantemente), enumeraciones o descripciones hiperbólicas⁵⁶². Enseguida, la mención de entidades antagónicas, como pueblo/oligarquía, voluntad popular/plutocracia nativa, imperialismo/tercer mundo, trabajadores/burguesía, colonialismo/independencia, socialismo/capitalismo, neoliberalismo/desposeídos, en algunas ocasiones de forma consecutiva: “privilegiados y marginados, opresores y oprimidos, desposeídos y subyugadores, vasallos y avasalladores” (fol.24), o “explotados y explotadores” (fol.61), entre otras.

Subrayemos asimismo la relevancia de las referencias históricas. En un pasaje, se comparan “los grandes emporios internacionales que trafican con la riqueza, la soberanía y el hambre de los pueblos” con la esclavitud negrera de otros siglos (fol.35). Otra mención histórica que apunta directamente a uno de los episodios más dolorosos de la historia contemporánea de Bolivia puede ser encontrada en la medida 14 del Programa de Gobierno: se trata de facilitar la atención médica a los excombatientes de la Guerra del Chaco, apodados de “Héroes” (fol.63). Este aparato enmarcador adquiere todavía más relevancia porque viene al final de toda una serie de propuestas sobre temas variopintas (integración latinoamericana, solidaridad tercermundista, integridad territorial, privatización de las pensiones⁵⁶³) que comparten su inserción en el marco de la soberanía nacional. En este punto se nota un intento de incorporación de la dimensión emocional al enmarcamiento. El respeto consensual a los antiguos soldados, así como el orgullo nacional por su esfuerzo bélico en respuesta a la agresión extranjera, se contagia a las demás medidas, o al menos es ese el objetivo buscado.

A pesar de los mecanismos arriba inventariados, la calidad del doble enmarcamiento presente en la Declaración y el Programa se resiente de varias lagunas: en primer lugar, la ya mencionada ausencia de referencias concretas a episodios de resistencia exitosa de sectores cercanos al MAS. Las repetidas imprecaciones contra el capitalismo y el imperialismo en nombre de los “desposeídos” o los “oprimidos” sin citar a ejemplos claros de determinación popular se quedan discursivamente cortas. Por supuesto, lo que está en causa no es la validez de los planteamientos ideológicos, sino su eficacia ante la audiencia: en términos motivacionales, incluso el “¡Kausachun coca, wañuchun yanquis! [¡Viva la coca, mueran los yanquis!]” a menudo coreado por los productores de coca tenía más eficacia político-electoral que un llamado a la acción basado en trillados principios ideológicos con escasa resonancia política, después del fracaso del gobierno izquierdista de la UDP a mediados de los 80 y el auge de la hegemonía del neoliberalismo democrático. De hecho, y aunque este no sea el único factor en juego, la movilización social de los afiliados cocaleros se mantuvo alta mientras la adhesión

⁵⁶² “El despertar agitado y convulso de grandes masas (...) después de haber permanecido por centurias y milenios como simples objetos de explotación constituye el signo preponderante de nuestra época”, fol.22. Otro pasaje dice: “Más violenta, más brutal, más deshumanizada, salvaje y feroz es la violencia institucionalizada a partir del Estado neoliberal, que esclaviza, que explota (...), lanzando a millones de seres del Mundo Subdesarrollado al despeñadero del hambre”, fol.33

⁵⁶³ Sobre las pensiones: “Rechazo al Seguro individual y a la administración de las AFPs *en usurpación de la soberanía nacional* y en desconocimientos de los principios constitucionales”, fol.63

electoral en la votación municipal de 1999 se estancó.

En segundo lugar, recordemos la concisa definición que dimos a los marcos de referencia: atajos interpretativos. Ahora bien, un atajo de ese tipo necesita –esa fue una de las conclusiones a que llegamos en el capítulo teórico– la intervención de un símbolo o, más precisamente, de un elemento que vaya más allá de su significado habitual y que represente a otros, integrándolos en su significado pero sin necesidad de mencionarlos de modo explícito. En términos semióticos, esto implica que un mismo significante remita a varios significados. Y eso ocurre con mucha dificultad en el modelo ideológico propuesto por el MAS en ambos documentos, donde queda poco espacio para la sinécdoque o cualquier otra actividad metafórica, y los conceptos o elementos ambiguos no tienen espacio.

Por último, reflexionemos acerca de los efectos del enmarcamento. Por supuesto, la naturaleza de ambos documentos, producidos simultáneamente y con una difusión reducida en la opinión pública, no permite la visión diacrónica necesaria en esta etapa del análisis de marcos. Pese a ese obstáculo, sí pretendemos emplear estos dos documentos fundadores del MAS-IPSP como hitos iniciales para la ulterior evolución de los marcos políticos del partido.

Con respecto al alineamiento de marcos, su papel es distinto conforme consideremos sus efectos internos en la relación entre la organización y los militantes/simpatizantes o su alcance en el establecimiento de vínculos con otros actores de la sociedad civil y la vasta masa de ciudadanos indecisos. Este último acercamiento, que es el que más nos interesa, también es el que puede ofrecer resultados más fructuosos, y por tanto le dedicaremos más atención.

La primera modalidad de alineamiento, el puente entre marcos, busca en ambos planos –el interno y el externo– fomentar una plataforma de respuesta común entre marcos cercanos pero hasta ese momento desconectados. Ya hemos subrayado cómo en la Declaración de Principios y el Programa de Gobierno se unen dos marcos autónomos, el económico y el de soberanía. Concretamente, este puente se construye configurando intersecciones en la atribución de responsabilidades y la definición de los campos de identidades, o promoviendo soluciones conjuntas para problemáticas pertenecientes a ambos marcos. El MAS lo busca de modo activo, demostrando como la “oligarquía” y las “potencias extranjeras” comparten el mismo interés en intensificar el modelo neoliberal en el país y presentando al pueblo y a varios de sus componentes clasistas como adversarios a la vez del neoliberalismo y el imperialismo.

En el ámbito interno, este puente entre sus dos marcos prioritarios contribuye a consolidar una estructura ideológica común en el seno del movimiento cocalero que sostiene el partido. Para los campesinos del Trópico, las menciones a la degradación de los términos de intercambio comercial internacional y la injerencia foránea evocaban referencias instantáneas, de mineros despedidos, plátanos sin valor mercantil, helicópteros de la DEA y soldados con guadañas erradicando cultivos

de coca.

Externamente, la intersección de los dos marcos que el partido promueve parece tener un alcance más bien restringido. Su capacidad de seducción de votantes y/militantes sale mermada no tanto por el contenido de sus marcos (las tres funciones, la atribución de responsabilidades, los campos de identidad, etc.) sino por limitaciones en las opciones de enmarcamiento. En efecto, las organizaciones más receptivas a una denuncia frontal del capitalismo y del imperialismo como doctrinas concomitantes de opresión económica (esto es, los sindicatos obreros y los sectores intelectuales más politizados) no ocupaban una posición de fuerza en el contexto sociopolítico de esa época.

Las circunstancias detrás de la Guerra del Agua sugieren que el descontento popular existía, pero necesitaba hechos concretos alrededor de los cuales cristalizarse, como fueran la privatización del suministro de agua en Cochabamba y el brutal aumento de tarifas, y no simples ataques teóricos al capitalismo norteamericano y una apología del socialismo a la chilena. Frases como “El socialismo implica no solamente una eliminación de las injusticias y de las tradicionales desigualdades entre las clases opresoras y oprimidas, sino también (...) entre la remuneración del trabajo intelectual y manual” (fol.39) parecen desfasadas de la realidad boliviana de 1999, tras quince años de hegemonía neoliberal, el derrumbe del socialismo soviético y la emergencia de otro tipo de demandas distintas a las del sindicalismo obrero tradicional (incluyendo las del propio movimiento cocalero)⁵⁶⁴.

En lo que toca a la amplificación de marcos, recordemos sus dos variantes: la amplificación de valores y de creencias. A través de la amplificación de valores, la organización intenta potenciar un valor relevante para los actuales o potenciales adherentes, una calidad que por algún motivo no había adquirido previamente una visibilidad tal que posibilitara a un miembro del público relacionarla con el movimiento. También en este caso es patente la dificultad para el MAS de conciliar el enmarcamiento con fines internos y la amplificación con propósitos de atracción del público entusiasta o neutro. Ciertos valores son acentuados en ambos textos, como la solidaridad entre clases y pueblos⁵⁶⁵. Otras virtudes, empero, podrían haber sido reforzadas y colocadas en el primer plano del escenario: pensamos en el mérito de la resistencia organizada, en la cual los cocaleros se distinguían, y que no es explotada a fondo por los documentos. Como tampoco lo es la resistencia indígena, sea histórica o mitificada, muy presente en el conjunto de textos de la ASP y más tarde parcialmente recuperada por el propio MAS. Esto significa que las diferentes orientaciones del enmarcamiento varían de acuerdo con las opciones tomadas de forma voluntaria o inconsciente por

⁵⁶⁴ Notemos que este intento de puente tiene lugar entre dos marcos preexistentes en el discurso del partido, no se extendiendo a otros marcos exógenos. En este sentido, es un alineamiento estanco, unidireccional y por lo tanto ineficaz.

⁵⁶⁵ Cuatro ejemplos, entre varios otros seleccionables: “(...) se requiere la unidad programática y de acción de las fuerzas populares” (fol.24) y “(...) el MAS-IPSP está comprometido con los desposeídos, con los que luchan por sus legítimos derechos, con los obreros, campesinos, naciones originarias y capas medias” (fol.32), para el primer caso; “El MAS-IPSP (...) solidariza con las fuerzas y movimientos que luchan por conquistar la libertad”, fol.20, y “acordar (...) un frente común de defensa de los intereses de nuestros pueblos” (fols.29 y 30) para el segundo.

el movimiento, que a su vez obedecen a equilibrios estratégicos entre la consolidación interna y la expansión de su radio de atracción.

La amplificación de creencias, a su vez, persigue reforzar las convicciones del público acerca de los responsables de la situación y la atribución de culpas, la necesidad de hacerse escuchar o las posibilidades de influir sobre la realidad. Uno de los recursos posibles consiste en retratar a los supuestos responsables bajo rasgos estereotipados o caricaturescos: para este fin, la retórica clasista estaba especialmente bien equipada, aunque sus huellas se hiciesen sentir sobre todo en aquellos ya políticamente predispuestos a la dicotomía capitalismo/socialismo y sus declinaciones. La amplificación de creencias también puede consistir en la presunta obligación moral que los asistentes deben a la causa, presentada como justa o legítima. Ejemplos de este intento son invitaciones como la que señala que “(...) los pueblos desarrollados deben crear sus propios valores, para adoptar sus propias decisiones”, puesto que “no se liberan los pueblos que siguen pensando como sus amos” (fol.35). A veces, la amplificación se hace acompañar por un llamamiento motivacional a la iniciativa del espectador, como por ejemplo en la hermosa fórmula “la liberación (...) constituye un alfabeto de decisiones donde cada rasgo debe representar a la vez que un riesgo, un objetivo” (fol.35).

En las producciones documentales del primer congreso del partido-movimiento encontramos asimismo señales de la tercera de las variedades de alineamiento, a saber, la extensión de marcos. Esta exige a la organización desviarse del marco primordial del movimiento intentando abarcar opiniones o intereses relevantes para posibles militantes o electores. Dicho proceso puede acarrear cambios significativos tanto en las formas de movilización como en el perfil ideológico de la organización social que lo promueve. Debido a la considerable carga ideológica que ambos marcos presentan y que restringen la capacidad enmarcadora, los indicios de extensión son escasos, pero citemos uno de ellos: las referencias algo extemporáneas al derecho a la “autodeterminación de los pueblos originarios que son los aymaras, quechuas, guaraníes (...), ya que todos los trabajadores tenemos raíces en los pueblos originarios andino-amazónicos” (fol.37, véase también fol.53). Del marco económico (“los trabajadores”) se extiende la mano a la dimensión étnica, ya en ese momento relevante para algunos sectores a que el MAS ambicionaba acercarse.

Por último, la cuarta modalidad de alineamiento –la transformación de marcos– requiere necesariamente una perspectiva cronológica. Al tratarse del primer momento de producción documental del MAS, no disponemos de material comparativo previo con el cual relacionarlo, por lo que reservaremos este tipo de análisis para más tarde.

Recordemos también que, en muchos casos, las dinámicas de evolución de los movimientos sociales o políticos dependen más de interacciones con otros actores que de procesos internos a la propia organización. Las actividades de contraenmarcamiento constituyen uno de los componentes

de esta dimensión, bautizada por Ryan como “contiendas de significado”⁵⁶⁶. ¿Cómo se manifiesta esta clase de disputa por imponer en el debate público un esquema interpretativo frente a otros competidores? En el primer capítulo, mencionamos el ejemplo del marco legalista (inspirado en la máxima *dura lex, sed lex*) del Gobierno sobre las políticas de erradicación, basado en la Ley 1008 de 1988⁵⁶⁷.

La respuesta del instrumento político asentó sobre una doble estrategia: oponer al texto legislativo las necesidades económicas de las poblaciones campesinas, mientras proponía otra lectura de la ley y denunciaba que era el Gobierno el que no respetaba las disposiciones legales. Esta discusión no fue abordada en las conclusiones del Congreso de 1999, pero sí podemos observar otro intento de contraenmarcamiento en el apartado “Problema de la Tierra y Territorio”. En él, los autores citan a aquellos economistas partidarios de una mercantilización de las tierras –para los cuales “el salto de una economía agraria a una de carácter industrial es la condición fundamental para ingresar al siglo XXI en condiciones de competitividad” (fol.53)– y proponen un pronóstico alternativo⁵⁶⁸.

En otras ocasiones, la contienda sucede ya no al nivel de la interpretación de una situación determinada, sino en el plano de la definición de los problemas sociales. En el caso boliviano, a lo largo de los años 80 y 90 el Estado había logrado transformar el narcotráfico en un problema público de transcendencia nacional y asociarle la cuestión de la hoja de coca. En el Programa de Gobierno, el MAS no intenta negar la importancia del tema narcotráfico: lo acepta como una cuestión urgente (“[...] el narcotráfico es un crimen de lesa humanidad”, fol.61), pero va incluso más allá y se lo apropia, delineando una política integral de combate al tráfico de estupefacientes. Simultáneamente, aprovecha para imbricar su propio marco de soberanía, al denunciar las presiones extranjeras y al presentar al narcotráfico como “un medio de dominación y sometimiento contra Bolivia y otros países del Tercer Mundo” (*id.*). La conclusión lógica es que los bolivianos –incluyendo implícitamente a los propios coccaleros del Chapare– eran así presentados como *víctimas* del narcotráfico, y no *agentes* del mismo, en un ejercicio de contra-atribución.

Pese a tratarse de un momento precoz en la historia del movimiento político, podemos vislumbrar algunas de las consecuencias de los esfuerzos de enmarcamiento que venimos describiendo sobre la ideología del movimiento político, la evolución de su identidad colectiva y las restricciones (y oportunidades) que tales operaciones conllevan sobre las futuras decisiones de la organización emisora. En el ámbito ideológico, consideramos que en estos documentos la influencia entre ideología

⁵⁶⁶ RYAN, Charlotte, *op.cit.*, pág.75

⁵⁶⁷ *Ley del Régimen de la Coca y Sustancias Controladas*, Ley 1008, 19 de julio de 1988, disponible en <http://gacetaoficialdebolivia.gob.bo/>

⁵⁶⁸ “A diferencia de lo que persigue la Ley INRA, en su afán de consolidar el derecho propietario de los grandes empresarios y latifundistas en la tenencia de la tierra, propugnamos una Ley de Territorio para devolver a las naciones y pueblos originarios la propiedad sobre sus territorios donde habitan”, fol.53

y enmarcamiento se realiza en un sentido prácticamente unidireccional del primer término de la ecuación hacia el segundo. La insistencia en las funciones del enmarcamiento más impregnadas de ideología –las fases de diagnóstico y pronóstico– y la escasez de las referencias a hechos concretos de la vida política y social del país parecen revelar una preocupación por delimitar su territorio ideológico ante grupos rivales, como por ejemplo la ASP, la CSUTCB o la propia CIDOB en el Oriente.

Respecto de la identidad del grupo, fuesen afiliados sindicales o militantes del partido –categorías que por entonces se solapaban casi totalmente–, las opciones de enmarcamiento del I Congreso del MAS-IPSP sugieren que en esta primera fase el refuerzo del sentimiento de pertenencia interna primó sobre la comunicación con el campo de la audiencia, el reclutamiento de simpatizantes o la captación de organizaciones cercanas⁵⁶⁹. Al mismo tiempo, el contenido y las estrategias del enmarcamiento revelan, desde luego, una preeminencia de determinadas corrientes políticas sobre otras a nivel interno, en especial por parte del ala marxista, representada entre otros por los antiguos mineros.

Pero la unidad colectiva –asegurada por la filiación sindical y reforzada por los programas de erradicación– no parece haber salido mermada por esta tendencia, y la reacción de los productores de coca a los hechos del primer semestre de 2000 en Cochabamba demuestra que el discurso de solidaridad interclasista de la Declaración de Principios y del Programa de Gobierno representaba para los cocaleros algo más que un simple préstamo ideológico. De todos modos, la influencia interna de cada una de las facciones ideológicas (en resumen, la marxista-guevarista, la indianista y la nacionalista) se fue equilibrando en los años posteriores, en parte como consecuencia de cambios en la estrategia enmarcadora del partido.

Esta evolución ya se verifica en algunos aspectos de los marcos predominantes en las conclusiones del Congreso fundador del MAS, que apuntan hacia una aceptación de la vía electoral como forma de penetración en el espacio político-electoral, desplazando a la tendencia insurreccional que pervivía con relativo vigor tanto en la propia corriente marxista presente en la dirigencia del partido-sindicato como en las instancias superiores del sindicalismo campesino y obrero, representadas por la CSUTCB de Felipe Quispe y la COB de Jaime Solares respectivamente. El reconocimiento explícito de la necesidad “que se den respuestas y propuestas de carácter político” (fol.58) y de “conformar una alternativa (...) dentro del marco del juego democrático” (fol.66) simboliza el comienzo de una progresiva apropiación del ideal democrático por parte del movimiento cocalero y sus aliados⁵⁷⁰. Dicho proceso culminaría, a finales de 2005, con un Evo Morales primero en las encuestas denunciando intentos de golpe de estado contra una democracia en peligro.

⁵⁶⁹ OLIVER, Pamela y MYERS, Daniel: “Networks, Diffusion, and Cycles of Collective Action”, *op.cit.*, pág.198

⁵⁷⁰ “Expresamos nuestra profunda convicción en el desarrollo de una democracia comunitaria, pluralista y participativa, de contenido social y económico”, fol.21

En conclusión, reafirmamos la coexistencia de dos marcos diferenciados aunque con algunas fuentes ideológicas compartidas y aplicados de forma transversal a varios temas, para los cuales sugieren una determinada interpretación: los marcos del modelo económico y de soberanía. Su intersección es permanente: en ciertos momentos, el neoliberalismo es una doctrina impuesta por las potencias imperialistas; en otros, posiblemente la mayoría, la sujeción imperial parte del sistema capitalista. Entre ambos, se verifica cierta preponderancia del marco económico: las situaciones enmarcadas bajo esta premisa se refieren, en última instancia, a la oposición de clase, figura omnipresente (aunque no siempre de manera explícita) en ambos textos.

De cualquier modo, tanto el marco relativo al modelo económico como el de soberanía, en su formato de 1999, asumen la forma de marcos extremadamente ideologizados, esto es, más dependientes de las construcciones ideológicas de los redactores de los textos que de la selección y organización bajo un formato narrativo y coherente de episodios de la realidad boliviana: son marcos que vienen en gran medida predefinidos desde arriba y que, como tales, carecen de credibilidad empírica (guardan poca relación con acontecimientos que los comprueben), se resienten de su poca afinidad con la experiencia de los oyentes y no corresponden a las narrativas culturales predominantes en la sociedad. Asimismo, el hilo argumentativo que subyace a la estructura ideológica de denuncia del capitalismo y del imperialismo no adopta un formato narrativo coherente. Además, la carga emocional de documentos de este tipo es casi nula, aún más para una ciudadanía poco politizada en el campo teórico de las grandes doctrinas. Las posibilidades de llevar a buen puerto el trabajo de significación en la arena pública quedaban así bastante limitadas.

Lo cierto es que las elecciones municipales de 1999 vinieron a confirmar la reducida capacidad de atracción del MAS fuera de su ámbito regional y corporativo y la poca eficacia electoral de unos marcos políticos calcados de una ideología en desuso y con escaso espacio mediático. En esa cita electoral, siguieron votando por el MAS los afiliados a los sindicatos campesinos, principalmente los productores de coca, y apenas nadie más. La evolución es más bien un estancamiento: de 3% y 51 000 votos en 1995, 30 000 de ellos en Cochabamba, se pasó a 3,3% y 65 000 votos en 1999, 25 000 de ellos en Cochabamba y 17 800 en La Paz, con un sustancial incremento de votos en los Yungas, sobre todo en las zonas de colonización reciente (La Asunta y Caranavi). Los cocaleros votaron por fidelidad a su proyecto político, pero el resto de la población siguió ignorando planteamientos que, *mutatis mutandis*, correspondían al discurso de la Central Obrera Boliviana diez años antes.

Pero todo cambiaría en poco tiempo: la pérdida de iniciativa del neoliberalismo que constituyó la Guerra del Agua y la eclosión de un ciclo de protestas proporcionaron al MAS una fecunda materia prima de ejemplos empíricos, ideal para unir los puntos de las expectativas de la audiencia en una narrativa ordenada, coherente y fácilmente inteligible, con roles claros atribuidos a cada uno de los actores y episodios cercanos a la experiencia de cada uno. Frente un Estado que intentaba, por encima

de todo, mantener las demandas de cada grupo individualizadas y evitar una interpretación sistémica de los problemas del país, la breve quiebra en la hegemonía del neoliberalismo democrático destapó una brecha –política, social, cultural– para el desarrollo y difusión de marcos políticos alternativos. Estos, a su vez, constituyeron la base discursiva de la cadena de equivalencias que se fue estableciendo, poco a poco y articulada en torno del MAS, entre las distintas reivindicaciones sectoriales⁵⁷¹.

En este contexto, la Guerra del Agua debe ser vista como el hito inicial de un momento de transición, la primera erupción epidérmica del divorcio entre la sociedad civil y el Estado entendido como creencia colectiva generalizada⁵⁷². Evo Morales lo resumiría en el rescoldo de esa movilización victoriosa: “Por primera vez en la historia de los últimos tiempos, una ley que en su inicio estaba siendo aprobada por acuerdos políticos ahora ha sido cambiada por la acción de un pueblo.”⁵⁷³ El MAS empezaba a ser consciente de la necesidad de promover una alternativa política, pero también un plan contrahegemónico en el campo de las mentalidades. La Declaración de Principios se pronuncia claramente sobre ese requisito prerrevolucionario:

“Los bolivianos, precisamos, pues, de una ideología que nos permita (...) tener puntos comunes de coincidencia y de unidad, que nos fisonomicen como País y como Estado (...) Bolivia tiene que defender su independencia y su soberanía esgrimiendo el arma de una definida ideología del movimiento popular (...) No se liberan pueblos que siguen pensando como sus amos (...) Los pueblos y las clases marginadas (...) requieren de una conciencia revolucionaria que las identifique con las realidades de la problemática nacional, en torno al Instrumento Político.”⁵⁷⁴

Este proyecto revela la intención del movimiento político de contestar a la ausencia de proyecto nacional del neoliberalismo y de contraponer una alternativa al “vacío de nacionalismo” y al distanciamiento entre la ciudadanía y las élites políticas. De cierto modo, estos primeros indicios de

⁵⁷¹ Otro artículo de Robert Entman (ENTMAN, Robert; LIVINGSTON, Steven y KIM, Jennie: “Doomed to Repeat. Iraq News, 2002-2007”, *American Behavioral Scientist*, vol.52, nº5, enero de 2009, pp.689-708) identifica una dinámica similar en la comunicación política de la administración estadounidense y los media corporativos sobre la guerra de Iraq. Por motivos distintos, ambos tienden a aislar los acontecimientos relacionados con la guerra y evitan establecer una visión global de sus resultados. Desde la óptica de la burocracia, plantear públicamente una perspectiva holística equivale siempre a favorecer un riesgo sistémico y, por ende, a propiciar su propia desintegración.

⁵⁷² Álvaro García Linera, inspirándose en la noción de “monopolio del poder simbólico” de Pierre Bourdieu, propone un recorrido en cinco etapas de la crisis del modelo de relaciones entre Estado y sociedad. A la primera, que coincide con la Guerra del Agua, el sociólogo llama “momento del desvelamiento de la crisis del Estado, que es cuando el sistema político y simbólico dominante, que permitía hablar de una tolerancia o hasta acompañamiento moral de los dominados hacia las clases dominantes, se quiebra parcialmente, dando lugar a un bloque social políticamente disidente, con capacidad de movilización y expansión territorial de esa disidencia, convertida en irreductible.”, GARCÍA LINERA, Álvaro, “El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”, en GARCÍA LINERA, Álvaro, *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2009, pp.501-525

⁵⁷³ LR120400

⁵⁷⁴ TSE, fols.34-36

la constitución de una nueva conciencia nacional presagian las posturas que el MAS adoptaría más tarde en su proyecto político de refundación del Estado. Por ejemplo, el deseo de “liquidar la violencia institucionalizada en los poderes públicos, de la que se sirven los privilegiados para acabar con la rebelión de los explotados y descontentos”⁵⁷⁵ suena como un esbozo de la descolonización de la sociedad, uno de los puntos centrales del “proceso de cambio” liderado por Evo Morales.

Lo que también destaca es que, por esas fechas, aún eran los “explotados” y no el sujeto “indígena-originario-campesino” los beneficiarios de ese ademán descolonizador. Asimismo, tampoco en ningún momento –recordamos que estamos ya en 1999, a escasos tres años de que el MAS obtenga más de 20% en las urnas– la ancestralidad de la hoja de coca es evocada como argumento para defender su perennidad. Es más, en algunos pasajes –de esta época y de los tres años siguientes, como veremos– esa perennidad podría ser puesta en causa si a los productores de coca se les ofreciese un cultivo o actividad tan o más ventajosos en términos de ingresos. Como hemos referido, la hoja de coca y las políticas de erradicación son enmarcadas, en esta primera fase, bajo un prisma eminentemente económico.

Algunos testimonios posteriores sobre dicho período tienden, contrariamente a las pruebas documentales que aquí presentamos, a sobrestimar el peso de la corriente indigenista en el MAS. Es el caso de Juan de la Cruz Villca, antiguo secretario de la CSUTCB en los años 80, miembro de la dirección masista y elegido diputado suplente por Oruro en 2002. Juan de la Cruz publicó en 2009 un relato en primera persona narrando la historia del instrumento político. En él señala que, por alturas de las elecciones municipales de diciembre de 1999, “el MAS hizo carne de la ideología del Pachakutismo, aunque existe un sentimiento obrerista o marxista en el interior del MAS; pero no está siendo expresado con fuerza como ideología dominante.”⁵⁷⁶ El antiguo dirigente insiste sobre este punto, criticando “lo dogmático de Trotskismo y Leninismo (...) con su conocida forma de actuar en la política en contra de los movimientos”⁵⁷⁷.

Otros antiguos compañeros de ruta son más clarividentes con relación a las tendencias mayoritarias durante esos primeros años del instrumento político y a futuros cambios internos. César Escóbar, exdirigente universitario y militante del instrumento político desde sus primeras horas, reconocía años después que “Evo no era el que mejor expresaba la corriente indígena en el MAS (...) El propio movimiento cocalero va a sufrir una suerte de transición desde una autodefinición como campesino o colono, irá haciendo su tránsito hasta autoidentificarse como movimiento indígena.”⁵⁷⁸ Pero el mismo comentarista exagera la precocidad y el alcance de esta evolución: “El marxismo y la teología

⁵⁷⁵ TSE, fol.36

⁵⁷⁶ DE LA CRUZ VILLCA, Juan, *op.cit.*, pág.130

⁵⁷⁷ *Ib.*

⁵⁷⁸ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pp.120-121

de la liberación son rápidamente desplazadas y la cosmovisión andina amazónica se convierte en preponderante desde el punto de vista ideológico. Estamos en 1999 y el 2000”⁵⁷⁹. El discurso escrito y oral del MAS revela que la preponderancia de la línea indianista es todo menos evidente en esos años.

Tratemos entonces de avanzar de modo cronológico y de analizar la postura del MAS y su uso de los procesos de enmarcamiento en el primer semestre del año 2000. Lógicamente, nos concentraremos en el conflicto hídrico de Cochabamba, que de un simple problema local alcanzaría proporciones nacionales y abriría fisuras en la propia legitimidad del Estado, en su doble monopolio simbólico y represivo. También dedicaremos algunas líneas a indagar en las relaciones del sindicalismo cocalero y su rama política con las principales organizaciones sociales, en particular la CSUTCB, la COB y la Coordinadora del Agua.

En el Chapare, los primeros meses de 2000 estuvieron marcados por enfrentamientos reiterados entre productores de coca y los militares de las Fuerzas de Tarea Conjunta (FTC). En enero de 2000, Evo Morales denunció actos de tortura por parte del ejército, exigiendo la desmilitarización inmediata de la zona y revelando un supuesto plan para entregar tierras de los cocaleros a empresarios privados⁵⁸⁰. Mientras tanto, se desarrollaba una escalada verbal entre el Gobierno y los sindicatos: el ministro de Gobierno acusó a Evo Morales de estar vinculado con narcotraficantes y anunció, sin presentar pruebas, la existencia de adiestramiento militar de cocaleros. El mismo ministro acusó a grupos de autodefensa cocaleros liderados por Evo Morales de haber disparado sobre militares⁵⁸¹.

Por estas fechas, acaso como respuesta al aumento de la represión, los sindicatos cocaleros empezaron a emplear dos técnicas de reenmarcamiento que identificamos más arriba. La primera, que podemos incluir en la categoría de modulación definida por Benford y Hunt⁵⁸², consiste en reformular las declaraciones de un adversario y utilizarlas en su contra, y fue aplicada por los productores de coca para defender una interpretación diferente de la Ley 1008. Este texto legislativo había servido desde los años 80 para justificar la erradicación, y ahora los propios cocaleros recurrían a él para defender sus intereses y colocar las acciones gubernamentales “fuera de la ley”. En marzo, Evo Morales declaraba: “La compensación comunitaria [por hectárea erradicada] es ilegal porque va en contra de la Ley 1008.”⁵⁸³ En mayo, durante una concentración en Sinahota contra la erradicación militarizada (con presencia simultánea de wiphalas y banderas nacionales), el líder de la Coordinadora volvía a criticar las condiciones de aplicación de la ley, manteniendo la defensa de la

⁵⁷⁹ *Ib.*, pág.123

⁵⁸⁰ LR270100 y LR060200

⁵⁸¹ LR230100

⁵⁸² BENFORD, Robert y HUNT, Scott: “Cadragés en conflit (...)”, *op.cit.*, pp.179-181

⁵⁸³ LR230400

coca dentro del marco económico: “El actual desarrollo alternativo es un fracaso.”⁵⁸⁴

Al mismo tiempo, los productores de coca aceptaban gradualmente su condición de “cocaleros”, un término empleado por el Gobierno y considerado hasta entonces como despectivo para designar a los campesinos que cultivaban la hoja. Método eficaz para rebatir críticas exteriores y reforzar la identidad colectiva, la apropiación en provecho propio de esta denominación se observa en intervenciones por parte de dirigentes campesinos y de afiliados de base, como demuestra el testimonio de Gabriel Carranza en *La Razón*: “(...) el Gobierno está en guerra contra los cocaleros.”⁵⁸⁵

En lo que atañe a la participación de los sindicatos cocaleros en la llamada Guerra del Agua de Cochabamba, hay que empezar por recordar que los cocaleros no estaban en el origen de las protestas y que tampoco asumieron un rol protagonista en etapas posteriores de dicha revuelta, tanto en el seno de la heterogénea coalición popular como en la cobertura mediática. El respaldo de los campesinos del Chapare a la Coordinadora del Agua se encuadra en lo que Assies caracterizaba como la dinámica habitual de los conflictos entre el Estado boliviano y las organizaciones sociales: tras ignorar la demandas y no reconocer la legitimidad del interlocutor —en este caso la Coordinadora del Agua—, el Gobierno reprimía violentamente, añadiendo al debate la cuestión de la representación popular y desencadenando un movimiento de solidaridad de otros sectores, algunos de ellos enfrentados al Gobierno por otros motivos, como los productores de coca. Al final, las autoridades se veían obligadas a ceder y firmaban un acuerdo que no podían o no tenían la intención de cumplir, lo que acabaría por provocar nuevas movilizaciones⁵⁸⁶.

Además, la mayoría de las iniciativas de los productores de coca durante las protestas sociales por el agua en Cochabamba tuvieron lugar fuera del perímetro urbano, con bloqueos de solidaridad en la zona del Chapare, una zona en la cual el Estado demostraba dificultades para imponer su control. La verdadera disputa simbólica por la autoridad se trababa en el centro de la urbe cochabambina, allí donde regantes y fabriles, luego apoyados por estudiantes, gremiales, desocupados y campesinos, marchaban por los barrios de la clase media y alta, lugar de nacimiento de tantos presidentes, ministros y diputados.

Pese a su papel de reparto en las movilizaciones, la postura adoptada por los representantes de los sindicatos cocaleros en esos meses nos proporciona algunas indicaciones sobre sus relaciones con las demás organizaciones sociales y las autoridades nacionales y regionales. La primera batalla de la guerra terminó el 13 de enero con una masiva marcha (con presencia cocalera) y la firma de un

⁵⁸⁴ LR210500. La modulación continuaría siendo una de las estrategias de los campesinos contra la erradicación, véase por ejemplo las declaraciones de Filemón Escóbar en LR251101 y de Evo Morales el día siguiente: “El Gobierno no cumple la Ley 1008”, LR261101

⁵⁸⁵ LR060200

⁵⁸⁶ ASSIES, William: “David versus Goliath in Cochabamba: Water Rights, Neoliberalism, and the Revival of Social Protest in Bolivia”, *Latin American Perspectives*, vol.30, nº3, mayo de 2003, pág.32

convenio entre el Gobierno, el Comité Cívico, un representante de los diputados de la brigada cochabambina (salvo los de IU) y de los transportistas⁵⁸⁷. Sin embargo, mientras la Coordinadora rechazó firmar el acuerdo tras participar en la reunión previa, Evo Morales se negó a asistir al encuentro entre las partes, como forma de protesta contra la detención de dos decenas de manifestantes, lo que revelaba intransigencia frente a la violencia policial.

Un contingente cocalero de magnitud variable –aunque nunca mayoritario, lejos de eso– siguió participando en las sucesivas marchas que puntuaron los dos siguientes picos de contestación, en febrero y abril del mismo año. En abril, el diputado fue brevemente detenido en el último tramo del conflicto, junto con los representantes de la Coordinadora, y acusó al prefecto Hugo Galindo (del MNR) y al alcalde Manfred Reyes Villa (de NFR) de ser “traidores a Cochabamba”⁵⁸⁸.

Sin embargo, uno de los puntos más relevantes de la Guerra del Agua para la historia ulterior del MAS y su futuro liderazgo sociopolítico en la red de organizaciones populares acabó siendo la refutación por el propio Gobierno del papel secundario de los sindicatos cocaleros sobre el terreno. En efecto, a comienzos de febrero, el Ministerio de Gobierno emitió un comunicado acusando a Evo Morales de haber generado la contestación: “Evo fue el culpable (...) del actual escenario de conflicto generado por el dirigente cocalero y no por el pueblo de Cochabamba.”⁵⁸⁹ A 8 de abril, durante el anuncio oficial del estado de sitio, el Ministro de Información Ronald Maclean sostuvo que las protestas de Cochabamba eran financiadas con dinero del narcotráfico, en una probable alusión a los cocaleros chapareños, frecuentemente acusados de vínculos con el tráfico de drogas⁵⁹⁰.

Desde el punto de vista del ejecutivo, y con la visión retrospectiva de que disponemos, se trató de un error garrafal. Al falsear la verdadera dimensión de los cocaleros y su líder en la Guerra de Agua con el propósito de denegrir a Evo Morales y quitarle importancia a la protesta atribuyéndola a una supuesta instrumentalización, el Gobierno propulsó los sindicatos y su líder hacia el primer plano de la escena, valorizando la relevancia de los productores de coca no tanto para los participantes en las marchas –que tenían una noción más clara de la importancia relativa de cada grupo– sino ante la mirada de una opinión pública nacional, informada por medios de masas muy pendientes de las fuentes oficiales. He aquí un caso nítido en que el comportamiento de uno de los actores favorece el alineamiento de marcos del adversario e impele a la construcción de un campo de identidad común.

Otra característica ilustrativa del carácter en ciertos aspectos inspirador de la Coordinadora del Agua consistió en su alianza entre lo rural y lo urbano, que vendría a ser una de las premisas del ascenso político-electoral del MAS a partir de 2002. En efecto, la Coordinadora representaba desde

⁵⁸⁷ *Ib.*, pág.25

⁵⁸⁸ LR070400

⁵⁸⁹ LR060200

⁵⁹⁰ ASSIES, William, *op.cit.*, pág.29

su creación a organizaciones rurales o periurbanas (los regantes de la FEDECOR – Federación Departamental Cochabambina de Organizaciones de Regantes) y urbanas (los fabriles de la FDTFC – Federación Departamental de Trabajadores Fabriles de Cochabamba), a la que se juntaron otras franjas de la población. Ambos bandos compartían el mismo objetivo pero por motivos distintos: los primeros temían tener que pagar por el agua de sus pozos; los segundos rechazaban el incremento exponencial de las tarifas del agua canalizada. A esta unión entre sectores rurales y urbanos tenemos que añadir el componente de los profesionales de clase media (en particular los ingenieros), un fenómeno que el MAS también reproduciría en su selección de candidatos a diputados en 2002 y sobre todo para las elecciones municipales de 2004.

Encontramos asimismo otra similitud entre el trayecto de la Coordinadora y el del instrumento político en la cuestión de la integración de una reivindicación monotemática (el suministro de agua, en un caso; la erradicación de la coca, en el otro) en un panorama ideológico más amplio, con implicaciones políticas, económicas y de soberanía nacional. Como señala Assies,

“en la Coordinadora estos elementos [relativos al agua] se fusionaron en un discurso basado en los recursos retóricos del antiimperialismo nacional-popular, combinado con nuevos elementos del movimiento antiglobalización, contestación en contra del modelo de sociedad y desarrollo impuesto por el emblemático Decreto 21060 de 1985 y crítica de las políticas gubernamentales, prácticas cleptocráticas y nepotismo.”⁵⁹¹

Pasemos por último al tema de las relaciones con las demás fuerzas sociales. Como hemos señalado, el lenguaje de inspiración marxista y tercermundista de los documentos internos del MAS a la vuelta del siglo pudo deberse al papel por ese entonces influyente que los antiguos mineros orureños y potosinos ocupaban en su cúpula. Este lenguaje y las referencias a la “gloriosa COB”⁵⁹² indican que los productores de coca buscaban inspiración en los planteamientos ideológicos, la tradición de lucha y el repertorio de movilización de la central obrera, relegando a un plano secundario una CSUTCB en ese momento ya en manos del katarismo aymara de Felipe Quispe.

Prueba de las relaciones estrechas del sindicalismo cocalero con la COB y de sus conflictos con la CSTUCB fue el comportamiento de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba durante el XII Congreso de la Central Obrera Boliviana, realizado en enero de 2000 en El Alto, a la que asistieron todos sus afiliados, incluyendo los sectores campesinos. La confederación campesina intentó copar el liderazgo de su casa matriz y rechazó todos los candidatos obreros o mineros a la dirección de la central obrera, bajo la acusación de connivencia con los partidos políticos, marchándose a mitad del evento. Semanas antes del congreso, Felipe Quispe, en nombre de la CSUTCB, explicaba así su

⁵⁹¹ *Ib.*, pág.32

⁵⁹² TSE, fol.58

propuesta de cambio de estatutos de la COB para permitir que un adherente no obrero ocupara su presidencia: “Si no nos escuchan, estamos dispuestos a abandonar definitivamente la COB porque no podemos vivir en condición de serviles, tiene que cambiar la estructura clasista y reindianizarnos (...) En este mundo todo cambia (...), sólo la COB es estática con los mineros a la cabeza como si fueran de origen divino.”⁵⁹³

Los cocaleros, en cambio, fueron el único sector campesino que se quedó hasta el final del congreso. En palabras de Evo, “(...) el gobierno y el imperialismo norteamericano quieren a una COB dividida (...) las organizaciones que decidieron abandonar el congreso le están siguiendo el juego al oficialismo.”⁵⁹⁴ Casi simultáneamente, las Seis Federaciones cochabambinas se solidarizaron con los productores de coca de los Yungas de La Paz, denunciando la tímida reacción de la CSUTCB ante los programas estatales de erradicación de la planta en esa zona. Desautorizando al liderazgo de Felipe Quispe, Evo Morales le espetó al Mallku: “(...) el señor Felipe Quispe sólo ha perjudicado al movimiento campesino, durante su gestión no convocó ni a un ampliado ni movilización nacional”⁵⁹⁵. El líder cocalero sugirió también que Felipe Quispe padecía de trastornos mentales, símbolo de la rivalidad personal que existía entre ambos y que se fue agravando al menos hasta octubre de 2003.

Parece ser que fueron las divergencias estratégicas e ideológicas entre los cocaleros y los kataristas las que se tradujeron en rivalidades organizativas, pero tampoco se ha de excluir la posibilidad contraria, a saber, que el alejamiento entre ambas fuerzas sindicales en el plan ideológico haya podido derivar de luchas intestinas por el liderazgo en el movimiento campesino nacional, como ya había sucedido en Cochabamba entre partidarios de Evo Morales y de Alejo Véliz. Efectivamente, la elección de Quispe a la cabeza de la CSUTCB sobrevino a contracorriente, puesto que el poder de convocatoria de los productores de coca y el peso de ese cultivo en la economía nacional, así como el papel de los cocaleros como pilar de la resistencia a los gobiernos de la democracia pactada y su modelo neoliberal, iba convirtiendo a la Coordinadora de las Seis Federaciones en el polo sindical campesino más importante del país. Lo más probable, creemos, es que las rivalidades personales ahondasen diferencias ideológicas preexistentes y alimentasen una desconfianza duradera entre el sindicalismo aymara del Altiplano paceño y los quechuas campesinos, cocaleros o colonizadores de Oruro, Potosí y los valles cochabambinos y cruceños.

El pulso por el liderazgo del campesinado boliviano incitó a que, a partir de 1998, una de las tareas centrales del MAS pasara a ser conquistar la predominancia en las principales organizaciones sindicales, mientras intentaba introducirse en el terreno partidario e institucional. Poco a poco, ese objetivo fue logrado, con la promoción de figuras fieles a la línea del instrumento político a la cabeza

⁵⁹³ LR040100

⁵⁹⁴ LR220100

⁵⁹⁵ LR240100

del Movimiento Sin Tierra (MST), la CSUTCB, los colonizadores y varias centrales departamentales. Paradójicamente, a nivel nacional, sólo la COB se les resistió a los cocaleros, y por ese motivo las relaciones entre ambos sectores se fueron deteriorando cada vez más, pese a la influencia ideológica inicial de la corriente obrera sobre el instrumento político.

En el siguiente apartado, nos detendremos sobre las actividades de enmarcamiento del MAS en la primera etapa del ciclo de protestas inaugurado por el conflicto cochabambino, más precisamente desde el fin de la Guerra del Agua hasta las elecciones generales de 30 de junio de 2002. Un período durante el cual el MAS abandonó su posición de partido muy minoritario en el Parlamento, vinculado en la opinión pública con los temas cocaleros, y se transformó en un actor social y político de proyección nacional.

5.2 – 2000 - 2002

El año 2000 no es solamente el momento de explosión de las tensiones socioeconómicas acumuladas tras quince años de democracia pactada y de reformas neoliberales: para el instrumento político de los cocaleros, ese año significó un decisivo incremento en su visibilidad mediática. Su participación en la Guerra del Agua y en los bloqueos de septiembre constituyeron la puerta de entrada del MAS en la arena pública como un actor de calibre nacional. Aunque todavía lejos de la relevancia que adquiriría a partir de las elecciones de junio de 2002, la formación liderada por Evo Morales lograba así ampliar el alcance de su discurso, hasta entonces reducido a un exiguo grupo parlamentario en un Congreso hostil. En pocas palabras, el partido de los productores de coca inició en ese año el recorrido que lo llevaría a dejar de serlo, al menos exclusivamente.

La relativa autonomía de ciertas instituciones o grupos en sociedades represivas o, como sucedía en Bolivia, ideológicamente hegemónicas suele permitir la creación de espacios de disenso⁵⁹⁶. Así, es probable que la ausencia estatal en el Chapare y el modelo autogestionario del sindicalismo cocalero hayan proporcionado un territorio físico idóneo para el desarrollo de una fuerza de oposición unida y organizada. Por otra parte, la posición de los productores de coca como uno de los principales grupos de resistencia al Estado central contribuyó a presentar ante la ciudadanía a Evo Morales y sus compañeros de cultivo como el adversario más visible del modelo político y económico vigente. En un sistema político-partidario caracterizado por los pactos de gobierno y de régimen, la intransigencia del movimiento cocalero y de su instrumento político, confirmada sobre el terreno por enfrentamientos violentos y en las instituciones por la virulencia verbal, les permitió diseñar campos

⁵⁹⁶ POLLETTA, Francesca y HO, Kai: “Frames and Their Consequences”, *op.cit.*, pág.196

de identidad fácilmente perceptibles. Bajo esa lógica de oposición binaria, el descrédito de un bando (fracaso económico, represión, corrupción, etc.) reforzaba casi automáticamente la posición de su contrincante.

Esta fue una de las razones por las cuales el relativo fracaso social y electoral del MAS en lograr salir de su feudo chapareño abrió paso, en el transcurso de la primera fase del ciclo de movilizaciones y sobre todo en las elecciones generales de 2002, a un avance generalizado de la influencia del MAS sobre el abanico de organizaciones de protesta y de su relevancia electoral en los departamentos occidentales. Las otras dos tuvieron que ver con modificaciones significativas tanto en el contexto como en el principal actor: en el primer campo, la eclosión e incremento de la contestación social y de las redes de solidaridad entre las entidades participantes; en el segundo, un cambio gradual pero constante en la estrategia de enmarcamiento del instrumento político.

La interacción entre ambos cambios se perfila como evidente: por una parte, el carácter extremadamente ideologizado de los marcos políticos del MAS encontró en los sucesos de la Guerra del Agua y de los meses siguientes una vía para abrirse y acoplarse a la realidad social del país. La novedad de la creciente agitación social pedía nuevos marcos de referencia para unos ciudadanos también ellos sorprendidos por la oleada contestataria. Al principio de un ciclo de protesta, la respuesta a las preguntas “¿Qué está sucediendo aquí?” y “¿Cuál es nuestro papel en todo esto?” todavía está por llenar para muchos de los individuos y organizaciones involucrados. Entonces, debido a la crisis social, al resquebrajamiento del sistema político y a la parálisis económica, la disponibilidad de la sociedad para adoptar marcos alternativos aumentó exponencialmente.

Al mismo tiempo, el éxito cosechado por el MAS al cabo de los dos primeros años del decenio – y luego en los tres años siguientes– no hubiera sido posible sin una adaptación interna de su discurso a la nueva realidad sociopolítica boliviana. En el presente apartado veremos de qué forma evolucionó el discurso del MAS entre mayo de 2000 y junio de 2002 a través de los cambios en el contenido de sus marcos y especialmente en su estrategia de enmarcamiento.

A finales de abril de 2000, tres semanas después del fin de la Guerra del Agua, el MAS-IPSP realizó en Cochabamba su II Congreso Ordinario. Los cambios en la nueva Declaración de Principios y el Programa de Gobierno son reducidos en número, pero significativos en lo que transmiten acerca de la evolución ideológica y estratégica del instrumento político. El primer cambio atañe al pago de la deuda pública, que en el texto de 1999 había sido “contraída fraudulenta e ilegalmente, a espaldas del pueblo boliviano” y que por lo tanto “no [correspondía] pagarla al pueblo boliviano” (fol.21). Un año y tres meses después, la referencia al impago de la deuda había desaparecido del principio 20 de la Declaración (fol.261). Otra señal de moderación de su mensaje surge al final de la sección “Defensa de la soberanía nacional”, donde se borra el párrafo que justificaba la violencia contra las autoridades: “La violencia del genocidio [capitalista], que en cada momento mata millones de seres humanos (...)”

es pues infinitamente más brutal que el ajusticiamiento que efectúan las fuerzas descontentas y los sectores rebeldes de los pueblos coloniales” (fol.33).

Mientras tanto, sí se acentúan las críticas a los principales atributos del modelo económico neoliberal en su encarnación boliviana. Entre ellos, las capitalizaciones de empresas públicas y la urgencia de renacionalizaciones, a las que se introduce una referencia a propósito del estado del ferrocarril y del transporte aéreo en Bolivia en el Programa de Gobierno (fol.271).

Otros cambios menores apuntan hacia una mayor preocupación relativa a la cuestión étnica. Si, tras el primer congreso, se denunciaba la existencia en el interior del país de “nacionalidades oprimidas, regiones postergadas y departamentos atrasados” (fol.23), el segundo reemplazaba las nacionalidades oprimidas por “etnias y comunidades originarias e indígenas oprimidas” (fol.262), destacando el carácter étnico de la opresión. Un segundo cambio en el mismo sentido añadió un párrafo al apartado “Cultura, educación y universidad”, donde se propugnaba “una educación integral y liberadora que rescate nuestros valores y raíces culturales” (fol.264). En su primera versión, lo que más tarde se llamaría interculturalidad educativa se encontraba ausente del texto. Asimismo, la fórmula “el MAS-IPSP (...) propugna la lucha por la liberación de las clases y pueblos oprimidos” se ve complementada después del segundo congreso del partido por una mención al “rescate de nuestros valores culturales y nuestra identidad” (fol.303), inexistente en el primer documento⁵⁹⁷.

La principal diferencia entre los documentos de 1999 y de 2000 se encuentra al final del Programa de Gobierno. Este, pese a su subtítulo “50 propuestas concretas para encarar la crisis”, en su primera versión sólo contenía 42 medidas. Tras el segundo congreso, se añadieron ocho puntos más. Se podría pensar que estas nuevas medidas responderían a los recientes acontecimientos de Cochabamba, se centrarían más en la problemática de la hoja de coca o adoptarían una perspectiva de cariz indianista más acorde al espíritu del tiempo, representado por la CSUTCB de Quispe o las organizaciones de indígenas amazónicos.

Sin embargo, nada de esto sucedió: los temas privilegiados siguieron siendo los económicos y aquellos relacionados con la influencia de las potencias del Norte (frecuentemente interconectados), enfocados bajo los marcos que identificamos para los documentos del año anterior. Así, en los nuevos puntos añadidos se denuncia por un lado el “déficit social”, el hecho de que “1500 millones de personas en el mundo disponen de menos de un dólar por día” y la globalización, que “se ha convertido para los países atrasados y subdesarrollados en una forma más de dependencia”; por otro, se rechaza “toda forma de agresión bélica de una nación contra otra” (probablemente una referencia a los bombardeos de la OTAN contra Serbia), se recuerda el “Plan Cóndor” orquestado por las

⁵⁹⁷ Esta tendencia choca con la desaparición del párrafo relativo a la “autodeterminación de los pueblos originarios”, incluido inicialmente en el apartado “Democracia de participación” (fol.37). No encontramos explicación para dicha supresión. En el Programa de Gobierno, la sección “Las naciones oprimidas” no sufre modificaciones (fols.60 y 279).

dictaduras latinoamericanas y el deber de juzgar a los responsables y se defiende la integración regional (fols.285 y 286).

Como se desprende del conjunto de estas modificaciones puntuales, el tono general de ambos documentos sigue siendo similar, con una predominancia de una retórica marxista, a semejanza del siguiente párrafo, idéntico en las dos versiones separadas por quince meses:

“Dentro del ordenamiento colonial, los regímenes dependientes se prestan a servir de verdugos de sus propios pueblos, de centinelas del poder colonial y de padrinos de una burguesía mercantilista y atávica, oligarquía del despojo que se nutre de las migajas que derrama el imperialismo” (fols.35 y 303)

En cuanto a los marcos de referencia, los reducidos cambios constatados no tienen impacto en el contenido y los procesos de enmarcamiento que caracterizamos en el apartado anterior. Se mantienen las atribuciones de los campos de identidad, con protagonistas (“los desposeídos”, “los explotados”, “el pueblo”) y antagonistas, (“el imperialismo neoliberal”, “la oligarquía”, “las fracciones hegemónicas de la clase dominante” (fols.52 y 273) bien definidos. Son los actores de un diagnóstico (“hambre, desempleo y miseria” provocados por “una economía dependiente y atrasada” donde “los pobres son cada vez más pobres porque los ricos son cada vez más ricos”, conjugada con una “soberanía pisoteada”) y pronóstico (una “democracia económica, pluralista, participativa y comunitaria”, una “Bolivia Socialista y Multinacional” para “liberar al país de la influencia foránea y recuperar las empresas estratégicas del país y sus recursos naturales”) que tampoco sufre alteraciones sensibles.

Pero si los documentos internos del MAS no sufrieron modificaciones relevantes en términos de enmarcamiento en el transcurso de un año, su discurso público sí parece haber evolucionado gradualmente, con algunos momentos de transición rápida, a partir del final de la Guerra del Agua hasta la campaña electoral para los comicios generales de junio de 2002.

5.2.1 – La dimensión político-institucional

El primer cambio visible se relaciona con la posición del MAS sobre el sistema político. Sobre este aspecto, la Guerra del Agua parece haber abierto una brecha en la solidez aparente de la democracia pactada. La complicidad o pasividad de los partidos con asiento parlamentario –salvo IU, por supuesto– ante la militarización de Cochabamba y su indiferencia hacia los sectores populares movilizados proporcionaron una oportunidad única para señalar el descrédito del sistema de partidos y del propio Congreso. A partir de aquí, poco a poco, el MAS empezó a construir un tercer marco de

referencia, que proponía un cuadro de lectura de los problemas del país desde una perspectiva político-institucional.

Esto no significa que los temas institucionales no hubiesen sido tratados en documentos o intervenciones anteriores (sí lo fueron, aunque más bien de modo superficial), sino que fue a partir de este momento cuando el instrumento político desarrolló una perspectiva integral acerca de las consecuencias de la crisis institucional y de las formas de solucionarla. Palabras como “corrupción” o “vendepatrias”, entre otras, conformaban la dimensión de diagnóstico, mientras proyectos como la Asamblea Constituyente empezaron a hacerse un hueco en la vertiente de pronóstico. En cambio, el MAS se presentaba como una entidad incorruptible. Como afirmaba Evo Morales en el Congreso, antes de ser expulsado del Parlamento en enero de 2002: “El delito (...) es haber cumplido un mandato popular, un mandato del pueblo. Y mi otro delito es (...) ser insobornable”⁵⁹⁸. Ese sería uno de los argumentos para atacar a su rival Felipe Quispe, acusado de actuar con ambigüedad sospechosa ante los ministros de Banzer, Quiroga y luego Sánchez de Lozada.

Otro factor de roces con el aymara de Achacachi fue el carácter autoritario del liderazgo de este. En febrero de 2002, tras romper las negociaciones para la formación de una alianza electoral, Evo Morales acusó a Quispe de querer elegir los candidatos a dedo y no a través de una consulta con las organizaciones de base⁵⁹⁹. La noción de consulta al militante de a pie, así como al ciudadano común o al conjunto del pueblo, siguió siendo uno de los argumentos centrales de Evo Morales en su reflexión sobre el futuro del sistema político boliviano⁶⁰⁰.

Durante los enfrentamientos en Cochabamba, el movimiento político ya había empezado a escarbar en la herida abierta en los partidos tradicionales. Refiriéndose a la oposición de los partidos tradicionales al testimonio de un traficante de droga en una comisión parlamentaria, Evo Morales lanzó la sospecha sobre la probidad de esas formaciones: “Si el MIR, el MNR, UCS y la ADN no quieren saber de Diodato en el Congreso es porque quieren encubrirse.”⁶⁰¹ Pocos meses después, cuando la prensa empezó a especular sobre las posibilidades de alianzas para 2002, Evo Morales salió al paso y negó todo tipo de acuerdo con UCS o NFR. Según el dirigente, un diálogo con esos partidos “en vez de hacer un bien, dañaría la imagen que logró el MAS.”

Para Evo Morales, el MAS disponía de un capital de imagen que era preciso preservar y administrar. En respuesta a las acusaciones de conexiones con el narcotráfico, Evo contraatacaba recordando el historial en la materia de los partidos centrales: “[Banzer] dice que el que defiende a la

⁵⁹⁸ *Wañusun kausanapaq / Estamos muriendo para vivir*, documental realizado por Chajra Runaj Masis, 2003

⁵⁹⁹ LR150202

⁶⁰⁰ “Lo que queremos como dirigentes es ¿cómo crear el poder de nuestras bases, el poder de nuestras organizaciones, el poder del pueblo? Que el pueblo finalmente defina cuál es el mejor mecanismo de unidad”, transcripción de una respuesta de Evo Morales en CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA, *op.cit.*, pág.19

⁶⁰¹ LR260300

coca es narcotraficante. Los narcotraficantes están en el Palacio.”⁶⁰² Otros portavoces sindicales y/o partidarios adoptaron el mismo discurso: en diciembre de 2001, Luis Cutipa, dirigente de las Seis Federaciones, acusaba al Parlamento de querer expulsar Evo Morales en vez de dedicarse a otros problemas: “Lo que pasa es que el Parlamento defiende a los corruptos y a los ladrones”⁶⁰³. En el día de su expulsión, el propio Evo denunciaba que aquellos que votaban por su expulsión eran “los corruptos y los narcotraficantes.”⁶⁰⁴

En la crítica del MAS al sistema político no había espacio para matices entre los partidos integrantes de la coalición gubernamental y aquellos en la oposición, una característica que se acentuaría aún más durante la corta segunda presidencia de Sánchez de Lozada. Tras una interpelación de IU en el Parlamento al equipo económico del Gobierno, Evo Morales criticaba la pasividad en la oposición del MNR: “Nunca confiamos en el MNR por ser el padre del modelo.”⁶⁰⁵ Meses después, Filemón Escóbar, exdirigente minero y asesor de las Seis Federaciones del Trópico, al anunciar la candidatura de Evo Morales a las presidenciales de 2002, observaba “una extraordinaria evolución en la consciencia política de los campesinos” y aseguraba que estos iban a votar por “su propio instrumento político” y en ningún caso por los “partidos neoliberales”⁶⁰⁶.

Otro ejemplo del descrédito que afectaba a los partidos tradicionales en su conjunto fue dado por varios centenares de mujeres campesinas en respuesta al asesinato de seis colonizadores del MST – aliados de los productores de coca– en Pananti (en el Chaco, departamento de Santa Cruz) a 9 de noviembre de 2001 por paramilitares contratados por grandes terratenientes. Las mujeres escenificaron un funeral con seis ataúdes correspondientes a las víctimas mortales y otro representando a un ganadero muerto por los colonizadores en represalia. El falso ataúd del ganadero iba cubierto con las banderas de ADN, MIR, MNR y UCS⁶⁰⁷. La coincidencia entre la oligarquía y el sistema político-partidario calaba cada vez más en la conciencia de los sectores populares.

En simultáneo con la denuncia de la degeneración del sistema político-electoral (“El Parlamento es la primera mafia del Estado”, según Evo Morales⁶⁰⁸), el instrumento político se comprometía cada vez más como una alternativa para reemplazar las prácticas de los partidos tradicionales. No se trataba de alimentar la explosión del sistema, sino de llegar a controlarlo e impulsar una reforma profunda desde el corazón mismo de las instituciones. El militante César Escóbar afirmaba retrospectivamente, años después: “Poco a poco, la línea electoral va siendo determinante respecto a la acción insurreccional. Yo creo que hasta el año 2002 es todavía un movimiento sentimentalmente

⁶⁰² LR290900

⁶⁰³ LR031201

⁶⁰⁴ LR240102

⁶⁰⁵ LR270800

⁶⁰⁶ LR230101

⁶⁰⁷ LR151101

⁶⁰⁸ LR081101. Días después, los legisladores eran tildados de “banda de mafiosos”, LR211101

comprometido con el proyecto insurreccional; pero luego del 2002, cuando llega una fuerte votación, ya se pliega otro tipo de corrientes.”⁶⁰⁹

La reforma sistémica debería llegar a todos los rincones del Estado, incluyendo la justicia, contaminada por la desigualdad social y la violencia institucionalizada: “Los pobres no acuden a la Corte Suprema de Justicia porque no tienen posibilidades en ese espacio”, denunciaba Evo Morales⁶¹⁰. En el mismo sentido argumentaba Luis Cutipa, criticando la inoperancia de los fiscales ante los abusos de los militares: “La justicia está tan corrompida y manejada políticamente...”⁶¹¹. Una idea que, como verificamos en el apartado anterior, el propio Evo había defendido desde su escaño en el Parlamento tras su elección en 1997 y siguió pregonando mientras estuvo en la oposición⁶¹².

A un año de los comicios generales de junio de 2002, el jefe nacional del MAS expresaba las crecientes aspiraciones electorales de su movimiento y volvía a cargar contra las prácticas endogámicas de los partidos centrales. A propósito de las restricciones de la Corte Nacional Electoral a la inscripción de nuevos partidos, Evo Morales exclamaba: “Se trata de una decisión política de ir eliminando a las fuerzas contestatarias para concentrar el poder en pocos partidos”⁶¹³. Esta inclinación electoralista de ciertos sectores internos, ya formulada a media voz en los documentos oficiales, se fue haciendo cada vez más visible a lo largo de los dos años que mediaron la Guerra del Agua y las elecciones de 2002. El Congreso Ordinario del MAS de 10 y 11 de diciembre de 2001, realizado en Cochabamba, lo demuestra. El informe de apertura de David Añez, todavía jefe nacional del partido a título honorífico, se felicitaba de que “el reto asumido por el MAS de convertirse en una fuerza nacional y dar el salto al campo urbano ha sido logrado con la elección de más de 80 concejales a nivel nacional y con la incorporación en las ciudades de importantes sectores sociales a las filas del MAS.”⁶¹⁴

Enseguida tomó la palabra Evo Morales, como secretario general. En su informe, volvió a subrayar la idea de que “todos los sectores sociales que han revitalizado el MAS han optado por el camino democrático, para llegar a expresarse en los gobiernos locales y postularse como alternativa nacional”⁶¹⁵. En el mismo sentido, el secretario general realzó los triunfos electorales del instrumento político en un terreno minado por reglas inicuas: “El acierto de nuestra organización es que, a pesar de las trabas que se nos han puesto, nos hemos convertido en la primera fuerza de la izquierda, a nivel

⁶⁰⁹ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pág.44

⁶¹⁰ LR221101

⁶¹¹ LR210102

⁶¹² En diciembre de 2001, en la secuencia de la muerte de un dirigente campesino en Chimoré (Chapare), Evo Morales afirmó sobre la investigación: “(...) como la Policía Técnica Judicial, los fiscales están controlados por el Gobierno, no pasará nada”, LR131201. En enero, Morales acusaba al Ejecutivo de practicar el “terrorismo de Estado”, LR190102

⁶¹³ LR180601

⁶¹⁴ TSE, fol.394

⁶¹⁵ *Ib.*

nacional y en la novena fuerza política, pugnando espacios con los partidos grandes”⁶¹⁶. Las actas del congreso registran que uno de los congresistas saludó la opción de la dirección del partido por el sendero electoral y legal, declarando que esperaba, “por el bien de la democracia, que el sistema no cerrará puertas a nuestra legítima participación.”⁶¹⁷

La transcripción de las intervenciones de otros participantes en el congreso (“El partido ha tenido el gran acierto de ganar a nuevos sectores emergentes”, por ejemplo⁶¹⁸) indica que los militantes eran conscientes del incremento de la capacidad de atracción del MAS, por entonces poco mensurable en términos electorales pero bastante clara en sus relaciones con las demás fuerzas del movimiento campesino y como cara de la oposición política. Las conclusiones del Congreso traducen la continuidad de la apuesta por la vía electoral, promoviendo la construcción de una alternativa política que representase “la solución democrática de los diferentes problemas que está sufriendo el pueblo empobrecido del campo y la ciudad”⁶¹⁹. De acuerdo con el documento, esa alternativa política debería incentivar un espíritu de alianza con otras figuras contestatarias, como “Felipe Quispe, René Joaquino de Potosí, Manuel Morales Dávila, Rolando Morales y Óscar Olivera”, “en torno a una unidad de las organizaciones políticas antineoliberales y defensoras de los recursos naturales.”⁶²⁰ En el siguiente apartado, examinaremos al detalle las relaciones entre el instrumento político y otras organizaciones sociales en este primer período del ciclo de protestas.

En las conclusiones de dicho congreso, notemos la ausencia de referencias a un proceso constituyente para la elaboración de una nueva carta magna, que sin embargo no hubiera desentonado en una crítica tan acerba contra las instituciones vigentes. Efectivamente, entre el MAS y sus aliados fueron estos últimos los que expusieron el tema de la Asamblea Constituyente y la promovieron al centro del debate político. Ya hemos hablado del papel de los pueblos indígenas orientales en este asunto, pero en el comienzo de la precampaña de 2002 fue el abogado Manuel Morales Dávila, del Bloque Social Patriótico, una de las formaciones que selló una alianza con el instrumento político, el que introdujo la cuestión constituyente en la actualidad masista. Con un lenguaje político perteneciente a la izquierda clásica (y clasista), este profesional urbano cercano a Evo Morales defendía la convocatoria de una Asamblea Constituyente “para reformar el ordenamiento nacional”⁶²¹.

También algunos dirigentes del sindicalismo campesino fueron aceptando, de manera cada vez más explícita, la necesidad de hacerse presentes en los canales institucionales a través de un vehículo

⁶¹⁶ *Ib.*

⁶¹⁷ *Ib.*

⁶¹⁸ TSE, fol.396

⁶¹⁹ TSE, fol.395

⁶²⁰ TSE, fol.397

⁶²¹ LR010302

propio y evitando la cooptación por los partidos tradicionales. Era lo que defendían Alberto Zapata, sucesor de Alejo Véliz en la FSUTCC, y Juan Carlos Mercado, en aquel entonces líder de los campesinos en el Beni, que afirmaba en julio de 2000: “Debemos buscar las estrategias para que los compañeros campesinos puedan ser diputados: tenemos que estar dentro del poder.”⁶²²

Pero esta postura no fue compartida, desde luego, por el conjunto de las fuerzas sindicales del país. Óscar Olivera, dirigente obrero de Cochabamba y principal figura de la Coordinadora de Defensa del Agua, defendía en septiembre de 2000 que el fracaso del modelo neoliberal justificaba el cierre del Parlamento y la dimisión del Gobierno⁶²³. El mismo Olivera repetiría la misma exigencia a comienzos de 2002, estimando que el Parlamento se había convertido “en una cueva de ladrones, corruptos e inmorales”⁶²⁴. Un diagnóstico ciertamente compartido por Evo Morales, que sin embargo divergía en la solución a adoptar. Tampoco el katarismo aymara, encabezado por Felipe Quispe y principal tendencia en la CSUTCB de esos años, alimentaba grandes sueños de renovación política desde las instituciones, prefiriendo abogar por una refundación del Kollasuyo bajo un formato político de inspiración indígena. Como veremos, esa misma posición antiinstitucionalista fue compartida por la COB durante las jornadas de octubre de 2003.

Evo Morales, en cambio, podía gritar “¡Abajo el Gobierno!”⁶²⁵ o amenazar con un “gran conflicto armado”⁶²⁶ o un “movimiento guerrillero”⁶²⁷, pero nunca llegaría a abogar de modo claro por la ruptura del orden constitucional. Al final de la marcha de abril de 2001, Evo Morales sopesaba la realización de un bloqueo bajo la consigna “Fuera Banzer”. Pero al ser interrogado sobre lo que pasaría después de la dimisión del Presidente, contestaba calmando el tono: “Habría que buscar una salida constitucional y que el nuevo presidente convoque a una Asamblea Constituyente.”⁶²⁸

En términos de repertorio de acciones colectivas, la creciente aceptación de la vía electoral en el partido y sindicatos orgánicos no implicó de ninguna manera una moderación de las formas de lucha en las calles y caminos. Bloqueos, marchas, huelgas de hambre e incluso amenazas con el recurso a las armas de fuego para proteger los cocaleros de la erradicación⁶²⁹ siguieron siendo frecuentes. Si a la altura de los comicios de junio de 2002 la opción por una vía institucional de acceso al poder ya había sido interiorizada por la estructura del partido en su discurso (aunque no por todos sus componentes sociales), en términos de movilización las formas insurreccionales siguieron siendo predominantes

⁶²² LR020700

⁶²³ LR230900

⁶²⁴ LR270102

⁶²⁵ LR290900

⁶²⁶ LR231000

⁶²⁷ LR151000

⁶²⁸ LR240401. Hay, sin embargo, algunas señales de impaciencia con respecto a la vía electoral: “Inicialmente pensé que el voto iba a ser la solución, pero después de que he llegado [al Parlamento], ya no confío. Prefiero ser dirigente sindical que dirigente político”, LR081101

⁶²⁹ LR091000

cuando menos hasta octubre de 2003.

5.2.2 – Política de alianzas

Entre enero de 2000 y mediados de 2002, los cocaleros del Chapare, representados por la Coordinadora de las Seis Federaciones, y los campesinos aymaras del departamento de La Paz, organizados en torno a la CSUTCB, destacaron como las fuerzas sociales más importantes en el seno del movimiento indígena campesino boliviano. Pero, como señalaba en 2001 Álvaro García Linera, el protagonismo de ambas organizaciones rebasaba el campo social y penetraba en el ámbito político, por su capacidad coercitiva frente a la voluntad de las autoridades institucionales. En poco más de dos años, fueron varias las veces en que la ley de la calle colocó en jaque a la ley del Parlamento y al decreto presidencial. “En el fondo”, explicaba el futuro vicepresidente, “los movimientos sociales se están delineando lentamente como una especie de alternativa de poder y gobierno (...) todo va a depender de cómo estas fuerzas que lentamente se van unificando contribuyen a ampliarse y desarrollar sus propuestas.”⁶³⁰

Ahora bien, la historia de este período demuestra que esa tendencia hacia la unidad no sólo tardó en confirmarse sino que parecía no haberse siquiera iniciado por esas fechas. En efecto, el protagonismo de los cocaleros chapareños y de los aymaras altiplánicos tenía más de paralelo que de convergente: sus movilizaciones, aunque en ocasiones concomitantes en el tiempo, no lo eran en sus motivaciones ni en sus fines; sus respectivos proyectos políticos presentaban diferencias sustanciales; y, por consiguiente, su discurso público se asentaba sobre marcos de referencia claramente disonantes. Por fin, la idea de García Linera según la cual en los movimientos sociales “hemos asistido al reconocimiento mutuo de cada uno de los líderes, nadie es más que otro”⁶³¹, sólo podía ser una provocación a los presentes, conocida que era la enemistad entre Evo Morales y Felipe Quispe.

Respecto a este tema, a comienzos de la década de 2000 las relaciones con el Mallku –por entonces el más movilizador de los líderes sociales y el más temido por las autoridades– seguían siendo como mínimo turbulentas. En 1999, los diputados de Izquierda Unida y dirigentes del MAS Román Loayza y Félix Santos habían sido expulsados de la CSUTCB. En junio de 2000, el secretario ejecutivo de la confederación campesina afirmaba que Evo y el MIR pretendían utilizar la CSUTCB para sus propios intereses⁶³². Meses después, preparando la fundación del MIP en un autodenominado Encuentro Nacional Katarista, los dirigentes paceños de la CSUTCB encabezados por Felipe Quispe declararon

⁶³⁰ CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA, *op.cit.*, pág.32

⁶³¹ *Ib.*, pág.34

⁶³² LR200600

traidor a Evo Morales y otros dirigentes indígenas⁶³³. Dos días después, Morales fue otra vez considerado un traidor por haber aceptado un acuerdo con el Gobierno que no preveía el cese de la erradicación⁶³⁴. En esa misma ocasión, Quispe anunció su intención de trasladarse al Chapare para “unir las bases campesinas y fortalecerlas política e ideológicamente con la filosofía del Kollasuyo”.

También es cierto que, en septiembre del mismo año, los productores de coca y la CSUTCB organizaron bloqueos simultáneos, los primeros en el Chapare y los segundos en el altiplano paceño. Aunque es cierto que simultaneidad no significa coordinación, sí existía una intención común de aprovechar la apertura de dos frentes de protesta para debilitar al Gobierno y obligarlo a ceder a las exigencias de los campesinos de ambos bandos. Además, en algunos momentos sí se estableció una alianza circunstancial pero más o menos oficial entre la confederación campesina del Mallku y las Federaciones del Trópico de Cochabamba, como en julio de 2001⁶³⁵. Lo mismo sucedió en octubre de ese año, cuando los líderes de ambos colectivos anunciaron un acuerdo para participar de forma conjunta en las elecciones del año siguiente⁶³⁶, algo que no se concretaría.

Pero la postura más habitual de Felipe Quispe fue la de apoyar las demandas del movimiento cocalero a la vez que denigraba a su líder⁶³⁷, acaso con el propósito de atraer a los productores de coca a su esfera de influencia⁶³⁸. A comienzos de 2001, la ruptura entre ambos líderes quedó patente tras el IX Congreso de la CSUTCB, en el que los sectores campesinos ligados al MAS apostaron por apartar a Quispe del liderazgo de la confederación campesina. A partir de ese momento se instaura una dirección bicéfala (Felipe Quispe de un lado, Humberto Choque, apoyado por los cocaleros, de otro), con una división entre federaciones departamentales fieles a uno u otro campo.

No obstante, en el ámbito ideológico se nota una clara influencia de algunos aspectos de la tesis indianista-katarista de Felipe Quispe en la ampliación de las propuestas del MAS y a la integración de una dimensión indígena en sus marcos de referencia. En un artículo de Felipe Quispe titulado “Desde la perspectiva indígena”, publicado en la fiesta nacional de la independencia de 6 de agosto de 2000⁶³⁹, son varios los puntos que el instrumento político adaptaría posteriormente para cimentar la validez de sus marcos de referencia en la historia y las idiosincrasias culturales del país: la tesis de las dos Bolivias, de un lado una faceta “k'ara [blanca] yanquizada” y de otro “la Bolivia que desciende

⁶³³ LR131000

⁶³⁴ LR151000

⁶³⁵ “Morales y Olivera se unen a Quispe; la solución se aleja”, rezaba la portada de LR180701. La lista de demandas incluía la derogación del decreto 21060, de la Ley 1008 y de la Ley INRA, la defensa de los hidrocarburos, el rechazo a la privatización de la salud y la educación, la denuncia de los intentos de desafuero de Evo Morales, entre otras.

⁶³⁶ Mientras la Confederación de Jubilados y el CONAMAQ también adherían al pacto, Evo Morales invitaba a otros sectores a participar, como el Movimiento Sin Tierra, LR161001

⁶³⁷ “Felipe Quispe: 'la CSUTCB está decidida a apoyar a cocaleros del Chapare'”, LR291000, dos semanas después de haber llamado “traidor” a Evo Morales.

⁶³⁸ “(...) Evo Morales ha fracasado en su gestión de lograr la tranquilidad para las bases”, dijo Quispe, al tiempo que manifestaba su voluntad de servir de intermediario entre el movimiento cocalero y el Gobierno, LR301000

⁶³⁹ LR060800

del antiguo Qullasuyu”. Con un tono revanchista del que el MAS se alejaría, Quispe denunciaba asimismo “la esclavitud de esa república blanco-mestiza” y el hecho de que “para los opresores, la bandera boliviana flamea aires de libertad, para el indio se agita el símbolo de la opresión: el rojo representa sangre y muerte, el amarillo representa hambre, desnutrición y enfermedades y el verde, la frustración de toda esperanza.” En cambio, el instrumento político fundado por los productores de coca no renegaría de la bandera patria, sino que le añadiría una hermana indígena, la wiphala.

Algo similar sucedió con los próceres de la independencia. El Mallku contraponía a Bolívar, Sucre y otros héroes criollos, fundadores de una “república con esclavos”, “nuestros héroes y mártires”, entre ellos los indígenas Tomás Katari, Tupaj Katari, Bartolina Sisa o Gregoria Apaza.” El MAS, a su vez, aceptó los primeros y ascendió los segundos al Panteón nacional⁶⁴⁰.

El planteamiento central del texto de Quispe era el problema de la opresión étnica. En sus palabras, “hasta hoy no ha mejorado la situación de las mayorías indígenas y originarias. La opresión, explotación y discriminación racial se efectúan ahora con los medios más tenebrosos y sofisticados (...) El indio trabaja para la patria y esta existe gracias al trabajo del indio.” La tesis del colonialismo interno y de su complicidad con el colonialismo externo era otro punto que, años después, se convertiría en un argumento central del discurso masista, aunque una vez más empleando términos y connotaciones menos radicales.

El sindicalista aymara, sin embargo, raramente se mordía la lengua: para él, Bolivia era gobernada por una “minoría colonial” y los bolivianos no deseaban que su país fuese “una prolongación de la colonia yanqui”. Quispe incluía al final una mención a las transnacionales, pero se notaba poca insistencia en el diagnóstico y pronóstico económico, o lo abordaba sólo como una cuestión subsidiaria de la exclusión racial. En cambio, propone un “triumfal regreso al modelo del *ayllu*, (...) donde brillará el Ama Suwa, Ama Qhilla, Ama Llulla, los principios cósmicos de la perfección de los seres humanos. Este es el Qullasuyu que busca la CSUTCB (...)” ¿Qué seleccionó el instrumento político de todo esto? Por ahora, podríamos afirmar que la discriminación étnica continuaba en una posición subalterna con respecto a las desigualdades económicas.

Meses después, en el acto fundador del MIP, a 14 de noviembre de 2000, la ausencia total de banderas bolivianas y la cantidad de wiphalas reflejaba el sesgo excluyente del nuevo partido. Pero en la intervención y entrevistas de Felipe Quispe y demás miembros de su directorio encontramos rasgos que luego penetrarían poco a poco y con ciertos matices en el discurso y comportamientos del MAS: la insistencia en el binomio quechuas/aymaras (transformado por Evo Morales en un trinomio con la incorporación de los guaraníes, en representación de los pueblos de los llanos orientales); la defensa de los valores indígenas; la indumentaria ceremonial y los ritos andinos; la admiración por

⁶⁴⁰ GOMES, David: “Discurso e identidades en las conmemoraciones del Bicentenario de la independencia boliviana”, *op.cit.*

los héroes indígenas y su citas (la asidua referencia al “Volveré y seré millones” de Tupak Katari es utilizada por el Mallku y sus seguidores); la intransigencia respecto a alianzas con los partidos tradicionales; o la intersección entre etnicidad y explotación económica.

En abril de 2001, el Congreso de la CSUTCB de la facción fiel al Mallku confirmó la reelección de este como Secretario Ejecutivo y aprobó una tesis política que incluía la abolición del decreto 21060, la reversión de la capitalización y nacionalizaciones de empresas privatizadas, la anulación de la Ley INRA y la lucha contra la erradicación. A estas demandas, compartidas por el instrumento político de los cocaleros que marchaba en ese momento con la Coordinadora del Agua, se juntaban la reconstitución de los territorios de las nacionalidades originarias y el cambio del nombre (luego no concretado) de la confederación campesina de CSUTCB a Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos, Indígenas y Originarios de Bolivia⁶⁴¹. El famoso trinomio “campesino indígena originario”, principal aportación del reconocimiento étnico de la Constitución promovida por el MAS ya en el poder, emergió en el dominio público en una asamblea de campesinos en el Altiplano bajo el influjo de Felipe Quispe.

En cuanto al MAS en sus primeros años, como hemos visto en los documentos internos del partido, el lenguaje de inspiración marxista y antiimperialista dejaba poco espacio para el desarrollo de un pensamiento en clave étnica. Pero este fue ganando su espacio de manera paulatina: por ejemplo, en la Marcha por la Vida y la Soberanía Nacional de abril de 2001, las demandas sectoriales y sistémicas iban acompañadas sobre el terreno por una proliferación de wiphalas y sólo unas pocas banderas tricolores. Con todo, la primera vez que escuchamos a Evo Morales hablar abiertamente de un combate de cariz indígena data de julio de 2001, en la conferencia de prensa de formalización de su alianza momentánea con Óscar Olivera y Felipe Quispe. En ella, el dirigente cocalero acusó a los ministros de conducir la represión mediante los “hermanos soldados quechuas y aymaras” y concluyó: “Aquí empieza una lucha de las naciones originarias contra la oligarquía y el sistema.”⁶⁴² Notemos la intersección del registro étnico con el económico: a diferencia del antagonismo racial de Quispe, que a menudo denostaba a los “k'aras” (blancos)⁶⁴³, para Morales el opositor de los pueblos indígenas era la élite económica.

Días después, el jefe del MAS insistía en el mismo mensaje, al señalar que el pacto entre él y el Mallku “[permitía] crear una conciencia común entre aymaras y quechuas” y representaba “la rebelión de quechuas y aymaras contra el modelo”. A esta crítica del modelo económico se unía la crítica al sistema político: “[El acuerdo es la] sublevación frente a la clase política que negocia con

⁶⁴¹ LR210401

⁶⁴² LR180701

⁶⁴³ Por esas fechas, Quispe afirmaba: “Bolivia para nosotros es el apellido de un hombre. Qué tenemos que ver con Bolivia (...) Hablaremos del Kollasuyo más bien...”, LR210701

los recursos naturales y masacra a los sectores sociales que los defienden.”⁶⁴⁴ Déficit de representación, expoliación de recursos, violencia estatal: el discurso de Evo Morales recuperaba así tres de las constantes que identificamos en capítulos anteriores y que ocupaban un lugar central en la conciencia histórica de la nación boliviana. La resonancia cultural de una intervención de este tipo superaba con creces los lineamientos ideológicamente asépticos de la Declaración de Principios aprobada en los congresos del partido.

Principios esos que, de manera llamativa, parecían variar de manera significativa del ámbito nacional a la escala departamental. En efecto, el II Congreso Departamental del MAS-IPSP en Cochabamba, realizado en los días 21 y 22 de agosto de 2000, apenas cuatro meses después del congreso nacional, presentaba unos planteamientos ideológicos distintos, centrados en la recuperación de los valores incaicos⁶⁴⁵. La sorpresa es menor si advertimos que la Comisión de Principios e Ideología de dicho congreso regional reprodujo casi literalmente la Tesis Política de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos de 1998, que ya ha sido aquí examinada. Sin embargo, localizamos algunas líneas novedosas, que ellas sí proporcionan información sobre lo que estaba sucediendo a nivel interno en el brazo político del sindicalismo cocalero. El primer bloque concernía a la estrategia nacional del instrumento político y el segundo a la posición del partido sobre la problemática de la coca.

De acuerdo con este documento, la prioridad del MAS debería pasar por su apertura a “la nación originaria” –curioso singular para designar al conjunto de los pueblos autóctonos– y “a todos los sectores de los explotados (...) como también a sectores identificados con los intereses de la nación originaria y la clase explotada y las corrientes de la izquierda”. En el párrafo siguiente, se postulaba que el instrumento político debía mantenerse “independiente de los partidos tradicionales de derecha comprometidos con el neoliberalismo” y se prohibía la adhesión de “los empresarios, generales agentes del imperialismo que explotan y oprimen al pueblo.” Para las bases de Cochabamba, el MAS era la “herramienta política de los comuneros y los trabajadores, sin patrones ni generales.”⁶⁴⁶

Resulta digno de mención que estos aditamentos a un texto con casi tres años otorgasen un lugar central a las referencias a los explotados y al modelo neoliberal, en estrecha relación con el imperialismo, y cortasen parcialmente con la narrativa indianista del documento original. En la sección dedicada a la hoja de coca⁶⁴⁷, se recomendaba al partido luchar por el fin de la erradicación forzosa y la derogación de la Ley 1008, pero se añadían dos misiones más de mayor alcance: la lucha contra la privatización de la tierra y de los recursos naturales y la protección del agua como bien

⁶⁴⁴ LR290701

⁶⁴⁵ 2º Congreso Departamental de Cochabamba del MAS-IPSP, Cochabamba, 21 y 22 de agosto de 2000, s/e

⁶⁴⁶ *Ib.*, pág.14

⁶⁴⁷ *Ib.*, pp.19-20

común, estando todavía fresca la memoria de la guerra del mismo nombre en Cochabamba.

La parte más original y por lo tanto más relevante de las conclusiones se encuentra en el texto de la Comisión de Programa del congreso departamental. Hablando en nombre de “todos los originarios que componemos el MAS-IPSP”, los autores acusaban a las élites políticas de haber fracasado en la construcción de un estado-nación de inspiración occidental y de haber tenido como única finalidad “tomar el camino del neoliberalismo” y concentrar las riquezas en la empresa privada. En la actualidad, podía leerse, “el modelo neoliberal vuelve a fracasar ruidosamente” y ha transformado Bolivia en “una simple colonia del imperio del norte: Gobierno nacional no tenemos, lo que contamos es con un Sheriff con el nombre del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, ambos organismos manejados por el gobierno estadounidense.”⁶⁴⁸.

Pero aquí sí hay una contextualización adecuada al caso boliviano: se nombran dos símbolos del colonialismo interno, el Decreto Supremo 21060 y la Ley 1008. El primero “nos quita todas nuestras riquezas”, mientras la segunda “nos quita lo más sagrado, la tierra, el territorio, la hoja de coca, y encima norteamericanos nos militarizan.” Capitalismo e imperialismo, élites nacionales, instituciones financieras internacionales y Estados Unidos: volvemos a encontrar los flagelos y los villanos que habitaban los escritos del MAS nacional en sus congresos previos.

Lo que evoluciona con respecto a estos últimos es la fuente de inspiración para el pronóstico y los agentes del cambio, puesto que ambos se basan en las culturas autóctonas. Tras una reflexión sobre el hecho de que “todos los modelos económicos estuvieron orientados a destruir los cimientos fundamentales de la cultura andina”, se concluye el diagnóstico afirmando que, no obstante los esfuerzos en sentido contrario, “nuestra herencia cultural se ha fortalecido (...) año tras año, década tras década” y que la alternativa pasaba por “nosotros: la sociedad comunitaria andina amazónica.”⁶⁴⁹

El documento enumera enseguida las tareas del instrumento político, organizadas en dos rubros distintos. Primero, aquellas relacionadas con las culturas originarias, como son la implementación de las nociones andinas de reciprocidad y redistribución en los municipios gobernados por el MAS, bajo la idea de que “el concepto de territorio no es una ficción literaria en nuestro territorio”; el control vertical de los pisos ecológicos, derivado de la premisa que “en la reconquista de la tierra y del territorio está el porvenir de la nación y porvenir de nuestra cultura andina y amazónica”⁶⁵⁰; o aun “el pleno respeto de nuestra diversidad cultural y de las identidades que cada pueblo o nación originaria porta en su propia historia.”⁶⁵¹

El otro grupo de propuestas retoma los pilares centrales de los marcos de referencia económicos y

⁶⁴⁸ *Ib.*, pp.23-24

⁶⁴⁹ *Ib.*, pág.25

⁶⁵⁰ *Ib.*, pp.25-26

⁶⁵¹ *Ib.*, pág.30

de soberanía, aunque añadiéndole una vocación indígena: por ejemplo, la transformación de las empresas capitalizadas en sociedades autogestionarias debe contribuir a “labrar la sociedad andina y amazónica”. La cuarta tarea señalada trata del combate contra la erradicación de los cultivos de coca, vinculándola con “la doctrina de la globalización y de la economía de mercado”. Empero, no olvidan mencionar que la lucha por la hoja de coca “está ligada a la lucha por la tierra y el territorio” y concluyen que “en esa trilogía se juega el porvenir de la cultura andina amazónica.”⁶⁵²

Pese a la carga étnico-cultural que comportan las propuestas sobre el modelo económico, los protagonistas del cambio conservan la identidad predominantemente clasista que los caracterizaba en escritos anteriores del instrumento político: se mencionan “las mayorías nacionales empobrecidas” y “los pobres de Bolivia”. La propia defensa de la coca se basa en argumentos económicos y de soberanía nacional: se arguye que la erradicación forzosa de la hoja de coca, por un lado, “no sólo empobrece al productor sino también a toda la sociedad civil boliviana” y, por otro, que se trata de “problema de dignidad, (...) nos morimos de hambre y a cambio la potencia del norte (...) nos da migajas”⁶⁵³.

Por último, con el objetivo de motivar a las huestes, se recurre a dos métodos. Primero, una voz de esperanza inspirada en el “Buen Vivir” andino: “Es el momento de que este proceso culmine, han sonado las campanas de nuestra liberación y autodeterminación y el renacimiento de la sociedad de abundancia (...) La vida es gozo, no sufrimiento.”⁶⁵⁴ Luego, se reconoce el poder simbólico de la hoja de coca, aunque no tanto como valor ancestral sino como recurso natural: “Por primera vez en toda nuestra historia una materia prima se transforma en Movimiento Político (...) Vuelve a ratificarse el poder que tiene la hoja de coca, que supera el poder económico y militar del imperio norteamericano.”⁶⁵⁵

Si al nivel departamental el katarismo parecía haber conservado una influencia notoria, en las instancias nacionales del instrumento político su avance fue más lento. En una fecha avanzada como el Congreso del MAS de diciembre de 2001, sus conclusiones refieren el ejemplo del “campesinado ecuatoriano” (y no de los indígenas) como ejemplo de movilización exitosa pero inconclusa⁶⁵⁶. Sin embargo, en el momento de votar la supresión del término “unzuaguista” del nombre del partido en ese mismo congreso, los participantes definen al MAS como “una organización que responde a las necesidades de los trabajadores del campo y la ciudad, a las grandes mayorías nacionales de aymaras, quechuas, tupi-guaraníes, etnias nativas, obreros, clases marginales y demás sectores de la población boliviana”, en un intento de integración de ambas perspectivas —la clasista y la étnica— cuya

⁶⁵² *Ib.*, pág.27

⁶⁵³ *Ib.*, pág.29

⁶⁵⁴ *Ib.*, pág.25

⁶⁵⁵ *Ib.*, pág.30

⁶⁵⁶ TSE, fol.395

intersección era sociológicamente comprobable.

La complejidad de las afinidades y contrastes ideológicos y estratégicos entre Felipe Quispe y Evo Morales se plasmó en sendas intervenciones en un debate organizado en septiembre de 2001, en La Paz, por el Centro de Desarrollo Integral de la Mujer Aymara – CIDMA, titulado “Hacia la unidad del movimiento indígena-originario-campesino”. En él participaron también Silvia Lazarte, dirigente de la Federación Nacional de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa – FNMC-BS, Nivardo Rivera, de la Confederación Sindical de Colonizadores de Bolivia – CSCB y Jaime Apaza, del Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Quillasuyu – CONAMAQ, a cuyas intervenciones regresaremos más adelante, incluyendo el ya mentado comentario final de Álvaro García Linera, por ese entonces todavía observador exterior.

A pesar de brevedad de sus intervenciones, ambas son esclarecedoras sobre sus posiciones respectivas acerca de un movimiento político unitario de los sectores campesinos. Quispe optó por acometer un repaso de la historia de la CSUTCB, señalando las sucesivas injerencias del MNR, de los militares y de los partidos de izquierda y de sus “ideologías foráneas” en el “movimiento indígena originario” y como causa de sus escisiones internas. Proponía como solución un regreso de todas las organizaciones campesinas a la casa matriz, la propia Confederación⁶⁵⁷.

Evo Morales, por su parte, aprovechó sus minutos para abordar varios temas y encadenarlos de manera causal. En un foro sobre lo “indígena-originario-campesino”, el jefe nacional del MAS adaptó el marco económico que había caracterizado la postura del instrumento político sobre la cuestión de la coca y decidió presentar inicialmente la erradicación de la coca como “un atentado a nuestra identidad, una provocación de la oligarquía, de las transnacionales a la parte esencial de la cultura andina.”⁶⁵⁸ A los antagonistas de clase se juntaban protagonistas cuya identidad se basaba en lo étnico-cultural. Más adelante veremos como la noción de “pueblo” en el discurso del MAS se fue impregnando de etnicidad, pero he aquí un primer paso hacia ese deslizamiento semántico.

Evo expuso enseguida dos consecuencias concretas de esta doble opresión económica y racial: en primer lugar, la violencia estatal mediante el Ejército, al cual atribuía una mentalidad racista, poniendo en la boca de los oficiales militares la siguiente frase: “¡Estos indios de mierda sólo se asustan cuando se les mete bala!”. La segunda amenaza para el movimiento indígena-originario-campesino residía en la libre importación, un tema de actualidad debido al debate sobre el ALCA. Contra la libre circulación de mercancías y la apropiación de los recursos naturales de los países pobres, el líder cocalero afirmaba estar gestándose “una revuelta de pueblos indígenas a nivel latinoamericano”:

⁶⁵⁷ CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA, *op.cit.*, pp.9-10

⁶⁵⁸ *Ib.*, pág.11

“Y cuando el movimiento campesino, sea aymara, quechua, indígena, llamados indios algunos, originarios, nacionalidades, siguen con el mensaje de cómo recuperar el poder y el territorio; y cuando hablamos de territorio, estamos hablando de defender nuestros recursos naturales, especialmente el petróleo, gas y otros recursos naturales, y eso va en contra de las empresas transnacionales (...)”⁶⁵⁹

La fusión –o quizá aún superposición– de los planos antineoliberal y de reivindicación cultural se hace así más explícita. Pero al referirse a las políticas de libre mercado como “un plan de exterminio de los pueblos indígenas en todo Latinoamérica”⁶⁶⁰, Morales no pretendía abarcar exclusivamente a los indios, sino rescatar aquellas “mayorías empobrecidas” de las cuales las poblaciones indígenas se harán cada vez más los portavoces, mediante un proceso de sinécdoque.

En sus respuestas a las preguntas del público, Evo Morales corroboró esta evolución. Cuestionado sobre cómo derrotar “el sistema de opresión y explotación”, el jefe del MAS aceptaba la vía electoral y aseveraba: “La gran ventaja que tiene la llamada legalmente Bolivia [es] que los quechuas, los aymaras, guaraníes y otros somos la mayoría, tanto en el campo y en la ciudad”⁶⁶¹.

La más interesante de las respuestas de Evo con relación al tema de las identidades surge tras la siguiente cuestión de un espectador: “¿Cuál es su orientación política, es de izquierda o es que abraza el katarismo?” La ambigüedad de la respuesta no parece tanto provenir de una dificultad para posicionarse, sino de un rechazo a tomar partido entre dos posibilidades que no consideraba incompatibles, como si esa no fuera la cuestión esencial. Dijo Morales: “Podemos hablar de Indianismo, Katarismo, Indigenismo, Campesinismo (...) Lo que yo veo acá, es buscar ¿Cómo refundar el país, basados en su identidad y lucha por su dignidad y su soberanía?” Aunque al final acabara por aceptar el papel de las nacionalidades originarias, se diría que las reconocía como el mejor modo de conducir un movimiento popular: “Y lo que nos toca es asumir la defensa de nuestra tierra (...) entonces necesariamente tenemos que basarnos en un movimiento, fundamentalmente en términos de las nacionalidades presentes acá.”⁶⁶²

Esta tendencia de ampliación de la identidad del sujeto político al que se dirigía el movimiento cocalero se fue profundizando al acercarse los comicios generales de junio de 2002, y añadió a la convergencia entre clase y etnia un componente territorial. Este se expresa tanto en el acercamiento a las organizaciones sociales más activas en el este del país (MST, CIDOB) como en el discurso de los dirigentes del Trópico. Así, en octubre de 2001, Evo Morales aclaraba que su acuerdo electoral con Felipe Quispe tenía “el objetivo prioritario de atender las reivindicaciones sociales de campesinos

⁶⁵⁹ *Ib.*, pág.12

⁶⁶⁰ *Id.*, *ib*

⁶⁶¹ *Ib.*, pág.18

⁶⁶² *Ib.*, pág.19

e indígenas, tanto del oriente como del occidente”⁶⁶³. Por el contrario, el ecologismo político, que luego se relacionaría íntimamente con el indianismo inclusivo del MAS, todavía era casi invisible por estas fechas. Citemos la única intervención de Evo Morales sobre el asunto, en octubre de 2001, cuando acusó al Gobierno de favorecer a los terratenientes orientales “que se dedican a destruir la ecología”⁶⁶⁴.

En definitiva, a pocos meses de las elecciones de 2002, el rasgo étnico-cultural de la retórica clasista habitual en el MAS se tornaba poco a poco más visible, aunque estaba lejos de ser omnipresente. En *El Juguete Rabioso*, un semanario afín a la línea del instrumento político, Evo Morales afirmaba lo siguiente:

“Todos sabemos que hay dos Bolivias. Una Bolivia de 'charlatanes' que permanentemente prometen, firman convenios que nunca cumplen; y la otra Bolivia que siempre es engañada, sometida, humillada, explotada. *Denuncio ante el pueblo de Bolivia que aquí hay una confrontación cultural; la cultura de la muerte contra la de nosotros, los indígenas*. Y nos quieren exterminar, si no es a bala es de hambre; si no es de hambre es a bala.”⁶⁶⁵

Ya antes, en enero de 2002, después de los mortíferos enfrentamientos entre cocaleros y militares en Sacaba, el líder campesino había lamentado que “el Gobierno de Tuto Quiroga esté metido dentro del asesinato de quechuas y aymaras, (...) que las Fuerzas Armadas estén combatiendo como enemigos a los quechuas y aymaras.”⁶⁶⁶

La introducción de la dimensión histórico-cultural en el debate sobre la hoja de coca también se debió en buena medida a la CSUTCB y su dirigente máximo, Felipe Quispe. En septiembre y octubre de 2000, pese a las divergencias con los cocaleros, el Mallku expresó su apoyo al movimiento cocalero, añadiendo que “el campesinado del Altiplano también defenderá a sangre y fuego la coca, porque es una de las grandes herencias dejadas por los antepasados.” Semanas después, el mismo dirigente atacaba al Gobierno por “querer bañarse con la sangre y cometer el genocidio a una cultura milenaria”, anunciando que los “los campesinos aymaras pondrán la mano al fuego por sus hermanos quechuas.”⁶⁶⁷

En cambio, Evo Morales afirmaba que el Gobierno debía cambiar su política en materia de coca-

⁶⁶³ LR161001

⁶⁶⁴ LR161001

⁶⁶⁵ JR020302. Sus palabras recuerdan aquellas de Felipe Quispe casi dos años antes, en un programa de televisión: “Aquí hay dos Bolivias (...) Además, esa [otra] Bolivia o lo que era el Kollasuyo tiene su propia cultura, su propia religión, su propia filosofía, su propia historia”, citado por CAJÍAS DE LA VEGA, Magdalena: “Rebelión y negociación en el mundo aymara boliviano”, en SÁNCHEZ, Gonzalo y LAIR, Eric (eds.), *Violencias y estrategias colectivas en la región andina. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela*, Bogotá, Norma, 2004, pág.487

⁶⁶⁶ LR170102

⁶⁶⁷ LR291000

cero “por razones de subsistencia”⁶⁶⁸. Dos días más tarde, Evo insistía en que “los cocaleros han luchado (...) por su estómago al defender su derecho a sembrar coca”⁶⁶⁹ y que “el tema de la coca [era] un asunto de vida o de muerte”⁶⁷⁰. Esta visión era compartida por otros dirigentes sindicales, como Delfín Olivera, que aducía que “es mucho mejor morir luchando que morirse de hambre, y eso es lo que el Gobierno no quiere comprender.”⁶⁷¹ Otro ejemplo es Vicente Vigabriel, de la Federación Trópico, que en agosto de 2001 justificaba la lucha contra la erradicación con el hecho de que se trataba de “la única fuente de vida rentable que tenemos”⁶⁷². O aun Felipe Cáceres, alcalde masista de Villa Tunari, puerta de entrada al Chapare: “(...) mejorar las condiciones de vida en el trópico pasa por la dependencia del tema de la coca.”⁶⁷³ Tampoco Evo Morales excluía abandonar la coca, con tal de que se les ofreciera una verdadera alternativa rentable⁶⁷⁴.

Otros ejemplos son abundantes: en enero de 2002, Andrés Checa, un cocalero participante en los enfrentamientos de Sacaba, afirmaba que “no vamos a permitir el cierre del mercado porque la coca es el único sustento de nuestra vida, es el pan para nuestros hijos.”⁶⁷⁵ Como se observa (y lo confirmaremos más adelante), la cuestión del cultivo de la hoja seguía siendo enmarcada por el movimiento cocalero y su rama política bajo un prisma casi exclusivamente económico.

Pese a la predominancia del registro económico, sí empezamos a encontrar en esta primera fase algunos indicios de la utilización del argumento étnico-cultural para justificar el cultivo de la hoja de coca. Es el caso de Sebastián, un productor del Chapare, que tras declarar que la coca es una forma de dar sustento a la familia, añadía que iban a seguir cultivándola “porque la planta milenaria es parte de nuestra cultura e identidad.”⁶⁷⁶ A finales de 2001, Evo Morales intentaba vincular las posiciones del Gobierno sobre la coca con la segregación étnica de la sociedad boliviana: “Ellos [las autoridades] sólo dicen que coca es cocaína, y decir eso es de una mentalidad racista.”⁶⁷⁷ Poco después, durante una mesa de diálogo con el Gobierno, el líder sindical sostenía lo siguiente:

“(...) todo está dirigido a la defensa de la coca en el Chapare, por sus ventajas científicas, sus características culturales, alimenticias e históricas. Creemos que la coca del trópico no debe desaparecer porque se trata de un aspecto cultural, histórico y de dignidad.”⁶⁷⁸

⁶⁶⁸ LR011000

⁶⁶⁹ LR031000

⁶⁷⁰ LR041000

⁶⁷¹ LR230401

⁶⁷² LR090801

⁶⁷³ LR241101

⁶⁷⁴ “[Evo Morales] propuso un cato de coca hasta que el desarrollo alternativo rinda frutos en la zona. Esa extensión podría reducirse a medida que los productos alternativos consigan mercados”, LR191101. Días después, el dirigente afirmó que “el Gobierno [debe aceptar] el cato de coca porque es la única forma que el pueblo sobreviva”, LR221101

⁶⁷⁵ LR160102

⁶⁷⁶ LR110301

⁶⁷⁷ LR081101

⁶⁷⁸ LR241101

La tendencia a introducir una dimensión étnica en la cuestión de la hoja de coca se fue así precisando. En enero de 2002, ante nuevas acusaciones por parte del Gobierno de que armaba a una narcoguerrilla, Evo Morales contestó con argumentos algo distintos a lo que venía siendo costumbre: “[Esas acusaciones] son de una mentalidad racista, fascista y discriminatoria (...) Los quechuas y aymaras del campo y ciudad entienden el tema de fondo.”⁶⁷⁹ Días después, el mismo Evo condensaba las distintas facetas del argumentario de los sindicatos cocaleros con relación al conflicto con las autoridades: “En el Gobierno saben que van a ser ganados desde un punto de vista jurídico, técnico, económico, sociológico y cultural en defensa de la coca.”⁶⁸⁰ La ofensiva contra la erradicación se explayaba ahora en varios frentes, desde el legislativo –recordemos la exigencia de respeto de la otrora abominable Ley 1008– al cultural, pasando por supuesto por el tema central de la supervivencia económica. En otros casos, fueron las propias autoridades estatales las que contribuyeron a infundir en determinados símbolos de la tradición indígena un significado de resistencia a la erradicación. Véase, entre otros, el caso de la quema de wiphalas por militares en el Chapare, en octubre de 2001⁶⁸¹.

Respecto a la Coordinadora del Agua, que se había granjeado una buena reputación en los sectores populares por su acción decidida en la crisis de Cochabamba, la actitud del MAS fue más amistosa que con la CSUTCB, aunque con altibajos y marcada por un progresivo alejamiento. A finales de julio de 2000, los cocaleros desfilaron lado a lado con los regantes en la capital cochabambina en una marcha convocada por la Coordinadora contra el coste de vida⁶⁸². En septiembre y octubre de 2000, la Coordinadora se solidarizó con los productores de coca y contribuyó a los bloqueos de caminos en contra de la erradicación y la construcción de nuevos cuarteles en el Chapare, “un atentado a la soberanía nacional”⁶⁸³, en palabras de un representante de la organización, que se sumaba así al marco de referencia del MAS. Interesante es también constatar que, en esa misma intervención, el dirigente de la Coordinadora se valía del ejemplo de la Venezuela chavista para plantear que era posible luchar contra el narcotráfico sin interferencias extranjeras.

Asimismo, la cooperación entre los cocaleros y la Coordinadora del Agua se pudo apreciar en marzo y abril de 2001, cuando ambas organizaciones se alistaron para participar en una marcha conjunta con destino a La Paz. Aunque compartían un pliego común de demandas, la alianza de regueros y fabriles centraba sus peticiones en torno a la derogación del Decreto 21060 –hito fundador del neoliberalismo–, la nacionalización de las empresas privatizadas y la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Para los campesinos del Trópico, las prioridades eran la revisión de la Ley

⁶⁷⁹ LR190102

⁶⁸⁰ LR210102

⁶⁸¹ LR271001

⁶⁸² LR280700

⁶⁸³ Samuel Soria, LR290900

INRA y, por supuesto, el fin de la erradicación de cocaleros en el Chapare y los Yungas. En los días previos a la marcha, la Coordinadora insistió en un punto que había sido una de sus banderas: la soberanía económica, bajo la consigna “Recuperar la patria para los bolivianos” y frente al poderío de las transnacionales⁶⁸⁴. A finales de ese mes, la perspectiva de adopción del ALCA llevó la Coordinadora y otras entidades a publicar un anuncio denunciando el Acuerdo, que según ellas “tiene por objetivo aumentar las ganancias de las transnacionales americanas” y “profundizar la privatización de los servicios públicos”, exigiendo un referéndum sobre la materia⁶⁸⁵. Un problema que luego sería adoptado por el MAS, hasta entonces más preocupado con la soberanía política y la presencia de tropas extranjeras en territorio boliviano.

Al día siguiente, Evo Morales añadía la reversión de la capitalización de YPFB a sus demandas para las zonas rurales⁶⁸⁶, un indicio de la importancia que los recursos naturales tomarían en el debate nacional dos años después y de la atención que el MAS prestaba a los factores potencialmente más movilizadores para sus militantes y posibles adherentes o electores. Además, la lista de demandas populares se iba politizando cada vez más, pasando de un ámbito más bien corporativo o local en abril y septiembre de 2000 (erradicación, suministro de agua, Ley INRA, salarios, etc.) a un alcance nacional y atinente a políticas de Estado, como fuesen la reforma del modelo económico, la recuperación de recursos nacionales, el impago de la deuda pública o la Asamblea Constituyente. En febrero de 2002, a propósito del proyecto político apoyado por la Coordinadora del Agua, Óscar Olivera propugnaba “la conformación de un nuevo Estado, un nuevo tipo de poder político, un nuevo régimen económico y de una nueva manera de convivencia cultural”⁶⁸⁷. El MAS, compartiendo esta idea de renovación constitucional, política, económica y cultural, acompañó a este movimiento de expansión de las reivindicaciones y pronto tomó un papel delantero en su propagación.

Precisamente en términos de movilización, la marcha de abril de 2001 posibilitó la constitución de una efímera dirección nacional unitaria entre los diversos sectores en conflicto con el Gobierno para concertar estrategias comunes. Los diversos actores impulsaron la formación de la Coordinadora de Movilización Única Nacional (COMUNAL): integraban su dirección Óscar Olivera, en nombre de la Coordinadora, el bloque de la CSUTCB presidido por Humberto Choque, los cocaleros de los Yungas y los del Trópico cochabambino, en la persona de Evo Morales, los colonizadores de la CSCB, e incluso el Consejo de Suyos, una organización cercana a la CONAMAQ. La marcha de la COMUNAL adoptó como lema el ya clásico “Por la dignidad y la soberanía”, utilizado en los años 90 por indígenas de las tierras bajas y productores de coca en sus protestas, y donde cabían todas las

⁶⁸⁴ LR040401

⁶⁸⁵ LR230401

⁶⁸⁶ LR050401

⁶⁸⁷ LR150202

reivindicaciones. Durante el recorrido de Cochabamba a La Paz, Evo Morales se pronunció en favor de la anticipación del fin del mandato de Hugo Banzer y de una “verdadera lucha contra la corrupción”⁶⁸⁸, rebelándose una vez más contra el sistema político-partidario.

Con otro de sus posibles aliados en las movilizaciones sociales, los pueblos indígenas de las tierras bajas, el MAS mantuvo relaciones teñidas de ambigüedad. En julio de 2000, la Marcha por la Tierra, Territorio y Dignidad se suspendió menos de una semana después de su salida de Santa Cruz en dirección a La Paz, tras la firma de un convenio con el Gobierno. Los colonizadores, también presentes en la marcha, iban encabezados por Isaac Ávalos, futuro líder de la CSUTCB, apoyado por el MAS, pero la CIDOB y demás organizaciones indígenas rechazaban la intromisión del instrumento político de los cocaleros del Trópico. En septiembre de 2001, ante el recrudecimiento de las misiones de erradicación en el Trópico de Cochabamba, la CIDOB manifestó su solidaridad con los productores de coca hostigados por los militares y selló un pacto con la CSUTCB y los colonizadores. El MAS acabó siendo permeable a una de las principales demandas históricas de las organizaciones indígenas del Oriente, la convocatoria de una Asamblea Constituyente, pero no de manera inmediata: cabrá más adelante investigar si la futura adopción por el MAS del proyecto de nueva constitución creó las condiciones para que dicho proyecto se hiciera consensual entre los sectores contestatarios, o si fue más bien el incremento de popularidad de la propuesta constituyente lo que abrió paso a su entrada en la agenda del MAS.

Finalmente, un poco a semejanza de lo que pasó con la CSUTCB de Quispe, pero sin la animosidad latente que afectaba a las relaciones entre Evo y el Mallku, los lazos con otros sectores empezaron a tejerse en el aprovechamiento recíproco de las oleadas de protesta. Fue lo que sucedió en septiembre y octubre de 2000, cuando además de los bloqueos viales de los productores de coca en el eje Cochabamba-Santa Cruz y de los campesinos aymaras en el Altiplano otras corporaciones se animaron a plantear sus reivindicaciones al Estado. Hablamos de los bloqueos de transportistas en Sucre y campesinos en Santa Cruz, la huelga de hambre y el paro indefinido de los maestros (apoyados por la Coordinadora del Agua), un conflicto de límites administrativos en Bullo Bullo y Entre Ríos (en el Chapare), manifestaciones de gremialistas, el paro convocado por el Comité Cívico en La Paz, enfrentamientos entre estudiantes universitarios y policía en La Paz e incluso un paro nacional de médicos o una marcha de la Asociación Nacional de Esposas de Suboficiales y Clases de la Policía para proteger a sus maridos de los malos tratos de sus superiores. Al cabo de unas semanas, la mayoría de los sectores movilizados defendía un acuerdo global con el Gobierno y no negociar por separado, en lo que se convirtió en la primera movilización social con rasgos unitarios del ciclo de protestas que había empezado en Cochabamba a comienzos de ese año.

⁶⁸⁸ LR160401

La casi totalidad de las demandas fue atendida (o al menos apalabrada) por las autoridades, exceptuando la paralización de la erradicación en el Chapare. Pero al final del conflicto las demás fuerzas sociales acabaron firmando sus propios acuerdos y dejaron solos a los cocaleros. Evo Morales explicitó su decepción, en particular con el profesorado del campo: “¿Cómo los maestros rurales, que pensamos eran el instrumento de la liberación nacional, firman un convenio sin tomar en cuenta un tema de soberanía, de dignidad y de identidad? Los maestros (...) se creen clase media, [pero son] una clase a medias.”⁶⁸⁹ El representante máximo de los productores de coca no sólo reprochaba a los docentes su falta de solidaridad en términos de soberanía nacional, sino que emitía dudas sobre la pertenencia de los maestros a las clases populares.

Un año después, la alianza entre los sindicatos cocaleros y el Movimiento Sin Tierra (MST), activo sobre todo en el departamento de Santa Cruz, proporcionaba otro ejemplo de la confluencia de intereses entre sectores campesinos. Efectivamente, en octubre de 2001, Evo Morales y Ángel Durán del MST concretaron una lista común de demandas y lanzaron amenazas de bloqueos para el mes siguiente. Su rol de exigencias abarcaba desde el cato de coca, la derogación de la Ley INRA y la anulación de un convenio entre el Gobierno y la Cámara Agropecuaria del Oriente (CAO), representante de los grandes propietarios de tierras⁶⁹⁰. Los productores de coca lograban así extender su capacidad de movilización hacia el este, donde disponían hasta ese momento de poca influencia, aprovechando para vincular la erradicación de sus culturas en el Trópico de Cochabamba con la connivencia entre las autoridades nacionales y los poderosos terratenientes del Oriente boliviano. Mientras tanto, Ángel Durán, líder de los sin tierra, rechazaba las acusaciones gubernamentales que lo acusaban de ser un instrumento del MAS.”⁶⁹¹

5.2.3 – Antagonistas

Incluso en el contexto latinoamericano, donde la influencia política y económica de Estados Unidos ha sido una constante hace varias décadas, sorprende la frecuencia con la que los responsables americanos –políticos o diplomáticos– se expresaban sobre temas del foro interno boliviano y la cercanía que los políticos bolivianos, incluyendo aquellos en cargos públicos relevantes, demostraban hacia la diplomacia estadounidense. Por ejemplo, el 7 de noviembre de 2000, invitados por el embajador Manuel Rocha, toda una serie de miembros del Ejecutivo y altos dirigentes partidarios (incluyendo Jaime Paz Zamora, jefe del MIR, segundo partido del Gobierno) concurrió al Centro

⁶⁸⁹ LR151000

⁶⁹⁰ LR131001

⁶⁹¹ LR171001

Boliviano Americano para asistir a la noche electoral en Estados Unidos. En diciembre de 2000 fue nombrado el nuevo zar antidroga, Eduardo Sfeir, cuyo principal mérito curricular era haber trabajado ocho años en la Embajada americana⁶⁹².

Ya hemos hablado del acontecimiento social que representaba la fiesta del Día de la Independencia organizada por “la” Embajada. Otro ejemplo ilustrativo data de diciembre de 2001, en un momento en que los conflictos entre cocaleros y fuerzas erradicadoras arreciaban y ocupaban un lugar destacado en el panorama mediático. En una maniobra algo torpe, el presidente Quiroga eligió esos días para desplazarse a Estados Unidos en una visita oficial, con el propósito de hablar de la apertura de los mercados y la lucha contra el narcotráfico.

El MAS no desaprovechó estas ocasiones para establecer un nexo entre el marco de soberanía y el naciente marco político-institucional, uniendo la denuncia de la injerencia extranjera con el descrédito de los partidos políticos y de los órganos legislativo y ejecutivo, y a ambos con la crítica al neoliberalismo. En términos de estrategia de alineamiento, el puente así construido lograba capitalizar el descontento popular hacia el sistema político-partidario para llevar la atención hacia las interferencias norteamericanas y empezar a socavar la incontestabilidad del modelo neoliberal, quizá la creencia más fuerte con que el MAS tuvo que lidiar en su marcha hacia el poder. A finales de 2000, mientras el Parlamento debatía su desafuero por su supuesta incitación al asesinato de militares en el Chapare, Evo atacó al MNR (entonces en la oposición) acusándolo de servir los intereses de la potencia del norte: “Si el MNR se une al desafuero será sólo por instrucciones de esa embajada. Detrás del pedido de desafuero está la Embajada de Estados Unidos”⁶⁹³. Otro ejemplo similar consistió en la propuesta de Evo Morales de aceptar “Coca cero” a cambio de “Corrupción cero” en el Congreso⁶⁹⁴.

El quid de la cuestión estribaba en el tema de la coca o, de acuerdo con la política norteamericana, en el problema del narcotráfico. A mediados del año 2000, Bill Clinton envió un mensaje aplaudiendo los resultados de la erradicación, publicado en la prensa como publicidad al día siguiente del Día Internacional contra el Tráfico de Drogas, donde instaba el Presidente Banzer a “continuar esta lucha hasta que su territorio esté libre del flagelo de las drogas”⁶⁹⁵. La asimilación entre la hoja de coca y la cocaína era total.

Meses después, en septiembre de 2000, una delegación boliviana encabezada por el vicepresidente Jorge Quiroga se desplazó a Estados Unidos con el propósito de publicitar el supuesto éxito de los

⁶⁹² LR021200

⁶⁹³ LR141100. Al final, el entonces principal partido de la oposición se unió al oficialismo y votó la expulsión del diputado uninominal, contribuyendo a corroborar el enmarcamiento masista de un bloque de partidos sistémicos indiferenciados entre sí. Precisemos que Evo Morales fue expulsado por “faltas graves” en el ejercicio de sus funciones y no desaforado, lo que habría permitido su imputación por un juez sin perder definitivamente el cargo.

⁶⁹⁴ *Bolivia Press* n°18, CEDIB, 21 de diciembre de 2000

⁶⁹⁵ LR260600

programas de erradicación e intentar obtener fondos para evitar un rebrote en los cultivos. Durante su estancia en Washington, el número dos del Estado aseguró: “Los problemas fiscales de Bolivia a corto plazo no permiten disponer de los recursos necesarios para eliminar toda la producción ilegal de coca e impedir futuros cultivos sin un considerable apoyo de Estados Unidos⁶⁹⁶. A las dos semanas, mientras los coccaleros bloqueaban las rutas del Chapare reclamando el fin del Plan Dignidad, Banzer declaraba en una comunicación al país: “Quiénes están en contra de la erradicación están con el narcotráfico.”⁶⁹⁷ Al día siguiente, con la mejor de las intenciones, el Departamento de Estado norteamericano publicó un comunicado en el cual manifestaba su total apoyo al Plan Dignidad: “Es por ello que creemos que tanto las exigencias como las tácticas violentas de los coccaleros van en desmedro de los intereses nacionales de Bolivia.”⁶⁹⁸

A través de la ironía, Evo Morales aprovechó para adscribir las relaciones entre ambos países a su marco de soberanía, al sugerir al Gobierno boliviano “que consulte con la Embajada de Estados Unidos para luego dar una respuesta a los coccaleros”⁶⁹⁹. Otro ejemplo del mismo intento para esclarecer ante el público el rango relativo de sus adversarios data de octubre de 2001, cuando Morales solicitó un encuentro con el embajador Manuel Rocha para abordar la demanda de un cato de coca por familia⁷⁰⁰. A pesar del rechazo del diplomático, el dirigente sindical insinuaba así que el poder de decisión se encontraba en manos de instancias extranjeras, algo que se encuadraba en el marco de soberanía que manejaba el partido-movimiento. Basándose en declaraciones todavía frescas de actores rivales, el líder del MAS lograba comprobar empíricamente sus planteamientos ideológicos, identificar y jerarquizar sus adversarios, aminorar y quitar legitimidad al Gobierno de Banzer, todo esto con una dosis de humor que facilitaba la comunicación con hipotéticos simpatizantes.

Como vemos, si las declaraciones del embajador Manuel Rocha a pocos días de las elecciones de 2002 constituyeron el episodio más visible de la complicidad asumida entre los gobiernos boliviano y estadounidense, la tendencia viene de lejos, y revela una cierta incapacidad de ambos gobiernos para entender las razones detrás del ascenso social y político de fuerzas que basaban parte de su discurso en el antiimperialismo.

El propio Rocha ya había caminado por ese sendero, como en su primer día en Bolivia (“Con la lucha antidrogas, Bolivia rescata su dignidad”⁷⁰¹) o poco después del 11 de septiembre, cuando entró en una guerra verbal con Evo Morales en los medios de comunicación⁷⁰². El embajador opinaba

⁶⁹⁶ LR160900

⁶⁹⁷ LR290900

⁶⁹⁸ LR300900

⁶⁹⁹ LR011000

⁷⁰⁰ LR251001

⁷⁰¹ LR100900

⁷⁰² LR190901

frecuentemente sobre las vicisitudes de los programas de erradicación, en general para respaldar al Gobierno y reprobar la actitud de los productores de coca: “Hemos brindado un grandísimo apoyo al desarrollo alternativo, que ha sido frustrado en parte por los obstaculizadores número uno que son los cocaleros”⁷⁰³. Esa misma nota de *La Razón* informaba que, “según medios periodísticos, [Manuel Rocha] autorizó la detención de la destrucción de cicales” durante unos días de diálogo entre productores y autoridades⁷⁰⁴. Al día siguiente, el embajador insistía: “Un cato de coca es un cato de droga”. La respuesta de Evo Morales fue inmediata y enmarcada en el déficit de soberanía del país: “Queremos evitar cualquier violencia, pero por encima de todo está Estados Unidos, ya que el embajador dice que si hay coca no hay ayuda económica. No somos soberanos.”⁷⁰⁵

Sus declaraciones se relacionaban de cerca con los acontecimientos de esa altura, en que el cuerpo militar más activo en la erradicación y la represión era la Fuerza de Tarea Expedicionaria, formada por exconscriptos contratados *ad hoc* por las Fuerzas Armadas con financiación de Estados Unidos⁷⁰⁶. Cada parecer de la Administración estadounidense y de sus servicios diplomáticos contribuía a la solidez del enmarcamiento del MAS. Aun en momentos de fragilidad mediática de los sindicatos, como tras el asesinato de dos militares en el Chapare, la potencia del Norte no se cohibía en pronunciarse sobre el caso o en apoyar las decisiones del Gobierno boliviano⁷⁰⁷.

En la primera semana de marzo, el Departamento de Estado americano hizo más que eso: publicó un informe sobre la política gubernamental en materia de coca, donde criticaba las recientes cesiones del Ejecutivo ante las protestas cocaleras y solicitaba a los precandidatos presidenciales que expresasen sus propuestas sobre el tema. El titular de *La Razón* era ilustrativo: “EE.UU. jala las orejas a Quiroga por la coca y pide definirse candidatos”⁷⁰⁸. A pesar de las respuestas de las autoridades (“El Plan Dignidad es boliviano”, exclamaba el presidente al día siguiente⁷⁰⁹), Evo Morales no perdió nueva oportunidad para presentar el Gobierno como un títere en manos de la superpotencia⁷¹⁰.

Frente al despliegue discursivo del sindicalismo cocalero y de su instrumento político, las autoridades intentaron contestar recurriendo a una estrategia de contraenmarcamiento, destinada a contrariar tanto el mensaje de los productores de coca como su red de alianzas con otros sectores. Una de las técnicas más frecuentes consistía en acusar a los sindicatos del Trópico de Cochabamba de entrometerse en la vida interna de otras organizaciones y así manipular sus miembros. “El

⁷⁰³ LR271101

⁷⁰⁴ Días después, Waldo Albarracín, representante de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, denunció que la Embajada presionara al Gobierno para que este abandonase el diálogo y prosiguiese con la erradicación, LR011201

⁷⁰⁵ LR291101

⁷⁰⁶ LR111201

⁷⁰⁷ “Nosotros somos fieles aliados de la política que el Gobierno lleva adelante en el Chapare”, Manuel Rocha, LR261000. O el mismo Rocha, en una entrevista en LR210101: “Bolivia no alcanzó todos sus objetivos del Plan Dignidad. Le falta terminar con la erradicación de la coca remanente en el Chapare (...)”.

⁷⁰⁸ LR020302

⁷⁰⁹ LR030302

⁷¹⁰ “La política antidrogas del Gobierno es impuesta por Estados Unidos”, LR060302

Gobierno denuncia infiltración de los cocaleros” en la Marcha por la Tierra, Territorio y Dignidad convocada por indígenas y colonizadores de las tierras bajas, rezaba un titular de julio de 2000⁷¹¹. Una vez más, las autoridades intentaban quitarle crédito a una movilización popular asociándola con el movimiento cocalero, olvidándose de que podía suceder que esa asociación favoreciera el proceso contrario, esto es, aumentara la representatividad de los productores de coca ante las restantes organizaciones sociales y el electorado indeciso o todavía no movilizado.

Recordemos cómo, a finales de 2001, después del pacto entre los cocaleros y el MST y de la ocupación por estos últimos de tierras en la localidad cruceña de El Choré, el oficialismo acusó a Evo Morales de estar “en campaña electoral” y de ser el instigador de los avasallamientos⁷¹². Un día después, el presidente de la Cámara Forestal de Santa Cruz abrió un juicio contra Evo Morales por presuntamente haber instigado a la toma de tierras⁷¹³. En buena medida como consecuencia de las insinuaciones del Gobierno y las acusaciones de los grandes empresarios, el líder de las Seis Federaciones se convirtió en el portavoz oficioso del MST: “No se puede permitir que a los verdaderos dueños de la tierra se les quite el sustento de su vida”, argumentaba Evo sobre el conflicto de tierras en el oriente⁷¹⁴.

El intento gubernamental de deslegitimar el movimiento cocalero acusándolo de manipular a otros sectores para alcanzar sus demandas (o al revés, disminuir la relevancia de un conflicto de otra índole atribuyéndolo a maniobras encubiertas de Evo Morales) fue recurrente durante todo el ciclo de movilización, tanto durante la presidencia Banzer/Quiroga como luego con Sánchez de Lozada. Un ejemplo data de los bloqueos de septiembre de 2000, cuando el Ministro de Informaciones Manfredo Kempff buscó fracturar la alianza entre cocaleros, regantes y fabriles afirmando que lo que Evo Morales pretendía era que la Coordinadora del Agua se plegara a su movimiento⁷¹⁵.

Poco después, el viceministro de Desarrollo Alternativo, Waldo Tellería, ilustraba la otra técnica de contraenmarcamiento del Gobierno, sosteniendo que “son los narcotraficantes quienes suministran dinero a los cocaleros para que realicen diversas acciones que obstaculicen el éxito del desarrollo alternativo”⁷¹⁶. La acusación de vínculos entre los productores de coca y el narcotráfico siguió siendo el principal argumento esgrimido por las autoridades para rebatir los alegatos económicos empleados por los sindicatos del Chapare⁷¹⁷. En octubre de 2001, ya con la mente puesta en la campaña presidencial, el candidato del MNR Sánchez de Lozada abrazó la misma estrategia, acusando a Evo

⁷¹¹ LR130700. Esas acusaciones fueron corroboradas por Marcial Fabricano, vicepresidente de la CIDOB, en un ejemplo de la distancia que todavía caracterizaba las relaciones entre cocaleros y el movimiento indígena del Oriente.

⁷¹² LR161001

⁷¹³ LR171001

⁷¹⁴ LR171001

⁷¹⁵ LR230900

⁷¹⁶ LR250900

⁷¹⁷ LR241100 y LR040201

Morales y Felipe Quispe de ser financiados por el narcotráfico y el terrorismo⁷¹⁸.

Las características del contraenmarcamiento de las autoridades quedaron patentes en un mensaje anónimo (pero de proveniencia inequívoca) de una página comprado en *La Razón* a 6 de noviembre de 2001, el día del comienzo de un nuevo bloqueo cocalero. Su título era elocuente: “Chapare: dignidad y empleo contra la cocaína y el bloqueo”⁷¹⁹. La mayor parte del mensaje estaba dedicado a explicar las ventajas de las propuestas del Gobierno a los campesinos que cultivasen productos alternativos a la hoja de coca. Al final, se introducía la idea de que “un cato de coca serviría para producir un kilo de cocaína por año” y se intentaba dividir a los sindicatos, arguyendo que “algunos dirigentes cocaleros (...) perjudican a los campesinos y protegen al narcotráfico.” Resulta llamativo que la palabra “dignidad” fuese aprovechada por el Gobierno en un intento de desprestigiar a aquellos que más veces la habían empleado, ya que se trataba de un eslogan recurrente de las marchas campesinas e indígenas. Podemos sospechar que, en el ámbito del enfrentamiento discursivo, se trata de un intento de apropiación que sin embargo suena a capitulación: en las contiendas de significado, jugar en cancha ajena es una buena manera de salir derrotado⁷²⁰.

La posición de intransigencia del Gobierno y su rechazo frontal a negociar con las Seis Federaciones las principales manzanas de la discordia –erradicación y militarización– duró hasta el mes de junio de 2001. En ese momento, acorralado por las protestas articuladas entre varios sectores, incluyendo nuevos bloqueos cocaleros en el Chapare y los Yungas, el Ejecutivo accedió a abrir el debate no sólo sobre la política de la hoja de coca sino acerca del modelo económico. Aun si la apertura al diálogo del Gobierno no pasó de una maniobra para ganar tiempo, permitió a los sindicatos cocaleros ganar legitimidad como interlocutores reconocidos por el Estado. Asimismo, se trataba de la primera vez en quince años en que las propias autoridades admitían colocar en tela de juicio los fundamentos ideológicos del modelo, y el MAS se encontraba así en primera línea para debatir de sus males y beneficios. Si la Guerra del Agua había cuestionado el monopolio de la violencia del Estado en el corazón de una de sus principales ciudades, los aparentemente más inofensivos bloqueos y marchas de abril y mayo de 2001 lograron agrietar aquello a que Luis Tapia llamaba el “sentido común” neoliberal.

5.2.4 – Medios de comunicación

En el combate discursivo en la arena pública, el papel de los medios de comunicación no puede

⁷¹⁸ LR121001

⁷¹⁹ LR061101

⁷²⁰ LAKOFF, George, *op.cit.*, pág.24

ser descartado como algo neutro. Aunque nuestras fuentes periodísticas para los años 2000 y 2001 sólo incluyan al diario *La Razón*, creemos que este proporciona un ejemplo paradigmático de la postura como mínimo reticente de los medios de masas hacia el MAS y su líder. No pretendemos aquí efectuar un análisis integral de la cobertura del periódico paceño sobre el instrumento político, pero sí utilizaremos sus reportajes y editoriales para ilustrar algunos intentos de enmarcamiento del MAS y el incremento de su influencia política y social.

Así, un editorial de septiembre de 2000, en plena crisis de bloqueo de caminos, criticaba “la politización evidente de una parte de los actores del conflicto.”⁷²¹ Ahora bien, es precisamente eso lo que estos nuevos movimientos sociales en ascenso pretendían: politizar cuestiones anteriormente indiscutibles, como el modelo económico, la distribución de la riqueza o las privatizaciones de servicios públicos y recursos naturales, a partir de su propia experiencia en temas específicos como el cultivo de coca y el suministro de agua. Recordemos que uno de los objetivos del enmarcamiento realizado por movimientos contestatarios consiste justamente en desconstruir la capa de inmutabilidad de determinados conceptos, bajo la cual se esconden prioridades políticas⁷²².

No deja de ser sintomático verificar que el periódico liberal reconocía –aunque fuera para censurarlo– el esfuerzo de los cocaleros y sus aliados para ampliar su perímetro de acción inicial y dirigirse al conjunto de la población. El blanco de sus críticas eran en particular los cocaleros y la Coordinadora del Agua, acusados de “pretender convertirse en portavoces de todos los desfavorecidos del país”, además de Evo Morales y “su afán por erigirse en defensor de todas las causas (muchas legítimas) de protesta que hay en el país.”⁷²³ Una vez más, ese era a largo plazo el objetivo del líder sindical, que no dudaba en presentar su rechazo a los programas de erradicación y a la militarización del Chapare como “una defensa de nuestra soberanía, nuestro territorio y nuestros recursos naturales.”⁷²⁴

Pese a la cobertura mediática en absoluto favorable a los argumentos de los cocaleros y a la ausencia de interés de los medios por su rama política hasta la campaña de 2002⁷²⁵, la postura de los dirigentes del MAS y de los productores de coca fue de comedimiento en sus críticas a la prensa. Los ataques de Evo Morales y sus seguidores a las élites políticas y a la oligarquía económica no abarcaban a los periodistas. Como mucho, Evo Morales se quejaba del doble rasero de los medios en el tratamiento de las muertes de militares y de campesinos: “Cuando muere un policía todos hablan

⁷²¹ LR210900

⁷²² FLOOD, Christopher: “Framing and Ideology: a Theoretical Reconsideration”, *op.cit.*, pág.11

⁷²³ LR220900

⁷²⁴ LR180900

⁷²⁵ En diciembre de 2000 (LR101200), después de los bloqueos de abril y septiembre, *La Razón* no incluía a Evo Morales en su lista de candidatos para las presidenciales de 2002, de la que sí formaba parte Felipe Quispe. Esta situación se repitió en la casi totalidad de los artículos sobre la precampaña electoral.

del caso, pero de 36 cocaleros muertos en los últimos años nadie dice nada.”⁷²⁶

5.2.5 – Entre sindicalismo y acción política

Mientras tanto, el Plan Dignidad continuaba erradicando cicales en el Chapare, provocando constantes enfrentamientos entre el Ejército y los productores locales. Además de la resistencia violenta, la respuesta de los cocaleros también consistía en bloqueos y concentraciones, como una manifestación en Sinahota, a 19 de mayo de 2000, donde se veían banderas nacionales mezcladas con wiphalas. Evo Morales tomó la palabra para condenar la represión, pero no estableció nexos con temáticas nacionales de más amplio recorrido⁷²⁷. Un mes después, el dirigente solicitaba la instalación de una oficina de Derechos Humanos “con autonomía” en el Chapare, para vigilar el comportamiento de los militares erradicadores⁷²⁸. A menudo, los campesinos respondían a la acción de los erradicadores con violencia: en octubre de 2000, un militar y su mujer fueron asesinados en la zona de San Julián, presuntamente por milicias cocaleras.

Durante los años de 2000 y 2001, las reivindicaciones de los productores de coca siguieron estando centradas casi en exclusivo en el fin de la erradicación y de la militarización del Chapare⁷²⁹. Empero, sus posiciones en materia de coca también sufrieron una evolución, como consecuencia de las variaciones en la correlación de fuerzas con el Gobierno. En el pico de tensión de los bloqueos en el Chapare de septiembre de 2000, y entreviendo una ventana de oportunidad para lanzar el tema gracias a la posición defensiva de las autoridades en medio de tantas protestas, Evo Morales aprovechó para reclamar el cato de coca por familia en el Trópico de Cochabamba bajo control social de los propios sindicatos⁷³⁰. En febrero de 2001, el líder sindical advertía al Gobierno de que la meta de erradicar totalmente la coca era inalcanzable: “Nunca se logrará coca cero porque sería el apocalipsis andino.”⁷³¹

Durante el bloqueo de noviembre de 2001, pese a las alianzas (todavía frágiles) establecidas con organizaciones como el MST, la CIDOD, el CONAMAQ y la Coordinadora del Agua, la principal demanda de los sindicatos cocaleros siguió siendo el cato de coca. Mientras en el Chapare se exigía el cato bloqueando, Evo Morales intentaba extravasar la simple cuestión de la hoja acercándose a dialogar con otros líderes sociales. Nivardo Rivera, dirigente máximo de la Confederación de

⁷²⁶ LR071100

⁷²⁷ LR200500

⁷²⁸ LR180600

⁷²⁹ Véase, por ejemplo, LR120900, LR170900

⁷³⁰ LR260900 y LR051000

⁷³¹ LR220201

Colonizadores, también declaró su apoyo a la reivindicación del cato de coca en términos semejantes a aquellos que podíamos encontrar en el discurso de los sindicatos cocaleros y su instrumento político: “Mientras el Ejecutivo continúe reprimiendo a los trabajadores, colonizadores, campesinos e indígenas, nosotros responderemos”⁷³².

Poco a poco, se fue creando una diferenciación entre las movilizaciones sindicales (para proteger el derecho al cultivo de coca) y la actividad política de su rama partidaria, que participaba en la discusión pública de otros temas, ampliando así su abanico de demandas. Es más: conforme aumentaba la autonomía programática del instrumento político y su red de alianzas más allá del Chapare, la capacidad de movilización de los sindicatos cocaleros se fue poniendo al servicio del brazo político como forma de reforzar su influencia en el ámbito institucional.

Esta diferenciación también se reflejaba en –y era provocada por– la pluralidad de orígenes en los rangos superiores del partido. Ejemplo de esta diversidad interna del MAS era la composición de su dirigencia entre el congreso de enero de 2000 y el de diciembre de 2001: el Secretario General era Evo Morales; en la dirección ejecutiva encontramos a Juan Blanco, cocalero yungueño; Félix Santos, campesino quechua de Potosí y diputado por IU; Isaac Ávalos, Secretario Ejecutivo de la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Santa Cruz, controlada por los colonizadores; Julia Ramos Sánchez, dirigente de la Federación de Mujeres Campesinas Bartolina Sisa de Tarija y futura Secretaria Ejecutiva nacional de la misma organización; Gerónimo Meneses, cocalero yungueño y futuro viceministro de la Coca; Román Loayza, campesino no cocalero de Cochabamba y diputado; Alejandro Almaraz, abogado, hijo de militantes comunistas y futuro viceministro de tierras; y Remigio Mendoza, campesino aymara de Oruro.

Como decíamos, el alcance programático del MAS se fue independizando de sus raíces cocaleras, aunque manteniendo estas entre sus prioridades. En el agitado mes de enero de 2002, poco después de los enfrentamientos en Sacaba y días antes de la expulsión de Evo Morales del Parlamento, el líder del partido exprimía esta ampliación temática en un ampliado cocalero celebrado en Cochabamba: “Hemos decidido mantener la lucha ya no sólo por la coca, (...) sino el cumplimiento de convenios de todos los sectores laborales del país (...) Las demandas ya no son sectoriales, sino de todo el pueblo boliviano”⁷³³. Se concretaba así el papel de eje articulador entre las múltiples demandas populares que buen número de investigadores han identificado como una de las principales características del MAS en la oposición y una de las razones de su creciente éxito electoral.

Sobre el terreno, la práctica intentaba compaginarse con el discurso: en una reunión con dos ministros para hablar sobre la liberación de los dirigentes cocaleros detenidos, Evo Morales introdujo el tema del aumento de las tarifas eléctricas, una cuestión de ámbito nacional y sin nada que ver con

⁷³² LR171101

⁷³³ LR220102

la problemática de la coca⁷³⁴. Mientras tanto, los productores de coca desfilaban en Cochabamba gritando su consigna habitual: “Yanquis no, coca sí.”⁷³⁵

Los últimos meses del año de 2001 asistieron a un aumento de los enfrentamientos en el Trópico de Cochabamba entre cocaleros y uniformados, con auténticas batallas entre los dos bandos. La violencia se debía a la decisión del ya presidente “Tuto” Quiroga (tras la renuncia de Hugo Banzer) de acentuar las maniobras de erradicación a fin de lograr, antes de las elecciones del año siguiente, la tan ansiada meta de “cocaína cero”, que había reemplazado al objetivo “coca cero”. Por un lado, la creciente militarización del Chapare provocó más víctimas: el 19 de noviembre, en la localidad chapareña de Senda Seis, tres campesinos fallecieron alcanzados por balas del ejército. El 6 de diciembre, un dirigente cocalero cayó muerto en Chimoré, víctima de disparos de los militares. Por otro lado, impulsó un acercamiento entre las principales organizaciones sindicales agrarias, entre ellas la CSUTCB, la CNCB, la Coordinadora de las Seis Federaciones, el MST, el CONAMAQ y las Bartolinas, con el apoyo de la Coordinadora del Agua y de otros sectores urbanos. Pero los principales movilizados seguían siendo los cocaleros del Chapare, al menos hasta enero de 2002.

En ese mes, sucedieron varios hechos significativos. Primero, dos campesinos más sucumbieron en los enfrentamientos entre soldados y productores y comerciantes de hoja de coca en Sacaba, en pie de guerra contra el cierre del mercado de coca de esa ciudad y la prohibición de secar y comercializar la hoja de coca en el Chapare. Tras la tortura y asesinato de dos policías en el mismo conflicto, varios importantes dirigentes cocaleros fueron detenidos. El presidente Quiroga volvió a sacar a colación la tesis del “narcoterrorismo” y las “narcoguerrillas”⁷³⁶ y el embajador americano hizo lo mismo pocos días después. Por su parte, el Parlamento se apresuró a votar la expulsión de Evo Morales como autor intelectual de las muertes. A finales de mes, Evo Morales era apartado de la Cámara de Diputados por sus pares⁷³⁷. Estaba dado el pistoletazo de salida de la campaña electoral del MAS, una vez más proporcionado por sus adversarios políticos.

En respuesta a la expulsión del diputado uninominal por Cochabamba, por primera vez otros sectores del departamento y de todo el país se acercaron a los productores de coca sin ambigüedad ni espíritu corporativo, conformando un bloque relativamente unificado en contra del Parlamento, del Gobierno y del sistema político en su conjunto. Marchas, bloqueos y manifestaciones de protesta por la expulsión del diputado uninominal afectaron a la vida de la capital cochabambina durante todo el

⁷³⁴ LR180202

⁷³⁵ LR250102

⁷³⁶ ALBÓ, Xavier: *Pueblos indios en la política*, La Paz, CIPCA, 2002, pág.90

⁷³⁷ El nada sospechoso Xavier Albó ofrece el siguiente testimonio: “Mientras este proceso sumario estaba en marcha, una alta autoridad de uno de los partidos de la coalición gobernante me informó personalmente que cada jefe de bancada había recibido una insinuación de la embajada norteamericana para que, efectivamente, apoyaran la separación del dirigente cocalero”, *ib.* La percepción popular de las intromisiones norteamericanas era suficientemente fuerte para que el caricaturista de *La Razón* Trond se hiciera eco de ellas, en LR291001 y LR261101 (véase Anexo de imágenes, nº2 y 3)

mes de enero y febrero, con un papel importante desempeñado por parte de los integrantes de la Coordinadora del Agua, que retribuía el apoyo campesino en el conflicto hídrico, dos años antes. Los cocaleros de los Yungas de La Paz iniciaron su propio bloqueo, así como los colonizadores, los mineros, los maestros y ciertos *ayllus* aymaras de Oruro, federados en torno al CONAMAQ. Tras alguna vacilación, el propio Felipe Quispe lanzó a sus hombres a bloquear el Altiplano. Al final, el Gobierno retrocedió y anuló el cierre del mercado de Sacaba. La reintegración de Evo Morales a la Cámara de Diputados, competencia del poder legislativo, quedaba en manos de un tribunal. De todas maneras, el dirigente saldría reelegido en junio para un nuevo mandato de diputado.

5.2.6 – Economía y soberanía, instituciones y etnicidad

A pesar de los elementos novedosos a que nos hemos referido, de una comparación entre este período y los marcos políticos de los primeros meses tras la fundación del MAS-IPSP destaca la persistencia en primera fila de los marcos económico y de soberanía. Así, en junio de 2000, dos años antes de la elección presidencial, Evo Morales se había presentado como el portaestandarte de “un frente antineoliberal”, algo de esperar si tenemos en cuenta los antecedentes del partido en términos de discurso y posicionamiento ideológico. Pero esa postura se mantuvo invariable –con algunos matices– hasta el final de la cita electoral. Observemos cómo se manifestó esa constante hasta el primer trimestre de 2002 para luego adentrarnos en los meses de campaña, epicentro de la producción discursiva en la vida democrática.

A comienzos de julio de 2000, el MAS anunció su participación en las elecciones nacionales de 2002. Evo Morales presentó al movimiento político como una herramienta para la alianza de clases compuesta por los explotados del modelo económico. Entre los componentes de esa alianza, se mencionaban a los campesinos, los fabriles, los maestros, los jubilados y los desocupados⁷³⁸. Encontramos esos mismos términos con regularidad en el camino hacia la campaña electoral. En diciembre de 2001, Luis Cutipa, dirigente de las Seis Federaciones, sostenía que el Parlamento –que analizaba la posibilidad de desaforar a Evo Morales– pretendía expulsar “a un representante de los campesinos y de los pobres.”⁷³⁹ En su defensa en la Cámara antes de su expulsión efectiva, el diputado por la circunscripción 27 aducía no creer que “defender al pueblo, a los pobres sea un delito.”⁷⁴⁰

La pobreza, la desigualdad y el paro –tres elementos clave en el diagnóstico económico del instrumento político– fueron mencionados de forma recurrente y relacionados con el modelo

⁷³⁸ LR020700

⁷³⁹ LR031201

⁷⁴⁰ LR240102

neoliberal implementado por los sucesivos gobiernos desde los años 80. En mayo de 2001, Evo Morales recordaba que “las políticas de Estado han traído pobreza y desempleo” y que “el [decreto] 21060 y la Ley de Capitalización han llevado a la crisis económica”⁷⁴¹. En agosto del mismo año, cuestionado sobre sus expectativas acerca de la presidencia de Jorge Quiroga (Banzer había renunciado días antes), el líder del MAS afirmaba: “Si quiere resolver los problemas sociales, no tiene otra alternativa que revisar las políticas macroeconómicas.”⁷⁴² Meses después, el contenido de un efímero acuerdo electoral con Felipe Quispe incluía muchas reformas en ese ámbito, entre las cuales se encontraba derogar el decreto 21060, revertir la capitalización, subvencionar las empresas autogestionarias campesinas y reducir la pobreza.

Por otra parte, también se exigía la realización de una Asamblea Constituyente, en un guiño a las organizaciones indígenas de las tierras bajas, así como la defensa de las culturas originarias y de la hoja de coca⁷⁴³. Morales resumía así el espíritu del acuerdo: “Frente a la oligarquía, se ha decidido conformar un nuevo partido”⁷⁴⁴. En febrero de 2002, el acuerdo electoral abortado con Felipe Quispe preveía que las bases de las organizaciones sociales escogiesen los “representantes de los pobres” como candidatos⁷⁴⁵.

El mismo tono y términos similares –implicando la persistencia del mismo marco de referencia– fueron igualmente empleados para justificar el apoyo de las instancias cocaleras a los campesinos del MST. En palabras del líder cocalero: “El bloque de la oligarquía se ha unido para enfrentar a los humildes”⁷⁴⁶. Su discurso de izquierda de inspiración marxista lo acercaba al ejemplo cubano de Fidel Castro, al que visitó en el transcurso de un viaje protocolario con una comitiva de Congreso⁷⁴⁷. La reivindicación de la herencia obrera quedó expuesta en las palabras de Evo Morales durante el debate acerca de su expulsión de la Cámara de Diputados. Ahí, comparó su situación con la del bloque parlamentario minero en los años 40, que también fue apartado del Parlamento antes de constituir la base para la Revolución de 1952⁷⁴⁸.

Uno de los aliados del MAS en las elecciones de 2002, el respetado abogado Manuel Morales Dávila, que gozaba de alguna influencia sobre Evo Morales, también veía la realidad boliviana con lentes fundamentalmente clasistas. Tras anunciar un frente común con el MAS y otras organizaciones, el futuro diputado plurinominal por La Paz explicó que la alianza pretendía “lograr la unidad de los campesinos y sectores sociales populares” con el objetivo de que “la tenencia y trabajo de la tierra

⁷⁴¹ LR030501

⁷⁴² LR040801

⁷⁴³ LR161001 y LR241001

⁷⁴⁴ LR161001

⁷⁴⁵ LR150202

⁷⁴⁶ LR171001

⁷⁴⁷ LR311001

⁷⁴⁸ LR240102

sean concedidos preferentemente a los campesinos y la legislación proteja los recursos naturales y la riqueza nacional.”⁷⁴⁹

Como vimos en páginas anteriores, la defensa de la coca también fue asumida desde un marco claramente económico, centrado en los “estómagos” de las poblaciones chapareñas. A lo largo de este período, Evo Morales mantuvo la misma línea argumentativa, resumida por estas palabras: “El problema del Chapare es económico y social, pero el Gobierno decide resolverlo con la violencia.”⁷⁵⁰

La primacía de la problemática económica también se revelaba en los enfrentamientos verbales con grandes empresarios, descontentos por los efectos de los bloqueos sobre sus negocios. A Marcos Zambrana, un empresario bananero que lo increpó en una conferencia de prensa, Evo Morales contestó: “Los empresarios son enemigos de los pobres y aliados al Gobierno, además que por su irresponsabilidad la mayor parte del pueblo boliviano, sobre todo los campesinos, están en la miseria (...) Usted ha quitado las tierras a los campesinos”⁷⁵¹. Acusado de echar a perder la fruta debido a los bloqueos, Evo arguyó que los géneros igual se pudrirían debido a la falta de mercados seguros y de precios justos para los productores, introduciendo de forma sutil la cuestión de los términos de intercambio internacional para las mercancías agrícolas.

También las conclusiones del Congreso del MAS de diciembre de 2001 integraban un potente marco económico en sus análisis sobre la situación política nacional e internacional:

“Existe un evidente e irreversible desgaste del modelo neoliberal, que ha demostrado ceguera al imponer tercamente recetas políticas y económicas en contra de la voluntad popular. El neoliberalismo no sólo atenta contra los intereses de los desposeídos sino que pone en grave riesgo la soberanía nacional.”⁷⁵²

En el mismo texto, se notaban cambios en la correlación de fuerzas política tanto en Bolivia como en América Latina, cambios “favorables al pueblo en general y a los trabajadores del campo y de la ciudad especialmente”. Para los militantes presentes en el congreso, la revuelta popular de Cochabamba en 2000 y los bloqueos de caminos de 2001 “han desenmascarado un método represivo (...) de un gobierno totalmente ajeno a los intereses del pueblo en general e incapaz de entender los problemas sociales del pueblo boliviano.” Ante un gobierno ilegítimo, “es el pueblo quien tiene la última palabra”⁷⁵³.

Asimismo, el marco de soberanía no sólo no redujo su alcance sino que las circunstancias políticas y diplomáticas ya descritas le atribuyeron una resonancia suplementaria. Los ejemplos son

⁷⁴⁹ LR010302

⁷⁵⁰ LR131000

⁷⁵¹ LR280401

⁷⁵² TSE, fol.395

⁷⁵³ *Id., ib.*

numerosos: para Evo, la construcción de cuarteles en el Chapare tenía como objetivo acoger a tropas norteamericanas, ya que “la empresa constructora del recinto militar está a cargo de la Embajada de Estados Unidos.”⁷⁵⁴ Al día siguiente, sus palabras eran todavía más claras: “No vamos a permitir que se implementen cuarteles norteamericanos en el Chapare, porque estamos defendiendo nuestra soberanía, nuestro territorio y nuestros recursos naturales”⁷⁵⁵. En octubre de 2000, como ya hemos mencionado, el dirigente aconsejó con malicia el Gobierno a consultar con la Embajada de Estados Unidos antes de negociar con los cocaleros⁷⁵⁶. Poco después, tras recibir amenazas de muerte, el jefe del MAS afirmó que nadie podría “intimidar mis acciones en defensa de la soberanía y la dignidad.”⁷⁵⁷ En una marcha cocalera en Cochabamba en la misma época, se podían avistar pancartas con mensajes como “Campesinos, pesadilla de los yanquis” o “Dignidad, sí. Humillación, no”⁷⁵⁸.

Al cabo de muchos años de lucha contra la erradicación, las Seis Federaciones habían logrado imponer la idea de que el verdadero autor del Plan Dignidad era Estados Unidos. Fue esa la primera victoria enmarcadora del MAS, o para ser más específico de su núcleo cocalero, con el auxilio involuntario de autoridades nacionales y norteamericanas: lograr vincular la defensa de la hoja de coca con la resistencia a la injerencia extranjera, más que con un problema económico –la otra cara del enmarcamento– o una cuestión cultural de respeto por las tradiciones indígenas, una faceta por el momento poco explorada. Como ocurre a menudo, una caricatura de esta época resume con acierto esta conquista del sindicalismo del Trópico⁷⁵⁹.

Los documentos escritos o visuales del MAS o de los sindicatos cocaleros de este período apuntaban a esa misma línea. Una pancarta de una delegación de productores de coca en la proclamación de Evo Morales en marzo de 2002 señalaba a los americanos como enemigos prioritarios, aunque añadiendo un ataque a los militares nacionales y a los miembros del Gobierno: “Gringos invasores, umopares [militares erradicadores] corruptos, ministros kholos, adenos y miristas... ¡Erradiquen sus narices! La coca no es cocaína”⁷⁶⁰. En noviembre de 2001, Evo Morales pedía al Gobierno que “no tenga miedo a Estados Unidos” y le solicitaba “discutir como bolivianos”⁷⁶¹. En diciembre, es Luis Cutipa, número dos de la Coordinadora de las Seis Federaciones, quien rechaza la compensación por la erradicación voluntaria de cicales “porque no queremos ser empleados de la Embajada de Estados Unidos.”⁷⁶² Por esos días, el líder máximo del MAS justificaba su eventual expulsión del Parlamento por un afán de “buscar hacer buena letra con

⁷⁵⁴ LR170900

⁷⁵⁵ LR180900

⁷⁵⁶ LR011000

⁷⁵⁷ LR211000

⁷⁵⁸ LR071100

⁷⁵⁹ LR141000 (véase Anexo de imágenes, nº1)

⁷⁶⁰ ALBÓ, Xavier: *Pueblos indios en la política* (...), pág.104

⁷⁶¹ LR241101

⁷⁶² LR021201

la Embajada de Estados Unidos.” Las organizaciones cercanas a las Seis Federaciones del Trópico y a su instrumento político también se adhirieron al mismo marco, en el cual la injerencia de la potencia americana explicaba la subordinación de los políticos bolivianos y la expulsión del diputado cocalero⁷⁶³.

Por último, destaquemos un cierto grado de intersección del marco de soberanía con el marco económico, como ocurrió en una entrevista concedida por Evo Morales a *La Razón* tras el final de los bloqueos en octubre de 2000. En ella, el líder sindical y partidario evocaba la posibilidad de la lucha armada “por una situación de pobreza, de injusticia”, pero también como consecuencia del hecho de que “Estados Unidos quiere adueñarse de esta zona tan rica [el Chapare].” En 2001, tras el ascenso del vicepresidente Quiroga a la jefatura del Estado, el mismo Evo Morales le aconsejaba a rectificar las políticas macroeconómicas y la libre importación, dando como ejemplo el proteccionismo comercial de Estados Unidos⁷⁶⁴.

5.2.7 – Trayecto paralelo de las organizaciones sindicales

A pesar del rol central de los sindicatos cocaleros en la creación y orientación del instrumento político, este era considerado como representativo por otras organizaciones campesinas cercanas a las Seis Federaciones. La rama prococalera de la CSUTCB, sus filiales departamentales, las Bartolinas, las centrales provinciales, los colonizadores o los Sin Tierra de cierta manera también veían al partido como su propio vehículo político y acababan influyendo, directa o indirectamente, en el pensamiento y en el comportamiento público del MAS.

Resulta difícil, como observamos en la sección metodológica, aclarar con precisión quiénes estaban dentro, en las inmediaciones o fuera de la red organizativa que controlaba o influía en el instrumento político. ¿En palabras de quiénes se reflejaban los marcos políticos del partido? ¿Y cómo evaluar la importancia relativa de cada una de esas organizaciones, su papel a veces pasivo de reproductores de la línea oficial que provenía desde arriba y a veces activo, abriendo puertas, señalando nuevos caminos y vedando otros, definiendo estrategias de enmarcamiento?

En el caso de la CSUTCB, el IX Congreso de enero de 2001 había colocado al aymara de La Paz Humberto Choque como Secretario Ejecutivo de una dirección paralela a la de Felipe Quispe. Choque había sido votado por los delegados afines al MAS y su liderazgo contribuyó a aumentar la capacidad de convocatoria del instrumento político nacido en el Trópico de Cochabamba, en detrimento del Mallku, cuya confederación salía así dividida. Las conclusiones del congreso de la confederación

⁷⁶³ Véase LR260102, que recoge la opinión de los sectores obrero y campesino del departamento de Santa Cruz.

⁷⁶⁴ LR040801

campesina ilustraban la cercanía con las posiciones del MAS: las prioridades pasaban por la libre plantación de coca en todo el territorio boliviano y la desmilitarización del Chapare, los dos principales puntos de la agenda cocalera. También se postulaba la convocatoria de una Asamblea Constituyente “con rostro aymara, quechua y tupi-guaraní” y la necesidad de enjuiciar a los políticos corruptos, mientras se proclamaba el fracaso del modelo neoliberal⁷⁶⁵.

A nivel departamental, la Federación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Cochabamba (FSUTCC) no cortó con la herencia indianista de la antigua dirección de Alejo Véliz y siguió siendo la organización más cercana a los planteamientos kataristas de los aymaras del Altiplano. Sin embargo, en su 10º Congreso, realizado en Capinota en marzo de 2002, la asamblea campesina reafirmó su apoyo al MAS-IPSP. En la práctica discursiva, tal situación se tradujo por una forma híbrida. Así, la Comisión Coca presentaba a la planta como una “hoja milenaria y sagrada, desde hace miles de años y es nuestra cultura de quechuas y aymaras desde antes de la llegada de los españoles”⁷⁶⁶, defendiéndola tanto o más como un recurso simbólico que como una mercancía, algo único por estas fechas en la nebulosa organizativa del MAS.

En las páginas siguientes, la otra cara de la misma moneda: la Comisión Económica rechazaba la Ley INRA, la Ley de Aguas, la Ley 1008, entre otras, y justificaba su oposición por el hecho de que “estas leyes nos están llevando a la mayor pobreza y a la miseria por la imposición del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, por tanto exigimos que se corrijan estas Leyes en beneficio de la clase pobre.”⁷⁶⁷

Pero es en las conclusiones de la Comisión Política Sindical donde las dos dimensiones se juntan, no tanto de una manera armoniosa sino más bien yuxtapuesta. El diagnóstico se dividía en dos momentos: el histórico, que se asentaba sobre una perspectiva marcadamente étnica, en que “los campesinos originarios quechuas, aymaras y los indígenas de la zona oriental de Bolivia (...) hemos sido despojados de la soberanía de nuestros territorios y nos tratan como a desterrados en nuestra propia tierra”⁷⁶⁸ y donde se proclamaba la necesidad del restablecimiento de la cultura andino-amazónica, tras las agresiones de los españoles, la República y la Revolución de 1952. Y el presente, basado en la lucha contra el neoliberalismo, un fracaso para “las mayorías nacionales empobrecidas” y “el pueblo boliviano”. Sin embargo, para el sindicato cochabambino el decreto 21060 –que instauró la libre contratación– y la ley 1008 –que regulaba el cultivo de la coca– afectaban directamente al patrimonio cultural indígena: “Si el 21060 es un ataque abierto a la cultura andina y amazónica, la

⁷⁶⁵ LR240101

⁷⁶⁶ 10º CONGRESO ORDINARIO DEPARTAMENTAL DE UNIDAD DE LA FEDERACIÓN SINDICAL ÚNICA DE TRABAJADORES CAMPESINOS DE COCHABAMBA, realizado en la provincia de Capinota, de 11 a 14 de marzo de 2002, Chajra Runaj Masis, 2002

⁷⁶⁷ *Ib.*, pág.26

⁷⁶⁸ *Ib.*, pág.28

ley 1008 es su culminación porque nos quieren despojar de la expresión de nuestras raíces culturales como es la sagrada hoja de coca.” Al mismo tiempo, se denunciaba el saqueo de los recursos naturales bolivianos, la corrupción del sistema político-partidario y la sumisión al “imperio del norte”. La solución propuesta es clara: “La única alternativa somos nosotros: LA SOCIEDAD COMUNITARIA ANDINA Y AMAZÓNICA”. Respecto a los protagonistas del cambio, se sugiere una idea de vanguardia indígena dentro del conjunto de pueblo en lucha: “Debemos alistar todos nuestros medios como pueblos originarios (...) para unificar el pueblo boliviano contra sus enemigos.”⁷⁶⁹ En suma, la FSUTCC defiende “una propuesta alternativa andina, amazónica y chaqueña [que] pasa por derrotar políticamente el modelo neoliberal, recuperando el control sobre nuestro territorio y nuestros recursos naturales.”⁷⁷⁰

Otra conclusión relevante que podemos extraer de este documento sindical es su apuesta decidida por la participación política a través del instrumento partidario: “Es evidente que la lucha sindical es importante pero si está aislada de una propuesta política clara nos conduce a la derrota.” En sus recomendaciones de conducta electoral, los redactores del texto también aplicaron un doble enfoque étnico-popular. Uno de los ítemes considera que “el voto del originario debe ser para un originario, sólo así podemos hablar de unidad de quechuas, aymaras, tupí guaraníes y otros”; el siguiente exhorta al “voto castigo para los partidos que oprimen a los campesinos y al pueblo trabajador empobrecido.”⁷⁷¹

Aunque la FSUTCC no fuese un sindicato de cocaleros –al menos no exclusivamente– ni tampoco gozase de gran influencia en los destinos del instrumento político, esta tendencia a la yuxtaposición de las dimensiones étnica, económica y antiimperialista ha sido señalada por algunos autores en el discurso del propio Evo Morales en una fase más tardía. El militante César Escóbar evoca esa característica cuando afirma que “Evo tiene esa habilidad de articular diferentes discursos que aparentemente y en el plano teórico no son contradictorios y por lo tanto no está cometiendo ningún pecado”⁷⁷². Los autores que recogieron la cita concretan esta idea de la siguiente forma:

“En definitiva, lo que caracteriza el MAS en términos simbólicos no es la pretendida síntesis dialéctica entre el marxismo, el indianismo y el nacionalismo, sino la manera en que estos elementos se articulan específicamente en función del contexto y del adversario político.”⁷⁷³

La ventaja del análisis de marcos y de los procesos de enmarcamiento a través del flujo continuo

⁷⁶⁹ *Ib.*, pp.29-30

⁷⁷⁰ *Ib.*, pág.32

⁷⁷¹ *Ib.*, pág.33

⁷⁷² KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pág.123

⁷⁷³ *Ib.*

de la producción discursiva radica precisamente en que nos permite acompañar de manera minuciosa las reacciones del instrumento político a esos contextos cambiantes y a las jugadas de los demás actores de la arena sociopolítica.

Por su parte, la Federación Nacional de Mujeres Campesinas – Bartolina Sisa (FNMC-BS), representada en la dirección nacional del MAS y una de las organizaciones más fieles a la Coordinadora de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba, reflejaba en sus documentos las preocupaciones de los pequeños productores agrícolas, en particular de las mujeres del campo. Pero añadía a sus demandas consideraciones cercanas a aquellas emitidas por los sindicatos cocaleros y el instrumento político que compartían, y acabó expresando marcos de referencia similares, en particular el económico y el de soberanía.

En marzo de 2001, se celebró el 5º Congreso Ordinario Departamental de las Bartolinas de Cochabamba. En sus conclusiones⁷⁷⁴, se vislumbran efectivamente algunos de los rasgos que observamos en la producción discursiva de los sectores vinculados al MAS y de sus responsables políticos. En el discurso de apertura, la Secretaria Ejecutiva Silvia Lazarte identificaba como enemigos al Gobierno, que aprobaba leyes en contra de “nosotros, los pobres”, y a Estados Unidos y su embajada, a los que acusaba de ser los verdaderos autores de la legislación boliviana. Las principales políticas en causa eran la privatización de los recursos naturales en beneficio de las transnacionales y la mercantilización de la tierra, promovida por el Banco Mundial y el FMI : “Antes la tierra era para quien la trabaja (...), pero ahora la tierra es para quien paga, para quien tiene plata.”⁷⁷⁵ Aunque mencionó en una ocasión el papel de la “nación quechua” como ejemplo a nivel nacional, la dirigente adoptaba el punto de vista de los “bolivianos” o los “campesinos”.

La Comisión Política de dicho congreso, responsable por la estrategia de un partido que reconocían como suyo (“Como mujeres decidimos fortalecer al Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos”)⁷⁷⁶, también acompañó la evolución trazada por Evo Morales durante los años de 2000 y 2001. Se acentuaba la incompatibilidad total con los partidos tradicionales, “corruptos de la megacoalición”, resaltando el vínculo entre estos y el modelo económico neoliberal. Se incluía varias menciones a “las bases originarias, quechuas, aymaras, guaraníes, indígenas”⁷⁷⁷, que coexistían con el sujeto campesino, aun así más utilizado, o incluso “la clase explotada”.

Sobre este asunto, en las conclusiones de las restantes comisiones podemos verificar que la primacía del indígena como actor privilegiado de la Historia y de la actualidad boliviana todavía no

⁷⁷⁴ 5º CONGRESO ORDINARIO DEPARTAMENTAL DE LA FEDERACIÓN DEPARTAMENTAL DE MUJERES CAMPESINAS DE COCHABAMBA “BARTOLINA SISA”, realizado en Yuraq Molino, Pocona, en la provincia de Carrasco, de 10 a 12 de marzo de 2001, Chajra Runaj Masis, 2001

⁷⁷⁵ *Ib.*, pág.7

⁷⁷⁶ *Ib.*, pág.36

⁷⁷⁷ *Ib.*, pp.34 y 36

se había generalizado. Así, la Comisión Social afirmaba que “en las épocas de los españoles, los campesinos no tenían derecho a estudiar (...), ahora con estas reformas educativas (...) nosotros los campesinos [tampoco] vamos a poder estudiar”. En un tema de naturaleza cultural como la educación, la identidad indígena podría haber sido traída a colación. No fue el caso.

La Comisión Coca, por su parte, mantuvo el marco económico en su tratamiento de la cuestión de la erradicación, pero incorporando un ingrediente cultural. Afirmaba la relatora Ayde Villarroel: “Por la hoja de coca hay trabajo, hay comida, porque con la coca vivimos los originarios (...) La hoja de coca para nosotros es sagrado, (...) desde nuestros antepasados ha existido siempre (...) la hoja de coca nos pertenece a nosotros (...) la coca es de los bolivianos y no del Gobierno”⁷⁷⁸. Supervivencia, empleo y ancestralidad se unían para rechazar los programas de erradicación y la militarización del Chapare.

Meses después, acaso por el contexto diferente, el tono de la dirigente Silvia Lazarte había evolucionado. En el citado encuentro sobre el movimiento indígena-originario-campesino en septiembre de 2001, hablaba alternadamente en nombre de los “campesinos” y de los “aymaras y quechuas” para pedir unidad interna al mundo agrario. Su objetivo consistía en oponerse a los “terratenientes y empresarios” y de manera general a un Gobierno “que va cambiando por las imposiciones de Estados Unidos” y a unas leyes que “vienen en contra de nosotros y a favor de los ricos”⁷⁷⁹.

Por último, citemos la opinión dos otros sectores integrantes de base del instrumento político, comparando su línea política e ideológica con las de sus aliados del movimiento campesino. Primero, los colonizadores de la CSCB, que representaban otro grupo poderoso en el potencial de movilización al servicio del instrumento político y estaban representados en la Dirección Nacional del MAS. En el ya mencionado panel organizado por el CDIMA, el líder de la Confederación de Colonizadores, Nivardo Rivera, también oscilaba entre la identidad clasista e indígena: “Realmente estamos llegando los Aymaras y los Quechuas a un punto de unidad (...) porque somos originarios de esta tierra, aunque los pequeños burgueses de este país nos dicen colonizadores”⁷⁸⁰.

En segundo lugar, Isaac Ávalos, entonces dirigente de la Federación Departamental Única de Campesinos de Santa Cruz y cercano a la corriente masista en el sindicalismo campesino. En febrero de 2001, rechazó la propuesta de reforma constitucional avanzada por Hugo Banzer debido a su origen partidario: “Cómo se le va a creer si los partidos tradicionales son los más afectados con la situación.”⁷⁸¹ Recordemos que Óscar Olivera, de la Coordinadora del Agua, adoptó una posición

⁷⁷⁸ *Ib.*, pp.42-43

⁷⁷⁹ CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA, *op.cit.*, pp.7-8

⁷⁸⁰ CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA, *op.cit.*, pág.15

⁷⁸¹ LR160201

semejante sobre la misma propuesta, tachándola de “inútil” porque “la gente considera que los partidos políticos y el Parlamento ya no la representa”⁷⁸². Siguiendo esta tendencia, el desprestigio del sistema de partidos se iba poco a poco convirtiendo en uno de los caballos de batalla del MAS.

Los matices entre los distintos proyectos de las organizaciones que conformaban la base de apoyo sindical y social del instrumento político ilustran las corrientes internas que los dirigentes del MAS tuvieron que armonizar y hacer converger en un programa y una estrategia comunes al acercarse la fecha de las elecciones generales de 30 de junio de 2002. Tras alcanzar la preeminencia social y mediática a nivel nacional, estos comicios constituían el primer gran desafío electoral del instrumento político y, por supuesto, de su cara más visible, Evo Morales. Los destinatarios del enmarcamiento ya no eran los afiliados sindicales, los militantes partidarios o las autoridades estatales: su comunicación estaba ahora orientada a los votantes. La vertiente de los esfuerzos de enmarcamiento destinada a promover la acción colectiva quedaba así relegada a un segundo plano, y el MAS entraba de golpe en la persuasión política.

5.3 – La campaña de 2002

¿Qué aspectos novedosos y qué permanencias pudimos identificar en los marcos de referencia del instrumento político en los turbulentos meses que transcurrieron desde el fin de la Guerra del Agua hasta el inicio de la campaña electoral? Si es cierto que esos dos años asistieron a una alteración notable en la correlación de fuerzas entre la autoridad estatal y ciertos grupos de la sociedad civil, ¿se hizo acompañar ese incremento de la capacidad de presión de los sectores campesinos por cambios significativos en los contenidos de sus marcos de referencia y las formas de sus procesos de enmarcamiento?

La respuesta a dichas cuestiones sería que el instrumento político y sus integrantes sindicales apostaron por la evolución en la continuidad. En términos ideológicos, la base del pensamiento político del MAS siguió siendo fundamentalmente la misma, inspirada por el cruce entre la economía política marxista y un antiimperialismo panamericanista. En este sentido, las tareas de diagnóstico y de pronóstico y la respectiva atribución de responsabilidades no sufrieron alteraciones de fondo. En las páginas precedentes quedó claro que los sucesos sociopolíticos de la realidad boliviana iban siendo enmarcados por Evo Morales y los suyos desde una perspectiva económica y/o de soberanía nacional con la pobreza, la desocupación y la dependencia externa como principales problemas, la “nacionalización del Gobierno”, la reforma agraria y la recuperación de los recursos naturales como

⁷⁸² LR160201

soluciones privilegiadas y el neoliberalismo, la oligarquía y la potencia estadounidense como principales responsables de la situación.

Pero lo que también destacó fue que el enmarcamiento de los acontecimientos se llevó a cabo empleando recursos cuya adecuación revela una lectura atenta de las expectativas de la sociedad boliviana a comienzos del siglo XXI. Los quince años de estado de guerra en el Chapare, la asociación entre autoridades bolivianas y norteamericanas en los programas de erradicación, los sucesivos gobiernos sin alternancia en las políticas económicas y los casos flagrantes de nepotismo y patrimonialización del Estado: todos estos elementos conformaron una estructura de oportunidad política que el movimiento campesino, y más precisamente en su seno los sindicatos cocaleros, comprendió y explotó en el momento adecuado.

Al mismo tiempo, esas mismas circunstancias acarrearón una apertura en el rígido panorama discursivo que emergiera tanto de la restauración democrática como de los años de crisis económica de la primera mitad de los años 80. Así, la reputación alcanzada por las reformas estructurales, remedio radical a la hiperinflación, se fue transformando en estancamiento neoliberal⁷⁸³. El sistema político-partidario, a su vez, dejó de representar a la democracia recién conquistada y se hundió en el desprestigio del reparto de cargos públicos y la apropiación indebida de fondos del Estado. La actitud hacia los planos de erradicación de la hoja de coca, símbolo de la integración de Bolivia en la comunidad internacional, evolucionó hasta remitir directamente a la injerencia extranjera y a la indefensión económica de los productores del Trópico. Incluso el almacén constitucional era ahora visto como responsable de las crisis política y económica y la idea de una Asamblea Constituyente se abrió paso desde las tierras bajas a los sectores contestatarios de las ciudades, los valles cochabambinos y el Altiplano. Casi de forma simultánea, emergieron varios espacios discursivos desatendidos por los actores hegemónicos y dispuestos a ser reapropiados por instancias subversivas.

Este fue el proceso que propició la emergencia en cada uno de esos dominios –instituciones, política, partidos, economía, relaciones internacionales, pluralismo cultural– de términos alternativos que cuestionaban la validez de las definiciones hasta entonces predominantes y que fueron recogidos por los marcos de referencia del MAS, otorgándoles resonancia y legitimidad en el debate público. La coca destacaba ahora como sinónimo de soberanía, la referencia a la corrupción evocaba la degeneración del sistema político, la simple mención del “neoliberalismo” o del “modelo económico” se relacionaba con la pobreza y la expropiación de las riquezas nacionales, mientras el pueblo (la masa de los pobres pero ya también la pluralidad indígena) contrastaba con la oligarquía a la vez explotadora y sumisa a la opresión extranjera. La estrategia de enmarcamiento del instrumento político adoptó como suyos varios de estos conceptos y los lanzó de vuelta a la arena política,

⁷⁸³ No desdeñable sería también la influencia de la coyuntura antineoliberal en América Latina: recordemos que Hugo Chávez había llegado al poder en 1999 y Lula da Silva juraría como presidente de Brasil en enero de 2003.

haciéndolos circular por sus aliados y adversarios, ampliando y reforzando así su alcance comunicativo ante una opinión pública favorable, o al menos disponible, a nuevas propuestas interpretativas.

La exploración de estas brechas culturales y discursivas condujo a una redefinición de los campos de identidad subyacentes a los marcos de referencia. Por un lado, en su intento de extender el terreno de los protagonistas a otras categorías socioeconómicas, el MAS apuntaló modificaciones graduales tanto en su identidad colectiva de movimiento sindical (empezando a introducir el factor étnico en complemento a la condición campesina y a defender como suyas demandas de otros sectores) como en el sujeto político nacional en nombre del cual postulaba el cambio político.

Las “mayorías nacionales empobrecidas” seguían siendo nombradas, pero su carácter mayoritario se debía ahora tanto a factores socioeconómicos como de pertenencia étnica. La condición del “pueblo” integraba ambas dimensiones y añadía el recuerdo nacionalista de la Revolución de 1952 para seguir siendo la principal justificación de la acción del instrumento político. Los ejemplos de utilización del vocablo son numerosos, como esta declaración de Evo Morales: “El Gobierno es el único responsable [de las muertes en Sacaba] por (...) no atender el hambre, la miseria del pueblo (...) No hay respeto del pueblo y el pueblo tiene derecho a la rebelión.”⁷⁸⁴ Por otra parte, a los antagonistas habituales se les agregó un referente más cercano a la realidad cotidiana del ciudadano común y de cuya crítica se podían sacar réditos electorales: el sistema político-institucional y las formaciones partidarias, de las cuales el MAS intentaba distinguirse así en términos éticos como de capacidad de representación popular.

Cabe ahora localizar aquellos mecanismos empleados por el MAS durante la campaña electoral de los comicios legislativos y presidenciales de junio de 2002 para difundir de manera sistemática e integral sus marcos de referencia, esto es, proponer una determinada interpretación de cada hecho y estimular así una reacción por los destinatarios del mensaje. Teniendo en mente nuestra descripción de las condiciones cambiantes de los contextos culturales y discursivos de la época, buscaremos la huella de estos procesos de enmarcamiento principalmente en las intervenciones públicas de los candidatos del instrumento político, pero también en el material de propaganda y en su programa de gobierno.

Por último, reflexionaremos acerca de los efectos –visibles o encubiertos, transitorios o duraderos– de dichos esfuerzos de enmarcamiento sobre el modelo organizativo y la diversidad interna del partido, su posicionamiento en los foros políticos y mediáticos y, por supuesto, sobre sus relaciones con el electorado. Los resultados del análisis de la campaña de 2002 servirán también como punto de comparación para una exploración semejante, en el último apartado del presente capítulo, de la

⁷⁸⁴ LR190102

campaña de 2005.

El MAS proclamó oficialmente la candidatura de Evo Morales en un acto presenciado por ocho mil personas en La Paz, a 5 de marzo de 2002. Aunque la campaña oficial no comenzase hasta principios de abril, consideramos que el período de efervescencia discursiva que caracteriza estos momentos álgidos de la vida electoral de un país y de los partidos puede retrotraerse hasta este día de principios de marzo. En esta fase, las declaraciones aumentan su cadencia, las propuestas se multiplican, las provocaciones se suceden, las respuestas no tardan, las estrategias se cruzan e irrumpen a la vista de todos. Desde el punto de vista del análisis de marcos, estos cuatro meses constituyen el período más fecundo para el investigador.

Los discursos de proclamación oficial de Evo Morales y de otros dirigentes sociales que lo precedieron condensaron a la vez aquellas características que hemos identificado y ciertos rasgos novedosos que se impondrían durante la campaña y que se prolongarían más allá del día de los comicios. En una atmósfera cargada de wiphalas, bolsitas de coca y unas fugaces banderas tricolores, con una mayoría de campesinos quechuas (cocaleros del Chapare, valles cruceños o *ayllus* de Potosí) pero cierta presencia de delegaciones de zonas aymaras (cocaleros de los Yungas) o mixtas (*ayllus* de Oruro), los altavoces calentaban a la muchedumbre evocando la ancestralidad de la hoja de coca:

“Miles de años pasaron y seguimos p'ijchando, haciendo parte de nuestra cultura y tradición. Coca sagrada del Tawantisuyo, te hicieron mucho daño y ahora quieren exterminarte como hicieron con nuestros hermanos. ¡No podrán! ¡Todos juntos lucharemos! ¡Los andinos seguimos vivos!”⁷⁸⁵

Poco después, una de las canciones de la campaña, compuesta por Tiwanaku Arawi, relacionaba la hoja de coca con la soberanía y la presentaba como un rasgo de unión entre los distintos pueblos indígenas del país: “Aymaras y quechuas, tupís-guaraní, juntos lucharemos. ¡Coca sí!” Un cartel de la FSUTCC en la marcha hasta la Plaza San Francisco afirmaba: “Es hora de defender la soberanía y la dignidad. Mientras haya injusticia no habrá paz. Evo, amigo, el pueblo está contigo.” Otro aseguraba: “Coca no es cocaína”.

En el escenario, por detrás de los oradores, una enorme tela rezaba: “Con el pueblo, somos MAS”. El mitin se inauguró con todos los asistentes de pie escuchando el himno nacional, al cabo del cual se dio la palabra a los integrantes de la dirección nacional del instrumento político y otros representantes de las organizaciones de base. El conjunto de estas intervenciones refleja las posiciones del MAS sobre una variedad de temas políticos, sociales, económicos y culturales, remitiendo a los marcos que antes caracterizamos. Por ejemplo, el aymara René Choque se fijó en la opresión cultural,

⁷⁸⁵ Las citas del acto de campaña de 5 de marzo en La Paz provienen, salvo mención contraria, del vídeo de una hora realizado por la productora CHAJRA RUNAJ MASIS, *Proclamación Evo Presidente 2002 al 2007*

anunciando un “ciclo histórico después de 510 años de opresión”. La mirilla del diputado Román Loayza fue apuntada “contra los ladrones, contra los corruptos” y afirmó que “quienes votan por los asesinos van a ser juzgados por la Historia.”. Leonilda Zurita, por su parte, reiteró la legitimidad numérica del combate de los pobres y de los campesinos: “En Bolivia, compañeros, mayoría somos. Los pobres, del campo, somos más del 80% del campo”.

Poco después, el sindicalista yungueño Dionicio Núñez invitaba a los presentes (en sus palabras, “los dueños, legítimos propietarios de este territorio”) a “erradicar a todos los partidos tradicionales, a todos los neoliberales y a todos los k'aras [blancos] lacayos del imperialismo”. E insistía en la necesidad de unión popular:

“Este instrumento político tiene que convocar a la unidad de todos los pobres del país. Aquí tienen que estar presentes los compañeros desocupados, los compañeros gremiales, los compañeros de las calles, los compañeros estudiantes, del magisterio, y todo el pueblo boliviano, los que hemos sido sometidos a la discriminación, a la presión, a la miseria, gracias a la aplicación de esa política económica de los gringos, de los extranjeros”.

Luego cupo a Julia Ramos, exdirigente de las Bartolinas, aplaudir la opción electoral de los campesinos concretada en el instrumento político: “Hasta ahora, en los últimos 500 años hemos caminado con un solo pie, hemos estado andando cojos, y ahora ya vamos a caminar con los dos pies, a nivel político y a nivel orgánico (...) para poder tener el control nosotros mismos.” Juan José Blanco, de la CSCB, retomó la crítica al sistema político y al “Parlamento burgués”. Esteban Ramírez, secretario ejecutivo del MAS en el departamento de Cochabamba, reclamó una mayor presencia de “indígenas, colonizadores, los aymaras, los originarios” en el Parlamento. Un representante de los *ayllus* del norte de Potosí aclaró que su presencia era una demostración de la necesaria unidad del “movimiento indígena”, aquellos que seguían siendo “mendigos en [su] propia tierra” debido a la expropiación de las riquezas naturales a lo largo de más de quinientos años. Antes del discurso del binomio presidencial, se escucharon sendas ovaciones para el embajador cubano, el ya citado Manuel Morales Dávila y Genaro Flores, histórico fundador de la CSUTCB.

El hecho de que el nombramiento de Evo Morales como candidato presidencial por el MAS se haya efectuado por proclamación pública⁷⁸⁶ ante representantes de todos los sectores sindicales y sociales vinculados al instrumento político constituyó una manera más de reforzar el contraste con los partidos tradicionales, cuya selección de candidatos se hacía generalmente en reuniones sigilosas

⁷⁸⁶ Un hombre le preguntó a la multitud desde el escenario: “Están de acuerdo ustedes para que Evo Morales Ayma, descendiente de Tupak Katari, sea proclamado como candidato a la Presidencia de la República por el Movimiento Al Socialismo?” A lo que los presentes contestaron al unísono: “¡Sí!”. “Levanten la mano”, pidió el mismo hombre, a la manera de un ampliado sindical. “Queda proclamado el compañero Evo Morales Ayma como candidato”.

y por imposición de los mandos superiores. He aquí un mecanismo de enmarcamiento que no pasaba por el discurso sino por la práctica y por el gesto, y que remitía a la democracia directa y consensual compartida, en teoría, por la mayoría de los modelos políticos indígenas y originarios. Así empezaba la apropiación del concepto de “democracia” por el instrumento político, que más tarde se confirmaría en las elecciones de 2005. En pocos años, el MAS dejó de ser un “peligro para la democracia” para adoptar la condición de su principal adalid.

El periodista Antonio Peredo, que días después sería presentado como candidato a vicepresidente, fue el penúltimo en hacer uso de la palabra para una corta presentación de su futuro compañero de papeleta⁷⁸⁷. La palabra clave de su intervención fue, una vez más, “pueblo”: se congratuló por la gran cantidad de “pueblo en las galerías”, a los que bautizó como “el verdadero pueblo”. Evo Morales, aseguró el periodista, “se ha constituido no solamente en el dirigente de los cocaleros sino el dirigente de las esperanzas del pueblo de Bolivia”. Su único mensaje programático se resumió en la necesidad de atender a “las más urgentes necesidades de los bolivianos”, antes de concluir insistiendo en que “Evo Morales [era] el candidato presidencial del pueblo”.

El vitoreado Evo Morales se alargó un poco más. Tras agradecer al conjunto de las organizaciones sociales presentes en el recinto, nos dio algunos indicios de cómo se iba construyendo semánticamente su propia noción de pueblo: la faceta económica de los “explotados y oprimidos” referida al principio fue en el resto de su intervención sustituida por otra denominación de los integrantes del pueblo, “los quechuas aymaras” (fórmula empleada cinco veces), como si fueron un solo bloque. Algo en lo que, al final del discurso, se convirtieron: “Los quechuas aymaras del campo y de la ciudad somos un pueblo, luchamos por nuestra autodeterminación, nuestra autonomía.” En ningún momento, sin embargo, se excluyeron otras identidades, como comprueban las referencias a los “trabajadores”, “intelectuales” y “profesionales”.

El contenido ideológico, como mencionábamos, no cambió sobremanera: las llagas del país seguían siendo la “pobreza”, la “miseria”, “la corrupción y el nepotismo”, provocados por aquellos villanos (los “partidos tradicionales”, las “cien familias” que controlan el poder, “Estados Unidos”, las “transnacionales” y el “modelo económico”) culpables de “subastar al pueblo y sus recursos naturales”. Las soluciones sí incorporaban algunas novedades: además de plantear la ruptura de los contratos con las transnacionales, la recuperación de los recursos naturales o el aprovechamiento de las rentas de la corrupción para financiar educación y sanidad, también abogaba por un nuevo modelo económico basado en las experiencias de los antepasados como los *ayllus* y avalado por una nueva

⁷⁸⁷ La primera opción del MAS a la vicepresidencia fue José Antonio Quiroga, sobrino de Marcelo Quiroga Santa Cruz, figura histórica del socialismo boliviano y defensor de los recursos naturales asesinado por la dictadura de García Meza en 1981. José Antonio Quiroga, proclamado por la multitud en el acto de 5 de marzo, acabó rechazando la candidatura tras varios días de indecisión.

carta magna redactada por una Asamblea Constituyente “para defender a los campesinos y originarios del país”⁷⁸⁸.

Sin embargo, sí se echó mano de sucesos sociopolíticos concretos y muy presentes en el espíritu de la ciudadanía: basándose en su experiencia de diputado, Evo Morales criticó la aprobación del presupuesto general de la nación, al que calificó de “presupuesto de corrupción y de represión.” La acusación de corrupción se vinculaba a la persistencia de un cuantioso rubro de “gastos reservados” para los parlamentarios, una especie de sobresueldo sin rendición de cuentas, mientras la represión se relacionaba con los medios atribuidos a los militares, omnipresentes en el control de las movilizaciones colectivas.

Además, Evo Morales aludió a un tema que se transformaría en una de las armas arrojadas de la campaña, en especial entre los favoritos de las encuestas, Gonzalo Sánchez de Lozada y Manfred Reyes Villa: sus fortunas personales. Conciliando con habilidad la enorme percepción de desigualdad social y el déficit de representación demostrado por el sistema político vigente, el dirigente sindical afirmaba desconfiar de las promesas de lucha contra la pobreza de aquellos “ricos empresarios candidatos de los demás partidos (...), esos partidos que permanentemente nos engañan y nos dicen ‘lucha contra la pobreza’ sin vivir en la pobreza”. “Yo no creo”, continuaba Evo Morales, “[que] los ricos empresarios que son candidatos en estas elecciones van a resolver el problema de los pobres en Bolivia.” El candidato del MAS volvería a mencionar la problemática de la influencia del dinero en los asuntos políticos al cerrar su intervención, planteando los comicios de junio como “un enfrentamiento de la conciencia frente a la plata”.

Señalemos asimismo un incipiente modelo narrativo con funciones motivadoras, cuando el candidato por el MAS recordó la corresponsabilidad de los votantes que eligieron, en los años 80 y 90, los gobiernos que luego implementarían la libre contratación y la capitalización de las empresas públicas, exponentes del modelo neoliberal debido a los cuales “hemos perdido los recursos naturales de nuestro territorio”. En un discurso de entronización, Evo Morales jugaba con las expectativas del público lanzando a contracorriente un reproche velado a las masas populares. El líder del partido buscaba así estimular los remordimientos de aquellos electores y recordarles que disponían ahora de una oportunidad de redimirse de sus opciones equivocadas del pasado. Inmediatamente después les recordaba a los oyentes sus derechos inalienables: “Como quechuas, aymaras, trabajadores, como intelectuales, profesionales que comparten la lucha de las mayorías nacionales, somos dueños absolutos de nuestros recursos naturales.” Arrepentimiento, absolución y amor propio, un itinerario emocional con principio, medio y fin, orientado hacia la movilización electoral.

Aún en el terreno de las emociones, destaquemos la insistencia de Evo Morales en un elemento

⁷⁸⁸ LR060302

que integraría el mensaje del MAS hasta su llegada al poder en enero de 2006 e incluso más allá: la dignidad. Esta asomó repetidas veces en su discurso de aceptación: en un primer momento, resaltó el compromiso voluntario de los asistentes (aludiendo a supuestas prácticas de compra de militantes en los demás partidos), elogiando su “presencia en conciencia” como una demostración de “nuestra dignidad, de nuestro orgullo” por haberse organizado políticamente. Luego, la enumeración de sucesivas “humillaciones” (también bajo la forma “discriminación” o “marginación”) encontraba como respuesta la pronta recuperación de los recursos naturales:

“No es posible que un país con semejantes recursos naturales (...) seamos tan pobres, y que los dueños de esta noble riqueza estemos sometidos al hambre y a la miseria. Compañeros y compañeros, creo que llega la hora (...), si no de a buenas de a malas, de recuperar nuestros recursos naturales y nuestra riqueza. Nosotros todos somos militantes de un instrumento político de liberación, somos militantes de un instrumento político por la dignidad (...), por la soberanía.”

Un elemento novedoso en el discurso del candidato campesino llegó al final: consistió en la reivindicación de una herencia cultural indígena que iba más allá de un derecho de propiedad ancestral del territorio del Kollasuyo y acompañaba el restablecimiento de la dignidad y la soberanía nacionales a través de la recuperación de las riquezas del suelo boliviano:

“Los quechuas aymaras somos una cultura. Como muy bien decían nuestros antepasados, es verdad que cortaron nuestras ramas, tal vez tumbaron nuestros troncos, pero jamás han podido arrancar nuestras raíces. Y es como quechuas aymaras que ahora nos levantamos para enfrentar al modelo y sus representantes.”

Aparentemente paradójica es la ausencia de toda y cualquier alusión a la hoja de coca en una intervención salpicada de referencias a la condición indígena-originaria y antecedida por un auténtico baño de coca de los asistentes a su recién proclamado candidato. Acaso su mención resultaría redundante, pero nos inclinamos por otra explicación: a pesar de la preponderancia de los productores de coca en la estructura del partido, en su capacidad de movilización e incluso –al menos hasta ese momento– en su sociología electoral, es posible que el candidato masista prefiriese cortar con la imagen de dirigente de los cocaleros. Al prescindir momentáneamente de su principal caballo de batalla, buscaba presentarse como un líder nacional de todos los sectores sociales. En efecto, resulta verosímil creer que, en esta primera fase, los dirigentes del instrumento político nacido en los sindicatos del Trópico de Cochabamba optaron por apartarse de sus orígenes cocaleros, aprovechando el renombre que la resistencia a la erradicación les había dado en el panorama contestatario pero rehuendo una connotación monotemática en torno a la hoja de coca. El enmarcamiento, en este caso,

funciona por omisión, abriendo espacio para la emergencia de una nueva interpretación de Evo Morales como líder de los movimientos sociales de protesta. El resto de la campaña, como veremos, confirma esta suposición⁷⁸⁹.

Por otro lado, y recordando también que la problemática de la hoja de coca fue a menudo y hasta un período tardío presentada como una cuestión de ingresos económicos por los propios productores, tal vez fuese aconsejable revisar aquella tesis bastante extendida que consiste en considerar la coca como el “mito fundacional”⁷⁹⁰ del MAS. Para el colectivo cocalero, al menos a estas alturas, la hoja era todo menos un mito, ya que de metáfora tenía poco: la coca significaba la muy materialista supervivencia. En la estrategia del MAS, en cambio, la coca sí había adquirido una cierta carga simbólica, puesto que se asociaba la lucha contra la erradicación a la reconquista de la soberanía. Pero si consideramos las elecciones de 2002 el bautismo de fuego de la formación partidaria como representante de un conjunto consolidado de organizaciones sociales, entonces la hoja de coca no desempeñó un papel determinante en el establecimiento de ese polo aglutinador, o cuando menos no al mismo nivel que la defensa de los recursos naturales.

La campaña de dichas elecciones representó el punto de viraje en la concepción masista de la institucionalidad política, la cual era ahora apoyada sin ambages, aunque tal vez todavía con fines instrumentales. Así, cuando el candidato Costa Obregón propuso un pacto para posponer las elecciones hasta que se convocara a una Asamblea Constituyente, Evo Morales lo rechazó, indicando que “cuando [su] partido llegue al Parlamento, tendrá más fuerza para pedir la Asamblea Constituyente”⁷⁹¹. Un mes después, el líder del MAS rechazaba la reforma constitucional debatida por los partidos mayoritarios en el Parlamento, puesto que según él buscaba desvirtuar la normalidad democrática: “En la próxima gestión de gobierno habrá muchos parlamentarios ligados al pueblo y eso es lo que los actuales diputados quieren evitar.”⁷⁹²

El MAS incluso no dudaba en emplear las normas jurídicas vigentes para atacar a sus adversarios, como cuando presentó una demanda en la Corte Nacional Electoral para inhabilitar a tres candidatos por transgredir el artículo 123 del Código Electoral⁷⁹³. Esta actitud –plasmada en la fórmula “de la protesta a la propuesta”⁷⁹⁴– coexistió, antes y después de las elecciones, con la voluntad expresada por los dirigentes del partido de utilizar la capacidad de agitación social de las bases para

⁷⁸⁹ El 10 de marzo, Evo Morales anunció que dejaría la dirección de la Coordinadora de las Seis Federaciones para dedicarse a las elecciones nacionales, LR110302. Este alejamiento acabó siendo provisional. En abril, cuestionado sobre una encuesta que lo consideraba el más capaz de resolver el conflicto del Chapare, el dirigente cocalero contestaba: “No sólo del Chapare, todo el problema social”, LT150402

⁷⁹⁰ KOMADINA, Jorge y GEFFROY, Céline, *op.cit.*, pág.124

⁷⁹¹ LR140302

⁷⁹² LT090502

⁷⁹³ Los tres acusados presentaban un programa en la televisión durante la campaña, LT050602

⁷⁹⁴ Localizamos una primera utilización de esta expresión en una entrevista de Evo Morales concedida a *Los Tiempos*: “Venimos de las protestas a la propuesta”, LT150402

complementar la acción política en las instituciones formales. En una larga entrevista al *Juguete Rabioso*, Evo Morales presentaba esta estrategia como “la teoría del cerco interior”, que según él consistía en “combatir ese sistema injusto desde sus propias entrañas”⁷⁹⁵.

Las posibles contradicciones entre ambas tendencias no parecían incomodar a las figuras del instrumento político. Así lo demuestran las afirmaciones de Evo Morales a mediados de abril, en una concentración compuesta principalmente por productores de coca: “Estamos aquí para pasar de la protesta a la propuesta, y quienes no quieren protestas que apoyen nuestra candidatura y al MAS”⁷⁹⁶. U otras declaraciones semejantes un mes después: “Si los empresarios no quieren más bloqueos en el Chapare les invito a que voten por mí.”⁷⁹⁷ Ya después de la cita electoral, el tono no cambió. Así lo indicó Filemón Escóbar, expresando que “la acción será conjunta en el Parlamento y en las calles”⁷⁹⁸, mientras su líder advertía: “Si no se aprueban nuestras leyes que plantearemos, vamos a combinar la acción parlamentaria con la acción social, las movilizaciones.”⁷⁹⁹ También Omar Fernández, regante y candidato uninominal malogrado por Cochabamba, asumía que participaría en los bloqueos aun si fuese elegido diputado, porque su misión no consistía en “mantener la gobernabilidad”, sino en “resolver los problemas” del país⁸⁰⁰.

Destaquemos que la idea de gobernabilidad, que había justificado los pactos anteriores entre partidos disímiles, también fue atacada por el MAS como una excusa para “la corrupción, el nepotismo y la repartija de pegas [reparto de enchufes]”. A 4 de julio, Evo Morales excluía acuerdos con los demás partidos porque, según él, “el término gobernabilidad es sinónimo de perversión”. El MAS intentaba así destruir uno más de los soportes discursivos de la hegemonía del neoliberalismo democrático⁸⁰¹.

El reconocimiento del orden constitucional por parte de las estructuras partidarias se hizo acompañar por un apoyo creciente a la demanda iniciada por los pueblos indígenas de las tierras bajas de convocar a una Asamblea Constituyente. Este apoyo se fortaleció durante la marcha indígena

⁷⁹⁵ JR180602. Sousa Santos considera este fenómeno como una tendencia generalizada en América Latina. Consistió en “un uso contrahegemónico de instrumentos políticos hegemónicos como son la democracia representativa, el derecho, los derechos humanos y el constitucionalismo (...) El uso contrahegemónico, como el nombre indica, significa la apropiación creativa por parte de las clases populares para sí de esos instrumentos a fin de hacer avanzar sus agendas políticas más allá del marco político-económico del Estado liberal y de la economía capitalista”, SOUSA SANTOS, Boaventura de: *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, Lima, IIDS-PDTG, 2010, pp.58-59

⁷⁹⁶ LT160402

⁷⁹⁷ LT070502

⁷⁹⁸ LR020702

⁷⁹⁹ LR040702

⁸⁰⁰ LT060602

⁸⁰¹ Evo Morales parecía ser consciente de que la batalla política también se trababa en el terreno discursivo y simbólico. Así lo refleja, entre otros ejemplos, su respuesta a una pregunta de Wálter Chávez, del *Juguete Rabioso*: P: “No tiene miedo de que los banqueros y los grandes empresarios opten por vetar su candidatura?” R: “No, porque ya lo han hecho (...) Ahora, yo creo que eso de que se tiene que gobernar teniendo en cuenta a los empresarios, a los militares y los políticos de oposición *es un mito impuesto por la ideología dominante*”, JR180602, cursiva nuestra

iniciada en Santa Cruz a 13 de mayo y concluida a pocos días de las elecciones en La Paz, tras haberse incorporado otros grupos étnicos del Occidente. Mientras el MAS no tuvo problemas en confirmar que había prestado apoyo logístico a dicha marcha⁸⁰², la posición del Gobierno fue intentar retrasar el proceso y desactivar la protesta. Por su parte, los principales grupos parlamentarios seguían rechazándola (sobre todo el MNR) y proponían en su lugar una reforma de la Constitución pactada en el Congreso⁸⁰³. Conforme la demanda de la marcha iba ganando espacio en la campaña electoral, el MAS la adoptó y su candidato aseguraba, a finales de mayo, que su primera medida como presidente consistiría en “plantear un decreto supremo para convocar a una Asamblea Constituyente”⁸⁰⁴.

Otro de los temas de creciente centralidad en la campaña fue la exportación del gas natural. La incorporación de esta problemática a la agenda pública también favoreció la resonancia de ambos marcos planteados por el MAS. Por un lado, se relacionaba con la utilización de los recursos naturales y el riesgo de repetición de su histórica dilapidación. Por otro, con su hipotética venta a Estados Unidos volvían a escena los vínculos de dependencia con la potencia norteamericana, mientras que la posibilidad de que saliera por un puerto chileno atizaba viejas rivalidades con el vecino que había despojado a Bolivia del mar. La campaña de Evo Morales y demás candidatos del instrumento político no dudó en transformar el gas en uno de los temas esenciales tanto del marco económico como del marco de soberanía, ora tachando la salida por Chile de “traición”⁸⁰⁵ ora vinculando la gestión de los recursos naturales con la dignidad nacional⁸⁰⁶.

La clase política, por su parte, siguió dando disparos en sus propios pies. Dos días después de la proclamación pública de Evo Morales, la Cámara de Diputados aprobó por sorpresa y en dos horas una alteración al artículo 112 del Código Electoral, que pasaba a prohibir candidaturas simultáneas⁸⁰⁷. El cambio implicaba que Evo Morales no podría postularse como presidente y diputado al mismo tiempo, y buscaba mantener al líder cocalero lejos del Parlamento, del cual había sido expulsado mes y medio antes. El Presidente Quiroga invalidó la nueva disposición días después, pero la iniciativa fue nuevamente percibida como un ataque personal contra el diputado uninominal más votado del país y también contra Felipe Quispe, candidato presidencial del MIP⁸⁰⁸. El propio Evo alimentó con

⁸⁰² LR300502

⁸⁰³ Pese a todo, la postura de los partidos centrales se fue flexibilizando. Compárense las diferencias entre LR181000 y LR100602. NFR, por ejemplo, respaldaba la Asamblea Constituyente (LR100502).

⁸⁰⁴ LR260502. En ese mismo día, un mensaje pagado por las organizaciones participantes en dicha marcha (bautizada como “Marcha por la soberanía popular, el territorio y los recursos naturales”) fue publicado en los principales periódicos, reclamando una Asamblea Constituyente “en defensa de nuestros derechos como pueblos y comunidades indígenas y originarios, como comunidades, mujeres y hombres campesinos, como ciudadanos”.

⁸⁰⁵ JR180602

⁸⁰⁶ “Bolivia no es un país miserable, Bolivia tiene recursos y es una cuestión política el decidir hacia dónde van los recursos”, Evo Morales en JR180702

⁸⁰⁷ LR080302

⁸⁰⁸ Cf. caricatura de Mencho en LR080302 (véase Anexo de imágenes, n°4)

humor esta idea de persecución contra su persona: “Esta ley está dedicada a Evo Morales, pero no les voy a dar el gusto. Voy a mantener mi postulación a la Presidencia y a una diputación (...) Es una ley que coarta las libertades y significa discriminar a los movimientos emergentes que cuestionan el modelo y el sistema.”⁸⁰⁹ La “clase política”, los “corruptos” o en ocasiones “la casta política” o los “vendepatrias”, equivalían en el campo político a la todavía más citada “oligarquía” en el sector económico⁸¹⁰.

A poco más de un mes de la fecha electoral, el Senado cesante aprobó una resolución que atribuía rentas vitalicias de 20.000 bolivianos a los parlamentarios, bajo ciertos requisitos. Ante la ira popular, la Cámara Alta retrocedió en sus intenciones, pero la candidatura del MAS no dejó morir el tema de la regeneración del personal político, prometiendo gobernar con honestidad y proponiendo repetidamente sancionar a los corruptos y reducir los ingresos de los parlamentarios⁸¹¹. En abril, tras la entrega obligatoria de las declaraciones de bienes y rentas de los candidatos presidenciales en la Contraloría, Evo Morales aceptó revelar a la prensa su riqueza personal, en un ejercicio de transparencia con propósitos comparativos⁸¹². En la misma línea, el jefe del partido recordó, a mediados de abril, que “los candidatos del MAS no son una fabricación del dinero, sino que todos salieron del pueblo, de la lucha” e insistió en la intransigencia del MAS con respecto a acuerdos con aquellos partidos “que saquearon la riqueza nacional”⁸¹³.

Las estrategias de los demás candidatos también favorecieron, de forma indirecta, al candidato del Movimiento Al Socialismo. La batalla del MAS por la supremacía interpretativa contó en la campaña de 2002 con un aliado inesperado e involuntario: Gonzalo Sánchez de Lozada, el expresidente y candidato del MNR. El mensaje del expresidente, futuro ganador pero durante muchas semanas segundo en las encuestas, adoptó conscientemente la idea de “crisis” como marco comunicacional⁸¹⁴.

Además, en sus intentos para alejarse de una imagen de político tradicional, “Goni” acabó copiando algunas de las críticas de las formaciones antisistémicas a su propia candidatura. Por ejemplo, a comienzos de la campaña, el expresidente declaró que “el problema de nuestro país son las élites, no el pueblo.”⁸¹⁵ Más tarde, el mismo Sánchez de Lozada felicitó con ironía a los empresarios organizadores de un debate por “haber logrado reunir nuevamente a la megacoalición de 1997”⁸¹⁶, olvidando que su Gobierno de 1993 también había incorporado a otros socios y sin

⁸⁰⁹ *Id., ib.*

⁸¹⁰ Las referencias a la oligarquía durante la campaña, como antes de ella, son muy abundantes. Dos ejemplos: “Ni la propia oligarquía confía en Ronald MacLean [candidato de ADN]”, LT010402 y “Prevalecerá el voto honesto (...) frente a los partidos políticos tradicionales que representan a la oligarquía”, LT010702

⁸¹¹ Entre otros, JR180602 y LT180402

⁸¹² LT080402

⁸¹³ LR160402

⁸¹⁴ Véase el instructivo documental *Our Brand Is Crisis* (2005), de Rachel Boynton, sobre el papel de una empresa de marketing político norteamericana en la campaña de Sánchez de Lozada.

⁸¹⁵ LR130302

⁸¹⁶ LT060602

sospechar que su próximo ejecutivo reuniría a más partidos que la tan denostada Megacoalición. A pocos días del final de la campaña, otro de los principales candidatos, Jaime Paz, antiguo presidente del MIR, también admitió que se sentía “cercano al programa social de Evo Morales”⁸¹⁷, lo que constituía un paso más en la afirmación del líder cocalero como punto de referencia, para bien o para mal, de sus contrincantes.

Otro actor político relevante para las contiendas de enmarcamiento durante la campaña electoral fue la diplomacia norteamericana, en especial su embajador en La Paz, Manuel Rocha. Incluso antes de su famosa declaración días antes del voto, el legado estadounidense opinó reiteradamente sobre las vicisitudes del proceso electoral, creando una barrera entre propuestas o candidatos aceptables y otros nefastos⁸¹⁸. Sus alusiones al peligro de los candidatos antisistémicos acabaron robusteciendo los esfuerzos de enmarcamiento del MAS para colocarse en el extremo opuesto del tablero político con respecto a los candidatos respaldados por la embajada. Recordemos que, como hemos constatado en el capítulo inicial, ningún emisor puede controlar la repercusión de sus afirmaciones. La circulación de significados y la multiplicidad de públicos propician que, en muchas ocasiones, lo que parece adecuado para un determinado segmento de los espectadores acaba siendo contraproducente para una mayoría de votantes. Aunque no podamos sacar conclusiones definitivas acerca de la influencia de las intervenciones de la diplomacia estadounidense, parece haber sido ese el caso en la recta final de la campaña de 2002.

La primera entidad en tomar posición fue el Departamento de Estado americano, que en un informe publicado a 1 de marzo informaba de la intención de Estados Unidos de realizar una serie de consultas con los principales candidatos con el propósito de conocer sus posiciones sobre la política antidrogas⁸¹⁹. Aunque al final las consultas no se efectuaron, la idea de que la Embajada pretendía aprobar con antelación a los candidatos caló en la opinión pública. A finales de marzo, en lo que incluso el políticamente conservador *La Razón* apellidó “una inusual conferencia de prensa” sobre las relaciones boliviano-americanas, el embajador lanzó la primera de sus advertencias sobre eventuales desmanes del futuro presidente:

“Cuando yo me siente con el presidente electo le voy a preguntar: '¿Usted quiere las inversiones de Estados Unidos en Bolivia?' Entonces yo, a todos los inversionistas en potencia, les diré: 'El señor presidente que va a asumir el 6 de agosto me ha dicho que no quiere las inversiones' y les diré que se vayan a Perú, Colombia o Chile, donde están bienvenidas.”⁸²⁰

⁸¹⁷ LR240602

⁸¹⁸ LR280602 (véase Anexo de imágenes, n°5 y 6). Después de las elecciones, Manfred Reyes Villa, candidato derrotado de NFR, reconoció que el embajador americano le había sugerido rechazar una alianza con Evo Morales, JR170702

⁸¹⁹ BUREAU FOR INTERNATIONAL NARCOTICS AND LAW ENFORCEMENT AFFAIRS, *International Narcotics Control Strategy Report 2002*, Washington, United States Department of State, 2002, pág.IV-9

⁸²⁰ LR260302

A escasas tres semanas de los comicios, fue la voz del responsable de la Dirección Antinarcóticos de la Embajada de Estados Unidos, Stanley Schrager, quien calificó a Evo Morales como alguien que “ha trabajado contra los intereses del país” y “ha hecho mucho daño a Bolivia”⁸²¹. El mismo día, Manuel Rocha aseguró que la marcha indígena reclamando una Asamblea Constituyente –respaldada *sotto voce* por el MAS– no tenía representatividad.

El último capítulo de esta serie de interferencias en el proceso electoral tuvo lugar a 26 de junio en Chimoré, donde el diplomático norteamericano pronunció su célebre amonestación al electorado boliviano: “Quiero recordarle al electorado boliviano que si eligen a los que quieren que Bolivia vuelva a ser un exportador de cocaína importante, que ese resultado pondrá en peligro el futuro de la ayuda de Estados Unidos a Bolivia”. Pero el resto del discurso de Manuel Rocha nos proporciona más indicaciones sobre el lugar que el MAS ocupaba en el enmarcamiento de la potencia americana y, por ende, en el posicionamiento del MAS para los electores bolivianos. Señalemos también que Jorge Quiroga, todavía presidente, se encontraba sentado a escasos metros del legado americano mientras este se pronunciaba sobre el futuro de Bolivia, y que todo esto se producía tras más de una década de erradicación forzosa con expresa participación estadounidense en las operaciones.

En primer lugar, Rocha recordó la promesa de Evo Morales de cerrar las oficinas de la DEA, para luego agregar: “En el mundo entero los únicos que odian a la DEA son los narcotraficantes, por razones obvias”. Una vez más, conservando la estrategia utilizada en los años anteriores, intentó asociar el instrumento político con la promoción del tráfico de droga: “No hay que descartar que inconscientemente este señor (Evo Morales) estaba confesando su vínculo con este flagelo de la humanidad al desear acabar con una agencia cuya única misión es combatir el narcotráfico”⁸²².

Luego, revelando una falta de tacto sorprendente para un diplomático supuestamente avezado en la región, dirigió al país sudamericano amenazas de represalias económicas en caso de victoria del candidato del MAS: “Una Bolivia dirigida por gente que se ha beneficiado del narcotráfico no puede esperar que los mercados de los Estados Unidos se mantengan abiertos para las exportaciones tradicionales como los textiles”. Enseguida, destacó también que la exportación de gas natural a California solo estaría disponible si Bolivia abandonara el circuito de la cocaína: “No es cierto que ese mercado se va a mantener abierto a una Bolivia cuyos nuevos dirigentes quieran mantener a este país dentro del mercado ilícito del narcotráfico”.

El diplomático no se cohibió de dirigirse de modo directo y en varias ocasiones al electorado boliviano. Para Rocha, el electorado tenía que calcular a la hora de votar “las consecuencias para el porvenir de Bolivia si llegase a elegir a dirigentes vinculados, de una forma u otra, con el narcotráfico

⁸²¹ LT120602

⁸²² *El Diario*, 270602

y el terrorismo.” Y concluyó, solemnemente, con las siguientes palabras: “Bolivianos y bolivianas, abran sus ojos que el futuro de sus hijos y de sus familias está en sus manos.”⁸²³

La respuesta del MAS se basó no tanto en rechazar las acusaciones de Manuel Rocha como en acentuar los campos de identidad que el propio embajador había estimulado. A mediados de junio surgieron en las principales ciudades del Occidente carteles con una enorme foto de Evo en el centro con otra foto del embajador a sus pies. Arriba, con letras enormes, se preguntaba: "Boliviano: tú decides, ¿quién manda? ¿Rocha o la voz del pueblo?" Esta estrategia populista de enmarcamiento – división entre el pueblo y sus enemigos– prosiguió hasta el día de las elecciones. El 17 de junio, durante una gira por el Oriente, Evo Morales aseguró que no le interesaban los debates con los principales candidatos: “Yo lo que quiero es debatir con el embajador Rocha... Prefiero discutir con el dueño del circo, no con los payasos.”⁸²⁴ La misma jerarquía de los antagonistas fue reforzada en una entrevista publicada el día siguiente. Preguntado sobre sus principales rivales en las urnas, Evo Morales los colocó todos en el mismo saco, afirmando que “son sólo los testaferros de un modelo que dictan la embajada norteamericana y los organismos financieros internacionales.”⁸²⁵

El mismo día, el candidato no dudó en aprovechar el clima de desconfianza mutua alimentado por la diplomacia norteamericana, relacionando un fallo de justicia que lo condenaba a una indemnización pecuniaria con “una gran confabulación política en contra de Evo Morales instruida por la Embajada de Estados Unidos y el gobierno de Tuto Quiroga.”⁸²⁶ El relato del déficit de soberanía fue acentuado a cada nueva entrevista: “No debemos ser hipócritas. Actualmente, la política boliviana se decide no en el Palacio de Gobierno sino en la avenida Arce”⁸²⁷, sugería el candidato masista refiriéndose a la conocida ubicación de la embajada americana.

En los últimos días de campaña, sacando provecho de las declaraciones del embajador a 26 de junio, se emitió un spot electoral del MAS que mostraba a una empleada doméstica de extracción indígena declarando lo siguiente: “Voy a votar por el Evo para que ni el Rocha ni la embajada ni los políticos corruptos nos humillen más (...) No votes por la embajada, vota MAS por Bolivia.” En el mismo día de los comentarios de Manuel Rocha en Chimoré, el candidato masista respondió asegurando que “el apoyo a Evo Morales no es a la cocaína, sino es una señal de rechazo al modelo neoliberal”⁸²⁸. En el último mitin, realizado en la plaza central de Cochabamba a 27 de junio, tras las invectivas de Filemón Escóbar contra la potencia del Norte (“¡Guerra a muerte al gobierno de Estados Unidos y al cabroncito de su embajador!”), Evo Morales optó una vez más por la ironía: “No,

⁸²³ *Ib.*

⁸²⁴ JR170702. Véase también, días antes, otra referencia al “dueño del circo” en LT140602

⁸²⁵ JR170702

⁸²⁶ LR190602

⁸²⁷ JR180602

⁸²⁸ LR270602

compañeros, no silbemos al embajador, él es nuestro mejor jefe de campaña. Le debemos mucho a él. Por favor, compañeros, pido un fuerte aplauso para el embajador.”⁸²⁹

Ya después de los comicios, el mismo Evo no moderó sus críticas contra el embajador, insistiendo en la dualidad humillación/soberanía, uno de los ejes del enmarcamiento masista: “Rocha debe arrepentirse de ser tan soberbio y prepotente con los bolivianos.”⁸³⁰ A 4 de julio, un Evo Morales sardónico aseguraba no haber sido invitado a la fiesta en la Embajada norteamericana, añadiendo: “No fui invitado, pero enviaré un regalo de una hojita de coca. Nosotros pronto también celebraremos nuestra independencia.”⁸³¹ Dos frases aparentemente jocosas pero que exponen toda la complejidad de la estrategia de enmarcamiento del MAS. Antes que nada, resaltemos una vez más el recurso al humor, una técnica que dirime la oposición entre racionalidad y emociones, al integrar a ambas en el mismo plano: la empatía provocada por la sonrisa se une al mensaje político subyacente, en este caso el contraste entre Estados Unidos y la hoja de coca⁸³². Sin olvidar la función motivacional de la segunda frase, que evocaba la posibilidad de una ruptura a corto plazo en un contexto favorable, pocos días después de la irrupción repentina del MAS en el escenario político-institucional.

La reivindicación de las identidades étnicas delineada por el discurso de proclamación de Evo Morales se prolongó a lo largo de la campaña electoral. Los intentos de asociar al MAS a la herencia indígena-originaria resaltan tanto en el discurso de la época como en las decisiones políticas. En ciertos casos, la minoría, se podían identificar rasgos tomados de la retórica katarista, al fin y al cabo la principal responsable (junto con los indígenas de Oriente) del auge de las reivindicaciones étnico-culturales: véase, por ejemplo, la frase de Evo Morales en un mitin en Cochabamba, en una de las pocas ocasiones en que se refirió de manera despectiva a la población blanca del país y, en cierto sentido, a sus propios compañeros de lista: “Los indios siempre fueron escalera de los q’aras, ahora los q’aras serán escalera de los indios”⁸³³.

Ocasionalmente, se podía establecer una división clara entre bandos, los indígenas originarios por un lado y las élites oligárquicas por otro, como durante un debate sobre política agraria organizado por la Agencia de Noticias Fides a 9 de mayo de 2002. En él, Evo Morales citó a un militar (“Estos indios de mierda sólo se asustan cuando se les mete bala”) presentándolo como un “hermano” de Gonzalo Sánchez de Lozada, también presente. Ante la reacción indignada del expresidente, que

⁸²⁹ LT280602

⁸³⁰ LR010702. A finales de junio, Evo Morales ya había apostado por destacar la dignidad del electorado boliviano: “El pueblo comenzó a perderle el miedo al poder y las imposiciones de la embajada estadounidense”, LT230602

⁸³¹ LR040702

⁸³² Encontramos otro ejemplo de humor en uno de los spots de campaña del MAS, en que se ve a una persona demente declarando: “Estaré loco, pero no soy tonto. Yo votaré por el Evo porque es macho.”, LR070702. O en las declaraciones de Evo Morales tras críticas de la Embajada de Estados Unidos: “Estábamos preocupados porque el embajador estaba olvidándose de nosotros, pero otra vez aparece cuestionándonos, y eso es buena propaganda para nuestro partido.” Al explicitar los efectos de las intervenciones de la Embajada, Evo no sólo la ridiculizaba sino que instalaba aún más en la opinión pública la oposición entre ambos lados.

⁸³³ LR160402

interpretó de modo literal la fraternidad entre él mismo y el militar citado, Evo Morales aclaró:

“Nosotros como indígenas originarios, somos una familia, somos hermanos. Tal vez en la cultura occidental no se sienten hermanos, pero son una familia, y es parte de esa clase, parte de esa casta que nos meten bala, que nos masacran, y esto se sabe perfectamente. Tal vez él, el expresidente de la República, todavía no puede entender que en la cultura andina nos tratamos como 'hermanos'.”⁸³⁴

De la misma forma, en su cierre de campaña en Cochabamba, el candidato del instrumento político nombró al departamento de Santa Cruz como su próximo objetivo y explicó: “Allá los empresarios cambas nos odian porque somos collas, pero felizmente tenemos el apoyo de nuestros hermanos indígenas de oriente.”⁸³⁵

Cabe aquí una mención especial al Programa de Gobierno del MAS de 2002⁸³⁶, que constituyó un extraño anacronismo en el trayecto retórico adoptado por los candidatos del partido durante la campaña y los meses que a ella condujeron. De manera sorprendente, el programa se basaba en la Tesis Política de la ASP, que analizamos hace algunas páginas, fechada en 1998 y que representaba a la corriente indianista que prevalecía en el sindicalismo cochabambino tradicional antes de la ruptura con el núcleo cocalero. Varios de los pasajes del Programa de Gobierno fueron calcados de dicha tesis, sobre todo los abundantes párrafos relacionados con el poder indígena y la revalorización de la cosmovisión andino-amazónica.

La utilización literal de un texto con cuatro años redactado por sus adversarios en el movimiento campesino parece aún más insólita si comparamos sus planteamientos indianistas radicales con las conclusiones del último congreso nacional del MAS antes de las elecciones, realizado en los días 10, 11 y 12 de diciembre de 2001 en Cochabamba. Tanto la Declaración de Principios Ideológicos como el Programa de Gobierno aprobados por este congreso retomaban casi enteramente aquellos textos escritos con ocasión del congreso fundador de 1999. Es más, en el acta de deliberaciones del congreso de abril de 2000 la Comisión de Programa de Gobierno (para las elecciones de 2002) informaba “que la base del trabajo fue el programa del MAS, al que no realizaron muchas modificaciones, manteniendo su espíritu fundamental”⁸³⁷.

¿Cómo entender entonces que el Programa de Gobierno oficial para las elecciones de 2002 tuviese

⁸³⁴ Este fragmento del debate ha sido subido a la red por ANF en <https://www.youtube.com/watch?v=eUJh2N8eAbc>. En un foro político organizado por los empresarios cochabambinos, Evo Morales lució su humor confesando: “Estoy asustado, es la primera vez que estoy frente a tanta gente encorbatada”. Además, se quejó del precio de la entrada por dejar de fuera a sus seguidores, LT040502

⁸³⁵ LT280602

⁸³⁶ MOVIMIENTO AL SOCIALISMO: “Territorio, Soberanía y Vida”, in *Opiniones y Análisis*, n°56, mayo de 2002, pp.59-88. Este número de la revista editada por la Fundación Hanns-Seidel y Fundemos recopiló la mayoría de las propuestas electorales.

⁸³⁷ TSE, fol.257

como fuente de inspiración un documento anterior tan alejado de las preocupaciones discursivas de ese momento? Varias explicaciones parecen posibles. Primero, la escasa importancia dada por los dirigentes del MAS a la documentación escrita oficial, preterida en pro de la comunicación oral directa y en los medios de masas. Segundo, la relativa falta de preparación y de experiencia de los dirigentes del partido respecto a los procedimientos electorales habituales a escala nacional. Tercero, acaso el responsable por la elaboración del Programa de Gobierno pertenecía a la franja más indianista de la formación política y haya actuado por su propia cuenta, ante el desinterés de los demás líderes. En todo caso, resulta llamativo que cerca de mitad del programa de gobierno del MAS en 2002 haya procedido de una copia textual de un documento obsoleto y ajeno a su evolución ideológica.

Haciendo abstracción de este programa atípico, la carga étnica de los mensajes del MAS era notoriamente incluyente. Interrogado sobre la participación de estudiantes de la selecta Universidad Católica en su campaña, Evo Morales afirmó: “El MAS no es sólo un movimiento campesino, ha llegado a entusiasmar a los jóvenes de las clases medias e incluso altas. ¿Por qué? La respuesta es sencilla, porque representamos la dignidad, porque hemos demostrado que los que queremos a Bolivia somos más y porque nosotros les damos su lugar a todos.”⁸³⁸ Robert Laime, profesor y candidato uninominal no elegido en Cochabamba, aunque defendía la necesidad de que “aymaras y quechuas se administren a sí mismos”, admitía que los mestizos pudiesen participar “siempre y cuando tengan una conciencia de responder a las bases.”⁸³⁹ El 21 de junio, antes del cierre de campaña paceño (presentado como “el encuentro con las grandes mayorías”), una delegación del MAS asistió a la celebración aymara del solsticio de invierno en Tiwanaku⁸⁴⁰.

Por su parte, quizá pretendiendo encontrar un término medio con su herencia minera izquierdista, el candidato a senador Filemón Escóbar se pronunció a favor de una “economía de reciprocidad y solidaridad” basada en la “cosmovisión andina”⁸⁴¹, en todo caso una propuesta inspirada en los valores indígenas más que en un indianismo segregador. Otros candidatos, como el dirigente vecinal Franz Taquichiri (circunscripción uninominal 23 de Cochabamba), relacionaban el rechazo a la corrupción con la cultura andina: “El MAS aparece y sale de la cultura andina, donde la ética cultural está en la sangre y se refleja en la honradez.”⁸⁴²

Simultáneamente, la cercanía que todo candidato busca establecer con el electorado también adoptó, en el caso de Evo Morales, un enfoque étnico. Los ejemplos son múltiples: por ejemplo, durante la campaña se difundió el eslogan “El Evo es como nosotros”, un plural que remitía a la identidad indígena y campesina de la mayoría demográfica. Otra consigna, todavía más clara, rezaba:

⁸³⁸ JR180602

⁸³⁹ LT220602

⁸⁴⁰ LR210602

⁸⁴¹ LT030502

⁸⁴² LT110502

“Aymaras, quechuas y guaraníes, somos Más. Votemos por nosotros mismos.”⁸⁴³

En sus propias declaraciones, el jefe nacional del instrumento político también destacaba su afinidad con los electores. Comentando su ascenso en las encuestas, atribuía su creciente popularidad a “la identificación que siente con el pueblo quechua-aymara”, pero también al hecho de ser “el único candidato agricultor” y el único que sabía lo que era “pasar hambre, enfrentar la represión y humillaciones”⁸⁴⁴. Al día siguiente, estimaba que Bolivia “nos reclama desde todos los puntos del país, ojalá pudieran clonar a Evo Morales para estar en todos esos puntos”⁸⁴⁵. El día de las elecciones, el líder campesino predecía que tarde o temprano llegaría a la jefatura del Estado, debido “a la decisión de [nuestras] bases en el país de tener un presidente de su propia sangre y condición”⁸⁴⁶.

Su propio comportamiento desafiante frente a los demás candidatos también desempeñó una función enmarcadora para el mensaje de orgullo y dignidad que pretendía revertir la histórica subalternidad indígena y campesina. Acerca de su participación en los debates, Evo Morales notaba: “No tengo miedo ni complejo frente a doctores, capitanes, licenciados, generales o ingenieros, ya que muchos de ellos hicieron de la política un medio de vida”, en nítido contraste con la “lógica andina que considera a la autoridad como una acción de servicio”⁸⁴⁷. En otra ocasión, agregó que “no es importante haber estudiado en el exterior como 'Goni' o MacLean ni en la Escuela de torturadores y golpistas, como Manfred Reyes Villa.”⁸⁴⁸ En un artículo sobre la imagen de los candidatos, el jefe del MAS aseguraba que no modificaba su aspecto porque “el tema de la imagen no forma parte de la cultura quechua, es un engaño al electorado (...) No tengo por qué pintarme, no tengo por qué adornarme, como el 'Bombón' [Manfred Reyes Villa] que está cuidando sus bigotes. Si soy feo qué le vamos a hacer...”⁸⁴⁹. También en el tema de la cercanía con el electorado contadas fueron las ocasiones en que la hoja de coca sirvió para realzar la pertenencia étnica común, ya que seguía siendo planteada como “un problema económico y social”⁸⁵⁰ y una consecuencia de la injerencia de Estados Unidos⁸⁵¹.

Notemos que la connotación del omnipresente término “pueblo” (“Somos pueblo. Somos MAS”, rezaba su lema de campaña) reflejaba esta indefinición irresuelta –acaso conscientemente irresuelta–

⁸⁴³ LT090502. El periodista de *Los Tiempos* pregunta, acerca de dicho eslogan: “¿No le habrá echado mano el Filipino [Felipe Quispe]? Una manera de demostrar que este tipo de referencias étnicas era más expectable en la boca del Mallku.

⁸⁴⁴ LT270502

⁸⁴⁵ LT280502. Sobre esta afirmación, dos notas: primero, encontramos una vez más el recurso al humor. Segundo, subrayemos la tendencia de Evo Morales a hablar de sí mismo en tercera persona, contribuyendo a crear un personaje al alcance de todos.

⁸⁴⁶ LT010702

⁸⁴⁷ LR110502

⁸⁴⁸ LR060602

⁸⁴⁹ LR190502

⁸⁵⁰ Evo Morales, LT150402

⁸⁵¹ Hubo excepciones, sobre todo destinadas a una audiencia cochabambina y mayoritariamente cocalera. Véase el debate sobre el agro, donde prometió “tierra, territorio y coca” para los indígenas y aseguró que la coca no iba a desaparecer jamás, caso contrario “habrán dejado de existir también aymaras, quechuas y guaraníes”, LT100502. O una entrevista como candidato uninominal, en que Morales señaló como su prioridad “defender la hoja de coca para su industrialización”, LR020402

entre la identidad campesina, indígena e izquierdista. En el mencionado debate sobre la tierra, Evo Morales invitaba a realizar un cambio total en la política agraria: “La Ley INRA no revirtió [tierras] a los campesinos, legítimos dueños de las tierras que nos fueron usurpadas (...) La Superintendencia Agraria regula solamente la pobreza de los pobres y la riqueza de los ricos”. Pero poco después aseguraba que una nueva distribución de tierras permitiría “terminar con la desigualdad, la exclusión social y el racismo”⁸⁵².

También en mayo, el líder partidario se había quejado por no ser invitado a algunos debates donde “se discrimina a los candidatos que representan al pueblo [porque] hay entidades que sólo invitan a los partidos que representan a las clases más pudientes”⁸⁵³. Dos semanas después, en una entrevista concedida a *La Razón*, al ser cuestionado sobre cómo acabar con los conflictos sociales, Evo Morales respondió que su objetivo “consiste en dar soluciones a todas las demandas de los trabajadores.” Pero poco después reflexionaba sobre el hecho de que “en la cultura de los quechuas y aymaras el ser autoridad es tener vocación de servir al pueblo.”⁸⁵⁴

Ya en junio, tras no haber sido invitado a un foro empresarial, Evo describió la actitud de los empresarios como “racista y fascista, pues sólo fue una reunión de la mafia y la corrupción”⁸⁵⁵. Días después, opinaba así sobre los buenos datos de las encuestas: “Estamos creciendo en función de las demandas del pueblo organizado. Los marginados y los excluidos de hace siglos, los indígenas, campesinos y hombres del área rural en las ciudades estamos representados en el MAS.”⁸⁵⁶ A propósito de la aparente popularidad de su partido, Evo Morales añadió: “Hemos crecido porque los pobres quechuas y aymaras incondicionalmente se han plegado a nosotros.”⁸⁵⁷ En una entrevista concedida días después, las referencias habían cambiado una vez más: “[El ascenso en las encuestas] es el apoyo de los discriminados, los marginados, las víctimas del 21060 que van sumándose.” Esto en la primera respuesta, ya que en la segunda explicó su expulsión del Parlamento por el “odio a quechuas y aymaras” y una “ofensiva del imperialismo”.⁸⁵⁸ El día de las elecciones, antes de emitir su voto, el candidato masista celebró una *q'oa* (ritual andino de ofrenda a la Pachamama) donde pidió a sus fallecidos padres que lo guiaran “para trabajar sin descanso por los pobres y marginados del país”⁸⁵⁹.

Asimismo, en la entrevista al *Juguete Rabioso*, el propio jefe del MAS profetizaba en los siguientes términos: “Por primera vez en décadas, los campesinos estamos a punto de llegar al poder”. Poco

⁸⁵² LT100502

⁸⁵³ LT070502

⁸⁵⁴ LR210402

⁸⁵⁵ LT060602

⁸⁵⁶ LT110602

⁸⁵⁷ LR020602

⁸⁵⁸ LR060602

⁸⁵⁹ LT010702

después, expresaba la necesidad de “sacar fuerzas de nuestra grandeza pasada”: sorprendentemente, cuando uno esperaría una referencia a Tupak Katari y sus sucesores, Evo halló sus fuentes de inspiración en “ese impulso que llevó a Murillo, a los Lanza, a los combatientes de Boquerón a rebelarse ante lo injusto”⁸⁶⁰. Los dos primeros héroes criollos de la independencia, la tercera una batalla de la Guerra del Chaco: dos momentos clave de la historia nacional de la República. La presentación de las elecciones de 2002 como un momento decisivo hacia el cambio quedaba así enmarcada dentro de la mitología republicana tradicional.

El caso es que “el pueblo” no acababa de adquirir un contenido inequívocamente étnico. En su cierre de campaña en La Paz, a 21 de junio, el candidato cocalero se expresaba en los siguientes términos:

“Una cosa es ser gobierno y otra ser poder. ¡Henos aquí, para que algún día trabajadores y campesinos seamos poder! (...) Ahora le toca al pueblo manejar sus recursos, gobernarse. Y si Evo es presidente, el pueblo va a ser el poder (...) Estos recursos [naturales] tienen que volver a manos de los aymaras-quechuas y trabajadores de Bolivia.”⁸⁶¹

La ambigüedad identitaria del líder masista motivaron un llamativo reproche por parte de su excompañero de lucha sindical Alejo Véliz, candidato uninominal por NFR: “Evo es un burdégano [cruce de caballo y burra]. No tiene definida su clase campesina.”⁸⁶² Al antiguo secretario de la FSUTCC se le escapaba que, lejos de ser un lastre, quizá esa misma indefinición constituyera una de las bazas del éxito electoral del MAS. Los comentarios de Evo Morales a comienzos de julio sobre su aparente segundo lugar en las urnas también apuntaban a esta oscilación semántica:

“Estoy feliz [por poder ser segundo], hay una enorme satisfacción, más que todo por el pueblo, el pueblo discriminado (...) El MAS reúne el voto de la dignidad y honestidad del pueblo. Quiero reafirmar que el MAS, como un movimiento político que representa al pueblo boliviano, al pueblo marginado, discriminado e indígena, que el MAS no es ningún partido prostituta (...) El MAS, y menos Evo Morales, no va a negociar el voto digno del pueblo boliviano (...) El MAS será gobierno con el pueblo organizado y acá no estamos queriendo ser gobierno o que el Evo Morales [llegue a la presidencia] sino que estamos viendo el poder del pueblo.”⁸⁶³

⁸⁶⁰ JR180602

⁸⁶¹ LT220602

⁸⁶² LT260602

⁸⁶³ LR040702. Durante la campaña, Evo había declarado sobre el instrumento político: “Nosotros hemos hecho explotar un germen de poder popular, somos una opción antineoliberal auténtica (...), no nos vamos a aliar con nadie. Lo que pasa es que los analistas y politólogos (...) piensan que vamos a negociar el voto del pueblo, eso jamás”, JR180602. Una de sus propuestas consistía en la creación de un “Banco del Pueblo” destinado principalmente a los campesinos, LT040502

Hacia el final de la campaña, se dibujó una nueva tendencia en la utilización por el candidato presidencial del instrumento político de un sujeto popular que consistía en su yuxtaposición con los movimientos sociales. Efectivamente, tal vez influido por el pensamiento de Álvaro García Linera, que mientras tanto se había acercado al MAS, las referencias al “pueblo organizado” en las citas anteriores se fueron precisando hasta cristalizarse en las organizaciones de la sociedad civil. Así, a finales de mayo, Evo Morales sostenía que “el proceso [constituyente] se caracterizará por que el pueblo decidirá. Las organizaciones sociales deben decidir (...) Plantearemos la participación directa [de esas organizaciones] en la administración del Estado.”⁸⁶⁴ Dicha tendencia se acentuaría de manera significativa en una fase posterior.

En lo que toca a las decisiones políticas, una de las formas de transmitir un mensaje de inclusión étnica consistió en seleccionar candidatos oriundos de organizaciones indígenas de distintos orígenes. Entre ellos, nombremos a José Bailaba, secretario ejecutivo de la Central de Pueblos Étnicos de Santa Cruz (CPESC), candidato a primer candidato plurinominal en el departamento cruceño; a Aurelio Ambrosio Muruchi y a Vladimir Coque, representantes de los *ayllus* del norte de Potosí; a Rosendo Copa, dirigente del *ayllu* orureño de Qaqachaka, y al quechua Florencio Alarcón, exdirigente de la Central Sindical Única Campesina de Originarios de Alturas (basada en Raqaypampa, departamento de Cochabamba), todos ellos con discursos centrados en la identidad indígena originaria⁸⁶⁵.

Pero la selección de candidatos obedeció sobre todo a criterios relacionados con la representatividad de cada sector social y de cada corriente interna con peso en el MAS. Por ejemplo, en Cochabamba la elección recayó sobre el ingeniero Jorge Alvarado, miembro destacado de la Coordinadora del Agua, Omar Fernández y Rosendo Flores, dirigentes de los regantes, o Emilio Sejas, transportista. En La Paz, fue Manuel Morales Dávila, otro profesional urbano vinculado a la izquierda clásica, el preferido para encabezar la lista plurinominal. Filemón Escóbar, exminero y uno de los principales asesores políticos de las Seis Federaciones, se postuló y salió elegido como senador titular por Cochabamba. En las circunscripciones cocaleras, la selección fue más sencilla, con el recurso a figuras del sector como Dionicio Núñez o Félix García. La tendencia general consistió en seleccionar intelectuales y profesionales urbanos para las listas plurinominales y senatoriales y candidatos de organizaciones campesinas locales para cada sección uninominal.

La búsqueda de un equilibrio entre lo rural y lo urbano se concretó en la invitación de Antonio Peredo como candidato a la vicepresidencia. En sus primeras declaraciones públicas, el periodista explicitó este intento: “La apuesta hecha por Evo Morales es buscar una candidatura que unifique el campo y la ciudad (...) a través de una persona [Evo] que siempre postuló un programa del pueblo,

⁸⁶⁴ LR260502

⁸⁶⁵ Véase, por ejemplo, la entrevista de Florencio Alarcón en LT110502.

un líder de un gran sector de este pueblo”⁸⁶⁶.

Pero, una vez más, Peredo no implicaba sólo un guiño a los sectores mestizos urbanos, sino también un reconocimiento de las inclinaciones ideológicamente clasistas que subsistían en el MAS y en el discurso del propio Evo Morales. En la misma entrevista, el postulante a la vicepresidencia afirmaba representar “un movimiento que está encabezando el desafío al sistema neoliberal”. Cuestionado sobre si apoyaría la lucha de los cocaleros, Peredo imitó a su jefe de fila en el discurso de entronización, esquivando la referencia concreta al problema de la coca y prefiriendo subrayar la posibilidad de “una lucha conjunta por construir una nueva sociedad.”⁸⁶⁷ También aprovechó para destacar su total independencia con respecto a hipotéticas interferencias de la Embajada de Estados Unidos y proponer una “nueva forma de hacer política en el país”, en oposición a los desprestigiados partidos centrales.

En una entrevista posterior, Antonio Peredo explicaba el aparente ascenso del MAS por el hecho de que este “se está convirtiendo en la representación de los marginados que no pueden aguantar más el modelo” y presentaba al instrumento político como un heredero del espíritu del Che Guevara y la izquierda antiimperialista latinoamericana. Y concluía: “Nunca estuvimos más cerca de derrotar al modelo.”⁸⁶⁸

El trinomio constituido por la crítica del modelo económico, la denuncia de la injerencia externa y la demanda de una reforma política siguió proveyendo los temas clave alrededor de los cuales se explayaban los marcos de referencia del MAS y se estructuraban los mecanismos de enmarcamiento. “Mi mejor campaña ha sido el hambre, la miseria, el gas y la represión (...) Después [del 30 de junio] por mandato de los Estados Unidos habrá una alianza entre los partidos tradicionales”, resumía el candidato masista a finales de mayo⁸⁶⁹. A mediados de junio, el mensaje mantenía la misma orientación: “Vamos a ganar a los neoliberales que cuentan con el respaldo de la Embajada de Estados Unidos”⁸⁷⁰.

Los comentarios de Evo Morales tras ser condenado a indemnizar a una empresaria debido a los bloqueos en el Chapare también resumen perfectamente la prevalencia de este eje tripartito: “[Mis detractores] que prueben que el malestar social no es por la miseria en que vive el pueblo, por la descarada corrupción de los políticos y por la intromisión de la embajada de Estados Unidos.”⁸⁷¹ Antes, el candidato presidencial había propuesto financiar un “banco para pobres” con fondos provenientes del cierre de embajadas bolivianas en el extranjero, que según él se habían convertido

⁸⁶⁶ LR220302

⁸⁶⁷ *Ib.*

⁸⁶⁸ LT030602. El hermano de Antonio, “Coco” Peredo, había muerto en la guerrilla del Che en 1967.

⁸⁶⁹ LT270502

⁸⁷⁰ LT160602

⁸⁷¹ LR190602

“en un centro de vacaciones para los políticos”⁸⁷², y de las rentas vitalicias aprobadas por el Senado⁸⁷³. El complejo andamiaje de significados que el MAS intentó levantar durante la campaña pretendía que la alusión a uno o varios conceptos clave promoviera en los electores un panorama global de la situación institucional, social y económica del país o, en los términos que describimos arriba, que activara en los votantes un atajo interpretativo orientado hacia el cambio político.

Las reacciones a los resultados provisionales confirman esta línea. El 1 de julio, Evo Morales afirmaba que “el pueblo tiene sentimientos antiimperialistas y antineoliberales”, añadiendo que buscaría consolidar acuerdos con todos los sectores populares para organizar “la oposición al neoliberalismo”⁸⁷⁴. En una entrevista, acusaba a sus principales contrincantes en las encuestas (MNR, NFR y MIR) de “entreguismo” y de “ponerse de acuerdo en el modo de darle continuidad al modelo neoliberal (...) lo único que pretenden es darle más oxígeno al modelo económico impuesto por el FMI y los organismos internacionales.”⁸⁷⁵

Otros comentarios de dirigentes del MAS revelan la misma superposición entre el pueblo y las víctimas del modelo neoliberal, bajo los apelativos “pobres”, “desposeídos” o “mayorías nacionales”. Fue el caso de Filemón Escóbar, recién elegido senador, para quien “en el país se han condonado estafas de los banqueros (...) pero para los pobres no hay estos beneficios” o cuando afirmaba que su objetivo pasaba por “acabar con el modelo de globalización y posibilitar una mayor dedicación a los sectores empobrecidos.”⁸⁷⁶ Ya después de las elecciones, en un gran ampliado que reunió a todos los candidatos del MAS en Vinto, los participantes decidieron por unanimidad proclamar el instrumento político como un “movimiento de liberación de los pobres de Bolivia.”⁸⁷⁷

El propio líder del partido, en tono de amenaza, afirmaba esperar que “los ricos sean solidarios con los pobres si no quieren ser afectados”, al tiempo que atribuía el porcentaje del MAS al “voto del pueblo que lucha contra el actual modelo [económico].”⁸⁷⁸ Asimismo, en uno de los pocos spots de campaña del MAS, una empleada doméstica ataviada con una indumentaria andina típica les prometía a los electores ascensión socioeconómica si elegían el candidato cocalero: “Para que nuestros hijos no sean empleados, vota por el Evo.”⁸⁷⁹

Antes de emitir su voto, Evo Morales volvió a hacer un llamamiento al pueblo, “que va a resolver sus problemas y decidir sobre su futuro, y no una pequeña clase dominante en el país”⁸⁸⁰. En

⁸⁷² LT180402

⁸⁷³ LT230502

⁸⁷⁴ LR010702

⁸⁷⁵ JR180602. Antes, había calificado los programas económicos de sus adversarios como “pura demagogia, ya que están sometidos al modelo económico que nos asfixia a todos”, LT150402

⁸⁷⁶ LR020702. En junio, Escóbar había calificado la mejoría del MAS en las encuestas como “una gran evolución política de los oprimidos”, LT040602

⁸⁷⁷ LT060702

⁸⁷⁸ LR040702

⁸⁷⁹ LR070702

⁸⁸⁰ LT010702

definitiva, durante la campaña electoral para las elecciones generales de 2002, el MAS se presentó generalmente como el campeón de los “pobres y marginados”, mientras que las reivindicaciones de cariz étnico del MAS no alcanzaron una expresión significativa si las comparamos con la centralidad del marco económico y de soberanía.

5.4 – Continuidad y cambio entre 1999 y 2002

El período electoral que el MAS y la totalidad del espectro sociopolítico boliviano vivieron entre marzo y junio de 2002 nos ha proporcionado una pletórica producción discursiva, tanto de los dirigentes y candidatos del instrumento político como de un conjunto de actores paralelos que, voluntaria o inadvertidamente, con él se relacionaron en la arena pública. Esa masa de documentos constituye una muestra considerable y nos permite plantear algunas reflexiones acerca del contenido de los marcos políticos, sus principales mecanismos de enmarcamiento y el efecto de estos sobre el público, en este caso el electorado, y la propia evolución interna de las orientaciones ideológicas, estratégicas y movilizadoras de la organización política.

La continuidad constituye la principal característica de los marcos de referencia políticos del Movimiento Al Socialismo entre el momento de su segunda fundación –la escisión entre la ASP y el IPSP en 1998 y la adopción de la sigla MAS al año siguiente– y la celebración de las elecciones generales a 30 de junio de 2002. Tanto en los textos internos del partido como en las declaraciones públicas de sus representantes, el contenido de las funciones de diagnóstico y pronóstico no sufre cambios significativos, mientras la definición de los principales contrincantes también conserva sus rasgos esenciales. De la Declaración de Principios y el Programa de Gobierno aprobados en el primer congreso de 1999 al discurso de cierre de campaña de Evo Morales a escasos días de la votación, persiste una línea común habitada por el mismo “conjunto de creencias y de significaciones” orientados hacia la persuasión⁸⁸¹. El marco económico, de base antineoliberal, y el marco de soberanía, condensado en el antiimperialismo, ofrecían dos esquemas interpretativos integrales para el análisis de la realidad boliviana. Por otra parte, su proximidad, aunque no suficientemente fuerte para que se fundan en un solo marco, contribuyó al refuerzo recíproco de su solidez interpretativa.

Sin embargo, en el ámbito de la comunicación política, no siempre esta cohesión ideológica logra conectar con las expectativas de la población: no basta con tener buenas respuestas, porque hay que saber contestar a las preguntas adecuadas. Si los marcos se mantuvieron relativamente invariables, ¿qué explica el crecimiento electoral del MAS en las elecciones de 2002? Una parte se debe a

⁸⁸¹ SNOW, David: “Analyses de cadres et (...)”, pág.28

diferencias de contexto, pero también creemos necesario indagar en las estrategias de enmarcamiento que el instrumento político puso en práctica en el período en cuestión, en especial durante los meses de campaña. En este aspecto, una de las modificaciones más destacadas consistió en la creciente distancia entre los principios ideológicos del partido-movimiento y el contenido de sus marcos, que adquirieron rasgos más conformes a las especificidades nacionales. Esta tendencia a un menor peso de la ideología en los esquemas interpretativos y a una mejor adaptación al panorama social, económico y político de Bolivia se concretó a través de la utilización de mecanismos de enmarcamiento hasta entonces novedosos, algunos de ellos de origen exterior al propio partido pero integrados por este.

Uno de estos procesos de enmarcamiento tomó la forma de referencias históricas que, sin ser muy abundantes, revelan el camino del MAS para penetrar e influir en la conciencia política de los ciudadanos y proponer así significados colectivamente sugerentes. Curiosamente, o quizá no, la mayoría de las menciones a la Historia boliviana hablan de una época reciente del país, en particular aquella que empezara en 1985 e instituyera el modelo neoliberal, presentada como un bloque sin variaciones entre sus sucesivos gobiernos.

El ejemplo de la Revolución de 1952 también influyó en el pensamiento histórico de los líderes del MAS. Hemos mencionado la inspiración que Evo Morales afirmaba recibir de los héroes criollos de la independencia y de la experiencia de la Guerra del Chaco, ambos ejemplos sacados de la mitología nacionalista del libreto nacional-revolucionario de 1952. Asimismo, el periodista Osvaldo Peredo, hermano del candidato Antonio, antiguo guerrillero y simpatizante del MAS, relacionaba los partidos centrales del neoliberalismo democrático con una tradición “rosquera”⁸⁸², aludiendo al pacto oligárquico que había controlado la política boliviana hasta el proceso revolucionario de mediados del siglo XX. La insistencia en la recuperación de los recursos naturales, así como la denuncia de la sumisión a intereses foráneos, también recordaban la nacionalización minera lanzada –y luego revertida– por Víctor Paz en los años 50. La afinidad era validada por el propio Evo, que durante la campaña afirmaba que “las luchas sociales están siendo acompañadas por luchas electorales (...) Estamos muy cerca a un 52, que era la insurrección armada para cambiar al liberalismo.”⁸⁸³

Esta perspectiva histórica incluía asimismo una variable constante: la opresión económica sobre las capas desfavorecidas. En una entrevista poco antes de las elecciones, Evo Morales se burlaba de los cambios en las invectivas lanzadas contra él y aquellos a quien decía representar: “Con el Plan Cóndor los pobres fuimos comunistas, con el Plan Dignidad somos narcotraficantes y después del 11

⁸⁸² JR200502

⁸⁸³ *Our Brand is Crisis*, 52”33

de septiembre somos terroristas.”⁸⁸⁴. Como actor, una vez más, los pobres; como escenario, la dictadura y la democracia, ambas represoras. Represión que remitía al patrón de violencia institucional anclada en la práctica estatal y en la memoria popular y en el cual el movimiento político buscaba legitimidad social. Los episodios de violencia, de la Colonia a la dictadura militar, pasando por la República oligárquica, abarcaban varias categorías de víctimas, entre indios, campesinos y obreros. En todo caso, resulta llamativo que la campaña llegase a su final sin menciones a Tupak Katari, a las rebeliones armadas indígenas ni a los famosos “quinientos años” de sometimiento.

Otro aspecto importante de la campaña del MAS, además de su trabajo de resignificación de la identidad popular, al cual regresaremos dentro de poco, consistió en hacer hincapié en su capacidad de colocarse al servicio del pueblo, presentado como el verdadero poseedor de la soberanía nacional. Aprovechando su casi virginidad política y el aura de incorruptibilidad de su líder, el instrumento político de los cocaleros hizo lo posible para instalarse en la posición de instrumento político de las capas populares, en toda su diversidad: “Nosotros estamos yendo a servir al pueblo y no a servirnos del pueblo.”⁸⁸⁵ La crítica a los defectos más visibles del sistema político-institucional, como la corrupción y la patrimonialización del Estado, derivaba así en crítica del déficit de representación que afectaba a las relaciones entre ciudadanía y clase política. El resultado fue que la reconquista de soberanía planteada por el MAS combinaba las cuestiones económicas internacionales vinculadas a Estados Unidos y las transnacionales con una dimensión política nacional. Notemos, con todo, que la retórica zapatista de inspiración indigenista –con su famosa frase “Gobernar obedeciendo”– que marcaría presencia más tarde en el discurso del instrumento campesino no fue visible durante la campaña de 2002.

La carga emocional y afectiva que caracterizó a las propuestas del MAS también desempeñó un papel relevante en su enmarcamiento político. En el primer capítulo, vimos cómo una de las funciones de las organizaciones sociopolíticas, ya sean partidos políticos o movimientos sociales, consiste en expresar públicamente las tensiones afectivas presentes en las conciencias individuales y convertirlas en problemas reconocidos por la comunidad y luego en programas sociopolíticos. Estas tensiones afectivas se vinculan con las condiciones políticas y culturales de cada momento histórico, y el grado de éxito enmarcador de cada partido depende de su capacidad para reconocer con precisión las emociones con mayor potencial movilizador. Por otro lado, los vínculos emocionales funcionan como un catalizador de la identidad colectiva: por ejemplo, la confianza en un líder no sólo funciona como un atajo interpretativo, reemplazando a menudo un razonamiento integral sobre unas circunstancias dadas, sino que también propicia el sentimiento recíproco de pertenencia de los integrantes y

⁸⁸⁴ Entrevista con Wilson García Mérida, citada por DÍAZ, Ricardo: *Evo... Rebelión de la coca*, La Paz, Fondo Editorial de los Diputados, 2004, pág.24

⁸⁸⁵ LR250602

simpatizantes de una fuerza política.

Así, mientras Sánchez de Lozada hacía gala de su racionalidad de estadista (con cierto éxito, puesto que ganó las elecciones), presentándose como el candidato más competente y experimentado para contestar a los problemas del país, Evo Morales y los suyos blandían argumentos de cuño emocional, como el orgullo nacional, el coraje político y el respeto por la dignidad de los bolivianos. Además, lo hacían relacionándolo con la libertad de iniciativa política que el MAS alegaba poseer cuando comparado con los demás partidos: “El embajador de Estados Unidos está preocupado porque si ganamos afectaremos intereses transnacionales, y estamos acá para afectar (...) Si [Estados Unidos] quieren respeto, que nos respeten. Significa que no nos impongan condiciones, ni planes, ni programas (...) Seguramente Estados Unidos tendrá ciertos instrumentos de amedrentamiento (...), pero yo no tengo miedo.”⁸⁸⁶ Estas palabras de Evo Morales se asemejaban a aquellas otras de Osvaldo Peredo en las páginas del *Juguete Rabioso*: “A Estados Unidos de rodillas se le ve más grande.”⁸⁸⁷ Si el alcance persuasivo de un marco es tanto más importante cuanto más tenga en cuenta las repercusiones emocionales que puede despertar en los espectadores, no cabe duda de que el MAS hizo un esfuerzo discursivo por elegir los temas, las fórmulas y los términos que más resonancia emocional generaban en la ciudadanía boliviana.

Las intervenciones de sus adversarios políticos –y enemigos diplomáticos– también parecen haberse revelado fundamentales para el éxito de los esfuerzos de enmarcamiento del MAS. En este ámbito, destacaron dos actores: Sánchez de Lozada y la Embajada estadounidense. Con sus ataques reiterados contra Manfred Reyes Villa, el favorito de las encuestas durante casi toda la carrera electoral, la campaña de “Goni” logró contribuir a un transvase de votos de un candidato considerado por algunos como asistémico –aunque la NFR de Reyes Villa había concurrido en 1997 aliada con Hugo Banzer– a otro hasta entonces plenamente antisistema, Evo Morales. El posicionamiento político de Manfred Reyes Villa durante la campaña propició esta situación, al emplear elementos similares a los del MAS, como la soberanía y la dignidad, aunque recurriendo a un lenguaje algo más vago y menos radical.

En términos de enmarcamiento comunicacional, la decisión del MNR de presentar las elecciones como “un momento crítico para Bolivia” en medio de una severa crisis se acomodó a las opciones estratégicas del MAS⁸⁸⁸. Su apuesta por los temas económicos, como el desempleo y la pobreza –la “crisis”, para Sánchez de Lozada, era sobre todo económica–, así como su insistencia en la lucha

⁸⁸⁶ LR250602

⁸⁸⁷ JR050602

⁸⁸⁸ En el ya referido documental *Our Brand is Crisis* (9’50), Ted Devine, uno de los consultores norteamericano, le asegura a Mauricio Balcázar, jefe de prensa de Sánchez de Lozada: “Si vamos a ganar esta elección, será porque elegimos el marco correcto. Para nosotros, el marco es ‘crisis’. Tenemos que apropiarnos de la ‘crisis’, convertirla en nuestra ‘marca’.” A lo que Balcázar contesta: “Sí, el secreto es enmarcar.”

anticorrupción correspondían a las mismas problemáticas que el MAS pretendía abordar. Eso sí, el contenido del marco era diametralmente opuesto. De todas formas, al privilegiar una narrativa basada en la noción de crisis, el candidato del MNR acabó invitando Evo Morales y su partido al centro del debate político.

La diplomacia estadounidense, por su parte, funcionó como el principal interlocutor del MAS durante la campaña electoral. Mientras los demás partidos trataban el instrumento campesino como un partido electoralmente inofensivo (que hasta entonces había sido), las declaraciones provenientes de la Embajada identificaban al MAS como su enemigo número uno. En el intercambio de salvas entre Evo Morales y Manuel Rocha, lo más relevante para el primero no era tanto el contenido de las disputas verbales sino el hecho de que tuvieron lugar, mientras que el segundo creía en el valor de lo explícito, procurando crear una sinonimia entre cocaleros y narcotráfico. Las constantes provocaciones del candidato masista –y las constantes respuestas del legado norteamericano– le permitieron plantear al electorado la pregunta que los carteles mostraban en los últimos días de campaña: “¿Quién manda? ¿Rocha o la voz del pueblo?”. O su variación televisiva: “No votes por la embajada, vota MAS por Bolivia.”

La visibilidad de las principales características del marco de soberanía salieron beneficiadas tanto por los mecanismos de enmarcamiento del partido que aquí enunciamos como por la imprudencia discursiva de uno de sus antagonistas. Se trata de un ejemplo claro de la teoría de la circulación de significados, según la cual los significados y más generalmente los marcos no son propiedad de un determinado partido o movimiento, sino que deben ser tenidos en cuenta por el conjunto de los actores de una arena pública.

En algún momento de las dimensiones anteriores, encontramos un elemento híbrido entre lo emocional y lo racional que se vincula también con la personalidad del líder, en este caso Evo Morales. Hablamos del humor, que bajo las formas de ironía y sarcasmo hizo apariciones frecuentes en el discurso del dirigente cocalero y funcionó como un dispositivo de enmarcamiento aparentemente eficaz.

Por fin, sostenemos que una de las principales operaciones de enmarcamiento del MAS fue su acción sobre el contenido de la palabra “pueblo”. A pocos días de los comicios, Evo Morales formuló sus esperanzas de que “saquemos muchos diputados para hacer un bloque obrero-campesino parlamentario del pueblo para resistir desde el Parlamento.” Eso sí, un pueblo que a veces también asumía una piel indígena, como recordaba el propio candidato unos párrafos más abajo en la misma entrevista: “Yo no estoy para crear el poder de Evo Morales. Yo estoy acá para crear el poder del pueblo, fundamentalmente de los quechuas y aymaras.” La síntesis la encontramos unas líneas después, en la siguiente fórmula: “(...) para que Evo sea presidente y aymaras y quechuas trabajadores

sean el poder.”⁸⁸⁹ En este constante baile de identidades, cualquiera podía combinar con sus vecinas. El MAS parece haber entendido que las fronteras de pertenencia étnica –ya por sí dúctiles– se caracterizaban en Bolivia por una flexibilidad añadida, ocasionada por circunstancias históricas y sociales (campesinismo de 1952, éxodo rural e indigenización urbana, multiplicidad étnica) y reforzada por su intersección con otro tipo de identidades de clase, región e ideología.

Por lo que acabamos de afirmar, al menos para esta fase de desarrollo del instrumento político, parece factible atribuir al acento etnicista del discurso del MAS una función enmarcadora más que una posición central en las tareas centrales de un marco de referencia. En los marcos económicos y de soberanía subyacía una estructura integral de diagnóstico y pronóstico, de causas y consecuencias, de protagonistas y antagonistas. Los comunicadores del partido habían buscado crear dos esquemas interpretativos, diferenciados pero de recíproca corroboración, en los cuales un sólo elemento de su estructura evocaba a toda una serie de conceptos relacionados y encajados entre sí en una cadena causal. Dentro del marco económico, la referencia al neoliberalismo aludía inmediatamente a las mayorías empobrecidas, a la expoliación de los recursos naturales, a las élites político-económicas de mentalidad feudal, a las transnacionales, a la nacionalización de los hidrocarburos. En el ámbito del marco de soberanía, hablar de erradicación significaba referirse a los campesinos y al pueblo boliviano, a la represión interna y al sometimiento externo de la clase política, a Estados Unidos y al FMI, a la autodeterminación tanto en política interna como en las relaciones exteriores.

Mientras tanto, y teniendo en cuenta los documentos atrás presentados, los planteamientos indianistas del MAS estaban lejos de alcanzar esta complejidad discursiva. Es cierto que los quechuas y aymaras fueron aupados al rango de protagonistas, aunque sin reemplazar a las referencias de clase e incluso, en muchos casos, fusionándose con ellas. Pero, por encima de todo, sus principales combates, adversarios y razonamientos no respondían a una dimensión étnica: ni siquiera la hoja de coca adquirió una connotación predominantemente indígena originaria. “El pueblo se levanta contra el sistema y el modelo”, sintetizaba Morales a tres días de las elecciones⁸⁹⁰, y ni este pueblo, ni este sistema político-institucional, ni tampoco este modelo económico a que Evo Morales se refería se fundamentaban en las fracturas étnicas de la sociedad.

Con todo, era innegable el alto potencial de la herencia indígena como recurso enmarcador para el refuerzo de los marcos de referencia. Toda una serie de factores contextuales –el empuje de los pueblos de las tierras bajas a principios de los años 90, las reformas multiculturales a mediados de esa década, un panorama internacional favorable, el agotamiento de la identidad obrera, la correlación entre exclusión político-económica y pertenencia a los sectores indígenas, la ausencia de ideal nacionalista del neoliberalismo democrático, el brote del ciclo de protestas– acreditaban la

⁸⁸⁹ LR250602

⁸⁹⁰ LR270602

etnificación del discurso político como una vía idónea para el apuntalamiento de un régimen alternativo basado en cambios profundos en las estructuras económicas e institucionales. Afirmamos que esa etnificación sí tuvo lugar, pero al servicio de una construcción discursiva que exploraba la cuestión indígena sin nunca llegar a incorporarla integralmente, al menos hasta mediados del año 2002.

¿Cómo explicar, entonces, que el presunto indianismo del MAS haya sido señalado como uno de los ejes centrales de su discurso tanto por los medios locales como por investigadores bolivianos y extranjeros? Encontramos un principio de respuesta hacia el final de una entrevista que Evo Morales concedió pocos días antes de la cita electoral. A continuación reproducimos el intercambio entre el periodista de *La Razón* y el candidato masista, con cursiva añadida por nosotros:

P: “Cuando habla, *usted sólo menciona a los quechuas y aymaras*, actitud similar a la de su propaganda donde aparecen trabajadoras del hogar *¿Qué pasa con el resto del pueblo?* ¿Con la gente de la ciudad?”

R: “*Las empleadas están en la ciudad.*”

P: “Sí, pero ellas no son toda la ciudad. *¿Qué pasa con el resto?* *A Felipe Quispe ya le criticaron por su discurso excluyente...*”

R: “Cuando decimos que vamos a anular el 21060, *estamos al lado del campo y de la ciudad (...)* Este movimiento viene con fuerza del campo. Cochabamba está cercada por el instrumento político. Para mí ya ha entrado en la ciudad como hicimos en la guerra del agua (...) *En ningún momento he dicho que sea sólo para el campesinado.*”

Tanto las cuestiones como las respuestas resultan provechosas. Del lado de Evo Morales, destaquemos tres notas: primero, su perspicacia sociológica al evidenciar la creciente urbanización de las capas indígenas. Segundo, la equivalencia en el discurso masista entre campesinado y poblaciones quechua y aymara (el periodista le pregunta por estos y el candidato le contesta con aquél). Tercero, su insistencia en el carácter geográficamente transversal de su propuesta de gobierno.

Pero provienen del periodista las frases más sugerentes desde el punto de vista de la sociología política. Notemos, para empezar, que el reportero destaca la omnipresencia en el discurso del candidato del MAS de la reivindicación de la identidad étnica aunque esta, como acabamos de señalar, no alcanzó una presencia tan notoria como la afinidad de tipo económico o de clase.

Regresamos aquí a uno de los aspectos más espinosos, pero al mismo tiempo más fecundos, de los

procesos de negociación de significados que implica toda operación de enmarcamiento, y que se refiere a la pluralidad de interpretaciones por parte de los espectadores y el reflejo de esta multiplicidad en el organismo emisor. En pocas palabras, esto equivale a plantear que lo que uno dice es escuchado de manera diferente por cada sector del público, de acuerdo con sus propias expectativas.

Por otro lado, tengamos presente que los intercambios de significados entre actores se encuentran en todo momento sujetos a las restricciones intrínsecas de las normas culturales vigentes, a determinadas gramáticas de la vida pública. Pero estas normas culturales, pese a un tronco común inherente a cualquier sociedad, tampoco son uniformes y varían conforme el grado de compartimentación social. Ahora bien, como sociedad con un alto nivel de segregación y desigualdad, Bolivia contaba con públicos bastante diferenciados, para los cuales los mismos procesos de enmarcamiento llevados a cabo por el MAS acarrearaban distintos efectos.

Por este motivo, consideramos probable que el MAS haya sido visto como un partido de corte indígena precisamente por los no indígenas, aquellos que representaban la identidad normativa o que al menos no experimentaban la etnicidad en su cotidiano. Esto englobaba a aquellas personas pertenecientes a las clases medias y acaudaladas de los centros urbanos –incluyendo a los sectores intelectuales– pero también a las poblaciones de la Media Luna y a aquellos inmigrantes de ascendencia aymara o quechua instalados en las periferias de las grandes ciudades hacía más de una generación y apartados de sus orígenes y prácticas tradicionales, que parecen haber constituido unas de las grandes reservas de votos para el MAS en 2005 y elecciones subsiguientes⁸⁹¹. En suma, los que menos votaron por el MAS en 2002.

Al mismo tiempo, las referencias étnicas en el discurso de los dirigentes masistas no alcanzaron el mismo grado de relevancia para aquellos cuya existencia individual y social había estado siempre marcada por la interpenetración de las dimensiones de clase y etnia. Como señala Pape, “la larga historia colonial y poscolonial y el consiguiente panorama social, étnico y rural-urbano significó que, para la población rural indígena, los elementos clasistas y étnicos de su identidad son a menudo percibidos como una sola unidad”.⁸⁹² Por este motivo, el MAS no fue percibido por sus propios votantes en 2002 como un partido específicamente indígena, ni ese era el objetivo primordial de sus dirigentes, como vimos por el contenido de sus marcos de referencia. Que las bases del instrumento político estuviesen conformadas por individuos que pertenecían, en mayor o menor medida, a etnias originarias no implica de forma automática que este rasgo de la identidad personal y colectiva haya constituido una dimensión explicativa del comportamiento político-electoral de esos militantes y

⁸⁹¹ OVIEDO OBARRIO, Fernando: “Evo Morales and the Altiplano (...)”, *op.cit.*, pág.103

⁸⁹² PAPE, I.S.R.: “Indigenous Movements and the Andean Dynamics of Ethnicity and Class”, *op.cit.*, pág.119

simpatizantes⁸⁹³.

Para una parte cada vez más significativa del electorado boliviano –que no de los lectores de *La Razón*–, influida por la reconstrucción del sujeto popular que el MAS iba realizando, la interrogación del periodista sobre el “resto del pueblo” no tenía cabida. O, más exactamente, a medida que los códigos culturales de la sociedad boliviana evolucionaban, la mayoría cuantitativa que las poblaciones indígenas campesinas siempre habían constituido se iba convirtiendo también en una mayoría cualitativa que copaba el significado del “pueblo” y se mostraba dispuesta a alcanzar el poder en un país que empezaba a reconocer como suyo.

El propio Felipe Quispe, a su manera, había documentado este cambio al afirmar en 2000 que en caso de llegar al poder reemplazaría el Ministerio de Asuntos Indígenas por un Ministerio de Asuntos Blancos⁸⁹⁴. La referencia del periodista a una supuesta apariencia excluyente de Evo Morales traicionaba sus propias creencias sobre la identidad normativa, que desde 1952 oscilaba entre el mestizo en la teoría nacionalista y el blanco en la práctica de la dominación. En efecto, ¿qué lógica tiene emitir dudas sobre el “discurso excluyente” de alguien que se dirige a un sector mayoritario de la población, el cual ha sido apartado secularmente de las esferas del poder? La respuesta es simple: una lógica hegemónica, a la cual el MAS propuso una alternativa que se reveló creíble y que daría sus frutos tres años después.

Efectivamente, los comicios de 18 de diciembre de 2005 vieron a Evo Morales alcanzar la presidencia y su partido obtener la mayoría en la Cámara de Diputados. Para fortalecer el componente diacrónico del análisis de marcos, daremos un salto temporal hacia el futuro y nos centraremos en la campaña electoral de ese año. Tras haber retratado paso a paso la evolución de los marcos y los procesos de enmarcamiento del MAS desde la fundación hasta el momento de su afirmación en el tablero político nacional, los más de tres años de distancia entre las dos citas electorales nos posibilitarán trazar un cuadro detallado y más incisivo de las diferencias y permanencias del trabajo de significación del instrumento político.

Por otra parte, la caracterización del contexto sociopolítico atinente a estos tres años que realizamos en el capítulo 2 permitirá que el salto cronológico no resulte demasiado abrupto y pueda, por el contrario, lanzar más luz sobre el tan controvertido discurso del Movimiento Al Socialismo en

⁸⁹³ De acuerdo con una de las escasas encuestas estadísticas sobre las elecciones de 2002, el MAS fue el partido con más votantes autoidentificados como indígenas, pero también se diferenció claramente en términos de niveles de educación y de ingresos. La edición de 2006 del mismo estudio revela que, en los comicios de diciembre de 2005, el porcentaje de la autoidentificación indígena-originaria en el voto en el MAS aumentó, de 22% a 27%. Cf. SELIGSON, Mitchell: *Auditoría de la Democracia. Bolivia, 2002 (...)* y SELIGSON, Mitchell; CÓRDOVA, Abby; DONOSO, Juan Carlos; MORENO MORALES, Daniel; ORCÉS, Diana y SCHWARZ BLUM: *Auditoría de la Democracia. Informe Bolivia 2006*, La Paz, Ciudadanía, 2006, pág.90

⁸⁹⁴ ASSIES, Willem: “La 'Media Luna' sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social”, *América Latina Hoy*, vol.43 (2006), pág.103. De manera reveladora, cuando Evo Morales alcanzó la presidencia suprimió el Ministerio de Asuntos Indígenas sin crear nada en su lugar.

su período opositor. En este último apartado, confirmaremos dos de las cuestiones que quedaron pendientes en las páginas anteriores, a saber: primero, si (y en qué momento) la perspectiva étnica se convirtió en uno de los factores indispensables de los marcos políticos del MAS e incluso si llegó a configurar un marco propio y, segundo, si ese eventual indianismo del MAS pudo haber funcionado como un mecanismo enmarcador especialmente eficaz en los medios urbanos y periurbanos de mestizos de clase media e indígenas urbanizados y desconectados de las prácticas originarias.

5.5 – La campaña de 2005

La campaña electoral oficial para las elecciones generales de 18 de diciembre de 2005 –previstas para el día 4 de diciembre pero luego postergadas por el Presidente de transición Rodríguez Veltzé– fue comparativamente larga, debido a la tempranera publicación del decreto convocatorio por el gobierno a 6 de julio de 2005, en la secuencia de la renuncia de Carlos Mesa semanas antes. Por su parte, la propaganda electoral, de acuerdo con las normas del Código Electoral, se inició sesenta días antes de la primera fecha establecida para los comicios, a comienzos de octubre. A semejanza de lo que hemos hecho para las elecciones de 2002, nuestro tratamiento de la campaña se centrará en el discurso emitido por el candidato del MAS a la presidencia, Evo Morales, y demás candidatos, dirigentes y militantes del partido en los tres meses previos a la realización de la cita electoral. De modo ocasional, recurriremos a otras intervenciones, pasadas o futuras, de miembros del instrumento político o de sus organizaciones aliadas.

Lo primero que sobresale de un análisis general del conjunto de documentos disponibles es la confirmación de un sujeto político de matriz indígena con ambiciones de conquista del poder. No es solamente una cuestión de cantidad en las referencias a los quechuas, aymaras o a los “indios”, sino que atañe a la incorporación de una filosofía política de cariz indígena-originaria y de una perspectiva histórica sobre la necesidad de inclusión de las poblaciones que representaban la diversidad étnica de Bolivia. Así, en una intervención de Evo Morales ante los productores de coca del Trópico de Cochabamba en Lauca Ñ, a 9 de julio de 2005, el candidato defendió la ilegitimidad de la deuda externa en los siguientes términos, inéditos en la campaña de 2002:

“¿Con qué moral (...) nos pueden pedir a los indios que paguemos [la deuda externa]? Lo propiamente indígena-originario no es deudor, más bien somos acreedores (...) Porque gratuitamente saquearon nuestras riquezas, nuestros recursos naturales (...), más bien tienen que devolver el saqueo de nuestros recursos

Durante el mismo acto, el líder del partido (“El MAS, el instrumento político es de ellos, de los pobres, los quechuas, los aymaras”⁸⁹⁶) no dudó en hacer converger la identidad popular con las mayorías indígenas, corriendo el riesgo de romper momentáneamente con la imagen incluyente que su posición moderada sobre la problemática de la inclusión étnica –o más bien, como vimos, su preferencia por un enmarcamiento de cariz socioeconómico y nacionalista– le había garantizado. En esta intervención, su llamamiento al pueblo boliviano se basó en el enfrentamiento con las élites bajo un enmarcamiento casi diríamos racial. En efecto, Evo criticó a los medios de comunicación, en especial un “canal de españoles” (un término que no entraba en su léxico en 2002), antes de lanzar, como colofón de su discurso, la siguiente pregunta:

¿Mandan los Dabdoub, los Marinkovic [familias de la oligarquía blanca de Santa Cruz], o mandan los quechuas aymaras guaraníes? Es la lucha del poder. ¿Hasta cuando vamos a seguir sometidos, dominados, explotados, oprimidos políticamente, alienados culturalmente? Ya hemos despertado. [Ya es hora de] que los quechuas-aymaras recuperen el poder político.”⁸⁹⁷

Quizá esta opción de franca polarización étnica y el hecho de no haber sido tan frecuente en otros contextos durante la campaña traduzca una preocupación por parte de los dirigentes masistas de adaptar su enmarcamiento de la cuestión indígena a los distintos auditorios a que se dirigían. En el siguiente apartado intentaremos contestar a esta posibilidad, pero por el momento quedémonos en el feudo cochabambino del MAS.

Por lo general, el énfasis en la pertenencia étnica seguía líneas menos dicotómicas, como si la recuperación del protagonismo indígena no implicara necesariamente restarle participación a nadie. A propósito de la necesidad de obtener un carné de identidad para poder votar, Evo Morales declaraba, subrayando la importancia de la participación política de todos los ciudadanos de extracción indígena: “Esta es nuestra vida, la vida de los quechuas, aymaras, guaraníes”⁸⁹⁸. Meses después, recordaba la ausencia de indígenas en la construcción del Estado republicano: “El Estado centralista nace en 1825 cuando fundaron el país. ¿Y acaso nosotros hemos fundado el país? No hemos fundado el país. Ahora queremos refundar ese país.”⁸⁹⁹

Por último, en otras ocasiones el candidato denunciaba el racismo intrínseco a las instituciones

⁸⁹⁵ RS090705

⁸⁹⁶ *Ib.*

⁸⁹⁷ *Ib.*

⁸⁹⁸ RS090705

⁸⁹⁹ RS240905

estatales y aprovechaba para fortalecer el vínculo entre su partido, su persona y los organizaciones de la sociedad civil: “Claro, [dicen sus adversarios], 'Cómo esos indios van a ganar, cómo ese indio Evo Morales va a ganar, cómo los movimientos sociales van a ganar?’”⁹⁰⁰ A finales de octubre, en Chimoré, pedía fundar una nueva Bolivia “donde acabemos con la discriminación, acabemos con el marginamiento, acabemos con esas políticas de exterminio.”⁹⁰¹

La insistencia en los derechos adquiridos históricamente por las poblaciones autóctonas no implicó la desaparición de los temas socioeconómicos, ni de su correspondiente marco de referencia. Al presentar su programa económico ante los cocaleros (programa ese que, en términos de medidas, no difirió mucho de su antecesor de 2002)⁹⁰², Evo Morales seguía defendiendo la “propiedad colectiva de los medios de producción por cada sector campesino”; proponiendo un canal de televisión para combatir aquellos medios “enemigos de los pobres y del movimiento campesino”; denostando a los “grupos oligárquicos de Santa Cruz” que resistían al cambio para “volverse más ricos todavía y seguir acaparando”; y vaticinando que “llegó la hora de que de verdad los pobres ganemos.”⁹⁰³

En definitiva, y al menos en el ámbito chapareño, se observa que la intersección del orgullo indígena-originario con la pertenencia clasista, entrevista en la campaña de tres años antes, se concretó aún más, pero ahora con un equilibrio claro entre ambas facetas. El tratamiento del tema de la hoja de coca, particularmente visible en sus intervenciones en el Chapare conservadas en los archivos de Radio Soberanía, es en ese aspecto muy ilustrativo. Como hasta 2002, la coca seguía siendo en gran medida un problema económico: “Todos los productos cuentan, no sólo la coca, en el Trópico”, declaraba Evo Morales ante los suyos⁹⁰⁴. En octubre, hablando a un público nacional, tampoco empleó el argumento cultural para justificar los cultivos de la planta, destacando en cambio que “no hace daño y es incluso benéfica” para la salud⁹⁰⁵.

En el Programa de Gobierno para las elecciones de 2005, la palabra coca aparece dos veces: la primera en el contexto de la industrialización del país y la segunda en una reflexión sobre los “recursos naturales renovables”, donde la coca era presentada como “la mejor posibilidad de sobrevivencia de los campesinos del Chapare”. Pero se añadía inmediatamente después que “no se trata [sólo] de una planta alimenticia o medicinal”, puesto que “la defensa de la hoja de coca es la defensa de nuestra historia y de nuestra cultura, de nuestro patrimonio como pueblo”. Al final del

⁹⁰⁰ *Ib.*

⁹⁰¹ *Proclamación de Evo Morales y Álvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*, archivos de Chajra Runaj Masis

⁹⁰² Recordemos una vez más, por si fuese necesario, que el objetivo de la presente investigación no es el análisis del programa en sí mismo, sino las formas de su justificación discursiva a través de los marcos de referencia.

⁹⁰³ RS**1005. Otras veces, la unión de la etnia y la clase se volvía explícita: “Ahora cuando los pueblos, cuando los pobres, cuando la gente honesta tiene posibilidades de llegar al gobierno democráticamente (...)”, *Proclamación de Evo Morales y Álvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*

⁹⁰⁴ RS090705

⁹⁰⁵ RS**1005

párrafo, se regresaba a la lógica socioeconómica, cuando se afirmaba que “los verdaderos narcotraficantes [no son] los cocaleros, que nunca han dejado de ser campesinos pobres, oprimidos.”⁹⁰⁶

Notemos que otra versión del Programa de Gobierno, publicada en la revista *Opinión y Análisis* en octubre de 2005, sólo mencionaba una vez a la hoja en el ámbito de su industrialización y del desarrollo rural y productivo⁹⁰⁷. Dionicio Núñez, sindicalista cocalero de los Yungas, sostenía la misma idea de que “cuanto más coca tenga mercado legal, es menos coca para el narcotráfico”⁹⁰⁸, tratando la hoja como un producto más sin especificidades culturales.

A pesar de las opiniones que acabamos de citar, el principal fenómeno discursivo relativo a la hoja de coca resultó ser su secundarización durante la campaña, tanto dentro como fuera de las zonas cocaleras. A semejanza de lo ocurrido en 2002, el principal cultivo del más importante de los sectores campesinos fundadores del MAS no alcanzó protagonismo en el debate electoral. El propio Evo Morales, a comienzos de la campaña, ya había señalado esta paradoja en su acto de entronización como candidato, al notar que en la serie de propuestas de cada delegación departamental del partido nadie había planteado la problemática de la coca⁹⁰⁹. Pese a este reproche, el propio Evo no se extendió muchas veces acerca de aquella que había sido su ocupación durante muchos años, y cuando lo hizo sirvió para calmar a posibles aprensiones internacionales, como sus declaraciones sobre coca y narcotráfico⁹¹⁰ o su anuncio de una campaña internacional con el objetivo de “quitarla [a la hoja de coca] de las lista de estupefacientes”⁹¹¹. En noviembre, hizo lo mismo para retirar la hoja de coca de la lista de venenos de las Naciones Unidas⁹¹².

Pero el ejemplo más significativo fue el de su discurso en la proclamación como candidato en su feudo del Chapare, más precisamente en Chimoré, a 29 de octubre. A lo largo de su intervención, de cerca de veinte minutos, en ningún momento la palabra coca fue pronunciada. A mitad de su intervención, Evo Morales enumeró los motivos por los cuales pretendía la presidencia, recurriendo a una anáfora (“Quiero ser presidente para...) antes de cada ítem: se trataba de “dar el poder al pueblo”,

⁹⁰⁶ MOVIMIENTO AL SOCIALISMO – INSTRUMENTO POLÍTICO POR LA SOBERANÍA DE LOS PUEBLOS: *Programa de Gobierno – MAS-IPSP. Por una Bolivia digna, soberana y productiva para vivir bien*, noviembre de 2005, pág.53, disponible en la web del Centro de Estudios Miguel Enríquez (www.archivochile.com).

⁹⁰⁷ MOVIMIENTO AL SOCIALISMO – INSTRUMENTO POLÍTICO POR LA SOBERANÍA DE LOS PUEBLOS: “Programa de Gobierno 2006-2010. Bolivia digna, soberana y productiva para vivir bien”, *Opinión y Análisis*, n°76, octubre de 2005, pp.117-200. Esta versión desarrolla con más detalle algunos párrafos pero no cuenta con una introducción ni con un resumen final de los diez puntos centrales del programa, como sí lo hace la versión citada en la nota anterior.

⁹⁰⁸ LR051105

⁹⁰⁹ *Página12*, 010805

⁹¹⁰ Evo Morales propuso despenalizar la hoja de coca, “que no implica despenalizar el narcotráfico que existe en el país”, LR290905

⁹¹¹ “No puede ser que la hoja de coca sea legal para fabricar Coca-Cola y sea ilegal para el consumo doméstico”, LR051005

⁹¹² LR191105

“acabar con el analfabetismo”, “nacionalizar los recursos naturales”, “celebrar una Asamblea Constituyente”, etc.. Ninguno de esos objetivos abordaba o siquiera incluía la cuestión de la coca, ni como producción de supervivencia, ni integrada en el marco de soberanía ni como elemento simbólico de ancestralidad andina⁹¹³.

Como se comprueba, las menciones a la “hoja milenaria” estuvieron muy lejos de ser abrumadoras. Las que sí existieron, sobre todos en intervenciones de los dirigentes más “indianistas” (son necesarias las comillas) del instrumento político, se cuentan con los dedos de una mano. Uno de los pocos que abordó el tema bajo un marco de cariz étnico-cultural fue García Linera, para quien “hablar de coca cero es hablar de cero quechuas, cero aymaras y cero guaraníes”⁹¹⁴. Pero, a semejanza de lo que sucedió en la campaña de 2002, la cuestión de la hoja de coca fue apartada del delante de la escena por el propio partido oriundo de los sindicatos cocaleros.

Tal vez esta táctica se explique por el hecho de que la problemática de la coca era uno de los pocos ámbitos donde los contrincantes políticos y las autoridades estatales podían exigir responsabilidades al MAS, por su influencia sindical y municipal en la región. Es probable que la resonancia popular de la “guerra contra las drogas” fuese más fuerte que cualquier marco alternativo que el instrumento político decidiera aplicar al tema. Al mismo tiempo, Evo Morales y los suyos no podían negar –en buena verdad, nunca lo hicieron– que una parte mayoritaria de la producción del Trópico de Cochabamba terminaba en el circuito de la cocaína. ¿Para qué seguir disputando un partido que acabarían por perder? Había otros temas que podían ser enmarcados eficazmente bajo una óptica favorable a los intereses del MAS, y esos fueron los temas privilegiados por el instrumento político.

Retomando el razonamiento sobre el peso relativo de los marcos económico y étnico, verificamos que los mecanismos de enmarcamiento empleados por los candidatos del MAS refuerzan esta intersección clase-etnia. En Lauca Ñ, Evo Morales recordaba así los inicios del movimiento campesino, poco después de la fundación de la CSUTCB: “Allá en el 82, 83 (...) ahí arriba decía ‘CSTUCB, por el poder y el territorio. Es sencillo entender: 'por el poder', [significa] que los quechuas aymaras desde las confederaciones recuperen el poder político para después recobrar el territorio, que el territorio no está en nuestras manos. El territorio son los recursos naturales, no solamente la tierra’”⁹¹⁵. Al mismo tiempo, el candidato a la presidencia lograba adscribir el MAS a la historia reciente de las luchas campesinas y a la historia secular de los pueblos originarios, estableciendo un vínculo entre las demandas por el gas y la reforma agraria.

Concentrémonos enseguida en qué sucedió en el contexto global de la campaña, durante la cual

⁹¹³ *Proclamación de Evo Morales y Álvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*

⁹¹⁴ LR091105

⁹¹⁵ RS090705. En junio, Evo Morales ya había señalado que “los originarios, los pueblos indígenas luchamos por recuperar el territorio”, RS060605

los candidatos del MAS tuvieron que dirigirse al conjunto del electorado y no sólo a sus allegados cocaleros.

A semejanza de lo que constatamos en el Evo “cocalero” del Chapare, la revalorización del protagonismo indígena le permitió a la dimensión étnica dejar de ser un componente accesorio, aunque eficaz, de los marcos económico y de soberanía y extenderse a los campos cultural y político, adquiriendo vida propia. La revalorización de las culturas originarias se plasmó en la propuesta del MAS de crear un “Ministerio de Culturas”, en plural. Según el pintor y poeta Edgar Arandia, futuro viceministro, esta medida partía del entendimiento de que “ha habido una cultura oficial desde la Colonia y ya es tiempo de que se de importancia a otras culturas”⁹¹⁶. A su vez, el filósofo y candidato ganador a prefecto Luis Alberto Aguilar basaba su plan en el “desarrollo en espiral, que es la base filosófica y política del modelo de desarrollo de Tiwanaku, que parte de las cuatro direcciones de la *chakana* (cruz cuadrada andina).” Además, proponía nombrar a los subprefectos “respetando la democracia del *ayllu*” y fundar una “Universidad Indígena Originaria Intercultural”⁹¹⁷.

Otros ejemplos apuntan en la misma dirección. Cuestionado en una encuesta a los partidos sobre cómo conciliar las justicias comunitarias y ordinarias, el MAS contestó que “la justicia comunitaria, correctamente aplicada, ha demostrado ser más sabia y efectiva que la propia justicia ordinaria” y que “los pueblos indígenas han demostrado de manera irrefutable tener mejores (...) condiciones para aplicar una mejor justicia”, eso sí, con garantías de “plena vigencia de los derechos humanos”⁹¹⁸. Sobre las Tierras Comunitarias de Origen (TCO), un portavoz aseguraba que “las TCO son una conquista histórica de los pueblos indígenas y las comunidades originarias de las tierras altas y bajas de Bolivia.”⁹¹⁹

Por su parte, Guillermo Aruquipa, asesor económico del partido, describía con imaginación lingüística las reformas educativas propuestas por el MAS: “Se impulsará la educación comunitaria y solidaria, intracultural, intercultural y bilingüe de doble vía. Será una educación bio-cosmocéntrica, como parte del buen vivir.”⁹²⁰ Candidato a diputado plurinominal por Cochabamba, Iván Canelas consideraba que una de sus prioridades para el departamento pasaría por “la recuperación de la identidad multiétnica y multicultural”⁹²¹.

En el ámbito político, el concepto de autodeterminación adquirió un nuevo significado, desligándose de su connotación guevarista y adoptando el registro de los convenios internacionales sobre pueblos indígenas, como el Convenio 169 de la OIT: “Los pueblos tenemos derecho a

⁹¹⁶ LR211005

⁹¹⁷ LR011105

⁹¹⁸ LR021105

⁹¹⁹ LR051205

⁹²⁰ LR141205. Aruquipa citaba casi literalmente el Programa de Gobierno del MAS, *op.cit.*, pp.48-49.

⁹²¹ LT241105

governarnos, por eso sale este instrumento político”, sostenía Evo Morales en octubre de 2005⁹²². Y lo justificaba echando mano de argumentos históricos de largo plazo, remontando hasta la dominación ibérica, un dispositivo de enmarcamiento que no encontramos en 2002.

Proporcionemos varios ejemplos, entre otros similares: a finales de agosto, el líder masista solicitaba observadores internacionales para garantizar “el proceso histórico de transición política en el país”⁹²³. En septiembre, en el Chapare, aseveraba: “Los pueblos indígenas luchamos históricamente durante la Colonia, durante la República, por nuestra autodeterminación.”⁹²⁴ Ya en noviembre, en las páginas de un diario paceño, declaraba: “Los quechuas, aymaras, chiquitanos, chipayos, muratos, guaraníes... deben ser los dueños absolutos de estas tierras.”⁹²⁵ Y a finales de mes, opinando acerca de casos de servidumbre en la región guaraní del Chaco, profirió estas palabras: “Los guaraníes, al igual que los aymaras, quechuas y otras naciones originarias, son las raíces de nuestra historia y no podemos tolerar que en pleno siglo XXI vivan igual o peor que en la Colonia”⁹²⁶. O aun algunos días después, resumiendo el objetivo detrás de la Asamblea Constituyente: “La principal tarea (...) será comenzar la transformación del Estado excluyente y discriminatorio”⁹²⁷.

Por su parte, también el dirigente Santos Ramírez insistía en la relevancia tanto de la hipotética victoria del MAS como de la eventual Asamblea Constituyente, “el segundo momento histórico [después de las elecciones de diciembre] para la refundación del Estado boliviano, con inclusión de los marginados como son los pueblos indígenas originarios.”⁹²⁸

Fue con el desarrollo de esta dimensión histórica con el que surgieron más abundantes menciones a los “500 años de opresión”⁹²⁹, contrastando con lo que había sucedido en la campaña presidencial anterior. Del mismo modo, el ataque al “Estado colonial” acarreaba una carga étnica-cultural, en contraste con el tono antiimperialista de la Declaración de Principios ideológicos de 1999 y 2001: en 2005, el colonialismo a combatir era el interno, conducido por ejemplo por la “burguesía”⁹³⁰ o por el propio Carlos Mesa en el momento de su renuncia⁹³¹, por todos aquellos que acarreaban con una

⁹²² RS**1005. En agosto, afirmaba “creer en la autodeterminación de los pueblos”, LR270805

⁹²³ LR250805

⁹²⁴ RS**1005. En el Trópico de Cochabamba, también se verifica el mismo tipo de referencias: “El Estado centralista nace en 1825 cuando fundaron el país (...) Ahora queremos refundar ese país, ese Estado colonial, ese modelo neoliberal, queremos cambiar eso mediante la Asamblea Constituyente”, RS240905

⁹²⁵ LR061105

⁹²⁶ LR231105

⁹²⁷ LR051205

⁹²⁸ LR271005

⁹²⁹ Aunque tampoco proliferaron. Algunos ejemplos: “El cambio es un proceso en todo caso. Es imposible que en cinco años podamos resolver el sometimiento, el saqueo de 500 años (...)”, Evo Morales, LT151205. “[Gozaremos] del poder político en Bolivia, quitando el poder a esas pocas familias que saquearon nuestros recursos por más de 500 años”, Evo Morales, *Proclamación de Evo Morales y Alvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*. Véase también RS240905.

⁹³⁰ “No a una autonomía para burguesía”, Evo Morales, RS**1005

⁹³¹ RS060605

“mentalidad colonial” y se preguntaban “¿cómo un indio nos va a gobernar?”⁹³². El propio MAS, presentado frecuentemente por sus dirigentes como el instrumento político de los movimientos sociales, era en determinados momentos teñido de etnicidad. En junio, cuando ya se perfilaba la campaña con la renuncia de Carlos Mesa, Evo Morales acusaba al presidente cesante de “[estar] decidido a como destruir el movimiento indígena originario”⁹³³. En octubre, fue la vez de Iván Morales, candidato plurinominal en La Paz, al destacar que “el MAS no se relaciona sólo con los gobiernos extranjeros sino con pueblos indígenas de otras naciones con los que ha desarrollado lazos de hermandad”⁹³⁴.

En una entrevista de noviembre de 2005, el candidato presidencial admitía que su defensa de las poblaciones de origen indígena le había conferido cierta popularidad: “Algunos empresarios me apoyan incondicionalmente sólo por sacar la cara por los aymaras y los quechuas.”⁹³⁵ Además, aunque no es muy representativo de lo que sucedió a lo largo de la campaña, también presentó en esta ocasión al MAS como producto de un “movimiento indígena que no excluye a nadie”⁹³⁶. En Achacachi, feudo aymara de Felipe Quispe, el candidato presidencial sentía un clima propicio a un discurso cargado de referencias étnicas, y lo adaptó a su audiencia: tras anunciar que “llegó la hora de que los indígenas tomen el poder”, prometió que si llegase a la jefatura del Estado “el *ama sua*, *ama llulla* y *ama qella* van a ser vitales”. E incentivó los vecinos del pueblo a votar con una singular pero elegante metáfora: “Su voto es como una moneda de oro que cambiará la historia”⁹³⁷.

Pero fue García Linera, antiguo guerrillero katarista, la figura del partido que probablemente más insistió en el carácter indígena del instrumento político. En una entrevista concedida a mediados de noviembre, afirmaba que los ataques que recibían de los allegados de Tuto Quiroga constituían “un ataque a la candidatura indígena que está en ascenso”, candidatura esa que tenía el mérito de “[rescatar] las demandas de los sectores populares indígenas” y que buscaba conducir Bolivia a un “período de transición histórica, una emergencia de pueblos indígenas”⁹³⁸. En otra entrevista por televisión, destacó la necesidad de “construir un nuevo Estado a partir de la representación y participación de las naciones indígenas en los entes de gobierno”. Y añadió:

⁹³² LR061105. Véase también una respuesta de Evo Morales a un cuestionario sobre cómo fomentar una nueva concepción de democracia: “La principal tarea (...) será comenzar la transformación del Estado excluyente y discriminatorio, que sigue ejerciendo una especie de colonialismo interno contra sus pueblos (...) Será el inicio de un cambio en la mentalidad de todos los que habitamos esta tierra, tal vez sólo comparable con el fin del racismo en Sudáfrica impulsado por Mandela”, LR051205. O su intervención en el cierre de campaña en Cochabamba: “Al día siguiente ya empezó la guerra sucia, ¿y que decían? '¿Para qué apoyan ese indio? Si ese indio es presidente, les va a quitar sus casas, sus empresas, sus hoteles.' ¡Qué mentira, compañeras y compañeros!” *Cierre de campaña MAS-IPSP, 15 de diciembre de 2005*, archivo de Chajra Runaj Masís

⁹³³ RS060605

⁹³⁴ LR241005

⁹³⁵ LR061105

⁹³⁶ *Ib.*

⁹³⁷ LR151105

⁹³⁸ LR101105

“Hay que dejar de simular homogeneidad cultural en una sociedad predominantemente multicultural (...) Se debe romper la esquizofrenia de unas élites que durante siglos han soñado con ser modernas y blancas, que han copiado instituciones y leyes ajenas para aplicarlas en una sociedad en la que los indígenas son mayoría.”⁹³⁹

A una semana de las elecciones, vaticinaba en un estilo similar: “Estamos muy felices de acercarnos a un momento histórico decisivo que es la posibilidad de tener el primer presidente indígena de Bolivia y América Latina”⁹⁴⁰.

Paralelamente a la dimensión histórica de largo plazo relacionada con la vertiente étnica coexistió una visión más centrada en el período democrático y en la implementación de las políticas neoliberales, visible en las declaraciones de Santos Ramírez, candidato a senador por Potosí: “Después de veinte años [del decreto 21060], el pueblo reclama la recuperación del gas y recursos naturales, reclama Asamblea Constituyente”) ⁹⁴¹. Días después, el mismo futuro congresista insistía: “Creemos que el 4 de diciembre Bolivia no sólo va a cambiar el gobierno, sino que va a modificar su historia”⁹⁴². También Evo Morales había adoptado el mismo tono, semanas antes: “Las elecciones deben servir para cambiar la historia de Bolivia, no para cambiar un gobierno neoliberal por otro.”⁹⁴³

Asimismo, el proyecto de autonomías regionales planteado por el MAS se condensaba en una ley bautizada como “Andrés Ibáñez”, nombre de un revolucionario igualitarista del siglo XIX criollo y cruceño, vinculado con la lucha campesina y obrera, y no de un héroe indígena⁹⁴⁴. Refiramos todavía la amenaza que Evo Morales lanzaba a la clase política, avisando a sus miembros de que “si no quieren que democráticamente ganemos, cuidado que el pueblo se levante como el año 1952 a recuperar el poder a la fuerza.”⁹⁴⁵ Otra mención a la Revolución Nacional provino de Juan del Granado, alcalde de La Paz y aliado del MAS⁹⁴⁶.

El propio Programa de Gobierno intentaba conciliar ambas perspectivas históricas, “la historia larga, es decir, la forma como se construyó Bolivia a lo largo de su vida republicana (...) afectando a la mayoría de la población indígena” y “la historia corta, a la democracia representativa y al neoliberalismo”⁹⁴⁷. Pero resulta importante señalar que este documento está muy lejos de ser un manifiesto indianista: por el contrario, se estructura alrededor de un marco claramente económico, caracterizado por un modelo productivo de industrialización desarrollista basado en el papel del

⁹³⁹ Entrevista al programa Postdata, Cadena A, citado por LT091105

⁹⁴⁰ LT121205

⁹⁴¹ LR280805

⁹⁴² LR010905

⁹⁴³ *Página 12*, 010805

⁹⁴⁴ LR040905

⁹⁴⁵ LR201005

⁹⁴⁶ “Solamente faltan días, horas, para que después de más de 50 años el pueblo vuelva al poder”, LR121205

⁹⁴⁷ MOVIMIENTO AL SOCIALISMO: *Programa de Gobierno – MAS-IPSP (...)*, pág.4

Estado, sin apenas reflexiones sobre un modelo alternativo de matriz andina-amazónica.

Asimismo, en los diez ítemes finales que resumen el resto del programa, sólo dos incluyen una referencia a los indígenas-originarios. El sexto punto, sobre educación, propone que “la educación en lenguas nativas sea responsabilidad de los pueblos originarios”. El primer punto es el que más información permite obtener sobre el enmarcamiento masista, ya que aborda el tema de la tierra y del territorio incorporando identidades étnicas y de clase. Reproduzcamos parte de su contenido: “Que el campesino vuelva a tener tierra para cultivar. Los pueblos originarios deben tener derecho al territorio en que viven (...) Los territorios ocupados y cuidados por los pueblos originarios garantizan el mantenimiento del medio ambiente. La tierra es de quien la trabaja, y el gobierno del MAS habrá de garantizar este derecho a la vida con recursos directos a los pequeños productores del campo boliviano.”⁹⁴⁸

Empezamos así a comprender que, pese a la mayor centralidad del sujeto indígena, la defensa de las “mayorías nacionales” (término vigente desde la primera legislatura de Izquierda Unida en el Parlamento hasta 2005⁹⁴⁹) continuó integrando un componente fuertemente económico. Las referencias a los “pobres” abundan durante toda la campaña, y Evo Morales se incluía a menudo en este grupo⁹⁵⁰. En efecto, la representación de las capas desfavorecidas de la población es asumida por el líder masista en numerosas ocasiones, como tras haber sido agredido en Santa Cruz, a finales de agosto: “Nosotros seguiremos dando nuestras vidas por los pobres, porque estamos defendiendo los intereses de las mayorías nacionales”⁹⁵¹. O en una entrevista concedida en plena campaña: “Vamos a seguir con firmeza convencidos de que los pobres deben gobernar”⁹⁵².

Los ejemplos se extienden a otras figuras del partido. Hugo Salvatierra, abogado, hijo de chiquitanos, exasesor de la COB y candidato a prefecto por el MAS en Santa Cruz, terminaba uno de sus discursos declarando que “los ricos de este país ya comenzaron a asustarse y temblar porque el pueblo empezó a despertar.”⁹⁵³ El mismo candidato afirmaba, en una entrevista, representar a “los movimientos sociales del campo y a los pobres del sector urbano, a los que han sido excluidos en el país durante muchos años; a la clase media y a los empresarios honestos y trabajadores; a quienes quieren la unidad nacional”⁹⁵⁴. Antonio Peredo, a mediados de octubre, explicaba el incremento de

⁹⁴⁸ *Ib.*, pág.52

⁹⁴⁹ Dos ejemplos, entre tantos: “Los exgobernantes nunca han vivido lo que viven las mayorías nacionales”, RS**1005 o “Políticamente excluidos, económicamente explotados, culturalmente arruinados [?], estamos acá para recuperar el poder para los pueblos, para las mayorías nacionales”, *Proclamación de Evo Morales y Alvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*

⁹⁵⁰ Varios ejemplos, entre muchos otros: “Ahora que los pobres podemos ganar (...)”, RS240905; “En Santa Cruz (...) decían: ‘Evo Morales, el que viene de una familia humilde y defiende a los humildes, está siendo agredido por un grupo de poder’”, LR061105

⁹⁵¹ LR310805

⁹⁵² LR061105

⁹⁵³ *El Nuevo Día*, 181005

⁹⁵⁴ LR181005

las movilizaciones populares por “las necesidades de la población de escasos recursos.”⁹⁵⁵ Días después, fue la vez del candidato a diputado por Cochabamba Román Loayza al subrayar que “el MAS no es de Evo Morales, sino el instrumento político de los pobres que ahora tienen que ser parte del gobierno”⁹⁵⁶.

La lógica económica-clasista también primó en los diagnósticos temáticos del MAS con relación a varios dominios específicos. En un suplemento de *La Razón* sobre la reforma de la justicia, el MAS recuerda que “en los penales de Bolivia, no se castiga el delito sino la pobreza.”⁹⁵⁷ Sobre la problemática de la reforma agraria, las cuatro medidas propuestas por el MAS –así como sus justificaciones– no remitían para la dimensión étnica de la propiedad ancestral⁹⁵⁸. En diciembre, Evo Morales planteaba fundar una red de emisoras de radio, donde cada radio “debe estar en manos del movimiento campesino.”⁹⁵⁹ Profesionales urbanos, campesinos, occidentales y orientales, toda la gama de candidatos del MAS adoptaba preferentemente el marco económico para referirse a los beneficiados por las reformas planteadas por el partido y así justificarlas.

Las posiciones de los candidatos masistas sobre sus adversarios políticos tampoco obedecieron a una lógica étnica, prefiriendo realzar los contrastes clasistas. En septiembre, comentando el binomio presidencial conformado por Jorge Quiroga y la periodista María Renée Duchén, Evo Morales aseveraba que “no representan a la diversidad de clases sociales que existen en Bolivia” y que “ambos son la expresión de la clase media-alta del país”⁹⁶⁰. La ya mencionada acusación de “hispanidad” enderezada a Carlos Mesa en el Chapare no tenía cabida en las páginas de un diario paceño... aunque sí el hecho de que “Tuto” Quiroga era “yerno de Estados Unidos”⁹⁶¹, referencia maliciosa a su esposa norteamericana. Semanas después, el mismo Quiroga era calificado de “hijo del neoliberalismo” y “gemelo de Gonzalo Sánchez de Lozada”⁹⁶².

En la misma línea, Gustavo Torrico, candidato a diputado por La Paz, aseguraba que “sólo el voto de clase podrá hacernos ganadores”⁹⁶³, que “los gobiernos pasados, todos neoliberales, le hicieron daño a las clases más empobrecidas” y que para estas había llegado el momento de “llevar a la Presidencia a alguien de su condición”⁹⁶⁴; el mismo Torrico acusaba a Samuel Doria Medina de haber sido “uno de los grandes consecuentes [sic] del modelo neoliberal”⁹⁶⁵. Santos Ramírez, por su parte, exigía explicaciones a los “candidatos neoliberales sobre si cambiarán o profundizarán el modelo

⁹⁵⁵ LR201005

⁹⁵⁶ LR251005

⁹⁵⁷ LR021105

⁹⁵⁸ LR211105

⁹⁵⁹ LR061205

⁹⁶⁰ LR040905

⁹⁶¹ LR211005

⁹⁶² LR151105

⁹⁶³ LR120905

⁹⁶⁴ LR170905

⁹⁶⁵ LR141105

neoliberal”⁹⁶⁶ y los acusaba de provenir todos “de la misma ideología de destrucción del país.”⁹⁶⁷ Finalmente, Román Loayza tildaba los dos principales contrincantes de Evo de “candidatos neoliberales (...) que en realidad son los mismos de siempre”⁹⁶⁸.

Otros, como el senador Antonio Peredo y el propio Evo, señalaron en algunos momentos a “la derecha” como el adversario⁹⁶⁹. Si bien Evo Morales también calificó el futuro gobierno del MAS como un “gobierno de izquierda”⁹⁷⁰, la oposición ideológica no constituyó un dispositivo enmarcador significativo de la disputa electoral, al menos bajo esta forma europea clásica. Del otro lado de la barricada ideológica, se encontraba más bien la “oligarquía”: “Este proceso de cambio no va a ser parado ni por las oligarquías ni por las dictaduras”⁹⁷¹.

Notemos que el enmarcamiento comunicacional de Podemos en torno a la idea de “cambio”⁹⁷² —a semejanza de opción “crisis” de Goni en 2002— acabó ayudando la candidatura masista, que también insistió en la necesidad de transformación estructural del país pero que no estaba lastrada por su participación en los gobiernos anteriores, como Jorge Quiroga, ministro entre 1992 y 1993 y luego vicepresidente y presidente entre 1997 y 2002. Lo mismo sucedió relativamente al marco de soberanía empleado por el MAS, que “Tuto” recogió en una versión menos plausible para el votante⁹⁷³.

La superposición entre pueblos indígenas y sectores campesinos también sigue estando presente, aunque matizada para permitir la inclusión de la indigeneidad urbana: “El MAS no es solamente de los militantes sino de los pueblos que sufren (...) el neoliberalismo. Es, fundamentalmente, el campesinado, pero también está gente de la ciudad, de todos los sectores.”⁹⁷⁴ En su entrevista a Red Erbol, Morales defendía “una autonomía para los pueblos, para los pobres, las nacionalidades, en las provincias”⁹⁷⁵, mezclando las condiciones étnica, económica y geográfica. Lo mismo hizo en un mitin en el Trópico de Cochabamba, a finales de septiembre, al proclamar su intención de “refundar ese país, ese Estado colonial, ese modelo neoliberal” o también, más adelante en la misma alocución, cuando definía el MAS como perteneciente a “los pueblos que sufren o son víctimas del

⁹⁶⁶ LR140905

⁹⁶⁷ LR180905

⁹⁶⁸ LR181105

⁹⁶⁹ Respectivamente, LR230905 y LR051205

⁹⁷⁰ LR081005

⁹⁷¹ Evo Morales, LT131005. Entre muchos otros ejemplos, véase: “Lamentablemente, algunos grupos oligárquicos intentan postergar las elecciones”, Evo Morales, LR251005; “Bolivia está viviendo (...) una derrota de proyectos de corte oligárquico”, García Linera, LR101105 y “La oligarquía cruceña no se atreverá a molestarme”, Evo Morales, LR151105. En una ocasión, García Linera asocia ambos términos: “Es hora de acabar con la oligarquía decadente de la derecha”, LR151205

⁹⁷² “Hay dos alternativas sobre la mesa: cambio para adelante con unidad y confiabilidad y cambio para atrás con la propuesta del adversario”, Jorge Quiroga, LT281105

⁹⁷³ Una semana antes de los comicios, Quiroga garantizaba su independencia ante presiones extranjeras: “Me vale un pito la Embajada de Estados Unidos, (...) no me interesa un bledo la posición de un gobierno u otro”, LT121205

⁹⁷⁴ RS240905. Minutos después, repasando la historia del MAS, lo define como un “instrumento político campesino” creado “para que no haya cero de coca”.

⁹⁷⁵ RS**1005

neoliberalismo”.⁹⁷⁶ O en noviembre, cuando justificó la noción de “capitalismo andino” de Álvaro García Linera al recordar que “no sólo somos diversos en fisionomía, también económicamente, y esa diversidad económica hay que respetarla.”⁹⁷⁷

En el acto de proclamación de Evo Morales como candidato a presidente, realizado en Cochabamba a 31 de julio, el sindicalista campesino Lino Willka aseguraba que “los quechuas, los aymaras y los guaraníes queremos ver a Evo Morales como el presidente de los pobres y oprimidos”⁹⁷⁸. El propio García Linera reconocía la necesidad de “una movilización social vigorosa de los movimientos sociales, profesionales, populares, indígenas y campesinos para garantizar (...) los cambios revolucionarios.”⁹⁷⁹

Con respecto a las propuestas económicas del MAS, se mencionó a menudo un “modelo de reciprocidad y complementariedad”⁹⁸⁰, inspirado en la cosmovisión indígena, y el propio título del Programa de Gobierno incluía la fórmula andina “Para vivir bien”. En las tres grandes plataformas productivas nombradas por Álvaro García Linera en la presentación de su plan económico, se incluía una dedicada al mundo “comunitario-campesino”⁹⁸¹. Aunque la mayoría de las propuestas concretas se encuadrasen en un modelo de capitalismo de Estado que el MAS efectivamente implementaría al conquistar el poder⁹⁸², lo que se plantea es el potencial evocador de los valores indígenas que el MAS pretendía activar con el recurso a los conceptos como reciprocidad, solidaridad y complementariedad.

En el primer acto de campaña en La Paz, el portavoz del partido, Álex Contreras, transmitía el mismo mensaje: “En nuestra cultura la reciprocidad es un valor muy importante, aparte del compromiso político de los sectores y el MAS, también existe la solidaridad.”⁹⁸³ Sin embargo, y pese a la integración de la dimensión cultural de inspiración andina en los planteamientos económicos del partido, a lo largo de la campaña la prioridad se centró en la sustitución del libre mercado (“una ficción”, según García Linera⁹⁸⁴) por un modelo en que “el Estado [fuese] el actor principal de la economía”⁹⁸⁵.

En un gesto que recuerda a su homenaje a la COB en los documentos de 1999, también en 2005 los dirigentes masistas se posicionaban como herederos de las luchas obreras. Así, su enmarcamiento

⁹⁷⁶ RS240905. Términos prácticamente idénticos fueron empleados en la proclamación de Chimoré, a 29 de octubre.

⁹⁷⁷ LR061105

⁹⁷⁸ *Página 12*, 010805

⁹⁷⁹ LR161105

⁹⁸⁰ Véanse, por ejemplo, Santos Ramírez, responsable del programa económico del MAS en 2005, LR180905; o Evo Morales: “Hay empresarios que practican solidaridad, reciprocidad y son permanentemente extorsionados por los partidos neoliberales”, LR061105

⁹⁸¹ LR061005

⁹⁸² Para Morales, “la nueva Bolivia (...) debe tener como base económica la industrialización de los recursos naturales”, LR211005. Para su compañero de papeleta, el nuevo modelo debería apoyarse sobre “una combinación del capital privado y el Estado”, García Linera, LR241005

⁹⁸³ LR131005

⁹⁸⁴ LR141105

⁹⁸⁵ Guillermo Arequipa, asesor de política económica del MAS, LR141205

de carácter clasista incluye referencias a la “gloriosa, la histórica federación de mineros de Bolivia”⁹⁸⁶. En el precitado acto de inauguración de la campaña en La Paz, el 12 de octubre, ambas tendencias convergían perfectamente en la figura de Evo Morales: con un casco de minero de la empresa nacional YPF, un poncho y un bastón de mando altiplánicos, rodeado de wiphalas y con una foto del Che Guevara en primera fila, el líder del MAS discursó en quechua, aymara y castellano, aunque sobre todo en este último, en un mitin bautizado como “la marcha de los cuatro suyos [provincias que conformaban el imperio incaico]”⁹⁸⁷. Días después, Evo no dudó en participar en el primer debate entre los principales candidatos –él, Quiroga y Doria Medina– vestido con una camiseta del mismísimo Che⁹⁸⁸.

Mientras tanto, la propaganda oficial del MAS no escatimaba el uso de la iconografía indígena, con ceremonias andinas en Tiwanaku y fotos de su candidato con trajes tradicionales acompañadas, a 2 de diciembre, por una leyenda que rezaba: “En Tiwanaku, Viacha, El Alto y La Paz, diferentes sectores sociales con miles de campesinos, trabajadores fabriles, rentistas y jubilados, vecinos, trabajadores del PLANE (...) y damas de diferentes sectores (...) proclamaron a Evo como el próximo Jefe de Estado. Faltan 17 días para que el pueblo sea poder.”⁹⁸⁹ Notemos la conjunción de imágenes de tradiciones originarias y la ausencia de toda referencia étnica en el texto que las acompaña. Todavía más cerca de la cita electoral, en su acto de cierre de campaña en La Paz, el líder del partido aseguró que, “después del 18 de diciembre, caminarán juntos el poncho y la corbata”⁹⁹⁰ y, dos días después, en Cochabamba, solicitó “un aplauso para los compañeros de la ciudad, que vienen a fortalecer, a potenciar este instrumento político de los pobres y de los pueblos indígenas.”⁹⁹¹

Con relación al marco de soberanía, tanto en el contexto chapareño como nacional, constatamos una reducción de su presencia y a la vez, aunque con menos fuerza, de su alcance explicativo. Acaso por las fuertes posibilidades que el MAS pensaba tener de convertirse en gobierno, tal vez debido al perfil más discreto adoptado por el sustituto de Manuel Rocha como embajador de Estados Unidos, a la prioridad dada a cuestiones de orden endógeno y a la pausa en las acciones de erradicación (o probablemente debido al conjunto de estos factores), lo cierto es que Evo Morales y sus correligionarios dosificaron las menciones a la potencia norteamericana y rebajaron el tono de sus críticas, con implicaciones para la solidez del marco correspondiente.

La emancipación popular se haría más frente a sus antagonistas internos –clase política,

⁹⁸⁶ RS240905

⁹⁸⁷ LR131005 (véase Anexo de imágenes, n°8)

⁹⁸⁸ LR231005

⁹⁸⁹ LR021205. Véase también otra página de propaganda en LR151205

⁹⁹⁰ LR141205

⁹⁹¹ *Cierre de campaña MAS-IPSP, 15 de diciembre de 2005*, archivo de Chajra Runaj Masis

oligarquía— que a sus equivalentes externos⁹⁹², a pesar la denuncia frecuente del papel de las transnacionales en la implementación del neoliberalismo, referencias en su mayoría integradas al marco económico. La relevancia en el debate político de la cuestión de la exportación de gas por un puerto chileno también contribuyó a relegar Estados Unidos a un plano secundario y a vincular más estrechamente la soberanía con la realidad económica del país. Sin embargo, la secular rivalidad con Chile tampoco fue exacerbada por el dirigente de las Seis Federaciones, por el contrario: quizá pretendiendo afianzar su estatura de estadista, propuso a comienzos de octubre el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con el país vecino⁹⁹³.

Aun así, si comparativamente a la campaña de 2002 el antiimperialismo pierde relevancia, sigue estando presente, y a veces con virulencia. A Red Erbol, en octubre de 2005⁹⁹⁴, Evo Morales calificaba el MAS como una “pesadilla para el imperio”⁹⁹⁵. A mediados de noviembre, atacó a los “yanquis” por querer “entrometerse en las decisiones del país y dictar a los presidentes qué tienen que hacer.”⁹⁹⁶ Dos semanas después, a una declaraciones del embajador norteamericano acerca de la erradicación, replicaba de forma tajante: “Estados Unidos no tiene autoridad para establecer la política boliviana sobre coca”⁹⁹⁷. El futuro ministro Juan Ramón Quintana afirmaba de modo perentorio: “No se tolerará la imposición de decisiones externas”⁹⁹⁸. A su vez, García Linera explicaba en Achacachi que “ningún gringo, ninguna embajada extranjera, ninguna petrolera va a venir a robar la victoria a Evo Morales, estemos alertas”⁹⁹⁹.

Tampoco en sus alocuciones a los productores de coca las referencias a Estados Unidos desaparecen por completo, aunque sí pierden algo de la capacidad interpretativa global de la situación boliviana que caracterizaba el marco de soberanía de años anteriores. En julio, el candidato masista denunciaba “maniobras de la Casa Blanca y la embajada de Estados Unidos”¹⁰⁰⁰ para vincularlo con el narcotráfico y el terrorismo.

Regresando al ámbito nacional, observamos que en su proclamación como candidato presidencial Evo Morales afirmaba que “cuando los pueblos pierden el miedo al imperio, sus acusaciones se transforman en fortaleza.”¹⁰⁰¹ Meses después, el mismo Evo revelaba que Estados Unidos fomentaba

⁹⁹² “Ha llegado la hora (...) hacía una profundización de la autodeterminación, primero, del Estado boliviano (...) con respecto a las oligarquías internas”, Santos Ramírez, LR180905

⁹⁹³ LT121005

⁹⁹⁴ Los registros de Radio Soberanía donde consta este programa de Red Erbol no especifican su fecha, pero por indicadores contextuales lo fechamos en el mes de octubre.

⁹⁹⁵ Programa “Hagamos democracia” de Red Erbol, octubre (?) de 2005, localizado en el archivo de Radio Soberanía, RS**1005

⁹⁹⁶ LR091105

⁹⁹⁷ LR221105

⁹⁹⁸ LR101105

⁹⁹⁹ LR151105

¹⁰⁰⁰ RS090705

¹⁰⁰¹ *Página 12*, 010805

un “golpe de Estado ejecutado por paramilitares” pagados por la potencia americana¹⁰⁰². En la misma intervención, aseguraba que detrás de un fallo desfavorable del Tribunal Constitucional se escondían intereses “neoliberales, transnacionales y fundamentalmente de la Embajada de Estados Unidos”¹⁰⁰³, que funcionaba ahora sobre todo como un agente del neoliberalismo, así como el “imperialismo” iba de la mano con la “globalización”¹⁰⁰⁴.

De eso dejaba constancia Álvaro García Linera, candidato a la vicepresidencia: “Cuando el MAS asuma el gobierno, se acabará el diseño de decretos y leyes en París o Harvard, porque esos señores se aplazaron [equivocaron]”¹⁰⁰⁵. Semanas después, corroboraba la misma idea con términos todavía más claros, aprobando la presencia de inversores extranjeros pero “sin subordinación a los organismos internacionales”¹⁰⁰⁶, como el Banco Mundial, el FMI o el BID. El propio Evo también opinaba sobre la materia en términos semejantes: “Tiene que haber comercio, pero de pueblo a pueblo, un comercio justo”¹⁰⁰⁷. De manera general, podemos afirmar que el marco de soberanía tendió a fundirse en el marco económico, sin dejar de llevar consigo la noción de orgullo nacional que constatamos en 2002¹⁰⁰⁸.

La reducción de la amplitud del marco de soberanía se verificó mientras crecía la centralidad del proyecto institucional en el discurso del instrumento político. Este proyecto, que a la altura de las elecciones de diciembre todavía no se traducían de manera inequívoca en la plurinacionalidad del Estado, tenía como principal catalizador la Asamblea Constituyente. La Constituyente era una propuesta que no había surgido en las filas del MAS pero que el partido había incorporado a su agenda en una fecha relativamente temprana. Por otro lado, se insistió en las diferencias organizativas entre el llamado “movimiento político”, un producto democrático de sus bases¹⁰⁰⁹, y los “partidos tradicionales”, herméticos, autocráticos y habitados por tráfugas: “Los partidos tradicionales gobiernan con su familia”, aseguraba Evo Morales, añadiendo que “nuestro mejor capital es la

¹⁰⁰² RS240905. Véase otra acusación de golpe de Estado en LR300905. Otro ejemplo: “Cuando [Quiroga] ya no es ganador, el plan que tienen en la embajada de Estados Unidos es suspender las elecciones y (...) hacer un golpe de Estado”, Evo Morales en la película *Cocalero*, de Alejandro Landes, 2007. En la misma intervención, Morales sostiene que MAS podría ser “víctima de la suspensión de la institucionalidad”.

¹⁰⁰³ *Ib.*

¹⁰⁰⁴ “Son tantos los movimientos sociales del mundo que luchan contra la globalización, el imperialismo y son nuestros aliados naturales”, Evo Morales, RS240905

¹⁰⁰⁵ LR010905

¹⁰⁰⁶ LR241005

¹⁰⁰⁷ LR061105

¹⁰⁰⁸ Dos ejemplos de esta tendencia: “El Estado boliviano debe dejar de ser un Estado mendigo”, Evo Morales, LR061105 y la “Soberanía social” (sin más desarrollo) como una de las diez propuestas de gobierno del MAS en una página de propaganda publicada en LR151205

¹⁰⁰⁹ En estas elecciones, el MAS negoció espacios con sus aliados para los candidatos plurinominales, mientras que las 68 candidaturas uninominales fueron escogidas por las bases locales.

honestidad [porque] en la cultura andina, la honestidad es básica”¹⁰¹⁰. Las reglas de conducta andinas también fueron rescatadas por el MAS, cuyo líder prometía que “si ganamos las elecciones, vamos a gobernar con esta trilogía [*Ama sua, ama llulla, ama qella*] que es la herencia de nuestros antepasados.”¹⁰¹¹ Por último, subrayemos que la propia idea de inclusión –con un deje clasista– fue valorada por el MAS en su diferenciación con respecto a las demás fuerzas partidarias¹⁰¹².

La reiterada idea de “refundación nacional”¹⁰¹³, variación masista en 2005 del tan antiguo como exitoso concepto retórico de “cambio”, se basaba así en los tres pilares que inspiraban el proceso constituyente: una dimensión étnica, otra económica y un pilar institucional, todos ellos conectados entre sí¹⁰¹⁴ y complementados por una conducta irreprochablemente andina, una “revolución moral” en palabras del líder nacional¹⁰¹⁵. Como advertimos en el apartado anterior, el MAS, segunda fuerza en el Congreso desde 2002 y primer partido a nivel nacional a partir de las municipales de diciembre de 2004, se encontró con una posición favorable para impulsar los cambios que juzgaba necesarios desde el seno de las instituciones. De ahí que su crítica feroz de la clase política (“El MAS, una pesadilla para los políticos corruptos”, advertía Evo¹⁰¹⁶) coexistiera con una defensa también ella intransigente de la legalidad democrática.

Pues bien, la democracia se convirtió en uno de los términos centrales del discurso del MAS a medida que iba avanzando la campaña y que su victoria parecía ineluctable¹⁰¹⁷. Se trataba, para los dirigentes masistas, de transformar “por primera vez un gobierno legal en un gobierno legítimo” por la vía de las urnas, “única forma de cambiar nuestra Bolivia”¹⁰¹⁸. Pero para lograrlo, según el MAS, había que combatir la acción de “grupos que agriden [sic] y atentan contra la democracia”, declarando “una emergencia para defender la democracia”¹⁰¹⁹. En el mismo acto de campaña en La Paz, el

¹⁰¹⁰ RS**1005. En noviembre, Juan Ramón Quintana estimaba un acuerdo con Podemos, el vehículo de Jorge Quiroga, “inviable, [porque] no sería éticamente correcto”, LR211105 En la pared de la casa de campaña del MAS en Cochabamba, una pintada proclamaba: “Honestidad, Constituyente, hidrocarburos, prosperidad”, película *Cocalero*, de Alejandro Landes, 2007

¹⁰¹¹ RS**1005. En LR061105, Evo vuelve a mencionar esta “trilogía [que] es el mejor programa de vida, de igualdad, de dignidad” y promete gobernar “en base a la ley cósmica de nuestros antepasados”.

¹⁰¹² “Gracias a una total apertura, gracias a ese pensamiento de cómo incluir y no excluir, no solamente al movimiento campesino, sino a muchos sectores, inclusive los movimientos sociales de las ciudades, como también a personalidades, intelectuales y hasta empresariales”, Evo Morales, RS**1005; “Costas [otro candidato a la gobernación del departamento] cuenta con el apoyo de los grupos de poder de Santa Cruz (...), si bien plantean una autonomía, esta todavía es excluyente (...) Que la autonomía no sea un instrumento en manos de pocos”, Hugo Salvatierra, LR181005

¹⁰¹³ Los ejemplos son abundantes. Véase los discursos de Evo Morales en RS090705, RS**1005 y, en LR151205, una propaganda del MAS que decía lo siguiente: “Ha llegado el momento del cambio, de la transformación, de la refundación del país (...)”

¹⁰¹⁴ “Antes de nacionalizar los recursos naturales, hay que nacionalizar al poder ejecutivo y legislativo, autoridades al servicio de las transnacionales”, Evo Morales, RS090705.

¹⁰¹⁵ LR061005

¹⁰¹⁶ RS**1005

¹⁰¹⁷ En julio, Evo Morales avisaba a sus compañeros de lucha: “El problema no es ganar, sino gobernar”, RS090705

¹⁰¹⁸ RS**1005

¹⁰¹⁹ RS261005. Días después, acusaba el Congreso de ejercer un “chantaje a la democracia” por querer postergar los comicios, LR291005

candidato a la presidencia aseguraba que su partido y los movimientos sociales apostaban por “hacer cambios en democracia, en una revolución democrática y cultural”¹⁰²⁰. Por esos días, en la proclamación en el pueblo chapareño de Chimoré, el jefe nacional confirmaba: “Los pueblos somos democráticos, queremos profundizar la democracia”¹⁰²¹. Ya antes, el líder cocalero había admitido el compromiso de su partido con la institucionalidad democrática: “Por todos lados tenemos que defender la democracia”¹⁰²². Durante la campaña, Álvaro García Linera le confesaba a su compañero de candidatura: “Si tú te salvas, tú eres el que encabeza la resistencia, la defensa de la democracia.”¹⁰²³

Morales estaba incluso dispuesto a desautorizar aquellos de sus huestes que hiciesen apología de la vía extrainstitucional, como cuando Román Loayza amenazó con el recurso a la fuerza: “Evo Morales será presidente por las buenas o por las malas”. El MAS divulgó inmediatamente un comunicado condenando las declaraciones y el jefe nacional reiteró su preferencia por la vía legal: “Nosotros apostamos por un cambio en democracia, en base a la conciencia de un pueblo”¹⁰²⁴. Un cambio llamativo cuando sabemos que hasta por lo menos 2002 el MAS era presentado por las demás fuerzas políticas y los medios de comunicación como un peligro para el sistema democrático vigente.

En la perspectiva del análisis de marcos, se trata de la apropiación de un término otrora esgrimido por sus adversarios en su contra pero que, gracias a un significado abierto y a su gran resonancia consensual en la ciudadanía, pudo ser adaptado a los propios designios políticos del instrumento político¹⁰²⁵. Por otro lado, una visión institucionalista de la emergencia del MAS no estaría en desacuerdo con la afirmación de Santos Ramírez, que en septiembre proclamaba: “Somos hijos de la democracia”¹⁰²⁶. Y lo cierto es que la apertura de la estructura de oportunidades políticas del que el MAS sacó provecho era una consecuencia del sistema formalmente democrático vigente desde 1982. Un sistema que, pese a sus deficiencias intrínsecas, acabó rindiendo frutos en términos de inclusión y alternancia política, eso sí tras necesitar de una gran presión popular en las calles pero sin interregnos anticonstitucionales. Al final, la victoria del MAS constituyó la prueba de que el por sí tan denostado sistema político contenía en su interior el germen de su propia reforma.

¹⁰²⁰ *Ib.*

¹⁰²¹ *Proclamación de Evo Morales y Álvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*, archivos de Chajra Runaj Masis

¹⁰²² RS240905. Otro ejemplo: “Los partidos tradicionales (...) no quieren soluciones democráticas. Por estas razones hemos decidido defender la democracia por sobre todas las cosas”, Evo Morales, LR041005. Días después, acusó Jorge Quiroga de promover un golpe de Estado junto con Gonzalo Sánchez de Lozada (LR121005) e informó un observador de la ONU que “el MAS y los movimientos sociales de Bolivia están dispuestos a defender la democracia y la integridad del país”, LR201005

¹⁰²³ Película *Cocalero*, de Alejandro Landes, 2007

¹⁰²⁴ LR011205. Al día siguiente, insistió: “Queremos transformar Bolivia en democracia y con el voto”, LR021205. En el cierre de campaña en Cochabamba, se manifestó en el mismo sentido: “[Consolidaremos] una revolución en democracia y sin armas”, LT161205

¹⁰²⁵ Una analogía posible en el contexto europeo es el de “reformas”, un vocablo difícilmente percibido por la población como negativo pero que ha servido primero para promover medidas de ampliación de derechos sociales y, en las últimas décadas, para legitimar políticas económicas que implican, en muchos casos, el recorte de esos mismos derechos.

¹⁰²⁶ LR140905

A través de las citas documentales antes presentadas, pasemos a caracterizar los marcos de referencia del discurso del MAS en sus funciones esenciales. De acuerdo con lo atrás explicitado, creemos correcto considerar que la campaña de 2005 se organizó en torno a un marco principal, el marco económico-clasista, alrededor del cual se situaron otros tres marcos subsidiarios que, pese a su momentánea centralidad, no alcanzaron a conformar entidades completas en lo que respecta a las tareas primarias de los marcos de referencia políticos.

En cuanto al marco económico, una perspectiva diacrónica nos permite constatar que transitó sin apenas cambios desde 2002. Su principal transformación consistió en la incorporación, de manera mucho más pronunciada, de elementos relativos a la problemática étnica que funcionaron como un refuerzo de su resonancia cultural, aprovechando la coincidencia entre condición indígena y marginación socioeconómica tanto en la historia boliviana como, más concretamente, en la época contemporánea. Por otro lado, su fortalecimiento resultó también de la integración parcial del antiguo marco de soberanía en su lógica económica. En efecto, si Estados Unidos seguía siendo un posible promotor de golpes de Estado, el principal perjuicio de su acción para Bolivia venía ahora de la implementación forzada de la doctrina del libre mercado, primera amenaza para la soberanía del país sudamericano.

El marco étnico hizo su aparición con rasgos propios pero aún incompletos, al servicio de la eficacia del marco de cariz clasista. Si la “marginación” y la “discriminación” cultural y política alcanzaron mucho más visibilidad que en 2002¹⁰²⁷, compartieron su papel en la función de diagnóstico con la “pobreza” y la “explotación”, provocada por “el modelo económico” y sus declinaciones neoliberales, como el decreto 21060, la capitalización o las privatizaciones. En cuanto al pronóstico, las soluciones propuestas por el MAS se centraban en la recuperación de los recursos naturales –que permitirían sobre todo un mejor reparto de las riquezas del país y remitía a las nacionalizaciones de mediados del siglo XX– y la redistribución del territorio (término con una carga étnica que “tierra”, por ejemplo, no contenía) por campesinos y comunidades indígenas. La demanda por un mayor papel del Estado en la economía casi no incluyó referencias a un modelo alternativo de matriz andino-amazónica, aunque los habitantes de extracción originaria fuesen identificados como los receptores de ese cambio de modelo productivo.

En el campo de los protagonistas y antagonistas es fácil advertir esta complementariedad entre condición económica e identidad étnica. Así, alcanzaron la primera fila del escenario los “pueblos indígenas”, o simplemente “los pueblos”, así como el binomio “quechuas aymaras”, pronunciado como una fórmula de unidad a la cual se juntaban a veces los guaraníes, en representación de las tierras bajas. A su lado, a veces sin apenas separación, surgían los “pobres”, los “trabajadores”, los

¹⁰²⁷ Sin sorpresas, García Linera fue el candidato que empleó la fórmula más radical, hablando acerca del período anterior al ciclo de movilización de los movimientos sociales: “Bolivia era una sociedad de apartheid”, LT121205

“explotados” oriundos “del campo y de la ciudad”.

En el campo de los antagonistas, sin embargo, la dicotomía étnica apenas fue nombrada, con excepción de un contado número de veces en el Chapare a las que hicimos referencia al comienzo de esta sección. En su lugar, proliferaron las críticas a la “oligarquía”, término mucho más frecuente que “ricos”: el MAS pretendía así demostrar que su cruzada vital no era en contra del dinero *per se*, sino que se trataba de una lucha por el poder. Del mismo modo, los “terratenientes” fueron a menudo citados, pero con salvedades tales como “no se tocará las tierras productivas, pero si las que no lo son”¹⁰²⁸. El intento de evitar fracturas nacionales, sin embargo, no se aplicaba a las “transnacionales” o las “petroleras”, que pronto se destacaron como uno de los enemigos a abatir, así como las instituciones financieras internacionales (aunque con menos vigor que en 2002, debido a la perspectiva de gobierno) y obviamente Estados Unidos y sus declinaciones (“imperio” o “yanquis” los más usados). Todos ellos constituían los “enemigos del pueblo”¹⁰²⁹.

Por su parte, el marco institucional tuvo como principal función reforzar la clasificación dicotómica “nosotros-ellos”, basándose en el notorio estado de degeneración del panorama político, aún más avanzado en 2005 debido al desmoronamiento del sistema de partidos. La posición del MAS relativa al sistema político se centró en la denuncia de lo que René Zavaleta había denominado “una situación instrumental del Estado, es decir, cuando la clase dominante ejerce directamente el poder político y el gobierno del Estado en beneficio de sus intereses particulares.”¹⁰³⁰ Así, de él provienen buena parte de los antagonistas más citados en el discurso del MAS, como fueron la “clase política” y los “partidos tradicionales”, o más específicamente los “corruptos y vendepatrias (...) que no sueltan la mamadera”¹⁰³¹ y los “diputados corruptos”¹⁰³². Un cartel pegado en un coche de propaganda del MAS en La Paz aseveraba, acerca de los candidatos adversarios: “Los mismos Tuto, MNR, Samuel: fuera corruptos, vendidos y tráfugas”¹⁰³³. El pronóstico de este marco se cristalizaba en la propuesta de una Asamblea Constituyente para la “refundación” del país, conducida por la incorruptibilidad del instrumento político.

Si en 2002 los dispositivos de enmarcamiento emocional se concentraban en la idea de “humillación”, “resistencia”, “orgullo” y “dignidad”, en 2005 el abandono de una posición de *outsider* por parte de Evo Morales transformó el mensaje del MAS de queja de los subalternos en grito de victoria de los intérpretes de su propio relato. En palabras de García Linera, el 15 de diciembre, ante la muchedumbre que invadía el Estadio Félix Capriles de Cochabamba: “Que nadie se quede en casa.

¹⁰²⁸ LR151205

¹⁰²⁹ RS240905

¹⁰³⁰ Citado por TAPIA, Luis: *Política salvaje*, op.cit., pág.33

¹⁰³¹ RS261005

¹⁰³² RS060605

¹⁰³³ LR151205

Todos vayamos a votar. Con alegría, con entusiasmo. Esta revolución democrática es la fiesta del pueblo, es la fiesta de la patria, vayamos sin resentimientos, vayamos sin venganzas. El mundo nos sonríe. La historia nos mira.”

Otro de los cambios en los mecanismos de enmarcamiento consistió en que el ahora favorito Morales se entregó con mucho menos frecuencia al sarcasmo con que había coloreado su campaña anterior. Mientras tanto, continuó hablando habitualmente de si mismo en tercera persona, un dispositivo ya localizado en 2002. En lo que concierne a las referencias históricas, la incorporación de una perspectiva de largo plazo constituyó la principal novedad de la estrategia de enmarcamiento del MAS, un cambio que recordaba sus inicios bajo la denominación Asamblea por la Soberanía de los Pueblos. No obstante, la diferencia estribaba en que el pensamiento de la ASP se basaba en una valoración integral y negativa de la civilización occidental y de la trayectoria nacional boliviana, mientras que diez años después el MAS proponía un complejo entramado de inspiración nacional-popular, clasista e indígena-originaria.

Aunque con los matices que veremos a continuación, tanto en 2002 como en 2005 destacó un término que concentró esa red de significados cruzados. Efectivamente, en ambas citas electorales la suma de los calificativos atribuidos a los actores protagonistas se materializó en el omnipresente “pueblo”. Los ejemplos son casi tan numerosos como las intervenciones de los dirigentes masistas. Así, Evo y Álvaro eran presentados por el primero como “el binomio del pueblo”¹⁰³⁴, mientras Gustavo Torrico hablaba de “empoderar al pueblo”¹⁰³⁵, como un eco de eslogan de la campaña: “Somos pueblo, somos MAS”, o como expresaba el futuro presidente en su proclamación en La Paz, a 12 de octubre: “El MAS no sólo es esperanza para el pueblo, es la esperanza para el pueblo latinoamericano”¹⁰³⁶. En una página de propaganda publicada en *Los Tiempos*, se denunciaba la “guerra sucia” contra Evo Morales y se dejaba implícito que no había necesidad de debatir con los otros candidatos, puesto que “cada día, en diferentes comunidades, poblaciones y ciudades del territorio nacional, Evo Morales Ayma debate directamente con el pueblo.”¹⁰³⁷

Pero, en términos semánticos, ¿quién estaba representado en un concepto de ámbito tan abarcador? Los indígenas originarios, desde luego, como vimos más atrás. Cuestionada su vida privada por un spot de Podemos, Evo Morales contestó de la siguiente manera: “Vamos a poner la otra mejilla. Pero sepa el pueblo boliviano que estamos así, acusados, humillados históricamente en base a la mentira”¹⁰³⁸. La palabra clave en la frase es “históricamente”, ya que establece una correspondencia entre su situación personal como candidato y la opresión secular, de “memoria larga” sobre el

¹⁰³⁴ LR040905

¹⁰³⁵ LR110905

¹⁰³⁶ LT131005

¹⁰³⁷ LT041205

¹⁰³⁸ LT291105

“pueblo”, en este caso sobrepuesto a la población indígena del país. Contrariamente a lo que había sucedido en 2002, en esta campaña Morales sí citó a las enseñanzas zapatistas que se habían diseminado en el seno de la izquierda latinoamericana antiglobalización: “Mandar obedeciendo es nuestra consigna”¹⁰³⁹. En el mismo acto realizado en Villa Montes (Gran Chaco), vinculó la problemática del gas con la generosidad de la Pachamama: “¿Qué más tendrá la tierra madre si tan generosa hoy nos brinda en grandes cantidades el gas?”¹⁰⁴⁰

Por otro lado, se trataba de un pueblo diverso en su composición étnica pero unitario en su bolivianidad, como clamaba Evo Morales en el último evento de campaña en Cochabamba: “Juntos, cambas, chapacos [habitantes de Tarija] y collas, para construir una sola nación”¹⁰⁴¹. Lo mismo demuestra la presencia asidua de la “patria” en las declaraciones públicas de la jerarquía masista¹⁰⁴². El 13 de diciembre, ante los máximos oficiales de las Fuerzas Armadas, Evo respondió de la siguiente manera a las acusaciones de Quiroga de que pretendía cambiar los colores de la bandera boliviana: “No es posible que personas que no han hecho el servicio militar se atrevan a hablar de la bandera a la que ustedes me enseñaron a respetar y a defender cuando era soldado.”¹⁰⁴³

En su apertura de campaña en La Paz, también subrayó la diversidad de sectores representados en el MAS, pero sin referirse a la identidad de cariz étnico: “Están acá los mineros, aquí están los compañeros rentistas. Están los compañeros campesinos, muchos dirigentes nacionales: es el estado mayor que va conducir a este movimiento político hasta que el pueblo triunfe”¹⁰⁴⁴. En la televisión, García Linera también reveló los “cinco magníficos”, cinco organizaciones aliadas del MAS que garantizarían la paz social y la gobernabilidad de su eventual gobierno. Entre ellas –los cooperativistas mineros, la FEJUVE de El Alto, la Central Obrera Regional también de El Alto, la Coordinadora del Agua de Cochabamba y las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba– no se encontraba ninguna organización basada en reclamos de cariz étnico¹⁰⁴⁵.

Parece entonces que los pueblos indígenas-origenarios no eran concebidos como un “sector” de la sociedad, como sí lo eran los campesinos, los mineros o los fabriles, sino como una identidad aglutinadora y común a todos ellos, un trazo de unión entre los social y políticamente excluidos. A

¹⁰³⁹ LT081205. También “Mandaré, obedeciendo al pueblo”, en la película *Cocalero*, de Alejandro Landes, 2007

¹⁰⁴⁰ *Ib.* Notemos que Villa Montes juntaba a un alto porcentaje de población urbanizada (68%) el segundo mayor índice de autoidentificación indígena-originaria del departamento de Tarija (23,6%). Cf. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Bolivia: Características Demográficas de la Población Indígena*, 2ª ed., La Paz, INE, 2005

¹⁰⁴¹ *Cierre de campaña MAS-IPSP, 15 de diciembre de 2005*

¹⁰⁴² Véase, entre otros: “Nuestra decisión no es política, sino patriótica”, Evo Morales, LT241105; “Dinosaurios destructores de la patria” y “camarilla de ladrones vendepatrias”, epítetos de García Linera a Jorge Quiroga y sus colaboradores, LT111205; y otra vez el candidato a la vicepresidencia, días después: “Enterraremos bajo tierra el infame neoliberalismo, el infame 21060, que tanto daño nos ha hecho como Patria, como trabajadores y como Nación”, LT161205

¹⁰⁴³ LT141205. El encuentro en solitario con los militares fue uno de los pocos foros a los que Morales accedió a concurrir, rechazando cualquier tipo de debate con los demás candidatos durante toda la campaña.

¹⁰⁴⁴ LT131005

¹⁰⁴⁵ Entrevista al programa *Postdata*, Cadena A, citada por LT091105

eso apuntan otras declaraciones de Evo, proferidas en Chimoré a finales de octubre: “Tenemos la gran oportunidad de gobernar nuestro país, gobernarnos nosotros mismos y vamos a gobernar el país junto a muchos sectores que están presentes (...) Estamos viviendo un momento histórico para todos los llamados cocaleros, campesinos, indios aymaras y quechuas, dueños de la tierra que es Bolivia”¹⁰⁴⁶.

El hecho de que haya sido Álvaro García Linera –el compañero de papeleta que supuestamente el MAS había elegido para convencer a las clases medias urbanas– la figura del partido que más se explayó sobre el carácter indígena del movimiento político corrobora la tesis, expuesta en el apartado anterior, según la cual la promoción de un marco étnico-cultural acabó teniendo una influencia tanto o más significativa sobre los barrios urbanos acomodados y sectores periurbanos provenientes de la inmigración rural que sobre las poblaciones rurales mayoritariamente indígenas y cercanas a la vivencia cotidiana de esa identidad. El estatuto intelectual del futuro vicepresidente y su credibilidad teórica como sociólogo contribuyeron a otorgar a los planos de gobierno del MAS un aura de unión nacional que un discurso tradicional de base clasista no hubiera podido construir¹⁰⁴⁷. Su postura étnicamente integracionista (aunque por una integración a contracorriente, alejándose del etnocentrismo occidental) lo llevaba incluso a él, hijo de la burguesía cochabambina blanca, a incluirse en el bando de los despreciados por la Historia: “Hermanos y hermanas, nuestro país ha sido usurpado, ha sido pisoteado. Nos han robado todo (...) Nos han maltratado. Han querido que nos sintamos menos.”¹⁰⁴⁸

García Linera fue a veces explícito en esa necesidad de cruzar puentes: “Creo que ha llegado ese gran momento que es combinar campo y ciudad, indígena y no indígena, conocimiento académico y conocimiento práctico, habilidad organizativa y habilidad discursiva.”¹⁰⁴⁹ En términos electorales –no olvidemos que esa acaba por ser la principal función de los marcos políticos de un partido, la persuasión del votante– tal hecho puede representar la distancia entre la mayoría absoluta que el MAS logró en diciembre de 2005 y un proyecto duraderamente entorpecido por fracturas identitarias, fuesen ellas reales o imaginarias. Los partícipes del 53% de Evo Morales constituyeron la primera piedra del nuevo edificio hegemónico que el instrumento político siguió construyendo en sus sucesivos mandatos. Regresaremos a la noción de hegemonía en las conclusiones generales de la tesis.

Por otra parte, dicha propuesta del MAS de redefinición de la identidad nacional con una base

¹⁰⁴⁶ *Proclamación de Evo Morales en Chimoré, 29 de octubre de 2005*, archivo de Chajra Runaj Masis

¹⁰⁴⁷ El 13 de noviembre, la candidata a la vicepresidencia por Podemos, María Renée Duchén acusó el MAS de dividir al país: “La opción del MAS y Evo Morales que representa el riesgo de la violencia, la división y la inviabilidad externa del país.” Juan del Granado, alcalde de La Paz y aliado del MAS, vio en esas declaraciones una “estrategia para amedrentar a la clase media y a los profesionales”. Y García Linera completó, dirigiéndose a esa misma clase media: “Podemos teme que los indígenas tomen el poder, a través de las urnas y la democracia”, LT141105

¹⁰⁴⁸ *Proclamación de Evo Morales y Álvaro García Linera en Chimoré, 29 de octubre de 2005*, archivos de Chajra Runaj Masis

¹⁰⁴⁹ LT121205

étnico-nacionalista fue construida como una narrativa ambigua, abierta a interpretaciones múltiples y flexibles y por lo tanto muy incluyente. Una imagen de una cena del binomio Morales y Linera con empresarios cochabambinos en un hotel de lujo de Cochabamba ilustra este fenómeno: Evo con su habitual polo, sentado al lado de un Álvaro cómodo en un hábitat familiar, rodeados por azafatas de tez blanca ataviadas con un ajustado y llamativo vestido con el estampado de la wiphala¹⁰⁵⁰.

Esta misma extensión ilimitada de la pertenencia indígena y su creciente superposición con la noción de bolivianidad es visible en la reivindicación de la identidad étnica de los colonizadores cocaleros del Chapare, en su mayoría migrantes quechuas del Altiplano, estudiada por Grisaffi¹⁰⁵¹. La redefinición y autoatribución étnico-cultural generalizada indicia el surgimiento de un “nuevo lenguaje de la identidad política nacional”¹⁰⁵², un nuevo idioma de la bolivianidad que destiñó, aunque con distintos matices, hacia la población y fue adoptado por el conjunto de la ciudadanía, tanto por los grupos antes organizados bajo una forma clasista como incluso por los sectores opositores.

Un indicio de esa difusión de los principios de una identidad pluricultural asentada en los valores compartidos de una imprecisa cosmovisión indígena puede ser encontrado en las encuestas sobre identidad en la sociedad boliviana. Entre el Censo Nacional realizado por el INE en 2001 y la Auditoría de la Democracia conducida para el Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP) por la Vanderbilt University en 2004, los resultados relativos a la pregunta de autoidentificación étnica apuntan a una creciente indigenización de las identidades, ya que las respuestas positivas aumentan de 62% a 74% en tres años¹⁰⁵³. Incluso cuando se incluye la opción “mestizo”, preferida por más de 60% de los participantes en la encuesta de LAPOP, se verifica la misma tendencia creciente en los índices de autoidentificación indígena originaria¹⁰⁵⁴.

Como complemento a la dicotomía populista socioeconómica que pervivía en sus marcos de referencia, el MAS propuso gradualmente un panindigenismo que acabó desplazando el centro de gravedad de la identidad nacional hacia las culturas originarias, sin con todo definir de manera estricta los contornos de esa nueva pertenencia. Si la dicotomía socioeconómica, predominante en una primera fase, sirvió para cosechar apoyo en las capas más desfavorecidas de la población, sobre todo

¹⁰⁵⁰ LT251105 (véase Anexo de imágenes, nº9). Las mismas azafatas estarían también presentes en el cierre de campaña en el Estadio Félix Capriles.

¹⁰⁵¹ GRISAFFI, Thomas: “We Are Originarios... 'We Just Aren't from Here' (...)”, *op.cit.*

¹⁰⁵² CANESSA, Andrew: “Todos somos indígenas (...)”, *op.cit.*

¹⁰⁵³ Los resultados de los censos nacionales están disponibles en <http://censosbolivia.ine.gob.bo/>. Para la encuesta de LAPOP, véase SELIGSON, Mitchell; MORENO MORALES, Daniel y SCHWARZ BLUM, Vivian: *Auditoría de la Democracia: Informe Bolivia 2004*, La Paz, USAID-LAPOP, 2004, pág.42. El informe de 2006 corrobora esta tendencia, cf. SELIGSON, Mitchell y otros, *Auditoría de la Democracia. Informe Bolivia 2006* (...), pp.14-15

¹⁰⁵⁴ 11% en 2002, 16% en 2004 y 19% en 2006, datos de SELIGSON, Mitchell y otros, *Auditoría de la Democracia. Informe Bolivia 2006* (...), pág.17. Comentando los resultados de la encuesta de 2004 (pp.49-50), los autores escriben lo siguiente: “Llama fuertemente la atención que, en contra de lo que usualmente se supone, el sentido de pertenencia a culturas particulares incrementa el nivel de identificación con la comunidad nacional”, sobre todo entre los quechuas.

en las zonas rurales, la consolidación de un discurso de corte panindigenista permitió al partido lanzarse a la conquista de los núcleos urbanos y los departamentos orientales. El MAS logró así desactivar el espectro de una ruptura étnica incomprendida por los sectores urbanos del Altiplano y valles centrales y temida por el regionalismo camba de Oriente. No sólo el material documental que aquí presentamos apunta en este sentido; también la geografía electoral posterior a 2005 confirma esta hipótesis. En efecto, fue a partir de la implementación del proyecto de Estado plurinacional cuando el MAS logró definitivamente expandirse hacia las ciudades y las clases medias, incluso a veces a costas de una disminución de popularidad en sus primeras zonas de implantación¹⁰⁵⁵.

En este caso, nos encontramos con una variación idiosincrásica de la construcción arquetípica del pueblo en la teoría populista, delineada por Laclau y puesta en práctica por Hugo Chávez en Venezuela¹⁰⁵⁶. Evo Morales y sus compañeros de ruta prefirieron elegir un camino discursivo y una práctica política que incorporara al tren de la identidad popular a quien quisiera subirse. Un camino especialmente destinado a aquellos que, por su posición privilegiada o su alejamiento de los orígenes rurales e indígenas, más podían recelar de un ambiente de polarización étnica de la política y de la convivencia social. Como sostenemos en otro foro:

“El desafío de la pluralidad cultural parece así ser acompañado por un reajuste hacia una 'neutralidad indígena': la diversidad es hoy planteada desde el punto de vista de lo indígena, que se ha convertido en la nueva referencia normativa (...) ¿Quién se atrevería a atacar frontalmente lo que representa actualmente lo indígena en Bolivia? Este ha fusionado con la nación, y reemplazado la obsoleta idea liberal de homogeneización a través del mestizaje. ¿Se ha convertido el indígena en el nuevo mestizo?”¹⁰⁵⁷

Por otro lado, las distintas etapas del análisis antes realizado nos permitieron identificar otra diferencia importante entre la práctica política del MAS y la definición modélica de la lógica populista tal y como la caracterizó Laclau, que en América Latina encarnó de modo ejemplar –según el consenso académico– en Juan Perón. En *La Razón Populista*, Laclau cita a menudo el peronismo como uno de los movimientos políticos que más desarrolló esa “manera de construir lo político”¹⁰⁵⁸ a la que él denominó populismo.

El discurso del MAS en su período opositor comparte varias características con el peronismo durante y después de la presidencia del general, como por ejemplo la importancia de la inclusión política y la fortaleza de la sociedad civil. Pero, al contrario de la experiencia peronista, el MAS no

¹⁰⁵⁵ Para el período entre 2002 y 2008, véase OVIEDO OBARRIO, Fernando: “Evo Morales and the Altiplano (...)”, *op.cit.*. Los datos del Organismo Plurinacional Electoral sobre las elecciones posteriores confirman esa tendencia.

¹⁰⁵⁶ LACLAU, Ernesto: “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, n°205, pp.56-61

¹⁰⁵⁷ GOMES, David: “Le peuple elliptique: (...)”, *op.cit.*

¹⁰⁵⁸ LACLAU, Ernesto: *La raison populiste* (...), pág.11

tardó en aceptar las reglas de la democracia representativa (pese a contar con una enorme capacidad de movilización social) y decidió aprovecharse de las aperturas que el sistema proporcionaba. Mientras Perón y sus allegados resaltaban que “el peronismo [era] un movimiento nacional comprometido con la democracia real y no un partido político preocupado con la democracia formal”¹⁰⁵⁹, los compañeros de Evo Morales, por convicción o estrategia política, rechazaron la vía insurreccional, apostando decididamente por la legalidad constitucional e institucionalizando de modo gradual la estructura partidaria, algo desde siempre evitado por el peronismo.

¹⁰⁵⁹ McGUIRE, James: *Peronism without Perón. Unions, Parties, and Democracy in Argentina*, Stanford, Stanford University Press, 1997, pág.1

Conclusiones

A modo de conclusión, nos permitimos comenzar con una última reflexión teórica. Somos conscientes de que, a semejanza de lo que sucede en la historia de las mentalidades, también en la sociología política las reglas de la prueba y del error pueden sufrir de cierta fragilidad. Es posible que el peso creciente del MAS en el tablero político y sus éxitos en las urnas se hayan realizado *a pesar* de los esfuerzos de enmarcamiento que aquí describimos, y no *gracias* a ellos.

Es posible, ciertamente, pero no probable. Porque creemos que ha quedado demostrada la existencia de un vínculo con cierto grado de causalidad entre, por un lado, la construcción por el MAS de unos marcos de referencia políticos y su extensión al resto de la sociedad por intermedio de operaciones de enmarcamiento y, por otro, un cambio significativo en las expectativas de los sectores populares e incluso de las capas medias de la población. Por supuesto, el trabajo de significación llevado a cabo por Evo Morales y sus correligionarios no fue la única causa del rechazo generalizado al sistema político, al modelo económico y al entramado constitucional republicano. Pero el MAS, al tiempo que representaba la voz de los grupos contestatarios en el seno de las instituciones y establecía puentes entre las organizaciones sociales en las calles, tuvo la capacidad de potenciar a través de su discurso un paradigma hegemónico alternativo al cuestionado neoliberalismo democrático.

La caída del régimen político vigente desde 1985 y el ascenso del MAS-IPSP han sido considerados por diversos autores como el resultado de una doble crisis hegemónica. Por un lado, el rechazo de las orientaciones neoliberales y del sistema de partidos tradicional representó el cuestionamiento de los principios del liberalismo político y del sentido común neoliberal. Pero, por otro, la crisis poseería una segunda vertiente de cariz histórico, derivada de la “memoria larga”: esta inscribía los movimientos de contestación contemporáneos en una historia secular de contestación estructural por parte de las poblaciones indígenas contra la dominación colonial, antes y después de la independencia. De acuerdo con esta lógica, el ciclo de movilización del primer lustro del siglo XXI debe ser considerado como la continuación lógica de la luchas indígenas desde 1780, año de la primera gran rebelión de los pueblos andinos¹⁰⁶⁰. Incluso Sven Harten, en su meritorio y reciente libro, argumenta que el MAS formaba parte de una estrategia política de largo plazo que buscaba dar respuesta a una querella también de largo recorrido, “la exclusión de los pueblos indígenas”¹⁰⁶¹.

¹⁰⁶⁰ Inspirada por las reflexiones de Fausto Reinaga y Silvia Rivera, sobre todo en su libro '*Oprimidos pero no vencidos*' (...), esta teoría fue retomada entre otros por Xavier Albó, Forrest Hylton y Sinclair Thomson y Raúl Prada, en sus obras ya citadas. Además, la idea de una continuidad histórica de la resistencia de fondo étnico ha calado en mayor o menor medida en muchos otros autores, como el propio García Linera.

¹⁰⁶¹ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pág.93

Algunos intelectuales hicieron explícita esa vinculación intemporal, como demuestra el caso de Félix Patzi, para quien el año 2000 fue el inicio del “tercer momento histórico de la rebelión indígena después de Katari en 1780 y Willka en 1899”¹⁰⁶². Para Patzi, a partir de ese año “los movimientos sociales como acción colectiva se redujeron a los indígenas”¹⁰⁶³. Y añadía, en un ejercicio de psicoanálisis conjetural bastante común para hablar de la reacción de las clases medias urbanas a los bloqueos de La Paz:

“Octubre [de 2003] para los blancos significó la recuperación de la memoria colectiva del cerco llevado por Tupak Katari en 1780, que duró tres meses (...) De igual manera en octubre los vecinos de Calacoto y Obrajes [barrios de la acomodada Zona Sur] se vieron seriamente amenazados por la revuelta indígena. Nadie podría haber creído que en el siglo XXI la lucha de razas podría haber continuado (...)”¹⁰⁶⁴

Los hallazgos de la presente tesis cuestionan esta teoría, que creemos más cercana a la especulación histórica que a la sociología política. A menos que consideremos la identidad indígena como un hecho tan genéticamente arraigado en la mayoría de la población boliviana que su potencial político se encuentra siempre presente sin necesidad de ser nombrado, la comprobación que aquí realizamos de la relativa secundarización del marco étnico en el discurso del victorioso MAS apunta a algo que, a fin de cuentas, parece casi evidente: por una parte, que las identidades viven en una reconstrucción permanente, son el resultado contingente de un proceso retórico e interpretativo¹⁰⁶⁵; por otra, que su capacidad movilizadora depende tanto del contexto político y cultural de la época en cuestión como de las estrategias discursivas de los distintos actores participantes en el debate público. Además, su activación como factor movilizador en términos electorales no puede ser desconectada de la coexistencia de otros tipos de identidad más resonantes, como la clasista, que sociológicamente se entrecruza con la pertenencia indígena, o la identidad nacional, que recubre ambas.

Por lo tanto, sería anacrónico y anticientífico –aunque reconozcamos que literariamente se trata de una idea sugestiva– seguir alimentando la noción de que, entre finales del siglo XVIII y comienzos del XXI, pervivió una identidad aymara y quechua inmutable, agazapada en la Historia y aguardando el mejor momento para demostrar su sed de libertad, que logró ser la protagonista del cambio político de 2005. Todo esto pese a que el discurso del partido responsable por dicho cambio indique más bien lo contrario. A este propósito, Fernando Mayorga escribió en 2008 un párrafo con el que coincidimos. Tras subrayar la importancia del escenario institucional de la política y de las interacciones con otros actores sociopolíticos para la mayoría absoluta del MAS, el politólogo advertía:

¹⁰⁶² PATZI, Félix: “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía (...)”, pág.260

¹⁰⁶³ *Id.*, pág.191

¹⁰⁶⁴ *Id.*, pp.251-252

¹⁰⁶⁵ BAUMAN, Richard: “Language, Identity, Performance”, *Pragmatics*, vol.10, n°1, 2000, pág.1

“Incido en estas circunstancias para desechar explicaciones teleológicas tan en boga hoy en día y que pretenden explicar la supremacía del MAS y el devenir del 'proceso de cambio' como el desenvolvimiento de una energía indígena que avanza de manera incontenible, independientemente del marco institucional de la política o de las interacciones con otros actores políticos y sociales.”¹⁰⁶⁶

La principal conclusión que sacamos del análisis de los marcos de referencia políticos del MAS-IPSP y de sus dispositivos de enmarcamiento consiste en la primacía del marco económico-clasista y en la subordinación de los restantes marcos a su lógica interpretativa de la realidad social y política boliviana.

Resulta por eso irónico que hayan sido muchas las ocasiones en las que los adversarios del instrumento político campesino criticaron el préstamo de la sigla Movimiento Al Socialismo por esta vieja formación partidaria provenir de una corriente falangista. Porque, fijándonos sólo en la denominación, su adopción acabó por revelarse una coincidencia acertada. Si en el ámbito latinoamericano contemporáneo colocamos la experiencia chilena de la Unidad Popular en el extremo socialista de la ecuación y el MIP de Felipe Quispe en el extremo indianista, es razonable concluir que el MAS se situó durante su período opositor más cerca del primer término de comparación. No sólo en términos de programa político, sino también en la manera de percibir la realidad social del país y de proponer un sujeto colectivo basado en una identidad común, reflejándose ambas cosas en –y operando desde– los marcos de referencia que aquí caracterizamos. Por este motivo, y aun teniendo en cuenta las idiosincrasias de su trayectoria hasta finales de 2005, creemos pertinente inscribir al MAS en el linaje de la izquierda latinoamericana clásica, más próximo a un Partido de los Trabajadores (PT) brasileño que a una Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y su vehículo partidario, Pachakutik.

No obstante, más allá de varios puntos comunes –como el peso de la fractura clasista y la demanda por el restablecimiento de la soberanía nacional–, la diferencia entre ambas experiencias radicaría en que, para el socialismo de los años 70, el pueblo como esencia de la nación encontraba su representación metonímica en el proletariado, mientras que en el discurso del MAS la identidad nacional se fue cristalizando alrededor de una pertenencia indígena mucho más difusa y subjetiva. Precisamente por esa subjetividad implícita en su noción de la identidad indígena, no creemos que Evo Morales y sus compañeros de ruta hayan incurrido en una politización de los clivajes étnicos. Existía esa opción en el espectro político-partidario boliviano y fue rechazada por todos los sectores, incluyendo los aymaras del Altiplano más marcados por la tradición katarista.

¹⁰⁶⁶ MAYORGA, Fernando: “Prólogo” en ZUAZO, Moira: *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia*, 2ª edición, La Paz, Fundación Ebert, 2009, pág.17

Por el contrario, la innegable entrada de lo étnico en la política y en la identidad nacional-popular promovida por el MAS (aprovechando, eso sí, un impulso iniciado por otros¹⁰⁶⁷) contribuyó a la formulación de un posnacionalismo de base incluyente, que reemplazaba la ficción nacional republicana desmentida cotidianamente por las desigualdades sociales y ofrecía la referencia indígena como posible identidad refugio común. Así, los indígenas no funcionarían tanto como la “vanguardia del pueblo” en el sentido marxista-leninista del término, sino más bien como un cimiento colectivo y una reserva moral accesible a todos. Hacemos nuestras las palabras del antropólogo Robert Albro, cuando afirmaba en 2005 que el MAS “promovió el hecho social contemporáneo de una herencia indígena común a los sectores populares bolivianos como un punto de convergencia en respuesta al agotamiento del estado neoliberal moderno.”¹⁰⁶⁸

Desde el punto de vista electoral, lo llamativo en el caso del MAS es que su tardía y parcial inclinación indígena, materializada en el discurso del menos indígena de sus candidatos, Álvaro García Linera, parece haber contribuido a la extensión de su poder de atracción más allá de su electorado natural –el pequeño campesinado del Altiplano y de los valles centrales– hacia aquellos grupos que menos relación parecían guardar con las prácticas y los valores culturales andino-amazónicos. Recordemos que en 2002, de las 51 provincias ganadas por el MAS, sólo cinco tenían una matriz urbana, mientras que buena parte de las demás eran abrumadoramente rurales¹⁰⁶⁹.

En cambio, las elecciones de 2005 asistieron a un aumento exponencial del voto masista en las capitales departamentales, en torno a 30 puntos porcentuales en las capitales del Occidente y a 20 puntos en la Media Luna. Del total de 1.544.374 votos obtenidos por el MAS a nivel nacional, 902.161 (58,4%) provinieron de las nueve capitales departamentales y sus zonas aledañas¹⁰⁷⁰. Del casi un millón de votos ganados por el partido entre 2002 y 2005, 622 mil salieron de los núcleos urbanos de las capitales departamentales.

Las conclusiones obtenidas a partir del material documental nos llevaron a plantear una hipótesis novedosa para explicar la relación entre, por un lado, el éxito electoral del MAS y su sorprendente

¹⁰⁶⁷ Mucho se ha escrito sobre el contraste entre, por un lado, el esencialismo excluyente del indianismo katarista personificado por Felipe Quispe y, por otro, el proyecto nacional-popular de inspiración pluricultural conceptualizado por el MAS. Sin embargo, habría que otorgar un papel más relevante a la función rompedora del katarismo radical aymara en la politización de las identidades étnicas y a su influencia sobre ciertos componentes de la reflexión sobre la problemática étnica llevada a cabo por el instrumento político campesino. En efecto, sobre todo durante la fase en que todavía disputaba el protagonismo con Felipe Quispe y “su” CSUTCB (aproximadamente hasta 2002), el MAS recogió varios elementos antes difundidos en el debate público por el indianismo altiplánico, aunque atribuyéndoles un significado propio. Cf. BURMAN, Anders: *Descolonización aymara: ritualidad y política (2006-2010)*, La Paz, Plural, 2011, pág.61

¹⁰⁶⁸ ALBRO, Robert: “The Indigenous in the Plural in Bolivian Oppositional Politics”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.24, n°4, 2005, pág.449

¹⁰⁶⁹ 48 de esas 51 provincias se situaban en los departamentos occidentales, las tres restantes en Santa Cruz. Datos cruzados del *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)*, pp.237-297 y del Censo 2001 elaborado por el INE.

¹⁰⁷⁰ Las unidades de análisis son las provincias, que incluyen las capitales departamentales y, en varios departamentos, uno o más municipios suburbanos adyacentes. Se debe tener en cuenta que la provincia Murillo, en La Paz, engloba a la capital y a El Alto, binomio que en 2005 concentró el 24% del total de votos emitidos en el país.

progreso en las esferas urbanas y, por otro, la gradual introducción de un componente indígena en sus planteamientos sociales, económicos e institucionales. Así, consideramos factible que las características de la relativa etnificación del discurso del partido, de su líder y de su enmarcamiento de la realidad boliviana (mucho más que de sus demandas concretas) posibilitaron contornar el recelo de un hipotético enfrentamiento de clases temido por los sectores urbanos acaudalados –incluyendo las poblaciones orientales con sus propias especificidades regionales–, aquellos que precisamente se consideraban mestizos sin haberse demorado mucho en dilemas identitarios.

Pero también contribuyó a persuadir a aquellos a quien Silvia Rivera llama, con cierto tono despectivo, “los productores mercantiles modernos incubados a la sombra del capitalismo estatal y privado”¹⁰⁷¹, muchos de ellos emigrantes rurales instalados dentro y en la periferia de las principales urbes, hijos de la informalidad neoliberal. Nuevos representantes de la indigeneidad urbana (en 2001, la mayoría de los individuos que se reconocían como indígenas-originarios ya vivían en ciudades) que asumían una identidad fluida y maleable, a mitad de camino entre sus orígenes culturales rurales y el mestizaje urbano. Como revelaba una encuesta de 2006, realizada en las nueve capitales departamentales más El Alto, cerca del 70% de los autoidentificados como pertenecientes a un pueblo indígena (65,5% del total de encuestados) se consideraban también mestizos, y el 8,5% se veían simultáneamente como quechuas y blancos¹⁰⁷². Estos datos parecen indicar una creciente desvinculación entre identificación racial y pertenencia cultural, que el nacionalismo *sui generis* del MAS supo explotar gracias a la flexibilidad de sus categorías identitarias y sobre todo del carácter abarcador de su propuesta de sujeto político colectivo.

Como es obvio, no pretendemos afirmar que el extraordinario crecimiento electoral verificado entre 2002 y 2005 se deba sólo a la adhesión de los medios urbanos occidentales y de ciertas franjas del electorado en los departamentos orientales, ni que esa adhesión se explique exclusivamente por una mayor presencia del argumentario étnico en las maniobras de enmarcamiento del MAS. Pero la relativa prosperidad de las grandes ciudades en comparación con las zonas rurales deprimidas reducía el posible alcance del marco económico-clasista sobre los votantes urbanos. ¿Qué motivación podían tener los habitantes de ciertos barrios de la Zona Sur de La Paz para votar por Evo Morales y sus candidatos al Parlamento? Y, sin embargo, en 2005 el MAS venció con comodidad en el conjunto de las quince circunscripciones uninominales del departamento¹⁰⁷³.

Basándonos en los indicios disponibles, nos arriesgamos a afirmar que el enmarcamiento étnico,

¹⁰⁷¹ RIVERA, Silvia: “Enseñanzas de la insurgencia étnica en Bolivia” en ESPASANDÍN LÓPEZ, Jesús e IGLESIAS TURRIÓN, Pablo (coords.), *op.cit.*, pág.111

¹⁰⁷² UNIR: *Encuesta nacional Diversidad cultural hoy*, La Paz, Fundación UNIR Bolivia, 2006, pág.4

¹⁰⁷³ Tan sólo en un caso, la circunscripción 9 (que engloba barrios pudientes como Obrajes, Achumani o San Miguel), el MAS no tuvo más votos que el segundo y tercer partidos juntos. Véase TSE; PNUD Bolivia e IDEA: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)*, pág.316

bajo las formas que antes describimos, desempeñó un papel importante para la aceptación del MAS por las categorías socioeconómicas medianas y superiores. Por otro lado, es plausible que sus posiciones sobre la necesidad de una profunda reforma institucional, dentro de la legalidad constitucional, y de recuperación de la soberanía política plena también hayan contribuido a incrementar la adhesión de esos estratos económicamente asentados en la cúspide de la pirámide social boliviana.

Hay que señalar, no obstante, que este benigno integracionismo al revés, de lo mestizo-occidental hacia lo étnico-ancestral, no constituyó el único método empleado por el MAS para sugerir que su victoria no supondría para las clases medias y superiores un país de vencedores y vencidos. En varias ocasiones, Evo Morales y sus correligionarios dirigieron al electorado mensajes de reconciliación nacional, antes e incluso después del voto. En el primer caso, recordemos la frase de García Linera en el cierre de campaña de 2005, cuando decía: “Nadie tiene que tenerle miedo a nuestro gobierno”. Al día siguiente de la victoria, el presidente electo reafirmaba: “El MAS jamás extorsiona ni extorsionará a los empresarios que quieran invertir en nuestro país, jamás se vengará con gente que ha hecho daño al país.”¹⁰⁷⁴ Regresemos, una vez más, al material documental, en este caso al rico discurso de Evo Morales en su cierre de campaña, proferido en Cochabamba a 15 de diciembre de 2005:

“Convoco a todos los sectores, no sólo a los que nos siguen desde siempre, que son las clases empobrecidas y marginadas, sino a toda la población que cree en un país en el que la inclusión y la igualdad estén presentes.”¹⁰⁷⁵

Además de la utilización, una vez más, de una categorización clasista de su más fiel base de apoyo, lo que resalta es el mensaje de unidad dirigido a aquellos nuevos electores que se aprestaban a darle la mayoría absoluta. De acuerdo con esta lógica de apertura, adversarios colectivos internos como la “oligarquía” parecen funcionar a modo de un concepto arquetípico que luego no se aplicaba individualmente a cada uno de los posibles votantes de la burguesía urbana, y mucho menos recurriendo a calificativos raciales, como el habitual “q'ara” (apodo peyorativo para “blanco”) empleado por el katarismo indianista. En diez años de registros, verificamos que Evo Morales pronuncia dicho epíteto delante de un público en una sola ocasión.

A lo largo de la presente investigación, insistimos varias veces en el papel de la circulación de significados y de los enfrentamientos entre marcos de referencia que oponían los distintos actores de la vida política. En otras páginas, destacamos también que los sucesivos gobiernos de Banzer, Quiroga

¹⁰⁷⁴ LR191205

¹⁰⁷⁵ LR161205

y Sánchez de Lozada, así como los tres partidos centrales de la democracia pactada, cometieron un error para su propia supervivencia a largo plazo al acusar al MAS de orquestar movilizaciones sociales con las cuales el instrumento político tenía poco o nada que ver. Haciéndolo, contribuyeron a reforzar la función articuladora que el MAS fue conquistando entre la heterogeneidad de organizaciones populares y que se reveló fundamental para que presentara ante los electores como el representante legítimo de las aspiraciones del movimiento contestatario en las instituciones formales.

Sin embargo, los elementos empleados por los adversarios del MAS en la arena pública no asumieron en ningún momento un contraenmarcamiento de tipo étnico o identitario que permitiese al MAS presumir de su condición de partido indígena y enmarcar sus demandas bajo una trama étnico-cultural. La defensa de lo “mestizo”, por ejemplo, no fue alzada como bandera por los partidos habitualmente preferidos por las clases medias urbanas, como el MNR o ADN. Como mucho, se hacían llamamientos al sentido patriótico de los bolivianos para evitar los conflictos, en la senda del famoso “La patria se nos muere” de Paz Estenssoro en 1985. Por este motivo, la confrontación verbal e interpretativa directa con el campo de los antagonistas no resultó en una exacerbación del marco indígena en el campo masista.

En la campaña de 2002, el futuro vencedor y acérrimo enemigo del MAS Gonzalo Sánchez de Lozada decidió concentrar su poder de fuego propagandístico alrededor de la idea de “crisis”, evocando el estancamiento económico de los años Banzer-Quiroga pero también los reiterados conflictos sociales. Esta opción despejó el camino para el ascenso del MAS, el único de los principales candidatos asumidamente antineoliberal y sin antecedentes de pactos políticos. Aprovechando la alameda abierta por “Goni”, la campaña de Evo Morales adoptó el cambio de modelo económico como uno de los mensajes centrales de su campaña, estableciendo un marco sin apenas propiedades étnicas: ni en el diagnóstico de la situación nacional, las soluciones propuestas o las causas elegidas para motivar los militantes y electores; ni tampoco en la selección de los protagonistas del cambio o de sus antagonistas. El caso de la coca es en ese sentido ejemplar.

Como referíamos en el arranque de esta tesis, son pocos los textos académicos sobre el movimiento cocalero en que la hoja de la coca no sea inmediatamente etiquetada como “hoja sagrada”. Por extensión, la resistencia de las Seis Federaciones a los programas de erradicación ha sido a menudo presentada como un episodio más del enfrentamiento anticolonial. Harten, por ejemplo, sostiene que para los cocaleros del Trópico en la vuelta del siglo “la 'guerra contra las drogas' era parte de una jerarquía étnica oculta detrás de la fachada de instituciones democráticas.”¹⁰⁷⁶ Sin embargo, el análisis atento del corpus documental demuestra que, hasta 2005, no hay señales de un cambio significativo en la carga semántica de la hoja de coca hacia un contenido étnico. Es más: parecería que, en sus

¹⁰⁷⁶ HARTEN, Sven, *op.cit.*, pág.110

intervenciones destinadas al público nacional, los dirigentes del instrumento político hicieron un esfuerzo deliberado por alejarse de su temática inicial, en la cual se sentían menos cómodos que en el terreno soberanista o económico.

Un dato muy revelador es el hecho de que, tanto en el acto de proclamación de su candidatura en La Paz en marzo de 2002 como en el mitin de cierre de campaña en Cochabamba en 2005, pasando por la proclamación de octubre de ese año en Chimoré, en el corazón del sindicalismo cocalero, Evo Morales no haya mencionado la coca ni una sola vez. Pero incluso en otros momentos en que la problemática de la hoja sí fue abordada, el análisis de los esfuerzos de enmarcamiento del MAS y de sus representantes en los sindicatos cocaleros apuntan hacia la primacía de un marco económico, complementado por un marco antiimperialista dirigido contra la injerencia norteamericana. Teniendo en cuenta el total de las referencias a la erradicación y a la importancia de la hoja de coca para los campesinos del Chapare, la cuestión fue rara vez enmarcada desde una perspectiva étnica, tanto en el discurso dirigido a los productores de coca como a la opinión pública nacional.

En resumen, pese a los contados intentos para acercar la hoja de coca a un símbolo de la discriminación secular de las culturas originarias, los datos empíricos nos han demostrado que la principal diferencia entre la hoja de coca y los demás productos residía en su rentabilidad. Recordemos que, a finales del año 2000, Evo justificaba la resistencia de los sindicatos a la erradicación diciendo que “los cocaleros han luchado (...) por su estómago al defender su derecho a sembrar coca”¹⁰⁷⁷. Cinco años después, esa seguía siendo su principal preocupación, un estómago que no reclamaba una identidad étnica particular. La mayoría de las veces, el sindicalismo cocalero se mostró incluso dispuesto a abandonar sus cultivos y dedicarse al llamado “desarrollo alternativo” si se les garantizaba ingresos similares, algo que nunca sucedió. Estamos lejos de la retórica de un Evo Morales “militantemente indígena”¹⁰⁷⁸, al menos hasta su victoria de 2005.

En las primeras páginas del presente estudio, referimos que varios autores habían reconocido la progresiva emergencia de un nuevo sistema de representaciones, el reemplazo del paradigma neoliberal por una hegemonía cultural de nuevo cuño, fomentada desde las calles por el ciclo de movilización general y cristalizada políticamente en el Movimiento Al Socialismo. Pero ¿cómo pudo el instrumento político participar de este cambio ahora que lo hemos separado de sus credenciales de partido indígena y hemos reducido el componente étnico a un papel si no accesorio, al menos secundario o complementario? Nuestra opinión es que sí pudo, y a través de un abanico de procedimientos más diversificado que la teoría algo reductora del resurgimiento indígena.

Creemos que la contribución del MAS para el establecimiento de un nuevo paradigma hegemónico pasó por dos fases distintas, ambas patentes en los marcos de referencia de su discurso a lo largo del

¹⁰⁷⁷ LR031000

¹⁰⁷⁸ ALBÓ, Xavier: “Larga memoria de lo étnico en Bolivia, con temporales oscilaciones”, *op.cit.*, pág.33

decenio examinado. Recordemos que los marcos están especialmente bien posicionados para detectar esta evolución, al situarse en un nivel intermedio entre la práctica política y el mundo más vasto de las representaciones culturales, traduciendo las influencias recíprocas entre ambos extremos. En una primera etapa, desde una posición ambigua en la frontera entre la ambición de participación institucional y el vigor callejero, el partido campesino desempeñó un papel valioso en la deconstrucción de los valores centrales del neoliberalismo democrático, junto con otras organizaciones de la sociedad civil. Dicha fase culminó en las jornadas de octubre de 2003, que representaron el canto del cisne del régimen anterior y la caída en desgracia de varios presupuestos básicos del poder hasta entonces dominante.

Según el pensamiento de Laclau, algunas reivindicaciones o prácticas sociales son colocadas por el pensamiento hegemónico vigente fuera del ámbito de lo política, con el fin de descalificarlas¹⁰⁷⁹. El discurso populista consiste en aquello que ha sido puesto de parte de la política “convencional” y sólo ha podido expresarse a través de un rechazo generalizado, sea a la clase política, al modelo económico o a las presiones extranjeras, y que se predispone así a convertirse en el receptáculo de todos los reproches al sistema político, institucional o económico. Comentando un debate entre candidatos presidenciales en mayo de 2002, un periodista de *Los Tiempos* resumió a su manera esta idea, aplicándola a Evo Morales: “Es importante tenerlo en debate para que denuncie sin pelos en la lengua.”¹⁰⁸⁰ Ahí residió la principal función del MAS a lo largo de este primer período, constituyéndose paulatinamente como punto de articulación organizativa y de expresión política de las crecientes demandas de una sociedad civil efervescente a un Estado inoperante.

La segunda fase de la participación del MAS en el movimiento contrahegemónico ocurrió cuando ya contaba con una sólida presencia en el seno de las instituciones políticas y consistió en la irradiación en el dominio público de las representaciones culturales alternativas que fueron emergiendo durante la etapa anterior. Estas tenían implicaciones económicas (por ejemplo, el regreso del intervencionismo público), político-institucionales (la refundación del Estado o la democracia participativa) y sociales (combate activo a las desigualdades) y se consolidaron alrededor de dos demandas particulares que acabaron representando a las exigencias de todos los sectores de un terreno social heterogéneo: la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la nacionalización de los recursos naturales, en particular del gas.

Ya instalado en la vicepresidencia, Álvaro García Linera reflexionó sobre esa transición hegemónica, legal en lo institucional pero violenta en el ámbito de las ideas. Para él, la promulgación de la Nueva Constitución, en enero de 2009, constituía la respuesta histórica al momento considerado por él como fundador del neoliberalismo democrático, la fracasada huelga minera de septiembre de

¹⁰⁷⁹ LACLAU, Ernesto: *La raison populiste* (...), pág.82

¹⁰⁸⁰ LT230502

1986. Ambos momentos son denominados “puntos de bifurcación”, concepto que García Linera, declarado discípulo de Gramsci, define del siguiente modo:

“El punto de bifurcación es un momento en el cual una fuerza social o un bloque de fuerza asume el mando reconocido por los que aceptan obedecer, dando lugar a una nueva complacencia moral entre gobernantes y gobernados (...) En otras palabras, el punto de bifurcación es un momento en el cual la situación de todos se dirime con base en el puro despliegue de correlación de fuerzas sin mediación alguna: fuerzas materiales, simbólicas y económicas.”¹⁰⁸¹

De estas tres caras de la lucha hegemónica, nos interesa la segunda, la simbólica, aquella que se libra en el discurso político y en la cual consideremos que el MAS alcanzó mayor protagonismo y una clara victoria, a partir de la cual se ha posicionado como la formación predominante en el sistema de partidos. El desmontaje de la visión del mundo neoliberal –por llamarla como hacían los propios dirigentes masistas– fue alcanzado por Evo Morales y sus correligionarios gracias a una reinterpretación de las circunstancias históricas del país fundamentada en las contradicciones socioeconómicas del régimen en vigor. Además, supieron explotar los problemas de funcionamiento del sistema parlamentario y las prácticas corruptas de las élites políticas para proponer una solución participativa al déficit de representación que por entonces se había instalado. Por último, echaron mano del antiimperialismo enraizado en la tradición izquierdista latinoamericana para relacionar la pérdida de soberanía provocada por los programas de erradicación de la coca con la imposición foránea del modelo de libre mercado. Pero a todos estos factores debemos añadir un último elemento: la constitución discursiva de un pueblo –ese “pueblo” tantas veces citado en los fragmentos analizados– ante la ausencia de proyecto nacional común que había caracterizado las dos últimas décadas del siglo XX.

Uno de los objetivos fundamentales de nuestra investigación ha consistido en medir con más exactitud el peso del marco étnico en la estrategia discursiva del MAS, considerándolo como un resultado de una práctica discursiva y no como la consecuencia de una identidad previa de origen esencialista. Sin embargo, debemos reconocer que la reflexión sobre la función del componente indígena en la identidad boliviana ha constituido uno de los aportes más originales del movimiento campesino organizado y de sus intelectuales orgánicos en el terreno del enfrentamiento cultural entre proyectos hegemónicos. El MAS, como principal vehículo partidario del primero y polo de atracción para los segundos, acabó colaborando en dicha reflexión, una tendencia que se fue acentuando hacia el final del período estudiado y que sólo alcanzó su punto álgido después del ascenso de Evo Morales a la presidencia.

¹⁰⁸¹ GARCÍA LINERA, Álvaro: “El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación”, *op.cit.*, pág.525

Bajo su influjo político, en la oposición y ya en el poder, la cuestión indígena abandonó por fin el ámbito de la gestión de minorías a que había sido relegada para asumir su condición, justificada demográfica, cultural e históricamente, de cuestión nacional. Ernest Renan declaraba, en su texto clásico *¿Qué es una nación?*, que “la esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también en que todos hayan olvidado muchas cosas”¹⁰⁸². Pero, como demuestra el ejemplo boliviano, hay casos en que los individuos deciden acordarse de cosas mucho tiempo olvidadas para reformular la nación. Un ente renovado que desde luego no deja de ser ficcional, como todas las construcciones de identidades colectivas, pero que en la Bolivia del siglo XXI ya no se resumía a un vínculo jurídico compartido por ciudadanos estructuralmente desiguales, sino que hablaba en nombre de un sujeto popular dotado de un pasado, presente y futuro compartidos, unidos por una ancestralidad cultural reivindicada como sustrato emocional común.

Sin duda, este fenómeno se relaciona con el inédito incremento de la participación electoral y del propio número de inscritos en los comicios de 2005 y 2009¹⁰⁸³. El trabajo de significación realizado por el MAS, así como el más vasto cambio hegemónico que Bolivia vivió a comienzos de siglo, persuadieron al ciudadano electoralmente excluido de que la representación política era un asunto que le concernía de modo directo. Recordemos las palabras de Morales en Chimoré, a seis semanas de las elecciones: “Tenemos la oportunidad de gobernarnos a nosotros mismos”. De acuerdo con el nuevo imaginario de la nación planteado por el MAS, este “nosotros” no era un plural quechua aymara y guaraní, o al menos no exclusivamente, pero implicaba una revalorización de la participación de dichas poblaciones en el destino nacional, como parte de un pueblo del que constituirían de ahora en adelante la médula afectiva.

Así, no podemos sino estar de acuerdo con el punto de vista expresado por García Linera según el cual Bolivia asistió, en la secuencia de un proceso integrado en primera fila por el movimiento político campesino, a la suspensión (¿provisional o definitiva?) de un horizonte de subalternidad a que habían sido reducidas las mayorías históricamente apartadas de la construcción nacional, víctimas de la intersección entre discriminación de clase y de etnia. Como afirmaba Laclau, “la emergencia del 'pueblo' como actor histórico es siempre una transgresión con respecto al orden anterior [y] esta transgresión representa el surgimiento de un nuevo orden.”¹⁰⁸⁴ En este sentido, las circunstancias de la victoria de Evo Morales equivalieron para las poblaciones indígenas a un atestado de mayoría política que, sospechamos, traduce asimismo una liberación psicológica tras décadas, o incluso siglos, de exclusión ciudadana.

¹⁰⁸² RENAN, Ernest: *¿Qué es una nación?*, 2ª ed., Madrid, Sequitur, 2001, pág.39

¹⁰⁸³ La participación, en un régimen de voto obligatorio, subió de 72,1% en 2002 a 84,5% en 2005 y a 94,5% en 2009. Por su parte, los inscritos bajaron en 2005, debido a una gran depuración de las listas electorales, pero en 2009 aumentaron un 40%. Cf. TSE; PNUD Bolivia e IDEA: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I (...)*, pp.516-517

¹⁰⁸⁴ LACLAU, Ernesto: *La raison populiste (...)*, pág.265

Evo Morales no era –o no solamente– un hombre “pobre” y “marginado” que había salido de la miseria para promover, junto con sus compañeros sindicalistas campesinos, una versión boliviana de la revolución socialista, un objetivo que, dígame de paso, podría ser suficientemente atractivo por sí solo para las capas rurales empobrecidas, y de hecho lo había sido tres años antes, en 2002. El candidato del MAS era también el símbolo de la reappropriación del sentimiento nacional por un pueblo radicado en la herencia andino-amazónica. Como exhortaba el mismo Evo ante sus bases cocaleras, en septiembre de 2005:

“En vez de asustarnos (...), en vez de arrepentirnos o seguir llorando después de 500 años, hay que convertirse en una gran fiesta, hay que sentirse triunfadores.”¹⁰⁸⁵

¹⁰⁸⁵ RS240905

Fuentes

Los documentos relativos a la fundación de la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos, las conclusiones de congresos campesinos y de la sección departamental del instrumento político provienen de los archivos de la productora asociativa Chajra Runaj Masis, de Cochabamba.

Los Redactores de la Cámara de Diputados fueron consultados en la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional.

La consulta de los diarios *La Razón* y *Los Tiempos* se efectuó en la Hemeroteca de la Biblioteca Central Universitaria de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA), en La Paz, y en la Hemeroteca Municipal de La Paz.

Parte de los números del quincenal *El Juguete Rabioso* se encuentran disponibles en línea en <http://www.voltairenet.org/rubrique120021.html>. Además, las hemerotecas arriba referidas poseen la casi totalidad de los números publicados.

Las Declaraciones de Principios Ideológicos, los Programas de Gobierno y las actas de los Congresos nacionales del MAS provienen del expediente del partido en el Órgano Electoral Plurinacional – Tribunal Supremo Electoral, en La Paz.

Los números mencionados de los periódicos *Página 12*, *El Nuevo Día* y *El Diario* fueron localizados en la Red, en los archivos de las publicaciones u otras páginas de información.

A fin de facilitar futuras investigaciones sobre el mismo tema, la mayor parte de las fuentes recolectadas se encuentra disponible en libre acceso en el siguiente enlace en línea: <https://mega.nz/#F!HRkVHJQD>. Se incluyen los artículos de *La Razón* y *Los Tiempos*, los Redactores de la Cámara de Diputados, las grabaciones de los archivos de Radio Soberanía y los archivos en papel de Chajra Runaj Masis. Para más informaciones u otras fuentes, contactar al autor de estas líneas en davidmrgomes@yahoo.com.ar.

Bibliografía

- ALBÓ, Xavier: *Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú*, La Paz, CIPCA, 2009
- ALBÓ, Xavier: “Larga memoria de lo étnico en Bolivia, con temporales oscilaciones”, en CRABTREE, J. y otros, *Tensiones irresueltas: Bolivia, pasado y presente*, La Paz, Plural Editores, 2009, pp.19-40
- ALBÓ, Xavier: “Ciudadanía étnico-cultural en Bolivia” in ZEGADA, María Teresa, FARAH, Ivonne y ALBÓ, Xavier, *Ciudadanías en Bolivia*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2006, pp.137-256
- ALBÓ, Xavier: “222 años después: la convulsionada Bolivia multiétnica”, *Artículo Primero*, nº16, 2004, pp.39-67
- ALBÓ, Xavier: *Pueblos indios en la política*, La Paz, CIPCA, 2002
- ALBÓ, Xavier: *¿... Y de kataristas a mnristas?: la sorprendente y audaz alianza entre aymaras y neoliberales en Bolivia*, La Paz, UNITAS-CEDOIN, 1993
- ALBRO, Robert: “Confounding Cultural Citizenship and Constitutional Reform in Bolivia”, *Latin American Perspectives*, vol.37, nº3, mayo de 2010, pp.71-90
- ALBRO, Robert: “The Culture of Democracy and Bolivia's Indigenous Movements”, *Critique of Anthropology*, vol.26, nº4, 2006, pp.387-410
- ALBRO, Robert: “The Indigenous in the Plural in Bolivian Oppositional Politics”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.24, nº4, 2005, pp.433-453
- ALCÁNTARA, Manuel y MARENGHI, Patricia: “Los partidos étnicos de América del Sur: algunos factores que explican su rendimiento electoral” en MARTÍ I PUIG, Salvador (ed.), *Pueblos indígenas y política en América Latina*, CiDOB-Bellaterra, Barcelona, 2007, pp.57-101
- ARCE, Moisés y RICE, Roberta: “Societal Protest in Post-Stabilization Bolivia”, *Latin American Research Review*, vol.44, nº1, 2009, pp.88-101

- ASAMBLEA PERMANENTE DE DERECHOS HUMANOS DE BOLIVIA: *La masacre del Valle. Cochabamba, enero 1974*, 3ª edición, La Paz, 1980
- ASSIES, Willem: “La 'Media Luna' sobre Bolivia: nación, región, etnia y clase social”, *América Latina Hoy*, vol.43 (2006), pp.87-105
- ASSIES, William: “David versus Goliath in Cochabamba: Water Rights, Neoliberalism, and the Revival of Social Protest in Bolivia”, *Latin American Perspectives*, vol.30, nº3, mayo de 2003, pp.14-36
- AZPÍROZ, María Luisa: “Framing and Political Discourse Analysis: Bush’s trip to Europe in 2005”, *Observatorio Journal*, vol.8, nº3, 2014, pp.75-96
- BADEN, Christian, “Contextualizing Frames in Political Discourse: Using Semantic Network Analysis to Investigate Political Parties' Framing Strategies in the Dutch EU Referendum Campaign”, comunicación presentada en la 60ª Conferencia Anual de la International Communication Association, Singapura, junio de 2010
- BAUMAN, Richard: “Language, Identity, Performance”, *Pragmatics*, vol.10, nº1, 2000, pp.1-5
- BENFORD, Robert: “An Insider’s Critique of the Social Movement Framing Perspective”, *Sociological Inquiry*, vol.67, nº4, noviembre de 1997, pp.409-430
- BENFORD, Robert: “‘You Could Be the Hundredth Monkey’: Collective Action Frames and Vocabularies of Motives within the Nuclear Disarmament Movement”, *The Sociological Quarterly*, vol.34, nº2, mayo de 1993, pp.195-216
- BENFORD, Robert: “Frame Disputes within the Nuclear Disarmament Movement”, *Social Forces*, vol.71, nº3, 1993, pp.677-701
- BENFORD, Robert y HUNT, Scott: “Cadrages en conflit. Mouvements sociaux et problèmes sociaux”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l’action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.163-194
- BENFORD, Robert y SNOW, David: “Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la

construcción social de los movimientos”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp.221-252

BENFORD, Robert y SNOW, David: “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment”, *Annual Review of Sociology*, n°26, 2000, pp.611-639

BOULDING, Carew y NELSON-NÚÑEZ, Jami: “Civil Society and Support for the Political System in Times of Crisis”, *Latin American Research Review*, vol.49, n°1, 2014, pp.128-154

BUREAU FOR INTERNATIONAL NARCOTICS AND LAW ENFORCEMENT AFFAIRS: *International Narcotics Control Strategy Report 2002*, Washington, United States Department of State, 2002

BURMAN, Anders: *Descolonización aymara: ritualidad y política (2006-2010)*, La Paz, Plural, 2011

CAJÍAS DE LA VEGA, Magdalena: “Rebelión y negociación en el mundo aymara boliviano”, en SÁNCHEZ, Gonzalo y LAIR, Eric (eds.), *Violencias y estrategias colectivas en la región andina. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela*, Bogotá, Norma, 2004, pp.485-514

CANESSA, Andrew: “Todos somos indígenas: Towards a New Language of National Political Identity”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.25, n°2, 2006, pp.241-263

CEFAÏ, Daniel: *Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l'action collective*, Paris, La Découverte, 2007

CEFAÏ, Daniel: “Les cadres de l'action collective. Définitions et problèmes”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.51-97

CEFAÏ, Daniel: “Présentation”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.9-23

CENTELLAS, Miguel: “Electoral Reform, Regional Cleavages, and Party System Stability in Bolivia”, *Journal of Politics in Latin America*, vol.1, n°2, 2009, pp.115-131

- CENTRO DE DESARROLLO INTEGRAL DE LA MUJER AYMARA: “Compilación del panel: 'Hacia la unidad del movimiento indígena-originario-campesino’”, La Paz, CIDMA, septiembre de 2001
- CHIHU AMPARÁN, Aquiles: “La teoría del framing: un paradigma interdisciplinario”, *Acta Sociológica*, n°59, septiembre-diciembre de 2012, pp.91-98
- CHIHU AMPARÁN, Aquiles: “El *framing* audiovisual del *spot* político”, *Cultura y representaciones sociales*, año 5, n°9, 2010, pp.174-197
- COLOMER, Josep P. : “The Americas : General Overview” en COLOMER, Josep P. (ed.), *Handbook of Electoral System Choice*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004, pp.81-109
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL): *Panorama Social de América Latina 2006*, Santiago de Chile, CEPAL, 2007
- CONFEDERACIÓN SINDICAL ÚNICA DE TRABAJADORES CAMPESINOS DE BOLIVIA (CSUTCB): *Tesis política*, La Paz, 1983
- CONFEDERACIÓN SINDICAL ÚNICA DE TRABAJADORES CAMPESINOS DE BOLIVIA (CSUTCB): *Tesis política*, La Paz, 1979
- CONTAMIN, Jean-Gabriel: “Analyse des cadres”, en FILLIEULE, Olivier; MATHIEU, Lilian y PÉCHU, Cécile, *Dictionnaire des mouvements sociaux*, Paris, Presses de Science Po, 2009, pp.38-46
- CORDERO, Carlos: *Historia Electoral del Bolivia. 1952-2007*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2007
- CRABTREE, John: *Perfiles de la protesta. Política y movimientos sociales en Bolivia*, La Paz, PIEB-UNIR, 2005
- CRUZ, Gustavo Roberto: “La revolución india' de Fausto Reinaga: ideología y filosofía política descolonizadora”, *Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones latinoamericanas*, vol.2, n°2, pp.1-11

- D'ANGELO, Paul: "News Framing as a Multiparadigmatic Research Program: A Response to Entman", *Journal of Communication*, vol.52, nº4, 2002, pp.870-888
- DE LA CRUZ VILLCA, Juan: *¡Estuvimos o No...!*, La Paz, Fondo Editorial de los Diputados, 2009
- DERRIDA, Jacques: "Qu'est-ce que le terrorisme?", *Le Monde Diplomatique*, febrero de 2004
- DÍAZ, Ricardo: *Evo... Rebelión de la coca*, La Paz, Fondo Editorial de los Diputados, 2004
- DO ALTO, Hervé: "Un partido campesino en el poder. Una mirada sociológica del MAS boliviano", *Nueva Sociedad*, nº234, julio-agosto de 2011, pp.95-111
- DO ALTO, Hervé y STEFANONI, Pablo: "El MAS: las ambivalencias de la democracia corporativa", en GARCÍA ORELLANA, Luis Alberto y GARCÍA YAPUR, Fernando Luis, *Mutaciones del campo político en Bolivia*, La Paz, PNUD Bolivia, 2010, pp.303-363
- DO ALTO, Hervé y STEFANONI, Pablo: *Evo Morales. De la coca al palacio: una oportunidad para la izquierda indígena*, La Paz, Malatesta, 2006
- EDWARDS, Bob y McCARTHY, John: "Resources and Social Movement Mobilization", en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.116-152
- ELLINGSON, Stephen: "Understanding the Dialectic of Discourse and Collective Action: Public Debate and Rioting in Antebellum Cincinnati", *American Journal of Sociology*, vol.101, nº1, 1995, pp.100-144
- ENTMAN, Robert: "Theorizing Mediated Public Diplomacy: The U.S. Case", *Press/Politics*, vol.13, nº2, 2008, pp.87-102
- ENTMAN, Robert: "Framing: Toward Clarification of a Fractured Paradigm", *Journal of Communication*, nº43, 1993, pp.51-58
- ENTMAN, Robert: "Framing U.S. Coverage of International News: Contrasts in Narratives of the

- KAL and Iran Air Incidents”, *Journal of Communication*, vol.41, nº4, 1991, pp.6-27
- ENTMAN, Robert; LIVINGSTON, Steven y KIM, Jennie: “Doomed to Repeat. Iraq News, 2002-2007”, *American Behavioral Scientist*, vol.52, nº5, enero de 2009, pp.689-708
- ESPASANDÍN LÓPEZ, Jesús e IGLESIAS TURRIÓN, Pablo (coords.): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007
- FABRICANO, Marcial: “Lecciones aprendidas en los ámbitos de la participación indígena en el gobierno y la representación pública”, en LEÓN, Jorge y otros, *Participación pública, democracia y movimientos sociales en los Andes*, Lima, IFEA-PIEB-Embajada de Francia, pp.97-106
- FILLIEULE, Olivier y MATHIEU, Lilian: “Structure des opportunités politiques”, en FILLIEULE, Olivier; MATHIEU, Lilian y PÉCHU, Cécile, *Dictionnaire des mouvements sociaux*, París, Presses de Science Po, 2009, pp.530-540
- FLOOD, Cristopher: “Framing and Ideology: a Theoretical Reconsideration”, comunicación presentada en la 67ª Conferencia Anual de la Midwest Political Science Association, Chicago, 2 a 5 de abril de 2009
- FREEDEN, Michael: *Ideology: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2003
- GAILLARD, Alice: *Les Diggers. Révolution et contre-culture à San Francisco (1966-1968)*, París, L’Échappée, 2009
- GAMSON, William: “Constructing Social Protest”, en JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert, *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp.85-106
- GAMSON, William: *Talking Politics*, Cambridge, New York, CUP, 1992
- GAMSON, William: “The Social Psychology of Collective Action”, en MORRIS, Aldon y MUELLER, Carol (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale University Press, 1992, pp.53-76

- GAMSON, William: “News as Framing: Comments on Graber”, *American Behavioral Scientist*, n°33, 1989, pp.157-161
- GAMSON, William; FIREMAN, Bruce y RYTINA, Steve: *Encounters with Unjust Authority*, Homewood, Dorsey, 1982
- GAMSON, William y MEYER, David: “Framing Political Opportunity”, en McADAM, Doug; McCARTHY, John y ZALD, Mayer (eds.), *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp.275-290
- GAMSON, William y RYAN, Charlotte: “Thinking About Elephants. Toward a Dialogue with George Lakoff”, *The Public Eye*, Vol.19, n°2, 2005, pp.1 y 13-16
- GARCÍA ARGAÑARÁS, Fernando: “Congreso Político en Potosí”, *Presencia*, 28 de enero de 1997
- GARCÍA LINERA, Álvaro: “Comentario de Álvaro García Linera a la exposición 'El pueblo, lo popular y el populismo' de Ernesto Laclau”, en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pp.155-158
- GARCÍA LINERA, Álvaro: *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2009
- GARCÍA LINERA, Álvaro: “El desencuentro de dos razones revolucionarias. Indianismo y Marxismo”, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* n°3, Buenos Aires, CLACSO, diciembre 2007
- GARRETÓN, Manuel Antonio : “La indispensable y problemática relación entre partidos y democracia en América Latina”, en PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO [PNUD], *La democracia en América Latina : hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos : contribuciones para el debate*, Buenos Aires, Aguilar ; Altea ; Alfaguara, 2004, pp.73-97
- GOFFMAN, Erving: *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, CIS, 2006
- GOMES, David: “Le peuple elliptique: nouveau sujet politique et indigénéité d’État dans la Bolivie

contemporaine”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], colocado en línea a 7 de junio de 2013, consultado a 22 de noviembre de 2013, URL: <http://nuevomundo.revues.org/65462>

GOMES, David: “Estado, nacionalismo y exclusión ciudadana: apuntes históricos desde el caso boliviano”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, XI, 2012, pp.199-216

GOMES, David: “Discurso e identidades en las conmemoraciones del Bicentenario de la independencia boliviana”, in INSTITUT DES HAUTES ÉTUDES DE L'AMÉRIQUE LATINE, *Bicentenaire des indépendances: Amérique Latine, Caraïbes = Bicentenario de las Independencias: América Latina, Caraïbas*, París, Aouka, 2011 (recurso electrónico)

GOMES, David: “El factor indígena y los marcos de acción colectiva en Bolivia (2000-2005)”, *Cahiers des Amériques Latines*, n°63-64, 2010, pp.173-191

GOODALE, Mark: “Reclaiming Modernity: Indigenous Cosmopolitanism and the Coming of the Second Revolution in Bolivia”, *American Ethnologist*, vol.33, n°4, 2006, pp.634-649

GOODWIN, Jeff y JASPER, James M.: “Caught in a Winding, Snarling Vine: The Structural Bias of Political Process Theory”, *Sociological Forum*, vol.14, n°1, mars 1999, pp.27-54

GOODWIN, Jeff; JASPER, James y POLLETTA, Francesca: “Emotional Dimensions of Social Movements”, en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.413-432

GRAY MOLINA, George: “Ethnic Politics in Bolivia: 'Harmony of Inequalities', 1900-2000”, *CRISE Working Paper*, n°15, 2007

GRISAFFI, Thomas: “We Are Originarios... 'We Just Aren't from Here': Coca leaf and Identity Politics in the Chapare, Bolivia”, *Bulletin of Latin American Research*, vol.29, n°4, 2010, pp.425-439

GUSFIELD, Joseph; LARAÑA, Enrique y JOHNSTON, Hank: “Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales” en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp.3-42

- HARNECKER, Marta y FUENTES, Federico: *MAS-IPSP de Bolivia. Instrumento político que surge de los movimientos sociales*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2008
- HARTEN, Sven: *The Rise of Evo Morales and the MAS*, Londres, Zed Books, 2011
- HERRERO, Francisco : “Sistemas de partidos y desarrollo. El caso de Bolivia”, en GUERRA-GARCÍA, Gustavo y SAMPLE, Kristen, *La política y la pobreza en los países andinos*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2007, pp.79-162
- HYLTON, Forrest y THOMSON, Sinclair: *Horizons Révolutionnaires. Histoire et actualité politique de la Bolivie*, Paris, Imho, 2010
- IGLESIAS, Pablo: “¿Quiénes son los de abajo?”, publicado en el blog “Otra vuelta de tuerka” del periódico *Público*, 8 de julio de 2013, accedido a 6 de febrero de 2014, disponible en <http://blogs.publico.es/pablo-iglesias/291/quienes-son-los-de-abajo/>
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Bolivia: Características Demográficas de la Población Indígena*, 2ª ed., La Paz, INE, 2005
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Censo Nacional de Población y Vivienda*, 2012
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Censo Nacional de Población y Vivienda*, 2001
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA: *Censo Nacional de Población y Vivienda*, 1992
- INTERNACIONAL CRISIS GROUP: “Coca, Drugs and Social Protest in Bolivia and Peru”, *Latin American Report*, n°12, 2005
- IRUROZQUI, Marta (ed.): *La mirada esquiva: reflexiones históricas sobre la interacción del Estado y la ciudadanía en los Andes (Bolivia, Ecuador y Perú). Siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2005
- IRUROZQUI, Marta: *La armonía de las desigualdades: elites y conflictos de poder en Bolivia: 1880-1920*, Cusco, CSIC-CBC, 1994

- JASPER, James: “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”, *Sociológica*, vol.27, nº75, enero-abril 2012, pp.7-48
- JASPER, James: “Emotions and Social Movements”, *Annual Review of Sociology*, vol.37, nº14, 2011, pp.285-303
- JASPER, James: “Introduction: From Political Opportunity Structures to Strategic Interaction”, en GOODWIN, Jeff y JASPER, James (eds.): *Contention in Context: Political Opportunities and the Emergence of Protest*, Stanford, Stanford University Press, 2011, pp.1-34
- JASPER, James: “Cultural Approaches in the Sociology of Social Movements”, en KLANDERMANS, Bert y ROGGEBAAND, Conny, *Handbook of Social Movements Across Disciplines*, Nueva York, Springer, 2007, pp.59-109
- JASPER, James: “Motivation and Emotion”, en GOODIN, Robert y TILLY, Charles (eds.), *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp.157-171
- JASPER, James: “L’art de la protestation collective”, en CÉFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l’action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.135-159
- JOHNSTON, Hank: “Verification and Proof in Frame and Discourse Analysis”, en KLANDERMANS, Bert y STAGGENBORG, Suzanne (eds.), *Methods of Social Movements*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2002, pp.62-91
- JOHNSTON, Hank: “A Methodology for Frame Analysis: From Discourse to Cognitive Schemata”, en JOHNSTON, Hank y KLANDERMANS, Bert (eds.), *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, pp.217-246
- KAHNEMAN, Daniel y TVERSKY, Amos: “Choice, values, and frames”, *American Psychologist*, nº39, 1984, pp.341-350
- KING, Martin Luther: *Where Do We Go From Here: Chaos or Community*, Boston, Beacon Press, 2010

- KLANDERMANS, Bert: “La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp.183-220
- KOHL, Benjamin y FARTHING, Linda: *Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance*, Londres, Zed Books, 2006
- KOMADINA, Jorge y GEFROY, Céline: *El poder del movimiento político. Estrategia, tramas organizativas e identidad del MAS en Cochabamba (1999-2005)*, La Paz, CESU-UMSS, 2007
- KRIESI, Hanspeter: “Political Context and Opportunity”, en SNOW, David; SOULE, Sarah y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.67-90
- KUYPERS, Jim: “Framing Analysis” en KUYPERS, Jim (ed.), *Rhetorical Criticism. Perspectives in Action*, Lanham, Lexington Books, 2009, pp.181-203
- LACLAU, Ernesto: “El pueblo, el popular y el populismo”, en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pp.141-154
- LACLAU, Ernesto: *La raison populiste*, Paris, Seuil, 2008
- LACLAU, Ernesto: “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana”, *Nueva Sociedad*, n°205, 2006, pp.56-61
- LAKOFF, George: *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*, Madrid, Editorial Complutense, 2007
- LANGER, Erick D.: “Bringing the Economic Back In: Andean Indians and the Construction of the Nation-State in Nineteenth-Century Bolivia”, *Journal of Latin American Studies*, 41, 2009, pp.527-551
- LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph: “Introducción”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001,

- LASERNA, Roberto: “Mire, la democracia boliviana, en los hechos...”, *Latin American Research Review*, vol.45, Número Especial, 2010, pp.27-58
- LASERNA, Roberto y VILLARROEL, Miguel: *Enero de 1970 – enero de 2008. 38 años de conflictos sociales en Bolivia*, La Paz, CERES-COSUDE-Instituto para la Democracia, 2008
- LATINOBARÓMETRO: *Banco de datos 1996-2005*
- LAZARTE, Jorge : “Reforma electoral en Bolivia”, en ZOVATTO, Daniel y OROZCO HENRÍQUEZ, J. Jesús (coord.), *Reforma política y electoral en América Latina : 1978-2007*, México, UNAM - IDEA, 2008, pp.265-314
- LEAÑO ROMÁN, Eduardo : *Sistemas electorales en Bolivia. La conversión de votos en cargos del Ejecutivo y Legislativo*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2005
- LE GOFF, Jacques: “Entretien avec Claude Mettra”, en HUIZINGA, Johan: *L'automne du Moyen Âge*, Paris, Payot & Rivages, 2002, pp.ii-xi
- LICHTERMAN, Paul y CEFAÏ, Daniel: “The Idea of Political Culture”, en GOODIN, Robert y TILLY, Charles (eds.), *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp.392-414
- LINZ, Juan y VALENZUELA, Arturo (eds.): *The Failure of Presidentialist Democracy*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1994
- LÓPEZ MAYA, Margarita (ed.): *Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de la acción colectiva en 1999*, Buenos Aires, CLACSO, 2002
- MADRID, Raul: *The Rise of Ethnic Politics in Latin America*, Cambridge, CUP, 2012
- MADRID, Raúl: “The Rise of Ethno-Populism in Latin America: The Bolivian Case”, comunicación presentada en el Congreso Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, Filadelfia, 2006

MADRID, Raúl: “The Determinants of the Electoral Performance of Ethnic Partis in Latin America: the Case of the MAS in Bolivia”, comunicación presentada en el Congreso Anual de la Asociación Americana de Ciencia Política, Washington, 2005

MAINWARING, Scott: “The Crisis of Representation in the Andes”, *Journal of Democracy*, vol.17, n°3, 2006, pp.13-27

MAINWARING, Scott : “Presidentialism, Multiparty Systems, and Democracy : The Difficult Equation”, *Working Paper n°144*, Notre Dame, Helen Kellog Institute for International Studies, 1990

MÁIZ, Ramón: “Indianismo y nacionalismo en Bolivia: estructura de oportunidad política, movilización y discurso”, *Revista SAAP*, vol.3, n°1, 2007, pp.11-54

MARTÍ I PUIG, Salvador: “Las razones de presencia y éxito de los partidos étnicos en América Latina. Los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México, Nicaragua y Perú (1990-2005)”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol.70, n°4, octubre/diciembre 2008, pp.675-724

MARTÍ I Puig, Salvador: “Sobre la emergencia y el impacto de los movimientos indígenas en las arenas políticas de América Latina. Algunas claves interpretativas desde lo local y lo global”, en MARTÍ I PUIG, Salvador y SANAHUJA, Josep M^a (eds.), *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2004, pp.461-489

MAYORGA, Fernando : “Partidos políticos y democracia en Bolivia”, versión española (disponible en <http://mayorga.pieb.com.bo>) de “Enlargement of Democracy and Changes in the Bolivian Party System” en LAWSON, Kay y LANZARO, Jorge, *Political Parties and Democracy. Vol.I : the Americas*, Santa Barbara, Praeger, 2010, pp.73-100

MAYORGA, Fernando: “Prólogo” en ZUAZO, Moira: *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia*, 2ª edición, La Paz, Fundación Ebert, 2009, pp.15-19

MAYORGA, Fernando: “Movimientos sociales, política y Estado”, *Opiniones y Análisis*, n°84, Tomo II, 2007

MAYORGA, René Antonio : “La crisis del sistema de partidos políticos : causas y consecuencias.

Caso Bolivia”, en KORNBLITH, Miriam y otros, *Partidos políticos en la Región Andina : entre la crisis y el cambio*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2004, pp.27-49

MAYORGA, René Antonio: “La Revolución boliviana y la participación política”, en *Tenemos pechos de bronce...pero no sabemos nada. Memoria de la Conferencia Internacional: Revoluciones del siglo XX. Homenaje a los cincuenta años de la Revolución Boliviana*, La Paz, PNUD/FES-ILDIS/Plural, 2003, pp.237-253

MAYORGA, René Antonio: “Sin la rígida política de erradicación de la hoja de coca no habría habido Evo Morales”, entrevista de Julio Burdman, *Observatorio Electoral Latinoamericano*, 20 de agosto de 2002, disponible en <http://www.observatorioelectoral.org/informes/analisis/?country=bolivia&file=020820a>, accedido a 21/04/2014

MAYORGA, René Antonio: “Presidencialismo parlamentarizado y gobiernos de coalición en Bolivia”, en LANZARO, Jorge (comp.), *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp.101-135

McADAM, Doug: “Cultura y movimientos sociales”, en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 2001, pp.47-68

McADAM, Doug; McCARTHY, John y ZALD, Meyer: *Comparative Perspectives on Social Movements*, Nueva York, Columbia University Press, 1996

McCARTHY, John y ZALD, Mayer: “Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, , vol.82, nº6, mayo 1977, pp.1212-1241

McGUIRE, James: *Peronism without Perón. Unions, Parties, and Democracy in Argentina*, Stanford, Standford University Press, 1997

MELUCCI, Alberto: *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Philadelphia, Temple University Press, 1989

- MENDIETA PARADA, Pilar: *Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárate Willka y la rebelión indígena de 1899 en Bolivia*, La Paz, ASDI-IFEA-Plural-IEB, 2010
- MENDIETA PARADA, Pilar: “Política y participación indígena en Bolivia: una reflexión desde la Historia: siglos XIX-XXI”, en GREBE LÓPEZ, Horst (coord.), *Continuidad y cambio en el orden político. Las transiciones en el contexto constituyente*, La Paz, Prisma, 2008, pp.11-32
- MEYER, David y KRETSCHMER, Kelsy: “Social Movements”, en BRYANT, Clifton y PECK, Dennis (eds.), *21st Century Sociology: A Reference Handbook*, Thousand Oaks, SAGE Publications, 2007, pp.540-548
- MOLINA, Fernando: *Conversión sin fe. El MAS y la democracia*, La Paz, Eureka, 2007
- MORALES, Evo: “Coca y desarrollo económico, propuesta de los campesinos del Trópico cochabambino”, en *Seminario pueblos indígenas, originarios y desarrollo sostenible, realizado en Santa Cruz del 7 al 9 de diciembre de 1996*, La Paz, Ediciones Coordinadora de Solidaridad con los Pueblos Indígenas, [1996], pp.85-94
- MOTTA, Giovanni y BADEN, Christian: “Evolutionary Factor Analysis of the Dynamics of Frames: Introducing a Method for Analyzing High-Dimensional Semantic Data with Time-Changing Structure”, *Communication Methods and Measures*, vol.7, n°1, 2013, pp.48-82
- MUÑOZ-POGOSSIAN, Betilde : *Electoral Rules and the Transformation of Bolivian Politics. The Rise of Evo Morales*, New York, Palgrave Macmillan, 2008
- NASH, Kate: “The 'Cultural Turn' in Social Theory: Towards a Theory of Cultural Politics”, *Sociology*, vol.35, n°1, 2001, pp.77-92
- NEGRI, Toni y HARDT, Michael: *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*, Barcelona, Debate, 2004
- NEUMAN, Lawrence: “Political Sociology”, en BRYANT, Clifton y PECK, Dennis (eds.), *21st Century Sociology: A Reference Handbook*, Thousand Oaks, SAGE Publications, 2007, pp.305-310

- O'DONNELL, Guillermo: "Democracia Delegativa", *Journal of Democracy en Español*, vol.5, nº1, enero 1994, pp.7-23
- OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO: *Estado Plurinacional de Bolivia. Monitoreo de Cultivos de Coca 2012*, UNODC, 2013
- OLIVER, Pamela y JOHNSTON, Hank: "What a Good Idea! Frames and Ideologies in Social Movement Research", *Mobilization*, vol.5, nº1, 2000, pp.37-54
- OLSON, Mancur: *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*, Cambridge, Harvard University Press, 1965
- OVIDEO OBARRIO, Fernando: "Evo Morales and the Altiplano: Notes for an Electoral Geography of the Movimiento al Socialismo, 2002-2008", *Latin American Perspectives*, vol.37, nº3, mayo 2010, pp.91-106
- PAN, Zhongdang y KOSICKI, Gerald: "Framing Analysis: An Approach to News Discourse", *Political Communication*, vol.10, nº1, 1993, pp.55-75
- PANIZZA, Francisco: *Contemporary Latin America. Development and Democracy Beyond the Washington Consensus*, Londres, Nueva York, Zed Books, 2009
- PAPE, I.S.R.: "Indigenous Movements and the Andean Dynamics of Ethnicity and Class", *Latin American Perspectives*, vol.36, nº4, 2009, pp.101-125
- PATZI, Félix: "Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003", en HYLTON, Forrest y otros, *Ya es otro tiempo el presente*, 2ª ed., La Paz, La Mirada Salvaje, 2010 [1ª ed. 2003], pp.189-262
- PÉREZ MENDIETA, Javier Gustavo: *Bolivia. Elecciones presidenciales y legislativas (1993-2009)*, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, s/f
- PLATT, Tristan: "Tributo y ciudadanía en Potosí, Bolivia. Consentimiento y libertad entre los *ayllus* de la Provincia de Porco, 1830-1840", en GARCÍA JORDÁN, Pilar (ed.), *Dinámicas de poder local en América Latina, siglos XIX-XXI*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona,

2009, pp.109-163

PLATT, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino: tierra y tributo en el Norte de Potosí*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982

POLLETTA, Francesca: *It was like a fever: storytelling in protest and politics*, Chicago, University of Chicago Press, 2006

POLLETTA, Francesca: "Culture and Its Descontents: Recent Theorizing on the Cultural Dimensions of Protest", *Sociological Inquiry*, vol.67, n°4, noviembre 1997, pp.431-450

POLLETTA, Francesca; CHEN, Pang Ching Bobby; GARDNER, Beth Gharrity y MOTES, Alice: "The Sociology of Storytelling", *Annual Review of Sociology*, vol.37, 2011, pp.109-130

POLLETTA, Francesca y HO, Kai: "Frames and Their Consequences", en GOODIN, Robert y TILLY, Charles, *The Oxford Handbook of Contextual Political Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp.187-209

POLLETTA, Francesca y LEE, John: "Is Telling Stories Good for Democracy? Rhetoric in Public Deliberation after 9/11", *American Sociological Review*, vol.71, n°5, octubre 2006, pp.699-723

PRADA, Raúl: *Subversiones indígenas*, La Paz, CLACSO-Muela del Diablo-Comuna, 2008

PROGRAMA DE NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) : *La Democracia en América Latina : hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, 2ªed., Buenos Aires, Aguilar-Altea-Taurus-Alfaguara, 2004

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD): *Índice de Desarrollo Humano en los Municipios de Bolivia*, La Paz, PNUD, 2004

REGALSKY, Pablo: *Etnicidad y clase. El Estado boliviano y las estrategias andinas de manejo de su espacio*, 2ª edición., La Paz, CEIDIS, CESU-UMSS, CENDA y Plural, La Paz, 2007

REINAGA, Fausto: *La revolución india*, La Paz, La Mirada Salvaje, 2010 [1970]

- REMMER, Karen: “The Politics of Institutional Change. Electoral Reform in Latin America, 1978-2002”, *Party Politics*, vol.14, nº1, 2008, pp.5-30
- RENAN, Ernest: *¿Qué es una nación?*, 2ª ed., Madrid, Sequitur, 2001
- RENWICK, Alan: *The Politics of Electoral Reform : Changing the Rules of Democracy*, Cambridge, CUP, 2010
- RICE, Roberta: *The New Politics of Protest: Indigenous Mobilization in Latin America's Neoliberal Era*, Tucson, University of Arizona Press, 2012
- RIVERA, José Manuel: “Intereses, organización y acción colectiva”, en BENEDICTO, Jorge y MORÁN, María Luz (eds.), *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Madrid, Alianza, 1995, pp.260-298
- RIVERA, Silvia: *'Oprimidos pero no vencidos'. Luchas del campesinado aymara y quechwa 1900-1980*, 4ª edición (1ª ed., 1984), La Paz, La Mirada Salvaje, 2010
- RIVERA, Silvia: “Enseñanzas de la insurgencia étnica en Bolivia” en ESPASANDÍN LÓPEZ, Jesús e IGLESIAS TURRIÓN, Pablo (coords.): *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, pp.101-128
- RODRÍGUEZ OSTRÍA, Gustavo: “Marco Histórico. La larga marcha a la Asamblea Constituyente”, en *Enciclopedia Histórica Documental del Proceso Constituyente Boliviano. Tomo I, vol.1: En los umbrales de la Asamblea Constituyente. Antecedentes e inicio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado-Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, [2012], formato electrónico, pp.103-163
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial del 18 de diciembre de 2005 en Bolivia” en ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (comp.), *Atlas Electoral Latinoamericano*, La Paz, Corte Nacional Electoral, 2007, pp.37-71
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador: “La elección presidencial de 2002 en Bolivia”, *Alceu*, vol.3, nº6, enero/julio 2003, pp.144-186

- RYAN, Charlotte: *Prime Time Activism: Media Strategies for Grassroots Organizing*, Boston, South End Press, 1991
- RYAN, Charlotte y GAMSON, William: "The Art of Reframing Political Debates", *Contexts*, vol.5, nº1, 2006, pp.13-18
- SÁBADA GARRAZA, Teresa; RODRÍGUEZ VIRGILI, Jordi y BARTOLOMÉ CASTRO, Manuel: "Propuesta de sistematización de la teoría del *framing* para el estudio y praxis de la comunicación política", *Observatorio Journal*, vol.6, nº2, 2012, pp.109-126
- SALAZAR ORTUÑO, Fernando: *Movimientos sociales en torno a la producción de coca en Bolivia*, Cochabamba, UMSS, 2009
- SALMON, Christian: Storytelling. *La machine à fabriquer des histoires et à formater les esprits*, Paris, La Découverte, 2007
- SCOTT, James C.: *Los dominados y el arte de la resistencia*, México D.F., Era, 2000
- SELIGSON, Mitchell: *Auditoría de la Democracia. Bolivia, 2002*, La Paz, USAID-Universidad Católica, 2003
- SELIGSON, Mitchell; CÓRDOVA, Abby; DONOSO, Juan Carlos; MORENO MORALES, Daniel; ORCÉS, Diana y SCHWARZ BLUM: *Auditoría de la Democracia. Informe Bolivia 2006*, La Paz, Ciudadanía, 2006
- SELIGSON, Mitchell; MORENO MORALES, Daniel y SCHWARZ BLUM, Vivian: *Auditoría de la Democracia: Informe Bolivia 2004*, La Paz, USAID-LAPOP, 2004
- SHUGART, Matthew y WATTENBERG, Martin (eds.): *Mixed-Member Electoral Systems : the Best of Both Worlds ?*, New York, Oxford University Press, 2001
- SMITH, Tammy: "Narrative Boundaries and the Dynamics of Ethnic Conflict and Conciliation", *Poetics*, vol.35, nº1, febrero 2007, pp.22-46
- SNIDERMAN, Paul; BRODY, Richard y TETLOCK, Philip: *Reasoning and Choice. Explorations in*

- SNOW, David: "Framing Processes, Ideology, and Discursive Fields", en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.380-412
- SNOW, David: "Analyses de cadres et mouvements sociaux", en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.27-49
- SNOW, David y BENFORD, Robert: "Marcos maestros y ciclos de protesta", en CHIHU AMPARÁN, Aquiles (ed.), *El 'análisis de los marcos' en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM, 2006 [1992], pp.119-153
- SNOW, David y BENFORD, Robert: "Ideología, resonancia de marcos y movilización de los participantes", en CHIHU AMPARÁN, Aquiles (ed.), *El 'análisis de los marcos' en la sociología de los movimientos sociales*, México, UAM, 2006 [1988], pp.83-117
- SNOW, David y BENFORD, Robert: "Clarifying the Relationship between Framing and Ideology", *Mobilization*, vol.5, n°1, 2000, pp.55-60
- SNOW, David y BYRD, Scott: "Ideology, Framing Processes, and Islamic Terrorism Movements", *Mobilization*, vol.12, n°1, 2007, pp.119-136
- SNOW, David; ROCHFORD, Burke; WORDEN, Steven y BENFORD, Robert: "Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation", *American Sociological Review*, vol. 51, n°4, 1986, pp. 464-481
- SOUSA SANTOS, Boaventura de: *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, Lima, IIDS-PDTG, 2010
- SPEDDING, Alison: *Kawsachun coca. Economía campesina cocalera en los Yungas y el Chapare*, La Paz, PIEB, 2004
- STAHLER-SHOLK, Richard y VANDEN, Harry: "A Second Look at Latin American Social

Movements: Globalizing Resistance to the Neoliberal Paradigm”, *Latin American Perspectives*, vol.38, nº1, enero 2011, pp.5-13

STARK, Evan: *Coercive Control: How Men Entrap Women in Personal Life*. Nueva York, Oxford University Press, 2007

STEFANONI, Pablo: *El nacionalismo indígena como identidad política: la emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)*, Buenos Aires, CLACSO, 2003

STEFANONI, Pablo y RAMÍREZ GALLEGOS, Franklin: “La política de los movimientos sociales en Bolivia. Diálogo con Álvaro García Linera”, *Íconos*, nº25, mayo de 2006, pp.91-107

STEGER, Manfred y ROY, Ravi: *Neoliberalism. A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 2010

SVAMPA, Maristella y STEFANONI, Pablo: “Entrevista a Álvaro García Linera: ‘Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas’”, *OSAL*, año VIII, nº22, septiembre 2007, pp.143-164

TAPIA, Luis: “Multitud y sociedad abigarrada” en NEGRI, Toni y otros, *Pensando el mundo desde Bolivia*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2010, pp.39-43

TAPIA, Luis: “La reforma del sentido común en la dominación neoliberal y en la constitución de nuevos bloques históricos nacional-populares”, en CECENÑA, Ana Esther (coord.), *De los saberes de la emancipación y de la dominación*, Buenos Aires, CLACSO, 2008, pp.101-113

TAPIA, Luis: *Política Salvaje*, La Paz, Muela del Diablo-CLACSO, 2008

TAPIA, Luis: *Por el Sí, por el No: Análisis de resultados del Referéndum 2004*, La Paz, Corte Nacional, Electoral, 2004

TICONA, Esteban; ROJAS, Gonzalo y ALBÓ, Xavier: *Votos y Wiphalas. Campesinos y pueblos originarios en democracia*, La Paz, Fundación Milenio-CIPCA, 1995

TRIBUNAL SUPREMO ELECTORAL; PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL

DESARROLLO (PNUD) E IDEA INTERNACIONAL: *Atlas Electoral de Bolivia. Tomo I. Elecciones Generales 1979-2009. Asamblea Constituyente 2006*, 2ª edición, La Paz, Órgano Electoral Plurinacional-PNUD Bolivia-IDEA, 2012

TRIBUNAL SUPREMO ELECTORAL; PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) E IDEA INTERNACIONAL: *Atlas Electoral del Bolivia. Tomo III. Elecciones Municipales 1985-2010*, La Paz, Órgano Electoral Plurinacional-PNUD Bolivia-IDEA, 2012

TROM, Danny: “Grammaire de la mobilisation et vocabulaire de motifs”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective*, Paris, EHESS, 2001, pp.99-134

TROM, Danny y ZIMMERMANN, Bénédicte: “Cadres et institutions des problèmes publics. Les cas du chômage et du paysage”, en CEFAÏ, Daniel y TROM, Danny, *Les formes de l'action collective. Mobilisations dans des arènes publiques*, Paris, EHESS, 2001, pp.281-315

UNIR: *Encuesta nacional Diversidad cultural hoy*, La Paz, Fundación UNIR Bolivia, 2006

VAN COTT, Donna Lee: *Radical Democracy in the Andes*, Cambridge, CUP, 2008

VAN COTT, Donna Lee: *From Movements to Parties. The Evolution of Ethnic Parties*, Cambridge, CUP, 2005

VAN COTT, Donna Lee y RICE, Roberta: “The Emergence and Performance of Indigenous Peoples' Parties in South America”, *Comparative Political Studies*, vol.39, n°6, pp.709-732

VÉLIZ, Alejo: “Instrumento Político de los Pueblos Originarios”, en *Seminario pueblos indígenas, originarios y desarrollo sostenible, realizado en Santa Cruz del 7 al 9 de diciembre de 1996*, La Paz, Ediciones Coordinadora de Solidaridad con los Pueblos Indígenas, [1996], pp.101-110

VICENTE MARIÑO, Miguel y LÓPEZ RABADÁN, Pablo: “Resultados actuales de la investigación sobre *framing*: sólido avance internacional y arranque de la especialidad en España”, *Zer*, vol.14, n°26, 2009, pp.13-34

VIOLA RECASENS, Andreu: “La política del olvido' en un 'país sin memoria': la masacre del Valle

(Cochabamba, 1974), veinte años después”, en GARCÍA JORDÁN, Pilar; IZARD, Miquel y LAVIÑA, Javier (eds.), *Memoria, creación e historia: luchar contra el olvido*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, pp.390-395

WESTBY, David: “Strategic Imperative, Ideology, and Frame”, *Mobilization*, vol.7, nº3, 2002, pp.287-304

WILLIAMS, Rhys: “The Cultural Contexts of Collective Action: Constraints, Opportunities, and the Symbolic Life of Social Movements” en SNOW, David; SOULE, Sarah A. y KRIESI, Hanspeter (eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements*, Malden, Blackwell, 2004, pp.91-114

YASHAR, Deborah: *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge*, Cambridge, CUP, 2005

ZALD, Mayer: “Ideologically Structured Action: An Enlarged Agenda For Social Movement Research”, *Mobilization*, vol.5, nº1, 2000, pp.1-16

ZAVALETA MERCADO, René: *Obra Completa I*, La Paz, Plural, 2011

ZIBECHI, Raúl: *Disperser le pouvoir. Les mouvements comme pouvoirs anti-Étatiques*, Paris, Le Jouet enragé, L'Esprit frappeur, 2009

ZOVATTO, Daniel : “Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada en la Región Andina : 1996-2004”, en SAMPLE, Kristen y ZOVATTO, Daniel (eds.), *Democracia en la Región Andina, los telones de fondo*, Perú, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, 2005, pp.13-29

ZUAZO, Moira: *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia*, 2ª edición, La Paz, Fundación Ebert, 2009

Anexo de imágenes



Nº1 - Trond, La Razón 14/10/2000. De izquierda a derecha, Hugo Banzer, Felipe Quispe, Evo Morales y el Tío Sam.



Nº2 - Trond, *La Razón* 29/10/2001. De izquierda a derecha, Evo Morales, Jorge Quiroga y el embajador estadounidense Manuel Rocha.



Nº3 - Trond, *La Razón* 26/11/2001. El ministro de Gobierno Leopoldo Fernández entre Evo Morales y el embajador estadounidense Manuel Rocha.



Nº4 - Mencho, *La Razón* 08/03/2002. Acerca de la prohibición de las dobles candidaturas por el Parlamento



Nº5 - Trond, La Razón 29/03/2002. Manuel Rocha en la puerta de la embajada de Estados Unidos. Afuera, Evo Morales, Antonio Peredo y Felipe Quispe.



Nº6 - Trond, *La Razón* 28/06/2002. De izquierda a derecha, Evo Morales, Manuel Rocha, Jaime Paz Zamora, Gonzalo Sánchez de Lozada y Manfred Reyes Villa.



Nº7 - Trond, La Razón 12/09/2003. Evo Morales en vísperas de la Guerra del Gas.



Nº8 - Portada de La Razón 13/10/2005. Lanzamiento de la campaña de Evo Morales en La Paz.

Empresarios apoyan a



Los candidatos del MAS, Evo Morales y Álvaro García Linera, en la cena en el Hotel Portales, anoche. | HERNAN ANDIA

Cerca
empresa
respalda
ras de E
varo Ga
miento a
rante un
en el Hot

Para e
pararon
azafatas
los siete
al ingres
colocaba
con el s
MAS. Ev

Para l
siones c
sionales
país pe
produce
al movi

Para
asistent
grupo R

Nº9 - La Razón 25/11/2005. Evo Morales y Álvaro García Linera en una cena con empresarios en Cochabamba.